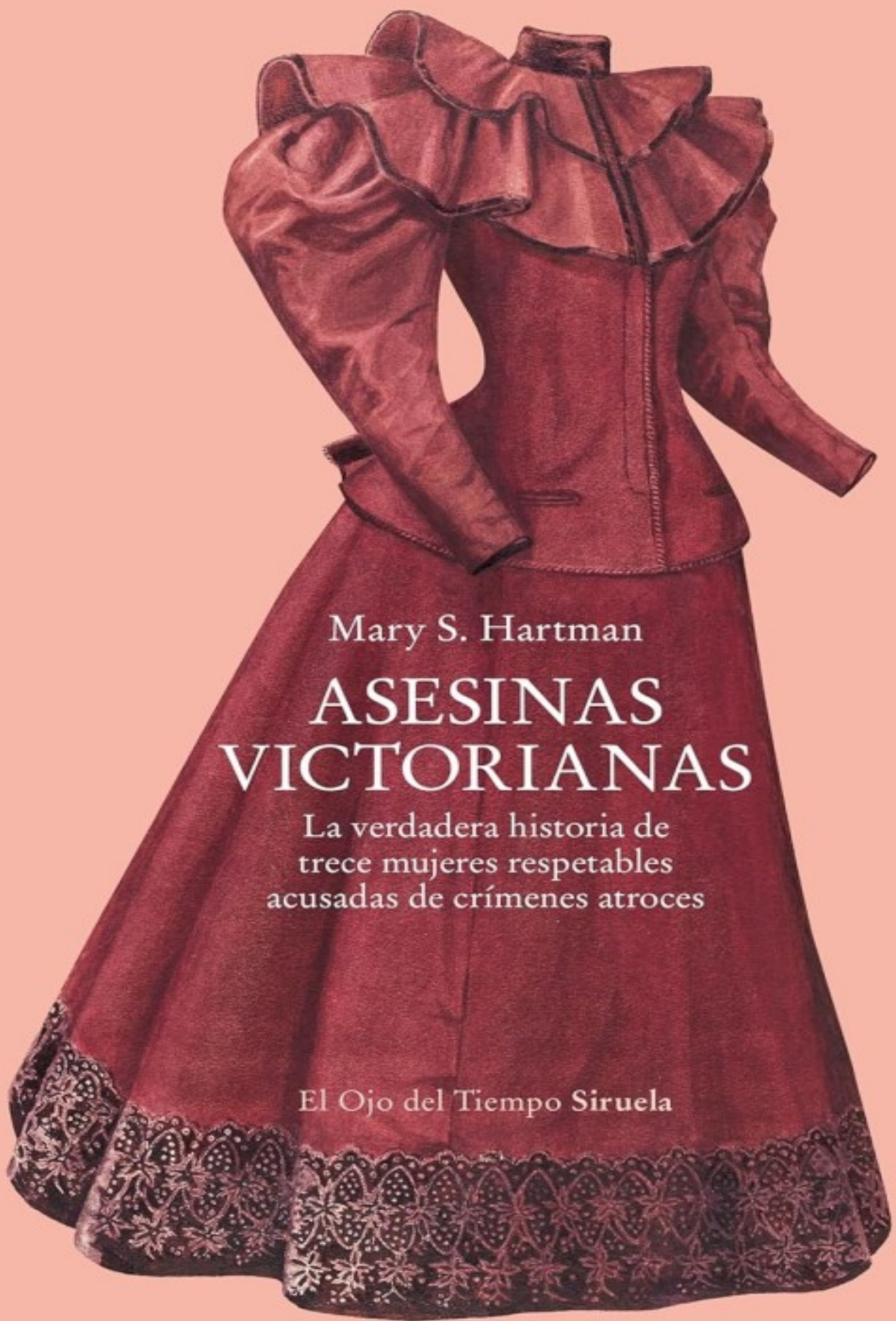


Mary S. Hartman

ASESINAS VICTORIANAS

La verdadera historia de trece mujeres respetables acusadas de crímenes atroces

El Ojo del Tiempo **Siruela**

Mary S. Hartman

ASESINAS VICTORIANAS

La verdadera historia de trece mujeres respetables acusadas de crímenes atroces

Traducción del inglés de
Raquel García Rojas

Siruela

El Ojo del Tiempo

Edición en formato digital: abril de 2026

Título original: *Victorian Murderesses*
En cubierta: Vestido de Julie C. Brush (1935-1942),
National Gallery of Art, Washington © de la imagen enriquecida: rawpixel
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© Mary S. Hartman, 1977
Publicado originalmente por Dover Publications, Nueva York
© De la traducción, Raquel García Rojas
© Ediciones Siruela, S. A., 2026

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, *www.cedro.org*) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 979-13-88032-85-1

Conversión a formato digital: María Belloso

Índice

Prefacio y agradecimientos

Introducción

1. Arsénico y matrimonio
Los casos de Marie Lafarge y Euphémie Lacoste

2. La espera de las futuras esposas
Los casos de Madeleine Smith y Angélina Lemoine

3. Las excepcionales parias
Los casos de Célestine Doudet y Constance Kent

4. Las nuevas mujeres
Los casos de Florence Bravo y Henriette Francey

5. Sexo y pequeño comercio
Los casos de Gabrielle Fenayrou y Adelaide Bartlett

6. Veneno, revólveres y el doble rasero
Los casos de Florence Maybrick y Claire Reymond

Conclusión
Las mujeres asesinas

Bibliografía seleccionada

Para mis padres,
Dorothy M. Robertson y Kenneth W. Robertson

Prefacio y agradecimientos

Estas mujeres no son mis amigas, pero las echaré de menos. Sin duda, fueron mujeres infames, o al menos la mayoría de ellas, pero es su familiaridad lo que las hace inquietantes. Son incómodamente corrientes. En total son trece, francesas e inglesas, y doce casos: una acusación incluía a una dupla madre-hija. Los casos abarcan el periodo comprendido entre las décadas de 1840 y 1890, una época crítica en la que las clases medias a las que pertenecían estaban adquiriendo su configuración moderna.

Estas acusadas —hijas, esposas y madres— tienen poco que enseñar sobre el arte del asesinato a cualquier aspirante a profesional del siglo xx; casi todas la pifiaron en el momento del crimen y las que salieron airosas lo hicieron con métodos que requerían circunstancias especiales y relaciones entre los sexos que ya no predominan. Lo que sí ofrecen sus historias son algunos atisbos de los confines domésticos de las familias de clase media y algunas pistas sobre los problemas e incluso los horrores a los que se enfrentaban las mujeres en ese entorno. Algunas de estas acusadas de asesinato serían magníficos sujetos individuales para el análisis psicológico, pero este estudio, aun sin ignorar tales aspectos más particulares, hará hincapié en las formas en que la vida de estas mujeres estaba vinculada a la de sus pares femeninas más típicas. Las acusadas serán el centro, pero los relatos se enfocarán en su contribución colectiva a nuestro entendimiento de sus hermanas menos célebres.

Muchas personas me han ayudado con gran generosidad en la preparación de este estudio. Confío en poder darles las gracias a todas, aunque mencione solo a unas pocas. Gracias, pues, a los editores de *Feminist Studies, History of Childhood Quarterly* y

Victorian Studies por su permiso para reproducir algunos fragmentos de versiones anteriores de los casos publicadas en estas revistas. Gracias a los administradores del Fondo Nacional para las Humanidades y al Consejo de Investigación de Rutgers por los fondos que permitieron la investigación en Inglaterra y Francia. Gracias a los bibliotecarios de la Universidad de Rutgers, la Universidad de Princeton, la Biblioteca Pública de Nueva York, los Archivos Nacionales y la Biblioteca Nacional de Francia, el Museo Británico y el Archivo Público Oficial de Reino Unido. Estoy en deuda con el señor Henri Polge y el señor Jean d'Orléans, directores de los Archivos departamentales de Gers e Indre y Loira, por su amabilidad al localizar material sobre los casos Lacoste y Lemoine. Agradezco a Dorothy Christie que me dirigiera a los documentos recopilados por su difunto marido, Trevor L. Christie, para su excelente estudio del caso Maybrick, *Etched in Arsenic* (Londres, 1969), y a David Crosson, historiador investigador de la División de Libros Raros y Colecciones Especiales de la Universidad de Wyoming, que amablemente puso a mi disposición la colección Christie.

Debo también un agradecimiento especial a Rudolph Binion, Marc Hollender, Elizabeth Jenkins, Maurice Lee, William O'Neill, Elaine Showalter, Peter Stearns, Hilah Thomas y Judith Walkowitz, todos los cuales leyeron versiones del borrador, me hicieron críticas útiles, escucharon pacientemente las teorías que iba urdiendo y me ofrecieron algunas mejores de su propia cosecha. Gracias a Katherine Finnegan y a Margaret Nierenberg, que recopilaron muchos de los materiales; a mi excelente editor, Christopher Kuppig, que fue un héroe de la paciencia; a Judith Kahn, que mejoró mi prosa, y a Inez Elkins y Shirley Meinkoth, que descifraron mi letra y son las mejores mecanógrafas que puedo imaginar. Gracias, por último, a mi marido Edwin, que desea asegurar a sus preocupados amigos que está vivo y bien.

MARY S. HARTMAN
Douglass College

Universidad de Rutgers
Junio de 1976

Introducción

Los sujetos de este estudio son trece mujeres inglesas y francesas del siglo XIX de clase media y de un estatus «respetable», todas acusadas de ser asesinas o cómplices de asesinato. Entre ellas hay pudientes esposas (con dinero propio) e hijas de comerciantes, empresarios y profesionales, así como mujeres (casi sin recursos) de tenderos y una institutriz solterona. Las víctimas fueron los maridos, amantes, rivales, alumnos, hermanos, hijos y nietos de estas mujeres. Dos de las víctimas fueron asfixiadas, una murió de una fractura de cráneo, a dos les dispararon, otra sucumbió a golpes y cuchilladas y a las seis restantes las envenenaron. La mayoría de las acusadas probablemente eran culpables, aunque solo seis fueron condenadas y a ninguna se le aplicó la pena de muerte. Además, cinco de las seis que ingresaron en prisión fueron puestas en libertad antes de cumplir la totalidad de sus condenas. Seis de las otras siete fueron absueltas y a la decimotercera nunca la llevaron a juicio. Se puede concluir que era inteligente ser mujer y respetable si uno pretendía deshacerse de alguien en el siglo XIX. Las mujeres de clase media se libraban literalmente de los cargos por asesinato.

Los casos de varias de estas mujeres han fascinado durante mucho tiempo a los profesionales de la literatura de crímenes reales. Sin embargo, la mayoría de estos escritores las han mostrado con el espíritu de un guía turístico de la Cámara de los Horrores de Madame Tussaud. Armados con un material obviamente impactante, se han preocupado más por sorprender, divertir o provocar que por entender. Pocos han ido más allá de la categorización fácil de sus personajes como fenómenos o lunáticas y ninguno ha intentado observar a estas asesinas «respetables» de forma colectiva. Por supuesto, las mujeres de clase media acusadas de asesinato eran un

grupo reducido y, en un sentido obvio, solo sus actos las unían. La idea de que se las pueda considerar en conjunto representativas de algún modo de su clase social es, a primera vista, inverosímil. Su implicación en estas investigaciones criminales parece convertirlas automáticamente en criaturas atípicas aptas solo para el interés de los coleccionistas de lo extraño y lo macabro. Sin embargo, estas mujeres no merecen que se las despache tan a la ligera. Las circunstancias que motivaron sus acciones, las artimañas que emplearon y las reacciones públicas a su supuesto comportamiento muestran un patrón que sugiere que, lejos de cometer una serie de actos aislados, todas podrían haber estado respondiendo a situaciones que, en cierta medida, estaban integradas en la vida de sus coetáneas de clase media más corrientes.

Argumentar que este puñado de mujeres podían parecerse más a las mujeres típicas de su clase de lo que cabría esperar no es sugerir que un número ingente de mujeres de clase media del siglo XIX fueran asesinas sin desenmascarar. Tampoco es insinuar que algunas cualidades características de varias de estas acusadas, como una peculiar crueldad o un apetito sexual al parecer bien desarrollado, fueran necesariamente comunes entre las mujeres no criminales de su clase. Sí pretende sugerir, en cambio, que las mujeres de este estudio pueden haber pertenecido a un grupo especialmente sensible a ciertos problemas y tensiones que eran comunes a un gran número de hogares de clase media.

Una idea así es sin duda difícil de reconciliar con las nociones heredadas sobre las mujeres de clase media en el siglo XIX. El «código de buenos modales con los que sonríe la damisela victoriana» es bien conocido y no se limitaba a las costas inglesas. Ese código definía a la joven decente como un ser frágil pero atractivo, intelectualmente inferior pero moralmente superior, cuyo deber era ser pasiva, decorativa y sexualmente pura. Tales criaturas, según parece ahora, existieron sobre todo en la fantasía, pero su imagen ha tardado en desvanecerse. Para muchos, todavía requiere un esfuerzo de la voluntad concebir a cualquier mujer joven

respetable de esa época llevando a cabo una tarea ardua, tomando una decisión importante o lidiando con un problema real. Y sigue siendo incómodo, al menos para algunos, aceptar el hecho ineludible de que, cuando se casaba, esta criatura sobrenatural mantenía relaciones sexuales con su marido. Persiste la sospecha de que solo se sometía para cumplir con la sublime vocación de la maternidad y de que debía de soportar el acto en sí en un estado de semicoma.

Las dificultades para imaginar que las mujeres de las llamadas clases respetables tuvieran problemas o experiencias sexuales no son más que un reflejo de la persistente convicción de que no eran «reales», pero poco a poco vamos aprendiendo no solo que estas mujeres existieron, sino que eran mucho menos etéreas de lo que la imagen popular pretendía. La influencia de un código de feminidad estaba muy presente en su vida, pero más imperiosa aún, al parecer, era la realidad del mundo cambiante, a veces desconcertante, al que tuvieron que adaptarse. A medida que empiezan a dibujarse los contornos de su experiencia colectiva, se hace posible interpretar de forma más sensata la información sobre un pequeño número de mujeres individuales de las que tenemos registros más completos, incluidas estas acusadas de asesinato cuya vida quedó expuesta al escrutinio público cuando tropezaron con la ley.

Los problemas de las mujeres más corrientes de la clase media del siglo XIX se consideran ahora menos simplones y triviales que antes, ya no solo como fruto del aburrimiento o la frustración por el aislamiento doméstico. Los historiadores coinciden en que en este periodo la mayoría de las mujeres estaban confinadas en el hogar mientras sus maridos salían a ocuparse de sus negocios, pero cuestionan la idea previa de que, como consecuencia de ello, perdían forzosamente estatus y posibilidades, de que sus problemas se reducían a minucias domésticas irrelevantes. Es cierto que las mujeres de clase media ya no desempeñaban las funciones económicamente productivas que les habían sido propias con anterioridad; sin embargo, la reorientación de sus energías hacia la administración del hogar y la maternidad las implicó de manera

activa en el proceso que se estila en llamar «modernización», un proceso que generó toda una serie de nuevos y cambiantes problemas para ellas. Diversas pruebas procedentes de la literatura médica, registros de fertilidad y datos de consumo demuestran que las mujeres estaban aprovechando unos ingresos más altos y nuevas oportunidades para mejorar su calidad de vida. Abandonando actitudes fatalistas anteriores, mostraban una nueva preocupación por los problemas de mortalidad infantil, las dolencias propias de la maternidad y la salud familiar en general. Acogieron con satisfacción las innovaciones tecnológicas para el hogar e incluso, al menos en Inglaterra, tomaban parte activa en la planificación familiar y en la elección de los nuevos métodos anticonceptivos disponibles. Las mujeres se estaban labrando una mayor autonomía doméstica, aunque en un contexto todavía cargado de hábitos y puntos de vista tradicionales y frente a la creciente crítica pública que las convertía en chivos expiatorios para todos aquellos que temían el cambio. Sus problemas, desde esta perspectiva, venían más de su disposición para acoger y fomentar el cambio que de aceptarlo pasivamente o incluso de resistirse a él, por lo que estaban más relacionados con las frustraciones y la ansiedad ante nuevas expectativas que con supuestas privaciones derivadas del declive de su estatus.

No todos los problemas de las mujeres en este periodo pueden verse como producto del conflicto por su nueva iniciativa doméstica, pero la conciencia de su asertividad sin duda amplía las formas de interpretar las pruebas sobre sus preocupaciones. Solo en raras ocasiones vemos a mujeres individuales en el proceso de hacer frente —o de fracasar en el intento— a sus dificultades, y aquellas de las que más sabemos son las que, por una u otra razón, distan mucho de ser corrientes: Florence Nightingale o Charlotte Brontë o los sujetos de este estudio. Nadie, al conocer sus perniciosas andanzas, se sentiría tentado a considerar a Madeleine Smith una *jeune fille en fleur* ordinaria ni a Adelaide Bartlett un ama de casa aburrida. Pero, a diferencia de Nightingale y Brontë, Smith y Bartlett fueron, en aspectos importantes, mujeres corrientes que

encontraron soluciones extremas a problemas corrientes. Las inclinaciones letales de estas asesinas han cegado hasta ahora a los observadores ante lo ordinario —lo típico, de hecho— de sus circunstancias y las dificultades a las que se enfrentaban.

Estas trece mujeres, por tanto, fueron personas que en muchos aspectos no eran nada excepcionales. Antes de las acciones que de pronto expusieron su vida al escrutinio público, parecían haberse amoldado a las normas de comportamiento esperado para las mujeres de su clase. Ninguna de ellas lideró campañas reformistas ni participó en movimientos políticos o sociales. Hasta sus juicios, ninguna había escrito nada para publicarlo. Solo una tenía una profesión independiente y no porque lo eligiera, sino porque carecía de la dote necesaria para casarse. Todas recibieron una educación media o algo superior a la media para los estándares de la época, ya fuera en casa o en conventos o internados. Todas administraban su propio hogar o ayudaban a sus madres a administrar el suyo. De las nueve que estaban casadas, todas tenían hijos o esperaban tenerlos. A todas se las oyó en algún momento hablar con cariño de los niños y de la maternidad. Todas se habían considerado a sí mismas cristianas. En estos aspectos y en algunos otros, este grupo de mujeres compartía las vivencias y aspiraciones de la mayoría de sus iguales.

Cuando sus problemas con la ley abrieron las puertas cerradas de la vida de estas mujeres, una de las revelaciones más «chocantes» (aunque, para nuestro mundo posfreudiano, apenas sorprendente) tenía que ver con la sexualidad. Este era un tema tabú en su clase social y que, a pesar de los recientes descubrimientos sobre vidas victorianas secretas, el historiador rara vez encuentra en discusiones públicas entre personas corrientes del siglo XIX. Esto incluye las relaciones sexuales pre y extramatrimoniales, el aborto espontáneo o provocado, las técnicas de control de natalidad, la frecuencia de las relaciones sexuales y la satisfacción sexual en el matrimonio, la masturbación de las mujeres y las enfermedades venéreas entre las mujeres decentes. De nuevo, aunque estas revelaciones indican que

algunas de ellas eran «desviadas» sexuales además de criminales —el adulterio se consideraba entonces una forma de desviación—, el contexto de sus relaciones sexuales y la reacción pública ante ellas nos dicen mucho sobre los problemas íntimos de las mujeres corrientes que no transgredían ni los códigos morales ni los penales.

No obstante, la sexualidad era solo una parte de la historia oculta de las relaciones de poder en el hogar reveladas en estos casos. En vista de las pruebas recientes de que la mayoría de las mujeres de clase media actuaban de forma que el poder doméstico se inclinara más a su favor, los esfuerzos de estas acusadas por ampliar su propia potestad en relación con los padres, maridos y otras autoridades domésticas apenas son peculiares, como tampoco lo son muchos —aunque obviamente no todos— de sus métodos. Estos casos apoyan la teoría de que las mujeres de su clase estaban consiguiendo una mayor autonomía en ciertos ámbitos, aunque al concentrarse en figuras individuales que eligieron o se vieron empujadas a soluciones drásticas e incluso homicidas para hacer frente a sus problemas, representan más bien un registro colectivo de algunas de las víctimas que ese logro arrastró consigo.

Este estudio se centra en las acusadas como mujeres más que como criminales. Con el objetivo de garantizar la disponibilidad de las pruebas necesarias para reconstruir las circunstancias que las llevaron a ser sospechosas de asesinato, se han seleccionado solo casos «sensacionalistas». Este grupo incluye casi todos los casos de mujeres inglesas y francesas que se convirtieron en *causes célèbres* durante el mandato de la reina Victoria, y los materiales permiten el muestreo de un gran número de reacciones públicas. Evidentemente, sería útil saber algo más sobre las asesinas de clase media menos célebres, pero no hay una forma directa de determinar siquiera el número total de las mujeres que fueron llevadas a juicio, y mucho menos sus motivos, ya que las estadísticas agregadas disponibles proporcionan poca o ninguna información sobre la clase social de los delincuentes por categoría del delito. Sin embargo, tener en cuenta los datos generales de todas las personas juzgadas

por asesinato ayuda a proporcionar un contexto para estas mujeres en su condición de presuntas criminales más que como mujeres de clase media.

Como era de esperar, tanto en Inglaterra como en Francia hubo menos mujeres acusadas de asesinato que hombres, aunque el porcentaje de mujeres con estos cargos era (y sigue siendo) más alto que para muchos otros tipos de delito. Por ejemplo, en Inglaterra, entre 1855 y 1874, los totales anuales de mujeres juzgadas por asesinato, que fueron entre doce y cuarenta y dos, superaron en dos ocasiones a los de los hombres y en general eran de al menos la mitad, mientras que solo constituían entre una quinta y una cuarta parte de las personas juzgadas en las audiencias regionales por delitos graves. En Francia, el patrón era similar, aunque allí el número de mujeres juzgadas por delitos graves era relativamente menor que en Inglaterra y se mantuvo en torno a una sexta parte del total de los juzgados en las audiencias regionales durante todo el siglo. Se ha argumentado que una mayor libertad social explica esa mayor representación de las mujeres inglesas en las estadísticas delincuenciales. En cualquier caso, es posible que la mujer francesa de clase media haya asesinado más que sus congéneres inglesas. Este estudio, de hecho, aporta algunas pruebas de que así fue.

Hay que reconocer que la representación de las mujeres en las estadísticas de personas juzgadas por asesinato (y en las estadísticas sobre delincuencia en general) es tal vez engañosamente baja por varias razones. Los registros de las instrucciones previas[1] revelan que solo una mínima parte de los casos conocidos de infanticidio acabaron en una acusación formal, por lo que es en gran medida un crimen de mujeres y también se cree que fueron muchos los infanticidios que nunca se detectaron. Además, la probada mayor popularidad del veneno entre las mujeres y el hecho de que varias de ellas fueran envenenadoras múltiples descubiertas solo en la «última» ocasión respaldan la idea de que muchas muertes por envenenamiento que pasaron inadvertidas

fueron crímenes femeninos. Además, es posible que una actitud social de mayor indulgencia hacia las mujeres mantuviera a algunas asesinas fuera del alcance de la ley y también que la propia habilidad socialmente condicionada de las mujeres para el disimulo diera ventaja a algunas de ellas. Si tenemos en cuenta todos estos factores, puede que las cifras «reales» de los asesinatos cometidos por mujeres superaran las de los hombres.

No hubo muchas mujeres ejecutadas por asesinato; como ya se ha señalado, ninguna de las que veremos aquí (todas de clase media) fue al patíbulo. Los datos de un estudio reciente sobre mujeres inglesas ejecutadas por asesinato indican que, de las cuarenta y nueve condenadas a muerte entre 1843 y 1890, la mayoría vivían en la miseria. Estas asesinas de clase baja, como sus hermanas de clase media y, de hecho, como la mayoría de los asesinos varones, elegían a sus víctimas sobre todo entre sus cónyuges, parientes y conocidos. Un análisis de los motivos revela que asesinaban con mucha más frecuencia por dinero. Veintidós de las cuarenta y nueve lo hicieron por eso, a menudo por cantidades muy pequeñas, como las irrisorias sumas que podrían obtener de las sociedades funerarias benéficas. El siguiente motivo, en términos de frecuencia, eran los triángulos amorosos: en cinco de estos casos la mujer asesinó a su marido para quedarse con un amante y en otros cinco las mujeres se vengaron de sus maridos o amantes por alguna infidelidad. De los diecisiete casos restantes, media docena de mujeres tenían motivos poco claros, aunque todas parecen haberse visto influidas por los efectos embrutecedores de la pobreza. Varias asesinaron a hijos a los que no podían cuidar. Una mujer ahogó a su hija de once años porque el hombre con el que vivía la obligó a escoger entre la niña y él. Otra, madre de diecisiete hijos, envenenó a su marido, con el que llevaba veinte años casada, porque ya no podía soportar sus brutales palizas. El veneno fue el medio más utilizado; nada menos que veintinueve de las cuarenta y nueve mujeres recurrieron al veneno y veintitrés de ellas usaron el clásico arsénico.

Este muestreo, por supuesto, no es representativo de todas las

asesinas, ya que excluye a la mayoría que fueron indultadas, absueltas o que nunca llegaron a juicio, pero permite hacer algunas comparaciones iniciales con los sujetos de este estudio. Los crímenes de estas mujeres de clase media se ajustaban a la regla general del asesinato doméstico y el envenenamiento fue sin duda el método preferido. La necesidad desesperada no era, por definición, un factor decisivo y, aunque el beneficio económico no puede pasarse por alto, no es una característica dominante en ninguno de los célebres casos aquí expuestos. Del mismo modo, aunque el infanticidio pudiera haberse dado en la clase media-baja cuando un niño amenazaba con perturbar un cierto nivel de vida alcanzado, era en gran medida un crimen de pobres, salvo cuando, como en uno de estos casos, se recurría a ello como medio para preservar la respetabilidad. Las incompatibilidades personales y los problemas sexuales que explican un número considerable de homicidios femeninos en las clases bajas resultan dominantes entre las asesinas de clases respetables, pero un análisis de estos últimos casos sugiere marcadas diferencias de método y motivos, que eran peculiares de las nuevas circunstancias de las mujeres de clase media. Las mujeres de este estudio se vieron atrapadas en situaciones que implicaban una elección entre autoridades y estilos de vida tradicionales y modernos y que las mujeres de las clases bajas difícilmente podrían haber vivido de la misma manera.

Desde luego, es posible que el análisis de los expedientes judiciales saque a la luz a otras asesinas de clase media cuyos casos no se convirtieron en *causes célèbres* como los que aquí se exponen y que un mayor número de motivos estén relacionados con las dificultades económicas. Sin embargo, un intento de hacernos cierta idea sobre esta posibilidad sugiere que, en cualquier caso, el número de mujeres de clase media juzgadas por asesinato fue sorprendentemente reducido. Un estudio de los sumarios de los casos del Tribunal Penal Central de Londres correspondientes a tres años seleccionados para cada decenio, desde la década de 1840 hasta la de 1890, reveló solo seis casos, de entre ciento diecisiete,

de mujeres llevadas a juicio por asesinato y en los que la autora parece pertenecer a la clase media. De estas seis, tres mataron a sus hijos y se las declaró mentalmente desequilibradas. Otras dos mataron a mujeres adultas, una madre y una criada, pero las muertes fueron al parecer el resultado involuntario de una serie de golpes propinados durante una pelea repentina. La sexta, una viuda, envenenó a su casera por dinero. La conclusión provisional que se extrae de este sondeo es que las asesinas que nos ocupan en este ensayo no deberían considerarse poco representativas solo porque sus casos fueran «sensacionalistas», sino que, de hecho, la expectación que causaron fue producto de la escasísima frecuencia con la que una mujer respetable se enfrentaba a este tipo de juicio.

Al reconstruir los relatos de estos asesinatos célebres se tendrán en consideración dos cuestiones principales. En primer lugar, se analizarán tanto el comportamiento como los motivos de las acusadas en su contexto social. En segundo lugar, se discutirá el desarrollo de un patrón discernible en los supuestos crímenes y en las reacciones ante ellos. Se argumentará que las circunstancias que llevaron a estas mujeres respetables a pensar en el asesinato, así como los factores que influían en las reacciones públicas frente al comportamiento de las mujeres, cambiaron a lo largo de este periodo y también que los casos ingleses y franceses llegaron a caracterizarse por rasgos distintivos que, al parecer, estaban relacionados con los diferentes ritmos de modernización de cada país.

En los doce casos de este estudio, emparejados cronológicamente, se trata a los sujetos no solo como presuntas o probadas delincuentes, sino también como hijas, esposas y madres de clase media, personas intrigantes en sí mismas y que también ofrecen pistas para entender la vida íntima y oculta de la mayoría de las mujeres de su clase que permanecen en el anonimato. El intento de desvelar algunos de los problemas y experiencias de un grupo más amplio de mujeres a través de un grupo pequeño y «aberrante» tiene riesgos evidentes. Los historiadores apenas están empezando a

explorar la utilidad del individuo excepcional para definir rasgos ocultos de lo típico, una empresa a la que los sociólogos y psicólogos más intrépidos llevan ya tiempo dedicándose.

Es obvio que el material biográfico detallado sobre un número limitado de individuos no se presta fácilmente al análisis cuantitativo ni a una generalización muy amplia. Por esta razón, muchos sociólogos tienen por principio obviar tales pruebas, basándose en que no pueden aportar respuestas verificables a sus preguntas sobre las relaciones sociales dentro del grupo al que pertenecen esos individuos. Esta actitud, en extremo restrictiva, no se aplicará aquí: se formularán las preguntas, aunque se reconozca que las respuestas pueden ser parciales o provisionales. La dificultad de construir una imagen satisfactoria de las relaciones domésticas en una época pasada no debería desalentar el examen de las pruebas disponibles sobre algunos aspectos de esas relaciones, incluidos los aspectos sumamente personales que son menos susceptibles a las formas de análisis que muchos sociólogos prefieren en la actualidad.

Estas pruebas no solo procuran la ocasión, por así decirlo, de captar de forma inesperada la imagen de un hogar al completo, sino también de examinar la gama de reacciones públicas ante los casos. Todas tocaban aspectos del comportamiento de las mujeres y las creencias sobre ellas que preocupaban a mucha gente. Los voceros que tenían medios para hacerlo expresaban sus opiniones públicamente en la prensa y comentaban las de los demás. Los que no estaban tan bien situados, entre ellos muchas mujeres, adoptaron medios menos oficiales para dar a conocer sus puntos de vista. De manera consciente o inconsciente, todos emitieron juicios de diversa índole, no solo sobre las acusadas, sino también sobre las mujeres en general.

La genial afirmación de Durkheim de que es la comunidad la que crea al desviado y lo necesita, tanto para concentrar los sentimientos del grupo como a modo de indicador de los límites sociales imperantes respecto a las actitudes y el comportamiento, es ahora un tópico. Arrebatar una vida humana, por supuesto, siempre se ha

considerado una forma extrema de desviación en la mayoría de las sociedades, pero incluso con los acusados de asesinato, así como con todos los desviados en menor grado, las actitudes de la comunidad y las formas de control varían muchísimo y dependen de una multitud de factores. Ya se ha sugerido que, en los casos que se tratan aquí, tanto su estatus social como su sexo podían resultar útiles a las acusadas. Este hecho no es sorprendente. Las mujeres, en concreto las que tienen una buena posición social, siguen gozando de un favor especial en la justicia penal. Pero esta ventaja, aunque real, nunca ha tenido un carácter estático o fijo. Ha dependido en parte de la capacidad de una sociedad determinada, en un momento dado, para incorporar el comportamiento desviado de una acusada en particular a una imagen positiva generalmente reconocida de la feminidad y, de ese modo, explicar tal comportamiento y descartar o aligerar el castigo prescrito habitual. Por supuesto, en el siglo XIX existía una visión favorable de la feminidad; de hecho, quizá nunca, ni antes ni después, se haya idealizado tanto a las mujeres —a las mujeres de clase media, queremos decir— por sus supuestas virtudes. Aun así, tal y como revelan estos casos, la eficacia del culto imperante a la feminidad para proteger a las acusadas de asesinato fue limitada. Lo que llama la atención en las reacciones «oficiales» a los casos no es tanto la evidencia de un trato especial hacia las mujeres como las condiciones cambiantes en las que se aplicaba dicho trato. Esas condiciones implicaban juicios sobre supuestos hechos de la vida de las acusadas que a menudo tenían poco o nada que ver con los cargos y mucho que ver con las volubles actitudes hacia las mujeres.

La mayoría de los juicios muy publicitados, por supuesto, suscitan dudosas teorías de culpabilidad o de inocencia, así como una variedad de opiniones prejuiciosas. En estos casos, sin embargo, resulta sorprendente que la situación real de las acusadas, que puede reconstruirse con cierta confianza, coincidiera tan pocas veces con la percepción de los tribunales y de la prensa. Por poner solo un ejemplo, en diez de los doce casos las creencias infundadas sobre un

asunto sexual decantaron el veredicto del jurado, el de la opinión pública o ambos. La disparidad entre estos juicios y la realidad era quizá por fuerza más acusada en las cuestiones sexuales, pero da un sentido concreto a la tan invocada «distancia» entre los sexos en las clases medias. Hombres y mujeres llegaban a vivir en mundos diferentes y su comprensión mutua era a menudo limitada. Eran otras mujeres las que, casi en exclusiva, daban muestras de comprender la situación de las acusadas.

Estos juicios penales se adentran en algunas de las facetas privadas de la vida de hombres y mujeres de otra época que rara vez se han explorado. Albergan algunas sorpresas, desde luego, pero muchas de ellas son, incluso ahora, fruto del reconocimiento. Para nosotros, al igual que para muchos de los que asistieron a los juicios, la experiencia no es tanto la de asistir a un espectáculo de fenómenos de feria como la de mirarse en un espejo deformante: los rasgos están distorsionados, pero son inconfundiblemente los nuestros.

[1] Investigaciones que se llevan a cabo para determinar las causas de una muerte violenta o sospechosa. *(N. de la T.)*.

1
Arsénico y matrimonio

Los casos de Marie Lafarge y Euphémie Lacoste

Puede que la adaptación al matrimonio nunca haya sido un asunto sencillo, pero en la sociedad de clase media del siglo XIX el suplicio se agudizaba, sobre todo para las mujeres. En ninguna época, ni antes ni después, la inseguridad generalizada respecto al matrimonio y el «mercado matrimonial» ha alcanzado cotas tan altas; y no es de extrañar, puesto que, para un número de personas mayor que nunca, el matrimonio representaba la gran esperanza para mejorar la propia posición social. Para la mayoría de las mujeres, cuyo destino era la esfera doméstica, los cambios en el rol social efectivo y en la imagen de la esposa ideal hacían de la iniciación al matrimonio, incluso en el mejor de los casos, un momento difícil e incómodo. Puestos en lo peor, las nuevas presiones del matrimonio podían conducir al desastre, como ocurrió en el caso de dos jóvenes francesas de la década de 1840, Marie Lafarge y Euphémie Lacoste.[2]

Los detalles de las tensiones soportadas al comienzo de su vida conyugal habrían pasado inadvertidos de no ser por el hecho de que ambos maridos murieron de forma bastante repentina y en circunstancias extrañas. Las sospechas recayeron sobre las esposas, que, al final, fueron llevadas a juicio acusadas de envenenarlos con arsénico. Las pruebas contra ellas eran circunstanciales, como es de esperar en un delito tan íntimo como el envenenamiento, pero a muchos les parecieron convincentes. Aun así, las señoras Lafarge y Lacoste negaron pública y repetidamente las acusaciones y puede que una de ellas, al menos, dijera la verdad.

Marie Lafarge y Euphémie Lacoste eran ambas mujeres burguesas, pero cada una procedía de un segmento de clase claramente

diferente. La señora Lafarge, esposa de un industrial siderúrgico que poseía una fundición en la región del Lemosín, era una parisina con una excelente educación y relaciones con la aristocracia y la clase media-alta. La señora Lacoste, por el contrario, era una mujer de provincias originaria del diminuto pueblo de Mazerolles, en el sudoeste de Francia. Casada con un comerciante menor que se había retirado para vivir del dinero de una herencia, vivía en un mundo mucho más tradicional que el de Marie Lafarge. Sin embargo, ambas jóvenes se vieron obligadas a afrontar una serie de nuevas experiencias, muchas de ellas propias de una clase en transición. Sus respuestas a las desconcertantes presiones del cambio en su vida, así como las reacciones de la sociedad a su comportamiento, revelan tensiones que difícilmente podrían haber sido exclusivas de estas dos mujeres. En una época en la que la «señora de la casa» burguesa se erigía como el nuevo ideal de clase de la feminidad, los casos de Marie Lafarge y Euphémie Lacoste sugieren algunos de los obstáculos con los que se encontraban las mujeres a medida que avanzaban hacia ese esquivo arquetipo.

De los dos casos, el de la señora Lafarge fue sin duda el que creó una mayor sensación. En el verano de 1840, todo el que supiera leer conocía al menos a grandes rasgos la vida de la señora Lafarge y las mujeres, según se decía, hablaban de poco más. Uno de los juicios más célebres del siglo, el caso Lafarge ha seguido despertando un interés que se refleja en un constante flujo de publicaciones.[3] Su protagonista era una elegante mujer de veinticuatro años y pelo oscuro. Si bien los comentaristas varones (que, como era habitual con las acusadas mujeres, se fijaron primero en su aspecto físico) discreparon sobre si era guapa, la mayoría coincidió en elogiar su inteligencia, su talento y su encanto. Algunos señalaron que en realidad no tenía un perfil muy bueno, que su frente era demasiado prominente y su nariz y su boca demasiado grandes. Pero casi todos estuvieron de acuerdo en que tenía unos ojos extraordinarios, una sonrisa encantadora y una voz suave y profunda, a la vez suplicante y seductora. El público interesado se enteró también de que la

acusada era una mujer de notable cultura: cantaba y tocaba el piano, leía a George Sand y Victor Hugo e incluso escribía poesía. Marie Lafarge era, en otras palabras, una heroína romántica reconocible… O eso parecía.

Nacida en París en 1816 y conocida de soltera como Marie Fortunée Cappelle, la joven era hija de un oficial de artillería que había servido en la Guardia Imperial. Estaba ilegítimamente emparentada con la familia real en el poder, ya que su abuela materna era una de las hijas naturales del padre del rey, Felipe Igualdad, y *madame* de Genlis. Su padre murió en 1828, cuando Marie tenía doce años, y su madre, que volvió a casarse dos años después, falleció en 1835.

A Marie, con dieciocho años, la enviaron a vivir con la hermana de su madre, que estaba casada con el secretario general del Banco de Francia. Sin embargo, a pesar de las ventajas que suponían la riqueza, la comodidad y las oportunidades para desarrollar su interés por la literatura y la música, Marie se quejaba, y con cierta razón, de que su tía mostraba aversión hacia ella y la hacía dolorosamente consciente de su condición de «prima pobre». La dote de noventa mil francos que le dejaron sus padres no impresionaba en los círculos sociales de su tía y Marie pronto se dio cuenta de que esta la consideraba una carga difícil de casar.

Del problema de encontrar un marido para esta huérfana se ocupó primero una amiga casada de Marie, aristócrata, que concertó un encuentro con el hermano de su antigua institutriz. Aunque el hombre era un respetable subprefecto, Marie, comprensiblemente, lo consideraba inferior a ella y confesó su alegría cuando un viejo amigo de su padre le aconsejó que no se aviniera a ningún acuerdo matrimonial con un hombre cuyos únicos ingresos eran su sueldo de subprefecto. Entretanto, sin embargo, uno de los tíos de Marie había contratado los servicios de una agencia matrimonial, que propuso un candidato en apariencia más adecuado, un tal Charles Lafarge, hijo de un honorable juez de paz del Lemosín. Su dosier incluía sinceras cartas de recomendación de su párroco y del diputado local de

Uzerche, así como unas halagüeñas acuarelas de Le Glandier, su finca, que en origen había sido un monasterio cartujo. Anunciado como el pudiente dueño de una fundición con propiedades por valor de al menos doscientos mil francos y unos ingresos anuales de treinta mil solo de su negocio, Lafarge era elogiado como alcalde de su comuna y pilar de la comunidad.

Para evitar que Marie se enterase de que Lafarge había salido de una agencia, el tío organizó un encuentro «casual» con su «amigo» en la ópera. Marie juzgó a aquel industrial del hierro de veintiocho años tanto grosero como feo, pero cuatro días después de su primer encuentro, en agosto de 1839, su tía anunció que había publicado las amonestaciones. Temerosa de que Marie se resistiera, incluso ocultó la información de que Lafarge era viudo. Al cabo de pocas semanas se celebraron las ceremonias civil y religiosa y la pareja partió hacia el Lemosín.

En las memorias publicadas tras su juicio, Marie describía la desesperación y el malestar que sufrió durante el viaje, el terror que le inspiraban las insinuaciones sexuales del desconocido que era su marido y la desilusión al llegar a su nuevo hogar.[4] Sus parientes políticos no parecían más que vulgares granjeros y la finca era un desastre. La tan cacareada fundición, se enteraría más tarde, estaba en bancarrota. Desesperada, se encerró en su dormitorio la primera noche y escribió una carta para Charles, anunciándole que lo había engañado y que estaba enamorada de otro hombre, que los había seguido en secreto desde París. Y añadió, de forma un tanto inverosímil, que tenía la intención de tomar arsénico o de partir sola hacia Esmirna.[5] Con horrorizada credulidad, Charles lo leyó y ordenó cargar las armas y mantener a los perros alerta contra el intruso. Sin embargo, tras una terrible pelea en la que participaron familiares y visitas, Marie al fin admitió su artimaña y aceptó quedarse. Charles, por su parte, prometió que no exigiría sus «privilegios conyugales» hasta haber arreglado la finca y conseguido un préstamo en París para financiar las operaciones de la fundición.

Al parecer, durante las semanas siguientes las relaciones entre

Lafarge y su nueva esposa mejoraron. Siguiendo el consejo de su abogado, Charles se encargó de que Marie, en deferencia a su origen parisino, tuviera suscripciones a los periódicos, carné de socia de la biblioteca de préstamo local, numerosas visitas y un entorno renovado. En noviembre de 1839, mientras proseguían las obras de remodelación en Le Glandier, Charles se fue a París con dos propósitos: tenía intención de solicitar la patente de un nuevo proceso de fundición que había desarrollado y quería negociar un préstamo para perfeccionar este proceso en su fábrica y darlo a conocer para venderlo a otras fundiciones. Le concedieron la patente, pero según pasaban las semanas sus esfuerzos por conseguir el préstamo se mostraban infructuosos. Volvió a casa a principios de enero de 1840 quejándose de una dolencia intestinal que decía llevar padeciendo desde mediados de diciembre. De hecho, recordó haber empezado a encontrarse mal el mismo día que había recibido un pastel que le había enviado su esposa.

Tras su regreso a casa, el estado de Charles empeoró; sufría constantes accesos de calambres, vómitos y náuseas que lo tuvieron en cama desde la tarde de su llegada. Marie velaba atentamente por su marido, le llevaba comida y bebida y hacía acudir a los médicos, pero la salud de Lafarge seguía deteriorándose. Un amigo que fue de visita a Le Glandier una semana después del regreso de Charles afirmó haber visto a Marie removiendo un polvo blanco en una bebida destinada a su esposo. Marie insistió en que el polvo no era más que goma arábiga, una sustancia usada habitualmente para las dolencias intestinales, pero su suegra confió sus temores sobre un posible envenenamiento a una amiga suya y esta sugirió que un farmacéutico local examinara los posos de un ahora sospechoso ponche de huevo. El análisis reveló la presencia de arsénico y a Marie se le prohibió seguir atendiendo a su marido. Charles, sin embargo, murió al día siguiente de realizarse la prueba. Su familia promovió entonces una investigación que culminó con el procesamiento de Marie por asesinato. Tras un juicio profuso en revelaciones sociales y psicológicas, pero condenado casi

universalmente como una parodia de la justicia, Marie Lafarge fue declarada culpable con circunstancias atenuantes y condenada a cadena perpetua.

Cuatro años más tarde, en julio de 1844, la noticia de otro presunto envenenamiento con arsénico de un marido por parte de su joven esposa, esta vez en el departamento sudoccidental de Gers, hizo que la prensa hablara de un nuevo caso Lafarge. Pero el caso de Euphémie Lacoste era muy diferente. Cierto es que la joven Euphémie se había casado con un hombre al que ella nunca habría elegido, que ya había estado casado y que le parecía maleducado y de trato difícil. También lo había cuidado prácticamente sola durante una funesta enfermedad gástrica y su supuesto resentimiento hacia su marido despertó habladurías. Aun así, el único rasgo del caso que evocaba el aire novelesco de la historia de Marie Lafarge fue la desaparición de Euphémie tras la emisión de una orden de arresto contra ella con el fin de interrogarla. Corrió el rumor de que había huido a España, donde habría ingresado en una orden religiosa o se había hecho pastora, y cuando al fin regresó por voluntad propia y con el pelo corto se especuló mucho con que se había hecho pasar por un chico. Por lo demás, sin embargo, el caso era más prosaico en apariencia, aunque no menos desconcertante.

Hija de unos pequeños terratenientes del departamento de Altos Pirineos, Euphémie Vergès tenía veintidós años en mayo de 1841 cuando se casó con su tío abuelo de sesenta y ocho, Henri Lacoste. Varios años antes, sus padres habían recibido una oferta de Lacoste, comerciante jubilado, que les informó de que iba a heredar una considerable suma de dinero y propiedades de un hermano mayor que poseía viñedos cerca del pueblo de Riguepeu, en el vecino departamento de Gers. Al ver una oportunidad de dejar bien situada a su hija y de garantizar su propia seguridad futura, los padres de Euphémie accedieron a la unión y ofrecieron una dote de veinte mil francos. Lacoste, a su vez, consintió en pagar la educación de su futura esposa en un colegio conventual de Tarbes. En este caso, como en muchos similares entre el campesinado más pudiente y la

baja burguesía provinciana, los padres acordaron el matrimonio sin informar a la hija; Euphémie se enteró de su próximo enlace apenas unos meses antes de que se celebrara la boda.

La señorita Vergès, una hija obediente, no pareció oponer resistencia. Como luego testificaron amigos y vecinos en el juicio, el matrimonio, en un principio, parecía feliz. Es cierto que corrían rumores de que la joven novia, al casarse con un tío suyo que le triplicaba la edad, había sacrificado sus inclinaciones por un joven tendero de Tarbes, pero la mayoría coincidía en que era muy solícita con su nuevo esposo. Incluso en esa parte de Francia, donde la mujer burguesa solía ser «solo la primera entre los sirvientes de su marido»[6], Euphémie destacaba por ser especialmente atenta. Lacoste presumía ante sus amigos de que su nueva esposa era la perfección misma, de que lo afeitaba, le lavaba los pies e incluso le limpiaba las uñas. Enseguida hizo testamento, en el que se lo dejaba todo a Euphémie, y anunció que esperaba tener pronto un hijo y heredero.

Pasaron dos años, sin embargo, y Euphémie no conseguía quedarse embarazada. Lacoste transmitió su preocupación a sus amigos y empezó a quejarse de que su mujer se había vuelto arisca y difícil. Euphémie, a su vez, le confió a su amigo, el maestro de la escuela local, que su vida doméstica era cada vez más dura. Henri, decía, no solo era tacaño, sino celoso; se negaba a darle permiso para ver a sus amigas o incluso para ir sola a la iglesia. Además, corría el rumor de que Lacoste había intentado hacer proposiciones deshonestas a dos de las criadas, que, después, habían dejado el servicio en casa de la pareja. Los vecinos dieron por hecho que Euphémie las había despedido porque le preocupaba que su marido tuviera la intención de engendrar un hijo y desheredarla.

Henri Lacoste enfermó de manera repentina a mediados de mayo de 1843, después de que el matrimonio asistiera a la feria local de Riguepeu. La indisposición, que su esposa atribuyó a una indigestión tras una comida de judías, cebollas y ajo, derivó en vómitos y debilidad, pero, como desconfiaba de los médicos, se supone que

Lacoste rechazó que lo atendiera ninguno. Cuando su estado empeoró tres días después del primer ataque, finalmente hizo que Euphémie escribiera para pedir un diagnóstico por escrito de sus síntomas.[7] Entretanto, recibió la visita de un funcionario de salud pública al que Euphémie había hecho acudir, pero los numerosos emplastos y purgas no sirvieron de nada. Lacoste murió pocos días después.

Su viuda, según los rumores locales, no estaba en exceso afligida por su pérdida. Como dijo una criada: «*Madame* derramó unas cuantas lágrimas y enseguida se fue a buscar el testamento».[8] El comportamiento posterior de Euphémie también se consideró sospechoso entre la gente del pueblo. Decidió mudarse a la cercana Tarbes, donde primero se hospedó en unas habitaciones que su marido y ella habían alquilado para sus visitas a esa ciudad y después arrendó un piso más grande. Los chismorreos locales decían que había hecho compras extravagantes, incluidos un carruaje y caballos, y también afirmaban que recibía a jóvenes muchachos hasta medianoche. Esto era un comportamiento muy impropio, sobre todo en provincias, donde se esperaba que las recién enviudadas guardaran dos años de luto riguroso.

Los crecientes rumores de que Lacoste no había muerto por causas naturales llegaron por fin al fiscal y, cuando se exhumó el cadáver en diciembre, se hallaron en él restos de arsénico. Algunos conocidos recordaron que, el día que cayó enfermo, Lacoste se había quejado de un vaso de vino malísimo que le había dado el maestro de la escuela, Joseph Meilhan. Esto, junto con el descubrimiento de que la viuda le había otorgado a Meilhan una pequeña pensión, fue suficiente para que las autoridades presentaran cargos por asesinato contra los dos. Sin embargo, los testimonios oídos durante el juicio no aportaron ninguna prueba de una conspiración entre Euphémie y el maestro de escuela de setenta años y al final los dos fueron absueltos. La decisión se debió en parte al hecho de que los expertos que testificaron sobre los restos de arsénico manifestaron serias discrepancias respecto a la procedencia del veneno y a la

cantidad hallada en el cuerpo. Sin embargo, la señora Lafarge, desde su celda de la prisión de Montpellier, tenía una opinión diferente sobre la absolución de los acusados. «Mi condena —declaró— salvó a la señora Lacoste».[9]

Los indicios no permiten, en ninguno de los dos casos, llegar a un dictamen concluyente sobre la culpabilidad o la inocencia de las jóvenes, aunque en ambos es posible hacer un juicio ponderado. Cabe señalar que el número y la variedad de las fuentes de pruebas en el caso Lafarge superan con creces los del caso Lacoste. Los testimonios en el caso de Marie Lafarge permiten una reconstrucción más detallada, en parte porque hubo más personas que presenciaron los hechos. En el momento del presunto crimen, entre los residentes en Le Glandier se encontraban la joven pareja, la madre viuda de Lafarge, una cocinera, dos criados, el socio contratado por Lafarge y su esposa, una sobrina de Lafarge que estaba visitando a Marie, la criada de Marie, Clémentine Servat, y una solterona amiga de la familia que se alojaba allí mientras pintaba los retratos de Marie y la sobrina. Además, durante la enfermedad de Charles, recibieron numerosas visitas de amigos, parientes y médicos. En casa de los Lacoste, en cambio, solo había, además del matrimonio, una criada: Jacquette Larrieu. Las visitas se limitaron a unos pocos amigos y al funcionario de salud pública.

El menor número de testigos refleja el mundo más restringido de los Lacoste, sobre todo de Euphémie. El pueblo de Riguepeu se limitaba a siete viviendas particulares, cuatro pequeñas granjas, una posada, la alcaldía y la casa del cura. La residencia de los Lacoste, apartada del pueblo y conocida como Château Philibert (por su anterior propietario, el hermano de Henri), no era en realidad sino una versión más elegante del estilo local de casita blanca de una sola planta con el tejado de tejas rojas. Los periodistas que visitaron la comunidad dijeron que los habitantes, que hablaban un dialecto incomprensible con una marcada mezcla de español, desconfiaban de todos los forasteros y, salvo el cura, se negaban a hablar de los Lacoste. El cura solo dijo que la pareja le merecía buena opinión y

que, como confesor y guía espiritual de Euphémie, tenía una fe absoluta en su integridad moral.[10]

Entre los testigos llamados a declarar durante la investigación, para describir su relación con la pareja, hubo un buen número de vecinos del pueblo: el alcalde, el cura, el posadero y una persona que trabajaba para él, granjeros y albañiles contratados por Lacoste, antiguos criados y algunos más. También hubo testimonios de algunas personas de fuera, sobre todo conocidos de la cercana Tarbes. Sin embargo, los detalles sobre los asuntos cotidianos del hogar de los Lacoste son limitados y el comprensible recelo de los más allegados a la pareja más prominente del pueblo dificulta aún más la reconstrucción.

Henri salía con frecuencia de visita por su cuenta, de modo que sus amigos podían ofrecer una imagen bastante clara de él. Sobre Euphémie, sin embargo, mucho hay que deducirlo. Su vida de casada se limitaba casi por completo al hogar y su reticencia a hablar de asuntos personales obviamente relevantes para el caso complica aún más el esfuerzo por reconstruir su situación. El tribunal, además, con el argumento de proteger su pudor —y en ocasiones con el argumento tácito de salvaguardar la reputación de su marido—, evitó una y otra vez cuestiones relacionadas con los cargos.

Aparte de los testimonios más detallados en el caso Lafarge, hay otros documentos que permiten entender mejor a la propia Marie. Buena parte de su correspondencia, tanto anterior como posterior al juicio, está recopilada.[11] Marie también acabó dos volúmenes de memorias mientras esperaba su apelación y, cuando esta fracasó, escribió una serie de crónicas que, tras su muerte, publicó un familiar con el título *Prision Hours* [Horas de cárcel].[12] Por último, antes de su juicio por asesinato, Marie estuvo implicada en otro juicio relacionado con el supuesto robo de un collar de diamantes. El asunto llegó ante un tribunal correccional en julio de 1840 y dio lugar a que se publicitaran muchos aspectos de su vida antes de casarse. Por tanto, sabemos mucho sobre Marie Lafarge. Y aun así

sigue siendo un misterio.

Euphémie Lacoste parece mucho menos compleja que Marie y probablemente más representativa de las mujeres provincianas de clase media de la época de lo que Marie lo era de las parisinas de clase media-alta. Pero esta impresión puede ser inexacta. Euphémie no dejó memorias ni correspondencia que iluminaran, o quizá engañasen, a sus contemporáneos y a las generaciones futuras sobre sus pensamientos y sentimientos íntimos. Sí testificó en su juicio y unas cuantas personas hablaron de su vida tras llegar a Riguepeu, pero no hubo nadie que diera información detallada sobre ella antes de casarse con su tío abuelo.

Puede, en efecto, que hubiera poco que contar. Su madre podría haber tenido algo que decir, pero ya había muerto en el momento del juicio. Su padre, tal vez abrumado por la vergüenza o el dolor por Euphémie, o quizá simplemente por ser incapaz de hacer el viaje, no compareció ante el tribunal, aunque envió una curiosa carta en defensa de su hija. Solo su hermana mayor estuvo presente en la sala para dar apoyo familiar a Euphémie, y la opinión pública, que tanto había simpatizado con la acusada en el caso de Marie Lafarge, era mucho menos favorable a Euphémie Lacoste. En Auch, la pequeña prefectura departamental donde fue juzgada, muchos de los ocho mil habitantes pensaban que había buenas razones para condenar a la señora Lacoste y no dudaron en decir por qué. Otros, obviamente absortos en el caso, entre ellos muchas mujeres, no daban ninguna opinión.

Cualquier intento de explicar las reacciones de las dos mujeres ante el matrimonio y su supuesta participación en los asesinatos debe tener en cuenta las pruebas disponibles sobre sus vivencias y expectativas antes de casarse. Hay un gran volumen de material relevante sobre Marie Lafarge, pero, dado que la mayoría procede de sus propios escritos, dedicados en gran parte a su larga campaña para demostrar su inocencia, debe tratarse con extrema cautela. En el caso de Euphémie Lacoste, solo contamos con los testimonios del juicio para reconstruir sus primeras experiencias. No obstante, por

fragmentarias y sesgadas que sean las pruebas en ambos casos, permiten hacerse una cierta idea de las distintas condiciones emocionales e intelectuales con las que las dos mujeres llegaron al matrimonio.

No es sorprendente que tanto los tribunales como la prensa mostraran especial interés por las supuestas relaciones románticas previas de las dos jóvenes, no solo porque influían en la cuestión del móvil, sino porque incidían en la particular obsesión de una sociedad que estaba cambiando sus puntos de vista sobre la teoría y la práctica del cortejo. Un historiador habla de que una arrolladora «revolución romántica» se había puesto en marcha en Francia en este periodo y sugiere que los hábitos de cortejo en todas las clases sociales se estaban viendo afectados por lo que él describe como una «oleada de sentimiento».[13] En términos sencillos, su teoría sostiene que, al pensar en una pareja para el matrimonio, cada vez más jóvenes empezaban a dar prioridad a los objetivos individualistas de «afecto y compatibilidad»[14] frente a los antiguos criterios de objetivos familiares y comunitarios que ponían mayor énfasis en la propiedad y la seguridad financiera. Se puede argumentar que esta tendencia no estaba lo bastante extendida como para considerarla una «revolución arrolladora», pero no cabe duda de que en la década de 1840 las ideas a favor del amor romántico estaban agitando a la burguesía en todos los ámbitos.

No obstante, el ideal romántico estaba aún lejos de triunfar en Francia en la época en que Marie Lafarge y Euphémie Lacoste fueron juzgadas. De hecho, era sobre todo entre la creciente burguesía donde los cálculos financieros y lo que los franceses llamaban «interés» fueron ganando importancia, al parecer, a medida que los nuevos reclutas varones de esta clase social buscaban cada vez más allanarse el camino hacia el éxito por medio de «buenos» (es decir, lucrativos) matrimonios. Al mismo tiempo, sin embargo, era también la burguesía, en especial en París, la clase social cuyos jóvenes estaban más influidos por el único ámbito en el que la teoría del cortejo romántico dominaba con claridad, a saber, la esfera literaria.

En lo que nació como una rebelión juvenil más general,[15] los profetas del nuevo movimiento predicaban la prioridad de las emociones y los sentimientos en el cortejo y, al hacerlo, se ganaron la atención de un amplio y solidario público de clase media. Quizá no resulte paradójico que una generación cuyas posibilidades de casarse por «inclinación» seguían estando restringidas —en cierto modo más que nunca— respondiera a un ideal romántico liberador para evadirse, por ilusorio que fuera.

No es fácil entender el papel ni las reacciones de las mujeres burguesas casaderas, rodeadas de ese nuevo y atractivo material de lectura, pero obligadas a llevar una etiqueta con el valor de su dote. ¿Se les negaba realmente a estas jóvenes el acceso a la literatura romántica hasta que se les concertara un matrimonio «prudente», como sugerían las declaraciones oficiales,[16] o se las ingeniaban para hacerse con ella antes, como parece más probable? Y si estaban expuestas a este nuevo ideal, ¿cómo les afectó, dado que a la mayoría de esas mujeres les esperaba un matrimonio concertado? Sean cuales sean las respuestas para las mujeres de esta clase social en su conjunto, es probable que las hijas burguesas más sensibles, expuestas tanto a los cambios sociales como a los nuevos ideales románticos, llegaran a percibir impulsos aparentemente contradictorios en su sociedad.

Las hijas parisinas, al menos, eran conscientes de que el mercado matrimonial se estaba expandiendo a medida que ambiciosos jóvenes de provincias como Charles Lafarge inundaban la capital en busca de esposa y fortuna.[17] Es poco probable que los ideales románticos dominaran entre los hombres a los que se les acababa de dar la posibilidad de alcanzar esos ideales económicos, pero para las jóvenes con buena dote las opciones aumentaban, al menos en teoría. Además, aunque es cierto que su vida cotidiana seguía siendo más limitada que la de sus hermanos y sus congéneres femeninas más «avanzadas» en Inglaterra, las jóvenes francesas, y las parisinas en particular, tenían acceso a una variedad de experiencias vicarias a través de la literatura que posiblemente era mayor que la

que estaba disponible para las inglesas.

Las nuevas novelas románticas populares en Francia aún no habían sido «saneadas» por los severos cánones de respetabilidad de la clase media, como había ocurrido en Inglaterra.[18] Muchas de estas obras francesas criticaban el matrimonio concertado por «burgués», glorificaban las uniones amorosas que superaban las barreras sociales y daban papeles activos a las heroínas femeninas. Por supuesto, gran parte de esta literatura, sobre todo las obras rabiosamente populares de George Sand, nacía de una tradición básicamente aristocrática de la libertad para las mujeres, con sus antiguas concepciones de «feminismo de salón» a las que no se les dieron más que algunos giros nuevos. Pero este hecho no la hacía menos potente en un entorno burgués que seguía sintiendo una poderosa atracción hacia los ideales aristocráticos. El resultado natural para las ávidas lectoras de este tipo de ficción, sobre todo teniendo en cuenta su limitada experiencia, debió de ser el nacimiento de una enorme «falta de credibilidad» a medida que las realidades del cortejo y el matrimonio de verdad en su sociedad caían sobre ellas. No obstante, es difícil encontrar pruebas documentadas de esta clase de víctimas entre las hijas de la burguesía, excepto en los propios retratos literarios como el de Emma Bovary. Tanto Euphémie Lacoste como Marie Lafarge, sin embargo, aportan solidez histórica a muchos aspectos de la desmoralizadora experiencia ficticia de Emma. Y cada una de las jóvenes añade algunos elementos propios.

Quedó demostrado que las dos acusadas habían alimentado fantasías románticas antes de casarse, aunque Marie, como era de esperar, disfrutó de más experiencias y de una educación más amplia en su entorno social más elevado. A menudo resulta difícil distinguir la realidad de la fantasía en sus memorias, pero, dado que el esquema general de los acontecimientos que describe aún era verificable por parte de otras personas en el momento de su publicación, puede suponerse que es bastante exacto. En los casos de ambas mujeres, las vivencias juveniles sí parecen haber

condicionado las reacciones iniciales al matrimonio y, más en concreto, las estrategias de huida —delictivas o de otro tipo— que adoptaron.

Las memorias de Marie Lafarge retratan a una criatura que desde el principio se sintió no deseada, rechazada y poco atractiva, aunque parece haber exagerado todos estos atributos para lograr un efecto dramático.[19] Según Marie, su padre, que había esperado un hijo varón, se mostraba decepcionado con ella, a pesar del intenso apego que la niña sentía por él desde la infancia. Y para empeorar las cosas, su hermana Antonine, que llegó cuando Marie tenía cinco años, enseguida fue considerada más hermosa y encantadora que ella. A la edad de nueve años enviaron a Marie a la escuela del convento de Saint-Denis, pero se lamenta de que ya entonces su marcado individualismo la apartaba de sus doscientas compañeras, absortas únicamente en su versión en miniatura de las batallas sociales entre las aristocracias antigua e imperial. Rescatada de la escuela por sus padres tras una supuesta enfermedad grave, Marie afirma que por fin se ganó el amor de su adorado progenitor al demostrar sus agallas en travesuras poco femeninas, incluidos algunos correteos con los jóvenes oficiales bajo el mando de su padre y pantomimas de justas a caballo. Pero, tras la muerte de su padre cuando ella tenía doce años, Marie jura que estuvo inconsolable y deja constancia de su rabia por la decisión de su madre de volver a casarse.

El único alivio que Marie admite tener en medio de su desgracia son los alegres veranos que pasó con su abuelo en su finca de la región de Picardía. Aquí insinúa su propio linaje aristocrático, describe con orgullo a los nobles que iban de visita y relata que en una ocasión incluso se le permitió vivir una fantasía medieval supervisando las tierras y al personal como una imaginaria señora del castillo. Aun así, vuelve una y otra vez a la madre desaprobatoria que no le dejaba olvidar su fealdad y cuenta que a los quince años más o menos decidió que, si no podía ser guapa, al menos sería inteligente. La campaña de lectura en la que se embarcó incluía la

Historia de Carlos XII de Voltaire, que al parecer prefería a las memorias del Imperio, que ella consideraba demasiado duras con su *demi-dieu* Napoleón, sobre todo respecto a sus «tristes derrotas».[20] Le encantaban Racine, Corneille y en especial Molière, disfrutaba con los relatos de las conquistas de Pizarro y Cortés y devoraba *Pablo y Virginia.* Sobre todo, dice, adoraba las novelas de *sir* Walter Scott y cuenta que antes de irse a dormir solía imaginarse que galopaba junto a su amiga Diana Vernon «cuando, en su caballo blanco, salía de caza entre las brumas de Escocia».[21] Más tarde, la transición a las heroínas de George Sand fue fácil.

Con la confesión de que seguía sintiéndose torpe y poco querida en el mundo fuera de sus libros, Marie cuenta que, durante su última visita a París con su madre, se vio obligada a asistir a un baile en las Tullerías donde, a sus diecisiete años, se aburrió «soberanamente».[22]

> No conocía a nadie, los amigos de mi tía [la señora] de Martens eran hombres serios, políticos y diplomáticos de creencias contrarias al baile; además, después de haber admirado aquel suntuoso entorno, los hermosos vestidos y los bellos rostros, y después de haber soportado la tortura de sentirme arrastrada por las cuadrillas de Tolbecque mientras la escasez de parejas de baile me mantenía clavada a la silla, al final me fui [a casa] a la cama a medianoche, agotada por el aburrimiento y agradecida de descansar por fin de todos los placeres ajenos.[23]

Un año más tarde, la madre que, según ella, nunca la quiso ni la entendió, cayó muy enferma y Marie sostiene que sintió una inmensa culpa por el amor que ella misma le había negado. Aun así, relata una reconciliación final en el lecho de muerte, donde las últimas palabras de su madre fueron: «Pobre niña, yo te quería».[24]

Esta interpretación de sus primeros años revela mucho, al menos, de lo que Marie quería que sus coetáneos y la posteridad creyeran sobre ella y sobre su sociedad. Escrito con encanto y estilo (itanto, de hecho, que al menos un crítico contemporáneo insistió en que

tenía que haber contratado a un negro literario!),[25] el volumen retrata a una joven dotada, incomprendida y compasiva. Atrajo sobre todo a un público femenino (la traducción inglesa de 1841 estaba explícitamente dedicada «a las mujeres de Inglaterra»[26]) y se dice que tanto en Francia como en Inglaterra las mujeres compraron muchos ejemplares.

Sus magníficas descripciones de personalidades y acontecimientos hacen que merezca la pena leer las memorias como testimonio de la época, pero lo que resulta más importante para esta investigación es que ofrecen algunas posibles pistas sobre la supuesta participación de Marie en el asesinato de su marido. Estas pistas, no obstante, son difíciles de extraer e interpretar. Las más obvias son las admisiones directas que tienen que ver con su autodramatizada naturaleza intelectual y romántica, su orgullo unido al complejo de inferioridad, su individualismo y el desprecio hacia las mezquinas convenciones de la sociedad burguesa e industrial, su intensa necesidad de ser amada y su sensación de rechazo. Sin embargo, todo esto era el bagaje literario estándar de la escuela romántica y la facilidad de Marie para utilizarlo puede contarnos más de sus habilidades como escritora que de la auténtica percepción que tuviera de sí misma. Como mínimo, se puede decir que Marie Cappelle estaba inmersa en la cultura romántica cuando se trasladó a vivir con su tía a París en 1835.

En cualquier caso, es destacable que Marie afirmara haber hecho, a sus dieciocho años, numerosas observaciones sobre las jóvenes de su sociedad que, al menos en la época en que las registró, constituían una dura crítica a la posición de la mujer. Constantemente se refiere a la necesidad de que una joven guarde silencio y a su propia obligación de expresar sus sentimientos de manera indirecta. En una ocasión comenta con amargura: «Me quedé muda porque sabía que una joven debe preocuparse por los demás sin pretender que los demás se preocupen por ella y que debe utilizar su buen juicio para escuchar con elegancia y contener la lengua con inteligencia».[27] En otros pasajes deja constancia de su

desdén por la ostentosa educación contemporánea de las mujeres en instituciones como la escuela a la que había asistido su hermana en París.

> Es imposible imaginar la importancia que se da en estos pensionados a los seres más bien ordinarios que llamamos hombres, personas que no son ni mucho peores ni mucho mejores que nosotras. Se los convierte en serpientes, en demonios y en espíritus del abismo, ocupados siempre en engañarnos y seducirnos. Una joven nunca debe mirarlos a la cara; si se respeta a sí misma, solo debe responderles: «Sí, *monsieur.* No, *monsieur*». Una sílaba de más podría comprometerla; dos, deshonrarla. Por último, estoy segura de que, si le hubieran dado estos sermones a nuestra madre Eva al prohibirle el fruto del Árbol del Conocimiento, se habría comido dos manzanas y ahora seríamos el doble de desgraciadas por su culpa.[28]

En los escritos de Marie Lafarge aparecen con frecuencia pruebas de una conciencia feminista, pero de nuevo es difícil saber hasta qué punto afectaba estas manifestaciones como parte de una imagen romántica convencional, del mismo modo que otras mujeres, que podían ser sinceras o no, adoptaron el modelo romántico más típico de la mujer pasiva, delicada y sumisa que externamente reconocía la superioridad intelectual masculina. Sin embargo, señalar que estas opiniones pudieran ser afectadas no quiere decir que el comportamiento de Marie no se viera influido por ellas. Una vez construido su castillo romántico, bien pudo decidir habitarlo.

El periodo de desarrollo en la vida de Euphémie Vergès Lacoste se desconoce casi por completo, pero es poco probable que sus experiencias replicaran las de Marie Cappelle. Al igual que Marie, Euphémie tenía una hermana, aunque esta era mayor y, según todas las noticias que nos han llegado, menos atractiva que ella. Esta hermana estaba casada y había sido en su boda donde Henri Lacoste se había fijado en su encantadora sobrina soltera y había concertado el acuerdo matrimonial. Pero el hecho de que la hermana de Euphémie se casara antes que ella era natural, ya que era la mayor. Que Antonine Cappelle se casara antes que Marie, que le

sacaba cinco años, fue otro golpe para el ego de esta última.

El padre de Euphémie, un esforzado terrateniente de origen campesino, se había convertido en un pequeño rentista burgués y era alcalde de su pueblo cuando concertó el compromiso de su hija menor. Se la retrata entonces como a una hija religiosa y fiel, educada con esmero en las serias responsabilidades de la vida conyugal. Según lo convenido con su tío abuelo, ya en el último tramo de su adolescencia fue a Tarbes a un colegio de monjas y allí parece haber disfrutado de su primera oportunidad para mezclarse con muchas otras jóvenes de su edad. Sin embargo, es probable que vigilaran sus movimientos muy de cerca, ya que sus padres se trasladaron a Tarbes durante ese tiempo y vivía con ellos mientras asistía a la escuela del convento como «alumna externa».[29] Aun así, hay indicios de que pudo haber aprovechado su exigua nueva libertad para entablar al menos una amistad que sus padres desaprobaban.

El joven en cuestión, Hippolyte Bérens, tenía una tienda de comestibles en Tarbes. Nada se sabe de las circunstancias en las que conoció a Euphémie. En el juicio, uno de los vecinos de Riguepeu, un carpintero que había trabajado para los Lacoste, admitió haber actuado como intermediario para algunos de los pretendientes de la recién enviudada y declaró que, cuando Euphémie había expresado su preferencia por el tendero, él la había instado a considerar las ofertas de otros profesionales con mejor posición social que Bérens. El afán de estos pretendientes, que al parecer fueron cincuenta o sesenta, era comprensible, ya que se sabía que la fortuna que Euphémie acababa de heredar ascendía a unos setecientos mil francos. Lo que no estaba claro era la naturaleza de la temprana relación de la viuda con el tendero. Esta relación se consideró crucial para el caso, ya que un amor previo al matrimonio daba a Euphémie un móvil plausible para el asesinato.

En el juicio, Bérens negó haber conocido a Euphémie antes de que esta se casara, aunque admitió haberla visitado cuando se trasladó a Tarbes tras la muerte de Lacoste y haberle propuesto matrimonio

unos meses después. (Al final Euphémie rechazó su oferta, pues, entretanto, la habían convencido para aceptar la de un abogado local, proposición que más tarde fue retirada, tras hacerse públicas las acusaciones contra la viuda). La propia Euphémie negó conocer a Bérens antes de su matrimonio, pero tanto una criada como el carpintero declararon en los interrogatorios preliminares que la señora Lacoste había afirmado que se casaría con Bérens porque había sido su «primer amor», de sus días en el colegio de monjas. Al darse cuenta, demasiado tarde, de las graves implicaciones de esta aseveración para su amiga Euphémie, el carpintero trató de retirarla en el juicio, pero para entonces la probabilidad de un entendimiento previo entre la pareja era evidente. De hecho, puede que fuera el descubrimiento de su «entendimiento» con Bérens lo que empujó a los padres de Euphémie a informar por fin a su hija de que habían hecho otros planes para ella.

La rumoreada existencia del misterioso amante de Euphémie añadió una emoción especial al procedimiento, pero los reporteros informaron de que su aparición en carne y hueso fue una aguda decepción para la multitud de mujeres de la tribuna de señoras, muchas de las cuales se levantaron para verlo mejor cuando lo llamaron por su nombre. Bérens, a sus veintisiete años, era descrito como un joven de baja estatura, achaparrado y torpe, que permanecía de pie, nervioso, retorciendo el ala de su sombrero entre las manos. «Se esperaba que fuese un héroe salido de una novela»,[30] dijo *La Presse,* pero el testigo, que respondía a las preguntas de forma rígida y ensayada, apenas cumplía los requisitos. Su espeso bigote rubio y las patillas, que podrían haber gustado en otra época, eran una desilusión añadida en un momento en el que el héroe romántico ideal no solo era alto y delgado, sino también moreno. Bérens, se convino, era del todo inadecuado.

Marie Cappelle no defraudaría las expectativas de los curiosos a este respecto. Se sabía que, antes de su matrimonio con Charles Lafarge, su nombre estuvo vinculado a no menos de tres personajes con resonancias románticas. El hecho de que ninguno de ellos

compareciera en persona ante el tribunal permitió al público mantener intacta la imagen de sus intrigantes relaciones con Marie, aunque todos, de un modo u otro, quedaron en evidencia por estar muy alejados de ser el héroe que Marie había imaginado en un principio. Más tarde ella misma describió su imagen de este ideal en sus memorias.

> Vi en el desarrollo de mis talentos un medio para ser amada y adorné mi mente para ese ser que aún no podía imaginar, pero al que esperaba encontrar en el futuro y al que aguardaba como el complemento de mi existencia. Cuando escribía algún pensamiento elevado, se lo leía *a él,* cuando conseguía dominar una pieza musical difícil, le cantaba *a él* mi victoria. Estaba orgullosa de ofrecerle *a él* cualquier buena acción y no me atrevía a pensar *en él* cuando no estaba satisfecha de mí misma. No era un hombre, ni un ángel, solo alguien que debía *amarme* a mí.[31]

La primera posible encarnación de este ideal aparecería en 1836, poco después de que la joven huérfana se mudara con la hermana de su madre. Marie pronto adoptó la costumbre de visitar a una anciana tía abuela, otra de las hijas de la señora de Genlis, que le compró un piano y le llenó la cabeza con historias del Antiguo Régimen. Fue por medio de esta pariente como conoció a Marie De Nicolai, la amiga con la que tendría su primera aventura con un héroe romántico. Su tutora, la tía Garat, declaró más tarde que ella desaprobaba por completo la amistad de las dos jóvenes, no solo porque la familia de la señorita De Nicolai no pertenecía a su propio «círculo», del que deseaba que su sobrina eligiera a todos sus amigos, sino también porque las relaciones aristocráticas de los De Nicolai infundirían en Marie ideas de un futuro matrimonio que estaban por encima de sus limitados medios.[32]

No obstante, se permitió que esta amistad continuara y Marie De Nicolai le confió un día a Marie Cappelle que se había fijado en un apuesto desconocido, de atuendo elegante y mirada devota, que parecía estar siguiéndolas en sus paseos diarios con carabina.

Encantada, la resuelta señorita Cappelle descubrió, por medio de un conocido, que el joven era un poeta español llamado Félix Clavé. Sin embargo, las muchachas no tardaron en enterarse de que, lejos de ser la criatura de noble cuna que ambas habían imaginado, Clavé era hijo de un simple maestro que dirigía una escuela en el Boulevard du Roule. Desilusionada, la señorita De Nicolai estaba dispuesta a abandonar cualquier intriga, pero Marie Cappelle criticó el esnobismo de su amiga: «Si desearas un matrimonio de conveniencia, entendería tu vacilación, pero si tu corazón le pertenece, ¿puedes recuperarlo?».[33] Entonces la convenció de que debían enviar a Clavé una nota que ella misma había escrito: «Por nuestra salud, un paseo por los Campos Elíseos a las dos; por nuestra salvación, una plegaria en St. Philippe du Roule».[34]

El encantado destinatario acudió a la cita, pero Marie Cappelle pronto se dio cuenta de que los afectos del joven Clavé estaban dirigidos únicamente a su compañera más guapa. Aunque la señorita De Nicolai temía proseguir con la relación, su amiga se ofreció como intermediaria e instó a Clavé a enviar sus cartas a casa de su tía abuela, que por suerte no examinaba su correspondencia. Él accedió de buena gana, con untuosas efusiones de sentimientos elevados —ahora en verso, ahora en prosa— que más tarde causarían hilaridad cuando las leyeran en voz alta y con sobriedad ante el tribunal.[35]

Marie Cappelle, que hizo todo lo posible por desplazar hacia sí misma el amor de Clavé, se vio obligada, como ella misma dijo, a ser «la segunda Marie».

> Lo había amado primero por Marie, después por los nobles, extraños y orgullosos sentimientos que dejaba escapar de su corazón en esas cartas. Los comprendía todos, compartía algunos de ellos y, si él enviaba todo su amor a Marie, todos sus pensamientos, todos sus pesares eran para mí.[36]

El joven admitió ante un amigo suyo que había despertado el amor de la señorita Cappelle por él de manera involuntaria y se sintió obligado a recordarle con firmeza que sus afectos estaban en otra

parte.

> Diga que soy un ególatra, que soy un desagradecido, un hombre vil y despreciable, diga todo eso, mi querida Mariquita, y Dios sabe que no habrá mentido. Soy aún peor… Estoy enamorado. (…) ¿Cómo es posible que haya cometido el descuido de no agradecerle el encantador regalo que me hizo? Sí, lo llevaré en recuerdo suyo y para que Dios me perdone por ser tan ingrato y desconsiderado. Espero, Mariquita, que usted, que es tan buena, tan leal, no se ofenda por mi imperdonable conducta y que, a pesar de todo, siga dándome el apoyo que tanto necesito. Puede escribirle *a ella* que, desde el día en que me ha hecho cometer tantas idioteces que ya no me reconozco, tengo la cabeza del revés.[37]

Marie De Nicolai, entretanto, empezó a asustarse por su participación en esta inocente aunque posiblemente comprometedora aventura. Mostrando un comportamiento más típico que el de su enamorada amiga, se lo confesó todo a su institutriz y esta le dijo que debía escribir enseguida a la señorita Cappelle y pedirle que le devolviera las cartas en las que hablara de Clavé. Y así lo hizo, pero en lugar de eso recibió un fino volumen de poesía del muchacho que contenía una ardiente pero respetuosa carta de despedida en la que se disculpaba por haberle causado siquiera un momento de inquietud. Marie Cappelle le dijo a su amiga que estaba muy disgustada con ella por habérselo confesado todo a la institutriz, pero al final le devolvió la mayor parte de las cartas.

El incidente causó resentimiento entre las jóvenes y se distanciaron durante un tiempo. Clavé, por su parte, se declaró desconsolado y a finales de 1836 abandonó Francia rumbo a Argelia. Marie continuó escribiéndole durante un tiempo, pero estaba claro que su fervor por la señorita De Nicolai se iba enfriando a medida que crecían sus intereses comerciales por una explotación agrícola de allí. Marie Cappelle, que a la sazón tenía veintiún años, se vio privada incluso de los placeres vicarios de ser una intermediaria.

Las otras dos aventuras románticas de Marie fueron más fugaces, pero en una de ellas, al menos, saborearía las alegrías de ser ella

misma el objeto de las atenciones de un joven. De nuevo, el encuentro tuvo lugar durante un paseo, aunque esta vez sus acompañantes eran Gabrielle, su sobrina de tres años, la institutriz inglesa que la servía como carabina y un perro. Marie admitió que su placer en estas salidas consistía en fingir que era la madre de Gabrielle: «La llamaba mi niña y me parecía que todo el mundo me envidiaba por mi precioso angelito y que yo era doblemente mujer y doblemente digna de respeto».[38] Marie entendía muy bien el prestigio especial que la mujer casada y madre tenía en su país, aunque un día se distrajo de esta impostura al darse cuenta de que un joven elegante, vestido a la última moda con guantes amarillos y botas muy pulidas, le sonreía y parecía cautivado por Gabrielle. A partir de entonces, Marie y sus acompañantes se encontraban con este hombre todos los días en sus paseos. Lejos de instar a su patrona a que desalentara tal interés, la institutriz pareció impresionada por el caballero, o eso decía Marie, y le aseguró que en Inglaterra muchas «jóvenes señoritas» iniciaban «la historia de su matrimonio» precisamente con encuentros casuales de ese tipo.[39]

Más tarde, Marie confesó que quizá no se habría quedado tan fascinada si en aquellos momentos no le hubiera impresionado tanto una novela cuyo héroe era un hombre que seguía a su idolatrada joven a todas partes, le escribía delicadas cartas, le salvaba la vida y buscaba su amor sin atreverse nunca a acercarse a ella. Tras seiscientas páginas de este comportamiento ejemplar, se revelaba que Anatole, el héroe, era sordomudo y sus lectoras, para entonces locamente enamoradas de él, se deshacían en lágrimas. Sin embargo, se evitaba el final trágico, ya que la amada de Anatole se sentía impulsada a corresponder a su amor. Un amable sacerdote le enseñaba la lengua de signos y, ni que decir tiene, la pareja se casaba y vivían felices para siempre.[40]

No iba a ser así en el caso de Marie y su héroe, aunque al parecer él se dedicó a seguirla de un lado a otro, a esperarla en las iglesias, a entregarle notas y flores y a rondar bajo su ventana. A menudo se intercambiaban cartas en los jardines de las Tullerías, pero Marie,

quizá deseosa de ajustarse a la novela, dijo que nunca le dirigió la palabra a su admirador. Por desgracia para ella, sin embargo, su tía descubrió la pequeña intriga y le aseguró que ese joven estaría sin duda exhibiendo sus cartas por ahí por pura diversión. Si era una persona con una mínima posición social, insistía, jamás sería tan imprudente como para casarse con una muchacha que se atreviera a escribir a alguien desconocido para su familia. Si, como era más probable, se trataba de un canalla, sin duda la habría confundido con una rica heredera y ahora ni toda su dote bastaría para comprar su silencio.

Mientras su sobrina temblaba de miedo por su reputación, la señora Garat se dispuso a descubrir la identidad del joven y recuperar las cartas de Marie. Regresó con la mortificante noticia de que aquel admirador no era más que un farmacéutico, un tal señor Guyot, cuyos ingresos ascendían a unos míseros seiscientos francos anuales. Había renunciado a las cartas sin protestar, según ella, e incluso estaba dispuesto a casarse con la señorita Cappelle. La señora Garat, despectiva, comentó que, si Marie quería, podría reinar sobre el ruibarbo turco y el sen de Guyot antes de que acabara el año. Luego, en una reunión familiar, la tía obligó a su humillada sobrina a escuchar mientras leía en voz alta y en tono burlón todas sus cartas a Guyot.

A pesar de sus sermones contra el esnobismo dirigidos a la señorita De Nicolai, Marie Cappelle no tenía ningún deseo de casarse con un tendero. No obstante, intentó sacar lo mejor de sus sentimientos.

> No habría dudado en casarme con un campesino culto o con un honrado trabajador; pero casarme con un farmacéutico… ¡Y sin amor! Fue suficiente para llevarme a la desesperación.[41]

Por supuesto, habría hecho más que dudar ante cualquier campesino o trabajador *reales,* del mismo modo que le horrorizaba un farmacéutico real. Como la mayoría de las jovencitas de su posición,

Marie entendía los imperativos prácticos de clase. Pero este episodio tuvo consecuencias más trágicas. Varios años después, cuando el enredo con el farmacéutico se hizo público durante el primer juicio de Marie, el joven Guyot, que estaba de vacaciones en un hotel, al parecer se puso en pie de un salto en el salón de huéspedes y exclamó que Marie Cappelle lo había matado. Más tarde lo encontraron muerto en su habitación, se había rajado la garganta con una navaja.[42]

La tercera y última figura de la galería de Marie era un verdadero noble, pero a diferencia de los otros dos estaba vinculado con la joven en una sola fuente, sus memorias. Hubo un auténtico conde Charles Charpentier que tenía propiedades no lejos de las de su abuelo en Picardía. Marie se interesó por él porque había oído que tenía fama de ser a la vez encantador e inmoral, incluso depravado, pero su relación se limitó, según parece, a unas pocas reuniones sociales entre vecinos y algunas excursiones a caballo con carabina. Con esto, sin embargo, logró construir un relato elaborado, aunque obvio. Alegó que este hombre disoluto, del que se rumoreaba que mantenía a una exigente amante en su mansión, le había confesado que ella era el primer amor puro de su vida. Incluso le había propuesto matrimonio en secreto, según ella, aunque más tarde le dijo en tono lloroso y abnegado que no podía destruir su joven vida encadenándola a alguien que estaba envejeciendo y arruinado. Así pues, se despidieron en una dramática escena de la que Marie proporciona un guion completo.[43]

La única verdad de esta historia es probablemente psicológica. Tras las humillantes experiencias con Clavé y Guyot, Marie parece haber decidido que el único héroe que no entrañaba riesgos era uno imaginario (o casi), que, si bien no se casaría con ella ni se la llevaría lejos de allí, al menos no podría herirla, deshonrarla ni decepcionarla. Este era el personaje de fantasía que resucitaría brevemente en la desesperada carta a su marido como el amante que la había seguido en su viaje de bodas al Lemosín.

No era de extrañar que las mismas mujeres burguesas que más

tarde despreciarían al patético tendero de Euphémie Lacoste se sintieran cautivadas por los héroes de Marie. Y no importaba que entre estos se contaran el hijo de un maestro de escuela y un farmacéutico, pues ambos se habían aprendido su papel ficticio lo bastante bien como para pasar por los afectados y conmovedores jóvenes fervientes que poblaban la ficción romántica de las mujeres. (Guyot, de hecho, se aprendió el papel demasiado bien). Sin embargo, para la mayoría de esos jóvenes, las preocupaciones prácticas por luchar por hacerse un lugar «respetable» en un mundo parisino atestado de ambiciosos aspirantes a profesionales hicieron que la mascarada romántica y la pose literaria no fueran más que un breve episodio en su vida.[44] Sin duda, los intentos de los jóvenes por establecer relaciones independientes de la intervención familiar y su uso de elaborados disfraces para disimular sus orígenes de clase subrayaban un creciente desafío a las normas tradicionales del «interés» en favor del nuevo ideal romántico. Pero ese desafío en sí mismo no era tan desinteresado como parecía. Guyot y Clavé, al igual que muchos otros jóvenes aspirantes, no considerarían indigno el predicar los ideales románticos si estos les brindaban por casualidad una buena dote.

El entendimiento de Euphémie Lacoste con el tendero y su tímida referencia a él como su «primer amor», con el que esperaba casarse, son parte de la evidencia de que, frente al poder paterno, la «revolución romántica» se estaba dejando sentir con cautela en la generación más joven de la burguesía provinciana. Pero hicieron falta el comportamiento más atrevido de Marie y su apelación a los ideales literarios para conquistar al público parisino. Sus pequeñas intrigas ya eran más de lo que la mayoría de sus coetáneas se habrían atrevido a hacer, pero sus acciones fueron menos una aberración que una intensificación de la experiencia de la joven urbana. La literatura romántica y las fantasías sobre los hombres, los paseos, las aventurillas con sus amigas y los conflictos de autoridad con parientes femeninas más prácticas era todo propio de la experiencia de la joven urbana de clase media. Marie lo dramatizó y

su historia, que contrastaba marcadamente los extremos de los nuevos ideales y los imperativos tradicionales, tocó la fibra sensible de las jóvenes que la aplaudieron.

Tanto los tutores de Marie como los padres de Euphémie fueron criticados en la prensa nacional por los maridos que eligieron para las muchachas a su cargo.[45] El hecho de que estas no tuvieran un papel real en la decisión se deploró más en el caso de Marie, pues, aunque Lacoste parecía peor elección que Lafarge, se esperaba una mayor consideración por los deseos de una joven de la posición y las credenciales «románticas» de Marie. En cualquier caso, el derecho de una muchacha a participar en la elección, e incluso a buscar pareja por amor, era un ideal urbano emergente que no se veía que compartieran las chicas de provincias. En el caso de Euphémie, las críticas se centraban menos en la falta de consulta a la futura esposa que en la elección de un marido que le triplicaba la edad.

Es cierto que en Francia persistía el patrón más tradicional de grandes diferencias de edad entre los miembros del matrimonio y que en esa época aproximadamente el sesenta por ciento de todas las mujeres casadas eran al menos cinco años más jóvenes que sus maridos.[46] Aun así, la diferencia de edad entre los Lacoste sobrepasaba los límites permisibles incluso para las comunidades tradicionales. Las expresiones de resentimiento entre los hombres rurales contra los maridos en tales casos —y sobre todo contra los viudos que volvían a casarse, como había hecho Lacoste— pervivieron durante este periodo en manifestaciones públicas organizadas por grupos de jóvenes locales para castigar a los maridos por restar jóvenes casaderas de la oferta disponible. Estas protestas podían adoptar la forma de cencerradas, es decir, serenatas burlescas en casa del ofensor con tambores, cencerros, ollas y cualquier otra cosa capaz de interrumpir su sueño.[47]

Si Lacoste se libró de este instrumento de imposición de la voluntad comunal —y no hay pruebas definitivas de que así fuera—, pudo deberse a su elevado estatus en el pueblo y al hecho de que su nueva esposa no era de por allí. Sin embargo, incluso en el

aislado Riguepeu había algunos indicios de un creciente cambio de actitud hacia los matrimonios entre parejas de edades muy desproporcionadas. Varias personas se refirieron abiertamente a las incompatibilidades entre un viejo celoso y una muchacha joven, lo que indicaba cierto aprecio por los nuevos ideales del matrimonio entre compañeros. Un testigo describió la relación de los Lacoste más como la de padre e hija que como la de marido y mujer. Y una mujer que regentaba la posada local y a la que Euphémie había visitado como recién casada, según la costumbre, confesó que le había dicho a la novia que, a pesar de su dinero, no envidiaba que se hubiera casado con un viejo tan despótico.[48]

Los defensores de Marie Lafarge criticaban que sus parientes hubieran acudido a una agencia matrimonial y la treta de habérselo ocultado a la joven. Sin embargo, y por insensible que parezca, recurrir a una agencia fue probablemente algo natural para los tutores, que no tenían ninguna obligación legal de compartir la fortuna familiar con una sobrina huérfana. A falta de una dote suficiente, no lo tenían fácil para buscarle un joven apto entre su propio círculo de amigos ricos. La agencia matrimonial elegida, la agencia De Foy, se anunciaba con regularidad en la prensa de clase media y afirmaba atender a una clientela numerosa y «respetable».[49] No se ha hecho ningún estudio sobre este u otros establecimientos similares, pero parece que fueron negocios muy activos, sobre todo en una época en la que tantos provincianos ambiciosos acudían a París en busca de estatus y fortuna. Uno de los abogados en el juicio de Marie declaró que las críticas populares a las agencias matrimoniales eran infundadas y que él mismo conocía a muchas parejas felices cuya unión se había concertado mediante sus servicios.[50]

Es obvio que los parientes de Marie no hicieron una investigación independiente ni detallada de los elogiosos informes que recibieron sobre Lafarge, aunque en eso probablemente no se diferenciaban de la mayoría de los clientes de la agencia. Aun así, si se hubieran molestado en preguntar a la familia de la primera esposa de Lafarge,

podrían haber sabido que el dueño de la fundición les había dado una imagen falsa de su situación antes de casarse, que más tarde le había confesado a su suegro una deuda de treinta y ocho mil francos y que incluso admitió que se había casado para conseguir el dinero suficiente para saldarla.[51] También había otras cosas, como el hecho de que Lafarge seguía envuelto en un pleito con su exsuegro para recuperar el dinero del testamento que su primera esposa había hecho en su beneficio después de convencerla.

El testimonio del exsuegro de Lafarge fue una trágica prueba de la capacidad de abuso de la patria potestad sobre las hijas incluso después del matrimonio, cuando su bienestar podía verse amenazado por las enemistades entre padres y maridos. A la pregunta de si Lafarge había hecho feliz a su hija, el padre contestó que solo sabía que la madre de Lafarge y ella discutían a menudo y que él las había oído. Admitió que había visitado Le Glandier en esa única ocasión en que su yerno le había confesado sus motivos para casarse y declaró que entonces había jurado no volver a poner un pie en aquel lugar. Reconoció que, a pesar de haber recibido noticias de la enfermedad de su hija, no la había visitado antes de su muerte. No se menciona si su madre u otros parientes la visitaron, pero la lamentable historia es una prueba de cómo tanto los padres como los tutores, sin ser conscientemente crueles, podían seguir anteponiendo el honor familiar al bienestar de las hijas y dejar a las jóvenes sin nadie a quien acudir.[52]

En sus memorias, Marie Lafarge presenta un retrato muy poco halagüeño de una tía, hermana de su tutor, que ayudó a concertar su matrimonio. Una carta de esa mujer a su sobrina que se presentó ante el tribunal era más que franca. En concreto, a la tía le molestaba el aire soñador de Marie y también lo que sospechaba que era una naturaleza hipócrita.

> Adulas a todo el mundo, engatusas a todo el mundo, y de una forma que no es en absoluto sincera. Ojalá tu inteligencia te enseñara a no ser falsa y astuta, sino buena, amable y sencilla. (…) Recuerda que las personas que

> tienen dos caras se hacen querer al principio, pero luego se las detesta, cuando uno llega a conocerlas. En lugar de soñar con un montón de cosas inútiles, deberías concentrarte en corregirte.[53]

La reacción de su tía Garat en el episodio con el joven farmacéutico también fue severa, pero su propia vida bien le había enseñado a esa mujer lo inútil de soñar con el príncipe azul. Hija de padres aristocráticos, pero no ricos, se había casado a los dieciséis con un banquero en ascenso más de diez años mayor que ella.[54] En menos de un año ya era madre y había asumido las responsabilidades sociales propias de la esposa de un futuro directivo del Banco de Francia. Dieciocho años después, cuando reprendió a Marie por sus pretensiones románticas, seguía siendo una joven que no llegaba a los cuarenta, aunque para entonces ya tenía un hijo en edad de casarse. Había razones por las que una mujer así podría desdeñar los entusiasmos románticos y razones por las que podría creer con sinceridad que, en Charles Lafarge, la agencia matrimonial había encontrado un marido más que satisfactorio para su sobrina.

Aunque Euphémie Lacoste se ganó menos valedores entre la prensa y el público, había menos que decir en defensa de los que concertaron su matrimonio, sobre todo porque de estos, al ser sus propios padres, cabía esperar que tuvieran más en cuenta su felicidad. Con los ojos puestos únicamente en su futura participación en la posible herencia de Euphémie, ambos, o al menos el padre de Euphémie, el señor Vergès, siguieron adelante a pesar de algunos obstáculos desalentadores. En una carta que envió al tribunal,[55] Vergès explicaba que el cura de Riguepeu le había dicho que, aunque publicaría las amonestaciones, se necesitaría una dispensa del obispo debido al parentesco de la pareja. Además de esto, escribía, su esposa, su «pobre hija» y él mismo habían encontrado otra barrera en el ateísmo militante de Lacoste, una actitud compartida por muchos de su generación que crecieron durante la Revolución. En estas circunstancias, varios sacerdotes se negaron a casar a la pareja y Vergès los acusó de «no tener suficientemente en

cuenta la situación de mi hija».[56] Al final, decía, llegó a un acuerdo con un abate de Tarbes que conocía a Lacoste y que accedió a pedir permiso al obispo para bendecir el matrimonio. Se celebró una ceremonia privada, de la que nunca hubo constancia oficial, en la residencia del abate como concesión a Lacoste, que al parecer afirmó que para él sería una deshonra entrar en una iglesia. Vergès admitió que la conciencia de Euphémie se había visto profundamente perturbada por este asunto, como «criatura educada, gracias al Cielo, en los principios de nuestra santa fe».[57] Pero se apresuró a añadir que su hija había buscado y hallado tranquilidad y consuelo con su confesor en Riguepeu. La carta de Vergès dejaba ver más que un atisbo de pesar por las penas de las que él había sido responsable y, como bien sabía, estas eran menos de la mitad de las que la muchacha iba a encontrarse.

Aun así, un rasgo notable de la introducción de ambas jóvenes en un matrimonio que las dos habían esperado evitar fue su temprana determinación de sacar lo mejor de las circunstancias. Marie, a pesar de su desilusión inicial, parece haberse dado cuenta muy pronto de que no tenía más opción que afrontar su situación lo mejor que pudiera. En la primera carta que envió a su tía no mencionaba la dramática escena que había provocado a su llegada al amenazar con marcharse o envenenarse y, aunque reconocía cierto desaliento, su tono era optimista.

> En resumen, estuve sumida en una confusión total durante veinticuatro horas. Luego me espabilé, miré a mi alrededor y me di cuenta de que estaba casada, de que había aceptado esta situación: en apariencia, era extremadamente desagradable, pero con fuerza y paciencia, y con el amor de mi esposo, sería capaz de arreglármelas. (…) No tengo ningún deseo de intentar lo imposible, que sería soñar con crear una casa que se pareciera a una de las de Picardía, pero llevaré una existencia plácida y agradable y cada año me proporcionará alguna nueva fuente de disfrute que habrá sido obra mía.[58]

Le pidió a su tía, que accedió de buena gana, que le enviara desde

París diversos artículos de los que tenía necesidad inmediata, entre ellos lámparas, material de escritura, plumas y el imprescindible té importado que tan lamentablemente faltaba en provincias.

A una tía de su vieja amiga, la señorita De Nicolai, Marie le escribió que, a pesar del entorno agreste, su marido la adoraba y su suegra la cubría de atenciones. Aquella excelente mujer, decía, tenía la inteligencia sofocada por las minucias de las tareas domésticas, pero pasaría la prueba del fuego por su hijo. Una vez más, aunque reconocía cierto desencanto, Marie reiteró su nueva determinación.

> La desgracia de esta vida es que uno sueña con ella antes de vivirla, y nada es tan triste como que te engañen en tus propios sueños. Aun así, si mi llegada aquí me encogió el corazón, ahora soy más fuerte y me he erigido alegremente en la Robinson [Crusoe] de mis pequeños dominios.[59]

De hecho, el asombro que inspiró Marie con la combinación de su primera escenita y sus refinados modales parisinos había contribuido a establecer su ascendiente como señora de su nuevo hogar. En la primera carta que envió a su tía, alardeaba con ánimo de su condición regia: «En verdad soy la mujer con mayor autoridad y la más obedecida de Francia y Navarra».[60]

Euphémie Lacoste, que dos años más tarde estaba recién instalada en el Château Philibert de Riguepeu, difícilmente habría utilizado tales expresiones para describir su situación y, sin embargo, ella también mostraba la misma combinación de desencanto y valerosa resolución. En público, insistía en que estaba contenta con su marido. A una vecina le dijo que, aunque le gustaría conocer mejor a la gente, no quería salir mucho porque sabía cuánto molestaba eso a Henri.[61] En su caso, por supuesto, había menos en esta nueva coyuntura que pudiera comparar de manera desfavorable con su vida anterior; incluso había mejorado de estatus como esposa del ciudadano más prominente de su comunidad. Sin embargo, como joven relativamente bien educada expuesta a la decepción amorosa y, después, al trauma de una boda irregular desde el punto de vista

religioso, ahora tenía que adaptarse al matrimonio en un entorno extraño y aislada de los contactos familiares habituales.

El hecho de que tanto Marie Lafarge como Euphémie Lacoste consiguieran suscitar algún optimismo público requiere una explicación. Las dos, por supuesto, se dieron cuenta de que una petición formal de separación habría humillado a sus familias y también a ellas mismas; el orgullo y el deber tuvieron su papel en ambos casos. No obstante, más destacado que esta comprensible aceptación de sus circunstancias es el entusiasmo que mostraron, que iba más allá de la resignación y que parece haber sido auténtico, incluso en dos recién casadas tan decepcionadas. Parece que, para ambas mujeres, este entusiasmo surgió de la representación consciente de un papel adoptado como la estrategia de supervivencia que cada una creía apropiada para su nuevo entorno. Sin embargo, el modelo elegido en cada caso fue diferente.

Para Euphémie, metida de lleno en una comunidad tradicional en la que el mayor estatus de una esposa seguía residiendo en su humilde y modesta actuación como primera criada de su marido, la elección estaba clara. Solo tenía que «superar en humildad» a cualquier competencia posible y se ganaría su posición en una especie de monumental sumisión conyugal. Los vecinos dieron cuenta de su asombro en los primeros meses tras la llegada de los Lacoste por los innumerables trabajos, grandes y pequeños, que Euphémie llevaba a cabo de buena gana para un marido que, admitían, distaba mucho de ser adorable. Más tarde, por supuesto, hubo quienes, incluido el fiscal, afirmaron ver perversas intenciones egoístas en este comportamiento, pero, como quedó demostrado que ella tenía pleno conocimiento de ser la única beneficiaria de su marido desde el principio, la atribución de estos motivos era a todas luces improcedente. Con el tiempo, Euphémie sí parece haber perdido esa determinación inicial y haberse replegado en una existencia melancólica y taciturna, pero este supuesto comportamiento podría confirmar sin más una percepción creciente del fracaso de su estrategia de interpretación de un rol para hacer frente a su

situación.

En el caso de Marie Lafarge, las circunstancias exigían apelar a un modelo muy diferente, a saber, la nueva imagen de la «señora de la casa».[62] Este modelo, pregonado en la nueva literatura de consejos para mujeres, era una amalgama bastante curiosa. Combinaba algunos rasgos de la mujer aristocrática, en su doble papel de patrona del hogar y anfitriona de salón, con los de la acomodada matrona urbana de clase media, preocupada por el estatus, el orden doméstico y una apariencia adecuada. Para Marie, no obstante, esta combinación era ideal. Aprovechando las ventajas de su origen y educación superiores y su experiencia parisina, la nueva señora Lafarge consiguió armarse de entusiasmo respecto a su nueva situación poniéndose en el papel de misionera civilizadora de lo que ella llamaba los bárbaros habitantes del Lemosín. Se complacía sin disimulo en condescender a compartir sus refinados modales y gustos y dejaba constancia alegremente de los patéticos intentos de esas «estúpidas» damas provincianas por imitar sus atuendos parisinos. También inauguró nuevos criterios de limpieza y acusaba a su suegra de dejar partes de la casa sucias de polvo, telarañas y excrementos de los animales que vivían allí.[63]

El ideal de señora de la casa que Marie parecía emular de manera consciente era el de una criatura que gozaba de un creciente reconocimiento por el desempeño de un papel modificado, pero aún en exclusiva doméstico. Se ha señalado que la esposa francesa ejercía sistemáticamente una autoridad más indiscutible en la esfera del hogar que su homóloga inglesa,[64] quizá porque la transformación económica más lenta permitió a las mujeres francesas combinar con mayor éxito los roles antiguos y los nuevos. Lejos de ser tradicional, la señora de la casa burguesa era en muchos sentidos una novedad, el producto de una clase cuya riqueza y educación crecientes permitieron una redefinición del papel de la mujer con especial énfasis en un concepto amplio de las competencias domésticas. Como bien describe un observador, la mujer burguesa llegó a asumir «la administración del hogar como entidad social y moral».[65] No es

de extrañar que este nuevo papel se materializara primero en las capas superiores y más ricas de la clase media y que una mujer como Marie Lafarge considerase este estatus como un derecho, mientras que Euphémie Lacoste ni siquiera se atrevió a presumir de ello.

Al aceptar su nuevo rol como señora de Le Glandier, Marie Lafarge imaginó nada menos que la transformación de la propiedad y de sus habitantes bajo su benévolo control. Al principio llenaba su correspondencia parisina de descripciones hilarantes, aunque a menudo crueles, de su rústica familia política y sus extraños hábitos, así como del pésimo mobiliario y las espantosas combinaciones de color en su nuevo hogar.[66] De hecho, sus comentarios sobre esto último podrían haberse sacado de un popular manual doméstico de la época concebido para combatir el mal gusto provinciano en cuanto a la decoración de interiores. El desprecio que mostraba Marie por el papel pintado amarillo y las cortinas rojas reflejaba la opinión allí apuntada de que cualesquiera de estos dos colores eran malos para una estancia principal, puesto que el amarillo hacía que las rubias parecieran desvaídas y el rojo hacía que las morenas parecieran enfermas.[67] Marie ordenó enseguida que se volvieran a empapelar las paredes y que se colgaran unas sencillas cortinas blancas.

Por supuesto, todo esto la empujó a una inevitable rivalidad doméstica con su suegra, cuya devoción por ella Marie parece haber exagerado para guardar las apariencias. En sus memorias, Marie relataba triunfante que había dejado claras sus condiciones a Charles, quien se las transmitió a su madre. Una tarde, según la versión de Marie, la señora Lafarge madre se acercó a ella y le entregó en silencio el gran llavero, símbolo de la autoridad doméstica. Se trataba de una hazaña que su predecesora, la primera esposa de Charles, no había logrado… O eso decía Marie.[68] Y probablemente era cierto. La señora Lafarge madre se lamentó durante el juicio de que había sacrificado mucho para complacer a su nueva nuera, incluido su propio dormitorio, que se había visto

obligada a dejar por una estancia peor.[69]

Además de asumir el mando doméstico, Marie cuenta que participaba de forma activa en los negocios de su marido, una función que en la época desempeñaban muchas más mujeres francesas que inglesas. Es evidente que Marie aprendió mucho sobre la propia fundición y sobre metalurgia e incluso estudió los manuales de los maestros siderúrgicos. Describe el nuevo proceso de fundición de su marido con bastante detalle y explica que fue ella quien elaboró la descripción final que Charles presentó para la patente.

Sin embargo, lo que destaca de la implicación de Marie en el negocio de su marido no es tanto su supuesto interés por la fundición como la forma que tuvo de transformarla mentalmente en una extensión de los dominios «feudales» de la familia. La fábrica estaba situada cerca de la casa, río abajo, y Marie la visitaba a menudo. No obstante, las coloristas y poéticas descripciones de los alegres recibimientos de los obreros y de las guirnaldas de flores que le regalaban con gran ceremonia sugieren que fantaseaba con el rol de patrona medieval y con que los empleados fueran una versión actualizada de aquellos siervos felices y leales a su ama.[70] El mismo intento de disimular la desagradable realidad de su relación con el nuevo mundo industrial es evidente en su confesión de que encargó un sello familiar que tenía grabados unos martillos de forja y un lema inventado por ella misma. «Estas eran nuestras armas de nobleza industrial»,[71] señalaba, y al parecer lo hacía sin ironía.

Cuando ya había empezado a establecer su autoridad doméstica y a impulsar una transformación tangible de la propiedad, Marie se centró en los habitantes, sobre todo en Charles. Dio instrucciones a su criada para que esta se asegurase de que el aspecto personal de su marido, al menos, no ofendiera, y la criada se ocupaba debidamente de que las corbatas de Charles agradaran a su señora y de que renunciara a los chalecos de colores brillantes que Marie detestaba. Además de transmitirle estas sugerencias relativas al atuendo, la criada le decía a Charles que, si quería complacer a su esposa, debía afeitarse todos los días, cuidar su cabello y sus

zapatos y llevar guantes cuando visitara la fundición para mantener las manos limpias. Marie cuenta también que, gracias a su discreta intervención por medio de la criada, consiguió quitar a su marido dos vicios que ella consideraba «profilácticos infalibles contra el amor»:[72] las pantuflas y las uñas sucias, o, como dice Marie, «las uñas de luto riguroso».[73] Sin embargo, a pesar de estos éxitos, los intentos de Marie por hacer que su nuevo mundo se ajustara a la imagen que ella se había formado tenían sus límites.

Un aspecto especialmente problemático era la aversión de la recién casada por las relaciones sexuales. En sus memorias, Marie cuenta que Charles había intentado una vez romper su promesa de vivir con ella como un «hermano» y que incluso había tratado de derribar la puerta cerrada con llave de su dormitorio, esfuerzo que al parecer le provocó un ataque epiléptico. Marie explica que, tras este episodio, un amigo compasivo intentó hacer comprender a su esposo que «el dormitorio de una mujer debe ser un santuario donde ella es la reina omnipotente; le dijo que el amor no puede existir sin velos de misterio y de modestia; que con una gran delicadeza en las palabras, los pensamientos y las acciones se ganaría mi confianza, mi estima y quizá incluso mi afecto».[74] En otro momento, Marie describe una escena de esta primera época en la que un zalamero Charles le ruega saber si de vez en cuando podría amarla «también un poco como mi esposa». Según lo recuerda ella, su respuesta fue: «Ya veremos. En días especiales, cuando hayas sido muy bueno y cariñoso y cuando me hayas infundido mucho valor… Pues confieso que tengo miedo, ¡mucho miedo!».[75] De mala gana, pero con supuestas proclamaciones del mayor de los amores, Charles accedió.

En sus memorias, Marie insiste en que Charles y ella nunca consumaron el matrimonio, aunque afirma que, en diciembre de 1839, cuatro meses después de la boda, creyó estar embarazada de la niña que tanto deseaba. Explica esta situación un tanto extraordinaria alegando que su suegra le había dicho que mostraba signos de estar encinta y que ella, en su inocencia, pensó que tal vez podría ser así. «Creía en un milagro y esperaba ser elevada a la

dignidad de madre por la gracia de Dios».[76]

La inmaculada concepción que Marie ansiaba no se había producido, ni tampoco la más ordinaria, pero hay indicios independientes de que al fin había cedido y se había acostado con su marido, a pesar de sus negativas oficiales. Las cartas de amor de Charles, bastante torpes, que le envió tras partir de Le Glandier hacia París así lo sugieren.

> Son las diez, mi pequeña y buena Marie, y sabes que es hora de no pensar en nada más que en nuestro amor mutuo. Dieciséis leguas me separan de ti y esta noche me dejará lleno de tristeza cuando, al buscarte a mi lado, mi mano ya no encuentre el objeto de mis sueños y pensamientos.[77]

La propia Marie estuvo a punto de admitir, en el juicio, estas relaciones sexuales. Cuando le preguntaron por qué había mejorado su actitud hacia su marido después de aquella primera pelea, contestó que Charles había sido muy bueno con ella y le había dado muchas pruebas de su afecto. «Eso me conmovió. No podía hacer otra cosa que… [duda] que cumplir con mis obligaciones y hacer la vida más feliz al señor Lafarge».[78]

La evidente reticencia de Marie respecto al sexo, su invocación a los velos del misterio y la modestia y su reconocido esfuerzo por mantener a su marido a distancia, a pesar de los últimos cambios de este en materia de higiene personal, ofrecen un fascinante caso de estudio sobre los efectos del movimiento romántico y el culto burgués a la pureza femenina en las relaciones de poder dentro del hogar.[79] El ideal de la inocencia y la delicadeza femeninas contribuyó a establecer un extenso periodo de iniciación sexual en el matrimonio en el que ellas marcaban el ritmo. Es más, el «racionamiento» del sexo por parte de la mujer como recompensa o castigo se hizo posible una vez que los hombres empezaron a reconocer la «legitimidad» de las pretensiones femeninas de pureza, fragilidad e inocencia. Al parecer, Charles Lafarge aprendía despacio y Marie consiguió que quedara como un bruto incluso ante algunos

de sus amigos más íntimos, incluido su abogado, solo porque quería acostarse con su esposa y no le daba apuro decirlo.

Se ha argumentado, de forma verosímil, que una nueva influencia femenina en las relaciones sexuales llegó a aceptarse en el siglo XIX como parte de las crecientes conquistas de las esposas de clase media en cuanto a autoridad doméstica.[80] Marie Lafarge sin duda ya daba por sentada esta influencia y, a pesar de las exageraciones y las fantasías, sí gozaba de una autoridad conyugal real. La suya, sin embargo, se debía en gran medida a una educación y un estatus social superior previos al matrimonio.

Su desdicha posterior se hace transparente en las cartas de forzada alegría que envió a su hermana a finales de diciembre de 1839, en las que expresa su esperanza de estar embarazada. Habla de su sueño de tener una hermosa niña a cuya «felicidad interior» afirma que se consagrará por entero. Esta hija imaginaria era una obvia proyección de sus propios anhelos,[81] combinada con los probables celos hacia su hermana, que sí estaba embarazada en ese momento. En cuanto al hijo de la hermana, anuncia su deseo de que sea un varón y añade con tristeza que le gustaría darle «un poco de esta ambición que no hace más que secarse en mi corazón de mujer, pero que sería una potente fuerza motivadora en un hombre capaz de dar vida a sus ideas».[82] Las cartas a su hermana también plantean algunas dudas sobre esa ingenuidad que Marie sostenía en público respecto a los asuntos relacionados con el embarazo. En un momento dado, le dice con toda naturalidad que espera que el niño llegue «sin desgarrar demasiado tus pobres entrañas».[83]

Para Euphémie Lacoste, como para Marie Lafarge, los primeros meses de matrimonio trajeron consigo la erosión de su optimista determinación inicial. Sin embargo, en apariencia, ninguna de las dos mujeres había optado por nada tan drástico como un asesinato premeditado. Euphémie, cuyas expectativas eran más modestas y que era una joven forzada a un papel más humilde, no pudo apelar ni a las nociones románticas de su delicadeza ni al concepto de su derecho a una mayor autoridad en los asuntos domésticos. Ella tenía

menos opciones en lo que posiblemente era una situación más problemática. Por ejemplo, aunque al parecer su marido era mucho más descuidado en el aspecto físico, y en general repulsivo, que Charles Lafarge, Euphémie no podría haberse atrevido a utilizar a su criada como intermediaria para remediar la situación, como había hecho Marie con su doncella personal. Con todo, Henri Lacoste no podía o no quería ocuparse de su persona y, como se negaba a pagar a otros para que lo hicieran, su esposa asumió la responsabilidad de su aseo diario. En un testimonio en apariencia ingenuo, Euphémie declaró tímidamente ante el tribunal que la insistencia de su marido en besarla con frecuencia hacía imprescindible que lo afeitara a diario para proteger su cutis.[84]

Convertirse en la criada personal de su marido, no obstante, pudo ser una de las adaptaciones menos importantes a las que Euphémie tuvo que hacer frente. Hasta los mejores amigos de Lacoste, que se reían con su tosco sentido del humor, admitían que era un tipo autoritario, terco y de ideas extrañas. Varios reconocieron que sus celos y su tacañería hacían difícil la vida de su esposa.[85] Como pequeño comerciante retirado, Lacoste había heredado la fortuna de su hermano cuando ya era demasiado tarde para cambiar sus arraigados hábitos cicateros. Un amigo suyo señaló que, aunque tenía una bodega llena de buen vino de sus propios viñedos, Lacoste solía beber solo el más vil y de peor calidad.[86] También se decía que le gustaba hacer bromas groseras que Euphémie desaprobaba y sus amigos contaban que su forma habitual de saludar a sus conocidos varones era saltar sobre ellos por detrás, gruñendo y fingiendo mordiscos, una práctica que divertía a sus compinches, aunque se puede imaginar la impresión que causaba en Euphémie. Los testigos también reconocieron que Lacoste incomodaba a su mujer atacando constantemente a los curas y a la Iglesia. Una vecina que fue a visitarlo durante su última enfermedad testificó que, cuando ella lo animó a rezar al «buen Dios» para recuperarse, él la había echado de su casa entre maldiciones.[87]

Aunque apenas sabía leer y escribir, parece que Henri Lacoste tenía

pretensiones intelectuales. Solía pasar las horas con un viejo amigo que tenía dos proyectos favoritos: diseñar un barómetro revolucionario y resolver el enojoso problema de la cuadratura del círculo. Lacoste se consideraba un experto en varios campos, incluida la medicina, aunque sus amigos decían que por regla general creía que todos los médicos eran un fraude y que bromeaba diciendo que el único facultativo en el que confiaba era su amigo el veterinario. Sin embargo, Lacoste estaba fascinado por los populares movimientos disidentes de remedios para la salud y a algunos de sus amigos les confió que tenía un libro secreto de medicina que valía más que los consejos de cualquier doctor.[88]

Interrogada por el fiscal, durante el juicio, sobre su relación con este excéntrico marido, Euphémie dio respuestas lacónicas que solo insinuaban la infelicidad que se había atrevido a reconocer ante unos pocos amigos y que ahora, como es lógico, se había convertido en parte de su supuesto móvil para el asesinato.

> P. Se ha dicho que su marido era muy celoso, que no quería dejarla ir sola a la iglesia.
> R. Yo sabía que eso no le gustaba y me abstenía de hacer nada que pudiera disgustarlo, pero él nunca me lo había prohibido.
> P. ¿Tenía usted la costumbre de no devolver las visitas que le hacían?
> R. Nunca fui a ningún sitio.
> P. ¿Su marido no era celoso?
> R. Puede que sí.
> P. ¿Lo ha dicho usted en alguna ocasión?
> R. Es posible.
> P. Aparte de eso, ¿no era tacaño?
> R. Nunca lo fue conmigo. (…)
> P. Pero los testigos, incluso algunos que le son favorables, han dicho que usted se quejaba de que él le negaba incluso lo estrictamente necesario.
> R. Eso es falso: siempre me proporcionó lo que necesitaba.[89]

De hecho, parece que la mentalidad más tradicional de su anciano marido y su idiosincrasia personal le negaban gran parte de la

autoridad doméstica, reconocida aunque limitada, de la que ya gozaban la mayoría de las mujeres de su clase. Es cierto que, como tenía mejor educación que su esposo —una situación nada infrecuente en los matrimonios de clase media de este periodo—,[90] era ella la que se encargaba de los libros de cuentas y la que escribía todas las cartas de Lacoste. Sin embargo, incluso sus derechos en la cocina le fueron usurpados cuando Henri, que entraba con facilidad en las modas respecto a la comida y se aficionó al vegetarianismo, empezó a dar órdenes también allí. Un vecino testificó que una vez vio a Lacoste montar en cólera al descubrir a su mujer asando un pollo en un espetón. Al grito de que aquello era incomestible, al parecer Lacoste cogió el ave y la lanzó por la puerta principal.[91]

Tampoco en cuestiones sexuales Euphémie Lacoste podía esperar una deferencia especial como la que exigía Marie Lafarge. Su marido, pronto lo supo, disfrutaba de su reputación local de mujeriego y Euphémie no podría haberse atrevido a recurrir a esas estratagemas de inocencia o fragilidad para desviar sus insinuaciones. Henri Lacoste habría sido menos receptivo incluso que Charles Lafarge.

Es muy posible que las exigencias sexuales de Lacoste fueran además frecuentes, ya que consta que deseaba tener un hijo y heredero lo antes posible. Y los testigos declararon que, al no conseguir su esposa quedarse embarazada, Lacoste empezó a proponer a las criadas que tuvieran hijos suyos. Una de ellas afirmó que su patrón había llegado a decirle que, si accedía, le dejaría una pensión en su testamento.[92] Euphémie negó tener conocimiento de estos tejemanejes y declaró que, si había despedido a una de las criadas, fue solo porque el trabajo de la mujer era insatisfactorio. Por supuesto, la acusada se vio obligada a alegar esta ignorancia, ya que admitir que sabía que podían desheredarla en favor de otra mujer le habría dado un móvil plausible para el asesinato.

Curiosamente, aunque se aceptó como posible motivo la amenaza de perder la herencia, nadie sugirió que el adulterio de Henri,

consumado o no, pudiera en sí mismo haber incitado a Euphémie a tramar el asesinato de su marido. Es cierto que todo el mundo era consciente de que no existía el apego romántico necesario para un «asesinato pasional», pero la idea de que Euphémie pudiera haberlo matado por rabia, por el insulto personal de la infidelidad, era inconcebible. No se creía que las mujeres —y desde luego no las mujeres de su estatus— pudieran tener ninguna pretensión de este tipo sobre la persona de sus esposos y, cuando los hombres cometían adulterio, se esperaba que lo ignoraran. La ley reconocía la situación otorgando únicamente al marido el «derecho» de matar a su esposa o al amante de esta, hallados en flagrante adulterio, sin ser acusado de asesinato.[93]

Otros indicios presentados durante el juicio arrojaron más luz sobre la relación sexual de la pareja y sugirieron que la pesadumbre de Euphémie en este terreno tenía que ver con algo aún más elemental que el orgullo herido por el adulterio de su esposo. Cuando le preguntaron si no había vigilado de cerca a Henri por miedo a que engendrara un hijo con otra mujer y cambiara el testamento, ella contestó: «Si lo hubiera vigilado, habría significado que lo creía capaz de engendrar hijos».[94] El tribunal, en un principio, pasó por alto esta y otras insinuaciones que la acusada dejó caer sobre sus relaciones sexuales, pero el testimonio completo incluye indicios suficientes para reconstruir esas relaciones. Y parece que en esto se encuentra el meollo del caso.

La probable verdad de la situación de Euphémie se reveló cuando esta explicó que, tras la boda, se había preocupado por la salud de su marido y había acudido a su padre para preguntarle sobre una hernia y algunas erupciones cutáneas, así como sobre «otros síntomas» que había observado. Su padre, dijo, admitió que, cuando se casaron, él ya sabía que Lacoste había tenido «dolencias secretas», el eufemismo general para referirse a las enfermedades venéreas, pero intentó persuadirla de que no se preocupara porque estaba seguro de que Henri se había curado.[95] Euphémie, como insinuó, tenía buenas razones para sospechar lo contrario. Las

descripciones de los síntomas de su marido apuntaban a un caso de sífilis arraigada. La joven tuvo entonces nuevos motivos para reflexionar sobre la avaricia de un padre que la había entregado a sabiendas a un hombre que no solo era viejo, ateo y despótico, sino también sifilítico.

La conspiración de silencio en torno a las «dolencias secretas» en el siglo XIX fue generalizada, a pesar de que ya a principios de siglo se estimaba que la sífilis era responsable del quince por ciento de todas las muertes en Francia. Esta afección era una de las principales causas de locura y también se le achacaban más de cuarenta mil mortinatos al año.[96] En formas menos virulentas, esta y otras enfermedades venéreas afectaban a millones de personas, muchas de las cuales, como Henri Lacoste, recurrían a la automedicación. Euphémie declaró que Henri se trataba habitualmente con ungüentos y un preparado que mezclaba con líquidos para ingerirlo. Es probable que el estado de salud de Lacoste fuera explicación suficiente del fracaso de la pareja a la hora de tener hijos, aunque la vergüenza y el egoísmo impulsaron a Henri a atribuir públicamente ese fracaso a Euphémie. Desde luego, si su esposa era en verdad estéril, es muy posible que se debiese a que había mantenido relaciones con él.

El testimonio de un notario emparentado con la primera esposa de Lacoste corroboraba esta posibilidad. El testigo, en voz baja y avergonzada, dijo que, en una conversación que había mantenido con la señora Lacoste poco después de la muerte de su marido, le había expresado sus condolencias por su situación, ya que sabía lo difícil que había sido Lacoste con su primera esposa. En esa ocasión, según él, Euphémie le confió las indiscreciones de su marido antes del matrimonio, así como sus intentos de hacer proposiciones deshonestas a las criadas. El notario declaró que la joven también había admitido temer que la desheredase. Y, más relevante aún, al parecer Euphémie culpó a su marido de haberle contagiado una enfermedad de la que temía no recuperarse nunca. Según el notario, Lacoste la había obligado a tomar los mismos remedios que tomaba

él para su propio mal.

Angustiada por la declaración de este testigo de cargo, cuyas afirmaciones no solo eran ofensivas para su pudor, sino posiblemente incriminatorias, Euphémie negó con rotundidad toda la historia. Su abogado alegó que el relato era del todo inverosímil, basándose en que una mujer como Euphémie no revelaría a alguien a quien acababa de conocer cosas que cabría esperar que ocultase incluso a una madre o a un médico. Aun así, es probable que el notario dijera la verdad. Otro testigo, que conocía a Lacoste desde hacía cuarenta y cinco años, declaró que sabía de otra mujer que había contraído dolencias secretas de su amigo. Lacoste tenía la costumbre de visitarla en una casa de reposo, informó este testigo, y ella había quedado lisiada desde que él le había dado algunos de sus remedios caseros.[97]

Especialmente repugnante, por lo que parece, fue la insensibilidad de Lacoste, dada su experiencia en el pasado, al mantener relaciones sexuales con su joven esposa siendo consciente de su estado. Tal insensibilidad, sin embargo, no era ninguna excepción. A pesar de la simpatía que mostraba por Euphémie, su abogado nunca sugirió siquiera que Lacoste debería haberse abstenido de mantener relaciones sexuales con ella, como tampoco lo hizo nadie. Es posible que las enfermedades venéreas fueran tan comunes que proponer la abstinencia para tantas personas se considerase poco realista. Un estudio reciente describe la propagación de la sífilis en la campiña francesa a finales del siglo XVIII por parte de los temporeros casados, que al parecer contraían la enfermedad mientras trabajaban en las ciudades y al volver se la contagiaban a sus esposas.[98] Pudo ser eso lo que le ocurriera a Lacoste de joven. En su *Diccionario de lugares comunes,* Flaubert decía que la sífilis se había vuelto casi tan habitual como el resfriado y afirmaba con cierta exageración que «más o menos todo el mundo» estaba afectado por ella.[99]

Por muy común que fuera la dolencia, sin embargo, sigue habiendo algo especialmente desolador en la situación de estas recién casadas ingenuas, religiosas y educadas en conventos, obligadas a hacer

frente no solo a los efectos de la enfermedad, sino también a la humillación de tener que ocultar su condición. Que un hombre padeciera una enfermedad venérea era, en un contexto social más que físico, desafortunado y probablemente vergonzoso; que la padeciera una mujer «respetable» era degradante y un escándalo, tanto más cuanto que el mito popular sostenía que las únicas mujeres con tal afección eran las prostitutas. Es cierto que no había una cura real, pero la vergüenza que impedía a los hombres, y sobre todo a las mujeres, buscar consejo profesional contribuyó a impedir una investigación médica seria del problema, que no se puso en marcha en Francia hasta la década de 1880.[100]

Al parecer, Euphémie tenía motivos y medios más que suficientes para el asesinato: un admirador al que no había olvidado, un testamento que la convertía en única heredera de una fortuna, un marido dominante y enfermo que había amenazado con desheredarla y un amigo al que había dado una pensión y otros obsequios dinerarios y que, según se dice que afirmó Lacoste, le había ofrecido un vino que sabía muy mal el día que enfermó. Aun así, y aunque esta hipótesis es imposible de demostrar, resulta improbable que Euphémie Lacoste conspirara para matar a su marido. El caso contra ella y su coacusado, basado en indicios en apariencia sólidos, se demostró deficiente en varios aspectos. En primer lugar, el presunto cómplice, el maestro de escuela Meilhan, pudo haber dicho la verdad al negar haber servido a Lacoste una copa de vino letal. Los testigos declararon que cuando a Lacoste le dolía el estómago, cosa que era frecuente, él solía achacarlo a una comida o una bebida malas, tal vez para desviar las sospechas de la sífilis y la hernia que lo avergonzaban. De hecho, negaba rotundamente tener ninguna hernia, a pesar de que un médico testificó que lo había tratado por una y le había prescrito baños y sangrías con sanguijuelas, prescripción que la señora Lacoste se había encargado de cumplir.[101]

En cuanto al dinero que Euphémie le había dado a Meilhan, difícilmente podían ser pagos por su participación en un asesinato

(en cualquier caso, su insignificancia hacía ridícula esta sugerencia), sino más bien un detalle por haberse prestado a hacer de intermediario entre la joven viuda y su admirador Bérens en Tarbes. Otro testigo, el cura, declaró esto mismo, aunque el deseo de Meilhan de proteger a Euphémie le impidió admitirlo. Conscientes quizá de la debilidad del caso contra él, desde la acusación pasaron a atacar la moral del maestro de escuela sugiriendo que había dejado embarazada a la hija de su casero.[102] Esta muchacha había muerto, de hecho, tras un intento de aborto supervisado en parte —y malogrado— por Meilhan, pero muchos testigos de conducta, incluido el padre de la chica, salieron en defensa del maestro de escuela de setenta años y negaron que hubiera mantenido relaciones sexuales con ella. La asunción por parte de Meilhan de la pericia médica en el caso de esta desafortunada joven recuerda al insensato intento de Charles Bovary de curar el pie zambo local. Pero, por insensato o cruel que fuera, no tuvo nada que ver con la muerte de Lacoste. La acusación solo consiguió demostrar que Meilhan era un viejo cascarrabias y orgulloso que simpatizaba con Euphémie y que se permitía algunos subterfugios inofensivos para evitar que su hijo, según él avaricioso, se enterase de que tenía algunos francos más de los que este pensaba.

Había, como argumentó la defensa, buenas razones para creer que no se cometió ningún asesinato y algunas pruebas descubiertas recientemente corroboran esta opinión. En primer lugar, una reconstrucción de los acontecimientos previos a su última enfermedad sugiere que Lacoste se dio cuenta de que su estado sifilítico había dado un repentino y dramático giro a peor. Unas semanas antes de su muerte, varias personas repararon en la aparición de numerosas llagas nuevas en su labio superior y en el resto de su rostro. Uno de ellos, su amigo el veterinario, contó que, cuando le transmitió su preocupación, Lacoste le dijo que no era nada y que estaba deseando hacer el viaje que tenía planeado con Euphémie a Burdeos y al balneario de Bagnères. Incluso anunció: «Que me cuelguen si dentro de nueve meses no hay por aquí un

pequeño Lacoste».[103] Cuando el veterinario le dijo a su amigo que antes debería ver a un médico, por las llagas, Lacoste empezó a echar pestes porque no quería saber nada ni de médicos ni de curas y añadió que ya se había procurado un remedio infalible que pensaba tomar antes de irse.

Los testimonios del juicio hacen prácticamente seguro que el remedio de Lacoste fuera un tónico llamado Solución de Fowler. El componente que hacía especial esta peligrosa poción era el arsénico. Disuelto en una base de aceite de lavanda y canela, el veneno estaba tan concentrado que se decía que una cucharadita de café de este medicamento era letal para cualquier persona que no estuviera acostumbrada a su consumo. Muy publicitados y fácilmente accesibles en Francia e Inglaterra, la Solución de Fowler y otros remedios similares que contenían arsénico se consideraban beneficiosos para el tratamiento de muchas afecciones, como trastornos de la piel, anemia, paludismo y dolor cardiaco.[104] Se sabía que las víctimas de las «dolencias secretas» utilizaban remedios con arsénico y, dado que también se creía que estos eran afrodisíacos, muchos hombres los tomaban para mejorar su rendimiento sexual. De hecho, Lacoste insinuó una vez que este era el propósito de su «poción secreta». Lo más probable es que la tomara sobre todo para curarse la sífilis, aunque al parecer nunca reveló su componente letal.

Su intención anunciada de tomar este remedio justo en el momento de su enfermedad mortal proporciona una explicación plausible de su muerte: lo más probable es que Lacoste sucumbiera a una sobredosis de la solución de Fowler administrada por su propia mano. Puede afirmarse con bastante seguridad que Euphémie Lacoste no sabía que el remedio de su marido contenía arsénico, ya que, de haberlo sabido, cuando se enteró de que corrían rumores de que lo había envenenado ella, difícilmente habría solicitado la inmediata exhumación y autopsia del cadáver para exculparse.

La defensa sí sospechaba que Lacoste recurría a la Solución de Fowler. La autopsia era coherente con esta hipótesis, ya que la

acumulación de arsénico se encontró en el hígado, lo cual no habría sido el caso si la sustancia se hubiera administrado en una única dosis mortal. Además, los síntomas de Lacoste, descritos por los testigos y catalogados por él mismo en una nota enviada a un médico, coincidían a la perfección con los que se sabía que eran característicos de los enfermos que utilizaban la solución de arsénico, que eran distintos de los síntomas causados por dosis mayores del veneno. Un médico de París que trataba regularmente a sus pacientes con la Solución de Fowler testificó para la defensa que la delgadez, la pérdida de apetito y el temblor en las extremidades que refería Lacoste eran síntomas típicos.[105]

Un reciente estudio de la historia clínica de Charles Darwin sostiene que los tónicos arsenicales fueron probablemente responsables de los llamados síntomas dispépticos e hipocondríacos de muchas personas en su época, entre ellas Thomas y Jane Carlyle, Thomas de Quincy, George Lewes, Robert Browning, Herbert Spencer, Margaret Fuller Ossoli, Thomas Huxley, George Eliot y, por supuesto, el propio Charles Darwin.[106] Este estudio, al citar numerosos síntomas idénticos a los de Lacoste, aporta pruebas adicionales para apoyar la teoría de la defensa sobre el envenenamiento crónico por arsénico. Por ejemplo, estaba la dificultad de movimiento de los brazos causada por forúnculos y edemas, condición apuntada como la razón por la que Lacoste no podía afeitarse él mismo. Las excrecencias verrugosas en el cuerpo, señaladas por muchos testigos, eran otro síntoma. Por último, estaban los mareos, los escalofríos, las náuseas, los vómitos y las flatulencias, todo ello confirmado por los testigos o por el propio Lacoste y todo incluido en el síndrome de la enfermedad victoriana de Darwin.[107]

El problema al que se enfrentó la defensa durante el juicio fue que no podían probar que Lacoste hubiera tenido la Solución de Fowler en su poder en el momento de su muerte. Un farmacéutico testificó que Lacoste se la había pedido dos años antes, pero dijo que en su establecimiento no había existencias del tónico porque se sabía que era muy peligroso. Sin embargo, solo se indagó en los negocios

locales. Después del juicio, llegaron noticias de un farmacéutico de Toulouse que afirmaba haber vendido no hacía mucho tiempo la Solución de Fowler a un tal Henri Lacoste de Riguepeu. Esta prueba, que ha salido a la luz hace bien poco, sugiere claramente que la absolución fue justa.[108]

Si Euphémie no se vio empujada por sus dificultades a recurrir al veneno, es probable que Marie Lafarge sí. Tras habérselas arreglado para establecer su autoridad y haber dejado claro que el sexo era un privilegio por el que Charles tendría que arrastrarse, Marie seguía insatisfecha, a pesar del piano y el caballo árabe que su marido le había comprado en un penoso afán por complacerla. Se han citado varias razones para explicar por qué la temprana resolución de Marie se desvaneció en el otoño de 1839, pero la más importante fue su creciente convicción, a finales de noviembre de ese año, después de que Charles se marchara a París en busca de un préstamo para la fundición, de que ese hombre se había casado con ella sobre todo por el dinero rápido de su dote y por la posibilidad de influir en sus parientes y amigos ricos. Incapaz de amar a Charles, se muestra sin embargo —en la correspondencia de ese periodo— poco dispuesta a tolerar de él nada que no fueran incesantes elogios y fervientes declaraciones de devoción. Lo que recibía la mayor parte del tiempo, en cambio, eran órdenes de escribir sobre él, en términos elogiosos, a sus familiares y conocidos.

> Por lo tanto, *ma chère amie,* creo que debes escribir de inmediato la carta más bella que hayas escrito nunca a tu tío Paul (…). Creo que tu familia me considera un principiante atolondrado al que le gusta lanzarse de cabeza sobre cualquier novedad sin reflexionar sobre ello. (…) Es preciso que escribas al Sr. Garat de forma adecuada a las circunstancias para explicarle que no le pido ni su aval ni ningún compromiso por su parte salvo decir que el Sr. Lafarge, el esposo de su sobrina, es un industrial capaz de llegar lejos; que antes de la boda indagó de la forma más minuciosa posible entre personas notables y de honor y que la moralidad de Lafarge, su conocimiento del oficio de la fundición y su sabia visión para los negocios le fueron garantizados de manera unánime; que el valor de su propiedad fue tasado en más de doscientos mil francos

(…).[109]

Lafarge instaba a Marie a repartir halagos cuando fuera necesario, en términos que ella declaró humillantes, e, inteligente como era, la joven no pudo haber pasado por alto el humor involuntario en las directrices de su marido.

> Engatusa a la señora de Valence para conseguir esa crucecita que quieres para mí [la Legión de Honor]. Dile que he hecho un magnífico e importantísimo descubrimiento en el campo de la metalurgia y que, como alcalde de mi municipio, desempeño mis funciones con distinción y he aportado numerosas mejoras durante el último Gobierno. Por último, tengo el mérito de haber salvado a seis personas que se estaban ahogando y a otra que encontraron en una chimenea, bocabajo, a la que devolví a la vida. Hay muchos testigos.[110]

Muchas esposas «bien relacionadas» se verían sin duda obligadas a llevar a cabo tareas similares para sus ambiciosos maridos y puede que la mayoría las hiciera sin quejarse demasiado. Sin embargo, resulta poco probable que Marie sufriera esta labor de buena gana, sobre todo si tenemos en cuenta la torpe condescendencia de su marido. Al final de una de sus cartas, Lafarge anotaba:

> Puedes copiar sin más muchas de estas cosas directamente de mi carta para transmitirlas, pues es imposible que entiendas este tipo de asuntos.[111]

Marie entendía muy bien, pero no podía revelar abiertamente lo que pensaba. En lugar de eso, furiosa por estas cartas comerciales que omitían las referencias al amor que ella requería, se valió de medios indirectos para desahogar su rabia y que probablemente eran demasiado sutiles para Charles.

> Te amo, mi Charles, te lo digo porque lo siento con todo mi corazón, porque mi aflicción al recibir esta interminable carta, vacía de amor y vacía de ti, me lo ha demostrado.[112]

Marie fue más sincera en sus memorias sobre las cartas que su marido le había ordenado escribir.

> Dediqué días enteros a esta detestable ocupación. No sé cómo suplicar, el papel de suplicante, que me es imposible representar en persona, era aún más difícil de interpretar con pluma y papel. (…) En medio de todo aquello, a menudo no entendía el comportamiento del señor Lafarge. Me desagradaba la forma que tenía de negociar el préstamo, que recurriese a ideas mezquinas y medios miserables. (…) Me veía obligada a rezar y cerrar los ojos cada vez que se me venía a la mente la revelación de la inferioridad de ese hombre que era mi guía y señor. En esos momentos de altiva perspicacia, me decía en voz alta para aturdirme: este hombre es bueno, está por encima de ti, todo lo suyo es importante, útil y pertenece al mundo real; es tu esposo, lo amas… No es a él, es más bien al mundo, a la sociedad y a la realidad a los que debes culpar de estos primeros tormentos que marcan la transición de tu hermosa existencia de sueños e ilusiones a la vida actual de decepciones y deberes.[113]

Los reproches que se dirige a sí misma sugieren cuál era la opinión aceptada sobre lo que debían pensar las jóvenes respetables desilusionadas con sus maridos. Sin embargo, en pasajes como el anterior, Marie insinuaba claramente entre líneas que, si fuera culpable de lo que se la acusaba, habría prestado un servicio. Por sus turbios negocios, su vulgaridad y su incapacidad para apreciarla como ella quería que la apreciaran, seguramente Charles «merecía» morir, o eso parece decir Marie. Su credo romántico, después de todo, otorgaba a los seres sublimes y poco comunes el derecho a deshacerse de los prosaicos obstáculos en su camino a la felicidad, el derecho a liberarse de las restricciones morales normales. Poco después de que Marie escribiera a Charles para decirle que su carta «vacía» le había hecho darse cuenta de que lo «amaba», encargó un poco de arsénico al farmacéutico local, a quien le explicó que Le Glandier estaba plagado de ratas.[114]

El primer plan de Marie parecía ser el asesinato por correo. A mediados de diciembre escribió a Charles a París para decirle que pronto recibiría unos pasteles que le había pedido a su madre que

hiciera para ellos. Lo instaba a comérselos a una hora determinada en la que ella afirmaba que estaría comiéndose los suyos: una idea romántica que pudo haber tenido un propósito mortal.

Nunca hubo pruebas sólidas de que Marie hubiera dispuesto añadir un ingrediente secreto a la receta, pero las pruebas circunstanciales eran contundentes. Su suegra, que rompió en sollozos mientras testificaba, declaró que, tras enviar los pasteles, Marie había tenido «premoniciones» de recibir un anuncio ribeteado en negro. La madre de Charles afirmó también que Marie le había preguntado entonces por las costumbres locales en cuanto a la duración del luto de una viuda. Al decirle que eran dos años, la joven señora Lafarge repuso, según este relato, que, si la desgracia de perder a Charles caía sobre ella, solo llevaría luto durante un año, como se hacía en París.[115]

Aún más indicativa fue la declaración de un testigo desinteresado, un empleado del hotel de Charles en París, que afirmó que había desenvuelto el paquete que recibió Lafarge y que contenía un solo pastel grande en lugar de varios pequeños, como insistían en decir la señora Lafarge madre y Marie.[116] Al parecer, Charles solo había probado un trocito, que juzgó no muy sabroso, y poco después se puso malo y vomitó. Es probable que Marie hubiera orquestado la sustitución de los pasteles de su suegra por un único pastel con arsénico hecho por su doncella, una mujer que se había criado con su ama y que, tras ser la cómplice de Marie en correrías más inocentes contra el señor, se convirtió en su aliada en un asunto más serio. Justo antes del juicio, alguien oyó a Marie quejarse de que, pese a un minucioso adiestramiento, la criada no conseguía recitar su testimonio.

Con todo, el episodio del pastel fue menos incriminatorio para Marie que lo que vino después. Charles cometió el error de volver a casa para recuperarse de su enfermedad y casi inmediatamente después de su llegada, el 3 de enero de 1840, su estado empezó a deteriorarse. En el momento de su muerte, el día 14, toda la casa tenía motivos para sospechar que Marie lo había envenenado. Uno

de sus médicos declaró que, hacia el final, convencido de que la sustancia que había visto a su esposa remover en sus bebidas no era, como ella decía, inofensiva goma arábiga, el propio Charles se apartaba cuando Marie se acercaba a la cabecera de su cama. Las autoridades, recelosas, hicieron que la detuvieran cuando los análisis revelaron la presencia de arsénico en los líquidos vomitados y en el estómago del difunto, además del ya descubierto en el ponche de huevo que Marie le había dado.

Pronto la prensa se hizo con los detalles de la historia, así como con una copia de la dramática carta que la joven había escrito a Charles apenas seis meses antes, cuando llegó a Le Glandier. Su publicación atrajo a multitudes de jóvenes románticas a su causa.

> Charles, ¡acudo a ti de rodillas para pedirte perdón! ¡Te he agraviado de un modo indigno! No te amo a ti, amo a otro. ¡Dios mío! ¡Cuánto he sufrido! Te admiro con todo mi corazón, te venero, pero las costumbres y la educación han puesto enormes barreras entre nosotros. (…) No me acuses de falsedad; desde el domingo, desde el momento en que supe que sería algo más que una hermana para ti, desde que mis tías me dijeron lo que era entregarse a un hombre, juré que moriría. Tomé veneno, pero en una dosis demasiado pequeña…[117]

Las acusaciones contra la recién enviudada empujaron a la familia de su antigua amiga Marie De Nicolai a exigir una investigación sobre otro asunto, a saber, la desaparición durante su visita el verano anterior de un collar de diamantes y perlas. Cuando un registro en Le Glandier sacó a la luz las joyas, Marie explicó la incómoda situación alegando que su amiga había organizado el «robo» con ella para tener a buen recaudo algunos objetos de valor que poder entregar a su antiguo amor Félix Clavé, quien, según Marie, había amenazado con chantajear a su otrora idolatrada joven con las cartas que ella le había enviado. Esta inverosímil historia se desmintió más tarde,[118] pese a la voluntad de creer de los defensores de Marie: su tía testificó que lo que Marie alegaba que

eran regalos de boda de algunos conocidos resultaron ser joyas que su sobrina había encargado ella misma, hechas con las piedras preciosas del collar de su amiga. En el momento del robo, Marie, que aún no se había comprometido, era muy consciente de que su antigua amiga era una recién casada muy rica. Llevar joyas caras, lo sabía, estaba prohibido para las solteras y es posible que se sintiera abrumada por la tentación de poseer algo de gran valor y reconocido como símbolo del estado matrimonial. También es posible que se convenciera a sí misma de que su amiga tenía tantas joyas que no se preocuparía por el collar desaparecido.

Al final, Marie Lafarge empujó a su antigua amiga a interponer una demanda por robo al tener el descaro de escribirle una carta, apremiante y acusadora, exigiéndole que reconociera la historia del chantaje. Para entonces ya bajo sospecha de asesinato, tal vez creyó que su antigua compañera no podía negarle ese favor que ayudaría a establecer su credibilidad.[119] Pero su amiga, de justicia, se negó a exonerar a Marie Lafarge suscribiendo mentiras que la inculpaban a ella.

Por supuesto, que Marie Lafarge hubiera mentido sobre los regalos de boda y los collares de diamantes no era prueba de que hubiera envenenado a su marido, y sus defensores sostenían con razón que el fiscal estaba utilizando precisamente esa táctica. El asunto del collar, juzgado por el Tribunal Correccional de Brives en julio de 1840 y fallado en contra de la señora Lafarge, que fue condenada a dos años de prisión, fue citado por la acusación en el posterior juicio por asesinato ese mismo otoño como el primer paso hacia un envenenamiento premeditado. El acta de acusación, que se basaba en los interrogatorios preliminares y, según la costumbre de los tribunales franceses, se leía en voz alta al principio, no solo repetía toda la historia de los diamantes, sino que ponía por las nubes al «bueno y generoso» Charles Lafarge, que según alegaban solo había querido el derecho al dulce afecto de una esposa y a una dote para hacer prosperar su fundición.[120] No era extraordinario que un acta de acusación en Francia fuera más allá de la declaración del caso *prima*

facie, común en las acusaciones más comedidas de la ley inglesa, pero esta, que afirmaba tajante un asesinato planeado desde hacía tiempo y se refería a Marie como «la envenenadora», era inusual.

Sin embargo, es probable que el veredicto de culpabilidad, que llegó tras un juicio de más de dos semanas en Tulle, fuera el correcto, aunque algunas de las razones fuesen equivocadas. Además del indicio de los pasteles, estaba el sospechoso momento en que Marie encargó el arsénico para las ratas, así como el descubrimiento de que se había sustituido el veneno en la pasta preparada para los roedores, sin aparente explicación, por bicarbonato de sodio, que era inofensivo. También estaban los restos de arsénico hallados en la misteriosa cajita que Marie llevaba en el delantal y a la que los testigos la habían visto echar mano al preparar las bebidas de Charles. Por último, el informe del famoso químico Mateo Orfila, que afirmaba de modo concluyente que había arsénico en el cuerpo de Lafarge. Orfila fue convocado después de que los farmacéuticos locales obtuvieran al principio resultados negativos con el nuevo sistema de Marsh para detectar arsénico y la mayoría esperaba que sus pruebas se limitaran a confirmar los resultados anteriores. Durante el testimonio de Orfila, Marie, que hasta entonces había mantenido una compostura perfecta, se derrumbó. Sus defensores intentaron entonces traer al famoso rival de Orfila, François Raspail, pero, para cuando este llegó,[121] el jurado ya había declarado culpable a la acusada, con circunstancias atenuantes, y la habían condenado a cadena perpetua.

Marie se libró de la acostumbrada exposición pública en la plaza del pueblo, así como de los trabajos forzados —tales eran los privilegios de las criminales «respetables»—, y también se le concedió el beneficio de quedar recluida en Montpellier, cerca de sus parientes, que la visitaban con regularidad. Tras perder la apelación del caso, dedicó gran parte de su tiempo a la campaña para persuadir al mundo de su inocencia, aunque el culto que se había formado en torno a ella se fue reduciendo gradualmente a un puñado de fieles. En 1851, por motivos de salud, la trasladaron de la

prisión a un asilo anexo a un hospital. Al parecer, su enfermedad estaba relacionada con el abuso de drogas, sobre todo opio.[122] A principios de 1852, tras una petición de sus médicos al ministro del Interior, Luis Napoleón la puso en libertad. Para entonces la mayor parte de su familia, incluida su hermana, la había abandonado, aunque un devoto tío abuelo y su hija llevaron a la debilitada Marie a un balneario en Ussat, donde murió unos meses después, jurando su inocencia hasta el final.

El hecho de que Marie Lafarge, al principio, lograra convencer a tantas personas de su inocencia se debió en gran medida al cuidado que prestaba a su imagen romántica. Desde la época del asunto del collar había empezado a cartearse diligentemente con sus «creyentes», como ella los llamaba, hombres jóvenes que le hacían llegar poemas y propuestas de matrimonio y muchachas que le enviaban notas de apoyo y pequeños regalos como un libro, unas flores o un par de zapatillas. También en esa época empezó a referirse a sí misma como «la pobre calumniada», expresión que reaparece con monótona frecuencia en sus cartas. Al parecer, Marie conquistaba a todos los que la conocían, incluido Charles Lachaud, un joven letrado de su caso que más tarde se convertiría en un famoso abogado penalista. Lachaud, según su biógrafo, estaba ciegamente convencido de la inocencia de su cliente y nunca superó su pasión por ella. Que Marie era consciente de su estatus no oficial como una especie de santuario nacional se hace evidente en una carta dirigida a Lachaud la víspera del juicio.

> Ahora, alabado sea Dios, se acerca el final y puedo contar las horas que faltan para el momento en que o bien se me devuelva, inocente, a mis nobles amigos, o bien me conviertan en una mártir radiante, digna del cielo.[123]

Marie inspiraba desconfianza a la mayoría de las mujeres mayores que la conocían en persona, pero algunas jovencitas solteras, al menos, le profesaban una devoción desinteresada. Emma Pontier, una sobrina de la madre de Charles, había estado con Marie en Le

Glandier antes y durante la enfermedad de Lafarge y estaba fascinada por las exóticas maneras de su pariente parisina. Es poco probable que Emma estuviera al tanto de los planes de Marie, pero una vez despertadas las sospechas se ofreció voluntaria para deshacerse de todo lo que esta pensara que pudiese comprometerla. Emma incluso se encargó, como admitió más tarde, de intentar ocultar la caja de veneno que Marie llevaba consigo. La doncella, Clémentine Servat, por su parte, fue casi con toda seguridad cómplice de Marie en el intento de asesinato. Se diera cuenta o no en aquel momento, debió de saberlo en el juicio y, sin embargo, permaneció inquebrantablemente leal. Con su papel de confidente como única recompensa, se quedó con su señora y la asistió en prisión durante más de un año, hasta que las autoridades se lo prohibieron. En Montpellier, otra prima de Marie, que hasta ese momento ni la conocía, asumió entonces el papel de compañera de prisión. Esta joven, Adèle Collard, renunció literalmente a sus posibilidades de casarse para permanecer hasta el final junto a su adorada Marie, que adquirió una eminente reputación, dentro de la cárcel, como una especie de santa del sufrimiento.

La expresión religiosa era una salida natural para Marie, aunque ni siquiera con los hombres santos abandonó apenas su habitual y seductor lenguaje epistolar. Un intrigante conjunto de cartas dirigidas a un sacerdote y confesor y en las que reitera todos sus temas favoritos[124] —la enfermedad y el dolor constantes, la inocencia, la necesidad de apoyos— contiene numerosas declaraciones que van más allá del afecto. Autodidacta en latín, Marie se deleita de un modo infantil al dedicar a su sacerdote cariñosas poesías de amor en esta lengua secreta «prohibida» a las mujeres. Y sus entusiastas efusiones sobre los sermones de su correspondiente, incluso en aquella época de inocencia prefreudiana, contienen insinuaciones sexuales que pudieron ser incómodamente explícitas para el abate.

Al escucharle el domingo por la mañana, mientras levantaba el velo sobre el

> más sublime de los misterios, me habría sido imposible expresarle lo que sentía. Me pareció que hacía usted crecer mi corazón y que cada una de sus palabras, al caer en él, lo ensanchaba más.[125]

En una carta poco conocida —escrita en 1846 a un inspector de prisiones al que había conocido en Montpellier—, Marie le hacía una declaración absolutamente inequívoca de su amor,[126] pero es imposible tomarse en serio ni siquiera eso, salvo como una expresión más de su regreso a la fantasía. La carta está escrita de forma que sugiere que el amor era correspondido, pero hay razones para creer que su destinatario estaría más desconcertado que emocionado al recibirla. De mayor interés, en cualquier caso, son los comentarios que hacía sobre su propio pasado.

> De joven, a menudo tenía sueños encantadores. Más tarde me vi engañada en la primera relación amorosa seria de mi vida, aunque antes esa relación se había convertido en un frenesí. Devuelta entonces por mis tías a una visión de la vida basada en el sentido común, viendo cómo a mi alrededor mi hermana, mis primas y mis amigas se casaban con el primer hombre que aparecía y se mostraban satisfechas, creí que a mí me ocurriría lo mismo. Acepté casarme en un estado de obnubilación, pero, cuando puse los pies en la tierra, me sentí asqueada. Le había entregado mi dote, mi voluntad, mi vida [misma] a alguien que se había casado conmigo para restituir su negocio con mi fortuna, adornar su salón con mi persona y completar su vida con mi pobre vida. Pero anuncié que solo daría mi amor si era amada a cambio, y ya se sabe la recompensa que recibí por mi franqueza: muerte, deshonra y agonía perpetua.[127]

De nuevo eran verdades a medias, pero convincentes al menos en lo que respecta a la desilusión y las dificultades de adaptación al matrimonio a las que se enfrentaron Marie y, parece probable, las mujeres que simpatizaban con ella. Conscientes de estos problemas e intuyendo los peligros de que las esposas se tomaran la justicia por su mano, varios reformistas aprovecharon la ocasión para abogar por el restablecimiento del divorcio. Un periódico, el fourierista *Phalange,* se animó incluso a publicar un audaz ataque

contra el matrimonio por conceder a los hombres el «derecho legal» a violar.[128] El resto de los periodistas, en su mayoría, se contentaron con alegatos más suaves a favor de la inocencia de Marie.[129]

Las mujeres que siguieron el caso dejaron pocas reacciones por escrito, pero su presencia se constata en todas partes. Esperaban durante horas para entrever apenas un instante a la acusada y se afanaban por conseguir entradas para sentarse en la tribuna de señoras construida especialmente en el tribunal. Algunas peregrinaban hasta Le Glandier, mientras que otras se conformaban con comprar grabados de su nueva heroína, que se pregonaban en las calles junto con las ediciones especiales de los periódicos que transcribían las sesiones del juicio. Para estas mujeres, es posible que la imagen romántica que proyectaba Marie fuera menos importante que las duras realidades a las que se había enfrentado y con las que podían identificarse, por no mencionar la exquisita pero inefable posibilidad de que el arsénico hubiera sido su respuesta. Marie, una actriz consumada que sabía que su público la apoyaba, llegó incluso a atreverse a justificar ante el tribunal su evidente desprecio por su marido y su familia política y a pedir comprensión por sus primeros impulsos de escapar.

> Les pido que sean indulgentes conmigo. Al día siguiente de mi boda me vi obligada a dejar a mi familia y todo lo que me era familiar. Me sentí desgraciada durante todo el viaje. (…) Viví una escena de lo más desagradable con mi esposo en Orleans. (…) Al llegar a Le Glandier, en lugar de la encantadora mansión campestre que me habían hecho esperar, me encontré una ruina desvencijada. (…) Perdí la cabeza, pensé en partir hacia Oriente. (…) Era tan infeliz que habría dado cualquier cosa por huir.[130]

Euphémie Lacoste, en una situación objetivamente más desesperada, nunca se habría atrevido a semejante defensa ni habría encontrado un público comprensivo. Pese a lo endeble del caso contra ella, era demasiado sosa y corriente para convertirse en la heroína de una causa célebre nacional. Además, en la pequeña

capital de departamento donde fue juzgada, la mayor parte de los ciudadanos —hombres y mujeres— estaban convencidos de su culpabilidad. Los periodistas informaron de que la población meridional, profundamente religiosa, estaba conmocionada por las irregularidades en la ceremonia eclesiástica de su boda y, a pesar del hecho evidente de que Euphémie había sido una víctima en el asunto y de que ella misma estaba atribulada por ello, muchos de los vecinos de la zona insistieron en que tales irregularidades eran prueba suficiente de su culpabilidad.[131] Y, por si eso no bastara, estaba la insistente acusación de la fiscalía de que la viuda hacía ostentación pública de su nueva libertad, se veía con sus pretendientes antes de que terminara el preceptivo periodo de luto y gastaba dinero a espuertas.

Una testigo declaró que, a pesar de sus intentos por advertir a la acusada sobre lo impropio de su conducta, Euphémie había tenido la temeridad de decir: «Me da igual lo que piense la gente; yo soy mi propia dueña».[132] Si alguna vez hizo tal afirmación, la joven viuda pronto aprendió lo poco cierta que era en una comunidad aún tradicional donde incluso las pequeñas desviaciones despertaban temor y hostilidad. Para ella, las consecuencias de los chismorreos malintencionados incluyeron tener que enfrentarse a un juicio por asesinato. Fueron los persistentes rumores sobre su supuestamente escandalosa nueva vida los que, seis meses después de la muerte de Henri, llevaron al alcalde de Riguepeu a informar al fiscal de la creciente convicción popular de que una persona que era capaz de comportarse como ella tenía que haber arrebatado una vida. De este modo, el deslumbrante foco de la atención pública se centró en una mujer burguesa corriente cuya sombría vida, en otras circunstancias, habría pasado desapercibida.

Mientras representaba casi a la perfección su papel combativo y probablemente homicida, Marie Lafarge no ignoraba el temor reverencial que infundía en su nueva familia ni la clara ventaja que eso le daba para ejecutar un envenenamiento, como quien dice, delante de sus narices. Que fuese ella y no Euphémie la que se

decidiera por el asesinato también tenía cierto sentido, en cuanto que había una distancia mucho mayor entre sus expectativas del matrimonio y su realidad que en el caso de Euphémie, por muy lamentable que fuera la situación de esta última.

Marie era sin duda una persona singular y su intrincada y atribulada psique merece una exploración más completa tanto por sus cualidades únicas como por las que aquí se han destacado, que la convirtieron en símbolo para una generación. Cada una a su manera, tanto la historia de Marie como la de Euphémie corroboran la aún firme tradición de la influencia paterna en las alianzas matrimoniales burguesas de la época, pero también muestran los puntos de tensión del sistema y sugieren que, incluso en Francia, el relativo poder de negociación de las mujeres estaba mejorando lentamente. En ambos casos, los traumas de la adaptación les pasaron factura, pero la susceptible y desequilibrada Marie nunca se recuperó. Al final se identificaba por completo con Lélia, la vapuleada y sexualmente maldita heroína de George Sand.

> Lélia, a la que la sociedad ha condenado, a la que las mujeres, en su virtuosa simpleza, repudian y se niegan a comprender. ¡Pobre Lélia, a la que se le reprocha su primer amor y a la que se le impone un segundo! Pobre mujer, que ha sufrido todas las penas, dudas y desalientos; encadenada a la tierra por funestas pasiones y elevada a los cielos por instintos sublimes; que tuvo por igual el poder para el bien y para el mal; que no quiso ser una mujer débil y que fue incapaz de convertirse en un ángel.[133]

Esto fue quizá lo más cerca que Marie estuvo nunca de una confesión.

[2] La fuente principal para el relato que aquí se presenta [en el caso Lafarge] son las transcripciones publicadas con el título de *Le Procès de Madame Lafarge* (París: Pagnerre, 1840). Este doble volumen contiene las actas completas de los dos juicios en los que Marie Lafarge fue la principal acusada: uno por el robo de unos diamantes y otro por asesinato.

El relato del caso Lacoste se basa fundamentalmente en los testimonios recogidos en *La Gazette des Tribunaux;* los materiales de Armand Fouquier, *Les Causes célèbres de tous les peuples,* 9 vols. (París: Lebrun, 1858-1874), vol. 2, cuaderno 9; y la correspondencia con el Sr. Henri Polge, director de los Archivos departamentales de Gers. *La Gazette des Tribunaux,* diario fundado en 1825, se dedicaba en exclusiva a cubrir juicios y proporcionó a los escritores, desde Stendhal hasta Zola, material de base para sus novelas. La colección Fouquier, útil para varios de los casos franceses de este ensayo, proporciona numerosos testimonios literales y a menudo complementa los relatos con impresiones de testigos presenciales y resúmenes de los acontecimientos previos y posteriores a los juicios.

[3] Al caso Lafarge se le han dedicado más estudios de gran extensión que a todos los demás casos de este ensayo juntos, aunque casi todos son simples narraciones repetidas de la historia. Hay una amplia bibliografía en: E. Gril, *Madame Lafarge devant ses juges* (París: Gallimard, 1958). Aunque anticuado en cuanto a estilo y enfoque, uno de los mejores relatos es un estudio en inglés, parcialmente ficcionado, titulado *The Mystery of Marie Lafarge,* de Edith Saunders (Londres: Clarke & Cockeran, 1951). Otra obra en inglés, también una interpretación desde la ficción, aunque bien documentada, es *The Lady and the Arsenic,* de Joseph Shearing (Londres: Heinemann, 1937).

[4] (Marie Lafarge), *Mémoires de Marie Cappelle,* 2 vols. (Bruselas: Jamar, 1841).

[5] *Procès.* 2:54.

[6] Fouquier, p. 2.

[7] En un estudio reciente, Theodore Zeldin señala que estas consultas por correo eran habituales: *France, 1848-1945: Ambition, Love and Politics,* vol. 1 (Oxford: Clarendon, 1973), p. 27.

[8] Fouquier, p. 18.

[9] *Ibid.*, p. 32.

[10] *La Presse,* 9 de julio de 1844. (El lugar de publicación de los periódicos y revistas citados a lo largo del texto figura en la bibliografía).

[11] *Correspondance de Madame Lafarge,* 2 vols. (París: Mercure de France, 1913).

[12] Marie Lafarge, *Heures de prison* (Nueva York: Lasalle, 1854).

[13] Edward Shorter, *The Making of the Modern Family* (Nueva York: Basic Books, 1975). Para un esbozo de la tesis, véanse la introducción, pp. 3-21, y el capítulo IV, «Romance», sobre todo las pp. 148-161, sobre la transformación del cortejo.

[14] *Ibid.*, p. 148. La opinión de Shorter de que la «revolución» empezó desde abajo es discutible, pero el libro está repleto de materiales fascinantes.

[15] Véase John R. Gillis, *Youth and History: Tradition and Change in European Age Relations* (Nueva York: Academic, 1974), esp. cap. 2.

[16] En su estudio *L'Image de la France dans l'Angleterre victorienne* (París: Colin, 1967), Sylvaine Marandon recurre a libros de memorias y de viajes para demostrar que los ingleses conocían bien «el sistema francés» de criar a las niñas separadas de los varones y sin acceso a la literatura romántica hasta el matrimonio. Muchos observadores señalaron con acierto que las niñas francesas estaban sometidas a un control más estricto que sus congéneres inglesas y, en general, más atrasadas socialmente. Pero, aunque su vida estuviera limitada en casi todos los aspectos, es probable que muchas jóvenes burguesas sí leyeran algo de esta literatura prohibida. Marandon cita a un irónico observador que decía que a los diecisiete años la joven francesa estaba sumida en una ignorancia sin remedio «a menos que hubiera pedido prestadas algunas novelas a la criada de su madre» (p. 284). También había otras formas de acceder a ellas, como los diarios que publicaban novelas por entregas, la biblioteca doméstica con libros que podían devorar mientras *maman* [mamá] salía de visita o los internados con sus oportunidades de entenderse con las criadas a lo Emma Bovary. Para la joven francesa, de hecho, la literatura parece haber sido un medio más exclusivo de adquirir cierto

conocimiento sobre el mundo exterior que para las inglesas, cuya experiencia era más variada.

[17] Véase Adeline Daumard, *La Bourgeoisie Parisienne de 1815 à 1848* (París: S. E. V. P. E. N., 1963), pp. 272-280. Daumard indica que el alistamiento rural en las filas de los *négociants* (comerciantes) e industriales parisinos fue considerable y que las burguesas de París a menudo se casaban con jóvenes de provincias que se trasladaban a la capital para buscar fortuna.

[18] Marandon observa, a este respecto: «[A las jóvenes francesas] se les prohibía prácticamente toda lectura (salvo las novelas inglesas, cuyo origen en sí mismo —para diversión constante de los [comentaristas] ingleses— bastaba como garantía de su inocuidad» (p. 284).

[19] Marie escribió sus memorias en prisión para ganarse simpatías hacia su causa y su dramática introducción prepara el escenario para el lúgubre relato que sigue: «He recordado, he llorado, he escrito» (*Mémoires,* 1:2).

[20] *Ibid.*, p. 61.

[21] *Ibid.*, p. 75.

[22] *Ibid.*, pp. 85 y ss.

[23] *Ibid.*, p. 85.

[24] *Ibid.*, p. 97.

[25] *Edinburgh Review,* 75 (abril-julio de 1842): 368.

[26] *Memoirs of Madame Lafarge* (Londres: Colburn, 1841).

[27] *Mémoires,* 1:92.

[28] *Ibid.*, p. 129.

[29] *La Gazette des Tribunaux,* 13 de julio de 1844.

[30] *La Presse,* 14 de julio de 1844.

[31] *Mémoires,* 1:105.

[32] *Procès,* 1:140.

[33] *Mémoires,* 1:124.

[34] *Ibid.*, p. 125.

[35] *Procès,* 1:84-98, 105 y ss. El *Progrès* del 6 de agosto de 1840 señalaba que Clavé era de la «escuela católica» de Hugo y Lamartine, que sus versos «emanaban un perfume de cándida virginidad». Por ejemplo:

Je t'aime comme le zéphire
Aime la rose du matin.
Comme le fleuve qui soupire
Les rives de son frais bassin,
Ton souvenir remplit ma veille
Et je te vois quand je sommeille
Comme le bel ange qui veille
Du haut des cieux à mon destin. (*Procès,* 1:105)
[Te amo como el céfiro
Ama a la rosa de la mañana.
Como el río que suspira
Por las orillas de su fresca cuenca,
Tu recuerdo colma mi vigilia
Y te veo cuando sueño
Como el hermoso ángel que vela
Desde lo alto del cielo por mi destino.]

[36] *Mémoires,* 1:133.

[37] *Procès,* 1:90.

[38] *Mémoires,* 1:165.

[39] *Ibid.*, p. 166.

[40] *Ibid.*, p. 167.

[41] *Ibid.*, p. 174.

[42] *Procès,* 2:366-368. Este episodio se divulgó ampliamente, incluso en periódicos ingleses como el *Spectator* (12 de septiembre de 1840), aunque Marie optó por no incluir el triste final del farmacéutico en sus memorias. Se demostró que el joven Guyot, hijo de un farmacéutico de Montmédy, había mantenido con la señorita Cappelle el tipo de relación que ella describió. Su padre escribió al tribunal y envió tres notas que, según dijo, no estaban incluidas en el paquete de cartas que los Garat habían reclamado. Decía que su hijo le había confesado esta relación y le había dicho que la señorita Cappelle era una hipócrita. Una de las notas de Marie parece referirse al descubrimiento de sus intrigas por parte de su tía: «¡Se ha descubierto la historia de Caroline! Van a escribirle. Recuerde que soy huérfana: Dios me arrebató a mi padre y luego a mi madre, todo en un suspiro. Luego mi tío se convirtió en mi guía y mi tía quiso sustituir a su hermana [la madre de Marie]. Esta mañana me ha jurado que, si me descubrían mezclada en

este asunto, no volvería a mirarme en su vida. (…) Estoy loca. (…) He perdido la cabeza. (…) Usted es un hombre de honor, confío en usted, sálveme con su absoluto silencio. ¡Que Dios y usted se apiaden de mí! Por una increíble tontería mi honor está en sus manos» (*Procès,* 2:367 y ss.).

[43] *Mémoires,* 1:198-200.

[44] La masificación de las profesiones la analiza Lenore O'Boyle en «The Problem of an Excess of Educated Men in Western Europe, 1800-1850», *Journal of Modern History,* 42, n.º 4 (diciembre de 1970): 471-495.

[45] *La Presse* y *Le National* mostraron simpatía por Euphémie Lacoste como una joven educada e inteligente, agraviada por sus padres, su marido y la mezquina población de Auch, donde se celebró el juicio. Relataron los muchos servicios cotidianos que Euphémie prestaba a su marido —afeitarlo y lavarle los pies— con cierto asombro, pero no hubo ninguna indignación por el papel de sus padres en la infelicidad de la acusada, como sí la hubo por los tutores de Marie. E incluso en el caso de Marie, los críticos no rebatían el derecho de los tutores a tomar la decisión como lo hicieron, sino la elección concreta de Lafarge.

En Inglaterra, donde el papel de las jóvenes en la elección de su marido era, dentro de unos límites, más activo, se manifestó cierta conmoción por el procedimiento adoptado por los tíos de Marie. La *Edinburgh Review* (nota 24) señalaba que el tío concertó el matrimonio de su sobrina «con un hombre del que no sabía nada, cuyo rostro no había visto nunca hasta tres días antes de que decidiera confiarle de por vida a la chiquilla huérfana que entonces tenía a su cargo. Es sorprendente que esta circunstancia haya sido pasada por alto con indiferencia por todas las personas presentes en el juicio y no parece, por lo que sabemos, haber suscitado observación o asombro alguno en la mente de los periodistas de Francia. ¿Debemos suponer, entonces, que estos *agentes matrimoniales* son un método común empleado en Francia por personas respetables y de honor?».

[46] Shorter, p. 337. De hecho, este porcentaje no empieza a disminuir hasta el primer cuarto del siglo XX. En las clases medias, la diferencia de edad era aún mayor. Los hombres de la muestra de Bonnie Smith, pertenecientes a la alta burguesía de Lille, tenían una media de seis años más que sus esposas entre las décadas de 1840 y 1880. («The Bourgeois Women of Lille, 1860-1910»; Universidad de Rochester, 1975, p. 72).

[47] Shorter, p. 221.

[48] *La Gazette des Tribunaux,* 14 de julio de 1844.

[49] Anuncios como el siguiente de *Le National,* del 16 de julio de 1844, aparecían con frecuencia: «MATRIMONIO – Aquellos que deseen casarse pueden, con la seguridad de la más estricta confidencialidad, dirigirse a la señora de Saint-Marc. Sus relaciones en la alta sociedad la sitúan en posición de estar informada sobre viudas y jovencitas con dotes y fortunas de hasta dos millones». Estos anuncios no se escondían con discreción en las secciones de anuncios clasificados; los de la agencia De Foy solían ocupar un tercio o la mitad de una página. Las agencias pedían entonces a sus clientes que les enviaran un dosier, como el que tenía Charles Lafarge, con cartas de recomendación, indicaciones sobre su situación financiera, etcétera. En el caso de Marie, las hermosas acuarelas de Le Glandier incluidas en el dosier de Charles la ayudaron a aceptar el matrimonio, al menos hasta que vio el lugar en persona.

[50] *Le National,* 21 de septiembre de 1840.

[51] *Procès,* 2:201.

[52] *Ibid.*, p. 202. El suegro también informó de que su hija le había dicho que Lafarge había tenido «ataques» y que una vez se quedó «rígido» durante varias horas y con saliva en las comisuras de los labios. El padre pareció tomarse esta prueba de enfermedad, quizá epilepsia, como un defecto más de Lafarge, aunque está claro que la felicidad de su hija no era su principal preocupación. Reconoció que no había tenido «tiempo» para preguntarle sobre el tema.

[53] Cit. en Saunders, p. 22.

[54] *Mémoires,* 1:103.

[55] Fouquier, p. 32.

[56] *Ibid.*

[57] *Ibid.* Vergès admite que solo él había llevado a su hija ante el altar improvisado en la casa del clérigo, ya que era el único de la familia que podía tolerar el ateísmo de Lacoste. Euphémie, pues, se había visto obligada a casarse en ausencia de su madre, que desaprobó los apaños de última hora cuando Lacoste se negó a una ceremonia eclesiástica.

[58] *Procès,* 2:403.

[59] *Ibid.*, p. 405.

[60] *Ibid.*, p. 404.

[61] *La Gazette des Tribunaux,* 14 de julio de 1844.

[62] En su reciente estudio, «The Bourgeois Women of Lille, 1860-1910», Bonnie Smith analiza el concepto de «señora de la casa» y el desarrollo de las responsabilidades de las mujeres en cuanto a lograr una rutina doméstica sin sobresaltos mediante «la austeridad, el orden y el encanto» (cap. III, «Domestic Life of the Women of Lille»). Erna Hellerstein también destaca la aparición de un nuevo modelo burgués en «French Women and the Orderly Household, 1830-1870», *Proceedings of the Western Society for French History*. En este artículo, afirma: «El papel de las mujeres en este sistema era doble: establecer y hacer cumplir tiempos y espacios dentro del hogar y mostrar claramente los límites del grupo en casa y en lugares públicos como la calle y el teatro. Dentro del hogar, la rutina, la regularidad y la separación de las estancias según su función y de las partes del día según la tarea absorbían gran parte de la energía de la administradora del hogar» (p. 8). En sus descripciones de cómo se propuso civilizar y poner orden en su rinconcito del Lemosín, Marie Lafarge brinda un caso de estudio de esta nueva actitud (*Mémoires,* 2:1-180).

En muchos aspectos, el modelo francés de señora de la casa mostrado en la nueva literatura prescriptiva era similar al modelo inglés. Sin embargo, es interesante observar que el tono «criticón» de los manuales británicos, señalado por Patricia Branca, está ausente en los primeros manuales domésticos franceses (*Silent Sisterhood: Middle-Class Women in the Victorian Home.* Pittsburgh: Carnegie-Mellon University Press, 1975, p. 22). La señora E. F. Celnart, por ejemplo, en su *Manuel des Dames* (París: Roret, 1833), que lleva el significativo subtítulo de *El arte de la elegancia*, dedica mucho tiempo al arreglo personal, la apariencia y los consejos prácticos para mostrar «encanto» dirigidos a personas con presupuestos limitados y adopta un tono jovial al proporcionar a las jóvenes provincianas información sobre los estilos de vida urbanos, sobre todo los parisinos. El libro está repleto de comentarios de reafirmación: en su descripción de las tarjetas de visita, por ejemplo, dice: «Por supuesto, ustedes ya saben todo esto, solo lo digo para recordárselo» (p. 235). Del mismo modo, la señora Pariset, en su *Nouveau manuel complet de la maîtresse de maison* (París: Roret, 1852), les dice a las mujeres que la felicidad les llegará si consiguen ser ordenadas y eficientes, si llevan con esmero los libros de cuentas y reservan tiempo tanto para su arreglo personal como para el desarrollo de la mente: «Es una idiotez creer que una mujer educada y dotada de talentos agradables no puede ser al mismo tiempo una buena administradora y una mujer imprescindible» (p. 56). Pariset, de

hecho, recomienda a sus lectoras el «pensamiento positivo»: «Considérese una auténtica ministra del Interior y no descuide nunca la dirección de su gobierno» (p. 4).

Por el contrario, los primeros manuales ingleses más populares, como el *Female Improvement* de la Sra. Sandford (Londres: Longman, 1836) y las obras de la Sra. Ellis sobre las esposas, madres e hijas de Inglaterra, adoptan un tono agrio y con frecuencia parecen dar a sus lectoras la impresión de que sus tareas están por encima de sus capacidades. Se habla poco de elegancia y encanto, se critica mucho a las mujeres amantes del lujo y se hacen numerosos esfuerzos por dar lecciones de humildad a la futura esposa en la preparación de su papel. La Sra. Ellis dice: «En primer lugar, ¿qué es lo que espera? ¿Que la halaguen siempre? Tenga por seguro que, si sus defectos nunca habían salido a la luz, lo harán ahora. (…) Tenga por seguro que, si nunca había sido humilde e insignificante, tendrá que serlo ahora. Sí, más le vale hacerse a la idea ya mismo de que será una persona sin interés el resto de su vida, para todos excepto para el compañero de su hogar. (…) Es muy posible que tenga usted más talento, mejores aptitudes, y también que, en general, la hayan admirado más; pero eso no tiene nada que ver con su posición como mujer, que es, y debe ser, inferior a la suya como hombre» (*The Wives of England,* Londres: Fisher, 1843, pp. 116 y ss.).

Estas diferencias merecen un análisis más profundo, pero es posible que la aparición más rápida de una clase media en Inglaterra, que pronto rechazó los ideales aristocráticos de elegancia a favor de un severo código puritano, no permitiera la combinación —evidente en el modelo francés— de las nociones de clase alta sobre el encanto femenino con los nuevos ideales de orden, planificación y eficiencia. Al mismo tiempo, la vigilancia tradicionalmente mayor ejercida sobre las niñas francesas hacía del matrimonio una emancipación literal, un momento en el que por fin alcanzaban toda una variedad de libertades. En cambio, las hijas inglesas, en una sociedad más pudiente, eran más libres antes de casarse que sus congéneres francesas y veían el matrimonio como una restricción de algunas de las libertades de la niñez.

Sus contemporáneos señalaron a menudo esta diferencia. Max O'Rell, en *Les Filles de John Bull* (París: Lévy, 1884) comentaba: «La joven es la heroína de la sociedad inglesa. Libre y accesible, es más atractiva como mujer, pero quizá menos atractiva como futura esposa, que la tímida y dulce muchacha francesa. (…) Al casarse, la francesa gana libertad, la inglesa pierde la suya» (pp. 118 y ss.). En *Paris and the Parisiens in 1835,* 2 vols. (París: Galignani, 1836), Frances Trollope dijo más o menos lo mismo de la mujer francesa: «Todo ese encanto y esa fascinación extraordinarios que se atribuyen siempre y para siempre a la elegante

mujer francesa le pertenecen entera, única y totalmente después de convertirse en esposa» (1:232). Por supuesto, este ideal solo podía materializarse del todo en las capas superiores de la clase media. Era accesible para las más afortunadas del círculo de Marie Lafarge, no para gente como Euphémie Lacoste.

[63] *Mémoires,* 1:120-125.

[64] Por ejemplo, Karl Hillebrand, en su *France and the French in the Second Half of the Nineteenth Century* (Londres: Trübner, 1882), p. 33, afirmaba que la mujer francesa seguía reinando en el salón, en la familia e incluso en los comercios. Es cierto que su influencia en el salón y en los negocios en la época en que escribía Hillebrand había disminuido mucho, aunque seguía habiendo muchas esposas que regentaban pequeñas tiendas. En la época de Marie, las mujeres aún desempeñaban papeles muy activos en industrias de mayor envergadura (véase Zeldin, p. 66).

Resulta fascinante pensar en cómo imaginaba Marie su propio papel familiar en el futuro, como una combinación de domesticidad burguesa y elegancia aristocrática. Ella misma explica que, mientras su marido buscaba un préstamo para la fundición, «yo hacía castillos en el aire… Es decir, soñaba con viajar a París. Tardaríamos diez años en poner en marcha nuestros planes, o más bien en desarrollarlos por completo. Durante cada uno de esos años no iríamos a pasar más de un mes a París, pero en compensación mi marido me daría el dinero suficiente para crear una residencia encantadora dentro de nuestros viejos muros. Podría recibir a mis amigos y a mi familia; tendría una niñita, quizá incluso un niño al que criaría al estilo inglés, que aprendería alemán, inglés e italiano desde la cuna, etc. Después de estos diez años de ahorro sensato, contrataríamos a un buen gestor para el negocio y a un mayordomo y, entonces, pasaríamos seis meses al año en París y seis en Le Glandier. Viajaríamos; yo casaría a mi hija; mi hijo sería diplomático y el señor Lafarge, nombrado diputado, lograría al fin llevar una chispa de ilustración y civilización a Corrèze [el departamento]» (*Mémoires,* 2:145).

[65] Catherine Bodard Silver, «Salon, Foyer and Bureau: French Women in the Professions», en *Clio's Consciousness Raised: New Perspectives on the History of Women,* ed. Mary S. Hartman y Lois W. Banner (Nueva York: Harper & Row, 1974), p. 78.

[66] *Mémoires,* 2:94. También *Procès,* 2:402-411: «Estoy en Le Glandier —le decía a su tía—, lo que equivale a decir que estoy en el lugar más salvaje, el que es más parte de la naturaleza, el lugar más olvidado por la civilización» (p. 405).

[67] Celnart, p. 228.

[68] *Mémoires,* 2:103.

[69] *Procès,* 2:138.

[70] *Mémoires,* 2:92.

[71] *Ibid.,* p. 189.

[72] *Ibid.,* p. 99.

[73] *Ibid.*

[74] *Ibid.*

[75] *Ibid.*, p. 102.

[76] *Ibid.*, p. 179.

[77] *Procès,* 2:414.

[78] *Ibid.,* p. 76.

[79] Zeldin comenta: «La idealización de las mujeres puso una distancia aún mayor entre los hombres y ellas. El culto a su pureza las hacía inaccesibles» (p. 291).

[80] Véase Daniel Scott Smith, «Family Limitation, Sexual Control, and Domestic Feminism in Victorian America», en *Clio's Consciousness Raised: New Perspectives on the History of Women,* pp. 119-136.

[81] *Procès,* 2:437. Como escribió a su hermana: «Cuánto me gustaría tener yo también "el vientre redondeado"».

[82] *Ibid.*

[83] *Ibid.*

[84] *La Gazette des Tribunaux,* 13 de julio de 1844.

[85] *Ibid.*

[86] Fouquier, p. 17.

[87] *La Gazette des Tribunaux,* 13 de julio de 1844.

[88] *Ibid.*, 15 de julio de 1844.

[89] *Ibid.*, 13 de julio de 1844.

[90] Adeline Daumard (pp. 361 y ss.) señala que las mujeres de la *petite* [pequeña] y *moyenne* [mediana] burguesía tenían con frecuencia una educación mejor que sus maridos.

[91] *La Gazette des Tribunaux,* 14 de julio de 1844.

[92] *Ibid.*

[93] Código penal francés [1810], artículo 324.

[94] *La Gazette des Tribunaux,* 13 de julio de 1844.

[95] *Ibid.*

[96] Zeldin, p. 304.

[97] *La Gazette des Tribunaux,* 14 de julio de 1844.

[98] Shorter, pp. 77 y ss.

[99] Cit. en Zeldin, p. 304.

[100] *Ibid.*, p. 305.

[101] *La Gazette des Tribunaux,* 13 de julio de 1844.

[102] *Ibid.*, 14 de julio de 1844.

[103] *Ibid.*, 15 de julio de 1844.

[104] John H. Winslow, *Darwin's Victorian Malady* (Filadelfia: American Philosophical Society, 1971), cap. 4.

[105] *La Gazette des Tribunaux,* 15 de julio de 1844.

[106] Winslow, p. 35.

[107] *Ibid.*, esp. cap. 9, «"Fowler's Disease"—A Probable Victorian Malady».

[108] En una carta del 7 de junio de 1974, el Sr. Henri Polge, director de los Archivos departamentales de Gers, me informó de que, mientras reunía material para una emisión de la ORTF [Oficina de Radiodifusión y Televisión Francesa] sobre el caso Lacoste, encontraron «pruebas de que la señora Lacoste era completamente inocente y víctima de los chismosos. Lacoste compró en Toulouse (y no en Vic-Fezensac, donde la inepta policía buscó en aquel momento) los medicamentos a base de arsénico (…)».

[109] *Procès,* 2:417 y ss.

[110] *Ibid.*, p. 416.

[111] *Ibid.*, p. 418

[112] *Correspondance,* 2:61.

[113] *Mémoires,* 2:165 y ss.

[114] *L'Echo français,* 7 de septiembre de 1840.

[115] *Procès,* 2:131 y ss.

[116] *Ibid.*, pp. 212 y ss.

[117] *Ibid.*, pp. 53 y ss.

[118] En el juicio por el robo (*Procès,* 1:1-172), el elaborado relato de Marie se desmoronó poco a poco. Se demostró que Clavé había estado fuera del país, en Argelia y más tarde en México.

[119] *Procès,* 1:18. Marie le dice a su amiga: «¿Por qué seguir con esto, por qué no hacer caso a tu corazón y a tu conciencia? ¿Quieres tener que reprocharte mi muerte?». Marie advirtió que, ante el sacerdote, sus amigos y el mismísimo Cristo, declararía que moría víctima de la amiga que la traicionó (pp. 18 y ss.).

[120] *L'Echo français,* 5 de agosto de 1840.

[121] Raspail hizo públicas sus dudas respecto a los hallazgos de su rival Orfila y llamaba a Marie *la malheureuse calomniée* [la infeliz calumniada] (cit. en Saunders, p. 235).

[122] Sus últimos años se describen brevemente en Saunders, pp. 246-253.

[123] Saunders, p. 200. Después continuó escribiendo a Lachaud. En 1841 le decía: «Sentí la necesidad de compartir mi vida y se la confié sin ningún discernimiento. (…) Con él sufría constantemente, era infeliz por todo, no nos entendíamos, o nos entendíamos demasiado bien» (*Correspondance,* 1:245).

[124] *Correspondance,* 1:1-157.

[125] *Ibid.*, p. 118.

[126] André Gayot, «La Littérature de Mme. Lafarge», *La Nouvelle Revue,* 5 (enero-febrero de 1913): 18-30.

[127] *Ibid.*, p. 26.

[128] *La Phalange,* 9 de octubre de 1840, pp. 306-307. El artículo está firmado por Louis Blanc.

[129] Además hubo una avalancha de panfletos con títulos como *L'Innocence de Mme. Lafarge démontrée.* La prensa inglesa siguió el caso de cerca y, en general, se mostraba comprensiva. La *Edinburgh Review,* 75 (abril-julio de 1842): 359-396, dedicó un largo artículo a criticar los males del sistema judicial francés utilizando este caso como vehículo y refiriéndose a Marie como la «desafortunada prisionera». Se señalaba, y con razón, que el tribunal no logró separar lo bastante la cuestión de si el difunto murió o no a causa del arsénico de la cuestión de si el arsénico, en la cantidad que fuera, fue administrado por la señora Lafarge. El *Standard* (26 de septiembre de 1840) calificó el juicio de «burla desvergonzada de la justicia» y afirmaba que Lafarge había sido «un rufián de la peor calaña, que se

había casado con su desafortunada esposa con el único propósito de apoderarse de sus bienes y que había falseado su posición en la vida». El *Atlas* (3 de octubre de 1840) advirtió y compartió la simpatía casi universal por Marie en Francia e Inglaterra, pero reconocía que eran «el origen, la belleza y los logros» de la prisionera los que atraían estas simpatías, no su probada inocencia.

[130] *Procès,* 2:73 y ss.

[131] *La Gazette des Tribunaux,* 17 de julio de 1844.

[132] Fouquier, p. 6.

[133] *Correspondance,* 2:292.

2
La espera de las futuras esposas

Los casos de Madeleine Smith y Angélina Lemoine

Mientras las recién casadas de clase media lidiaban con las contradicciones entre la imagen que se habían formado de la vida conyugal y su realidad, las más jóvenes se enfrentaban a la creciente competencia del mercado matrimonial. La intensificación del debate público sobre el papel de las mujeres en el matrimonio y los omnipresentes argumentos románticos y nupciales de la literatura popular tuvieron el lógico efecto de absorber los pensamientos de las muchachas con el matrimonio y, para muchas, aumentar su ansiedad al respecto. A medida que el estilo de vida urbano ampliaba su círculo de conocidos varones y la nueva ficción popular las alentaba a pensar en matrimonios por amor, no es de extrañar que las jóvenes empezaran a mostrar signos de impaciencia con las prerrogativas que aún conservaban los padres en la elección de sus maridos. Algunas de ellas provocaban conflictos abiertos con sus familias; otras se limitaban a aprovechar el aumento de oportunidades para eludir el control parental.

Aun así, el nuevo espíritu de independencia entre las hijas de la clase media fue menos marcado en las primeras décadas del periodo que la conformidad con los elaborados rituales de un sistema de clasificación social mediante el matrimonio.[134] Enseñadas desde la infancia a creer que este era el único objetivo de su existencia, la gran mayoría de las jóvenes se veían obligadas a prepararse para ello pasando los años que transcurrían desde la adolescencia temprana hasta la mitad de la veintena en un ambiente en el que la información y la experiencia estaban mucho más restringidas que para sus hermanos. Si bien las hijas de las capas más adineradas de

la clase podían permitirse una consabida serie de pasatiempos, así como las limitadas libertades de los internados, todas eran conscientes de que esos años de espera eran críticos. Determinarían, después de todo, si los esfuerzos invertidos en fomentar los «talentos» femeninos y en proteger la virginidad —si no la absoluta inocencia sexual— se verían recompensados con la aparición de un candidato adecuado para el matrimonio. Y un candidato adecuado, como bien sabían las mujeres, era un hombre de un entorno social y religioso similar al suyo que tuviera a la vez buenos modales, una apariencia decente y, lo más importante, ingresos asegurados.

La mayoría de las jóvenes, en un principio, aceptaban esta fórmula y, al menos de cara al exterior, mostraban la esperada imagen pura y recatada. Sin embargo, con el sistema de vigilancia imperante, era obvio que el hecho de que una joven fuera «buena» antes de casarse podía tener poco que ver con su propia elección en el asunto. La autora de los manuales de consejos más populares de la época lo reconocía con cierta inquietud al dirigirse a las «hijas de Inglaterra» en la década de 1840: «Quizá están tan protegidas por sus padres y tan constreñidas por las normas domésticas que les parece más difícil hacer lo que sin duda está mal que lo que en general se acepta como correcto».[135]

Pese a las probabilidades, algunas hijas victorianas se lanzaron a lo que «sin duda estaba mal». En la desobediencia de las normas que regían los años de espera antes del matrimonio, unas cuantas jóvenes llegaron incluso, al parecer, a cometer crímenes. Dos de ellas fueron Madeleine Smith, hija de un acaudalado arquitecto de Glasgow, y Angélina Lemoine, hija de un abogado algo más modesto pero de prominencia local en la ciudad de Chinon, en el valle del Loira. En 1857, la señorita Smith, de veintiún años, fue acusada por el envenenamiento con arsénico de un encargado de envíos que, para asombro general, resultó haber sido no solo su prometido en secreto, sino también su amante.[136] Dos años más tarde, Angélina Lemoine, de dieciséis años, fue acusada de complicidad, junto con su madre, Victoire Lemoine, en la asfixia y posterior incineración de

su propio hijo recién nacido.[137] Al igual que el de Madeleine Smith, el caso Lemoine pronto captó la atención pública, no solo porque se suponía que madre e hija habían llevado a efecto un pacto de infanticidio hecho poco después de que Angélina confesara su embarazo, sino también porque el padre de la criatura muerta resultó ser el cochero de la familia.

Es poco probable que Angélina Lemoine y Madeleine Smith se hubieran complacido la una en compañía de la otra, pero tenían lo bastante en común como para haberse entendido. Ambas eran muy inteligentes y tenaces; ambas se aburrían y se impacientaban y a ambas les gustaban la literatura romántica y las intrigas. Madeleine, que creció en la floreciente e industrializada Glasgow y fue enviada a un internado, podría haber menospreciado a Angélina por ser una chica de campo educada en casa en una población que, a pesar de su ambiente en apariencia cosmopolita, en el fondo era una comunidad vinícola de granjeros y artesanos. Sin embargo, cuando las acciones de ambas jóvenes llamaron la atención de la prensa en sus respectivas capitales nacionales, las dos acusadas recibieron el calificativo de «provincianas», y no del todo inmerecido.

Los dos casos presentan muchos más paralelismos superficiales obvios. Ambas chicas tenían fama de coquetas; ambas, en su adolescencia, mantuvieron relaciones sexuales con hombres mayores que ellas y de una «posición social» inferior a la suya; ambas fueron al parecer las que dieron el primer paso en estas relaciones sexuales; ambas se veían a sí mismas como heroínas románticas en estas aventuras, y ambas, al darse cuenta de que no progresaban según lo previsto, participaron en hechos criminales para ponerles fin. Estas asombrosas similitudes podrían reflejar algo más que una coincidencia. Sugieren que las fantasías de las chicas de clase media, que en estos dos casos se llevaron a la realidad, incluían un conjunto compartido de elementos sorprendentes.

Explicar las similitudes, así como las diferencias, en el comportamiento de las dos jóvenes es arriesgado, pero en algunas cuestiones, al menos, los registros permiten hacer algunas

afirmaciones con bastante seguridad. Ojalá hubiera documentación igual de completa sobre la mayoría de las jóvenes cuyas vidas no tuvieron episodios tan dramáticos, pero cabe señalar, antes de comenzar el relato de sus historias, que en ambos casos esta exposición era evitable. Con un poco más de cuidado, las intrigas románticas e incluso los crímenes bien podrían haber escapado a la atención pública.

Madeleine Smith tenía diecisiete años en 1853 cuando salió del internado, cerca de Londres, y volvió a su casa, en Escocia; y diecinueve cuando conoció e inició una relación secreta con un pobre pero ambicioso joven de veintiséis años de Jersey, de ascendencia francesa, llamado Emile L'Angelier. A Emile lo habían enviado a Escocia en 1842 para adquirir experiencia de cara a dirigir la empresa semillera de su familia, pero decidió quedarse en Edimburgo, movido en parte por una relación amorosa. A finales de la década de 1840 pasó una larga temporada en París e incluso afirmaba haber servido brevemente en la Guardia Nacional que ayudó a aplastar la revolución en las sangrientas jornadas de junio de 1848. Sin embargo, al descubrir a su regreso que su pretendida se había cansado de esperarlo, Emile abandonó Edimburgo y acabó estableciéndose en Glasgow, donde en 1852 consiguió un puesto como encargado de envíos en una empresa mercantil.

En 1855 L'Angelier ya se había labrado una reputación de empleado trabajador y asiduo asistente a la iglesia, pero sus amigos lo describían como alguien inquieto e insatisfecho. Ganaba un mísero salario de cincuenta libras al año, buena parte del cual se gastaba al parecer en ropa elegante. Esto le permitía hacerse pasar por caballero en sus paseos por la ciudad, que constituían uno de sus escasos placeres. En uno de esos paseos tuvo ocasión de admirar a la señorita Smith, a quien se le permitía salir durante el día sin carabina en compañía de una hermana menor. Emile no tardó en averiguar la identidad de Madeleine, pero la diferencia de estatus entre ellos impedía que pudieran encontrarse en algún acto social. Lo mejor que Emile pudo organizar fue una presentación en la calle

por parte de un conocido común de su empresa.

Para deleite de L'Angelier, Madeleine Smith se mostró receptiva ante su buen aspecto y su aparente encanto continental. La atractiva joven de cabello oscuro aceptó una flor de su admirador y la pareja pronto estableció una correspondencia regular, valiéndose del servicio de los Smith y de una compasiva amiga de Emile como intermediarios de confianza. Emile guardó con celo las cartas de Madeleine; cuando las encontraron en su residencia después de su muerte, estas llevaron a su autora ante el Tribunal Superior de Justicia de Edimburgo.

Estas cartas, de las cuales más de sesenta se presentaron como prueba durante los nueve días que duró el juicio,[138] son la crónica de una relación que cautivó a un público victoriano con un apetito ya de por sí agudo por el crimen y las aventuras sexuales ilícitas en las altas esferas. Como documentos históricos, las cartas son igualmente fascinantes, no solo por las dudas que suscitan respecto a algunas opiniones heredadas sobre las creencias y el comportamiento victorianos, sino también por los enigmas que plantean sobre esta joven en concreto y sus percepciones de sí misma y de su sociedad. En el plano más obvio, relatan la creciente intimidad entre Madeleine y Emile, sus declarados planes de matrimonio, su primer encuentro sexual y, por último, la progresiva frialdad de Madeleine hacia su amante y sus infructuosos intentos de acabar con la aventura.

Aunque la parte de esta correspondencia atribuible a L'Angelier fue destruida casi en su totalidad por Madeleine,[139] sabemos que el joven descubrió por otras fuentes que su futura esposa había aceptado otra propuesta de matrimonio de un pretendiente con credenciales sociales superiores, un comerciante llamado William Minnoch que era socio de una próspera firma comercial y amigo del padre de Madeleine. Enfurecido por esta traición, Emile la amenazó con enseñar todas aquellas cartas a su padre y Madeleine, presa del pánico, le suplicó que se las devolviera. Poco después de estos acontecimientos, el 22 de marzo de 1857, Emile L'Angelier murió de

forma repentina; un examen *post mortem* apuntó a un envenenamiento por arsénico. Las cartas de Madeleine acabaron en manos de la policía, que luego descubrió que la joven había comprado hacía poco grandes cantidades de arsénico. El farmacéutico dijo que, según ella, lo quería para las ratas; la muchacha alegó que lo había utilizado como limpiador facial para el cutis. Madeleine Smith fue detenida y acusada de asesinato.

En uno de los juicios más sensacionalistas del siglo, la señorita Smith, cuya culpabilidad era más que probable, fue absuelta y el fallo se recibió con fuertes vítores en la sala. Es cierto que no quedó absolutamente libre de toda sospecha, ni siquiera en sentido jurídico. Aunque no podían juzgarla de nuevo por el crimen, el veredicto fue de absolución por falta de pruebas, propio de la justicia escocesa, que no comprometía al jurado con la inocencia de la acusada. Aun así, la simpatía por Madeleine fue abrumadora. Periódicos, panfletos, revistas jurídicas e incluso publicaciones religiosas mantuvieron con firmeza su inocencia o bien la defendieron por vengarse justamente de un depravado seductor cazafortunas.[140] Todo el mundo, o casi todo el mundo, parecía querer creer la historia de Madeleine.

Angélina Lemoine también fue absuelta de su presunta participación en un asesinato, aunque en su caso la víctima no fue su amante, sino el hijo fruto de su relación. Nacida en Chinon en 1843, Angélina tenía siete años en 1850 cuando sus padres se separaron legalmente. Ella se quedó en Chinon con su madre y un hermano mayor y su padre trasladó su bufete a París. Los antecedentes de la trágica aventura de Angélina comienzan en la primavera de 1856, antes de su decimotercer cumpleaños, cuando su madre contrató a un nuevo cochero llamado Jean Fétis.

Lo poco que se sabe de él sugiere que Fétis, de veinticinco años, y al igual que L'Angelier, era un joven inquieto y ambicioso, pero con menos recursos aún que su homólogo. También como L'Angelier, Fétis había perdido a su padre, un pequeño agricultor, cuando apenas era un muchacho y había ayudado a su madre a mantenerse

hasta la muerte de esta en 1854. Entonces se trasladó a Chinon para vivir y trabajar con su hermano, que tenía allí un pequeño negocio de fabricación de cerillas. Sin embargo, parece que Jean no se llevaba bien con su cuñada y pronto decidió entrar en el servicio doméstico. Según él, lo despidieron de uno de sus empleos al cabo de nueve meses, en teoría por su incapacidad para encender un fuego en condiciones, y permaneció solo dos meses en su siguiente casa porque el trabajo le parecía demasiado duro. El puesto que ocupó entonces con la señora Lemoine pareció encajarle mejor al principio, pero pronto se quejó a su hermano de que la joven señorita Lemoine se divertía burlándose de él y atormentándolo, de que le pellizcaba, le tiraba del pelo y a menudo lo empujaba cuando estaba quitando las malas hierbas en el jardín. En el verano de 1858, estos «juegos» se habían vuelto abiertamente sexuales y, en noviembre, Angélina, con quince años, supo que estaba embarazada.

A finales de enero de 1859, Jean Fétis afrontó por fin la cuestión del estado de su hija con la señora Lemoine y le anunció su deseo de casarse. Lo expulsaron de inmediato de la casa y, a pesar de sus esfuerzos, nunca consiguió volver a ver a Angélina a solas. La señora Lemoine, entretanto, se dedicó a dar a la joven algunas lecciones tardías sobre el deber de una hija de obedecer los códigos sociales.

Según el relato de la señora Lemoine sobre los acontecimientos posteriores, el embarazo de su hija era un hecho, pero ella insistía en que fue el resultado de un único acto de violación. La señora Lemoine tachó de ridículas las acusaciones de los vecinos, que declararon en calidad de testigos oculares que esta había intentado provocarle un aborto forzando a su hija a rodar colina abajo y a montar en burro. Negó también la aseveración de que Angélina estuviera embarazada desde noviembre de 1858 y sostenía, en cambio, que el estado de su hija databa de al menos un mes después. Para apoyar su afirmación, señaló que Angélina nunca había llevado otra ropa que no fuera la habitual, que había salido a la calle prácticamente todos los días y que su figura apenas había

ensanchado hasta casi el final. Así pues, lo que ocurrió en agosto de 1859, según la señora Lemoine, no fue en absoluto un «parto», sino un aborto espontáneo. Según sus palabras, «salió todo de golpe», sin secundinas. La criatura era diminuta, no estaba físicamente desarrollada y —lo más importante— estaba muerta.

Poco después del suceso, las autoridades recibieron dos acusaciones anónimas de infanticidio, lo que obligó a la señora Lemoine a presentar una denuncia formal contra los autores y a someterse a una indagación sobre la veracidad de los cargos. Reconoció que, para proteger el honor de Angélina, había mantenido el embarazo en secreto y, después, había quemado el diminuto cadáver, pero argumentó que solo había cumplido con su deber: «Hice lo que cualquier madre habría hecho en mi lugar».[141] El tribunal, tal y como se dieron las cosas, no estuvo de acuerdo. Basándose en las declaraciones obtenidas de Angélina y de su amante durante los extensos interrogatorios previos, gran parte de las cuales nunca salieron a la luz en el propio juicio, el tribunal consideró justificadamente que la señora Lemoine mentía. La postura adoptada fue que Angélina era culpable de complicidad en el asesinato, pero que sus actos eran excusables por haber sido coaccionada. Angélina Lemoine fue absuelta el 11 de diciembre de 1859 y su madre fue declarada culpable con circunstancias atenuantes y condenada a cumplir veinte años de prisión.

El veredicto se recibió con entusiasmo en Chinon, donde se condenaba a la señora Lemoine y se compadecía a Angélina. No obstante, a la población local no le molestaba el despiadado deseo de Victoire Lemoine de preservar su reputación a cualquier precio, incluso con el asesinato, sino sus supuestas convicciones volterianas, que se hubiera separado de su marido y, sobre todo, su «fracaso» como madre. Fétis, por su parte, se libró en la región de los calificativos de seductor y canalla que había recibido Emile, aunque en París, por razones que quedarán claras, la opinión pública reaccionó mostrando antipatía hacia el cochero y compasión por la señora Lemoine precisamente por los mismos motivos.

La debilidad popular tanto por Angélina Lemoine como por Madeleine Smith no carecía por completo de fundamento. Había cierta justicia en la opinión de que Angélina había sido coaccionada por su madre e incluso en creer que Madeleine, aunque actuó sola, lo hizo arrastrada por terrores casi incontenibles. Sin embargo, había indicios de sobra para demostrar que estas dos jóvenes no habían sido ni ilusas ni inocentes y que muchas de sus acciones fueron tanto conscientes como calculadas. La mayor parte de la opinión pública, en cambio, los ignoró, ya que las mujeres jóvenes, al menos las de clase respetable, eran por definición «no responsables». Después de todo, a los caballeros se les enseñaba que una joven dama no tenía la culpa de nada y, aunque esta noción podía despojar a las mujeres de su identidad humana, también podía resultarles útil en tiempos difíciles. De hecho, la irresponsabilidad era una especie de compensación por la relativa ignorancia en la cual se las mantenía. Y tanto Madeleine como Angélina aprendieron a aprovecharse de ello.

Al principio de sus respectivas aventuras, no obstante, ambas jóvenes estaban en apariencia ansiosas por asumir la responsabilidad de su comportamiento e incluso parecían decididas a hacer de ese comportamiento algo escandaloso. Angélina, al cumplir los quince años, se jactó ante su madre y los criados de que, ahora que había llegado a la edad legal para contraer matrimonio, podría casarse en cuanto encontrara un amante. Madeleine, deleitándose en la decisión de mantener con Emile una correspondencia no autorizada por sus padres, le confió: «Sé por experiencia que el mundo no es indulgente en sus observaciones. Pero no me importan los comentarios del mundo mientras mi propio corazón me diga que no estoy haciendo nada malo».[142]

Ni Angélina ni Madeleine, al final, mantuvieron la bravuconería ni el comportamiento que sugieren estos comentarios y su reputación como cruzadas contra los restrictivos códigos sociales es inmerecida.[143] El verdadero problema para entenderlas es determinar cómo estas jóvenes, cuyas circunstancias eran típicas en muchos

aspectos, tomaron la decisión inicial de establecer estas relaciones. Una relación sexual con un hombre de clase social inferior, y con la intención declarada de casarse, parece el acto de rebeldía definitivo para una joven de clase media. Sin embargo, en la limitada serie de experiencias que les tocó en suerte, tanto Madeleine como Angélina hallaron elementos que hicieron que sus actos se desarrollaran de forma casi natural.

Su educación, de diferentes maneras, contribuyó a sus decisiones. A Madeleine, con catorce años, la enviaron a la Academia para señoritas de la Sra. Gorton, cerca de Londres, un establecimiento similar a los cientos de «escuelas de etiqueta» para jovencitas que habían surgido desde finales del siglo XVIII para satisfacer las demandas de las clases medias que buscaban estatus. Su programa (llamarlo plan de estudios sería demasiado generoso) consistía en una rutina diaria de oraciones, clases y prácticas de piano, excursiones a pie, debates sobre temas de actualidad, labores de aguja y, lo más importante, conducta. La compañía de los varones estaba prohibida, salvo por el clero de la capilla local de St. James. Se hacía hincapié en la religión: los domingos se dedicaban por entero a los servicios y a las actividades relacionadas con la iglesia. También se organizaban salidas especiales ocasionales; durante la estancia de Madeleine, las diecisiete alumnas tuvieron el privilegio de asistir a la Gran Exposición y al funeral de Wellington.

El comportamiento de Madeleine en la academia no la distinguía en absoluto de sus compañeras. La señora Gorton sí señaló que era «diligente, atenta y sumamente brillante», pero, fiel a su responsabilidad como guardiana moral, la directora añadió que Madeleine «podía ser de lo más provocadora» y que era «dada a tercos enfurruñamientos que nos alarmaban sobremanera».[144] Al parecer, los Smith estaban lo bastante satisfechos con la «educación» de Madeleine como para enviar también allí a su segunda hija, Bessie.

La mísera calidad de la educación en estos establecimientos, así como su desafortunada influencia moral, fueron temas cada vez más

debatidos en las décadas victorianas. En una investigación «sobre el estado de las escuelas femeninas de moda»,[145] publicada no mucho antes de la estancia de Madeleine en la academia de la señora Gorton, la revista *Fraser's Magazine* condenaba tanto los motivos mercenarios como la deplorable preparación en la «elegante feminidad» tan característicos de estas instituciones. Y lo que es más importante, se quejaba de que solo una lección se trasladaba en todo momento a las internas de las academias de moda para señoritas, que se estaban preparando para la competición cada vez más reñida en el mercado matrimonial: «Las niñas aprenden a codiciar el espectáculo y la pompa y, como las mujeres rara vez pueden adquirirlos por sí mismas, se les enseña a considerar el matrimonio como el medio de hacer fortuna».[146]

La *Fraser's Magazine* también denunció una característica menos conocida de estos internados de moda: el sistema de conspiraciones que al parecer impregnaba su rutina diaria.

> El disimulo y el engaño prevalecen en los internados femeninos hasta un punto que a los no iniciados les costaría dar crédito. Mucho de lo que allí ocurre nunca se cuenta, por pura vergüenza: las niñas tienen miedo a confesar que han sido cómplices o se echan atrás ante la posibilidad de que alguien crea que se han ido de la lengua, por decirlo llanamente. Muchas maestras tienen por norma leer todas las cartas que se escriben o se reciben: con ese esquema, las niñas quedan a su merced. (…) Esto lleva a la connivencia entre las alumnas y el servicio, un resultado cuajado de perjuicios: induce a la marrullería y a las estratagemas para eludir la norma y en muchos casos debilita el vínculo entre las niñas y su hogar.[147]

No se sabe si la señora Gorton o alguien de su personal leía las cartas de las alumnas, pero la práctica era bastante habitual. Las quejas sobre este sistema de espionaje se hicieron notar a lo largo del siglo, tanto en los escritos reformistas sobre educación como en las memorias de muchas mujeres que sobrevivieron a ello.

La generalización de esta especie de estado semipolicial en los internados y el recurso natural al secretismo por parte de las

alumnas apenas hacen necesario postular ninguna astucia particularmente desarrollada en Madeleine. Sus cartas sin duda demuestran un patrón de engaños sostenido, aunque a menudo transparente; de hecho, puede que más de lo que se ha pensado hasta ahora. Además, fue capaz de concertar sus encuentros con L'Angelier chantajeando a una criada, que a su vez recibía a su propio prometido en casa de los Smith a deshora. Puede que sus escandalizados contemporáneos se refiriesen a una «eficacia en el engaño y el disimulo raramente igualada en alguien que apenas ha visto veinte veranos»,[148] pero parece más probable que Madeleine empleara técnicas perfeccionadas en la escuela y que eran familiares para muchas jóvenes de su clase.

La educación formal de Angélina Lemoine tuvo lugar en el entorno más limitado de su hogar, pero en esto su experiencia reflejaba la de muchas de sus iguales en Francia, donde la educación en casa era más común que en Inglaterra. A Angélina, por tanto, se le negaron los placeres de desarrollar estas habilidades en pequeñas intrigas con compañeras de su edad. Su instrucción llegaba importada diariamente en las figuras de maestros de música y profesores de historia, lengua y literatura. Su madre, que según parece puso más interés de lo habitual en la educación de Angélina, contrataba a los profesores de la escuela secundaria local de Chinon. Estos hombres elogiaban a su alumna por su mente rápida y abierta y por lo que consideraban un desarrollo intelectual aparentemente precoz, aunque dos de ellos sospechaban que carecía de sentimiento e imaginación. Uno incluso tildó su tono habitual de «frío y seco».[149] Dado que varios otros testigos hablaron del carácter de Angélina como vivaz y extrovertido, su actitud fría durante las lecciones sugiere el desapego y el aburrimiento que eran comunes entre las jóvenes sometidas a un monótono aprendizaje memorístico.

El padre de Angélina, como muchos progenitores, expresó su preocupación por que su hija pudiera sentirse tentada a complementar estas lecciones autorizadas con la «peligrosa» ficción romántica de la época. Le escribió desde París poco antes de su

decimosexto cumpleaños para felicitarla por sus progresos educativos y para esbozar sus propias ideas sobre la educación femenina:

> (…) pero no debes olvidar algo fundamental en la educación de una muchacha: el conocimiento de la historia, que enseña a comprender a los hombres y los acontecimientos que pueden ornamentar la memoria y proporcionar un sustento esencial a la conversación de una joven; te animo, pues, a que leas historia, y a que leas mucha, tanto antigua como moderna: es la lectura más fructífera que puedes hacer; también puedes —y esto es lo más interesante— leer literatura de viajes, hasta el momento en que puedas visitar otros lugares por ti misma, pero sobre todo no leas esos productos de la imaginación de nuestros supuestos hombres de letras modernos, esos novelistas, cuyas obras no dejan nada ni en el corazón ni en la memoria; intenta aplicarte en las tareas domésticas, pues aunque solo lo haga de vez en cuando, una mujer necesita saber cómo se hace todo lo que constituye la buena organización de un hogar; en cualquier situación en que se encuentre una mujer, estos conocimientos le son indispensables.[150]

Angélina hojeó obediente una historia de Francia y un volumen ilustrado sobre la Turena, pero un consejo tan cruelmente edificante era difícil de seguir. Además, había llegado demasiado tarde.

Madeleine Smith también era consciente de que la historia y las labores domésticas eran materias aprobadas de manera oficial, seleccionadas con el objetivo de prepararla para servir a su futuro marido tanto en sus funciones decorativas como prácticas. Sin embargo, lejos de seguir el precepto de cultivar estas habilidades para su uso posterior, Madeleine, y también Angélina, ansiaban algo más inmediato. Ambas crearon para sí mismas papeles dramáticos que preservaban las nociones aceptadas sobre la esposa bien educada, pero cada una rehízo el paradigma para que sirviera a sus propósitos y para justificar un comportamiento que de otro modo sería inaceptable.

En sus cartas a Emile, Madeleine se pintaba a sí misma como la futura esposa de educación ideal. A menudo agasajaba a su amante

con comentarios sobre sus sesudas lecturas de las historias de Gibbon, Hume y Macaulay, aunque no decía casi nada sustancioso sobre ninguna de ellas. También anunciaba de un modo solemne su intención de abandonar a Byron, que representaba, lo sabía, todo lo que era malsano e impuro. Además, Madeleine hizo creer a Emile que se estaba preparando para su matrimonio dirigiendo ella sola el hogar de la familia. En lo que revela una probable familiaridad con la reciente literatura popular para mujeres sobre la gestión ahorrativa del hogar, Madeleine declaró en una carta a su intermediaria:

> Mi querida amiga, será un empeño constante para mí practicar el ahorro por el bien de Emile. Le propuse alquilar habitaciones porque pensé que sería menos costoso que una casa y, si bien es posible que este alojamiento nos resulte un poco incómodo, solo deberemos aguantar un tiempo. Después los ingresos de Emile aumentarán. Estoy segura de que nos irá muy bien… con ahorro. Me he hecho cargo de la casa de mi madre durante los dos últimos años.[151]

Madeleine exagera aquí la ayuda ocasional que prestaba; tampoco menciona que su casa contaba con media docena de sirvientes.

Dado que los logros de la educación tanto formal como informal se veían solo como escalones hacia el objetivo más importante que era casarse, no es de extrañar que la formación de Angélina y Madeleine, al igual que la de sus compañeras, sirviera únicamente para centrar más su atención en el matrimonio. Todas, en sentido real, competían por conseguir un buen partido y era inevitable que la consciencia de esta competencia generara tensiones. Algunas jóvenes, entre ellas Madeleine y Angélina, buscaron al parecer un alivio inmediato a esta ansiedad creándose un «marido». Y las dos empezaron con los únicos medios que tenían disponibles: la literatura romántica, el coqueteo y el subterfugio. Sin embargo, la relativa ventaja de Madeleine no tardó en hacerse evidente.

La situación de la señorita Smith era la del regreso a la vida familiar después de tres años de internado. Por muy estricta que hubiera sido esa vida, al menos le había proporcionado las

diversiones de un grupo de iguales y la oportunidad de tener una identidad al margen de su familia.[152] Ahora, de vuelta bajo el techo paterno para pasar el acostumbrado periodo final de espera antes del matrimonio, Madeleine estaba ociosa e inquieta, un estado de cosas nada infrecuente. De hecho, en Inglaterra, la engorrosa situación de las muchachas que acababan de superar la edad escolar pero aún eran demasiado jóvenes para el matrimonio se discutía con frecuencia entre educadores y moralistas, y entre las propias jóvenes. Irónicamente, mientras Madeleine estaba en prisión en espera de juicio por el asesinato del hombre que había aligerado su aburrimiento, una de sus revistas favoritas comentaba la triste tesitura de la joven recién salida de la escuela con «abundancia de tiempo y nada en qué ocuparlo; dinero de sobra que le sirve de poco; voluntad infinita, pero ni un solo objeto de claro interés donde emplearla».[153] Esta joven, decía el artículo, al principio está llena de ideas románticas; luego, desilusionada, se vuelve hacia el matrimonio, «el matrimonio en abstracto: no hacia *el* hombre, sino hacia cualquier hombre, cualquier persona que la saque de la monotonía de su existencia y le dé algo por lo que vivir; en resumen, algo que hacer».[154] Para Madeleine el esquema fue un tanto diferente, pero todos los elementos estaban ahí.

No todas las jóvenes de clase media, por supuesto, disfrutaban de los pros y los contras de la ociosidad. Sin embargo, la gran mayoría de las que no tenían que mantenerse por sí mismas y que podían albergar la razonable esperanza de casarse no habrían pensado siquiera en forjarse una carrera, y Madeleine no era una excepción. Aun así, incluso algunas de esta mayoría de jovencitas que se conformaban con quedarse en casa mostraban signos de descontento y consideraban su suerte adversa en comparación con la de sus hermanos, más afortunados. Un sitio donde quedó registrada esta insatisfacción fue en las secciones de cartas y consejos de las nuevas revistas femeninas y familiares. Ahí, una joven con iniciativa se expresaba de la siguiente manera:

> Pertenecemos a la feliz clase media, cuyos hombres son comerciantes o profesionales, mientras que las mujeres no necesitan trabajar para vivir, sino que son, como dicen los caballeros, «señoritas sin nada que hacer salvo divertirse». Ahora bien, me gustaría recordar que no se nos ofrece ninguna alternativa en este asunto: los hombres de las clases medias no quieren que sus mujeres trabajen por dinero, así que no tenemos otra opción que, como hemos nacido o nos han educado para ser damas, vivir como tales. Pregunten a nuestros hermanos si se cambiarían por nosotras, si aceptarían nuestra «feliz ociosidad» y nuestra asignación para gastos personales; a ver si consiguen que alguno acceda, tan venturosas como dicen que somos. Y luego pregunten a un número similar de muchachas si aceptarían de buen grado el esfuerzo y las preocupaciones de una vida de negocios, con sus posibilidades de ganar dinero. Les aseguro que encontrarían dispuestas a muchas que ahora se consumen en el monótono círculo de las ocupaciones del hogar: una ociosidad ocupada y un empleo no remunerado. Pero que nadie piense que pretendo abogar por que las mujeres entren en el mundo de los negocios cuando puede evitarsse (…).[155]

Esta joven continuaba sugiriendo que se remunerase a las muchachas solteras de una casa por su trabajo en el hogar. «El sano estímulo de la ganancia, que es el resorte principal de la mayoría de los trabajos del hombre, no podría sino beneficiar también a las mujeres».[156]

Madeleine Smith no se preocupaba ni de buscar empleo fuera ni de luchar por la remuneración de sus servicios en el hogar, pero los mismos síntomas que impulsaban a sus hermanas más excepcionales a hacer aquello la impulsaban a ella a buscar la salida más habitual con el coqueteo romántico. Sus oportunidades para el placer sin supervisión eran escasas, pero incluían los paseos diarios. No se sabe si Madeleine alentó a su desconocido admirador a buscar la oportunidad de que los presentaran, pero es evidente que a partir de entonces recibió de buen grado sus atenciones. Poco le importaba que en realidad L'Angelier fuera más bien aburrido, vanidoso y algo mojigato. Pronto le confió: «Antes solía decir que había tres cosas que me gustaría hacer. La primera, huir; la

segunda, casarme con un francés, y la tercera, que no me casaría con ningún hombre a menos que tuviera bigote, y el suyo es muy bonito».[157] Madeleine llenaba sus cartas con todos los tópicos románticos y sentimentales de la época. Citaba tiernos poemitas, le decía a Emile que llevaba las suyas junto al corazón y le negaba con coquetería un mechón de pelo alegando cumplir una promesa hecha a alguien que «ahora está en la fría tumba… Y una promesa a los muertos es sagrada».[158]

En este tipo de coqueteo, al menos, Madeleine era una de muchas. Las revistas femeninas de la década de 1850 hablaban con creciente inquietud de la nueva generación de «jovencitas disipadas».[159] Esta «disipación» abarcaba una amplia gama de comportamientos, pero en general se refería a una mujer que se consideraba descarada, asertiva y coqueta. Al igual que la «chica moderna» de los sesenta, la joven «disipada» de los cincuenta era una caricatura, pero reflejaba la realidad de una clase media-alta cada vez más pudiente capaz de mantener bien a sus hijas y crear así un grupo distinguible de jóvenes ociosas en busca de entretenimiento.

Madeleine Smith admitió ante Emile que una vez había sido algo «disipada», pero, tras aceptar casarse con él, fingía ser una severa juez de su aún descarriada hermana.

> Haré todo lo que pueda para evitar que mi hermana sea una muchachita disipada; por desgracia, Emile, eso fue lo que nos puso en un lugar tan comprometido en lo que se refiere a los hombres. En cierta época intentábamos hacernos notar y nos gustaba que los caballeros hablaran de nosotras. B[essie] y yo lo conseguimos y le aseguro que ahora lo lamento; nunca hice otra cosa que coquetear, pero me arrepiento profundamente. Lloro al pensar en mi insensatez, mi debilidad y mi ligereza.[160]

Al criticar su propia coquetería, Madeleine, como de costumbre, estaba repitiendo de un modo afectado los típicos reproches de las revistas femeninas. Puede que fuera «disipada», pero también atendía a las advertencias de estas publicaciones. En ambos

aspectos, era cualquier cosa menos singular.

Angélina Lemoine, al embarcarse en la literatura prohibida y los jueguecitos del coqueteo, se enfrentaba a una situación con unas reglas de partida bastante diferentes. Y, lo que es más importante, sus experiencias y su propio espacio físico estaban muchísimo más limitados en comparación incluso con el mundo relativamente restringido que habitaba Madeleine. La diminuta comunidad de Chinon ofrecía pocas distracciones a los paseantes diarios que deseaban «ver y ser vistos» y era poco probable que apareciese algún guapo y misterioso desconocido con cierta regularidad. Madeleine gozaba de las más variadas oportunidades de entretenimiento que ofrecía Glasgow, como el teatro, la ópera y los conciertos, y también iba con frecuencia a Edimburgo e incluso a Londres. La única relación directa de Angélina con un centro urbano más grande eran las esporádicas visitas para comprar en la cercana Tours, pero como iba siempre acompañada por su madre, no había tenido la oportunidad de explorar por su cuenta. No hay indicios en las extensas declaraciones de que Angélina visitara alguna vez París, aunque cuando su padre pensó en recuperar la custodia de sus hijos, intentó tentarla con la perspectiva de un colegio de monjas en la capital.[161] Los únicos grandes acontecimientos sociales que Angélina podía esperar con impaciencia eran los bailes del alcalde y del prefecto en Tours.

A diferencia de Madeleine, que tenía numerosas amistades y a la que incluso se le permitía hacer visitas prolongadas a algunas compañeras de colegio que vivían fuera de Glasgow, Angélina no parece haber tenido amigas íntimas de su edad. Uno de los vecinos del lugar interrogados en el juicio comentó en tono desaprobatorio que la señorita Lemoine charlaba a menudo con las *grisettes* locales, modistillas que trabajaban en las boutiques próximas a su casa. Esta parece haber sido su única oportunidad de socializar con mujeres jóvenes. Casi todos los demás conocidos de la muchacha eran adultos: amigos de su madre y de su padre, algunos artesanos que tenían tiendas cerca de su casa, sus profesores y los criados. Las

únicas personas de su edad a las que veía con cierta frecuencia eran parientes, primos hermanos que vivían cerca. Es posible que la separación de la señora Lemoine de su marido predispusiera a algunas de las familias burguesas locales en contra de los Lemoine, pero esta situación no sería extraordinaria. Siempre se dijo que los hijos de padres burgueses franceses estaban más limitados al círculo familiar que sus homólogos ingleses, incluso en ciudades más grandes donde las oportunidades de relacionarse eran mayores.[162]

Aun con unas posibilidades así de restringidas, Angélina se las arregló para ganarse una reputación de conducta relajada para los estándares locales. Por supuesto, los testigos que declararon sobre su pasado lo hacían a sabiendas de su posterior embarazo y su testimonio también parece haber sido exagerado por la acusación. Aun así, entre estos testigos había personas que veían a Angélina con frecuencia, incluidos vecinos como el sastre y el cerrajero. Este último, por ejemplo, admitió que la señorita Lemoine le divertía, aunque le resultaba una joven bastante extraña. Contó que, por las mañanas, mientras se calentaban las fraguas, a menudo se acercaba a la sastrería, situada en una propiedad alquilada a la señora Lemoine, donde Angélina solía ir a pasar el rato con la mujer del sastre. Allí mantenía conversaciones que el cerrajero describió como «más que singulares para una muchacha de su edad y posición».[163] No obstante, añadió que disfrutaba bromeando con ella, sobre todo cuando pasaban por allí hombres jóvenes y la señorita Lemoine hacía comentarios impertinentes sobre ellos.[164] Le encantaban los cotilleos, dijo este testigo, y era muy dada a especular sobre cuál de las chicas del lugar podría estar embarazada.

El mismo cerrajero afirmó que, ya un tiempo antes del asunto de Fétis, Angélina se había «desarrollado plenamente» como mujer y era muy consciente de sus encantos. Mencionó una ocasión, durante una procesión del Corpus, en la que Angélina se había asomado al balcón para saludar a dos jóvenes desconocidos que pasaban por allí y dejó ver sus generosos pechos. Al parecer, los jóvenes empezaron a silbar y le hicieron señas para que bajara y, aunque admitió que no

lo hizo, el cerrajero manifestó deplorar el evidente placer de la muchacha por el incidente.[165] Sin embargo, sus oportunidades de coquetear, incluso de un modo tan anodino, eran raras y Angélina, mucho más que Madeleine, se vio obligada a recurrir a la experiencia vicaria a través de la literatura.

Durante el proceso, el juez que presidía el tribunal, deseoso de dejar clara una deplorable educación moral de la joven, subrayó que numerosos testigos habían declarado que la señorita Lemoine a menudo se quedaba sola, que su madre no solía estar presente como carabina durante sus clases y que su educación religiosa estaba tristemente descuidada. No obstante, lo más condenatorio, a sus ojos, era la influencia de la literatura «perniciosa» que dejaban leer a Angélina y sobre eso la interrogó con gran detenimiento.[166] La joven le contó que, durante varios años, había leído de forma regular las novelas por entregas de los periódicos de su madre, al principio ojeándolas furtivamente mientras la señora Lemoine leía el resto del diario y más tarde sin disimulo. También dijo haber leído muchas otras novelas, entre ellas las de George Sand y un libro titulado *Las confesiones de Marion Delorme,* la famosa cortesana del siglo XVII que luego protagonizó la polémica obra de Hugo. Afirmó leer estas novelas en secreto, pero es posible que lo dijera para evitar a su madre un mayor oprobio por parte del tribunal. Lo que no aclaró fue si estas obras se las procuraban las muchachas de la zona que conocía en las tiendas o los criados o la mujer del sastre, pero era razonable afirmar que aquellos libros hacían algo más que alimentar su fantasía. En una frase reveladora, Angélina se referiría a su embarazo como «la única forma de completar mi novela».[167]

La combinación que presentaba Angélina era explosiva: un desarrollo mental y físico precoz, una experiencia limitada y una imaginación repleta de aventuras románticas de mujeres que luchan por encontrar el amor y trascender las barreras sociales. Aun así, para ella, y también para Madeleine, había un salto considerable desde la fantasía de escape compartida con muchas de sus coetáneas a la realidad de las relaciones sexuales y los planes de

boda con oficinistas y cocheros. Al dar ese salto, ambas jóvenes tuvieron que considerar la actitud que adoptarían frente a sus adversarios potenciales más importantes: sus padres. De cara a sus amantes, Angélina y sobre todo Madeleine declararon mantener un abierto desafío hacia ellos; sin embargo, las dos demostrarían cuánto les importaba en última instancia la aprobación de sus progenitores. Además, en su elección de un amante, cada una de ellas, de manera consciente o inconsciente, parece haberse visto influida por incidentes de la historia familiar que en un principio optaron por ver como una especie de beneplácito para su comportamiento.

La información sobre las relaciones paternofiliales en ambos casos es limitada, sobre todo en el de Madeleine, ya que los mayores de los Smith no prestaron testimonio público y las declaraciones de otros testigos ofrecen pocas pistas. Aparte de las acciones de Madeleine, la única guía es su colorista y a menudo poco fiable correspondencia, pero la imagen que emerge de ella es la nada novedosa de un padre estricto aunque cariñoso y una madre pusilánime y medio inválida. Al parecer, el señor Smith presidía las oraciones familiares semanales, que incluían a los criados, disfrutaba haciendo regalos a su familia, de vez en cuando obligaba a Madeleine a leerle el periódico y le divertía muchísimo el precoz talento de su hijo menor para decir palabrotas. Más significativo era el hecho de que se distraía con frecuencia y a menudo se ausentaba de casa: «Aparecer de mal humor no tiene ningún efecto con papá[,] nunca se da cuenta. Lo vemos muy poco, solo por la tarde —ni un día lo he visto por la mañana en todo el verano—: él se va a las ocho y yo no me levanto hasta las nueve».[168] Es obvio que Madeleine veneraba y temía a este padre distante, pues siempre se retrata cumpliendo su voluntad de diversas maneras: leyendo libros, dando paseos, recibiendo visitas… todo a instancia suya.

De su otra progenitora, Madeleine solo dice: «Mi madre es muy buena, pero no puedes hacer de ella una confidente. No podría abrirle mi corazón».[169] La única otra información aparentemente

fiable sobre la señora Smith es que sufría migrañas y estaba indispuesta con frecuencia, pero esto puede referirse al menos tanto a su estado psicológico como físico. Su reacción al enterarse de la posible implicación de su hija en la muerte de L'Angelier fue, una vez más, meterse en cama. En conjunto, la señora Smith aparece como una figura sombría en segundo plano, dominada por su marido y superada por sus cinco hijos.

En diciembre de 1855, Madeleine resumió para Emile sus sentimientos hacia su familia.

> El amor que siento por mi familia es un amor natural —los quiero porque han sido buenos conmigo—, pero debo confesar que los temo: no podría confiar en Padre, Hermano, Madre, Hermana [nótese el orden en el que los menciona]. Supongo que son los padres más indulgentes… y aun así hay un temor reverencial que no debería estar ahí.[170]

Madeleine tenía razones convincentes e interesadas para subrayar la imposibilidad de confiar en sus padres, pero el temor del que habla era bastante genuino y muy típico.

Un elemento atípico de su historia familiar que pudo haber pesado en los cálculos de Madeleine fue el ejemplo de su madre, que, hija de un arquitecto rico y respetado, se había casado con alguien de una posición inferior. James Smith era hijo de un simple labrador arrendatario y apenas más que un joven y prometedor constructor cuando conoció a Elizabeth Hamilton. Puede que Madeleine Hamilton Smith viera algo de su padre en Emile, pero, en cualquier caso, la elección de un oficinista pobre fue menos extraordinaria de lo que podría parecer. Era una elección natural para alguien con la cabeza llena de historias románticas en las que el amor triunfaba sobre las diferencias de rango y fortuna. Incluso las revistas femeninas más respetables predicaban de manera habitual la sabiduría de las consideraciones afectivas por encima de la fortuna en la búsqueda de pareja[171] y Madeleine repetía como un loro los tópicos de uso corriente: «La riqueza es la pasión dominante. El amor es una

consideración secundaria allí donde debería ser la primera, la más importante».[172] En su papel de heroína abnegada, le anunció a su intermediaria:

> Se esperaba que me casara con un hombre con dinero, pero [¿]no está mi felicidad por delante de todas las fortunas[?]. Al casarme con Emile, tomo al hombre que amo. Sé que todas mis amistades me abandonarán, pero eso no me importa. Mientras tenga el afecto de Emile, estaré contenta.[173]

Quizá hubiera otra razón para que Madeleine eligiese a un oficinista pobre como amante y futuro esposo, y puede que fuera la más convincente. A pesar de sus afirmaciones en sentido contrario, se puede argumentar que su única intención era la de tener una aventura secreta y, para eso, un oficinista desconocido al que pudiese mantener oculto y cuyo mundo nunca se cruzaría con el de sus padres era el candidato ideal. Los fascinados comentaristas, en su afán por retratar a una joven que rompía las reglas sociales, no repararon en lo obvio: el hecho de que Madeleine declarase su amor por Emile a sus padres y se enfrentase a su ira al anunciarles su decisión de casarse con él solo se menciona en sus cartas. Desde luego, esas cartas son un testimonio elocuente del deseo de Madeleine de desafiar los códigos de la sociedad. La ironía está en que L'Angelier, que sospechaba que Madeleine era una mentirosa, y los comentaristas posteriores, que saben que lo era, creyeron que en este caso Madeleine decía la verdad.

Aunque es imposible demostrar de forma concluyente la hipótesis de que Madeleine mentía sobre el hecho de que sus padres conocieran su relación con Emile, no hay ninguna otra explicación que encaje tan bien con su comportamiento. Lo que resulta entonces no es una joven testaruda y decidida, sino más bien una colegiala manipuladora que representaba conscientemente un drama romántico con ella misma en el papel protagonista. No es necesario sostener que poco a poco Madeleine se fue dando cuenta de que tendría que obedecer a sus padres y casarse con un hombre

aceptable para ellos; nunca pretendió otra cosa. Lo que parece que Madeleine quería era una escapatoria temporal a su aburrida existencia. De hecho, como ya era consciente de la aprobación de sus padres al monótono señor Minnoch cuando conoció a L'Angelier, puede que incluso decidiese que, si alguna vez iba a probar lo que era una aventura romántica antes de empezar su vida de casada con Minnoch, había llegado el momento. Para que esa aventura fuera a la vez emocionante y sin riesgos, Madeleine tenía que convencer al joven de que lo amaba con locura y, al final, de que no había esperanza para ellos, y a sus padres de que ella misma era un modelo de respetabilidad y cumplida obediencia. Y casi lo consigue.

Los indicios de que todo el asunto era una farsa deben leerse entre líneas en las cartas de Madeleine, pero son convincentes. Desde su primer encuentro, Madeleine se aseguró de que Emile, que estaba loco por pedir su mano de forma apropiada, nunca llegara siquiera a presentarse a su padre. Por supuesto, a él le decía todo lo contrario. En su primera carta afirmaba: «Y que dentro de poco sea amigo de papá es mi más ferviente deseo».[174] Sin embargo, a los pocos días Madeleine ya señalaba los obstáculos: a su padre le habían dicho que paseaba con un caballero al que él no conocía y estaba «muy enfadado».[175] Pronto estaba instando a Emile a que no intentara conseguir que los presentasen «de momento», ya que «mi querido Emile, todo esto debe seguir siendo un gran secreto».[176] No mucho después, en tono de desesperación, escribía: «Nunca podré presentarle yo misma a papá; tiene que ser un desconocido, así que no sé cómo vamos a arreglárnoslas».[177] En julio de 1855, unos meses más tarde, ya estaban comprometidos en secreto y Madeleine seguía posponiendo la tan discutida presentación.

A medida que Emile se exasperaba cada vez más, Madeleine se vio obligada a inventar conflictos.

> Pienso ser muy decidida con papá. Decirle que nunca me casaré con otro que no sea *el señor L'Angelier.* Intentaré soportar todas sus amenazas, pero no me asusto fácilmente. Se dará cuenta de que su hija tiene opinión propia.[178]

La cacareada confrontación fue un desastre: Madeleine escribió el guion.

> Adiós, querido Emile:
> Un último y afectuoso adiós. Papá no dará su consentimiento. Le he dado mi palabra de honor de que no volveré a comunicarme con usted. (…) Sea feliz, olvídeme y que aquella a la que llame su esposa le sirva de consuelo. (…) Que le vaya bien.[179]

Emile estaba pasmado y dolido por el trato de Madeleine. Un borrador de su respuesta, una de las tres cartas suyas dirigidas a Madeleine que se conservan, muestra que en el otoño de 1855 ya desconfiaba profundamente de su prometida.

> Cómo me asombra al escribir semejante nota sin condescender a explicarme las razones por las que su padre nos niega su consentimiento. Él debe de tener sus motivos y a mí no se me permite probar mi inocencia de las acusaciones. (…) Le advertí repetidamente que no se precipitase en comprometerse conmigo y hacerme promesas, pero usted insistió en ese falso y engañoso coqueteo, jugando con afectos que sabía que eran puros y sin reservas y sabiendo al mismo tiempo que ante una palabra de su padre rompería su compromiso.[180]

Al preguntarse por qué el padre de la joven se habría mostrado tan perentorio, Emile se permitió por un momento dudar de que Madeleine hubiera hablado alguna vez con él:

> Me enorgullezco de que solo pueda acusarme de falta de fortuna. Pero debe recordar que él también tuvo que empezar rodeado de nubarrones oscuros. *No me entra en la cabeza que esté usted detrás de todo esto* [la cursiva es mía].[181]

Es muy probable que Madeleine estuviera detrás de todo, pero Emile nunca lo supo con seguridad e incluso los críticos más hostiles de la

joven han aceptado desde entonces todas sus elaboradas escenas familiares al pie de la letra.

Con inmunidad asegurada por el momento, Madeleine restableció su relación sobre el anterior principio de clandestinidad y enseguida empezó a representar el papel de esposa devota, tal vez por sentirse culpable de su reciente traición, pero también por el placer de la fantasía. Se dirigía a Emile como «queridísimo esposo», firmaba como Mimi o Mini L'Angelier y hablaba de que tendrían «un pequeñín». Deseosa de que Emile interpretara el papel de patriarca estricto en este drama familiar, lo instaba a que le señalara todos sus defectos y describía muy seria la inferioridad de su propio sexo.

> Tengo una opinión muy pobre de mi sexo. No hay duda de que el hombre es un ser superior y esa es la razón por la que creo que una esposa debe ser guiada y dirigida en todo por su marido. No consigo que muchas damas estén de acuerdo conmigo; todas piensan que la mujer es tan buena e inteligente como el hombre. Admito que ha habido muchas mujeres inteligentes, pero un libro escrito por una mujer nunca me causa la misma impresión que uno escrito por un hombre.[182]

Madeleine le estaba diciendo a Emile lo que él quería oír y esta era la letanía estándar de la literatura de consejos para futuras esposas.

Hasta la primavera de 1856, Madeleine se las arregló para mantener su intriga sin incidentes graves, pero la creciente impaciencia de Emile por su fracaso en obtener la aprobación paterna la empujó a escenificar un segundo enfrentamiento fingido, esta vez con su madre. La consabida escena desafiante y lacrimógena quedó descrita de forma colorista y completada con el relato de Madeleine sobre la negativa de su madre a dar su consentimiento. Esta vez, sin embargo, Madeleine bien pudo haber sentido que aquello requería una compensación en forma de favor sexual. En cualquier caso, sus prolongadas fantasías maritales, así como unas cuantas sesiones furtivas de lo que Madeleine llamaba «arrumacos», los habían preparado para el acto final, que tuvo lugar

en un encuentro al aire libre a finales de esa primavera en la residencia campestre de los Smith. Después, ambos declararon que estaban «verdaderamente» casados, pero en contraste con el evidente deleite de Madeleine, Emile expresó cierto arrepentimiento e incluso reprendió a la joven.

> ¿Por qué, Mimi, cediste después de tus promesas? (…) No me enfadé por el hecho de que me lo permitieras[,] Mimi, pero me entristece que sucediera. No tuviste determinación. En efecto, deberíamos haber esperado a casarnos, Mimi. (…) No, nada salvo nuestro matrimonio lo borrará de mi memoria. Mimi, imagínate que se supiera. Querida mía, mi amor, quedarías deshonrada ¡y por mí![183]

La carta de Emile se ha citado como prueba de que era un canalla y un trepa social que sedujo a Madeleine y luego intentó convencerla de que solo el matrimonio los libraría de la ira de Dios.[184] Sin duda, Emile comprendía las ventajas de una posible boda con la aprobación paterna, pero, hasta donde pueden asegurarse este tipo de cosas, parece cierto que sus protestas eran sinceras y que de buena gana habría pospuesto las relaciones sexuales hasta el matrimonio. Desde luego había una intrigante, pero era Madeleine.

Debido a la separación de sus padres, Angélina no tenía una relación familiar tan típica como Madeleine, pero también se preocupó de planear la aventura con su amante de modo que evitase cualquier ruptura permanente con ellos. En el caso de Angélina, sin embargo, el guion incluía un matrimonio anunciado. Qué más requería no está claro, ni tampoco es seguro que la propia Angélina lo supiera con certeza. Al carecer de la astucia y la experiencia de Madeleine, la joven Lemoine estaba menos preparada para las reacciones de todos los implicados en su drama, incluida la suya propia.

La madre de Angélina, Victoire Mingot Lemoine, compartía con la madre de Madeleine la superioridad social y económica respecto al hombre con el que se casó, pero poco más. La suya era una familia

muy respetada de ricos terratenientes que se jactaba de contar entre ellos con varios abogados, un juez y un miembro de la Cámara de los Diputados durante la Restauración. En 1838, a los diecinueve años, Victoire podría haber contraído un matrimonio «distinguido», pero en cambio suscitó una considerable sorpresa al obtener el reticente consentimiento de sus padres para casarse con Denis Jules Lemoine, un joven pasante de abogado de una desconocida familia local. Tras doce años de matrimonio que ella declaró insoportables, Victoire Lemoine consiguió en 1850 la separación legal de su esposo, que incluía la custodia de Angélina y de su hermano mayor, Jules. La señora Lemoine conservó la administración de tierras y propiedades —por un valor de entre cuatrocientos y quinientos mil francos— que había aportado al matrimonio y obtuvo de su marido el derecho a pedir préstamos sin su consentimiento. A cambio, accedió a pagarle una pensión anual de dieciocho mil francos.[185] El señor Lemoine, que se trasladó a París, podía visitar de vez en cuando a sus hijos en Chinon, en casa de un amigo.

En 1856, cuando contrataron a Jean Fétis, el hermano de Angélina había aceptado un puesto de oficinista en la prefectura de Tours, donde su padre le había encontrado una oportunidad para formarse en Derecho. Angélina seguía en casa con su madre, que declaró que había optado por no enviar a su hija a una escuela de fuera porque no quería separarse de ella. Tras la marcha de su padre, Angélina había compartido el dormitorio de su madre y hubo testigos que declararon que la niña la imitaba y la idealizaba.

Victoire Lemoine tenía fama de ser inteligente y directa y, según un vecino de la zona, se mostró encantada cuando su hija empezó a expresar ideas firmes sobre muchos temas.[186] La aprobación de semejante franqueza en una chiquilla no era típica de los padres burgueses, pero Victoire Lemoine revelaría más tarde los verdaderos límites de este beneplácito. De hecho, parece probable que, en su deseo de tener una compañera, bien podría haber sobreestimado la madurez de su hija. Angélina, a su vez, pudo haber malinterpretado los vuelos intelectuales de su madre y su pretendido entusiasmo

iconoclasta y se equivocó al pensar que podría manejarla para que aceptara su comportamiento, incluso si este incluía anunciar su matrimonio con el cochero.

La elección de Jean Fétis fue, desde luego, una sorpresa para todos los que comentaban el caso de Angélina. Nadie señaló que era habitual para los jóvenes varones bien situados iniciarse sexualmente con las criadas; la iniciación de una muchacha de esta manera parecía impensable. La esposa del carrocero declaró que ella se había negado a creer los rumores porque Fétis «distaba mucho de ser guapo».[187] Los periódicos burgueses, sin embargo, se mostraron incrédulos por su clase social. *La Presse* comentó del joven que no había nadie «más feo, más insignificante, más rústico; en una palabra, más cochero. Ese es el irritante misterio de este asunto».[188] *Le Figaro* afirmaba comprender que una joven se hubiera dejado llevar por otra persona: «Uno puede entenderlo de un profesor de dibujo o un instructor de música, ¡pero el cochero!».[189]

La simple y llana verdad es que el cochero era el único joven disponible para la aventura de Angélina, así que tuvo que conformarse. Una relación con casi cualquier otro hombre de la ciudad sería imposible en la pequeña Chinon, donde la intimidad era un bien escaso. Angélina solo podía elegir entre un criado que viviera con ella o un profesor y hay indicios de que, al principio, pudo haber tenido intenciones con este último. El director de la escuela secundaria local testificó que, dos años antes, y en contra de su recomendación, la señora Lemoine había seleccionado a un hombre soltero de París para que enseñara idiomas a su hija, en lugar del padre de familia casado que él consideraba más apropiado por motivos morales, si no profesionales (el hombre casado era matemático). La señora Lemoine, según declaró, no tardó en comunicarle que el joven parisino era inaceptable, pero sin dar ninguna razón. Es al menos posible que Angélina hubiera estado demasiado complacida con su nuevo profesor, pero, en cualquier caso, su sustitución eliminó la posibilidad de un romance con él. Solo quedaba Fétis.

En cierto sentido, Fétis era una buena elección, dado que Angélina pretendía ocultarlo en un principio. Su madre estaba acostumbrada a verlos bromeando juntos y no sospecharía nada. No está claro por qué Angélina eligió el verano de 1858 para cambiar la naturaleza de su relación, pero hay varias razones plausibles. En primer lugar, acababa de cumplir quince años y alardeaba de que ya tenía la edad legal para casarse. En segundo lugar, es posible que la muerte de la esposa del sastre aquel mes de junio la privara de su única fuente regular de vivencias sentimentales vicarias fuera de la literatura. Por último, su propio desarrollo físico y su atractivo eran cada vez más evidentes para ella.

No cabe duda de que el inicio de la relación sexual fue en ambos casos obra de las jóvenes. Angélina lo negó, pero su historia original sobre una violación en el sótano era apenas creíble, sobre todo cuando cambió el relato para describir un «avasallamiento» inicial seguido de varias ocasiones de sumisión pasiva. El papel activo de Angélina solo se mencionó de pasada en el juicio, pero los interrogatorios preliminares pusieron de manifiesto la orquestación del asunto por su parte más allá de toda duda razonable. Estos extraordinarios documentos constituyen la crónica del desmoronamiento sistemático de la historia de la violación en la que Angélina y su madre se habían puesto de acuerdo y revelan los dolorosos detalles de cómo la entusiasta y testaruda joven fue arrastrada a asumir los deberes de una hija.

Para considerar la aventura sexual en sí, las autoridades se basaron en el relato del propio Jean Fétis, que contó con ingenuo orgullo una historia más verosímil que la de Angélina o la de su madre. Según él, sus encuentros sexuales ya habían comenzado en el verano de 1858: «Ella me abrazaba, yo le devolvía los besos; ella ponía las manos en mis genitales y yo la tocaba del mismo modo, pero las cosas no pasaron de ahí».[190] No pasaron de ahí, claro, hasta finales de septiembre de ese año, cuando en teoría los dos habían ido a buscar vino a la bodega. Esta vez, declaró Jean, él consiguió desatarle los calzones y meter la mano, pero, a pesar de que había

sido ella la que empezó, le pidió que parara y él lo hizo. Algunas noches más tarde, sin embargo, la chica lo detuvo cuando volvían a casa en el coche después de que su madre hubiera entrado. En esta ocasión, Fétis alegó que ella lo excitó acariciándole los genitales y después se abrió el vestido y le invitó a besarle los senos. Él accedió, pero añadió que, cuando le advirtió que su madre podría descubrirlos, ella le espetó: «Nunca serás más que un simplón».[191] Acto seguido, Angélina le ordenó que fuera a su habitación a primera hora de la mañana siguiente, después de llevar a su madre al ómnibus de Tours. Jean recordó que las palabras de la chica, al despedirse, fueron: «Necesito algo y tú me lo vas a dar».[192]

Fétis afirmó que, según le había ordenado, se presentó a la mañana siguiente y entró en el dormitorio de Angélina, que estaba en la planta baja, desde el exterior, para evitar que lo viera la cocinera. Angélina le dijo que se desnudara y se metiera en la cama con ella, pero él repuso que antes de hacerlo quería que le repitiera la promesa que ya le había hecho de casarse con él. Sin eso, le explicó, no merecía la pena correr el riesgo de perder su empleo. Ella volvió a prometérselo y, según Fétis, añadió: «Mi madre hizo feliz a mi padre y yo quiero hacer lo mismo por ti. En cualquier caso, soy lo bastante joven y agradable para complacerte y hacerte feliz».[193] Con eso, Fétis se unió a ella en la cama con entusiasmo y declaró: «Dormí a su lado sin pensar en si era rica o pobre».[194]

Las palabras de Angélina sugieren que estaba apelando conscientemente al ejemplo de su madre, aunque las referencias son algo desconcertantes. Con la «felicidad» de su padre no podía estar refiriéndose a la relación personal con su madre, que era un desastre. Tal vez le hubieran dicho que sus padres habían tenido una buena relación sexual o quizá que habían disfrutado la intimidad sexual antes del matrimonio, pero no hay indicios de ello. Parece más probable que, con eso de su «felicidad», Angélina se refiriese en cambio a la mejora de la posición social de su padre. Ella sabía que lo que de verdad importaba a los jóvenes ambiciosos de su sociedad era ascender. El matrimonio de su padre pudo haber sido

infeliz, pero ella sabía que lo había aupado en su mundo y pensaba en el mismo favor para Jean. Durante los interrogatorios preliminares, Angélina confesó la euforia que sintió en su primer encuentro sexual, que relacionaba directamente con esta definición de la felicidad. «Había leído las novelas de George Sand y estaba dividida entre la vergüenza de haberme entregado a un sirviente y la alegría de haber elevado a mi nivel a un hombre que, según las leyes sociales, estaba en una posición inferior a la mía».[195]

Para Angélina, la emoción combinada del placer sexual y la intriga era embriagadora. Inició la relación sexual con confianza y entusiasmo, así como con un evidente sentido del drama. Había preparado el romántico escenario en el que recibió a su amante en la cama, vestida con un camisón que, según Fétis, se había desatado sin ningún descuido por el cuello. Su amante relató que, a partir de entonces, fue ella la que estuvo pendiente de nuevas oportunidades para proseguir con sus encuentros. Dijo que nunca mantenían relaciones sexuales a menos que estuvieran completamente seguros de que no iban a sorprenderlos, pero que, incluso cuando su madre estaba con ella, Angélina solía complacerse en dejarla unos instantes para robarle un beso a Jean en otra habitación. Y declaró que, salvo por la interrupción durante la temporada de vendimia de ese otoño, que lo alejó de la casa, mantenían relaciones casi a diario.[196]

Ya se ha descrito la primera experiencia sexual de Madeleine con Emile. Esta también fue el resultado nada sorprendente de una serie de encuentros furtivos de besos y caricias, y Madeleine había sido la iniciadora. Sus cartas aportan numerosas pruebas, sorprendentes incluso para sus simpatizantes, de que Madeleine disfrutaba a conciencia haciendo el amor. La mañana siguiente a su primera «intimidad delictuosa» escribió: «Amado mío, si hicimos algo malo anoche, fue en la agitación de nuestro amor. Sí, querido, te amé de verdad con toda mi alma».[197] Tan escandalizado estaba el fiscal por semejante lenguaje que anunció que obviaría los pasajes más explícitos por respeto a la decencia. Incluso el abogado de Madeleine consideró las cartas sumamente perturbadoras y alegó

como única explicación «la influencia corruptora del seductor».[198] El juez se confesó estupefacto por las «licenciosas» cartas de Madeleine y afirmó que un pasaje, en particular, estaba escrito «en términos que no leeré, pues quizá nunca se habían plasmado en papel como algo ocurrido entre un hombre y una mujer».[199] Ese pasaje tan ofensivo era sin duda la franca admisión de Madeleine de que tras su primera relación sexual no había sangrado, aunque había sentido un considerable malestar.[200]

Por supuesto, el no revelar ciertas partes de las cartas dio alas al ávido público para imaginar cosas mucho peores. Si se hubieran divulgado en su totalidad, su valor morboso se habría reducido de manera drástica. Madeleine nunca describió estas relaciones más que en términos muy generales, nunca se refería a los órganos sexuales y nunca utilizó expresiones que pudieran calificarse de vulgares. Usaba eufemismos para la menstruación (se ponía «mala») y para el coito (la palabra «amor» subrayada). Su lenguaje más explícito era tímido y apenas sugerente.

> Fue un castigo para mí misma verme privada de tu *amor,* porque es un placer, nadie puede negarlo. No es más que la naturaleza humana. ¿No son todos los que *aman* de la misma opinión? Sí, me sentí muy avergonzada de haberte permitido ver (pon aquí lo que te plazca).[201]

En otro momento reprendía juguetona a Emile: «Eres un niño travieso por soñar conmigo… y excitarte».[202] Aun así, tales afirmaciones y expresiones eran bastante sorprendentes para alguien de la posición de Madeleine.

De hecho, el mismo año que la llevaron a juicio, el muy leído médico William Acton definía a la mujer «decente» como aquella que carecía de deseo sexual. Incluso sugería que las mujeres que se convencían a sí mismas de que podían sentir placer en las relaciones sexuales corrían el riesgo de padecer cáncer de útero o incluso demencia por un exceso de indulgencia.[203] Aunque ahora se cree que las opiniones de Acton apenas eran representativas de un

consenso general dentro de la clase media,[204] la imagen de la mujer victoriana «asexuada» es difícil de abolir. Las pruebas de lo que ocurría en realidad en los respetables dormitorios victorianos son escasas y, dado que las propias mujeres casi nunca expresaban sus opiniones abiertamente, han prevalecido los puntos de vista de algunos de sus autoproclamados portavoces.

Las cartas de Madeleine Smith, sin embargo, confirman las opiniones más recientes de que la imagen tradicional de la mujer victoriana asexuada está exagerada. Estas cartas, después de todo, estaban destinadas a destruirse, no a hacerse públicas; sería ilustrativo saber cuántas cartas similares se quemaron con discreción. Sus contemporáneos señalaron que las mujeres estaban declarando una moratoria en la escritura de misivas de amor desde que las cartas de la señorita Smith se habían divulgado.[205] Puede que Madeleine no estuviera sola en sus efusiones sobre el sexo. El hecho de que su lenguaje fuera apenas pornográfico apoya esta opinión, al igual que sus ideas convencionales sobre las relaciones entre los sexos. Madeleine no creía en el amor libre ni en la igualdad sexual; solo quería una aventura romántica y, de paso, descubrió que el sexo era divertido.

Es probable que Madeleine tuviera muchos menos encuentros sexuales que Angélina, no solo porque sus oportunidades eran más escasas, sino también porque, a diferencia de Angélina y Jean, tanto Madeleine como Emile estaban decididos a no tener un «accidente». Madeleine escribió: «No debemos complacernos de nuevo… ¿Y si pasara algo? ¿Qué diría la gente? Pero, cariño, es difícil resistirse a las tentaciones del Amor».[206] Emile estaba ansioso por poseer a Madeleine, pero no a costa de la respetabilidad de la clase media que codiciaba. Refiriéndose a su desazón por estos encuentros, escribió: «¡Ay! ¿Por qué tuve que nacer, vida mía? Mucho me temo que algún gran obstáculo impida nuestro matrimonio. Si Mary [su intermediaria] lo supiera, ¡qué opinión tendría de ti!».[207]

Jean Fétis, en cambio, no albergaba ninguno de estos «respetables» remordimientos. Declaró que no se arrepentía de su

aventura y, respecto a la intimidad con Angélina, añadió: «¿Qué se puede esperar cuando hombres y mujeres jóvenes están siempre juntos? Es de lo más natural que haya relaciones de este tipo entre ellos. No creo que la señorita pueda decir que la tomé por la fuerza».[208]

En última instancia, por supuesto, ni Emile L'Angelier ni Jean Fétis resultaron del todo satisfactorios para las jóvenes que les dieron este papel, aunque sus personalidades reales habían tenido en principio poca o ninguna importancia. Madeleine se dio cuenta de que Emile se tomaba demasiado en serio sus piadosas promesas de enmendar su conducta. No era de extrañar, ya que la joven manifestaba repetidamente una casi obsesión por verse dominada y L'Angelier cumplía de todo punto con listas de actividades prohibidas: nada de bailes públicos, nada de jugar a las cartas, nada de paseos con amigos varones, nada de coquetear, etcétera. Madeleine estaba cada vez más molesta y, en agosto de 1856, redactó esta tajante lista de resoluciones:

> 1. Hace mucho tiempo que no coqueteo, así que fin. 2. Estudiaré acuarela si consigo que padre me lo permita. Estudiaré cualquier cosa que se te antoje. 3. No iré a ningún baile en Glasgow sin pedirte permiso. ¿Te parece justo? 4. No puedo prometer que saldré solo dos veces a la semana. Eso no puedo prometerlo. 5. Iré a la calle Sauchiehall lo menos que pueda. 6. No puedo prometer que no saldré con B[essie]. Debo salir con ella cuando no tengo a nadie más. Janet está en la escuela. No me parece justo que la gente hable de B como lo hace, porque no es tan mala. Puede que hayas oído muchas historias, pero tus amigos te han informado mal respecto a mí más de una vez y puede que hagan igual con ella. 7. Te escribiré tan a menudo como pueda y mientras pueda. (…) Mi querido esposo, supongo que no confías en mis promesas, pero haré cuanto esté en mi mano para complacerte en todo.[209]

Las reglas se basaban en la fantasía de la pareja de que en realidad estaban casados y cabe señalar la ambivalencia de Madeleine hacia el matrimonio y sus conjeturas sobre las restricciones de la vida conyugal para las mujeres. Sabía bien que, como para la mayoría de

las jóvenes inglesas de su clase, su época de «libertad», tal como la concebía en ese momento, eran los años anteriores al matrimonio; una vez casada, ya no se le permitirían ni siquiera los inocentes placeres del coqueteo. Al principio le compensaban las imágenes de una pobreza romántica que nunca había conocido, pero incluso esos deleites empezaron a palidecer.

> Santo cielo, mi querido Emile, Huggins [su patrón] te paga solo cincuenta [libras al año]. (…) Creía que eran cien. (…) ¡No sé por qué estaba tan equivocada! Me sorprende que sigas ahí por una suma tan pequeña; podrías ganar mucho más.[210]

De un modo bastante más sádico, Madeleine utilizaba el bajo estatus de Emile como excusa para tratarlo mal siempre que quería. Le gustaba describir sus coqueteos en círculos sociales que él nunca conocería y a menudo lo ignoraba a propósito en la calle solo para disculparse después enfatizando el carácter de «nobleza obliga» de sus verdaderos sentimientos hacia él. Su interés por el propio Emile era prácticamente nulo; se conocían desde hacía casi dos años cuando se decidió a preguntarle: «Por favor, amor mío, dime qué significa la pe delante de Emile; debo conocer tu nombre completo».[211] Madeleine también empujaba constantemente a Emile a creer que su familia la hacía víctima de sus mofas porque él no era «más que un oficinista» y admitía con franqueza: «Te quiero más porque eres pobre. Tal vez, si hubieras sido rico, no te habría querido como te quiero».[212] El vaivén entre las palabras de cariño y las humillantes referencias de clase hería a Emile más de lo que ella nunca sospechó, pero en sus fantasías, sus prejuicios y su inconsciencia, era una joven sin duda representativa de su posición.

El papel de autoridad masculina que Madeleine instó a Emile a adoptar tenía la función práctica de salvar la brecha social que los separaba y bien pudo suponer el esfuerzo inconsciente de Madeleine por replicar las estrategias de su padre para ganar ascendencia sobre su esposa, de una posición social superior. Su insistencia en la

desaprobación de Emile por parte de su padre también sugiere la fantasía de una rivalidad entre los dos hombres por ella. En una ocasión le aseguró: «La oposición de papá solo haría que te amara más y más». Y luego, en un arrebato de una intensidad mucho mayor de lo necesario para desalentar los intentos de Emile de conseguir que se lo presentara, declaró: «Te odia con toda su alma, te desprecia».[213]

Poco a poco, sin embargo, Madeleine empezó a vislumbrar las verdaderas situación y personalidad de Emile y su drama romántico con este marido de fantasía en el incómodo papel de sustituto de la autoridad y marioneta sentimental se le hizo cada vez más difícil de mantener. Para cuando su padre empezó a insistir en la pretensión de su amigo, William Minnoch, Madeleine ya estaba dispuesta a abandonar su aventura y someterse de buen grado a la elección de su progenitor. Las cumplidas palabras que envió a Minnoch poco después de que concretasen el día de la boda eran sinceras: «Ese paseo ha fijado el día en el que vamos a comenzar una nueva vida, una vida que espero sea de felicidad y larga duración para ambos. Mi objetivo en esa vida será complacerle y consagrarme a usted».[214]

Angélina Lemoine no dejó ninguna carta reveladora que relatara el deterioro de sus relaciones con Jean Fétis, pero su testimonio fue por suerte mucho más sincero de lo que ella pretendía y otros testigos completaron muchos detalles. El guion de Angélina se diferenciaba del de Madeleine en que desde el principio incluía una promesa de matrimonio hecha de buena fe. Tratando de aprovechar el hecho de que Jean Fétis era el único medio disponible para sus fantasías, Angélina le dio el papel más apropiado en su «novela». Fétis tenía que ser uno de los héroes de George Sand, un joven rústico y puro. Al igual que Madeleine, Angélina insistía en que la humilde condición social de su amante la complacía. Fétis anunció a uno de sus parientes que la señorita Lemoine le había dicho: «Quiero casarme contigo, no quiero un burgués».[215] Ella le confió, al menos desde la primera vez que mantuvieron relaciones íntimas en octubre de 1858, que la única forma de casarse, como ambos

deseaban, teniendo en cuenta las barreras sociales, era quedándose embarazada. Entonces el joven, orgulloso, informó de sus planes a su hermano, aunque añadió que Angélina aún no estaría embarazada, ya que ella misma le había dicho que era poco probable tener «éxito» después de una sola vez.

La ingenuidad y la emoción de Angélina la cegaron a las precauciones obvias que Madeleine había sabido tomar. A pesar de que acordaron mantener sus relaciones en secreto hasta que Angélina se quedara embarazada y su madre se diera cuenta, empezaron a correr rumores. Por un lado, la señorita Lemoine pasó por alto el riesgo de que los criados chismorreasen. No se molestaba en limpiar ni evitar las manchas sospechosas de las sábanas y la lavandera pronto acudió a los correveidiles locales con este revelador detalle. Angélina tampoco puso cuidado en ganarse a la cocinera, que, como única sirvienta que vivía en la casa además de Jean, representaba una amenaza de verse expuestos. Esta mujer pronto afirmó haber descubierto a la pareja en situaciones comprometidas.

Lo más importante, sin embargo, es que Angélina ignoraba que su nuevo amante era del todo incapaz de ocultar su regocijo por su buena fortuna. Fétis admitió haberle ocultado el hecho de que se lo había contado todo a su hermano y también a un profesor de violín con el que había empezado a tomar clases antes de su aventura con la esperanza de dejar el servicio doméstico y tocar en los bailes. Cuando este profesor le dijo que estaba malgastando el dinero y que nunca aprendería, Jean se jactó de que, en cualquier caso, ya no necesitaba ganarse la vida con la música, puesto que iba a casarse con una chica rica. Al otro no le hizo falta insistir mucho para que Jean revelara la identidad de la joven y, además, presumía de haberla conquistado. Casi todos los días, le dijo, ella bajaba a la bodega, se quitaba los calzones y lo esperaba. Fétis también se lo contó a otros. La suegra de su hermano declaró que, cuando le dijo a Jean que tenía un «pequeño matrimonio» que proponerle, él repuso que lo olvidara, que ya tenía «uno grande cociéndose a fuego lento».[216] «Voy a casarme con la hija de la mayor burguesa de

Chinon»,[217] le anunció.

A la esposa del carrocero le confió que pensaba exigir unos ingresos anuales de al menos cuatro mil francos, una suma que debió de parecerle principesca dado que su salario anual era de doscientos francos. Y añadió que en el servicio requerirían, para empezar, una niñera y una cocinera. El inmaculado rústico de Angélina empezaba a parecer muy distinto de los héroes de George Sand. Incluso encargó un traje nuevo al sastre Lieubray, que aún no había pagado cuando la señora Lemoine lo echó de la casa.

Emile también había hablado con sus amigos de su compromiso con Madeleine. Sus compañeros de trabajo lo sabían, al igual que su casera, un tendero, un amigo del consulado francés, algunos conocidos más y su familia en Jersey. En Glasgow, sin embargo, no solo una población más numerosa, sino también la estanqueidad de las clases sociales, aseguró la ignorancia de los Smith sobre el tema. En Chinon seguía habiendo muchos lazos sociales entre individuos de diferentes estatus y también un sentido de la responsabilidad deferente. La esposa del hermano de Fétis, escandalizada por el asunto, decidió, en octubre, que había que decírselo a la señora Lemoine y acudió al cura local. Este convenció a una anciana y respetada viuda, que había ayudado a cultivar la propiedad de los Lemoine y que conocía a Angélina desde que era una niña, para que se lo contara a la madre. La mujer visitó a Victoire Lemoine antes de que acabara el mes y la advirtió de los rumores sobre Angélina y Jean, pero fue tan tímida en su misión que la señora Lemoine descartó la historia como un mero chismorreo. Sí que interrogó con diligencia a su hija, pero Angélina lo negó todo y el asunto se olvidó durante un tiempo.

La mayor habilidad que mostró Madeleine en la producción y dirección de su romance con Emile se debió sin duda en gran medida a que era mayor y tenía más experiencia. Pero estos factores por sí solos no explican las diferencias en los escenarios originales. Madeleine supo desde el principio que su éxito en mantener un matrimonio de fantasía dependía de evitar que su padre se enterase

del romance. Además, para ella, un matrimonio real con Emile estaba descartado, no solo porque la joven aceptaba las barreras sociales, sino porque el matrimonio, cualquier matrimonio, significaba el fin de la ya limitada acción independiente de la mujer y el comienzo de una vida de sumisión. El propio penoso ejemplo de su madre lo corroboraba, al igual que la literatura popular de consejos para la mujer. Se ha señalado que sus fantasías conyugales incluían la exigencia masoquista de ser dominada. El control real de la aventura por su parte era su propio secreto, por supuesto, pero se basaba en la admisión, consciente o inconsciente, de que a las mujeres se les prohibía el ejercicio abierto de la voluntad. El hecho de que sus novelas románticas estuvieran escritas por hombres y pobladas por heroínas pasivas y desmayadas que esperaban que el amor «les ocurriese» ayuda a explicar sus contorsiones para satisfacer su deseo de un papel activo y, al mismo tiempo, su necesidad de ajustarse a los modelos sumisos de la ficción.

Angélina, en cambio, encontró en sus lecturas románticas justo lo contrario, es decir, el entusiasta respaldo del papel activo de la mujer en la búsqueda de la felicidad en el amor y el matrimonio. No había necesidad de ocultarle nada a Jean; lo compartía todo con él y se gloriaba con inocencia de su poder para hacerlo feliz y elevarlo a su nivel. A diferencia de Madeleine, que hasta casi el final separó con éxito la realidad de su papel social de la fantasía de su imagen romántica, Angélina estaba convencida de poder unir ambas cosas y se puso a calibrar los obstáculos. No es de extrañar que el fracaso del matrimonio de su madre no la disuadiera. Angélina, armada con George Sand, creía sin reservas en su capacidad de superación. El ejemplo de su madre era importante para ella, pero sobre todo como mujer fuerte y decidida que la reforzaba.

La desilusión de Angélina no llegó hasta después del abrupto despido de Fétis en enero de 1859, cuando estaba embarazada de más de tres meses. Ante su marcha, juró a Jean amor eterno y prometió intentar reunirse con él, pero pronto supo cosas de su amante que la mortificaron. La florista, que se había criado con la

señora Lemoine, le confió a su amiga que Jean había difundido por toda la ciudad relatos detallados de sus aventuras sexuales y que se había jactado ante todos de su próximo y próspero matrimonio. A partir de entonces, Angélina hizo oídos sordos a los lastimosos intentos de Fétis por verla y escribirle. Jean intentó valerse del sastre Lieubray como intermediario, pero Angélina se negó a aceptar la carta que su amante, casi analfabeto, había convencido de escribir a un amigo.[218] En lugar de eso, se sometió de buen grado a lo que confirmó eran los intentos de su madre de inducirle un aborto y ocultar su estado de gestación.

En el momento del juicio, los sádicos comentarios de Angélina sobre su antiguo héroe rivalizan fácilmente con los de la propia Madeleine. Se burlaba de la idea de que Fétis la hubiese tuteado y negaba que el matrimonio hubiera sido nunca uno de sus temas de conversación. En lugar de eso, dijo que solo hablaba con el cochero de «cosas indiferentes, cosas de las que uno habla con un criado».[219] Cuando se le recordó que Fétis había testificado lo contrario, ella replicó indignada: «¿Es posible que la palabra de un hombre como ese, un hombre tan indigno como Fétis, se acepte por encima de la mía?».[220]

Entretanto, Angélina había sufrido una considerable humillación, no solo por parte de su madre, sino también de sus vecinos. El despido de Fétis había desatado de nuevo los chismorreos. El día del baile del alcalde, en febrero, una multitud compuesta en su mayoría por mujeres se había reunido en la explanada de los Lemoine para ver si Angélina iría con su madre. Varias personas siguieron el coche hasta el baile, donde otro grupo se había reunido para esperar la llegada de la familia.[221] Esta y varias apariciones públicas posteriores de la madre y la hija juntas acallaron las habladurías durante un tiempo, pero las reuniones de vecinos curiosos demostraron una vez más cómo las comunidades tradicionales seguían imponiendo sus códigos.

Victoire Lemoine no pensaba hablar con nadie de su hija, pero tratar con su marido era especialmente complicado. Cuando este fue

de visita a Chinon a principios de marzo, ya había oído los rumores y sus temores se confirmaron cuando por primera vez su mujer le impidió ver a Angélina, alegando que su hija tenía migraña. Jules Lemoine consultó entonces a un abogado, que le aconsejó que intentara averiguar la verdad y que también le informó de que su mujer había abusado de sus privilegios respecto a los préstamos y tenía una deuda de cien mil francos. Lemoine decidió revocarle este derecho y, además, utilizar la mala gestión de su mujer como motivo para solicitar y obtener la custodia de sus hijos. Exigió que se permitiera a un médico examinar a Angélina y, en caso de que estuviera embarazada, recomendó que la enviaran a casa de sus padres en Montrichard. Si no estaba encinta, Lemoine insistió en que se la obligara a permanecer en la ciudad y a salir todos los días para acallar los rumores.[222] Su esposa se negó a todo, alegando que esos rumores eran falsos y que la visita de un médico sería psicológicamente peligrosa para su hija. Luego presionó a sus dos hijos para convencer a su padre de que le devolviera el derecho a pedir préstamos y retirase la demanda por la custodia. Lemoine, desesperado, se echó atrás.

Incapaz de sacarle la verdad a su mujer, Lemoine escribió varias cartas de súplica a sus hijos, rogándoles que le explicaran la situación. Se quejaba a su hijo de que lo mantuvieran en la duda sobre la salud de Angélina: «Te lo repito, tu hermana está enferma, lo sé, estoy seguro de ello, y no quieres que yo, tu padre, averigüe la razón».[223] Y a la propia Angélina la instaba a «no dar la impresión, por tu prolongado silencio, ni de estar bajo la presión de una coacción que no diría mucho a favor de su autor ni de desconocer los deberes de una hija para con su padre, lo que no es el caso».[224] En una descripción de su malestar por verse excluido y del temor de que su esposa lo presentase como el verdadero responsable del padecimiento de Angélina, suplicaba:

> (…) durante tanto tiempo, mi querida hija, he estado apartado de ti; te dejé cuando eras una niña y te sigo viendo como tal; nuestros brevísimos e

> infrecuentes encuentros han sido tan constrictivos que ninguno de los dos tiene claro el grado de afecto mutuo que nos profesamos; todo lo que has visto, todo lo que has oído sobre tu padre puede haberte parecido tan extraño, quizá tan monstruoso a tus ojos, que bien podrías no ser capaz de apreciar la causa y el efecto ni tengas la menor idea de la admiración que siento por ti y por tu hermano.[225]

A su hijo, sin embargo, que estaba en Tours, Jules Lemoine le confió la convicción de que su «pobre hermana» siempre había estado bajo el dominio de su madre y añadió que su esposa era la responsable de traer a la familia la desgracia financiera y —a través de Angélina— la deshonra.[226] De Angélina continuaba exigiendo amor y comprensión y le ofrecía algunos elogios equívocos.

> Ama entonces a tu padre, mi querida hija, asegúrale tu afecto, consuélalo en medio de sus privaciones. No conozco tu carácter, no conozco tu corazón, pero es imposible que uno u otro puedan ser otra cosa que excelentes y buenos: este pensamiento es mi ilusión, mi felicidad para el futuro.[227]

En apariencia, Jules Lemoine sí se preocupaba por su hija, pero se mantuvo alejado de Chinon, obedeciendo a su esposa, a sus amigos y a su propia madre, que lo convencieron de que su aparición en la ciudad no haría sino engrosar un escándalo que él también deseaba evitar. Y, a pesar de las tiernas palabras dirigidas a sus hijos, cabe señalar que Lemoine intentaba, al mismo tiempo, utilizarlos a los dos como intermediarios en los acuerdos financieros con su mujer. En casi todas sus cartas les insta a hablar con su madre a su favor. Este hombre mostró un cariño y una franqueza que quizá el padre de Madeleine nunca habría manifestado, pero estaba ciego ante el problema de su hija o, más bien, optó por interpretarlo como propio. Le recordaba su temor al rechazo de sus hijos y le preocupaba porque amenazaba con deshonrar a su familia. Al final, dejaría sola a su mujer mientras esta intentaba evitar que el embarazo de Angélina se hiciera público. No tuvo que prestar testimonio en el juicio.

El desenlace criminal, tanto del drama de Angélina como del de

Madeleine, no formaba parte de los guiones originales y ambos fueron el resultado de la negativa de los personajes a ajustarse a los papeles que se les habían asignado. En el de Angélina, se suponía que Jean Fétis debía mantener la boca cerrada, pero este traicionó a su amante. De Victoire Lemoine se esperaba que se plegara a un matrimonio, pero ella no tenía esa intención. Angélina se derrumbó en el interrogatorio preliminar y alegó que su madre le había dicho desde el principio que, si tenía al bebé, habría que matarlo. Describió cómo habían preparado un dormitorio libre con mucha antelación y explicó que su madre tenía la intención de quemar cualquier prueba del nacimiento en la chimenea del salón contiguo. Angélina sostuvo que ella no había puesto ninguna objeción porque la firme voluntad y el feroz temperamento de su madre la aterrorizaban.

En casi todos los aspectos, la historia que se le sonsacó a Angélina contradecía el relato de su madre de una violación y un mortinato y, además, tenía el valor de explicar los otros hechos conocidos del caso. Los interrogadores pronto se fijaron en detalles que ponían en duda la historia de Victoire, como el hecho de que se preparasen de antemano unas tijeras y dos palanganas —una para el bebé y otra para la placenta—. Esto indicaba, en contradicción con el relato de la señora Lemoine, que se había previsto un parto normal. Además, el testimonio de una criada de que la señora Lemoine había subido leña al salón con bastante antelación al parto demostraba de nuevo la premeditación, que la acusada negó. Esta asombrosa estupidez fue, en última instancia, el origen de las acusaciones que alertaron a las autoridades, ya que los vecinos que vieron salir el humo del cañón de la chimenea sintieron una lógica curiosidad por saber por qué los Lemoine encendían fuego en agosto.

Angélina hizo un relato desgarrador de la noche misma del parto. Cuando comenzaron los dolores, dijo, su madre le recordó lo que habían acordado y le advirtió de nuevo que no debía gritar durante aquel trance, para no alertar al servicio. Al parecer, la joven lo consiguió, ya que los criados declararon más tarde que no habían

oído nada. No obstante, en el asunto más crítico de todos Angélina contradijo a su madre: el bebé, según confesó, nació vivo. Era un niño de pelo oscuro, que la señora Lemoine había calificado de «enorme»[228], y Angélina lo había visto moverse. No sabía cómo lo había matado la abuela, pero dio por hecho que lo había asfixiado. Angélina admitió que no había suplicado por la vida de la criatura. Menos de dos días después, dijo, su madre la convenció para aparecer en público durante un concierto en su casa.

Que Angélina sucumbiera y contara su historia tras el primer interrogatorio no es de extrañar. Sus ilusiones románticas se habían hecho añicos y, aunque había llegado a despreciar a Fétis, no es raro que también estuviera resentida con su madre. En ese momento se veía a sí misma simplemente como no responsable, la víctima indefensa de la despiadada voluntad de su madre; contó que, cuando vio a su bebé moverse en la palangana, le pareció que «lo único que pedía era vivir».[229] También añadió que había llorado con amargura cuando supo que el niño había muerto.

Aunque el papel protagonista de su madre era innegable, el tribunal pasó por alto la evidencia de que Angélina había llegado a aceptar la severa solución de la señora Lemoine. Había dejado pasar oportunidades de escribir a Fétis, cosa que podría haber hecho sin que su madre lo supiera. Y, lo que es más importante, no había hecho ningún esfuerzo por salvar a su bebé confiando en su padre, que estaba dispuesto a ayudarla. De hecho, en el propio juicio negó sus declaraciones del interrogatorio preliminar y volvió a la historia de su madre de que el niño había nacido muerto y que Fétis la había obligado a mantener relaciones con él. Angélina había aprendido las reglas de su clase, de un modo tardío y doloroso.

Es probable que, en los últimos meses de su calvario, Angélina recurriera de nuevo a historias ficticias para encontrar apoyo a su nuevo papel sumiso. Esta vez ya no era una de las heroínas decididas de George Sand, sino una hija burguesa perseguida que aparecía en una novela por entregas de *La Presse,* que Angélina había citado en otro contexto como parte de sus lecturas.[230] La joven

heroína soltera de este relato se había quedado embarazada de un amante secreto y sus padres estaban decididos a silenciar el asunto. La muchacha, en pleno parto, aparece suplicando a la comadrona que proteja a su bebé, pero esta, sin comprender, se lo entrega a los padres de la chica, que lo asesinan en una antecámara a pocos metros de su madre. El padre se confía entonces a la atónita comadrona: «Verá, es vergonzoso para una familia que ocurran cosas de este tipo».[231] El relato pudo proporcionar cierto consuelo a Angélina en su nueva condición humillada, pero es poco probable que formara parte de su guion original.

La particular obsesión de la señora Lemoine por matar al bebé de su hija estaba sin duda relacionada con su propia experiencia al haberse casado con alguien de posición social inferior. Deseaba salvar a su familia de la deshonra, pero también parece que quería evitar que su hija replicase su propio matrimonio infeliz. Para alcanzar sus fines, convenció a Angélina de que era necesario someterla a una serie de torturas y negó que su marido tuviera algún papel legítimo que desempeñar. «El asunto me concernía solo a mí. Tenía que salvaguardar el honor de mi hija. Una madre nunca reconoce tales cosas; el padre es solo el padre, la madre es la madre».[232] Estas afirmaciones, y tal comportamiento hacia un niño, podrían atribuirse a un grave desequilibrio, pero no fue así como se interpretaron en la prensa nacional ni como los presentó el abogado de la señora Lemoine, el famoso Charles Lachaud. Por supuesto, este negó la culpabilidad de su cliente, pero argumentó que, incluso si fuera culpable, merecería tanto compasión como respeto como «heroína» que había puesto el honor por encima de la vida. Refiriéndose a las madres de todo el mundo que, insistió, estarían de su parte, Lachaud dijo: «Hay, señores, ciertos tipos sagrados de desesperación que solo ellas entienden».[233] La prensa parisina estuvo de acuerdo y compadeció a Victoire Lemoine como víctima de los chismorreos de una ciudad pequeña por cumplir con su deber.[234]

Si el mundo de fantasía de Angélina se vino abajo con la traición de Fétis y la intervención de su madre, los malabarismos de

Madeleine entre la fantasía y la realidad se vieron trastocados por la acción decidida de Emile. El prometido de cuento de hadas de Madeleine amenazó de repente con impedir su matrimonio con su prometido real mostrando sus cartas de amor a su padre. Madeleine no estaba en absoluto preparada para que Emile se saliera de ese modo del papel que le había dado en su psicodrama. Con algo de previsión, podría haberse librado de su implicación con L'Angelier mucho antes de su compromiso con Minnoch en enero de 1857, pero sin duda la fascinación por la intriga y tal vez el sentimiento de culpa por el trato que le daba a Emile se lo impidieron. Y lo que es más importante, dado que gran parte del asunto con Emile era producto de su imaginación, puede que Madeleine se convenciese a sí misma de que toda la situación era irreal, de que Emile también estaba representando conscientemente un papel y, por lo tanto, no hacía falta tomar medidas inmediatas para poner fin al compromiso con él.

De hecho, sin asumir que Madeleine fue capaz de negar la realidad de su romance con Emile, su comportamiento en las últimas semanas antes de la muerte de L'Angelier resulta incomprensible. La torpeza con la que intentó romper con Emile pocos días después de su compromiso con Minnoch es un ejemplo de ello. Durante todo el mes de enero, sus cartas estuvieron llenas de las habituales palabras de cariño y de las beatíficas descripciones de su futura vida de casados, a pesar de su característica vaguedad sobre la fecha de la boda. De pronto, una carta a principios de febrero, en un tono radicalmente distinto, anunciaba que, dado que sus sentimientos se habían enfriado, el compromiso quedaba anulado.[235] Madeleine podría haberse esperado la furiosa respuesta de Emile si alguna vez hubiera sopesado la posibilidad de que este fuese capaz de actuar de forma independiente, pero solo cuando esa acción adoptó la forma de una amenaza de exponerla reconoció que Emile estaba en posición de arruinarla. Horrorizada, dejó caer la máscara y dijo algunas verdades parciales sobre su juego.

> Emile, te he engañado. He engañado a mi madre; (…) Te he engañado al

> decirte que ella ya conocía nuestro compromiso. No lo sabía. (…) Emile, no escribas a nadie, ni a papá ni a ninguna otra persona. (…) Soy la desdichada más culpable sobre la faz de la tierra. Emile, no me empujes a la muerte. Cuando dejé de amarte, créeme, no fue para amar a otro. Ahora mismo estoy libre de todo compromiso. Emile, por el amor de Dios, no envíes mis cartas a papá. Será una ruptura abierta. Tendré que irme de casa. Me moriré.[236]

En su agitación, Madeleine se aferró al parecer a una solución drástica para su dilema. La tarde del 19 de febrero fue con Minnoch a ver la ópera *Lucrezia Borgia.* Esa misma noche, tras una visita a Madeleine en la que ella le dio un poco de chocolate caliente, Emile sufrió una indigestión grave, pero no mortal. Nunca se sabrá si Madeleine se inspiró en la legendaria reputación de Lucrecia como envenenadora, pero la hipótesis encaja con el resto de sus poses románticas.[237] El crimen, al final, llevaba todas las firmas del torpe aficionado. Una segunda dosis fue de nuevo ineficaz y solo provocó vómitos y una intensa debilidad en la víctima. En el tercer intento, L'Angelier tuvo menos suerte. Los médicos que le practicaron la autopsia determinaron que había ingerido arsénico suficiente para matar a cincuenta hombres.

Por supuesto, la decisión de Madeleine de matar no tenía mucha lógica. Como sus partidarios trataron de argumentar en defensa de su inocencia, el crimen no tenía sentido si su objetivo era hacerse con las cartas: asesinar a Emile prácticamente aseguraba que las descubrieran. Sin embargo, Madeleine pudo tener un motivo adicional para deshacerse de L'Angelier. Sin duda ella sabía que la ley escocesa reconocía la validez de un matrimonio contraído por el simple juramento en presencia de un testigo y que también aceptaba la prueba de una relación sexual como suficiente para constituir un matrimonio legal. Es probable que L'Angelier le dijera que las cartas constituían tal prueba de su matrimonio,[238] pero dado su fracaso en cuanto a recuperarlas, el crimen seguía siendo ilógico en el sentido de que su reputación, como mínimo, iba a verse comprometida. No obstante, no hay ninguna razón para suponer que

Madeleine actuara de manera racional en ese momento y sí muchas razones para creer que estaba presa del pánico.

> De rodillas te escribo y te pido que, si esperas misericordia en el [día del] Juicio Final, no me delates, no me conviertas en una vergüenza pública. (…) Estaré acabada. Estaré arruinada. ¿Quién me iba a creer? (…) Podría soportar cualquier cosa menos la ira de mi padre. Emile, no me causes la muerte. Si recibe esas cartas, no podré verlo nunca más. Ni a mi pobre madre. Nunca más la besaré… Sería una vergüenza para todos ellos.[239]

No cabe duda de que la solución de Madeleine a su dilema, el envenenamiento de Emile L'Angelier, fue el acto de una personalidad profundamente perturbada. Sin embargo, incluso si Madeleine estaba perturbada de verdad, desde el punto de vista patológico, no es menos obvio que sus acciones estaban enraizadas en el código de la clase media sobre la inocencia femenina. A la mujer joven se le recordaba una y otra vez la necesidad absoluta de mantener una reputación pura y sus temores respecto a esa reputación se centraban en el juez inmediato cuya aprobación y cuyas represalias más le importaban, su padre. Lo que impulsó a Madeleine Smith a asesinar fue el terror de que su padre descubriera que no era la hija pura e inocente que ella quería hacerle creer. Emile había visto con suficiente claridad que el miedo de Madeleine a su padre era, por su parte, su arma más poderosa. Lo que no alcanzó a comprender fue hasta dónde estaba dispuesta a llegar Madeleine para impedir que su padre se enterara de aquella aventura.

La hostilidad que hubiera hacia las dos jóvenes se hizo notar sobre todo en sus ciudades natales, donde sus familias y ellas eran conocidas. En el caso de Angélina, incluso aquellos que la acusaban de conducta «relajada» se inclinaban por excusarla y culpar a su madre. En otros lugares, los juicios sobre Madeleine y Angélina se acomodaron al estereotipo de la doncella irresponsable de clase media.[240] Las probadas habilidades de Madeleine para la interpretación dramática le resultaron muy útiles a este respecto y

aprovechó al máximo el escenario del tribunal para representar el papel de joven respetable y agraviada. El *Spectator* destacó la «perfecta compostura» de Madeleine, su atuendo «a la moda» y su «apariencia sumamente atractiva».[241] Señalando que su porte parecía abogar por su causa, relataba que «subió los escalones hasta el banquillo de los acusados con toda la prestancia con la que podría haber entrado al palco de un teatro».[242] Angélina tuvo menos suerte en este sentido, pues el sistema legal francés la obligaba a testificar ante el tribunal en lugar de crear solo una impresión con su presencia, pero la mayoría de la gente seguía dispuesta a ignorar sus provocaciones y a atribuir a Fétis el papel de seductor y corruptor, el «forastero» que se había atrevido a amenazar el orden social establecido.

Ambas jóvenes se habían embarcado en una aventura que las puso camino del enfrentamiento con unos padres cuya autoridad final temían y aceptaban al mismo tiempo, pero las desventajas relativas de Angélina eran evidentes y no se limitaban solo a las hijas de la burguesía provinciana. Incluso en la década de 1880, se señalaba con frecuencia la relativa sofisticación de las jóvenes inglesas en comparación con las francesas. «La muchacha inglesa está más *al día* con la vida que la francesa —apuntaba un comentarista francés —. Puede que sea igual de pura, pero es menos inocente, menos incólume y, en consecuencia, está en mejores condiciones para defenderse».[243]

Madeleine demostró que sabía caer de pie. Animada por la simpatía general de la opinión pública, fue capaz de escribir estas palabras al capellán de la prisión pocos días después de su liberación:

> Confío en que este doloroso e infeliz asunto acabe haciéndonos un gran bien a todos; veo que un sentimiento diferente invade ya nuestro círculo familiar. Me alegra mucho que todos lo consideren un infortunio enviado por Dios a causa de los errores y faltas del pasado y, si esta es la forma de acercar a una familia a los pies de Cristo, no me quejaré de las penas que ese triste acontecimiento

me ha costado.[244]

En cualquier caso, los Smith se fueron de Glasgow y al parecer buscaron perderse en el olvido tanto como pudieran. Las dos hermanas de Madeleine nunca se casaron. Ella misma se trasladó a Londres y allí encontró compañía en un círculo de artistas menos preocupados por la respetabilidad. En 1861 se casó con George Wardle, que se convirtió en un estrecho colaborador de William Morris. La pareja se instaló en Bloomsbury, tuvo dos hijos y se unió a la Liga Socialista con Morris. Tras la muerte de su marido, parece que Madeleine vivió sola durante varios años y luego, poco después del cambio de siglo, se mudó a Estados Unidos y volvió a casarse. Poco se sabe de su vida allí salvo que sobrevivió a su segundo esposo y siguió residiendo en Brooklyn, donde murió en la pobreza en 1928 a la edad de noventa y tres años.[245]

Angélina, como era de esperar, tuvo menos suerte. Como era habitual cuando se trataba de una joven heredera adinerada, recibió muchas cartas solicitando su mano en matrimonio, pero tal solución se consideró fuera de lugar. El padre de Angélina y los magistrados acordaron algo más discreto: la joven fue internada en un convento, donde se esperaba que el ambiente «más sano»[246] la beneficiara. Esta decisión tenía la ventaja añadida de alejar de la familia la figura de una criatura de lo más embarazosa.

Cuando intentaban explicar la conducta de Madeleine y Angélina, sus contemporáneos tenían mucha razón al señalar la literatura y las ideas románticas como influencias críticas, pero es curioso lo equivocados que estaban al considerar que solo habían creado en ellas una receptividad pasiva ante las pretensiones de los canallas. El hecho evidente de que ambas jóvenes se propusieran de manera activa encontrar un amante y construir su propia novela romántica era difícil de admitir, pues tal admisión implicaba el fantasma de una sociedad patas arriba en la que las hijas renegaban de la pasividad sexual y la dependencia. Los pocos que aceptaron la acción independiente de las propias acusadas se cuidaron de señalar que

las dos eran bichos raros. La señorita Smith, admitía el *Sentinel* de Glasgow, fue probablemente «tanto la seductora como la seducida. Y una vez apartado el velo del pudor, desde el principio muy fino y endeble, la mujer de fuertes pasiones y tendencias libidinosas se revela de inmediato». No obstante, y en tono tranquilizador, el periódico se apresuró a añadir que la señorita Smith era «uno de esos espíritus anormales que de vez en cuando surgen en la sociedad para sobresaltarnos y horrorizarnos y a los que, en los extremos de la depravación, puede llegar la naturaleza humana en algunas de sus aberraciones».[247] El consuelo que podía encontrarse en tales afirmaciones era ya incierto.

Hubo una reacción a los juicios que no se basó en imágenes estereotipadas de jovencitas respetables y fue, una vez más, la fascinación de las mujeres «reales» de clase media que acudieron en masa a los dos tribunales y se disputaban el sitio en los bancos reservados y en las tribunas públicas. La prensa de ambos países, pero sobre todo la inglesa, dejó constancia con desaprobación de la curiosidad de estas mujeres. Aunque ignoraban los motivos de los hombres, los periódicos insinuaban que los de las mujeres eran más que sospechosos. Destacando el gran número de mujeres que había entre los miles de personas que asistieron al juicio del caso Smith, un periódico las acusó de haber «deshonrado a su sexo» al «beber con avidez de esa repugnante correspondencia».[248] Unas cuantas protestaron por estas acusaciones en cartas a los periódicos y, aunque los verdaderos motivos de las mujeres solo pueden adivinarse, es probable que difirieran de los de los hombres. La explicación de que los juicios proporcionaban algún divertimento en unas vidas carentes de emoción solo es satisfactoria en parte. De forma similar pero más inmediata que la literatura, los juicios parecían facilitar una salida vicaria a las frustraciones. Las jóvenes acusadas habían vivido en la realidad lo que las espectadoras, en sus pensamientos más secretos, apenas se habían atrevido a imaginar.

Ninguno de los comentaristas de estos dos casos señaló que, para la mayoría de las «futuras esposas», la literatura romántica cumplía

la útil función de válvula de escape, una de las pocas formas de animar los aburridos años de espera hasta el matrimonio. Madeleine Smith y Angélina Lemoine fueron lo bastante imprudentes para tomarse esa literatura como un manual para la vida, pero sus sociedades seguían dispuestas a concederles el beneficio de la duda. La idea de que las mujeres respetables no eran responsables de su conducta permanecía intacta, pero el desafío a esa reconfortante convicción no tardaría en llegar.

[134] Lenore Davidoff estudia este sistema desde una perspectiva sociológica en *The Best Circles: Society Etiquette and the Season* (Londres: Croom Helm, 1973). El capítulo III, «The Anatomy of Society and Etiquette», es especialmente relevante; aunque se centra sobre todo en las capas superiores de las clases medias, gran parte del análisis puede aplicarse al resto. Para Francia, *La Bourgeoisie Parisienne de 1815 à 1848,* de Adeline Daumard (París: S. E. V. P. E. N., 1963), caps. 4-5, contiene mucha información útil sobre las costumbres respecto al matrimonio. Véanse también, de Theodore Zeldin, *France, 1848-1945*: *Ambition, Love and Politics,* vol. I (Oxford: Clarendon, 1973), segunda parte, y, de Barbara Corrado Pope, «Angels in the Devil's Workshop: Leisured and Charitable Women in Nineteenth-Century France and England», en *Becoming Visible,* edición de Renate Bridenthal y Claudia Koonz (Nueva York: Houghton Mifflin, 1977).

[135] Sarah Ellis, *Daughters of England* (Londres: Fisher, 1843), p. 459.

[136] El resumen que aquí se presenta se basa en las actas del juicio publicadas en *The Trial of Madeleine Smith,* edición de F. Tennyson Jesse, dentro de la serie Notable British Trials (Nueva York: Day, 1927). Existe material adicional, incluidas varias cartas inéditas de Madeleine Smith, en Peter Hunt, *The Madeleine Smith Affair* (Londres: Carroll and Nicholson, 1950), y en Nigel Morland, *That Nice Miss Smith* (Londres: Muller, 1957). El de Hunt es el mejor relato completo del caso.

[137] El relato que aquí se presenta se basa en el acta literal del caso en *La Gazette des Tribunaux;* el resumen en Armand Fouquier, *Les causes célèbres de tous les peuples,* 9 vols. (París: Lebrun, 1858-1874), vol. 7, cuaderno 35; y el dosier «Affaire Lemoine» de los Archivos departamentales de Indre y Loira, que recoge todos los interrogatorios preliminares llevados a cabo por el juez de instrucción (referido en lo sucesivo como «dosier Lemoine», con el número del documento citado).

[138] En un principio se encontraron más de doscientas cartas. Las que fueron presentadas como prueba se imprimieron expurgadas en la edición de Smith del juicio (*The Trial of Madeleine Smith,* ed. A. Duncan Smith; Edimburgo: Hodge, 1905) y posteriormente íntegras en la edición de Jesse. Algunas cartas adicionales se citan en Hunt y Morland.

[139] Madeleine destruyó todas las cartas de Emile. Las que se citan son copias de los borradores encontrados en la residencia del joven después de su muerte y que no se admitieron como prueba en el juicio, pero, por las respuestas de ella, es razonable suponer que las versiones que recibió Madeleine eran similares, si no idénticas.

[140] Por razones que quedarán claras, muchos de los periódicos locales, como la *Gazette,* el *Chronicle* y el *Sentinel,* todos ellos publicados en Glasgow, no simpatizaron con la señorita Smith, a diferencia de la prensa de otros lugares.

[141] Fouquier, p. 17.

[142] *Trial of Madeleine Smith,* p. 306.

[143] La reputación de Madeleine como una criatura extraordinaria que trascendió los límites de su tiempo se ha mantenido más viva que la de Angélina y cabe destacar hasta qué punto se ha considerado a la señorita Smith cualquier cosa menos un producto de su época. El decano de los escritores británicos de crímenes reales, William Roughead, decía en un prólogo al estudio de Peter Hunt sobre la señorita Smith: «Madeleine no es una doncella de su tiempo. Era una pagana de una época anterior, sin las ataduras y desdeñosa de las encorsetadas tradiciones de sus días» (p. vii). En su introducción a *The Trial of Madeleine Smith,* Jesse retrata a Madeleine, en cambio, como una joven que debería haber nacido en el siglo XX: una chica valiente y vital que tenía cualidades poco propias de una dama y nada victorianas, como la determinación, la pasión y la crueldad (pp. 1-38). En su reciente estudio del caso, Richard Altick defiende la imagen de la mujer trascendente: «Parte de su culpa, desde la perspectiva contemporánea, era ser desleal a su sexo; parte de la fascinación que ejerce en nosotros es que no estaba inhibida por la época en la que vivió» (*Victorian Studies in Scarlet;* Nueva York: Norton, 1970, p. 176). Obviamente, mi análisis discrepa de estas apreciaciones.

[144] Morland, p. 16.

[145] *Fraser's Magazine,* 31 (1845): 703-712.

[146] *Ibid.*, p. 703.

[147] *Ibid.*, p. 704.

[148] «The Glasgow Poisoning», *United Presbyterian Magazine,* 1 (1858): 383 y ss.

[149] Fouquier, p. 24; dosier Lemoine, doc. 72.

[150] Dosier Lemoine, doc. 158.

[151] *Trial of Madeleine Smith,* p. 321.

[152] «La vida entera de una muchacha, desde su infancia, estaba orientada al papel que debía representar en este teatro del estatus. Aunque el matrimonio era la mejor oportunidad que tenía para ampliar su papel, no era ni mucho menos el final de la obra. Era la progresión a través de etapas claramente delimitadas en el paso de un estatus al siguiente lo que hacía que su vida fuera tan distinta de la de sus hermanos. También hacía que cualquier tipo de educación que hubiera recibido careciese de sentido para su vida futura. Desde el momento en que una niña entraba en la escuela, a los cinco años más o menos, hasta que salía a los diecisiete o los dieciocho, no había nada que marcara su progreso en forma de promociones, certificados o tan siquiera un cambio en la vestimenta. Más avanzado el periodo, a algunas las enviaban a internados lejos de su casa, sobre todo durante la adolescencia media, o incluso al continente. A algunas se les asignaban ciertas responsabilidades añadidas en el hogar, en relación con la gestión de la casa o, menos a menudo, con los niños más pequeños» (Davidoff, p. 51). Davidoff señala más adelante que un sociólogo de la educación «ha argumentado que la situación en el aula crea ciertas "capacidades psicológicas" que dan a los niños "las habilidades para participar en tipos de universalismo no familiares". Salir de casa y embarcarse en tareas graduadas en compañía de treinta o más compañeros del mismo estatus e igual responsabilidad "proporciona la primera experiencia prolongada de impersonalidad" y enseña a los niños a lidiar con la atención segmentada, a cortar relaciones sin sentirse personalmente despojados» (p. 93). Davidoff opina que los «típicos internados privados más pequeños y las escuelas de etiqueta difícilmente podían sustituir» (p. 93) esta formación, aunque sin duda proporcionaban elementos que daban al menos a algunas mujeres —Madeleine Smith incluida— experiencia en el trato con relaciones de autoridad no familiares.

[153] «A Woman's Thoughts About Women», *Chambers' Journal of Popular*

Literature, 6 (1857): 273 y ss.

[154] *Ibid.*, p. 274.

[155] «Paying Daughters», *National Magazine,* 2 (1857): 31.

[156] *Ibid.*

[157] Citado en Hunt, p. 61.

[158] Cit. en Morland, p. 47.

[159] Un análisis de parte de esta literatura se puede encontrar en C. Willett Cunnington, *Feminine Attitudes in the Nineteenth Century* (Londres: Heinemann, 1935), esp. caps. 5 y 6.

[160] Cit. en Hunt, p. 38.

[161] Dosier Lemoine, doc. 158.

[162] Véase Zeldin, pp. 315-342, respecto a los hijos, y Sylvaine Marandon, *L'Image de la France dans l'Angleterre victorienne* (París: Colin, 1967), pp. 259-307, respecto a la familia.

[163] Dosier Lemoine, doc. 104.

[164] *Ibid.*

[165] *Ibid.*

[166] Fouquier, p. 11.

[167] Dosier Lemoine, doc. 137. El juez le recordó su comentario en el juicio: «"Mi embarazo —dijo usted— no era algo indudable, pero era la única forma de completar mi novela". Y utilizó usted expresiones que ningún magistrado se inventaría» (Fouquier, p. 12).

[168] Cit. en Hunt, p. 36.

[169] *Ibid.*, p. 37.

[170] *Ibid.*, p. 39

[171] Un artículo típico, «Women as They Are and Might Be», apareció en el *Lady's Companion,* noviembre de 1857, pp. 240-246. «No es el hombre sino el estatus lo que se enseña a las mujeres que debe preocuparles. (…) Lo único que le importa a la gente es lo que el hombre *posee*» (pp. 242 y ss.).

[172] *Trial of Madeleine Smith,* p. 323.

[173] *Ibid.*, p. 315.

[174] *Ibid.*, p. 305.

[175] *Ibid.*, p. 306.

[176] Cit. en Morland, pp. 46 y ss.

[177] *Ibid.*, p. 47.

[178] Cit. en Hunt, pp. 52 y ss.

[179] *Ibid.*, pp. 53 y ss.

[180] *Trial of Madeleine Smith,* pp. 308 y ss.

[181] *Ibid.*, p. 309.

[182] Cit. en Hunt, pp. 83 y ss.

[183] *Trial of Madeleine Smith,* pp. 319-321. Esta extensa carta reiteraba temas anteriores sobre la necesidad de que Madeleine les allanase el camino hacia el matrimonio, ahora más que nunca, pero Emile parece lamentar de verdad el haberse dejado llevar: «Jamás repetiré lo que hice hasta que estemos formalmente casados. (…) Hicimos mal. Que Dios nos perdone por ello. Mimi, nos hemos amado ciegamente. Es culpa de tus padres si el resultado es la vergüenza; ellos tienen la culpa de todo. (…) ¡Ay! Mimi, sé valiente por una vez, no les tengas miedo: diles que eres mi esposa a los ojos de Dios». Emile sigue sin fiarse de Madeleine, y con razón: «No puedo evitar dudar de tu palabra sobre los coqueteos. (…) Mimi, a la menor cosa que oiga que haces, ese día será el último de nuestro *vínculo,* eso te lo juro. Eres mi esposa y tengo derecho a esperar de ti el comportamiento de una mujer casada; si no, no tienes honor».

[184] Véase *Trial of Madeleine Smith,* pp. 8-12.

[185] Dosier Lemoine, doc. 132.

[186] *Ibid.,* doc. 104; Fouquier, p. 12.

[187] Dosier Lemoine, doc. 73.

[188] *La Presse,* 10 de diciembre de 1859.

[189] *Le Figaro,* 14 de diciembre de 1859.

[190] Dosier Lemoine, doc. 127.

[191] *Ibid.,* doc. 110.

[192] *Ibid.*

[193] *Ibid.*, doc. 127.

[194] *Ibid.*

[195] *La Gazette des Tribunaux,* 10 de diciembre de 1859.

[196] Dosier Lemoine, doc. 110.

[197] *Trial of Madeleine Smith,* p. 316. Como era habitual en Madeleine, incluso esta importante carta la adornó con trivialidades y bromas: «No sabía (o no lo habría hecho) que tendrías que pagar un franqueo extra por mis estúpidas y frías cartas; no volverá a ocurrir. (…) Sé que no puedes confiar demasiado en mí. Pero, querido, no coquetearé. No creo que sea correcto por mi parte. Tan solo debería ser simpática con los caballeros. Libertades en la conversación con ninguno, mi amor, salvo contigo» (p. 317). También hace la promesa habitual de contárselo todo a sus padres y facilitar su matrimonio, pero advierte: «Consideraré lo de contárselo a mamá. Pero no albergo ninguna esperanza con respecto a ella, sé cómo piensa. Tú, por supuesto, no puedes opinar sobre mis padres. No los conoces» (p. 317). Su sensación de triunfo en el asunto de su relación amorosa es clara, como lo es la falta de sinceridad en sus reiteradas y formularias referencias a su futura vida juntos: «Dime, mi amor, ¿te enfadaste conmigo por permitirte hacer lo que hiciste?, ¿estuvo muy mal por mi parte? Supongo que deberíamos haber esperado a casarnos. Siempre recordaré lo de anoche. ¿No hablaremos a menudo de nuestros encuentros nocturnos después de casarnos? (…) Adiós de nuevo, esposo mío. Que Dios te bendiga y te guarde. Y que aún seas muy muy feliz con tu Mimi como tu mujercita» (pp. 317 y ss.).

[198] *Trial of Madeleine Smith,* p. 237. La tesis del brillante abogado defensor de Madeleine, el decano de la facultad John Inglis, era, en efecto, que quien fuere una «muchacha discreta, confiada y cariñosa, la gala y el orgullo de su feliz hogar» (p. 233) había sido víctima de un «desaprensivo don nadie» que era «vanidoso, engreído, pretencioso, con una gran opinión de sus propios atractivos personales y una absurda expectativa de causar admiración en el otro sexo» (p. 234). Explicar el tono de las cartas de Madeleine, así, era más fácil. Como prosigue Inglis: «Y lo corruptora que debió de ser esa influencia, lo viles que fueron las artes a las que recurrió para alcanzar su nefasto propósito, jamás podrá probarse tan bien como por el tono y el lenguaje alterados de las cartas de la infeliz acusada. No solo había perdido su virtud, sino, como dijo el procurador de Su Majestad, su sentido de la decencia. Caballeros, ¿de quién fue la culpa, de quién ha sido esto obra? ¿Creen ustedes que, sin ninguna tentación, sin esas perversas enseñanzas, una pobre muchacha caería en tales abismos de

degradación? No. La influencia externa —la influencia más corruptora— es lo único que puede explicar semejante caída. Y, sin embargo, en el corazón de esta espantosa correspondencia (…) respira un espíritu de devoto afecto hacia el hombre que la había destruido y que me parece de lo más conmovedor» (p. 237). Madeleine, así, podía nadar y guardar la ropa: era inocente de haber iniciado la relación sexual e incluso ganaba crédito por ser una imaginada esposa obediente. Y, por supuesto, Inglis argumentaría que también era inocente del asesinato y que el veleidoso L'Angelier, del que se sospechaba que se había «medicado» con sustancias extrañas, se había quitado la vida.

[199] *Ibid.*, p. 295.

[200] *Ibid.*, p. 317. La respuesta de Emile demostraba cierta preocupación por lo que decía Madeleine y por las posibles consecuencias de su acto: «No entiendo, mi amor, que no sangraras, pues toda mujer que conserva la virginidad debe sangrar. Tienes que haberlo hecho en otra ocasión. Intenta recordar si alguna vez te has hecho daño al lavarte, etc. Lamento que te doliera. Espero, querida, que estés mejor. Confío, mi vida, en que no estés… Asegúrate de decírmelo de inmediato la próxima vez que te pongas mala y si es en tu tiempo habitual» (p. 320).

[201] *Ibid.*, p. 336.

[202] *Ibid.*, p. 346.

[203] William Acton, *The Functions and Disorders of the Reproductive Organs in Childhood, Youth, Adult Age and Advanced Life, Considered in their Physiological, Social, and Moral Relations* (Filadelfia: Blakiston, 1857), cit. en el voyerista pero útil estudio de Ronald Pearsall, *The Worm in the Bud: The World of Victorian Sexuality* (Nueva York: Macmillan, 1969), p. 41.

[204] Steven Marcus documenta la inmensa popularidad de la obra de Acton en su *The Other Victorians* (Nueva York: Basic Books, 1966), pp. 1-33, pero señala que, a pesar del título, el libro dedica poca atención a las mujeres. Acton, en cualquier caso, parece haber estado describiendo menos un estado de cosas que un estado de opinión, y uno que no compartían ni toda la comunidad médica ni mucho menos las clases medias en general. Patricia Branca ha señalado hace poco que la censura sexual de gran parte de la literatura de la época estaba dirigida a las jóvenes solteras y que muchas autoridades consideraban las relaciones sexuales

habituales dentro del matrimonio saludables para ambos sexos. Sostiene también que la abundante documentación sobre la creciente preocupación de las mujeres por su aspecto físico y tanto hablar sobre el coqueteo —Madeleine no era una excepción— es una prueba de la aceptación de la sexualidad. Por último, Branca afirma que la adopción generalizada de métodos anticonceptivos en las clases medias rebate la idea de que la abstinencia o el *coitus interruptus* deben aceptarse como la única forma de las personas respetables de limitar la familia (*Silent Sisterhood: Middle-Class Women in the Victorian Home;* Pittsburgh: Carnegie-Mellon University Press, 1975, cap. 7]. En otras palabras, sin insistir en que las mujeres victorianas fueran unas auténticas entusiastas del sexo, estudios recientes socavan la imagen de la mujer victoriana asexuada y sugieren también que buscaban mejorar la calidad del sexo para ellas mismas dentro del matrimonio. Véase también Carl N. Degler, «What Ought to Be and What Was: Women's Sexuality in the Nineteenth Century», *American Historical Review,* 79 (diciembre de 1974), pp. 1467-1490.

[205] *Spectator* 30 (1857): 729.

[206] Cit. en Hunt, p. 62. Madeleine prosigue: «Mi corazón arde esta noche de amor por ti —me excito mientras te escribo—; anhelo ser tu esposa, entonces no habrá peligro en que nos *amemos* el uno al otro».

[207] *Trial of Madeleine Smith,* p. 321.

[208] Dosier Lemoine, doc. 110.

[209] Cit. en Hunt, p. 61.

[210] *Ibid.,* p. 91.

[211] *Trial of Madeleine Smith,* p. 353.

[212] Cit. en Hunt, p. 61.

[213] *Ibid.*, p. 62. Y además le confió: «Me entristece decirte esto, pero sé que me querrás por la situación en la que estoy respecto a papá. A él no le importa lo que yo diga. Aunque le asegure que estoy decidida, no le importa. Tiene un carácter obstinado, es como el resto de la gente de Glasgow. Quiere coraje. No creo que entienda el cálido amor de los jóvenes. Ha olvidado todas sus pasiones juveniles. Esa noche se las traje a la memoria, pero no le importó [atención a esto]». Por supuesto, Madeleine afirmaba entender a su padre, al tiempo que negaba que Emile lo comprendiese, y si nuestro argumento es cierto —que sus

enfrentamientos con su padre no eran reales, como intentaba hacer creer a su amante—, entonces la fantaseada intensidad de la negativa de su progenitor a consentir el matrimonio podría significar que, de manera inconsciente, quería a su padre para ella misma.

[214] *Trial of Madeleine Smith,* p. 387.

[215] Fouquier, p. 22.

[216] *Ibid.*

[217] *Ibid.*

[218] La carta fue leída como prueba en el juicio. «No puedes dudar que, desde el día de mi partida, he conocido la pena más profunda que jamás pueda tener un hombre, sobre todo cuando pienso en cómo me obligaron a separarme de ti sin tener la alegría de estrecharte de nuevo contra mi corazón y darte un beso del más puro amor y afecto. (…) Me preocupa mucho no saber cómo te trata tu madre, cómo te mangonea. Estoy convencido de que te estará cubriendo de reproches, pero procura no hacerle caso, no te angusties, es lo único que te pido. Si pudiera ser como los pájaros, volaría raudo a tu lado para compartir las penas que estás sufriendo… Escríbeme unas líneas, ángel mío, para tranquilizarme respecto a lo que está ocurriendo entre tu madre y tú. Eso me haría muy feliz y no te sería difícil, ya que puedes escribir las cartas en tu vestidor y dárselas a tu profesor de música, que seguro que las envía, pues será él quien te haya dado esta a ti» (Fouquier, p. 8). Es posible que el profesor de música se echara atrás, ya que fue el sastre viudo que vivía en la propiedad de los Lemoine quien aceptó el encargo. Una vez iniciado el proceso judicial, este pobre hombre, humillado por su papel en el asunto, intentó suicidarse. Testificó con la mandíbula vendada. Jean, mientras tanto, incapaz de conseguir buenas referencias, se había marchado de la ciudad para buscar trabajo. Una nota desesperada que envió a su hermano sugiere que incluso su propia familia se negaba a tratar con él. Esta es la única carta de Jean incluida en el dosier que escribió él mismo. Se queja de que no puede hacer trabajos de campo, ya que el polvo y el calor le irritan los ojos, y suplica noticias de Angélina. Ya estará, dice, en los últimos días: «Podría morir y no me habéis dicho nada sobre el parto» (dosier Lemoine, doc. 165).

[219] Fouquier, p. 11.

[220] *Ibid.*, p. 13.

[221] *Ibid.*, p. 3.

[222] Dosier Lemoine, doc. 159.

[223] *Ibid.,* doc. 162.

[224] *Ibid.*, doc. 156.

[225] *Ibid.,* doc. 157.

[226] *Ibid.,* doc. 163.

[227] *Ibid.,* doc. 158.

[228] *Ibid.,* doc. 139.

[229] *Ibid.,* doc. 140.

[230] *La Presse,* 20 de octubre de 1857.

[231] *Ibid.*

[232] Fouquier, p. 24.

[233] *Ibid.*, p. 30. Al igual que el abogado defensor de Madeleine, Charles Lachaud adoptó la tesis de la seducción, pero su tarea era más difícil en vista de los testimonios tanto de Fétis como de Angélina. «¿Se trata de una violación? No, no según la ley de los hombres, pero según la ley de Dios, sin duda lo es. Hay una edad, una edad difícil, en la que las jóvenes experimentan sensaciones misteriosas. Un desgraciado se aprovechó de la disposición de esta muchacha inocente y frívola, que estaba destinada a sucumbir si la honestidad del hombre no la protegía». En la defensa de ambas mujeres, cuyas historias eran muy diferentes, Lachaud asumió la mayor parte del relato de la señora Lemoine y argumentó que la madre, al silenciar el asunto y destruir el cadáver de un niño que había nacido muerto, estaba cumpliendo con un deber sagrado: «Esta madre fue más fuerte que una mujer, más valiente que un hombre, actuó con una virilidad que inspira temor; sí, lo reconozco, actuó con un vigor inspirado en la edad clásica; ¡tenía una hija que salvar!» (Fouquier, p. 31). Lachaud tachó todo el comportamiento de la señorita Lemoine de irresponsable y las declaraciones incriminatorias contra su madre, de absurdos cuentos de niños. Señaló, astuto, que los magistrados de la investigación preliminar no habían seguido la práctica habitual de confrontar a la madre y a la hija con sus historias contradictorias por miedo a que Angélina se derrumbara y volviera a la versión de los hechos de su madre. El alegato de Lachaud fue recibido con estallidos de vítores y aplausos, pero se hizo notar que el público estaba formado en su mayoría por forasteros,

muchos de ellos mujeres de París que habían viajado a Tours solo para asistir al juicio. Esta gente tenía criterios distintos de los de los ciudadanos de Chinon para juzgar el comportamiento de la señora Lemoine. El juez que presidía el tribunal, enfurecido por el alboroto, los acusó de estar pagados, pero su conducta reflejaba más bien un nuevo código burgués que avalaba cualquier medio para defenderse del escándalo (Fouquier, p. 32).

234 El redactor de *Le Figaro* (14 de diciembre de 1859) comentó: «No conozco nada más lamentable que la posición de esta infeliz madre, sometida a la opinión de una población provinciana celosa y amante del chismorreo». *La Presse* (11 de diciembre de 1859) se compadecía de la madre y aventuró la opinión de que su celebridad, por desgracia, estaba destinada a perseguirla. El periódico local de Tours, el *Journal de l'Indre-et-Loire* (10 de diciembre de 1859), anunció que se abstenía de publicar el acta de acusación debido a los «detalles indecorosos» y señaló que Angélina había crecido de una forma que demostraba el «deplorable abandono» de su madre.

Varios periódicos londinenses, entre ellos el *Times* (12 de noviembre y 14 de diciembre de 1859), dieron cumplida cuenta del caso y la *Saturday Review* (17 de diciembre de 1859) indicó que se abstendría de censurarlo: «Menos aún nos parece un texto adecuado para una pesada homilía sobre la excelencia, en comparación, de la educación y la moral hogareña inglesas. Solo en lo que respecta al delito, no estamos en posición de lanzar piedras». Sin embargo, la revista se había distanciado en cierto modo de su apoyo, si bien reservado, a la absolución en el caso de Madeleine Smith. «Debemos recordar que precisamente la misma clase de motivos que llevaron a un jurado escocés a declarar no probada la culpabilidad de Madeleine Smith ha pesado en el jurado de Tours para absolver a Angélina Lemoine. En ambos casos, el carácter miserable del amante salvó a la acusada. Es decir, tanto en Escocia como en Francia una especie de galantería sentimental se consideró motivo suficiente para desatender las pruebas». Así fue y, al menos en Inglaterra, había indicios de una nueva desconfianza hacia la supuesta inocencia de las jóvenes.

235 «Me quedé perpleja al ver que me devolvías mi última carta. (…) Puede que te sorprenda, pero me has devuelto mis cartas más de una vez y ya había decidido no volver a soportarlo. Y también me molestó mucho tu conducta del sábado al acercarte tanto a mí. En suma, creo que debido a la frialdad y a la indiferencia (nada más) será mejor que en el futuro nos consideremos como extraños. Confío, por tu honor de caballero, en que no revelarás nada de lo que haya podido ocurrir

entre nosotros. Te agradeceré que me devuelvas mis cartas y mi retrato el jueves por la tarde, a las siete. (…) Tal vez te asombre este repentino cambio, pero desde hace algún tiempo debes de haber notado la frialdad de mis notas. Mi amor por ti ha terminado y por eso me mostraba fría. (…) Lo que ha pasado no lo mencionarás. Cuando te lo pido es porque sé que cumplirás. *Adieu*» (*Trial of Madeleine Smith,* pp. 373 y ss.).

[236] *Trial of Madeleine Smith,* p. 375.

[237] Peter Hunt presenta esta hipótesis (pp. 117 y ss.).

[238] Después del juicio, el pastor de Emile en la iglesia episcopal de San Judas, en Glasgow, se presentó para decir que L'Angelier le había dicho que creía estar legalmente casado según la ley escocesa (Hunt, p. 79).

[239] *Trial of Madeleine Smith,* pp. 376 y ss.

[240] El *Times* (10 de julio de 1857) calificó la conducta de L'Angelier de «vil y en extremo impropia de un hombre» y se mostró de acuerdo con el veredicto. Como muchos, el *Times* sospechaba que Madeleine había cometido los hechos, pero la excusaba (aunque sin entusiasmo) como víctima de seducción: «Un tal señor Minnoch se le había declarado con toda inocencia y, a pesar de los encuentros furtivos y los héroes de internado, ella prefirió a un responsable hombre de negocios de Glasgow antes que a un oficinista francés que ganaba treinta libras al año y que presumía ante todo el mundo de sus éxitos con las mujeres en general y con ella en particular». El *Examiner,* el *North British Daily Mail,* el *Guardian,* el *Illustrated London Times* y, de hecho, la mayoría de los periódicos ingleses, así como los diarios de Edimburgo, aceptaron el veredicto y o bien argumentaron la inocencia de Madeleine o sostuvieron que, si era culpable, su víctima se merecía lo que le pasó. La revista médica *Lancet,* adoptando la línea de que Madeleine fue seducida y corrompida, reservó sus palabras más duras para L'Angelier, el «miserable petimetre». Destacando que «parece haber sido un lechuguino vanidoso e impulsivo», el *Lancet* sugería que su muerte fue el resultado de tomar arsénico con fines cosméticos «en sus ansias por recuperar su afecto [el de Madeleine] mediante la buena apariencia con la que una vez se la había ganado» (18 de julio de 1857, p. 64).

No obstante, casi todos los relatos expresaban una considerable alarma por las revelaciones sobre el comportamiento de Madeleine y lo que estas sugerían tanto sobre los males ocultos en el seno de una sociedad decente como sobre las

insuficiencias de la educación femenina. El *Guardian* de Mánchester (15 de julio de 1857) se quejaba: «Es la moda de nuestro tiempo liberar a las jóvenes de todas las ataduras. Pueden leer novelas francesas, elegir a sus propias amistades y decidir por sí mismas mil cuestiones que sus abuelas ni habrían soñado en proponer a sus hijas». El *Illustrated London Times* (11 de julio de 1857) también daba voz a esta inquietud ante el cambio: «No podemos sino pensar que entre nuestras clases "respetables" prevalece una falta de confianza entre padres e hijos en los asuntos del corazón que es doloroso contemplar. Un "buen partido", por supuesto, se presenta debidamente en el salón y se recomienda a las hijas y todos los demás afectos se ignoran, aunque debe de saberse muy bien que existen. La mundanidad es la regla y de ahí que la mundanidad se vea sacudida de vez en cuando por la tragedia. (…) La cuestión de la relación entre los sexos, en su totalidad, y los aspectos vitales que implica, es descuidada por aquellos que se considerarían agraviadísimos si sus hijas no aprendieran música y bordado. Ejemplos tan terribles como este de Glasgow deberían enseñar a la gente —sobre todo a los cabezas de familia— a cuidar más de lo que podría llamarse la educación sentimental de sus vástagos. (…) Sobre todo, que se atiendan las lecciones de nuestros moralistas en materia de matrimonio y que la sociedad deje de tratar el casamiento de las hijas como un mero trámite que responde a la colocación [de] los hijos en una profesión».

El *Scotch Thistle* (18 de julio de 1857) fue uno de los únicos periódicos de Edimburgo que condenó la simpatía popular por Madeleine, aunque, como muchos de los periódicos escoceses, se unió al coro de ataques a la moda de enviar a las hijas a la escuela lejos de casa, ya fuera a Londres o al continente. El *Ayrshire Express* (11 de julio de 1857) encontraba la explicación de la caída de Madeleine en esos internados «dirigidos por institutrices o actrices extranjeras (no está muy claro qué son) y en los que se leen elegantes selecciones de libros de viajes, etc., por lo que el uso del arsénico (entre otras cosas) (…) por parte de los campesinos estirios, desaliñados y jadeantes, se imprime indeleblemente en la imaginación femenina juvenil [se demostró que Madeleine había leído artículos sobre la adicción al arsénico en el *Chambers' Journal* y en la *Blackwood's Magazine*]; a lo que, sin duda, se permitirá añadir el debido suplemento de novelas populares y charlas "sobre el matrimonio" con insinuaciones de actrices consumadas sobre el uso de cosméticos para el único gran y apasionante objetivo de su existencia».

[241] *Spectator,* 30 (1857): 27.

[242] *Ibid.*

[243] Max O'Rell, *Les Filles de John Bull* (París: Lévy, 1884), p. 33.

[244] Cit. en Hunt, p. 188.

[245] La reseñable capacidad de Madeleine para recuperarse de sus pérdidas no debería ocultar el hecho de que sus planes de vida eran muy diferentes. Ella tenía intención de casarse con William Minnoch, el pretendiente aprobado por su padre, y estuvo a punto de hacerlo. Un tal señor de Mean, canciller del cónsul francés y el único testigo que conocía tanto a L'Angelier como al señor Smith, declaró en el juicio que poco después de la muerte de Emile había visitado al señor Smith para informarle de que se habían encontrado ciertas cartas de Madeleine en la residencia del fallecido. De Mean ofreció sus servicios a Smith para recuperar esas cartas antes de que cayeran en manos de las autoridades, pero Smith, ajeno a la gravedad del asunto, se limitó a asentir sin hacer un seguimiento personal del tema. El testimonio de De Mean indica claramente que consideraba la situación tan delicada que no advirtió lo bastante al señor Smith sobre las cartas. Dado que L'Angelier había hecho creer a De Mean que el señor Smith era del todo consciente de la relación entre Madeleine y él, De Mean supuso que el señor Smith habría actuado con prontitud para recuperar él mismo las cartas. Si lo hubiera hecho, quizá Madeleine nunca habría ido a juicio. Se habría casado con Minnoch y habría conservado una reputación intachable. Pero no tuvo esa suerte. (Cit. de Mary S. Hartman, «Murder for Respectability: the Case of Madeleine Smith», *Victorian Studies,* 16, n.º 4 [junio de 1973]: 400).

[246] Fouquier, p. 32.

[247] *Sentinel,* 11 de julio de 1857.

[248] *Daily Express,* 11 de julio de 1857.

3
Las excepcionales parias

Los casos de Célestine Doudet y Constance Kent

Si la mayoría de las mujeres de clase media ponían fin a sus años de espera casándose en algún momento a principios o mediados de la veintena, para algunas estos se prolongaban durante toda la vida. El porcentaje de mujeres solteras en Inglaterra y Francia fue bastante considerable y constante a lo largo del siglo XIX. En Inglaterra, alrededor del quince por ciento de todas las mujeres llegaban a los cincuenta años sin haberse casado, frente al doce por ciento de los hombres. En Francia las cifras eran algo más bajas, un doce por ciento para las mujeres y un once por ciento para los hombres.[249] Aunque la tasa de matrimonio entre las mujeres de clase media podía ser algo más alta, seguía habiendo, según la condescendiente expresión popular, muchas «flores sin deshojar». En una época que exaltaba el matrimonio como única y natural vocación de la mujer y que, hasta bien pasado el medio siglo, limitaba el empleo femenino respetable a una especie de enseñanza mal pagada, la soltería no pudo ser a menudo un estado libremente elegido.

La mujer soltera asumió el estatus de problema social reconocido más rápido en Inglaterra que en Francia, no porque allí se diera un gran aumento del porcentaje de mujeres solteras, probablemente, sino porque eran más visibles en una sociedad en crecimiento que se urbanizaba a mayor velocidad.[250] La Francia más rural daba la apariencia de una sociedad en la que todas las mujeres se casaban y, además, las solteras no ejercían esa mayor libertad que contribuía a la visibilidad de sus congéneres inglesas. Viajeros como la señora Trollope, que visitó Francia en la década de 1830, señalaron que a los franceses les gustaba presumir de que, al contrario que en

Inglaterra, ellos «no tenían solteronas»; y Trollope, al menos, estaba de acuerdo. Comentó que una amiga suya de París afirmaba que solo había conocido a una mujer francesa soltera, ¡una desafortunada criatura que se ahogó![251]

En Inglaterra, sobre todo, se habló mucho del problema de un «excedente» de población femenina que aumentaba las cifras de mujeres solteras. Era cierto que las mujeres superaban en número a los hombres de forma más acusada allí que en Francia, más que nada porque la emigración desde Inglaterra, mucho más numerosa, era predominantemente masculina. A mediados de siglo, cuando los datos del censo inglés revelaron que había más de medio millón más de mujeres que de hombres, se suscitó un enorme clamor sobre lo que debía hacerse con la denominada mujer sobrante.[252] Incluso se propusieron planes para deportar y reasentar a montones de estas mujeres. Algunos críticos, al menos, reconocieron que el problema más urgente no era encontrar maridos para las mujeres, sino formarlas y ofrecerles oportunidades decentes de empleo. Pero este estigma de «sobrantes», sobre todo para la mujer de clase media, era difícil de eludir. En Francia, donde las mujeres solteras aún podían desempeñar un papel activo y productivo dentro de una economía interior más tradicional, se oía hablar menos de excedentes.

El índice exacto de mujeres solteras de clase media y las posibles causas específicas relacionadas con la clase no son fáciles de precisar al no haber estadísticas diferenciadas por clases sociales. No obstante, si la soltería era una condición que posiblemente escapaba al control de la mayoría de las mujeres que la vivían, seguía estando sujeta a la decisión humana. Demasiado a menudo se descuida, en las consideraciones sobre la difícil situación de las mujeres solteras de clase media, el papel de los padres y su influencia en si sus hijas se casarían o no. Es cierto que su intervención en la elección real había disminuido de forma considerable en Inglaterra a mediados de siglo y que algo más tarde, en Francia, las hijas adquirieron un papel más activo en la elección de sus maridos. Sin embargo, los padres

mantenían un control considerable, ya que su situación financiera y su apoyo seguían siendo un factor real. En Francia, donde el sistema de dote pervivió durante todo el siglo, la capacidad de una mujer para casarse dependía en gran medida de si sus padres habían ahorrado una suma para ella y casarse «bien» dependía casi en exclusiva de una dote cuantiosa. En Inglaterra, aunque las dotes formales habían dejado de ser costumbre, las capitulaciones matrimoniales eran habituales entre las clases medias más adineradas. En cualquier caso, conseguir que una hija fuera cortejada y se casara suponía un gasto considerable para los padres.

A pesar del aumento de los ingresos en general, las familias de clase media del siglo XIX se enfrentaban a circunstancias cambiantes y a nuevas inseguridades respecto a esos ingresos, así como a presiones para «mantener las apariencias» que podían poner en riesgo las posibilidades de casarse de una hija. En Francia, la ley sí ayudaba a las jóvenes hasta el punto de garantizar un reparto bastante equitativo de la herencia entre todos los hijos de una familia, una parte de la cual solía entregarse a las hijas en el momento del matrimonio como dote. En Inglaterra no existía una protección similar para ellas y una mujer recibía su herencia por lo general años después de casarse. Dada la creciente necesidad de educar a los varones si querían ganarse una posición en el nuevo mundo empresarial y profesional, es más que probable que una familia con recursos económicos limitados sacrificara la parte de una hija para asegurar el ascenso de un hijo. Es imposible saber a ciencia cierta con qué frecuencia tales sacrificios reducían o eliminaban por completo las oportunidades de las hijas de clase media de contraer matrimonio. Sin embargo, los abundantes retratos literarios de tías solteras ocupadas en tareas domésticas no remuneradas en casa de sus parientes, cuidando de padres enfermos o haciendo las veces de maestras de los hijos de un hermano resultan demasiado familiares para desdeñarlos.

Las decisiones financieras discriminatorias no eran el único medio por el que los padres podían poner en peligro las perspectivas

matrimoniales de sus hijas. Las prácticas comunes de crianza de la clase media parecen haber contribuido a ello, aunque las pruebas concretas son, una vez más, difíciles de conseguir. A pesar de las recientes investigaciones, las prácticas de crianza de la clase media en el siglo XIX, al igual que los hábitos sexuales, siguen siendo un misterio. Sabemos que los niños eran objeto de una atención cada vez mayor a medida que avanzaba el siglo y que sus padres, según muchos indicadores, eran cada vez más solícitos con ellos. No es sorprendente que sepamos mucho más sobre los hábitos de crianza aconsejados que sobre los reales, al igual que sabemos más sobre el comportamiento sexual recomendado. Las clases medias, celosas de la privacidad comprada por una relativa seguridad económica y libres de las intromisiones de los comités gubernamentales que examinaban los hogares de la clase trabajadora, consiguieron guardar muchos secretos sobre sí mismas. Estudios recientes sobre la infancia, además, han tendido a ignorar o a menospreciar las pruebas que existen sobre las diferencias en el trato y las actitudes hacia las niñas en particular.[253]

Los casos que se van a tratar aquí tienen la ventaja de irrumpir de golpe en dos hogares de clase media y cada uno de ellos proporciona algunos atisbos de lo que ocurría tras las puertas normalmente cerradas del salón y la habitación de los niños. Las acusadas, dos mujeres solteras de veintiuno y treinta y siete años, eran al mismo tiempo agentes y víctimas de un sistema de incomprensión, negligencia y maltrato infantil dentro de su clase. Ambas fueron acusadas de causar la muerte de una criatura: su conducta sin duda era resultado, en parte, de circunstancias que distaban mucho de ser típicas. No obstante, sus historias —y las de los niños y adultos que las rodeaban— pueden servir para comprender mucho de lo que conformaba el tejido de la existencia de otras jóvenes más corrientes cuyas posibilidades de cumplir con la única vocación que la sociedad aprobaba para ellas, el matrimonio y la maternidad, se veían comprometidas por sus padres, bienintencionados o no.

Las protagonistas de estos dos dramas, Constance Kent y Célestine Doudet,[254] fueron en efecto relegadas al celibato mucho antes de los acontecimientos que las expusieron a la atención pública. A ambas solían tacharlas de criaturas sosas y poco atractivas de carácter tranquilo; las dos tenían fama de mostrar una «vena cruel» desde la primera infancia y se consideraba que habían exhibido actitudes o comportamientos sexuales peculiares. También había otros parecidos. Ambas habían vivido en Inglaterra y en Francia durante mucho tiempo, se creía que eran profundamente religiosas y habían tenido la desgracia de perder a uno de sus padres en una etapa crítica. Aun así, en muchos aspectos, quizá los más importantes, Constance Kent y Célestine Doudet eran diferentes.

La señorita Doudet, antigua institutriz que dirigía una pequeña escuela diurna en la vía Odiot de París, fue juzgada en esta capital en 1855 por cargos relacionados con el maltrato físico de cuatro de sus pupilas y la muerte de una quinta, todas ellas hijas de un médico inglés que las había puesto a su cuidado. La acusada, una mujer muy culta con credenciales impecables para su cargo, insistió en que la niña fallecida había muerto por causas naturales relacionadas con un caso grave de tosferina. Sostuvo, asimismo, que la condición demacrada de las otras chiquillas no era el resultado de malos tratos por su parte, sino más bien el producto de sus propios hábitos peculiares, exacerbado por el severo régimen prescrito por su padre, médico homeópata. La señorita Doudet se declaró inocente de los cargos de maltrato y homicidio involuntario.

Constance Kent se declaró culpable del delito más atroz de homicidio voluntario perpetrado en junio de 1860 contra Francis Savile Kent, su hermanastro de tres años y medio. Sospechosa del crimen en aquel momento, Constance, con dieciséis años, fue detenida por los investigadores de Scotland Yard que fueron requeridos en el lugar de la tragedia, la casa de la familia en Wiltshire. Ella afirmaba que era inocente y la pusieron en libertad por falta de pruebas. Cinco años más tarde dejó atónitos a su familia y al país entero al presentarse para confesar que «sola y sin

ayuda»[255] había asesinado al pequeño, que era el favorito de su padre. La culpabilidad de Constance Kent y la inocencia de Célestine Doudet fueron y siguen siendo objeto de controversia, pero sus lamentables historias van mucho más allá de la simple cuestión de la culpabilidad o inocencia legal.

El trasfondo de los acontecimientos que obligaron a las dos mujeres a someterse al escrutinio público fue muy diferente. Célestine Doudet, a sus treinta y cuatro años, llevaba tiempo ganándose la vida de forma independiente como institutriz cuando, en 1852, la contrató un hombre recién enviudado, el doctor James Loftus Marsden, de Malvern, para educar a sus tres hijas mayores y darles clases de francés. Muy recomendada por uno de sus pacientes, la señorita Doudet llegó a Malvern con las elogiosas referencias de varias familias inglesas de clase alta para las que había trabajado en los últimos diez años. Es más, contaba con el aval de la propia reina, a la que había servido brevemente como ayudante de guardarropa (con especial responsabilidad sobre las joyas) en una época en la que Victoria deseaba mejorar su francés. En abril de 1842 la reina había escrito:

> Considero a *mademoiselle* Doudet una persona excelente, de temperamento apacible y carácter amable; pero su educación ha sido demasiado buena para su puesto en mi guardarropa y creo que el de institutriz le convendría más. La considero una persona de la mayor probidad y digna de confianza.[256]

Victoria, cualesquiera que fueran sus virtudes, no estaba especialmente dotada para juzgar el carácter de la gente, pero su opinión de la señorita Doudet parecía fiable. No obstante, había indicios de que Célestine no estaba del todo resignada al papel que se le había asignado en la vida. Incluso sus partidarios más vehementes, entre ellos una que había corrido a París en su defensa (y anunció que, para llegar a tiempo de ayudar a su causa, de buena gana habría «agotado a diez caballos»[257]), reconocieron que los modales y el porte de la señorita Doudet se parecían más a los de

una «dama» que a los de una institutriz. Es obvio que esta testigo veía tales cualidades como algo positivo y afirmó que la institutriz había hecho las delicias de sus hijos adoptando «aires de grandeza». Sin embargo, otros vieron estos rasgos de manera menos favorable y acusaron a Doudet de arrogarse la *altanería* de una aristocrática matrona inglesa. Dada su experiencia en la corte de la reina Victoria, esta sensación de incongruencia de estatus no resulta sorprendente.

Flore-Marguerite-Célestine Doudet tenía motivos para sentir que la vida la había tratado con crueldad, aunque fueron las circunstancias familiares y no la mala voluntad las que determinaron su destino en un principio. Nacida en Ruan en 1817, era una de las tres hijas de un capitán de fragata de la Armada francesa y su esposa inglesa. Sus padres se habían conocido durante las guerras napoleónicas, cuando el señor Doudet, entonces agregado a la Armada neerlandesa, había sido capturado y encarcelado en Inglaterra. Cuando lo nombraron oficial en la Armada francesa, la pareja se estableció en Ruan, pero Doudet, que había perdido su fortuna, decidió que no podía permitirse proporcionar dotes a sus hijas. En vez de eso, optó por emplear el dinero que tenía en darles una educación decente para que se convirtieran en institutrices y dispuso enviarlas a las tres al respetable internado parisino de la señora Chabaud-Latour. En el momento de su muerte, en 1839, su esposa y él vivían retirados en Inglaterra, pero la señora Doudet se vio obligada a abandonar su país y regresar a Francia para poder cobrar la pensión de su marido. Su hija Célestine, que entonces estudiaba con la señora Chabaud-Latour, se fue a vivir con la señora Doudet a París y empezó a dar clases para complementar sus ingresos. Poco después, su mentora lanzó su carrera colocándola con la reina Victoria. La señora Chabaud-Latour testificó más tarde, y de manera efusiva, en defensa de la señorita Doudet, aunque estaba claro que había visto poco a su antigua alumna durante los largos años que Célestine había pasado en Inglaterra.

La señora Doudet murió poco después de que Célestine fuera contratada por el doctor Marsden en marzo de 1852. Célestine

sugirió al Dr. Marsden que podía llevarse a las cinco niñas a la antigua casa de su madre en París y crear allí una pequeña escuela. El viudo de treinta y seis años, absorto en su próspera clínica en el popular establecimiento de curas de agua de Malvern, aceptó el plan a modo de prueba durante seis meses. Le dio a la institutriz tres mil francos (unas ciento veinte libras) para la comida, el alojamiento y la educación de las niñas; era una suma correcta, pero apenas generosa. A mediados de junio de 1852, las hijas de Marsden —Alice, Rosa, Mary Ann, Emily y Lucy, de edades comprendidas entre los seis años y medio y los trece— partieron hacia París con su nueva institutriz. Su padre decidió enviar a su único hijo varón a un internado en Inglaterra.

Al principio, el acuerdo con la institutriz parecía funcionar bien. La señorita Doudet contaba con la ayuda no remunerada de su hermana menor Zéphyrine, que limpiaba y cocinaba mientras Célestine supervisaba la formación de las cinco hermanas y de algunas otras alumnas ocasionales. En septiembre, el tío materno de las niñas, un pastor anglicano llamado John Rashdall, visitó a sus sobrinas y regresó con buenas referencias. En diciembre, el propio Marsden les hizo una visita durante su viaje de bodas a Italia con su nueva esposa, una antigua paciente a la que había devuelto la salud después de que esta se cayera de un caballo. En ese momento, y en apariencia satisfecho con la situación, el médico pagó a la institutriz por otros seis meses.

A su regreso de Italia, en marzo de 1853, la pareja recaló de nuevo en París. Marsden observó entonces que las dos niñas mayores parecían un poco delgadas y que todas comían con voracidad cuando las llevaban de paseo. Cuando la institutriz le confirmó que eran muy golosas, el médico les prescribió la «cura» de llevarlas a la pastelería todos los días hasta que se hartaran de los dulces. Quizá se inspiró en el principio homeopático de que el agente de una enfermedad puede ser también el agente de su curación, pero su aparente ceguera ante la posibilidad de que sus hijas estuvieran pasando hambre es notable. También observó que

los modales de las niñas eran reservados y que habían desarrollado el peculiar hábito de repetir las palabras unas de otras, pero, como explicó más tarde, en aquel momento lo atribuyó a un simple atraso social. Como remedio, dio orden a la institutriz de que contratara a un maestro de baile.

En mayo, Marsden recibió noticias de la institutriz, que le decía que cuatro de las niñas habían contraído la tosferina y que Mary Ann, de diez años, estaba muy enferma. Al mismo tiempo, las vecinas de la institutriz, alertadas por la hermana de Doudet, que al parecer había renunciado a su puesto en abril en protesta por el duro trato que recibían las niñas, comenzaron a movilizarse en favor de las chiquillas. A finales de mayo, una de estas mujeres escribió una carta a Célestine Doudet.

> Querida *mademoiselle:*
>
> Ha expresado usted un deseo de amistad que acogemos con verdadera satisfacción, pero antes de ir más lejos necesitamos una explicación franca. Circulan rumores tan espantosos sobre la forma en que trata a las pobres niñas confiadas a su cuidado que estamos a la vez preocupadas y escandalizadas. El aislamiento de Lucy [la mayor] durante un mes es un asunto tan grave que exijo una explicación antes de volver a tratarla como a una amiga. No fue para evitar que cogiera la tosferina, razón que usted me dio para haberla dejado encerrada y sola. Fue un castigo y se dice incluso que el terrible accidente que sufrió Poppy [Mary Ann] fue en realidad el resultado de un trato feroz. Algunas personas han oído cómo golpea a las niñas y solo sus rostros ya revelan que viven en un reino de terror. (…) Criar niños es una labor enorme y maravillosa ¡y más cuando se trata de sustituir a la madre de unas pobres huerfanitas! Usted debería entender esta misión, de la que habla tan bien, y dejo a su conciencia la responsabilidad de responder a esta pregunta: ¿su madre la trató a usted como usted está tratando a estas niñas? Pues bien, ya que parece echarla tanto de menos, en su nombre la insto a que vuelva a una modalidad de educación más acorde con la que recibió usted de sus propios padres.[258]

La vecina amenazó con escribir al padre de las niñas si la institutriz

se negaba a cambiar sus métodos.

Otra vecina preocupada envió a la policía una carta anónima en la que se describían tratos brutales e incluso se afirmaba que una de las niñas estaba prisionera en el sótano. El agente enviado para investigar estas acusaciones dijo que llegó a la vivienda de la institutriz sin avisar, pero no hay forma de saber si alguien había advertido a Célestine de la visita policial. El agente dijo que encontró a dos de las niñas dando clases con un tutor, a otras dos en cama con tosferina y a otra en un dormitorio de la planta baja, aislada de sus hermanas enfermas pero no tanto como prisionera. Aceptó la explicación de la institutriz de que las vecinas, varias de ellas inglesas, habían iniciado esos rumores después de que ella se negara a seguir visitándolas cuando criticaron sus métodos educativos. Sin embargo, la policía remitió la carta anónima a Marsden, quien a mediados de junio envió allí a su cuñado, el pastor Rashdall, para que indagara. De nuevo sus informes fueron buenos, ya que Rashdall desestimó sus conversaciones con las vecinas cuando las niñas le dijeron que querían mucho a la señorita Doudet y que querían comprarle regalos. Tras esta visita, las enfurecidas vecinas designaron a una de ellas para que escribiera una carta que llevaría al propio Marsden a París. Antes de eso, el padre de las niñas había alegado el delicado estado de salud de su nueva esposa y su propia apretada agenda como razones para no acudir.

> Comprendo perfectamente la consideración que le debe a la *encantadora* señora Marsden. Comprendo perfectamente que, como hombre del clero, el reverendo Sr. Rashdall no creyese que era su deber *arrojar a la Srta. Doudet por la ventana;* pero lo que no entiendo, *y lo que nadie entiende, es por qué no la puso de patitas en la calle.* (…) Sus hijas están aterrorizadas, como cachorritos que lamen la mano que las golpea con la esperanza de recibir un trato más amable. (…) Bajo sus vestidos de seda, sus hijas han sufrido lo que sufren los hijos de los pobres: frío y hambre.[259]

La autora de esta airada misiva admitió más tarde que todo lo que

sabía era de oídas y Marsden, que dijo haber desestimado las cartas por considerarlas cotilleos femeninos, se conformó con saber que la tía de las niñas, la hermana de Rashdall, Fanny, estaba entonces en París y visitaba a las niñas con regularidad. Los anónimos siguieron llegando, pero no fue hasta que el médico recibió la noticia de la muerte de su hija de diez años, Mary Ann, el 22 de julio, cuando sacó tiempo para ir a París.

Al día siguiente de su llegada, Marsden se llevó a las cuatro hijas que le quedaban. La menor, Alice, se quedó en París con su tía; las demás, tras una breve estancia con la tía, regresaron a Inglaterra sin que su padre presentara una acusación formal contra la institutriz. Las descontentas vecinas decidieron entonces actuar de nuevo y a mediados de septiembre una de ellas acudió a la policía para solicitar una investigación formal. Cuando las pesquisas se pusieron en marcha, la policía francesa invitó a Marsden a presentar un informe médico sobre la salud de las tres muchachas que habían regresado con él. Este se negó, pero a finales de septiembre les hizo llegar la noticia de que su hija mayor, Lucy, la que había permanecido aislada en casa de la institutriz durante más de un mes, acababa de sucumbir a los efectos combinados de la tosferina y el agotamiento. Mientras tanto, en París, su cuñada había unido fuerzas con los acusadores de la señorita Doudet y un médico que examinó a Alice confirmó que la niña tenía numerosas cicatrices en la parte baja de la espalda, una herida en la cabeza y un arañazo bastante profundo en la nariz, todo ello atribuido a los malos tratos de su institutriz.

La investigación policial sacó a la luz varios datos sorprendentes. La criada Léocadie Bailleux, que había sustituido a Zéphyrine Doudet el mes de abril anterior, afirmó que había dado comida a las niñas a escondidas, pues se las privaba sistemáticamente de una alimentación suficiente y rara vez se les daba otra cosa que pan y sopa. La criada también testificó que la señorita Doudet solía atarles los pies al poste de la cama y que una vez que la pequeña Alice había pedido que la desataran para ir al baño, le habían ordenado que orinara en el orinal que estaba en el suelo, lo que apenas era

posible con las piernas atadas. Cuando lo intentó, al parecer la institutriz la golpeó y el orinal, al romperse por el golpe, le hizo un severo corte a la niña. Sin duda este incidente explicaría las cicatrices observadas.

La criada relató otros numerosos sucesos escalofriantes: había visto a la institutriz golpear las cabezas de las niñas contra la pared, les pisoteaba los pies descalzos hasta que sangraban, les arrancaba el pelo, les golpeaba los brazos con una regla, las obligaba a permanecer con los brazos en cruz durante días enteros y las abandonaba durante horas en el sótano cerrado con llave o en el retrete. La criada también tenía su propia versión de un «accidente» que había sufrido Mary Ann y que precipitó su muerte y que Célestine había atribuido de diversas maneras a una caída o a un acceso de tosferina. Léocadie Bailleux explicó que, en realidad, la señorita Doudet había golpeado a la niña, que se había caído de la silla.[260] La criada reconoció que fueron las hermanas las que le habían descrito el golpe, pero insistió en que ella misma había oído el ruido sordo del cuerpo de Mary Ann al caer en el suelo. Y añadió que, cuando llegó al salón, Mary Ann sufría convulsiones. La niña había permanecido parcialmente paralizada y semidelirante hasta su muerte, dos meses después.

El jefe de la división policial que dirigió la investigación iniciada en septiembre determinó, no obstante, que no había base suficiente para una acusación y Marsden, por sus propias razones, se mostró reacio a unirse a la insistencia de la tía de las niñas y de sus vecinas de París. Cuando Fanny Rashdall y una tal señora Hooper se adelantaron en noviembre de 1853 y presentaron una queja formal en nombre de Marsden ante los magistrados, el médico informó enseguida al abogado de aquellas de que el suyo le había desaconsejado esta vía y le indicó que enviara cualquier factura a la señora Hooper.

Al hacer esto, es obvio que a Marsden lo movía menos la indiferencia hacia las niñas que el miedo al escándalo. Era muy consciente de que, si presentaba una demanda contra la institutriz,

la verdadera razón por la que había enviado a sus hijas a París podría hacerse de dominio público. La investigación policial ya había rozado los indicios que más tarde se convertirían en la principal defensa de Célestine contra las acusaciones de crueldad: ella afirmaba que todo lo que había hecho había sido por orden expresa de su patrón, que había recibido instrucciones de que su principal deber era «curar» a sus hijas de un vicio que se creía que aquejaba al menos a una de ellas, a saber, la masturbación.

A petición de la señorita Doudet, la policía ya había interrogado a la practicante de cierto establecimiento sanitario, quien les informó de que, cuando el médico había visitado a sus hijas el mes de enero anterior, él y su nueva esposa le habían consultado sobre la forma de prevenir el «vicio secreto» de las niñas. La mujer dijo que les había recomendado unos «cinturones protectores» y que Marsden los había encargado. Además, un médico de París que vio a las chiquillas a finales de la primavera de 1853 dijo a la policía que le había impresionado su singular aspecto: «rostros hundidos, raquíticos y demacrados, narices retraídas, párpados descoloridos, que la señorita Doudet atribuyó a los malos hábitos a los que se entregaban las niñas».[261] Otro médico fue aún más lejos: afirmó haber examinado a Alice y haber descubierto zonas inflamadas en los genitales de la pequeña, que señaló como las «huellas locales de la pasión».[262] Este mismo hombre declaró que, mientras atendía a la medio paralítica Mary Ann, que ya estaba en su lecho de muerte, había sorprendido a la niña en lo que describió como una masturbación «frenética». Es comprensible que Marsden deseara evitar la divulgación pública de un testimonio así y, como escribió al abogado de su cuñada, la señorita Doudet no dejaría de responder a las acusaciones alegando «que yo mismo azoté a mi hija en su presencia y que los actos de… [masturbación] podrían, hasta cierto punto, admitirse en el caso de algunas de mis hijas».[263]

Marsden no era el único preocupado por el supuesto vicio de la masturbación. Sus hijas se vieron «afectadas» durante el periodo de mediados de siglo en el que la inquietud por la masturbación estaba

en su punto álgido. Entre las enfermedades atribuidas al «autoabuso» estaban la histeria, el asma, la epilepsia, la melancolía, la parálisis y la locura.[264] Antes de este periodo, se consideraba que la masturbación era perjudicial y pecaminosa y a menudo se la creía responsable de estos trastornos y otros más, pero las sugerencias médicas y religiosas para controlar el hábito eran más bien suaves: dieta, ejercicio, hidroterapia, lecturas morales y cosas por el estilo. Sin embargo, a partir de 1850 aproximadamente, los médicos, imbuidos de la obsesión generalizada por la sexualidad, desplazaron su atención de la «cura» a la «supresión» de cualquier actividad autoerótica. Se utilizaron métodos cada vez más sádicos y, hasta el cambio de siglo, al menos la mitad de las medidas recomendadas en todos los países eran drásticas e incluían artefactos de restricción, castigos severos e incluso la cirugía.

Más o menos en la época del caso Marsden, un conocido cirujano londinense introdujo la clitoridectomía, una «cura» para la masturbación femenina que consistía en la extirpación del órgano sobre el que se realizaba. La práctica parece haber sido misericordiosamente breve en Inglaterra, donde su principal defensor fue expulsado antes de diez años de la sociedad de obstetricia, y en Francia solo se utilizó durante un corto periodo en torno a la década de 1890. Sin embargo, otras prácticas quirúrgicas siguieron recomendándose en los libros de texto y la literatura médica hasta la década de 1930. Entre ellas se incluían ampollar los muslos o los genitales, «enterrar» el clítoris bajo los labios con la ayuda de suturas, la cauterización y la infibulación de los labios mayores.[265] Las niñas Marsden no se sometieron a estas prácticas, en parte porque su padre no creía en ningún tipo de cirugía, pero su sufrimiento bien pudo ser tan grande como si lo hubieran hecho, si no mayor.

No resulta sorprendente que el tema de la masturbación femenina se tratara con menos frecuencia que el de la masculina, en parte porque la propia sexualidad de la mujer era difícil de aceptar incluso para los médicos. La masturbación femenina se ignora casi por

completo en el famoso y temprano tratado de Tissot sobre el onanismo (1758), aunque el «autoabuso» entre las mujeres empezó a recibir más atención a mediados del siglo XIX, con el inicio de la era de las curas sádicas. Sabemos, por ejemplo, que en 1848 un médico escocés llamado John Moodie se declaró angustiado por la «notoria» inmoralidad entre las jóvenes de los internados de su país. Ideó para las mujeres una especie de faja braga con cordones traseros y una rejilla de marfil cosida en la zona genital, todo ello sujeto con correas a un par de calzones ajustados y asegurado después con un candado. El artefacto parece tremendo, desde luego, pero hay que recordar que el enemigo también se consideraba así. La consecuencia más terrible de la masturbación en las mujeres no era, como para los chicos, la tumba o el manicomio, sino el burdel, un destino considerado peor que la muerte o la locura.[266] Una joven que se «complaciera» estaba en peligro de volverse ninfómana. En su defecto, corría el riesgo de quedar estéril, tener un hijo «anormal» o sufrir otras penosas dificultades.

El caso Marsden ofrece pruebas documentadas de cómo reaccionaba la gente cuando una niña era sospechosa de estar infectada por las prácticas masturbatorias. Aunque el tratamiento preventivo no llegaba a la cirugía, implicaba no obstante una tortura sistemática, tanto física como psicológica, y muestra el alto precio que podían tener que pagar los niños para apaciguar las ansiedades de los adultos. Los testimonios demostrarían que, al encargar a la nueva institutriz que curara los hábitos de sus hijas, Marsden estaba de verdad muy preocupado por lo que consideraba su bienestar, al menos al principio. Sin embargo, a la larga estaría a punto de perder la esperanza en las niñas y aún pasó más tiempo antes de que llegara a la conclusión de que, al contratar a Célestine Doudet, todo resultó peor de lo que esperaba. Al final, cuando Marsden se decidió a presentar cargos, las tres hermanas supervivientes obtuvieron un resarcimiento parcial por lo que habían sufrido. Célestine Doudet fue absuelta de causar la muerte de Mary Ann Marsden, pero la condenaron a cinco años de prisión y al pago de una multa por sus

agresiones a las demás.

Constance Kent, al igual que Célestine Doudet, estaba destinada a la soltería desde su más temprana juventud, pero el padre que marcó su destino parece más culpable de desinterés y negligencia, y quizá de algo peor, que el padre de Célestine. Constance, nacida en 1844, era la novena de los diez hijos de Mary Ann y Samuel Kent. Su padre, hijo de un próspero fabricante de alfombras de Londres, era socio de una compañía de distribución de preparados químicos cuando en 1829, a los veintiocho años, se casó con la madre de Constance, Mary Ann Windus, la hija de veintiún años de un comerciante de la ciudad muy respetado que era miembro de la Real Sociedad de Anticuarios. En 1833 la joven pareja había tenido tres hijos y había sufrido la pérdida de uno de ellos, el único varón. Samuel Kent se vio obligado a dejar su negocio en Londres a causa de una dolencia respiratoria, pero su influyente suegro le había conseguido un puesto que parecía ideal para la experiencia de Kent y su naturaleza ambiciosa y sociable. Lo nombraron subinspector de fábricas para el oeste de Inglaterra en virtud de la nueva Ley de Fábricas, un cargo que durante los treinta y pico años siguientes lo tuvo viajando sin parar por gran parte de Devon, Somerset, Wiltshire y Dorset.

La señora Kent, entretanto, se quedaba en casa y muy sola en una serie de imponentes pero infradotadas residencias de alquiler. Su marido insistía en alardear de lujos de cara al exterior, con lo mejor en espectáculos, ropa y caballos, pero, como declararon más tarde los sirvientes, este estilo de vida implicaba un presupuesto doméstico escaso, con menoscabo de los gastos dedicados a los niños y una carga añadida para la ya frágil constitución de la señora Kent.

Solo sobrevivió uno, un niño llamado Edward, de los cinco bebés que tuvo la señora Kent en el periodo comprendido entre 1835 y el nacimiento de Constance en febrero de 1844. Como para entonces su salud se había deteriorado mucho, contrataron a una niñera a tiempo completo, que se hacía llamar institutriz, para que cuidara de

la chiquilla. Al año siguiente nació el último hijo de la señora Kent: William. Su marido optó entonces por trasladarse a una habitación en otra parte de la casa. Como contó más tarde un amigo de la familia, «la señora Kent fue abandonada por su esposo y vivía en la reclusión de su propio dormitorio mientras que la dirección del hogar le fue arrebatada a las hijas mayores por una joven e impetuosa institutriz».[267] Es cierto que en aquel momento las dos hijas mayores, Mary Ann, de catorce años, y Elizabeth, de doce, aún no eran precisamente «adultas», pero no cabe duda de que la nueva institutriz, Mary Pratt, de veintiún años, que era la educada hija de un verdulero local, tomó las riendas. Cuando los tres hijos mayores fueron enviados al internado, pronto se rumoreó que Mary Pratt se había convertido en la señora de la casa, en todos los sentidos del término.

En los dieciséis años que transcurrieron desde su nacimiento en 1844 hasta 1860, cuando fue detenida brevemente por el asesinato de su hermanastro menor, Constance Kent vivió una infancia que en poco se parecía al periodo de amor y cuidados que se había puesto de moda en la literatura prescriptiva sobre el tema. Hubo tensiones domésticas desde el principio, cuando su padre, en lugar de ganarse un codiciado ascenso a la Junta de Comisionados de Fábrica, fue interrogado por un miembro de ese mismo organismo respecto a los rumores sobre la reclusión de su esposa y se le instó a recordar que sus hijas estaban creciendo y necesitaban tratar con jóvenes de su misma posición. Kent explicó entonces que Mary Ann se había convertido en una inválida que requería la ayuda de sus hijas y es probable que insinuara que su esposa estaba loca. Cuando esta cuestión se planteó mucho más tarde, un médico y amigo de la familia afirmó que la señora Kent había perdido el juicio ya en 1836.[268] Esto resultaba de lo más peculiar, en vista de las pruebas de que la mujer no se había recluido por completo hasta el nacimiento de su último hijo en 1845 y, sobre todo, teniendo en cuenta que durante el periodo en que supuestamente estaba loca su marido había engendrado cinco hijos con ella. En cualquier caso, los jóvenes

Constance y William solo conocieron a su madre como una inválida y fue la institutriz quien los crio.

Hay poca información sobre las relaciones familiares más tempranas de Constance, salvo las pistas de que ella y su hermano menor se convirtieron en compañeros íntimos y que su madre les tenía cariño. También hay indicios de que la señora Kent notó el ascendiente de la nueva institutriz, pero decidió resignarse a la situación, pues tenía pocas opciones. Volver con su familia, tal vez su única alternativa, habría invitado a la vergüenza y al escándalo, habría exigido abandonar a sus hijos y puede que no la acogieran bien, ya que se había casado con Kent en contra de la opinión de sus padres.

En 1851, cuando Constance tenía siete años, su adorado hermano mayor regresó brevemente de la escuela de formación naval y su madre le regaló su Biblia, que él prometió conservar para siempre.[269] Al mismo tiempo, la señora Kent lo organizó todo para transferir mil libras de su herencia a Constance, para que las conservara en un fideicomiso hasta que cumpliera los veintiún años.[270] Es imposible saber si la señora Kent se percató de la especial vulnerabilidad de la niña, pero aquella acción, que llevó a cabo a través de su familia sin el conocimiento de su marido, debió de enfurecer a un hombre que llevaba mucho tiempo viviendo por encima de sus posibilidades. El salario anual de Kent, de ochocientas libras, se complementaba con unos ingresos privados anuales de trescientas o cuatrocientas, pero la suma apenas bastaba para mantener el estilo de vida que había adoptado.

La capacidad de la señora Kent para organizar el legado de Constance arroja más dudas sobre la idea de que estuviera loca. Y es al menos posible que esperara asegurar a la niña un futuro diferente del de sus dos hijas mayores. Sabía que la dudosa reputación del padre y su rechazo a dedicarles atención o dinero para buscarles alguna perspectiva de matrimonio, junto con su propia incapacidad física, ya habían condenado a Mary Ann y a Elizabeth a una existencia sombría como miembros sin remuneración

del inadecuado personal de la institutriz. Habría sido razonable para ella suponer que sus hijos tendrían mejores oportunidades, pero su marido, en un intento por ahorrar que tal vez reflejase su enfado por las disposiciones financieras secretas de su esposa, sacó enseguida a Edward de la escuela de formación naval y envió al decepcionado muchacho a una sociedad mercantil privada más barata donde se formaría para el servicio comercial. Al final, las mil libras que podrían haber servido para dar a Constance una profesión independiente o para mejorar sus perspectivas de matrimonio no lograron salvarla. Menos de un año después de haber dispuesto el legado para su hija, la señora Kent, que según se dijo gozaba de buena salud, murió de forma repentina en medio de una gran agonía a causa de una dolencia diagnosticada por el médico que la atendió como «una obstrucción intestinal».[271]

En agosto de 1853, una vez cumplido el año de luto habitual, Samuel Kent se casó con la institutriz Mary Pratt. La joven Constance, de nueve años, fue dama de honor. La pareja pronto formó una nueva familia y parece que los hijos de la primera, sobre todo Constance y William, quedaron eclipsados. Circularon rumores de que se había descuidado su educación, de que iban mal vestidos y de que los disciplinaban con dureza. La recién ascendida institutriz-madrastra optó por hacerse valer mediante la severidad e incluso sus amigos comentaban el dudoso trato que daba a los niños. «Si la institutriz tenía o no la experiencia, el tacto y el peso moral que la capacitasen para las responsabilidades que había asumido… son cuestiones a las que solo su memoria y su conciencia pueden dar respuesta».[272] Se decía que la nueva señora Kent «gobernaba con mano dura a todos los que estaban bajo su dominio».[273] Para castigar a Constance y a William, les «abofeteaba las orejas»[274] y a menudo «los encerraba en su cuarto».[275] Un amigo reconoció que Constance, en particular, era una niña rebelde, con un carácter «fuerte, obstinado y decidido» y una naturaleza «irritable y exaltada».[276] La verdad aquí no es fácil de determinar, ya que la investigación posterior también revelaría que en la escuela

Constance recibió más tarde el segundo premio por su buen trabajo y comportamiento.

Los acontecimientos de la fatídica noche del 29 al 30 de junio de 1860 se describen de un modo sencillo. Para entonces, los Kent tenían tres hijos: Amelia, de cinco años, Francis Savile, de tres años y medio, y una niña de pecho, Eveline. El pequeño Savile, que dormía en una habitación del segundo piso con el bebé y una niñera, había desaparecido de su cuna la mañana del día 30. A las siete y cuarto, la niñera, tras descubrir la cama de Savile vacía, había llamado a la puerta de sus padres, al otro lado del pasillo, para preguntar si la señora Kent tenía al niño con ella. Cuando la señora Kent contestó que no había visto al pequeño desde que se acostó a las ocho de la noche anterior, se alertó a toda la casa y empezó la búsqueda. Los cuatro hijos del primer matrimonio, que dormían en el tercer piso con los otros dos miembros del servicio interno, la cocinera y una criada, dijeron que esa noche no les había molestado ningún ruido, pero la criada añadió que, cuando bajó al salón a las seis de la mañana, la puerta estaba entreabierta y había una ventana abierta. El angustiado señor Kent partió hacia Trowbridge, a seis kilómetros de distancia, para informar a la policía de la desaparición de su hijo. Durante su ausencia, los aldeanos de las propiedades vecinas, al tanto de los acontecimientos y pensando en una posible recompensa, empezaron a registrar los alrededores.

Poco antes de que volviera el señor Kent, se encontró el cadáver de Savile en un retrete exento situado al otro lado del patio del establo. Le habían cortado el cuello con tal violencia que la cabeza estaba casi separada del cuerpo. Había poca sangre, lo cual sugería que podrían haber asesinado al niño en otro sitio y haberlo llevado luego al retrete. También tenía una puñalada muy profunda en el pecho, que se creyó que le habían infligido después de la muerte en un intento de forzar el cuerpo para que se hundiera más en la cavidad de la letrina.

El horror del crimen en sí mismo solo fue igualado por la ineptitud y la manipulación intencionada que marcaron la instrucción previa y

una serie de investigaciones judiciales posteriores.[277] Las pesquisas oficiales terminaron finalmente sin ninguna acusación formal y solo dos personas fueron señaladas y llevadas ante los magistrados locales: la niñera Elizabeth Gough y Constance Kent. La niñera Gough consiguió convencer a las autoridades de que la noche del crimen había dormido profundamente. Admitió que se había despertado un momento a las cinco de la mañana y se había dado cuenta de que el niño no estaba, pero supuso que su madre lo había oído llorar y había ido a por él. La señora Kent señaló en un principio lo improbable que era eso; no solo no había ido nunca a por el niño a su cuna, sino que entonces estaba embarazada de ocho meses y Savile era muy grande para su edad. Más tarde, y de forma bastante extraña, la señora Kent admitió que, después de todo, era razonable que la niñera hubiera pensado que había sido ella la que fue a buscar al niño, lo cual ayudó a exculpar a la señorita Gough.

La sospecha respecto a Constance se debía a una combinación de su propio comportamiento en el pasado y algunas pruebas circunstanciales en apariencia incriminatorias. Se sabía que Constance estaba resentida por el favoritismo mostrado hacia la segunda familia en detrimento de la primera. Cuando el famoso inspector jefe Jonathan Whicher de Scotland Yard fue requerido para investigar el caso a mediados de julio, tras el fracaso de las autoridades locales, enseguida se inclinó por Constance como la sospechosa más probable. Se enteró de que, justo después del crimen, faltaba un camisón de la chica que debería haber estado en la colada semanal y decidió detener a la joven de dieciséis años. La llevaron a la cárcel, sin que la acompañase ningún miembro de su familia, y la encerraron durante una semana. Los periódicos locales se mostraron indignados por la perentoria actuación de este forastero:

> (…) cualquier otro miembro de la casa que hubiera cometido el asesinato podría haber cogido fácilmente la prenda del fardo [de la colada] con el propósito de levantar sospechas apuntando a la señorita Constance. (…) Esta

> última opinión es la que comparten en gran medida los residentes del vecindario, que no prestarán oído a la acusación contra ella, sino que la compadecerán como alguien a quien han convertido en chivo expiatorio.[278]

Cuando la joven compareció ante los magistrados locales el 27 de julio, Whicher había reunido pocas pruebas que apoyaran su sospecha, pero esperaba que el proceso fuera suficiente para obtener una confesión. En lugar de eso, Constance escuchó impasible los testimonios con las manos enguantadas de negro cruzadas sobre el regazo. Whicher había conseguido llevar a dos amigas íntimas de Constance, de la escuela a la que asistía cerca de su casa. Una de ellas reconoció que Constance le había confiado que sentía cierta «aversión por celos» hacia el fallecido, pero añadió:

> La he oído decir que le tenía tirria y que le pellizcaba, pero era de broma. Le gustaba tomarles el pelo, no más a él que a los otros… Se reía cuando lo decía.[279]

De hecho, se había visto a Constance «trasteando» con Savile la tarde anterior a su muerte; el niño estaba haciendo un collar de cuentas para su hermana mayor y ella le había hecho un dibujito poco antes.

Su amiga recordó una conversación que habían tenido casi al final del curso.

> Estábamos hablando de las vacaciones un día que salimos a pasear por Road, cerca de la casa [de los Kent], y le dije: «Qué bien volver a casa dentro de poco, ¿no?». Ella respondió: «Puede que a tu casa sí, pero la mía es distinta».[280]

Al parecer, Constance añadió: «Mi mamá [su madrastra] no me deja tener lo que me gusta; si quiero un vestido marrón, me hace tener uno negro, solo por llevar la contraria».[281]

La segunda amiga de la escuela solo dijo que, aunque Constance «nunca dijo nada en particular sobre el difunto»,[282] había observado

que mostraban favoritismo por los más pequeños. Al señorito William, por ejemplo, le hacían llevar al bebé en el cochecito, cosa que no le gustaba, y los padres solían comparar para mal a William con Savile, diciendo que el hijo menor era mucho más bueno. El abogado de Constance vio enseguida que esto distaba mucho de ser una prueba suficiente y, sin siquiera citar testigos por parte de la defensa, consiguió la liberación de su cliente mediante un apasionado discurso.

> ¿Tiene algo de extraño que, en las inagotables confidencias de los escolares, hablara de su madrastra y dijera que esta prefería a los más pequeños? (…) ¿Dónde está la madrastra que no prefiere a sus propios hijos a los de una antigua esposa?[283]

El defensor insistió en que la lavandera había perdido el misterioso camisón, sin más, y en que Constance, en cualquier caso, apenas tenía fuerza para haber llevado al niño hasta el retrete —y sin hacer ruido, con lo que pesaba— ni para haber cometido el espantoso crimen.

> ¿Es probable que la débil mano de esta joven (…) pudiera haber infligido tan espantoso golpe? ¿Es probable que fuera el suyo el brazo que estuvo a punto de cercenar la cabeza del cuerpo? ¡Es de todo punto inverosímil![284]

En conclusión, advirtió:

> Les pido que consideren las consecuencias de arrastrar a esta joven fuera de su casa en un momento así si es realmente inocente, como creo que lo es. Sé que se ha cometido un asesinato atroz, pero me temo que a este lo ha seguido un asesinato judicial de carácter poco menos terrible. (…) Si este asesinato no se hace notar —y sabemos lo oscuros que son los caminos del crimen—, nunca jamás se olvidará que esta joven fue sacada a rastras de su casa como una vulgar delincuente, una vulgar vagabunda, y llevada a la prisión de Devizes. (…) Los pasos que han dado ustedes serán tales que arruinarán su vida —sus perspectivas ya están frustradas—, toda esperanza se

> habrá esfumado con respecto a esta joven. Si es inocente, como yo creo, es realmente terrible contemplar las consecuencias para ella.[285]

Se permitió que el veredicto del jurado de instrucción original se mantuviera como muerte infligida por «persona o personas desconocidas». Constance fue puesta en libertad, aunque se le exigió una fianza de doscientas libras para garantizar que volviese a comparecer en caso de que fuera necesario. Tras la investigación, Constance fue internada en un colegio de monjas en Francia para evitar la vergüenza de que se diera más publicidad al asunto. Tres años más tarde se le permitió regresar a Inglaterra. Se unió, con el nombre de Emilie Kent, a una congregación de la Alta Iglesia con un hospital adscrito en Brighton, donde quería formarse como enfermera infantil. Sin embargo, después de haber ejercido durante un año y medio, poco después de cumplir los veintiuno, Constance viajó a Londres, donde confesó el asesinato de su hermanastro. Su escueta declaración no sugería ni las circunstancias ni el motivo, aunque negó públicamente que un «trato cruel» hacia ella la hubiera empujado a actuar así.[286] La acusación del inspector Whicher, de Scotland Yard, se hizo valer después de todo.

El 21 de julio de 1865, Constance Kent, tras declararse culpable, fue condenada a muerte en un proceso que duró solo unos minutos. El juez Willes, un hombre que no era conocido por su sentimentalismo, aceptó su confesión, pero dictó sentencia con la voz entrecortada por los sollozos; se dijo que «la mayor parte de los asistentes, así como el jurado, lloraban».[287] La prensa, que en general había simpatizado con Constance cinco años antes, aceptaba ahora en gran medida la culpabilidad de la joven, pero se plantearon innumerables preguntas sobre la insatisfactoria explicación del crimen. La única exposición de los hechos ofrecida apareció un mes después de la condena de la señorita Kent en forma de una carta a la prensa remitida por el doctor John C. Bucknill, respetada autoridad en materia de lunatismo, que había examinado a Constance después de su confesión y había determinado que estaba

cuerda.

> Unos días antes del crimen se apoderó de una navaja de afeitar de un estuche verde del armario de su padre y la guardó en secreto. Este fue el único instrumento que utilizó. (…) Poco después de medianoche bajó al salón y abrió la puerta y los postigos. (…) Sacó al niño de su cama y lo llevó escaleras abajo y cruzó el salón. (…) Con el niño en un brazo, subió la hoja inferior de la ventana del salón con la otra mano, rodeó la casa [en lugar de atravesar el patio del establo] y entró en el retrete, encendió la vela y dejó al niño en el asiento mientras el niño seguía envuelto en la manta y aún dormía. Mientras la criatura estaba en esta posición, ella le infligió la herida en la garganta. Dijo que pensó que la sangre no saldría nunca, (…) así que le clavó la navaja en el costado izquierdo y metió el cuerpo envuelto en la manta en su fosa. (…) Volvió a su dormitorio, se examinó el camisón y solo vio dos manchas de sangre. (…) Pensó que las manchas de sangre se habían lavado bien (…) pero después descubrió que aún se veían. (…) Al final lo quemó [el camisón] en su habitación. (…) En cuanto al móvil del crimen, parece que, aunque en algún momento sintió un gran aprecio por la actual señora Kent, si esta hacía cualquier comentario que en su opinión fuera despectivo sobre cualquier miembro de la primera familia, ella se lo guardó y decidió vengarse. No tenía ninguna inquina contra el pequeño, salvo por ser uno de los hijos de su madrastra. Declaró que su padre y su madrastra siempre habían sido amables con ella.[288]

En conjunto, era una explicación de lo más curiosa, que planteaba muchas más preguntas de las que respondía. No obstante, tanto si Constance era culpable como si no, ante la ley el caso quedó resuelto. A la joven condenada a muerte se le conmutó la pena por cadena perpetua y veinte años después, en 1885, fue puesta en libertad. Una amiga que la conoció entonces, durante su breve estancia en una hermandad anglicana, contó que Constance había adoptado un nombre falso y que emigró a Canadá, donde se hizo enfermera. El misterio sobre su papel en el asesinato permanece.

Es obvio que ni Constance Kent ni Célestine Doudet pueden considerarse representativas del conjunto de mujeres solteras de clase media del siglo XIX. Ambas eran personas atribuladas y

posiblemente muy perturbadas. No obstante, su perturbación procedía en parte de las presiones de los roles sociales y sexuales que les fueron impuestos y a los que reaccionaron de formas extremas. Además, lo que hace que sus casos merezcan estudiarse no solo por sí mismos, sino para comprender mejor el mundo doméstico de la clase media de su tiempo, son las reacciones de quienes rodeaban a estas dos acusadas: familiares, criados, vecinas, alumnas, amigas, conocidos y otras personas cuyas opiniones fueron recogidas. Cuando se tiene en cuenta todo esto, se revelan las estructuras que podían perjudicar la posición de los niños, y sobre todo de las niñas, en aquella sociedad. Al mismo tiempo, se hacen evidentes las explicaciones más probables del comportamiento de las dos jóvenes.

Aunque tanto Constance Kent como Célestine Doudet resultan a la vez víctimas y victimarias, la señorita Doudet aparece de forma más nítida en este último papel. Es curioso que, en su dilatada experiencia como institutriz, su peculiar carácter no parezca haber aflorado hasta que se hizo cargo de las hijas de Marsden. Antes de eso, e incluso después, hubo muchas personas dispuestas a dar fe de sus excelentes cualidades, así como a pagar su defensa, y había pocos indicios de que alguien la viese como una mujer excéntrica o extraña. Un familiar de su anterior patrono, para el que trabajó después de 1848, sí declaró que en una ocasión la señorita Doudet se había enfadado al ver al sobrino de este rodeando a su hermana con un brazo mientras leían juntos. Este testigo, que añadió que creía que la señorita Doudet intentaba crear tensiones entre los padres de sus pupilos, llegó a la conclusión de que la institutriz era rara, incluso de que estaba un poco loca.

Un presagio más revelador se encuentra en la declaración de la abuela de las niñas, Henriette Marsden, que conoció a la señorita Doudet en Malvern antes de que su hijo dispusiera enviar a las chiquillas a París. La mujer explicó que había tenido ciertos recelos respecto a la institutriz, en parte porque presenció lo que consideraba un castigo injusto hacia la joven Rosa, pero sobre todo

porque la señorita Doudet le contó una vez que, mientras trabajaba para la reina, el príncipe Alberto le había hecho insinuaciones inapropiadas.

> Intenté prevenir a mi hijo. La forma en que [Doudet] me hablaba del príncipe Alberto, sus insinuaciones respecto a él y a su comportamiento con ella, me convenció de sus viles maquinaciones. Si lo que insinuaba sobre las niñas era cierto, solo yo debería haberlo sabido. Es indecente hablar de eso con un joven viudo. Pero era parte de su plan, ella sabía que él lo mantendría en secreto. Mi hijo se dejó engañar por las recomendaciones de gente de alto copete y por los modestos modales y la afectación de piedad [de Doudet].[289]

La institutriz, pues, parecía estar ya preocupada por el sexo y la indecencia cuando ocupó su puesto en Malvern. Medio inglesa y educada en la austera fe protestante de su madre, parece que desarrolló esa fascinación morbosa por los asuntos sexuales característica de muchas personas cuyas circunstancias les niegan la expresión sexual socialmente aceptada. Cuando llegó a Malvern, no tardó en enterarse de que una de sus pupilas, la hija mayor, Lucy, era sospechosa de haberse masturbado y su padre la había golpeado. La niñera que había denunciado el incidente a Marsden alegó más tarde que Lucy había sufrido «predisposición a una dolencia femenina»,[290] es decir, una infección vaginal, y que no se había estado masturbando, sino solo aliviándose el picor. Fuera o no fuera el caso, la señorita Doudet se erigió de inmediato en guardiana de las niñas y no tardó en informar al médico de que Emily y Alice estaban afectadas. Alarmado y al mismo tiempo ansioso por evitar el escándalo, Marsden accedió de buen grado a la discreta solución de la institutriz de trasladar a las niñas a París para su curación. Más tarde declaró: «Hice todas las recomendaciones posibles a la señorita Doudet, que parecía tener más experiencia que yo a la hora de detectar estos hábitos en los niños, y le ordené que hiciera todo lo que estuviese en su mano para controlarlos».[291]

Una vez instaladas en la vía Odiot, es evidente que la señorita

Doudet se obsesionó con su misión. Por primera vez su fijación con el sexo recibía aprobación social en forma de las directrices de Marsden. Ahora se sentía libre para dar vueltas y más vueltas al comportamiento sexual, proyectando su expresión de forma segura sobre las niñas y con ella misma en el esforzado papel de vigilante aspirante a salvadora. Doudet no tuvo reparos en confiarle a todo el mundo cuál era su nueva carga: vecinas, criadas, parientes, médicos e incluso el conserje fueron debidamente informados. Testigo tras testigo, todos declararon que la señorita Doudet había hablado de los hábitos masturbatorios de las niñas en su primer encuentro y con frecuencia en presencia de las propias chiquillas. Más tarde, cuando el juez que presidía el tribunal la acusó de una grave falta de decoro en este asunto, ella respondió:

> Reconozco que en esto puede haberme faltado discreción. Pero como mi único objetivo era romper esos hábitos, pensaba constantemente en ello y lo comentaba como una forma de animarme a mí misma.[292]

Las constantes acusaciones de culpabilidad moral tuvieron efectos inmediatos y visibles en las niñas incluso antes de que su institutriz empezara a adoptar un trato más severo hacia ellas. Es probable que, si las chiquillas se habían masturbado alguna vez, hubieran dejado de hacerlo por puro terror, por lo que estas acusaciones debían de ser aún más difíciles de soportar. Una de ellas dijo más tarde, entre sollozos, que, si se masturbaba, tenía que ser dormida. La mayoría de los testigos describieron a las niñas como muchachas apáticas y cohibidas en el periodo que siguió a su llegada, en el verano de 1852. Tenían prohibido hablar entre ellas debido a sus hábitos culpables y, cuando iban al parque, se sentaban juntas con las manos cruzadas y la mirada perdida. Al parecer, cuando un vecino les preguntó en una ocasión si no jugaban, una le respondió que no conocían ningún juego. Solo mostraban afecto por su institutriz, pero las vecinas, al menos, sospechaban que el miedo que le tenían y su aislamiento eran explicación suficiente para este

apego exagerado.

Otros se dejaron engañar con más facilidad. Un médico relató su asombro ante lo que describió como la admisión «cínica»[293] de una de las niñas de que se masturbaba con regularidad. Parece que, pese a admitir que el comportamiento de la mujer le parecía extraño, nunca se le ocurrió que la señorita Doudet pudiera haber ordenado a sus pupilas que «confesaran» sus hábitos. Marsden también parece que se dejó embaucar, ya que se creyó a pies juntillas las alarmantes cartas de las niñas que, según ellas mismas dijeron más tarde, la institutriz les había ordenado escribirle, cartas que anunciaban que, lejos de mejorar, en realidad estaban empeorando. La señorita Doudet, según estos mensajes, hacía unos esfuerzos heroicos para curarlas, pero los hábitos se extendían y se volvían incontrolables. El padre, furioso, contestó en una ocasión que ya no sabía qué hacer y les dijo que había arrojado al fuego sus ofensivas cartas. La frustración de las niñas solo puede imaginarse y es obvio que las tácticas de la institutriz aseguraron de un modo eficaz que no buscaran ningún tipo de ayuda en su enfurecido padre.

El tío de las niñas, John Rashdall, se unió más tarde al coro de desaprobación y les escribió en diciembre para explicar que había decidido no volver a visitarlas debido a los malos informes sobre ellas. Reprendiéndolas por comportarse tan mal después de que su padre les hubiera permitido pasar el año en París, afirmaba:

> No sé cómo deciros hasta qué punto todo esto ha enfriado el interés que tenía por vosotras. (…) Una de las principales razones por las que me trasladé a Malvern fue para estar más cerca de vosotras, pero desde entonces vuestra conducta me ha demostrado que estaría mejor lejos de unas sobrinas que me dan tan poca satisfacción. (…) Permitidme albergar la ferviente esperanza de que comencéis este nuevo año con una humilde oración a Dios para suplicarle el perdón que os permita iniciar una nueva forma de vida.[294]

Por una combinación de engaño, ignorancia y vergüenza, el padre de

las niñas insistió en defender a una mujer que maltrataba a sus hijas. Las pocas cartas que envió no dejan lugar a duda de que fue la preocupación por sus supuestos vicios lo que determinó su actitud hacia ellas. Ya en agosto de 1852 escribió a la señorita Doudet para expresarle su esperanza de que los malos hábitos de Emily estuvieran cediendo. Si no era así, decía, la institutriz debía consultar de inmediato a un médico que él le recomendaba. «Me complace que estén aprendiendo a saltar a la comba como las pequeñas parisinas, pero le ruego no olvidar que *la moral es más importante que cualquier otra cosa*».[295]

A Emily, a quien consideraba la peor infractora, Marsden le envió una carta especial que era aún más enfática sobre el tema de la masturbación.

> Te ruego, por tu propio interés, que hagas todo lo posible por seguir los consejos y las instrucciones que te di antes de dejarte. Si no lo haces, me quedaré muy decepcionado cuando vuelva a verte. Ni el francés ni la música ni ninguna otra cosa, de hecho, compensarán el que dejes de hacer lo que te recomendé sobre este asunto. Y la enfermedad física —el bocio, la espalda torcida, los pies tumefactos—, así como la enfermedad moral, que agostará todo el amor propio y que destruirá cualquier buena cualidad que tengas, te harán entender en primera persona, y ¡ay!, con cuánta amargura cuando seas mayor, cómo has forzado las leyes de la naturaleza para tu propia destrucción y cómo has desobedecido mis deseos para tu propia ruina.[296]

Ese mismo otoño, a medida que le seguían llegando informes negativos, Marsden endureció su postura. En octubre ya estaba instando a la institutriz a que dejara que Emily durmiese con ella como único modo de poder vigilarla. Y a mediados de noviembre, cinco meses después de que llegaran a París, parecía dispuesto a lavarse las manos respecto a todo el asunto.

> Solo puedo decir que, a menos que su conducta cambie a mejor, mi conducta hacia ellas cambiará a peor. Son demasiado mayores para seguir comportándose así; el peso de su proceder debe caer ahora sobre sus propias

> cabezas. En cuanto a mí, no estaré dispuesto durante mucho más tiempo a hacer sacrificios personales de todo tipo por unas hijas que parecen imposibles de criar. Pronto dejaré de reprenderlas, las mandaré a un pensionado ordinario barato y dejaré que sigan con sus hábitos y sufran las consecuencias. ¿Hará el favor de transmitir todo esto a las que puedan entenderlo?[297]

Este era el mismo hombre de medicina que tres años antes había escrito con fervor sobre los maravillosos beneficios para los niños de su propia conversión a la homeopatía, la nueva escuela de opinión médica que despreciaba el uso de grandes dosis de medicamentos y las curas severas o dolorosas. «¡Cuántas lágrimas y cuánta angustia, y cuántas náuseas por los nauseabundos medicamentos, ahorra a los pobres niños inválidos! —había exclamado—. Gracias al cielo yo ya no soy el terror de los infantes, los niños ya no lloran al verme».[298] Era una declaración sincera y sentida, pero también era cierto que entretanto sus propias hijas le habían cogido pavor.

Los homeópatas estaban especialmente convencidos de la creencia popular de que los signos físicos delataban al masturbador habitual. Estos médicos hacían hincapié en la supuesta vinculación íntima de los trastornos mentales con los físicos y aceptaban la idea de que la masturbación era el signo de una mentalidad depravada. El propio James Marsden escribió más tarde un breve tratado sobre la influencia de la mente en el cuerpo y sus principios sugieren lo que sentía por sus hijas.

> Se ha dicho con cierto ingenio que el cuerpo y la mente son como un chaleco y su forro: arrugue el uno y arrugará el otro. Yo podría añadir: maltrate a uno y maltratará al otro. (…) Debo repetir —la mente crece gracias a aquello de lo que se alimenta— que las impresiones y las imágenes (y esto incluye todo tipo de aprendizaje) son el alimento de la mente y esta es la razón de la importancia de que se reciban buenos pensamientos e impresiones mientras la mente es dúctil, como en la infancia y la juventud: entonces se forman canales de sentimiento y pensamiento. (…) Estos canales son reales, partes materiales del cerebro que crecen en tamaño y vigor como el brazo de un herrero crece y se fortalece por su uso continuo; sus manifestaciones externas se llaman

hábitos.[299]

El eufemismo que usaba Marsden para referirse a la supuesta masturbación de sus hijas era, por supuesto, «malos hábitos».

Está claro que el presunto comportamiento de las niñas causó en el médico una profunda preocupación tanto profesional como personal. Quería considerar a sus hijas demasiado jóvenes, quizá, para responsabilizarlas de sus actos, pero poco a poco llegó a verlas como criaturas moralmente repulsivas y repugnantes que eran responsables de su deterioro físico y que merecían mucho menos que la atención que él les prodigaba.

Cuando los Marsden visitaron a las niñas durante su viaje de bodas a finales de 1852, las inclinaciones del médico seguían inalteradas. Admitió haber encargado los cinturones protectores en ese momento y añadió que entonces había creído que tenía razones de peso para hacerlo: «pues tan terrible es la desgracia de este vicio que, una vez se ha apoderado de un niño, *y en especial de una niña,* con demasiada frecuencia solo suelta a su presa al borde de la tumba»[300] [la cursiva es mía]. Marsden añadió también que había respetado el deseo de sus propias hijas de prolongar su estancia con la institutriz, aunque es probable que también lo moviera un deseo tácito de abandonar a unas hijas que había llegado a creer irremediablemente corrompidas.

La declaración de su nueva esposa, Mary, insinuaba que ella, como muchas de las mujeres que testificaron en el caso, había comprendido mejor la situación, pero por supuesto se había mostrado reacia a contravenir los deseos de su marido. Mencionó que lo que más le preocupó de su visita fue que las niñas que había conocido sanas, alegres y simpáticas habían desarrollado «una actitud cohibida» hacia ella que «contrastaba de un modo doloroso con sus exageradas muestras de afecto hacia la señorita Doudet».[301] Fue ella la que había instado a su marido a que se detuvieran de nuevo en París en la primavera de 1853 a su regreso de Italia y su declaración sugería que entonces intentó convencer a Marsden para

que se llevaran con ellos a las niñas. Se diría que, al principio, Mary Marsden veía la situación de las niñas solo en términos de su relación con ellas. No expresaba preocupación por su seguridad, sino más bien temor de que otra mujer estuviera suplantando su cariño. Declaró que le había dicho a Doudet que, al expirar los tres meses restantes de su acuerdo, ya no requerirían sus servicios. Y añadió que le había ordenado a la institutriz que pusiera fin a sus comentarios contra las niñas porque hacían muy infeliz a su esposo.

Más inquietante fue el relato de la señora Marsden sobre el regreso de las niñas a Inglaterra a finales de ese verano, tras la muerte de su hermana en París. Estaban retraídas y raras, dijo, y pasaron semanas antes de que poco a poco «adoptaran las costumbres y maneras propias de su edad».[302] La mayor de las hermanas, Lucy, se apegó a su madrastra y, al parecer, temía separarse de ella.

> Poco a poco nos contaron todos los horrores que habían sufrido a manos de su institutriz y sus afirmaciones quedaban verificadas y corroboradas por el estado de su cuerpo. Rosa estaba negra y llena de cicatrices de pies a cabeza, Emily igual. La pobre Lucy no solo tenía marcas en la espalda, sino también grandes magulladuras en el pecho, en el costado y en los intestinos [estómago], que eran, según me dijo, el resultado de los golpes que le había dado la señorita Doudet, que la había encerrado sola en una habitación oscura.[303]

Lucy contó a su madrastra que la señorita Doudet la había llamado «demonio pelirrojo» y le había arrancado el pelo a mechones. Las referencias anteriores del médico sobre Lucy, en sus cartas, dejan claro que la consideraba la menos inteligente y que las muestras de las redacciones que le enviaba le parecían lamentables e inadecuadas.[304] Parece que la niña era, de hecho, un chivo expiatorio natural. Al parecer, le dijo a su madrastra que la institutriz había tenido tal poder sobre ella que, si le hubiera ordenado «clavarle un cuchillo en el pecho [a su madrastra], no me habría atrevido a desobedecerla».[305] Lucy murió poco después, gritando en

medio de su delirio que la institutriz la perseguía. Tal y como recordaría más tarde Mary Marsden:

> No satisfecha con golpearla, la señorita Doudet la asustaba con historias de fantasmas y le dijo que tenía poder sobre su alma y que si alguna vez [Lucy] contaba lo que le habían hecho, aunque [Doudet] estuviera en la tumba, se levantaría de nuevo y la mataría. (…) Todavía me duele la temprana muerte de esta niña, cuyo corazón puro estaba lleno de dignidad y dulzura.[306]

Por supuesto, no había nadie que no tuviera intereses en el caso para corroborar su relato, pero la declaración de la señora Marsden no parece inventada. Sí que hace más desconcertante la reticencia de su marido a presentar cargos: esperó desde el momento de su regreso en agosto de 1853 hasta el mes de mayo siguiente para presentar una demanda. Su renuencia puede atribuirse a varias causas. Presentar una demanda implicaba airear en público lo que para él era un asunto de lo más delicado y embarazoso. También implicaba admitir que sus diagnósticos anteriores podían haber sido erróneos y que podría haber dejado que su repugnancia personal perjudicara la seguridad de sus hijas. También podría implicar el tener que admitir ante sí mismo y en público que su conducta contribuyó, de hecho, al maltrato de sus hijas y no a su cuidado, como intentaba mantener. Durante el interrogatorio, intentó objetar que había desaprobado el procedimiento de atar a las niñas a la cama por las muñecas y por los tobillos, pero sus acciones de aquel momento no respaldan esta declaración posterior. Su cuñada, que sin duda conocía las opiniones de Marsden, había visto a las niñas atadas y no había intervenido. De hecho, esta práctica parece haber sido bastante común como prevención de la masturbación.[307] El propio Marsden había visto a dos de sus hijas atadas juntas en la misma cama sin oponerse. Al relatar el incidente, sin darse cuenta reveló que su verdadera preocupación no era que las niñas estuvieran atadas, sino que una a la que creía «pura» estuviese atada junto a su hermana «corrupta». Declaró que le había gritado a

la señorita Doudet, delante de las niñas: «¡Ha atado usted un cuerpo vivo a un cadáver!».[308]

James Marsden, pues, con sus buenas intenciones, había sido algo más que un agente pasivo en el maltrato de sus hijas, aunque fue Célestine Doudet quien desde el principio, y con cierta justicia, fue calificada de monstruo. Por el contrario, hasta su confesión e incluso después, a Constance Kent se la retrató de forma más común en el papel de víctima que de victimaria. En el momento del crimen, su juventud despertaba simpatía, al igual que los relatos de los criados sobre los malos tratos de los Kent y su descarado favoritismo hacia los hijos de la nueva familia.

El favoritismo de los Kent hacia la segunda familia no era una actitud inusual en la época, aunque puede que sus acciones representen un extremo del patrón común. Se daba por hecho que los hijos del primer matrimonio de un hombre asumían un papel subordinado a los del segundo e incluso que una segunda esposa podía mostrar legítimamente su favoritismo «natural» por sus propios hijos. Las novelas y los nuevos escritos sobre la crianza de los hijos empezaban a instar a que se prestara la misma atención a los hijastros,[309] pero historias como *La joven madrastra* de Charlotte Yonge (1860), que intentaba combatir la imagen de la madrastra malvada, solo sirven para subrayar su continuada realidad.[310] Durante la investigación del caso Kent se alegó que, cuando la segunda señora Kent deseaba hacer daño a la joven Constance, hacía comentarios despectivos sobre la madre muerta de la niña. Incluso cuando el trato preferente de una madrastra hacia los suyos era menos abierto, es obvio que las niñas hijas de una predecesora eran especialmente vulnerables.

Había, sin embargo, ciertas razones especiales para la simpatía que despertaba Constance y algunas de ellas eran muy anteriores a la precipitada acusación contra ella en el momento del crimen. Al parecer, los Kent eran conocidos por el mal trato que daban a los sirvientes, quienes, cuando se iban, difundían historias sobre las escaseces de la casa y la mezquindad de los Kent hacia Constance y

William. Una fuente mencionaba que «por su propia mala conducta o por la mala administración doméstica, en Road-Hill House reinaba una sucesión constante e invariable de criadas».[311] Una estimación contemporánea afirmaba que pasaron por allí más de cien sirvientas en el espacio de cuatro años,[312] lo cual es bastante notable ya que el personal doméstico concurrente en cada momento no era numeroso. Estas criadas compartían el mal trato infligido a los hijos mayores y parece que se identificaban con su sufrimiento. De hecho, que los Kent relegaran a Constance, junto con los otros tres hijos de la primera familia, al tercer piso con los miembros del servicio hizo que esta alianza fuera aún más natural. En el momento del crimen, esta segregación se destacó como algo extraño, ya que había tres habitaciones vacías en el segundo piso, donde dormían los Kent y los tres hijos de la segunda familia.

Alguna de las criadas de la familia parece haber sido la fuente original de un documento anónimo enviado en 1929, desde Australia, al autor de un estudio sobre el caso[313] y que relata con precisión tantos detalles relativos a distintas residencias de los Kent que parece auténtico. Este documento acepta como válida la confesión de Constance, pero da cuenta de varios incidentes que la retratan compasivamente como víctima.

> Pasaba los días encerrada en una habitación con pan seco y leche y agua para el té. Otras veces la dejaban de pie en un rincón del pasillo sollozando: «Quiero ser buena, quiero, quiero».[314]

Quizá fueron estos castigos de permanecer de pie durante horas los que acabaron provocándole lo que su médico llamó más tarde una «dolorosa enfermedad de las piernas»[315] cuando Constance tenía diez u once años. Le mandaron llevar «medias acordonadas» y durante un tiempo tuvo que utilizar una silla de ruedas. No obstante, según la autora del documento anónimo, su carácter estoico la ayudaba a sacar lo mejor de las cosas.

> Constance no se tomaba muy en serio sus castigos y por lo general conseguía divertirse con ellos. Una vez, tras comportarse de un modo especialmente provocativo y vehemente, la institutriz la encerró en una oscura bodega. Ella se tiró sobre un montón de paja y se imaginó a sí misma en la mazmorra de un gran castillo, hecha prisionera en una batalla mientras luchaba por el Hermoso Príncipe Carlos y esperando a que la llevaran al tajo a la mañana siguiente. Cuando la institutriz [más tarde la segunda señora Kent] abrió la puerta (…) le preguntó por qué sonreía. «Ah —dijo ella—, solo por las ratas, son graciosas. (…) No me hacen daño. Solo bailan y juguetean».
>
> Durante una época, en Baynton House, a Constance la castigaban en uno de los desvanes vacíos. Solía salir por la ventana y trepar por el recodo de lo alto del tejado para bajar deslizándose por el otro lado. Se ataba una vieja piel al pecho para hacerse el mono y lo llamaba jugar a Cromwell. Para volver, se metía por la ventana de otro desván. A la institutriz le extrañaba encontrar siempre la puerta con la llave puesta por fuera, pero sin echar. Se interrogó a los criados, pero, por supuesto, no sabían nada.[316]

Este singular documento también rebate la idea de que la primera señora Kent estaba loca y hace referencia a las insinuaciones infantiles de Constance sobre la relación entre la institutriz y su padre antes de la muerte de su madre.

> ¿Por qué la madre, cuando hablaba con ella [Constance], a menudo se llamaba a sí misma «tu pobre mamá», cosa que la institutriz dijo que era una tontería? ¿Por qué a la institutriz se la llevaban a pasear en coche y a su madre nunca? (…) Recordaba muchos pequeños incidentes que le parecían extraños. Uno ocurrió durante una tormenta, cuando la institutriz actuó como si estuviera asustada y corrió hacia su padre, que la sentó sobre sus rodillas y la besó. La institutriz exclamó: «¡Ay, no delante de la niña!».[317]

Los niños veían y oían muchas cosas, al igual que las criadas, pero aun así Kent fue capaz de desechar esa realidad.

Mejor documentado estaba otro incidente del pasado de Constance, algo que sucedió cuatro años antes de la muerte del pequeño Savile y que las autoridades, que buscaban a alguien con un motivo para asesinar al niño, volvieron a sacar a relucir de

inmediato. En 1856, cuando Constance tenía doce años, se ganó cierta fama local. En aquel tiempo, durante unas vacaciones de verano en las que su madrastra había sido especialmente dura y poco después de anunciar a Constance su decisión de no enviarla de nuevo a la escuela ese otoño, la niña concibió un plan para convencer a su hermano menor William de que se escapara de casa con ella. Al parecer, los jovencitos esperaban encontrar un barco en Bristol que los llevara hasta su comprensivo hermano mayor, Edward, que estaba con la marina mercante en las Indias Occidentales. Sin embargo, solo llegaron hasta Bath, donde fueron llevados ante la policía como presuntos fugitivos.

La actuación de Constance allí sorprendió e impresionó a los agentes, que se refirieron a ella con admiración como «una pequeña heroina».[318] Según la prensa local, que publicó un relato de la huida, Constance había engañado a las autoridades haciéndoles creer que era un niño, ya que se había cortado el pelo muy corto y llevaba la ropa de su hermano. La policía notificó que los niños tenían solo un chelín y seis peniques entre los dos y que Constance había suplicado que la dejaran encerrada para que su hermano pequeño pudiera dormir en un hotel. Los agentes, además, estaban conmovidos por la estoica valentía de la niña durante un interrogatorio que había hecho que el joven William rompiese a llorar.

Como era de esperar, la actuación de Constance no impresionó a los Kent. Golpearon con dureza a los dos niños y encerraron a Constance en el sótano durante dos días como instigadora del plan, además de ordenar a toda la familia que la marginasen cuando saliera. El señor Kent estaba especialmente enfadado, ya que por segunda vez lo emplazaron a explicar su situación doméstica ante la Junta de Comisionados de Fábrica. Esta vez se excusó echándole toda la culpa a Constance, de la que dijo que era una niña intratable y carente de «delicadeza femenina». Añadió que esta «deseaba ser independiente»,[319] algo loable en un muchacho, pero que no se consideraba ninguna virtud en alguien del sexo femenino.

El incidente de la fuga, al principio, despertó simpatía en el

vecindario y la predisposición a favor de Constance fue una de las razones por las que el forastero, el inspector jefe Whicher de Scotland Yard, se encontró con tanta hostilidad. Aun así, era bastante normal que Whicher considerase sospechoso el incidente, pues la clara desesperación de los niños sugería un posible móvil para la resuelta Constance.

Tras su confesión, sin embargo, el incidente se aceptó en general, fuera de la localidad, como prueba de que estaba loca y de que era sexualmente extraña. Este episodio proporcionaba una salida al dilema de que Constance, una chica joven, pudiera haber cometido un crimen violento. La fuga de su casa demostraba de algún modo que estaba mancillada por la locura. Además, entonces se consideró que el chocante hecho de que se hubiera cortado el pelo y puesto ropa de chico la había «asexuado»: se convirtió en un alma masculina en un cuerpo femenino y, por tanto, en una culpable más plausible. Nadie pareció darse cuenta de que adoptar la identidad de un chico era la única forma de que Constance, con doce años, pudiera esperar huir de casa sin que la detuvieran de inmediato. Era un acto eminentemente cuerdo. Y pocos recordaron, al parecer, que los dos hermanos habían revelado su plan de convertirse en grumetes en un barco con destino a las Indias Occidentales.

La simpatía hacia Constance Kent (al menos hasta su confesión) y la hostilidad hacia Célestine Doudet se vieron influidas por una creciente oposición a la severidad excesiva en la disciplina y sobre todo al castigo físico de los niños. Esta cuestión, sin embargo, tuvo mayor relevancia en el juicio de Doudet, no solo porque los cargos implicaban de manera expresa el maltrato físico de las niñas, sino también porque el caso se juzgó en Francia, donde el castigo corporal era menos común en las clases medias que en Inglaterra.[320]

Sin duda, la progresiva preocupación por el bienestar infantil estaba impulsando una reevaluación de los castigos corporales en Inglaterra. En la década de 1840, los manuales de crianza instaban a que los correctivos físicos fueran solo el último recurso.[321] Las revistas educativas y las revistas femeninas recomendaban menos

castigos corporales.[322] La cuestión específica del castigo físico para niñas y mujeres jóvenes se debatía con menos frecuencia, pero una de las mejores fuentes sobre la práctica real son las secciones de correspondencia de las nuevas y cada vez más numerosas revistas femeninas.

La revista *Queen* a mediados de los sesenta y la *Englishwoman's Domestic Magazine* en 1870 dedicaron varios números de la sección de cartas a esta cuestión.[323] De hecho, la polémica sobre los castigos corporales a las niñas despertó tanto interés que la *Englishwoman's Domestic Magazine* se vio obligada a publicar varios suplementos mensuales y aun así los editores no pudieron incluir todas las cartas. Conforman una colección extraordinaria. Una directora de escuela escribe para explicar con todo lujo de detalle el procedimiento correcto para dar una azotaina, incluso con descripciones de cómo debe recogerse el blusón de la víctima y meterlo por debajo del corsé para facilitar el proceso.[324] Un párroco cuenta que en muchas ocasiones ha azotado a niñas de entre doce y dieciséis años que le llevaban viudas que no conseguían hacerse con ellas.[325] Varios padres que dicen tener hijas incorregibles solicitan los nombres de las escuelas que «todavía» practican los castigos corporales. Otras cartas discuten los méritos de varas de distintos grosores y tipos de madera, *taws* (correas de cuero cortadas en tiras por un extremo) y otros artefactos; muchas dan consejos sobre dónde comprar los mejores instrumentos de castigo y describen los efectos concretos de cada uno sobre el cuerpo.

Muchas de estas cartas sí se oponen al castigo corporal de las niñas, aunque por lo general con salvedades. Algunas dicen que no debería ser público, como lo era en muchas escuelas sobre todo a principios de siglo. Otras dicen que debería cesar a cierta edad, aunque hay un amplio desacuerdo sobre esa edad. Varios hombres se oponen a que se permita a las mujeres azotar a los niños varones más allá de los diez años o así.

Lo más interesante para este análisis, en cambio, es el gran número de jóvenes casadas que escriben para describir sus vivencias

escolares, muchas de las cuales fueron contemporáneas de las de las niñas Marsden. La mayoría de ellas hablan de castigos corporales habituales en sus escuelas o infligidos por institutrices y casi todas dicen tener la impresión de que los azotes son cada vez más infrecuentes en los últimos años. Muchas se lamentan de que esta situación es de lo más desafortunada y afirman recordar con cariño a alguna maestra o institutriz que las golpeaba con severidad pero, como confiesa una de ellas, «por extraño que pueda parecer, desde aquellos días hasta hoy he querido a la señorita Margaret y la he considerado una verdadera amiga».[326]

Las pocas cartas de mujeres jóvenes que en 1870 seguían sometidas a este trato son menos rapsódicas. Una de una colegiala de Kensington explica que los padres no eran conscientes de las torturas que sufrían las alumnas. Como «alumna de exhibición» de la escuela, la mandaban llamar cuando las señoras iban a interesarse por enviar allí a sus hijas y se le exigía que tocara algo de música o que recitara. Los visitantes, sin embargo, no tenían ni idea de que a las niñas les pegaban con regularidad. La maestra, dice, «cree que todas la queremos con locura, pero la odiamos como al veneno porque nos abofetea».[327] Una apariencia de decoro sobre esta brutalidad también describía la situación de las niñas Marsden, pero ellas ni siquiera tenían la oportunidad de quejarse. Parece evidente que, si bien los castigos corporales estaban en declive y la mayoría de las jóvenes inglesas se libraban de las intensas torturas que sufrían las niñas Marsden, muchas sin embargo seguían sometidas, como sus hermanos, a duras palizas y humillaciones psicológicas.

Constance Kent y las niñas Marsden sufrieron castigos físicos, privación de alimentos y encierro tanto por su «intratabilidad» general como por no hacer bien sus tareas. Pero en el caso de las Marsden, el principal motivo de castigo era la masturbación o, más bien, la sospecha de masturbación. Emily testificó que, si hacían el menor movimiento en la cama por la noche, su vigilante institutriz les ordenaba que se pusieran de pie, descalzas sobre el suelo helado

y con los brazos extendidos. La criada confirmó el relato de Emily y añadió que las niñas permanecían en esa posición hasta que suplicaban clemencia o se desplomaban.

A finales de la primavera de 1853, después de la visita de los Marsden, Célestine Doudet, al parecer, intensificó sus torturas. Además de seguir haciéndoles pasar hambre, les frotaba jabón en los ojos, las golpeaba en el torso y les pisoteaba los pies hasta que se les hinchaban y sangraban. Estos castigos parecen haber tenido un propósito especial: Célestine Doudet no quería arriesgarse a que faltaran los signos físicos atribuidos a la masturbación. Emplearía estos procedimientos, seguramente, para dejarles los cuerpos demacrados y deformes, los ojos hinchados y los pies tumefactos que se creían característicos de los adictos al vicio. Especialmente inquietante a este respecto es el testimonio de las niñas de que su institutriz les había atado una cuerda muy áspera entre las piernas y las había obligado a llevarla durante días, lo que les provocó la inflamación en la zona que los médicos que las examinaron consideraron una prueba delatora. Aunque en la actualidad los médicos rechazan la idea de que ningún examen físico pueda delatar al masturbador habitual,[328] las autoridades del siglo XIX lo aceptaban plenamente y ambas partes del caso Marsden estaban convencidas de ello.

El desacuerdo radicaba entonces en lo que constituía una restricción o un castigo apropiados. A pesar de sus desmentidos, estaba claro que el Dr. Marsden respaldaba los azotes, así como atar las extremidades de las niñas a los postes de la cama. También hay indicios de que una dieta restringida en carne formaba parte de su plan; se creía que la carne, sobre todo si se comía poco hecha como era popular en Francia, excitaba las pasiones.[329] Aun así, la política de inanición de Doudet no formaba parte de las ideas de Marsden, que más tarde escuchó con desesperación cómo la portera contaba que las cinco niñas solían juntarse en el patio para oler lo que cocinaba y observarlos con nostalgia mientras su familia cenaba.

No hay duda de que la institutriz descartó los remedios más

suaves. Un médico afirmó que Doudet había ignorado su consejo de dar clases de gimnasia a las niñas, así como la compra de unas prendas para dormir que eran una especie de camisón de fuerza. Doudet admitió también que no había recurrido a los cinturones protectores que Marsden había encargado, aunque alegó que al principio fue solo porque llegaron en un momento en el que estaba tratando a la mayoría de las niñas contra la tosferina. Curiosamente, reconoció que después sí los utilizó, pero solo tres de ellos, con el argumento de que Rosa, la segunda de las más pequeñas, parecía fuerte y sana y que Lucy, la mayor, era ya lo bastante grande para curarse sola. Es posible que Doudet empleara tácticas de «divide y vencerás» para mantener a las niñas bajo su férreo control.

El por qué Célestine Doudet y Constance Kent se comportaron como lo hicieron requiere una explicación más detallada. Que las dos albergaban algún resentimiento es bastante obvio. Sin embargo, no está claro por qué Célestine Doudet querría haber persistido en sus crueldades, e incluso intensificarlas en gran medida en la primavera de 1853, cuando en apariencia le interesaba demostrar cierto éxito en su misión de curar a sus pupilas. Su conducta sugiere que era una mujer profundamente perturbada, pero es sorprendente que los procesos legales tocaran tan por encima esta probabilidad. En cuanto a Constance Kent, el verdadero misterio rodea las circunstancias de su confesión. Desde el momento del crimen, Constance gozó del favor del público no solo como víctima de abusos paternos en el pasado, sino, como dijeron los periódicos locales de la época, como «chivo expiatorio». Casi de inmediato, otra residente de la casa fue señalada como culpable, aunque esa persona nunca se enfrentó a una acusación formal. ¿Por qué entonces, cinco años después, cuando, culpable o inocente, tenía la oportunidad y los medios para escapar, Constance Kent habría confesado el asesinato? La explicación última de las acciones de las dos mujeres está enraizada en sus peculiares respuestas a la forma en que su sociedad las definía como criaturas femeninas y determinaba sus deberes, sus expectativas y su naturaleza sexual.

En el caso de Célestine Doudet, la acusación encontró una explicación sencilla, que pudo ser una verdad parcial, y no buscó más. La señorita Doudet, dijeron, había deseado casarse con su patrón; cuando este se casó con otra, ella se vengó en sus hijas. Es cierto que la acusación no se centró en esta teoría hasta la tercera ocasión en que la señorita Doudet compareció ante los magistrados de París. En la primera, en febrero de 1855, Doudet compareció ante la audiencia regional del Sena acusada de haber propinado conscientemente a Mary Ann Marsden una serie de golpes que provocaron de manera no intencionada la muerte de la niña. Absuelta de estos cargos, Doudet se enfrentó al mes siguiente a un tribunal correccional y la condenaron a dos años por agresiones físicas a las otras cuatro niñas. Más tarde, en abril, la fiscalía recurrió con éxito al correccional alegando que nuevas pruebas, en forma de un comentario hecho por la institutriz a uno de los médicos del tribunal, sugerían que su verdadero motivo era la venganza premeditada y que, por tanto, el caso entraba dentro de los supuestos de una ley diferente y exigía un castigo más severo. Al parecer, la señorita Doudet había dicho: «Soy inocente, pero, si me condenan, sufriré menos al pensar que el señor Marsden también sufrirá por el honor de sus hijas».[330]

Estas nuevas pruebas eran un pretexto para permitir que la acusación introdujera la teoría de la venganza, que había desarrollado después de que se archivara el caso por un cargo menor. Al comienzo del proceso de apelación, el juez que presidía el tribunal reaccionó de modo favorable a estas observaciones iniciales del fiscal:

> La señorita Doudet no está loca ni creía estar curando a las niñas mediante estos castigos. Quedan, pues, dos motivos igualmente vergonzosos para elegir: la venganza y la crueldad. Algunos dicen que la venganza es solo una hipótesis. Pero ¿qué hay de las lágrimas derramadas al enterarse del nuevo matrimonio y [qué hay] del cambio en su forma de hablar sobre el señor Marsden?[331]

El discurso del fiscal intentó apuntalar esta teoría presentando el caso, con latinismos incluidos, como un ejemplo más de la perfidia de la mujer. La conducta de Célestine Doudet, afirmó, solo «ha puesto de manifiesto una vez más el *furens quid femina possit*».[332] Sencillamente, demasiado, el caso se vio como un ejemplo más de la furia de una mujer despechada.

Hay que admitir que había algunas pruebas a favor de esta postura. Las vecinas señalaron que, al llegar a Francia, antes de enterarse del inminente matrimonio de Marsden con una de sus pacientes, la institutriz resplandecía al hablar de él. «Ojalá supieran lo atento que es. ¡Ojalá vieran lo bueno que es!».[333] Doudet, decían, exhibía el retrato de Marsden en un lugar destacado de la repisa de la chimenea y contaba a todo el mundo lo respetable y buen médico que era. Después, cuando supo que iba a casarse, al parecer su actitud cambió de forma radical. Una vecina declaró que Célestine había roto a llorar y había calificado de vergonzoso que un hombre con tantos hijos volviera a casarse. Las pequeñas Marsden, según parece, anunciaron a todo el mundo que nunca llamarían «mamá» a su nueva madrastra, aunque Zéphyrine Doudet confió a las vecinas: «Las niñas no piensan así, mi hermana les hace decir eso».[334] Al mismo tiempo, el retrato del padre de las chiquillas desapareció de la repisa de la chimenea.

Una reacción así, sin más, podría haber reflejado una decepción natural y no es imposible que durante un tiempo la institutriz, como dijo el fiscal, «acariciara el sueño»[335] de casarse con Marsden. Sin embargo, su respuesta posterior fue mucho más allá de la simple desilusión y no solo en lo que respecta, como ya se ha descrito, al maltrato de sus pupilas. Al parecer, la señorita Doudet empezó a denunciar a Marsden ante todo el mundo como un mujeriego empedernido al que no le importaban nada sus hijas. A un médico le dijo: «El padre es un hombre de moral relajada que goza de mucho éxito con las damas; solo se preocupa de sus placeres».[336] A la inglesa Hooper, que más tarde intentó presentar una demanda

contra ella en nombre de Marsden, le aseguró que el médico había estado viviendo con su nueva esposa durante dos años antes de casarse y que solo lo había hecho porque estaba embarazada. A esta misma mujer también le confió una vez que la verdadera razón del encierro de Lucy era que la niña, a sus catorce años, había empezado a coquetear con los jóvenes que pasaban por allí.

Las acusaciones sexuales de Doudet no se limitaban a la familia Marsden. Pronto hizo a las niñas afirmar que habían adquirido sus «malos hábitos» de su «inmodesta» tía, Fanny Rashdall, que las había iniciado en estas prácticas en Malvern. Su tío, el pastor anglicano, tampoco se libró. Una vez, cuando Emily, de trece años, estaba visitando a su tía, escribió a Doudet para contarle que su tío John había entrado en la habitación donde dormían su tía y ella y que había estado «muy jovial»[337] con la tía [hermana de él]. En el momento de los interrogatorios preliminares, la señorita Doudet había transformado esta insinuación, que Emily dijo que había incluido para complacer a la institutriz, en algo más explícito. Emily le había contado, dijo, que su tío el pastor había hecho, en su presencia, cosas con su tía «que una mujer nunca debería ver».[338]

Cualquier duda de que el relato de estos incidentes estuviera distorsionado quedó disipada por el comportamiento de Doudet en la sala del tribunal. Cuando la criada Léocadie Bailleux refirió su catálogo de horrores disciplinarios, la institutriz la acusó de haber sido seducida por Marsden. Y de nuevo, tras el testimonio de Emily, cuando se le preguntó a Doudet si había comprometido «el futuro y la reputación de estas jóvenes»,[339] ella respondió:

> Él mismo [Marsden] lo ha hecho, ¡y delante de todo París! Cuando he visto a mi alumna, una muchacha de catorce años, recorrer ese pasillo con dos filas de abogados a su derecha, los miembros del jurado a la izquierda y los jueces delante de ella, con su padre ahí mismo, me ha ofendido tanto que he tenido que desviar la mirada; es el señor Marsden quien ha deshonrado a su hija, pues en ese momento ha sido él el responsable de que la joven abandone el pudor de una mujer.[340]

Al final fueron los ataques de Célestine Doudet contra el propio Marsden, y no contra sus hijas, los que empujaron al médico a presentar una demanda. Este llegó a decir al tribunal que había desechado la idea de emprender cualquier acción contra ella hasta que se enteró de que la institutriz lo estaba «difamando». «Se atrevió a llamar ilegítimos a mis hijos. (…) Entonces, lo juro, decidí que el honor era lo primero en la vida y me presenté ante ustedes».[341]

Al emprender esta demanda, Marsden entendió que su propia complicidad en el trato de sus hijas exigía que se presentara como un hombre engañado desde el principio. Afirmó que Doudet lo había buscado por ser «un viudo con fortuna»[342] e insistió en que nunca había tenido el menor indicio del vicio de sus hijas antes de que la institutriz se lo confiara, afirmaciones ambas que se demostraron falsas. De hecho, Marsden declaraba en el acta de acusación que presentó la demanda no tanto para castigar a la señorita Doudet por las agresiones físicas hacia las niñas como para salvaguardar el honor de la familia, y sobre todo el suyo propio, demostrando que sus hijas no se masturbaban ni se habían masturbado nunca.

Del mismo modo, la defensa de Célestine Doudet no se basaba en demostrar que era inocente de maltratar a las niñas, sino en demostrar que todas ellas eran culpables de estos hábitos viciosos. Su abogado, el hábil Antoine Berryer, argumentó que, una vez demostrada la masturbación, no había necesidad de inventar malos tratos para explicar el deplorable estado físico de las niñas: «Estos hábitos, cuando perduran, cuando son inveterados, bastan para explicarlo todo».[343]

Al preparar su acusación, Marsden recopiló un dosier con declaraciones firmadas de numerosas personas que juraban que sus hijas eran «impolutas». También se esforzó en desacreditar a quienes ya habían testificado sobre estos hábitos. Al parecer podría haber sobornado a una criada de Malvern para que se mantuviera alejada del juicio. El médico francés que antes había jurado un

comportamiento masturbatorio «frenético» y que afirmó haber reconocido las «marcas locales de la pasión» ahora testificaba de un modo muy servicial que la extraordinaria recuperación de las niñas desde que dejaron a su institutriz demostraba que se había equivocado. El espantoso estado físico de las niñas, dijo, había sido claramente el resultado de los malos tratos y no de la masturbación.

La señorita Doudet contrató a un abogado inglés para que preparara un expediente contrario en el que no solo daba testimonio de la masturbación, sino de otras acciones como mentir, engañar y robar, destinadas a crear prejuicios contra las niñas.[344] En la batalla que siguió, la información más relevante sobre el comportamiento real de la señorita Doudet hacia las niñas tendió a dejarse de lado. La autopsia de Mary Ann reveló una fractura de cráneo que la institutriz nunca tuvo que explicar del todo. Para ello contó con la ayuda de algunos médicos (incluido al principio el propio Marsden, con un diagnóstico basado en relatos incompletos que le habían enviado) que afirmaron que la muerte podría haber sido consecuencia de una hemorragia interna, independiente de una caída, ocasionada tal vez por un ataque de tos. Además, los «malos hábitos» también acudieron en ayuda de Doudet en este caso. Lanzó la asombrosa acusación de que la joven Mary Ann, desesperada por su incontrolable vicio de masturbación, había desarrollado tendencias suicidas. La niña había intentado una vez saltar por la ventana, dijo Doudet, y en otra ocasión se había golpeado la cabeza contra la pared a propósito.

El lamentable resultado de todo esto fue la reducción del caso a la cuestión de si las niñas Marsden se masturbaban o no. En el proceso, las chiquillas acabaron viéndose tan acusadas como Célestine Doudet. Ambas partes, después de todo, aceptaban que la masturbación era un acto moralmente culposo que provocaba consecuencias físicas reconocibles. Las niñas, por tanto, estaban literalmente en tela de juicio.

Los periódicos informaron de que la multitud de mujeres presentes en la sala del tribunal centraba su escrutinio en las tres niñas

Marsden, que iban vestidas igual, con conjuntos de cuadros como los que había popularizado la reina y unos elegantes gorritos de terciopelo negro.[345] Se detectara o no algún signo revelador de vicio, la reacción que quedó recogida fue de una abrumadora compasión por lo que habían sufrido en el pasado. Las tres niñas fueron declaradas «encantadoras» y «adorables»[346] y su saludable aspecto se citaba como prueba en defensa de su padre. Su testimonio se acogió con simpatía y las describieron como muy educadas, sentadas las tres juntas y en silencio con la criada que las acompañaba y, de vez en cuando, «devorando con parsimonia un pastelito o una bebida de naranja».[347] Su antigua institutriz, por el contrario, no superó este «examen visual» y la hostilidad hacia ella quedaba patente en las descripciones de la prensa. Se le reconocía un aspecto distinguido, aunque severo, como mujer alta de ojos azules y pelo rubio bien peinado, pero la calificaban de poco encantadora, con un terrible acento inglés y «el porte de una maestra de escuela».[348] Al inicio de la primera causa, el juez que presidía el tribunal la categorizó como la típica solterona: «No puede ver a una joven dotada de los encantos de su sexo sin decir algo malo sobre ella».[349]

El sesgo de género del caso Marsden fue brutal y un arma de doble filo. La víctima convertida en victimaria que fue Célestine Doudet era una mujer compleja y profundamente perturbada que fue reconocida como tal por otras mujeres que la conocían bien, pero no por el médico que la contrató, el pastor que la vigiló, el médico que examinó a sus pupilas, el policía que la visitó o los magistrados y los hombres del jurado que la juzgaron. Era más fácil «entender» a la señorita Doudet reduciéndola a un estereotipo comprensible: la solterona frustrada. La verdadera tiranía que ejerció sobre las niñas quedaba trivializada por esta simplificación, al igual que la gravedad de su trastorno psicológico.

Al mismo tiempo, el tribunal permitió que el caso se desarrollara como una arcaica defensa del honor patriarcal mediante la insistencia de un padre en la pureza sexual de sus hijas. Una y otra

vez los litigantes se referían a la existencia o no del vicio masturbatorio como el verdadero problema del caso, mientras que la cuestión del sufrimiento físico y psicológico de las niñas pasó a un segundo plano. Es posible que las pequeñas, que sabían que su padre mentía para protegerse a sí mismo y, según él, a ellas, pensaran también que sus hermanas Mary Ann y Lucy habían sido sacrificadas por su obsesión. Que Marsden seguía convencido de la corrupción de sus hijas era evidente, a pesar de sus desmentidos. Que luego les exigiera que dieran testimonio de su inocencia era aún más trágico, pues no podían haber olvidado que su padre había calificado a una de ellas, una niña que sobrevivió, de «cadáver». El hecho de que las opiniones de Marsden sobre la masturbación eran extremas, incluso para un periodo represivo como aquel, quedó reconocido de manera implícita por el propio abogado de Doudet, que aceptó su validez esencial. Sin embargo, sus concesiones pudieron suponer un pequeño consuelo para las chicas:

> Sin duda, la falta reconocida en estas jóvenes es un mal moral, pero es aún más una enfermedad. A la edad en la que las hijas del señor Marsden se abandonaron a estos hábitos, era mucho más la consecuencia de un sistema nervioso irritado e irritable, una atracción involuntaria. Es probable que, al crecer, se curen de estos hábitos con vigilancia y una firme determinación; que, al llegar a la edad de la razón, redescubran su inocencia, su pureza y su dignidad en el mundo. No están deshonradas para siempre.[350]

Como tal vez era de esperar, ninguna de las mujeres que testificaron sobre la situación de las niñas, ni para la acusación ni para la defensa, hizo de los supuestos hábitos de las chiquillas el centro de sus argumentos y la mayoría ni siquiera los mencionaron como relevantes. Para las mujeres, la bondad o, más a menudo, la crueldad de la institutriz era el asunto principal. Es cierto que los tabúes sobre el tema pudieron haberlas cohibido más que a los hombres, pero como mujeres y como madres habían notado que los niños se masturbaban desde la infancia. Aunque ellas mismas

hubiesen tomado medidas para desalentar y frenar ese comportamiento, no podían considerar perdidos a los seres que se entregaban a él. Aun así, como mujeres, solo estaban en condiciones de ejercer una presión indirecta. Incluso sus mayores esfuerzos colectivos fueron desestimados y los esfuerzos individuales resultaron inútiles. La advertencia de la abuela, la deserción de la hermana y de la criada, la frustrada intervención de la tía, la carta anónima de la vecina, las vacilantes insinuaciones de la madrastra fueron todos intentos de salvar a las niñas condenados al fracaso. Y todos dan testimonio de la subordinación e impotencia de las mujeres, que vieron y oyeron y supieron, pero no pudieron rescatar.

En el caso de Constance Kent surge el mismo tema del sacrificio de los niños a las obsesiones de los adultos. Una vez más, la nueva privacidad de la clase media proporcionaba un relativo aislamiento de las presiones externas y los intermediarios adultos se aseguraban de que las presiones que hubiera perjudicasen más a los niños que a ellos. Es cierto que los malos tratos sufridos por Constance y su resentimiento e intento de fuga en el pasado parecían proporcionar solo a la niña un móvil para cometer un crimen tan atroz. No obstante, los periodistas locales, menos inclinados a las sutilezas y deferencias hacia la gente «respetable» que los agentes encargados de la investigación del caso, enseguida llegaron a la conclusión de que, si se abordaba el asunto desde otra perspectiva, había al menos otras dos personas que podrían haber sido responsables del hecho. Estos periodistas afirmaban, simplemente, que el asesinato no había sido premeditado y mencionaban algunos indicios convincentes en favor de su teoría.

Sin llegar a nombrarlo, el periódico local *Bath Chronicle* se atrevió a sugerir como sospechoso al propio señor Kent, ayudado por la niñera Elizabeth Gough.[351] Al tanto del comportamiento anterior de Kent con su antigua institutriz (ahora su esposa), el periódico sugirió que se estaba desarrollando una intriga similar con la nueva niñera y que, cuando el resto de la familia se iba a acostar, Kent, con «objetivos impuros» en mente, solía pasarse por la habitación donde

dormían la señorita Gough y el joven Savile.

> Supongamos que hubiera hecho una visita nocturna a su compañera de perfidias; (…) que el amanecer de una mañana de junio lo dejara al descubierto ante los ojos sorprendidos de un niño ya despierto; que la confusión de ese instante se precipitara sobre él en una coyuntura en la que todos seríamos propensos a ceder a impulsos insensatos. (…) ¿Cuál sería el efecto de esa situación para un hombre que era culpable, vilmente culpable, y que estaba convencido de que al cabo de una o dos horas una voz inocente a la que no podría silenciar proclamaría su culpabilidad? (…) Un hombre débil, perverso, aterrorizado y violento ve que solo hay un niño entre la ruina y él… y el espantoso acto se perpetra en un arranque de locura.[352]

Había base para esta teoría, tanto en las pruebas materiales como en la conducta del propio Kent y de otros. Por supuesto, era improbable que un padre se hubiera lanzado a por un cuchillo y hubiese matado a su amado hijo en el acto, pero las pruebas médicas indicaban que Savile no murió acuchillado. El médico que lo examinó indicó que las zonas magulladas y ennegrecidas alrededor de la boca del niño sugerían en cambio que lo habían asfixiado. Esta posibilidad apoyaba la teoría del *Chronicle,* ya que era mucho más plausible que, llevado por el pánico del momento, Kent hubiese cogido cualquier cosa y la hubiera presionado sobre la boca del pequeño, quizá solo para sofocar sus gritos. Es posible, de hecho, que lo que utilizara fuese el bajocorsé de franela o sostén que se encontró en la manta que envolvía el cuerpo, una prenda que, según se descubrió más tarde, solo le valía a la señorita Gough de entre las criadas de la casa. La teoría sugería que, cuando liberaron la cara del niño, descubrieron que Savile estaba muerto, hubiera sido a propósito o no. A Kent solo le quedaba, entonces, inventarse una historia verosímil.

Es al menos posible que primero decidiera mutilar el cuerpo para sugerir que su hijo era otra víctima de una serie reciente de asesinatos inexplicables con arma blanca en la zona. Si degolló al chiquillo después de muerto, por supuesto, eso explicaría la escasa

cantidad de sangre encontrada en el retrete exterior, donde es probable que se llevara a cabo el acto. Sobre todo si contó con la ayuda de la señorita Gough, el episodio entero podría haberse desarrollado sin despertar a la familia. Una escalera trasera daba directamente al corto sendero que conducía al retrete, lo que los habría ocultado a la vista de cualquier posible transeúnte en el camino, y el agresivo perro del patio del establo habría conocido a su dueño. Por último, habría sido muy sencillo para Kent, al volver a la casa, levantar la pesada hoja de la ventana del salón para sugerir la entrada de un intruso.

Esta reconstrucción parece más plausible que el relato de Constance tras su confesión en 1865. La joven afirmó que la navaja de afeitar de su padre fue la única arma que usó, a pesar de las pruebas de que Savile murió asfixiado y de que la puñalada en el costado del niño no pudo ser infligida por una hoja de ese tipo. Su versión de los hechos exigía que entrase en la habitación y cogiera a su hermanastro sin despertarlos ni a él ni a la niñera, que recolocara la cuna (mientras lo sujetaba con un brazo), bajase las escaleras en penumbra y saliera por la ventana del salón (¿por qué no por la puerta?) y desde allí cruzara el patio hasta el retrete donde, según su relato, degolló al niño mientras lo acunaba. Y pensó que la sangre «no saldría nunca», pero, si hubiera hecho exactamente lo que dijo, la sangre lo habría salpicado todo.

Samuel Kent tenía un motivo más fuerte que el de evitar que su familia se enterase de una indiscreción con la niñera. Ya muy endeudado, contaba de nuevo con que lo nombrasen miembro de la Junta de Comisionados de Fábrica, un lucrativo puesto para el que recientemente se había esforzado en reunir doscientas firmas en su apoyo.[353] Ya lo habían llamado dos veces para dar explicaciones ante este organismo, cosa que hizo difamando a su primera esposa en un caso y a Constance en el otro, y sabía que no podía permitirse un escándalo más. Sin embargo, no podía ser muy optimista respecto al pequeño Savile; el niño tenía fama de «chivato» y la propia niñera comentó en una ocasión: «Siempre corría a su madre con historias

de todo lo que oía y veía».[354] Para evitar el escándalo y la posible pérdida de ese puesto, Samuel Kent pudo haber sacrificado la vida de su hijo Francis Savile y tal vez también la de su hija Constance Emily.

La hipótesis de la culpabilidad de Kent ayuda a explicar la extraordinaria secuencia de acontecimientos que siguieron a la muerte de Savile. La repentina marcha de Kent para informar a la policía era innecesaria, pues podría haber enviado a otras personas y, en cualquier caso, había policías más cerca. Como señalaron los comentaristas en su momento, parecía que deseaba estar ausente cuando se encontrara el cadáver. Más incriminatorio fue un comentario que hizo al responsable del portazgo de camino a Trowbridge: «Me han quitado a mi hijo y se lo han llevado en una manta».[355] Cuando salió de casa, habían retirado la colcha de la cuna de Savile y el hecho de que faltase una manta no fue «descubierto» por la niñera Gough hasta algún momento durante la ausencia de Kent.

No obstante, las sorprendidas autoridades locales consintieron que el señor Kent, como cabeza de familia y desconsolado padre del recién fallecido, orquestase todos los acontecimientos. Consiguió mantenerlos fuera de la casa hasta pasado el mediodía del 30 de junio de 1860, con el argumento de que «allí no encontrarían al asesino».[356] Según el médico de la familia que acudió al lugar, Kent «sugirió una serie de suposiciones, todas ellas igualmente vagas e improbables y sin el apoyo de ningún testimonio ni hecho que sirviera como prueba».[357] Dijo que los aldeanos vecinos se habían vengado por impedirles pescar en su arroyo; afirmó que algunas antiguas niñeras habían jurado vengarse de él sobre sus «horribles» hijos e incluso sostuvo que unos gitanos habían asesinado al chico. Por la tarde, cuando al fin entró la policía, Kent ya se había ganado su apoyo. Después admitieron que habían compartido con él todos sus hallazgos y que no lo habían considerado sospechoso en ningún momento.

El registro sí reveló una prueba crucial: una «camisa de dormir»

ensangrentada, de tejido ordinario, descrita como del tipo que llevaban las mujeres del servicio, se encontró engurruñada dentro de la estufa del lavadero. En circunstancias normales, se habría consumido al encender el fuego por la mañana, pero ese día, con el alboroto, la criada había descuidado esa parte de su trabajo diario. Por increíble que parezca, los agentes informaron a Kent de su descubrimiento e hicieron un pacto con él para atrapar al asesino, que para entonces se creía que era un miembro no identificado de la casa.

Convinieron en que los policías regresarían en secreto más tarde esa misma noche y la camisa de dormir se devolvió a su escondite. Kent pidió entonces a los agentes que se quedaran vigilando en la cocina y echó el cerrojo como de costumbre, según dijo más tarde, para no despertar las sospechas del asesino, el cual, insistió, bajaría a recuperar la prenda incriminatoria. Lo que ocurrió fue que los ingenuos policías se quedaron atrapados durante varias horas en la cocina, que no tenía acceso al lavadero pero que estaba cuidadosamente abastecida con queso y cerveza para ellos. Cuando Kent por fin los liberó, la camisa de dormir había desaparecido y se dieron cuenta de que los había engañado. Sin embargo, no estaban dispuestos a revelar su estupidez. Cuando se llamó a Scotland Yard para que interviniese, los agentes guardaron silencio y no fue hasta la última investigación del caso, cinco meses más tarde, cuando este episodio salió a la luz. Para entonces, sin embargo, se había sembrado tanta confusión que la prenda desaparecida fue descartada por irrelevante (se insinuó que la camisa desechada pertenecía a una sirvienta que había estado menstruando). Cinco años más tarde, tras la confesión de Constance, se volvió a sacar a colación y se convirtió en el camisón desaparecido de la niña. No obstante, es al menos posible que la tosca camisa de dormir fuera la prenda que llevase Elizabeth Gough cuando ayudó a su amante en su macabra faena.

No solo los policías se mostraron serviciales en su comportamiento con Kent. Parece que este hombre se atrajo el favor de todos los

creadores de opinión locales de peso, incluidos médicos, abogados, clérigos y magistrados. Su propio abogado consiguió que Kent y su esposa ni siquiera comparecieran en la instrucción previa. El juez dispuso que se excluyera del jurado a algunos candidatos potencialmente hostiles y nombró presidente a un amigo de Kent, el pastor local. También les anunció que era «su deber, en la medida de lo posible, no herir los sentimientos de la familia».[358] Aun así, el jurado amañado protestó por la extraña precipitación del procedimiento y exigió ir a casa de los Kent, donde se les permitió entrevistar brevemente a dos personas, William y Constance, cuya protección parecía no preocupar a nadie. La indignación de la prensa por aquel asunto logró prolongar las investigaciones posteriores, que se centraron en Constance y luego en la señorita Gough y, por último, en la desaparecida camisa de dormir. La última investigación terminó, no obstante, y el fiscal general solicitó al Queen's Bench que anulara la primera instrucción alegando un procedimiento defectuoso, pero su petición fue rechazada en febrero de 1861 y ahí acabaron todos los esfuerzos por encontrar al responsable.

Que Samuel Kent, desde el principio, hizo todo lo que pudo para obstaculizar el trabajo de las autoridades está claro, pero sus motivos se han interpretado de diversas maneras. Si, a pesar de las aparentemente fundadas sospechas locales contra él, su hija Constance era la verdadera culpable y él se lo imaginaba, entonces su conducta bien podría verse, como insinuaron sus amigos, como un intento desesperado de proteger a la niña. Por supuesto, Constance pudo haber mentido sobre cómo lo hizo. ¿Habría reclutado de nuevo a su hermano William, tal vez, para este plan más atroz? Es imposible demostrarlo, pero todos los indicios hacen mucho más probable que la opinión local estuviera justificada al señalar con el dedo al propio Kent y que, cinco años después, una joven inocente tuviese sus propias razones para declararse culpable.

Lejos de sugerir un intento de escudarla, el comportamiento de Kent tras el crimen apunta a algo muy distinto, a saber, un sutil esfuerzo por incriminar a la chica de dieciséis años. De hecho, si se

asume la culpabilidad de Kent en lugar de la de Constance, toda la secuencia de acontecimientos que conduce a la implicación de la muchacha adquiere una lógica terrible. Enseguida se vio que las autoridades desestimaron la pronta insistencia de Kent en un intruso y se decantaron por la culpabilidad de alguien de la casa, una teoría que el propio Kent no tardó en barajar en cuanto se encontró la camisa de dormir ensangrentada. Pero si, como parece probable, luego ideó la misteriosa desaparición de la prenda, sin duda se vio obligado a desviar las sospechas de sí mismo, sobre todo cuando los rumores de una camisa ensangrentada llegaron a aquellos que protestaban por la investigación. Constance, con su historial de comportamientos «extraños», era un chivo expiatorio perfecto.

Pocos días después se oyó a Kent acusar con contundencia a la lavandera de haber robado el camisón de Constance, una prenda fácilmente confundible con la camisa desaparecida. Aunque la criada de los Kent juró que había visto el camisón en el cesto y que lo había anotado como de costumbre, hay indicios convincentes de una confabulación doméstica en torno a la historia de que Constance había vuelto a coger el camisón después. Lo que se insinuaba, entonces, era que, aunque la muchacha quería culpar a la lavandera de la desaparición de su camisón, se vio obligada a destruirlo porque estaba manchado de la sangre que demostraba su culpabilidad. Pronto se oyó a la niñera Gough afirmar: «Pueden estar seguros de que ese camisón llevará a resolver el asesinato».[359]

Constance, sin embargo, no parece que tuviera oportunidad de escamotear el camisón en el breve lapso que transcurrió antes de que se llevaran el cesto, pues estuvo todo el tiempo en su habitación, en el piso de arriba, salvo un momento que bajó para pedir a la criada un vaso de agua. La muchacha, según esta criada, estuvo menos de un minuto fuera de su vista y volvió a subir. Su madrastra, en cambio, que estaba en su dormitorio y no pudo dejar de oír aquella conversación, habría tenido ocasión de sobra para escabullirse y coger el camisón que implicaba a Constance y que más tarde se convirtió en el centro de la acusación del inspector de

Scotland Yard contra la niña.

No está claro exactamente cuándo «se enteró» la señora Kent, pero a mediados de julio solicitó ver a los magistrados para enmendar su declaración anterior sobre que nunca había sacado a Savile de su cuna por la noche. Ahora afirmaba que bien podría haberlo hecho y que en una ocasión le había dicho a Gough: «Niñera, no se asuste si entro y me llevo al niño».[360] Este suceso marcó el cierre de filas con su marido y la niñera Gough. La señora Kent, al darse cuenta de lo que había ocurrido, no vio otra salida que proteger al marido que mató a Savile y a la rival que lo había ayudado. Más o menos en esos mismos días, al parecer, la niñera se encontraba en un estado de extrema agitación antes de ser interrogada de nuevo por los magistrados. Una testigo en cuya casa estuvo retenida durante el interrogatorio declaró más tarde haberla oído decir a la señora Kent: «¿Cómo voy a soportarlo? Debo entregarme, ya no puedo aguantar más». La señora Kent, según este testimonio, habría respondido: «¡No diga eso! Hasta ahora lo ha hecho muy bien, siga así. Tiene que hacerlo por mí».[361]

Parece que el trío aprovechó la llegada del inspector Whicher para cimentar el caso contra Constance. El inspector fue informado de inmediato no solo del incidente de la fuga, sino de otras muchas particularidades sobre Constance, incluido el «hecho» de que su madre se había vuelto loca. Le contaron que una noche del año anterior encontraron a Savile, que estaba resfriado y llevaba patucos, destapado en su cuna y con los pies desnudos. Aunque no había nada que relacionase a la chica con el incidente, ahora se insinuaba que podría haber sido una especie de ensayo para el crimen.[362] Con esas migajas Whicher montó la acusación contra Constance.

Desde el punto de vista del trío, esta solución era ideal. La sugerencia de una locura hereditaria explicaba a la perfección tanto el enloquecido asesinato de Savile como el resentimiento previo hacia la madrastra y todo ello sin perjudicar al matrimonio Kent. Además, lo endeble de las pruebas y la sospecha de locura

contribuirían a asegurar que las autoridades abandonasen discretamente el asunto y permitirían a los Kent enviar enseguida a Francia a la joven supuestamente perturbada. Puede que no hubiesen contado con la persistente sospecha local, pero incluso en ese aspecto acudieron amigos en su ayuda.

El más relevante fue el Dr. Joseph W. Stapleton, que asumió sin demora la tarea de hacer justicia al difamado subinspector de fábricas escribiendo una tediosa obra titulada *El gran crimen de 1860,*[363] libro que publicó un año después del suceso. El servicial Stapleton se había presentado en el escenario el mismo día en que se descubrió el crimen y desde el principio, ya fuera por franca convicción o no, había defendido públicamente la inocencia de su amigo Kent. Aunque Stapleton mantenía una postura oficial de neutralidad sobre la cuestión del verdadero culpable, el propósito no oficial del libro era señalar a Constance como la asesina para luego eximirla de más pesquisas alegando su locura.

El análisis comienza con una larga, y de otro modo inexplicable, discusión general sobre la transmisibilidad de los rasgos personales de padres a hijos y comenta: «Es en el alma de la mujer donde poetas y moralistas han buscado y encontrado los ejemplos más frecuentes y desastrosos de venganza».[364] Unas páginas después, cuando Stapleton presenta a los Kent y se demora largo y tendido en la supuesta locura de la primera esposa, el lector atento recuerda sus observaciones anteriores y piensa en Constance, aunque el cuidadoso autor ni siquiera ha mencionado su nombre. Además, sobre la primera señora Kent señala: «No se supo que en ningún momento contemplara las opciones del asesinato o el suicidio y el hecho de que se encontrase un cuchillo oculto bajo su cama parece haber provocado poca o ninguna aprensión a este respecto».[365] Esta insinuación no tan sutil empuja al lector, por supuesto, a reflexionar de nuevo sobre la transmisibilidad de los caracteres que el buen doctor subrayó en su introducción. Trata así de convencernos de que la tendencia al asesinato, latente en la señora Kent, se materializó una generación después en la espantosa venganza femenina de

Constance. Una y otra vez, Stapleton sugiere con fuerza la culpabilidad de Constance, pero no se atreve a hacer una acusación firme. Cita la supuesta reacción de Gough con la señora Kent cuando se descubrió el cadáver del niño: «¡Ay, señora, es una venganza!»,[366] e insinúa que la conducta desde luego extraña de Kent se explica porque se había dado cuenta de la culpabilidad de Constance: «La incipiente noción, vaga e indistinta, de que él mismo estaba acechado por alguna horrible y parca sospecha inconfesada de una calamidad mayor que se cernía sobre él».[367]

En un intento por refutar el sólido indicio de que Savile fue asfixiado, algo que a su modo de ver podía incriminar a Kent, Stapleton hace valer su autoridad como médico que examinó al niño: «Que murió de inmediato por las heridas de la navaja es una conclusión científica e inevitable».[368] Para explicar la escasez de sangre, propone la endeble sugerencia de que el corazón del aterrorizado niño «se detuvo»[369] cuando la navaja se alzó sobre él. Stapleton también respalda la sospecha sobre Constance basándose en el camisón desaparecido. Los agentes de policía habían testificado que el propio Stapleton había visto la otra prenda, la camisa de dormir ensangrentada, pero el médico descarta este episodio y señala de nuevo a Constance: «La señorita Constance Kent tenía tres camisones. (…) ¿Dónde está el tercero, el camisón que falta?».[370] Esta distorsión en apariencia intencionada de las pruebas sugiere que Stapleton al menos sospechaba de Kent, pero simpatizaba con su difícil situación. En la necesidad de salvar a un amigo desesperado, la vida de una niña era prescindible, sobre todo porque esa niña era a todas luces «peculiar».

Las circunstancias de la confesión de Constance Kent en abril de 1865 ofrecen otro de los argumentos a favor de su inocencia. Una vez más, intervinieron autoridades adultas que servían a sus propios propósitos, en esta ocasión religiosos. Tras regresar de Francia en 1863, Constance llevaba dieciocho meses en el convento de Santa María, en Brighton, preparándose para ser enfermera. Todo indicaba que tenía intención de utilizar la herencia que recibiría en febrero de

1865 para emigrar a Canadá. Sin embargo, al llegar la Cuaresma, poco después de su vigésimo primer cumpleaños, «Emilie» Kent cogió ochocientas libras de ese legado, fue a ver al rector que fundó el convento, el alto anglicano A. W. Wagner, y le rogó que aceptara el dinero para obras de caridad. Cuando este se negó, la joven adoptó la costumbre de dejar cantidades más pequeñas en el cepillo de las limosnas durante la oración, cantidades que, según el párroco, él mismo apartó con discreción hasta recuperar el total de las ochocientas. Luego, el miércoles de Semana Santa, Constance, que aún no estaba confirmada por la Iglesia, fue a ver al rector «por el tema de su confirmación».[371] Puede que la señorita Kent esperase recibir los sacramentos el domingo de Pascua, pero parece que Wagner, que era el único que conocía su verdadera identidad, rechazó la petición.

Es evidente que entonces el reverendo Sr. Wagner y después la dama superiora, la señorita Greame, se hicieron cargo del asunto de la confesión. Ese mismo día Constance fue convocada para hablar con la superiora, a quien Wagner desveló por primera vez la identidad de «Emilie Kent». Constance volvió a ver a la señorita Greame el Jueves y el Viernes Santo. El lunes siguiente, una vez cumplidos sus deberes de Pascua, el Sr. Wagner viajó a Londres para entrevistarse con el ministro del Interior y llevaba una carta de su penitente dirigida a *sir* George Grey: «Señor, según le he requerido yo misma, el que porta la presente le informará ahora de mi culpabilidad, que es mi deseo que se dé a conocer públicamente. Su atenta y segura servidora, Constance Emilie Kent».[372]

Para Wagner fue una oportunidad espectacular de hacer publicidad en beneficio de su propia causa predilecta, el sacramento de la confesión en la alta iglesia.[373] Al entregar el documento y en su declaración posterior, el reverendo afirmó que, aunque la admisión de culpabilidad de Constance era auténtica y no se le había sonsacado, no podía dar detalles debido a la confidencialidad de la relación confesor-penitente: «Mi deber para con Dios me prohíbe responder a cualquier pregunta que me obligue a revelar de ningún

modo algo que se me haya dicho en el secreto del confesionario».[374] Wagner, que no informó siquiera a la familia de la joven, acompañó a Constance a Londres dos semanas después, junto con la señorita Greame, y el magistrado de Bow Street la derivó enseguida a las autoridades de Wiltshire, donde se cometió el crimen. Cuando se hizo público, la noticia fue recibida con suspicacia e indignación por parte de la prensa, sobre todo por el hedor a influencia clerical que la rodeaba.[375]

El 26 de abril, Samuel Kent, que vivía aislado en Denbighshire desde 1861, se enteró de la confesión de su hija por el periódico matutino.[376] Cinco días después, mientras la noticia causaba un revuelo general y multitudes hostiles seguían protestando frente a la capilla de Wagner en Brighton, Kent visitó a su hija, encarcelada de nuevo en la prisión de Devizes. Para entonces Constance ya había anunciado su intención de declararse culpable y declinó la asistencia de un abogado. Solo hubo testigos durante el encuentro y la despedida de padre e hija. Ella «se puso en pie, mirándolo fijamente sin pronunciar palabra» y luego «se tambaleó como si fuera a caerse y él la cogió entre sus brazos».[377] Cuando Kent ya se marchaba, Constance, que había estado «moviéndose de acá para allá y llorando», echó los brazos al cuello de su padre y se la oyó sollozar: «Me debo a ti y a Dios».[378]

En el tribunal donde se iniciaría el proceso el 3 de mayo, la dama superiora, que no podía alegar ninguna exención, insistió en que nadie había inducido a Constance a confesar, pero su evasivo testimonio sugería de sobra lo contrario. La señorita Greame, que sin duda se había prestado a convertirse en un instrumento de Wagner para su autoengrandecedora campaña religiosa, se mostró muy turbada al responder a las preguntas y, según se dice, parecía estar murmurando oraciones durante todo el interrogatorio.

P. ¿Qué dijo usted?

R. Dije: «Ya lo sé». Le pregunté si era plenamente consciente de lo que eso implicaba. (…)

P. ¿Eso fue antes de que ella se inculpase?
R. Sí. Creo que le dije que lo sentía. (…) La había hecho subir para hablar de temas religiosos. Algo en la conversación la impulsó a decirme que había bajado al niño por las escaleras, que había salido de la casa por la ventana del salón y que había usado una navaja para hacerlo. (…)
P. ¿Dijo algo más?
R. Habló del camisón que había desaparecido. Creo que dijo que lo había vuelto a coger del cesto.
P. En su declaración, se ha referido usted a «*algo* en la conversación» que mantuvo con ella, ¿qué fue ese algo?
R. Creo que le dije que el señor Wagner me había hablado de aquello. Nunca utilicé la palabra «asesinato». (…) No recuerdo exactamente lo que dije, pero creo que fue algo como: «¿Lloró el niño pidiendo clemencia?».
P. ¿Dijo usted algo más antes de eso?
R. Sí, intenté señalar cómo se agravaba un pecado a los ojos de Dios.[379]

El resto de los testimonios reiteraron los mismos relatos de hacía cinco años, salvo el del médico que antes había mantenido su convicción de que la autopsia apuntaba claramente a una asfixia. En esta ocasión testificó justo lo contrario: «En mi opinión, la incisión en la garganta fue la causa inmediata de la muerte».[380] Esta nueva y complaciente declaración encajaba con la confesión de la señorita Kent y el doctor Stapleton se apresuró a escribir a los periódicos y revistas médicas para reafirmar que él siempre había descartado la asfixia.[381] Al mismo tiempo, el tribunal aceptó sin cuestionarlo el testimonio del triunfante inspector Whicher, que ahora estaba seguro de que el camisón desaparecido de Constance, que él había buscado, era idéntico a la prenda ensangrentada descubierta en la estufa del lavadero, a pesar de todas las declaraciones anteriores de que la camisa manchada de sangre era una prenda burda de sirvienta. En aras del orden parecía necesaria cierta amnesia.

El juicio posterior en la audiencia regional de Devizes, el 21 de julio de 1865, fue breve, ya que se aceptó la confesión de culpabilidad de Constance y se la declaró cuerda y responsable. Su serenidad era notable, pero hubo una inquietante vacilación. El juez dijo:

«Constance Emilie Kent, se la acusa de haber asesinado intencionadamente a Francis Savile Kent en Road-Hill House el 30 de junio de 1860. ¿Cómo se declara, culpable o inocente?».[382] Constance no contestó. Se le repitió la pregunta y la joven siguió callada. Dos veces más se le replanteó la pregunta y al fin la acusada respondió: «Culpable». No es de extrañar que el juez, por lo general severo, dictara la sentencia de muerte con voz ahogada por los sollozos: «Y que Dios se apiade de su alma».[383]

Pese a compadecerse de ella, al final pocos periódicos cuestionaron seriamente la culpabilidad de la criminal confesa.[384] Y, cuando lo hicieron, tendía a ser tanto o más por aversión hacia la alta iglesia que por estar convencidos de su inocencia. De hecho, la verdadera polémica tuvo lugar entre quienes aceptaban su culpabilidad por el asesinato, pero discrepaban respecto a sus motivos y el alcance de su responsabilidad. La variedad de explicaciones ofrecidas indicaba el agitado estado de opinión en un momento en el que la responsabilidad penal se estaba viendo cuestionada por una multiplicidad de teorías sobre el comportamiento humano y las enfermedades mentales que circunscribían o negaban la voluntad del individuo.

Muchos comentaristas mostraban una profunda turbación ante cualquier sugerencia de que la señorita Kent no podía considerarse plenamente responsable. El *Law Times* mantenía una inclinación un tanto confusa hacia las teorías aún dominantes de la «demencia moral», pero insistió en que la acusada era responsable.

> No se trata de locura ni nada que se le parezca. Es un caso de deformidad mental. La mente de Constance Kent es defectuosa en una o más de las facultades morales, igual que algunos hombres nacen con un brazo o una pierna atrofiados.[385]

La *Saturday Review* estuvo de acuerdo: «Su confesión demuestra que no estaba loca; solo era en extremo malvada, astuta, insensible, traicionera, vil, falsa y tan cruel que sobrepasa casi toda experiencia

humana».[386]

El *Times* fue el único órgano importante de la opinión pública que defendió una responsabilidad reducida por motivos fisiológicos: sugirió que Constance se encontraba en el periodo de transición en el que sus órganos femeninos estaban cambiando y que esa era una época en la que las niñas tendían a ser más crueles y despiadadas.[387] La indignación que siguió a esta sugerencia más bien tímida queda representada en este extracto del *Medical Times and Gazette:*

> Pero hay en el aire una especie de afectada filosofía sentimental según la cual las jóvenes en torno a la edad de la pubertad «no pueden evitar» cometer cualquier acto extremadamente perverso y cruel que se les pase por la cabeza. (…) También se nos dice que un «desconcertante sentido de la nueva existencia» de la feminidad puede impulsar a las jóvenes de un modo irresistible hacia los actos más diabólicos. (…) En nombre de todo lo que es sagrado y viril [!] y constante, y en pro de la parte sobria e inocente de la población, no admitimos un pretexto como «no pudo evitarlo». (…) El autocontrol debe defenderse como el más sagrado de los deberes, ya sea en cuanto al pensamiento, la palabra o los actos.[388]

Los argumentos sobre el papel del sexo se alistaron en todos los bandos de la controversia sobre la responsabilidad. Por una parte, Constance fue retratada como una muchacha masculinizada cuya verdadera identidad masculina se había revelado primero cuando se puso ropa de chico y se cortó el pelo y después cuando cometió un asesinato «de lo menos femenino». Por otro lado, se la retrataba como la eterna Eva y, por tanto, capaz de crímenes mucho más perversos que los que podría cometer cualquier hombre. El *Bath Express* afirmó:

> Fue un asesinato gratuito, no cometido por la mano de un hombre, ya que hay en ello una *refinada* crueldad de la que ningún hombre, creemos, por depravado que sea, podría haber sido culpable; al contrario, es el acto vengativo de una mujer —malsana, cruel, astuta— en quien la peor de las

pasiones ha tenido un desarrollo preternatural que ha derrotado y absorbido lo poco de bueno que alguna vez hubo en ella.[389]

Toda esta polémica sobre la responsabilidad reveló mucho sobre las preocupaciones de los portavoces de la clase media, pero el interés por la joven quedó eclipsado mucho antes de que se zanjara. Una vez más, como en el caso Marsden, la mujer se convirtió en el chivo expiatorio polivalente de todos los miedos, obsesiones y ansiedades de los hombres que, fueran cuales fuesen sus motivos, afirmaban entenderla y tenían poder sobre su vida.

Que Constance Kent cediera a confesar cuando estaba tan cerca de la libertad no es, tristemente, tan misterioso. La religión, el eterno consuelo para las mujeres que sufren, se le había ofrecido como refugio durante cinco largos años. Por primera vez en su vida había conocido protectores afectuosos, personas religiosas que la aceptaban. Pero ahora, de repente, esa aceptación continuada tenía un precio: la confesión de un pecado que ella no había cometido. Y era un precio que estaba dispuesta a pagar. Su religión, después de todo, enseñaba que uno que era inocente había sacrificado su vida, por deseo de su Padre, por aquellos que eran culpables. Y Constance había explicado su propio sacrificio a su padre: «Me debo a ti y a Dios».

Constance Kent y Célestine Doudet fueron dos de las flores sin deshojar, dos de las mujeres sobrantes. Son la prueba, cada una a su manera, de la capacidad de una sociedad para imponer sus estereotipos negativos a las mujeres. Ellas aceptaron estos estereotipos y los interiorizaron para formarse una imagen de sí mismas. Así, no solo los hombres se relacionaban con ellas en términos de expectativas estereotipadas, sino que sus propios sentimientos y pautas de comportamiento estaban determinados desde su interior por las mismas expectativas. Célestine Doudet, la muchacha sin dote y sin esperanzas de casarse, se convirtió en la solterona obsesionada por el sexo que veía impureza en todas partes. Constance, la desatendida fugitiva de doce años carente de

«delicadeza femenina» que había «deseado ser independiente» se expuso sin darse cuenta a convertirse en sospechosa de asesinato y luego abrazó su condición de paria en lo que una autora ha llamado «un espíritu de pura autoinmolación».[390] Irónicamente, esa confesión fue algo muy «femenino», justo el tipo de acto sumiso, sacrificado y autodestructivo que, en formas menos llamativas, se exigía de manera explícita a todas las criaturas respetables de su sexo. Y ellas, al menos, puede que lo entendieran. La sala del tribunal de Wiltshire estaba llena de mujeres llorosas.

Sendos accidentes sacaron del anonimato a Célestine Doudet y a Constance Kent. Ni la muerte de Mary Ann Marsden ni la de Francis Savile Kent fueron actos premeditados, pero llevaron a la exposición de muchas vidas femeninas ocultas y a una variedad de tácticas que funcionaron para mantener a las mujeres en su lugar. Ser cabeza de un hogar permitía, si no respaldaba, la explotación sexual de las criadas, repudiar y tachar de locas a las esposas y recluir en casa a las niñas en nombre de la protección de su «propiedad» virginal.

El límite del sistema se alcanzó en el caso de Samuel Kent, cuyo horrible catálogo de crímenes contra las mujeres puede que se extendiera incluso a la misteriosa muerte de su primera esposa, que con tanta rapidez fue atribuida por un médico a una repentina dolencia intestinal.[391] Pero Kent, el aberrante tirano sin escrúpulos de su familia, es en última instancia menos aterrador que las legiones de aquellos hombres cuyo respaldo obtuvo o cuya autoridad manipuló. La extensión de la dominación sexual puede explicar la complicidad de su esposa y de su amante, pero ¿qué hay de los notables próceres locales e incluso nacionales a los que debería haber sido más difícil convencer? Aceptaron de buen grado las reconstrucciones de los hechos y las descripciones de la personalidad que se acomodaban a los prejuicios generalizados sobre las peculiaridades sexuales de las mujeres. Al final, Constance Kent pasó de las manos de un padre motivado por el estatus social y profesional a las de un ministro de Dios impulsado por las mismas fuerzas. Y acabó rindiéndose a su deber como mujer.

Célestine Doudet, la «monstruosa» solterona, pagó por algo más que por su parte de culpa en aquellos despiadados actos de crueldad. Si su patrón se hubiera percatado de lo que las mujeres, impotentes, vieron enseguida, que Doudet estaba mentalmente perturbada, las pequeñas víctimas se habrían salvado. Además, el hecho de que fueran niñas incrementaba su vulnerabilidad. De haber sido chicos, es poco probable que, aunque se hubiera descubierto que se masturbaban y se les hubiese enviado a vivir con un preceptor desequilibrado, su sufrimiento hubiera pasado inadvertido durante tanto tiempo. En primer lugar, no era común enviar a los niños varones a un país extranjero, como se hacía tan a menudo con las niñas, una situación que de manera automática las aislaba y aumentaba las posibilidades de que los tutores a sueldo cometieran toda clase de abusos sin que nadie lo notase.[392] En segundo lugar, como la reclusión doméstica era más habitual en la crianza de las niñas y el ejercicio (una de las «curas» más recomendadas para los niños) menos acostumbrado, el aislamiento de las hijas en una casa podía prolongarse más tiempo sin suscitar comentarios. Las pobres Marsden sabían que su hermano James, al menos, llevaba una vida muy diferente. Obligadas ellas mismas a escribir regularmente a su casa, las pequeñas se quejaban de no recibir ninguna carta de su hermano y su madrastra les escribió para ponerse de parte del joven James: «Ya sabéis que a los chiquillos les cuesta molestarse en escribir». Llevan una vida tan activa, decía, que «van corriendo de la clase al recreo y luego a la cama».[393]

Las niñas, entretanto, pasaban las horas de recreo copiando laboriosamente cartas dictadas que su padre después arrojaba al fuego. La señorita Doudet, sin embargo, presentó en su defensa algunas de las cartas que las niñas le habían enviado a ella, cartas que su abogado argumentó que eran auténticas, pero que era obvio que había compuesto la propia institutriz. Estos documentos revelan, al menos, la imagen de sí misma que mantenía en todo momento ante las aterrorizadas niñas, así como sus preocupaciones por el papel que tuvo en la muerte de la pequeña Mary Ann.

> Estoy convencida de que [la difunta Mary Ann] piensa a menudo en usted y de que le encantaría devolverle todo lo que hizo por ella. (…) Está muerta para siempre, pero podemos tener la esperanza de volver a verla en el cielo. (…) Si hay alguien digno de ir al cielo, es usted. Jamás he visto a nadie cumplir con su deber más fielmente que usted. (…) Ha tenido tanta paciencia como Job. Pero, mientras que su prueba fue en el mundo exterior, usted la sufre por completo en el interior del hogar y la prueba de Job me parece *tan* pública (…).[394]

Incluso en las pruebas de fe, Doudet veía que los hombres acaparaban la atención y las recompensas. Intentó consolarse pensando que las mujeres, aun escondidas, eran superiores en su sufrimiento.

Encarcelada durante tres años hasta 1858, cuando su salud empezó a flaquear, Célestine Doudet fue indultada y, tras viajar por Alemania e Inglaterra, regresó a París. Allí, al parecer, encontró madres aún dispuestas a confiar a sus hijas a su cuidado.[395] Constance Kent, cuya condena a muerte fue conmutada por cadena perpetua, pasó veinte años en las prisiones de Millbank y Fulham. Trabajó primero en la lavandería y luego como enfermera y también se le permitió participar en la elaboración de mosaicos en varias instituciones religiosas. Un inspector de prisiones la describió como:

> una criaturita parecida a un ratón, con esa prontitud del ratón o de la lagartija en desaparecer cuando se les sorprende, cuando se alarman. (…) Era un misterio en todos los sentidos. Era casi imposible creer que esa personita insignificante e inofensiva pudiera haber degollado a su hermano pequeño en circunstancias de peculiar atrocidad.[396]

Si, cuando la liberaron, se marchó a Canadá, nunca se descubrió su paradero. Su padre, mientras tanto, había vivido aislado y murió en 1872 de una enfermedad hepática.[397]

Sobre las pequeñas Marsden, que fueron juzgadas de manera extraoficial por el delito de masturbación, he podido descubrir aún

menos. Si un relato genealógico que existe es correcto,[398] es muy posible que haya poco que saber. En este se dice que Rosa, la segunda más joven, murió en 1877 a la edad de treinta y cuatro años. No se conocen las fechas de fallecimiento de las otras dos niñas, Emily y Alice, pero el relato señala que ninguna de las tres se casó y que todas ellas fallecieron antes que su padre. James Loftus Marsden, tras una prometedora carrera durante su juventud, murió en el anonimato en 1891. Se había casado por tercera vez y dejó la mayor parte de su patrimonio a su hija adoptiva Ellen Welsh Marsden. También legó una cantidad de mil libras, que había heredado de su madre, a una sobrina.[399] Por supuesto, es imposible conocer sus motivos para estos legados, pero es posible que pensara en una especie de restitución.

[249] J. Hajnal, «The European Marriage Pattern in Perspective», en *Population and History,* ed. D. V. Glass y D. E. C. Eversley (Londres: Arnold, 1965), p. 102.

[250] Patricia Branca expone este argumento al hablar de la posición de la mujer soltera en *Silent Sisterhood: Middle-Class Women in the Victorian Home* (Pittsburgh: Carnegie-Mellon University Press, 1975).

[251] Frances Trollope, *Paris and the Parisians in 1835,* 2 vols. en uno (París: Galignani, 1836), vol. 1, p. 287.

[252] Véase el conocido ensayo de W. R. Greg, «Why Are Women Redundant?», en su *Literary and Social Judgments* (Boston: Osgood, 1873), pp. 274-308.

[253] Véase el artículo de Tamara Hareven, «The History of the Family as an Interdisciplinary Field», en *The Family in History,* ed. Theodore Rabb y Robert Rothberg (Nueva York: Harper & Row, 1973), pp. 211-226.

[254] Las fuentes principales para el caso Doudet son: Armand Fouquier, *Les Causes célèbres de tous les peuples,* 9 vols. (París: Lebrun, 1858-1874), vol. 3, cuadernos 12 y 13; *La Gazette des Tribunaux* y *La Tribune judiciaire* (París: Borrani et Droz, 1855), pp. 1-193. Las fuentes principales para el caso de Constance Kent son: Yseult Bridges, *The Tragedy at Road-Hill House* (Nueva York: Holt, Rinehart & Winston, 1955) y John Rhode (pseud. de C. J. C. Street), *The Case of Constance Kent* (Nueva York: Scribner, 1928). El libro de Bridges es el mejor compendio del caso, aunque sitúa erróneamente el episodio de la fuga en 1857 y no en 1856.

[255] Su declaración completa se reproduce en Bridges, p. 206: «Yo, Constance Emilie Kent, sola y sin ayuda, en la noche del 29 de junio de 1860, asesiné en Road Hill House, Wiltshire, a Francis Savile Kent. Antes del hecho nadie conocía mi intención, ni después mi culpabilidad. Nadie me ayudó a cometer el crimen ni a evitar ser descubierta».

[256] *Worcestershire Chronicle,* 7 de mayo de 1855.

[257] Fouquier, p. 23.

[258] *Ibid.,* p. 3.

[259] *Ibid.*, p. 4.

[260] *Ibid.*, p. 7.

[261] *Ibid.*, p. 6.

[262] *Ibid.*, pp. 7, 37.

[263] *Ibid.*, p. 8.

[264] Alex Comfort, *The Anxiety-Makers* (Londres: Panther, 1968), pp. 84 y ss.

[265] Para un análisis completo y una bibliografía exhaustiva, véanse René Spitz, «Authority and Masturbation, Some Remarks on a Bibliographical Investigation», *The Psychoanalytic Quarterly,* 21 (1952): 490-527; también E. H. Hare, «Masturbatory Insanity: The History of an Idea», *Journal of Mental Science,* 108 (1962): 1-25.

[266] Comfort, p. 106, cap. 3 *passim*. La masturbación figuraba entre los males citados habitualmente como frecuentes en los internados para ambos sexos. La preocupación por este tema parece haber sido mayor en Inglaterra que en Francia, aunque la obra de S. A. Tissot de mediados del siglo XVIII, *El onanismo. Ensayo sobre las enfermedades que produce la masturbación*, se reeditó con regularidad a lo largo del siglo XIX. Una reseña de una nueva edición de Tissot en *Archives générales de médecine,* diciembre de 1855, p. 763, señala que, desde la primera edición de 1758, el libro había vendido más de cien mil ejemplares. Hay una discusión sobre los cinturones como lo que se encargaron para las niñas Marsden en un artículo de Gerhart S. Schwartz titulado «Devices to Prevent Masturbation», en *Medical Aspects of Human Sexuality,* 7 (mayo de 1973): 141-153.

[267] Cit. en Bridges, p. 24, del Dr. John Bucknill, que examinó a Constance Kent por trastornos mentales en 1865.

[268] Joseph W. Stapleton, *The Great Crime of 1860* (Londres: Marlborough, 1861), p. 21.

[269] Bridges, p. 27.

[270] *Ibid.*

[271] Stapleton, p. 29. Richard Altick (*Victorian Studies in Scarlet;* Nueva York: Norton, 1970, p. 283) cita las memorias del escritor victoriano E. E. Kellett, que

estaba convencido de que tales diagnósticos solían encubrir algún crimen entre las clases respetables. «Un médico me dijo una vez que no creía que hubiera un solo facultativo en Londres con veinte años de experiencia que no tuviera serias razones para creer que algunas esposas de su consulta habían envenenado a sus maridos, y algunos maridos a sus esposas, pero en la inmensa mayoría de los casos los médicos no podían mencionar sus sospechas».

[272] *Ibid.*, p. 28.

[273] *Ibid.*

[274] *Ibid.*, p.32.

[275] *Ibid.*, p. 28.

[276] *Ibid.*

[277] Además de la instrucción previa, que tuvo lugar el 2 de julio de 1860, los magistrados de Trowbridge hicieron indagaciones a puerta cerrada a partir del 9 de julio respecto a la niñera Elizabeth Gough. Tras el fracaso de este intento, se acudió a Scotland Yard en la persona del inspector jefe Jonathan Whicher y los magistrados locales reanudaron las sesiones el 16 de julio. Como consecuencia de las sospechas de Whicher sobre Constance, la muchacha fue detenida el 20 de julio y llevada ante los magistrados el 27 de julio. Tras su liberación, los magistrados de Bath solicitaron al ministro del Interior, George Lewis, una comisión especial para investigar el crimen; esta se denegó, aunque Lewis autorizó a un abogado local a dirigir una investigación privada del caso en su propio despacho. Al abogado no se le permitió revelar la naturaleza de su autoridad ni tomar declaración bajo juramento, lo que significaba que no se podía obligar a los testigos a acudir a las citaciones ni a responder a las preguntas. La investigación se llevó a cabo en septiembre y dio lugar a la detención de Elizabeth Gough, que fue interrogada por los magistrados de Trowbridge en octubre y puesta en libertad. A continuación, los magistrados locales hicieron nuevas indagaciones a puerta cerrada sobre la revelación de que los agentes de la policía local habían sido encerrados en la cocina por el Sr. Kent mientras investigaban el crimen. En noviembre, un magistrado local recibió permiso del ministro del Interior para llevar a cabo una investigación abierta; como resultado, se descubrió que se había encontrado una prueba importante, una camisa de dormir ensangrentada, que luego había desaparecido en extrañas circunstancias. A finales de noviembre

se inició una nueva investigación sin resultados, pero al fin el fiscal general, el día 24, solicitó al *Queen's Bench* la emisión de un mandato judicial *ad melius inquirendum.* De haber tenido éxito, la solicitud habría invalidado el veredicto del jurado de instrucción por motivos técnicos de procedimiento y permitido una nueva investigación, pero fue denegada por el Tribunal del *Queen's Bench* en enero de 1861. Ahí se detuvieron los intentos formales por encontrar al asesino.

278 Cit. en Bridges, p. 119, del *Trowbridge and North Wilts Advertiser.*

279 Stapleton, p. 129.

280 *Ibid.*

281 *Ibid.*

282 *Ibid.*, p. 131.

283 *Ibid.*, p. 132.

284 *Ibid.*

285 *Ibid.*

286 En una carta que envió a Rowland Rodway, el abogado de su padre, Constance decía: «Se ha afirmado que mis deseos de venganza se despertaron como consecuencia de un trato cruel. Eso es totalmente falso. He recibido las mejores atenciones de las dos personas acusadas de someterme a ese trato. Nunca he albergado rencor hacia ninguna de ellas por su comportamiento hacia mí, que ha sido muy amable. Le agradeceré que haga uso de esta declaración para que la opinión pública no se llame a engaño sobre este punto» (cit. en Bridges, p. 233). Esto, de ser cierto, dejaba a Constance sin móvil para el crimen.

287 Cit. de un periódico local (sin atribuir) en Bridges, p. 239.

288 La carta, fechada el 30 de agosto, se publicó en muchos medios y se cita aquí del *British Medical Journal,* 2 de septiembre de 1865, p. 239.

289 *La Tribune judiciaire,* p. 148.

290 Fouquier, p. 9.

291 *La Tribune judiciaire,* p. 53.

292 Fouquier, p. 24.

293 *La Presse,* 25 de febrero de 1855.

294 *La Tribune judiciaire,* p. 148.

295 Fouquier, p. 13.

[296] *Ibid.*

[297] *Ibid.*

[298] James Loftus Marsden, *Notes on Homeopathy* (Londres: Headland, 1849), p. 24.

[299] James Loftus Marsden, *The Action of the Mind on the Body* (Great Malvern: Lamb, 1859), pp. 36, 46 y ss.

[300] *La Tribune judiciaire,* p. 63. Es posible que Marsden creyera en una especie de origen hereditario respecto a la corrupción de sus hijas. Debido a su interés por los escritos de los reformistas de las curas de agua de la época, es posible que leyera un estudio contemporáneo sobre el matrimonio, llevado a cabo por los estadounidenses Mary Gove Nichols y su marido Thomas Low Nichols, que más tarde ejercieron en Malvern. La Sra. Nichols estaba preocupada por lo que ella llamaba los males para los niños resultantes de matrimonios con «excesos amatorios». Escribió que «la masturbación en los niños, y todos los males de la sensualidad, nacen del caldo de cultivo contaminado de un matrimonio sensual y sin amor, donde la mujer está sometida a un sensualismo destructor durante el embarazo y la lactancia» (*Marriage: Its History, Character and Results: Its Sanctities and Its Profanities; Its Science and Its Facts. Demonstrating Its Influence, as a Civilized Institution, on the Happiness of the Individual and the Progress of the Race;* Cincinnati: Nicholson, 1854, p. 223). Ideas como las de la Sra. Nichols formaban parte, en cualquier caso, del entorno de Marsden. (Ella figura en otro caso y se tratará de forma más extensa en el capítulo 5). La primera esposa de Marsden había dado a luz una vez cada año durante los siete años de su matrimonio; falleció durante el parto de su último hijo, que nació muerto.

[301] *Berrow's Worcestershire Journal,* 31 de marzo de 1855. Mary Marsden no asistió a los juicios y su testimonio no figura en las versiones francesas del caso.

[302] *Ibid.*

[303] *Ibid.*

[304] Era Emily, su segunda hija, la que Marsden consideraba más brillante, pero también estaba más preocupado por sus «malos hábitos». En una carta del 15 de octubre de 1852, le decía a Doudet: «Su redacción es muy buena, pero le ruego que la considere una niña, trátela como a una niña, no le pida su opinión y no le hable como si fuera una mujer; si no sigue mi consejo, puede parecer bastante

grata, pero se convertirá en una criatura de lo más intolerable por impertinente y extravagante. No hay peligro en exigirle de más. Es testaruda y hay que evitar que se comporte mal» (*La Tribune judiciaire,* p. 60). En la misma carta, Marsden menciona haber recibido los ejercicios de «la pobre Lucy» y comenta que al menos demuestran que intenta aprender. Volviendo luego a Emily, subraya las cualidades femeninas que desearía que desarrollase: «Quiero que Emily vea que la conducta, la bondad y el altruismo están en un plano superior al de los dones de la mente, y me alegraría saber que está cultivando estas cualidades. ¿Están aprendiendo a bailar?».

[305] *Berrow's Worcestershire Journal,* 31 de marzo de 1855.

[306] *Ibid.*

[307] Comfort, pp. 96 y ss., 105, cita ejemplos de memorias y literatura prescriptiva sobre esta práctica. Una mujer recuerda que su niñera era extremadamente severa al respecto: «Creyendo, como me dijo años más tarde, que el autoabuso era "el mal que pudría el mundo", insistía en supervisarnos en el retrete y nos acostaba con las manos atadas, a veces demasiado fuerte: recuerdo que mi profesora de piano comentaba que mis muñecas estaban llenas de cicatrices» (p. 97).

[308] Fouquier, p. 14.

[309] La *British Mothers' Magazine,* publicada entre 1845 y 1863, tiene como uno de sus temas recurrentes el amor por igual a todos los niños de una familia. Por citar solo dos ejemplos, la editora, la señora J. Bakewell, publicó por entregas su novela *The Second Marriage: or Prejudice Removed* en los volúmenes 8 y 9 de la revista (1852, 1853). Uno de sus temas más relevantes es el esfuerzo de la nueva esposa por establecer una relación de afecto con los hijos del primer matrimonio y tratarlos igual que a sus propios hijos. El poema «To a Step-Child» (vol. 8, p. 201) también ilustra los consejos y opiniones típicos de estas publicaciones: «Hijo de la desaparecida, de la enterrada y de la bendecida, te llamo mío, / Hasta que más hermosa aún, con lágrimas y sin mácula, su hogar sea el tuyo».

[310] Le estoy muy agradecida a Elizabeth Jenkins, que amablemente me mostró una copia de su ensayo inédito, «The Young Step-Mother, A Sensational Source», en el que se analizan las sorprendentes similitudes entre el caso de Constance Kent y la novela de Charlotte Yonge titulada *The Young Step-Mother.* La señorita

Jenkins sugiere que el caso Kent podría haber impulsado a Charlotte Yonge a reescribir la historia con una madrastra benevolente cuyas acciones evitan la clase de desastre que ocurrió en Road-Hill House. La señorita Jenkins señala que, aunque una parte de la novela ya había aparecido publicada por entregas antes del crimen, no se puede descartar la posibilidad de algún tipo de influencia. Los paralelismos que traza entre personajes e incidentes son de lo más intrigantes.

311 Stapleton, p. 40.

312 *Frome Times,* 7 de noviembre de 1860. Este periódico también señalaba que, aunque sus vecinos no odiaban a Kent, como este insistió en el momento del crimen, se le consideraba «reservado» y le tenían menos aprecio que al resto de su familia. Había algunas razones para que los vecinos tuvieran esta actitud. Al parecer, en su calidad de subinspector de fábricas, Kent había dejado sin empleo a entre veinte y treinta niños de la localidad, ya que se estaba infringiendo la legislación sobre trabajo infantil. Además, había tomado medidas para impedir que los vecinos pescaran en el río cercano a su casa y había cercado su propiedad para evitar la caza furtiva. Los aldeanos, que consideraban la tierra como propiedad pública, se sintieron agraviados, y no ayudó en nada el hecho de que Kent denunciara a algunos muchachos locales por robarle (*Frome Times,* 17 de octubre de 1860).

313 John Rhode recibió este documento después de publicar *The Case of Constance Kent* en 1928, pero lo utilizó en un ensayo más breve sobre el caso que se incluyó en una colección posterior, *The Anatomy of Murder* (Nueva York: Macmillan, 1937), pp. 43-86. El documento original quedó destruido durante la Segunda Guerra Mundial y los fragmentos citados aquí están tomados de los pasajes del ensayo de Rhode reproducidos en Bridges.

314 Bridges, p. 254.

315 Stapleton, p. 33.

316 Bridges, pp. 254 y ss.

317 *Ibid.*, p. 257.

318 El *Frome Times* citó el incidente tal y como se publicó en su momento en un periódico de Bath: «El chico mayor [William, aunque más joven, era más alto y creyeron que era el mayor] habló poco, pero el más joven [Constance] le dijo que se metiera en sus asuntos, señal más que indicativa de su impertinencia». Uno de

los policías afirmaba haber adivinado que «el más joven» era una niña al observar cómo se sentaba y cruzaba las piernas. Cuando la verdad salió a la luz, la reacción de los policías fue de simpatía y respeto por la chiquilla que había interpretado tan bien su papel. El reportero del *Frome Times,* que entrevistó a los agentes después del crimen, señaló: «La niña, nos dicen, actuó como una pequeña heroína, interpretando el papel de un chico para admiración de todos los que la vieron» (25 de julio de 1860).

[319] Bridges, p. 39. Hay pocas referencias escritas precisas en Bridges y casi ninguna nota sobre sus fuentes. Aunque he encontrado confirmación de casi todas sus aseveraciones en el *Trowbridge and North Wilts Advertiser,* el *Somerset and Wilts Journal,* el *Frome Times,* el *Bath Chronicle* y otros periódicos, así como una referencia a la citación de Kent ante la Junta de Comisionados de Fábrica en el estudio de su amigo Stapleton (p. 30), no he localizado la fuente de estas alegaciones más allá de Bridges. Sin embargo, confío en que son exactas.

[320] Berryer, defensor de Célestine Doudet, señaló el uso más extendido del castigo físico en Inglaterra que en Francia, pero citó algunos artículos recientes en revistas educativas, el *Bulletin de l'Instruction primaire* (mayo de 1854) y la *Quarterly Review of Education* (mayo-junio de 1854, n.os 18 y 19), que hablaban de una tendencia en Inglaterra hacia un menor uso de estos castigos corporales.

[321] En su *Mothers of England* (Londres: Fisher, 1843), p. 34, la Sra. Ellis, una de las autoridades más populares en la materia, sostiene que los niños a los que se les pega con regularidad no hacen más que endurecerse. Cree en la autoridad indiscutible de los padres, pero afirma que estos deberían tratar de entender que los niños piensan de forma diferente a los adultos y requieren, además de disciplina, que se razone con ellos.

[322] Véase el análisis en Branca, pp. 108-110.

[323] *Queen,* diciembre de 1865, enero de 1866; *Englishwoman's Domestic Magazine,* marzo de 1870. De abril a noviembre, los suplementos de la sección «Conversazioni» se publicaron por separado. Estos suplementos se reunieron luego en un solo volumen y hoy se encuentran donde se guarda la pornografía en las vitrinas privadas del Museo Británico, probablemente porque se les dio el título colectivo de «Sobre azotar a las niñas».

[324] *Englishwoman's Domestic Magazine,* mayo de 1870.

[325] *Ibid.*, abril de 1870 (suplemento).

[326] *Ibid.*, marzo de 1870 (suplemento).

[327] *Ibid.*, julio de 1870 (suplemento).

[328] Por la información sobre el estado actual de la opinión médica sobre esta cuestión, debo un agradecimiento especial al Dr. Marc H. Hollender, jefe del departamento de Psiquiatría de la Universidad de Vanderbilt y autor de varios estudios históricos sobre la sexualidad femenina. El Dr. Hollender me dijo que ni su experiencia ni sus estudios han revelado ninguna forma de detectar al masturbador habitual mediante un examen genital. También me remitió a las siguientes observaciones, aparecidas en *Medical Aspects of Human Sexuality,* 7 (julio de 1973): 107-109. El Dr. J. P. Semmens, profesor asociado de Obstetricia y Ginecología de la Universidad de Medicina de Carolina del Sur, respondió como sigue a la pregunta: «¿Aumenta el tamaño del clítoris con la estimulación sexual frecuente?». «Que yo sepa, no existen pruebas documentadas de que el aumento de la actividad provoque que el clítoris se hipertrofie ni aumente de tamaño de forma permanente. En la literatura sexual menos seria se han hecho inferencias que sugieren que la hipertrofia de los labios vaginales y la hipertrofia del clítoris están relacionadas con una actividad masturbatoria femenina excesiva. Esto se deriva probablemente de la idea de que a menudo esta hipertrofia puede ser solo del lado izquierdo o del derecho, en paralelo con la lateralidad derecha o izquierda del individuo. Yo reprendería a cualquier profesional que sacara tal conclusión sobre un paciente basándose solo en la observación física».

[329] James Manby Gully, uno de los socios del Dr. Marsden en Malvern, que aparece en otro de los casos estudiados aquí, subrayaba la necesidad de que los alimentos estuvieran bien hechos para la salud en general y advertía de que un cocinado insuficiente provocaba una estimulación excesiva de los centros ganglionares susceptible de exacerbar las afecciones nerviosas (*An Exposition of the Symptoms, Essential Nature and Treatment of Neuropathy or Nervousness;* Londres: Churchill, 1837, p. 128).

[330] Fouquier, p. 29.

[331] *Ibid.*, p. 24.

[332] *Ibid.*, p. 26.

[333] *Ibid.*, p. 33.

[334] *Ibid.*

[335] *Ibid.*, p. 32.

[336] *Ibid.*, p. 34.

[337] *La Presse,* 26 de febrero de 1855.

[338] *Ibid.*

[339] Fouquier, p. 28.

[340] *Ibid.*

[341] *La Presse,* 23 de febrero de 1855.

[342] *La Tribune judiciaire,* p. 43.

[343] Berryer añadió: «"Malos hábitos" que causaron su declive físico y, una vez superados, fue posible el restablecimiento de una salud rebosante: ahí tienen el caso entero en pocas palabras» (Fouquier, p. 53).

[344] Fouquier, p. 26.

[345] *Le Figaro,* 4 de marzo de 1855.

[346] *Ibid. Le Figaro* afirma que en esta sesión, como de costumbre, las mujeres eran mayoría entre el público. Al parecer, varias madres llevaron a sus hijos y el presidente del tribunal ordenó que sacaran a un niño de unos diez años. Se dice que otras mujeres se marcharon de forma voluntaria tras algunas de las revelaciones.

[347] *Ibid.*

[348] *Ibid.*

[349] *La Presse,* 22 de febrero de 1855.

[350] Fouquier, p. 44

[351] Bridges reproduce el relato en un apéndice (pp. 259 y ss.).

[352] *Ibid.*

[353] Stapleton, pp. 40 y ss.

[354] *Frome Times,* 10 de octubre de 1860.

[355] En octubre de 1860, en la única ocasión conocida en que Kent prestó declaración ante los magistrados locales, afirmó haberse enterado de la desaparición de la manta antes de salir, pero todos los testimonios anteriores lo contradecían (*Frome Times,* 3 de octubre de 1860).

[356] Stapleton, p. 72.

[357] *Ibid.*

[358] La prensa local, en general, siguió sospechando. El *Frome Times* del 8 de agosto de 1860 hablaba de la «falsa delicadeza del juez de la instrucción previa y del presidente del jurado» y calificaba su actuación de insulto público.

[359] *Frome Times,* 10 de octubre de 1860.

[360] Bridges, p. 110.

[361] *Frome Times,* 7 de noviembre de 1860.

[362] Stapleton, p. 114.

[363] Joseph Stapleton fue el médico de la familia, pero en su libro mantuvo que había tenido una relación social limitada con el Sr. Kent (pp. 70 y ss.). Su obra es de un valor inestimable por la información que proporciona proveniente de alguien que estuvo allí presente pocas horas después del crimen y es obvio que ayudó a conformar las percepciones y los prejuicios de quienes lo citaron varios años después, tras la confesión de Constance.

[364] Stapleton, p. 26.

[365] *Ibid.*

[366] *Ibid.*, p. 48.

[367] *Ibid.*, p. 73.

[368] *Ibid.*, p. 79.

[369] *Ibid.*, p. 65.

[370] *Ibid.*, p. 109.

[371] Bridges, p. 203.

[372] *Ibid.*, p. 204.

[373] Yseult Bridges pone de manifiesto que A. W. Wagner, influido por el Movimiento de Oxford de Newman, era considerado por sus correligionarios de la alta iglesia como una especie de héroe que había aprovechado la oportunidad de la presencia de Constance Kent en su enfermería para atraer la atención del público hacia el sacramento de la confesión. Bridges cita la introducción de un panfleto sobre Wagner escrito por un simpatizante, el canónigo Hutchinson: «Le estoy especialmente agradecido al autor por la información que da del caso de Constance Kent, del revuelo casi nacional que causó y de la prominencia que aquello le dio al lugar integral de la confesión en la economía de la Iglesia de

Inglaterra. Toda la artillería pesada se sacó y se apuntó contra Wagner de Brighton a ese respecto.

»Él se mantuvo firme y obtuvo una gran —una grandísima— victoria. Casi podría decirse que desde entonces la confesión en la Iglesia de Inglaterra permaneció incontestada» (p. 249). Al final, sin embargo, no fue la defensa de la santidad de la confesión, sino su propia reticencia a reabrir un asunto que querían cerrado, lo que impidió a las autoridades rechazar la declaración de culpabilidad de Constance.

374 *Brighton Gazette,* 11 de mayo de 1865.

375 A continuación, una muestra de esta reacción de la prensa de 1865. «¿Están los confesionarios de la Iglesia Anglicana exentos de la ley terrenal?» (*Brighton Gazette,* 11 de mayo). «Ahora bien, sin duda se han dado casos de falsas confesiones y podría decirse con cierta verosimilitud que tal ocurrencia sería particularmente probable en el caso de una joven entusiasta y devota que podría haberse formado la idea de que era una buena obra señalarse a sí misma por el bien de su familia y que, por la pura fascinación del suceso, como si ocurriese ante sus propios ojos, podría haber visto tan profundamente afectada su imaginación que podría llegar a pensar que de verdad lo había hecho ella» (*Pall Mall Gazette,* 26 de abril). «No concedemos ninguna relevancia judicial a su confesión, redactada en la "casa de Santa María…", y creemos que habría sido mucho más prudente y mejor, y más ajustado a derecho, que ningún caballero particular hubiera escoltado a esta joven desde Brighton a Bowstreet para que se confesara una asesina» (*Standard,* 26 de abril). «¿Qué vida le esperaba a la señorita Kent después de que el señor Wagner empezase a decir a las internas de la casa que una de ellas era una asesina?» (*Express,* 13 de mayo). «Parece bastante claro que el motivo de la declaración voluntaria de la señorita Kent contra sí misma fue la influencia ejercida sobre su mente por el señor Wagner y la señorita Green [sic], la "dama superiora" del "hospital" al que había sido trasladada» (*News of the World,* 14 de mayo).

376 *Bath Chronicle,* 4 de mayo de 1865; Bridges, p. 218.

377 Bridges, p. 218.

378 *Bath Chronicle,* 4 de mayo de 1865.

379 *Ibid.,* 11 de mayo. De hecho, la Srta. Greame solicitó una exención «madre-hija», pero se la denegaron.

[380] *Somerset and Wilts Journal,* 5 de mayo de 1865.

[381] *Lancet,* 20 de mayo de 1865, publica una copia de la carta.

[382] Cit. en Bridges, p. 237.

[383] *Ibid.*

[384] Un periódico local, el *Somerset and Wilts Journal,* había mantenido siempre la culpabilidad de Constance y se lo recordó a sus lectores tras la confesión (24 de abril de 1865). El *Trowbridge and Wilts Advertiser,* sin embargo, había apoyado a Constance en todo momento y respondió con recelo a la confesión (29 de abril de 1865). Muchos periódicos, entre ellos el *Daily Telegraph* (22 de julio de 1865), el *Morning Post* (22 de julio de 1865), el *Daily News* (22 de julio de 1865), el *Express* (22 de julio de 1865) y el *Times* (22 y 28 de julio de 1865) aceptaron la confesión, pero se quejaban de que las pruebas no eran satisfactorias.

[385] *Law Times,* 2 de septiembre de 1865.

[386] *Saturday Review,* 29 de abril de 1865. Tras la conmutación de la pena, la *Saturday Review* expresó su aprobación y, como era de esperar, más simpatía por Wagner y Greame que la mayoría de los demás. «Su influencia caló, y caló para siempre, en el corazón de piedra de la impía asesina y confiamos en que la penitencia iniciada bajo el auspicio de la religión pueda ejercer su función en la estricta reclusión permanente que ahora, salvo por sus posibles usos religiosos, es una vida peor que la muerte» (2 de septiembre de 1865).

[387] *Times,* 27 de abril de 1865.

[388] *Medical Times and Gazette,* 22 de julio de 1865. El artículo concluye: «La lección moral que hay que aprender es la de la existencia de pasiones perversas incluso en el pecho de los más pequeños, pasiones que hay que contener mediante una formación moral y religiosa adecuada y cuya existencia por sí sola, por espantosa que sea, no constituye locura». El *Lancet* se hizo eco de esta opinión, en combinación con la más popular de la locura hereditaria: «Hasta qué punto una predisposición hereditaria de este tipo puede verse influida por los piadosos cambios posteriores en la constitución femenina o cómo durante un momento crítico de la vida de una muchacha puede esta haber desarrollado esa forma efímera aunque excepcional de perturbación mental que el difunto psicólogo, el reflexivo Dr. Wigan, describió como los "crímenes sin motivo de los jóvenes", es una cuestión que merece investigarse» (20 de mayo de 1865).

[389] *Bath Express,* 29 de abril de 1865.

[390] Bridges, p. 204.

[391] Bridges especula sobre esta posibilidad (pp. 28 y ss.).

[392] En Inglaterra, el caso Doudet suscitó críticas características de una reacción general contra las escuelas de etiqueta femeninas, que cada vez sufrían más ataques por considerarse centros de señoritismo. Muchos críticos como este dirigieron su hostilidad hacia los internados del otro lado del Canal: «Por nuestra parte, estamos satisfechos de creer en la inocencia de cuatro niñas inglesas antes que en la de una mujer francesa cuya mente parece haber estado tan contaminada de pensamientos viciosos que no le queda espacio para la cortesía ni la virtud femeninas». El artículo procede luego a exigir una educación más práctica para las mujeres y lamenta las costumbres del momento: «A nuestros hijos los enviamos fuera por centenares, lejos de la sana influencia moral del hogar y de los sagrados lazos del amor familiar. (…) Nuestras hijas están peor que sus hermanos. (…) ¿Por qué debemos vernos obligados a enviar a nuestras hijas al continente para que aprendan a vivir en Inglaterra y correr el riesgo de otras señoritas Doudet?» (*Daily News,* 3 de abril de 1855).

[393] *La Tribune judiciaire,* pp. 187 y ss.

[394] Fouquier, p. 47.

[395] *Ibid.*, p. 56.

[396] Arthur Griffiths, *Secrets of the Prison-House or Gaol Studies and Sketches* (Londres: Chapman and Hall, 1894), pp. 10 y ss.

[397] Bridges, p. 240.

[398] B. A. Marsden y J. A. Marsden, *Genealogical Memoirs of the Family of Marsden* (Birkenhead: Griffith, 1914), p. 113. El único hijo varón de Marsden falleció embarcado en 1869.

[399] En el testamento, Marsden cedía a su esposa algunas propiedades que aún conservaba en Malvern y la nombraba administradora (durante la minoría de edad de la niña) de un fondo fiduciario que creó para la hija de esta [Registro de testamentos de Somerset House].

4
Las nuevas mujeres

Los casos de Florence Bravo y Henriette Francey

En las últimas décadas del siglo XIX, las «respetables» acusadas de asesinato cuyos casos generaron mayor sensación pública no estaban ni solteras ni recién casadas, como había ocurrido antes, sino que eran mujeres casadas maduras. De las seis que se estudiarán en los siguientes capítulos, cuyas causas se juzgaron entre las décadas de 1870 y 1890, tres llevaban casadas al menos diez años y otras dos más de cinco cuando tuvieron lugar los crímenes de los que se las acusaba. Esta variación del perfil hacia mujeres de más edad y más «experimentadas» pudo haber sido casual, por supuesto, o explicarse sin relacionarla con un cambio en la perspectiva sobre las mujeres. Por otro lado, también podría reflejar un cambio en las situaciones más propensas a empujar a aquellas mujeres respetables a considerar el asesinato como una opción o un cambio en las preocupaciones del público que juzgaba su supuesta conducta. O ambas cosas.

Se explorarán las alternativas, pero no cabe duda de que las mujeres de clase media en Inglaterra, y en menor medida en Francia, estaban experimentando una mayor «visibilidad» en las últimas décadas del siglo que añadía nuevas dimensiones a su proceso de adaptación a los cambios de rol. Un elemento de esta visibilidad, marcado sobre todo en Inglaterra, fue el crecimiento de un movimiento femenino que introdujo en la esfera pública a más mujeres burguesas que nunca. Aunque la mayoría no participaron directamente en este movimiento, la agitación en pro de reformas legales, educativas y políticas a su favor suscitó un aluvión de comentarios y críticas que mantuvieron a las mujeres en el punto de

mira público y que impulsaron a muchas de ellas a reevaluar supuestos antes incuestionados sobre su posición social.

Este movimiento fue en sí mismo el resultado de todo un conjunto de cambios económicos y sociales cuyo efecto fue ampliar su esfera de actividad e incrementar su visibilidad social. Las mujeres corrientes de clase media salían del hogar más que nunca. En la década de 1870, las hijas solteras sin recursos de las clases medias ya no se enfrentaban a las únicas y odiosas alternativas de ser esclavas domésticas de por vida, dependientes de sus familiares, o institutrices subsistiendo a duras penas en una existencia marginal. Con la mejora de las oportunidades educativas y la apertura de las profesiones comerciales y de servicios, podían ocupar puestos mejor remunerados como oficinistas, dependientas, maestras y enfermeras.[400] Su participación en estas profesiones puso por primera vez en contacto regular con el público a un número creciente de mujeres de clase media.

Incluso entre la mayoría de las mujeres de clase media, que no eran ni feministas activas ni miembros de la fuerza laboral, la visibilidad aumentó en estos años. La nueva prosperidad y el disponer de más tiempo para el ocio impulsaron la multiplicación de los entretenimientos públicos y de las actividades que las sacaban de los resguardados círculos de las reuniones familiares y religiosas tradicionales. Las mujeres empezaron a asistir de forma habitual a teatros, conciertos y museos. Iban a restaurantes, hacían excursiones turísticas, participaban de manera más activa en obras de caridad e incluso empezaron a practicar deportes como el tenis sobre hierba, el golf y el ciclismo. Aunque la mayoría seguían siendo más devotas en la observancia religiosa que sus maridos o sus padres, las iglesias se veían cada vez más obligadas a competir con una variedad de atractivas opciones seculares. Las actividades relacionadas con la iglesia aumentaron, pero hay pruebas de que el fervor religioso entre las mujeres disminuyó.[401]

De manera lenta pero perceptible, la nueva visibilidad de las mujeres de clase media alteró el estereotipo de la mujer ideal. Sin

abandonar su rol doméstico esencial como educadora y guardiana moral de la familia, el nuevo modelo se proyectó en un papel más amplio como purificadora moral de la sociedad en su conjunto, una mujer que daba ejemplo público de rectitud y cuyo deber consistía no solo en ser personalmente irreprochable, sino en exhortar a los demás, incluidos los hombres y las mujeres no pertenecientes a su clase, a adoptar su código de conducta casta, templada y caritativa. No es de extrañar que este nuevo ideal de mujer se concibiera como una figura de mayor edad, más sabia y madura que el anterior modelo infantil e ingenuo.[402] En otras palabras, el nuevo estereotipo incorporaba de manera implícita el hecho social de que la ampliación de las esferas de actividad de las mujeres hacía menos probable que fueran tan «inocentes» como antes, aunque las obligase a ser igual de «puras». La castidad en la soltería y la fidelidad en el matrimonio seguían dándose por hecho, pero se reconocían cada vez más como una cuestión de elección que conllevaba una responsabilidad personal. Se seguía pensando que las mujeres tenían ciertas ventajas otorgadas por la naturaleza que las ayudaban a resistir la tentación, pero ahora se las concebía como agentes morales activos en ello. La mujer perfecta, o «nueva mujer», como se la llegó a llamar, era de algún modo una criatura más admirable que su antecesora, pues había elegido de forma activa el camino recto. Aun así, ese camino se había vuelto más traicionero, pues esta mujer había perdido gran parte de la inmunidad que había acompañado a la asunción de su inocencia.

De hecho, a finales de la década de 1860 en Inglaterra, y algo más tarde en Francia, toda una generación de mujeres de clase media estaba siendo objeto de críticas. Es cierto que, sobre todo en Inglaterra, hacía tiempo que se alzaban algunas voces contra ellas por diversos tipos de incompetencia, ligereza y extravagancia con el dinero; los incesantes reproches de los manuales domésticos de las décadas de 1830 y 1840 lo demuestran en parte.[403] Los críticos ya habían ridiculizado a las mujeres políticas, que habían ganado atención desde mediados de siglo, y habían encontrado otro blanco

en las literatas, cuyas ideas en teoría perniciosas se creía que estaban llevando por el mal camino a tantas jóvenes por lo demás puras. Pero las críticas entraron en una nueva fase en este último periodo y su manifiesto fue el feroz ensayo de Eliza Lynn Linton sobre «la chica moderna», que apareció en 1868 en la *Saturday Review,*[404] un medio con sólidas credenciales como opositor a las reformas legales y sociales para las mujeres. El ensayo de Linton causó sensación y controversia al instante.

> La chica moderna es una criatura que se tiñe el pelo y se pinta la cara como primeros mandamientos de su religión personal; una criatura cuya única idea de la vida es la diversión, cuyo único objetivo es el lujo sin límites y cuyo atuendo es el objeto principal del pensamiento y el intelecto que posee. (…) Todos los hombres cuyas opiniones valen de algo prefieren a la chica sencilla y genuina del pasado, con sus dulces modales y sus tímidos recatos, a esta ruidosa y desenfrenada modernización de falso pelo rojo y cutis maquillado que habla usando una jerigonza tan ligera como la de un hombre y con preferencia dirige la conversación hacia temas dudosos. (…)[405]

Críticas similares empezaron a aparecer no mucho después en la literatura popular francesa. Algunas, como el ataque de Barbey d'Aurevilly a las «medias azules», continuaban una *vendetta* contra las escritoras.[406] Sin embargo, cada vez más las burlas iban dirigidas a la supuesta típica mujer de clase media y, en particular, a su papel en la muy denunciada degeneración de la familia. Se la culpaba de muchas cosas. Se argumentó que su considerado egoísta deseo de tener menos hijos era responsable del descenso tan acusado en la tasa de crecimiento de la población francesa. Una obra representativa, como la de Linton, imaginaba una edad dorada a principios de siglo en la que las esposas burguesas francesas eran puras, decentes y obedientes. El autor señalaba el año 1880 como el terrible momento del cambio, cuando se consolidó el poder republicano y el «individualismo» se puso a la orden del día. Lamentando la pérdida de esa generación anterior, afirmaba que las mujeres desde 1880, a pesar de la educación religiosa, ya no eran

devotas de verdad. Se quejaba de que sus ideas habían cambiado, de que pensaban demasiado en el dinero, de que su antigua deferencia había desaparecido y de que eran más susceptibles a las «tentaciones» de la infidelidad.

> Ya no es cierto que se las eduque desde la infancia con un cuidado incesante para que asuman un papel sumiso en el matrimonio, un papel de devoción e incluso de sacrificio. (…) Al mismo tiempo que parecen exigir más del matrimonio, pretenden esforzarse menos en él.[407]

Aunque los críticos de ambos países vacilaban a la hora de usar esas palabras, estuvieron a punto de identificar a la nueva generación de mujeres de clase media con prostitutas y adúlteras. Linton comentó, sobre la chica moderna, que «el resultado último de su actual forma de vida es asimilarla lo máximo posible a una clase de mujeres a las que no debemos llamar por su —indecoroso— nombre».[408] En Francia surgieron los mismos temas. La ley del divorcio de 1884 sufrió acerbos ataques, en parte con el argumento de que una mujer que se divorciara y volviera a casarse no tendría «absolutamente ningún secreto para los hombres».[409] Aunque de hecho muy pocas mujeres defendieron la ley del divorcio, los críticos, alarmados, optaron por verla como una especie de licencia sexual para las mujeres.

Es una perogrullada que las nuevas generaciones nunca consiguen estar a la altura de los excelsos paradigmas de las anteriores, pero el ataque a las mujeres de clase media, que se intensificó en estas últimas décadas del siglo, era algo más que simple nostalgia por un imaginario pasado perfecto. Estas mujeres se convertían en chivos expiatorios para muchos que estaban resentidos o que temían el rápido cambio social cuyos signos se veían por todas partes. Esas criaturas maquilladas impías, insumisas y francas, las imitadoras —ávidas de lujo— de las «reinas de los ambientes galantes», las supuestas modernizaciones desenfrenadas, eran monstruos de la mente. Sin embargo, como la mayoría de estos seres, tenían alguna

relación con el mundo real.

La nueva mujer, pues, tenía un carácter dual en la imagen popular. Si bien se argumentaba que el incremento de su visibilidad había ampliado sus oportunidades teóricas de elevar el tono moral de la sociedad, también la había hecho, según los cronistas, obviamente más susceptible a influencias peligrosas y corruptoras. Esta situación contribuyó a acabar con la anterior identificación casi automática de la mujer pura con las clases medias y la impura con las clases bajas. La nueva mujer, en sí misma, se veía ahora como potencialmente pura o impura, pero sus críticos sospechaban lo peor de ella. El mero hecho de que las mujeres de clase media se sumaran ahora a las mujeres «ordinarias» que llevaban mucho tiempo viéndose, de día o de noche, en las calles y en los lugares públicos contribuyó sin duda a reforzar la identificación de esas mujeres hasta entonces irreprochables con sus polos opuestos, las adúlteras y las prostitutas. Cada vez más, las mujeres de clase media descubrirían que en muchas circunstancias ya no se les concedía de forma automática el «beneficio de la duda». Y esas circunstancias incluían, desde luego, las investigaciones criminales.

Dada la preocupación por la moralidad de las mujeres de clase media, no es de extrañar que el adulterio ocupara un lugar destacado en los seis casos restantes y que en cinco de ellos la propia acusada fuera señalada como presunta adúltera. Por supuesto, el hecho de que los casos más publicitados de asesinatos cometidos por mujeres «respetables» en las últimas décadas del siglo implicaran la cuestión del adulterio sugiere la probabilidad de que se produjesen cambios en su comportamiento al igual que en su imagen, es decir, que las relaciones sexuales extramatrimoniales fueran una realidad creciente en esos años para las mujeres de clase media en general. Dadas las mayores oportunidades para el sexo extramatrimonial, posibilitadas por un nivel de vida más alto, mejores medios de transporte, círculos de conocidos más amplios y un ocio y una privacidad cada vez mayores, sería sorprendente que las mujeres de clase media no hubieran cometido más adulterio. Sin

embargo, como sugieren todos estos casos, sería precipitado concluir que muchas mujeres de esta clase disfrutaban de una nueva libertad sexual fuera del matrimonio o que habían llegado a sus propias versiones de la fórmula masculina de los discretos «acuerdos paralelos», que ni interferían con las demás exigencias de su vida ni entrañaban una excesiva implicación emocional ni sentimiento de culpa. Puede que las relaciones sexuales extramatrimoniales estuvieran aumentando, pero que se descubrieran seguía siendo un asunto mucho más serio para las mujeres que para los hombres. Que las mujeres de estos casos revelaran una extraordinaria ambivalencia en relación con sus aventuras sexuales era de esperar dada la nueva desconfianza hacia las mujeres de clase media en general y la ausencia de un refuerzo cultural para su conducta.

Las dos mujeres de las que hablaremos ahora, Florence Bravo y Henriette Francey, quedaron atrapadas en la red de ambigüedades que rodeaba a las nuevas mujeres de la época. Acusadas de asesinato en 1876 y 1884, respectivamente, ambas acapararon la atención tanto por presuntas incorrecciones sexuales como por supuestos delitos penales. Ahora está claro que cuestiones relacionadas con el sexo impulsaron las acciones críticas de ambas mujeres en estos casos, pero no de un modo que ni los jurados ni los periodistas entendieran. Y detrás de los muy publicitados, sensacionalistas, fascinantes, pero a menudo irrelevantes relatos de su vida sexual, se escondía toda una serie de asuntos menos espectaculares que revelan algunas de las angustias que afectaban a la vida de un grupo más amplio de mujeres de la época.

Florence Bravo y Henriette Francey procedían ambas de familias muy respetables y cada una exhibía en toda su magnitud los rasgos negativos del estereotipo de la nueva mujer. En el caso de Florence, de hecho, el parecido con la caricatura de Lynn Linton era asombroso. Cuando se volvió a casar a los treinta años en 1875, Florence Bravo era una joven y adinerada viuda londinense que apreciaba el lujo y se entregaba con desparpajo a su inclinación por todo lo mejor en ropa, caballos, joyas y viajes por el continente.

Como ella misma admitió sin alharacas, «Siempre he estado acostumbrada a vivir con holgura según mis ingresos».[410] Se desconoce si su conversación derivaba con frecuencia hacia temas «dudosos», pero nadie habría confundido a Florence con la «chica sencilla del pasado» de la señora Linton. Sus vecinos, e incluso sus propios padres, sospechaban que había tenido una aventura ilícita con un médico casado de la alta sociedad. Y para colmo, los periódicos revelaron que Florence Bravo era lo bastante desvergonzada como para haberse teñido el pelo de rojo.

Henriette Francey, que era francesa, tenía menos recursos para los excesos que Florence Bravo, pero exhibía muchas de las mismas cualidades. Limitada al escenario más pequeño de Tonnerre, una subprefectura de poco más de diez mil habitantes en el departamento del Yonne, no muy lejos al sur de París, Henriette hizo no obstante una interpretación verosímil de la nueva mujer. Lejos de la imagen de la esposa burguesa dócil, sumisa y piadosa, Henriette, a sus veinticinco años, reconocía que no era especialmente devota. El informe rutinario de la policía sobre su carácter moral, basado en comentarios solicitados a la gente del pueblo, afirmaba que la señora Francey era muy atrevida en su forma de hablar y que a menudo «se permitía entablar conversación con la gente haciendo comentarios bastante descarados sobre ellos».[411] El hecho de que a menudo asistía al teatro y a conciertos, se iba de compras a París e incluso acompañaba a su marido en viajes de negocios, dejando atrás a su hijo aún pequeño, reforzaba esta imagen negativa. Y lo que es peor, Henriette Francey, al igual que Florence Bravo, era sospechosa de indiscreciones sexuales. Algunos vecinos de Tonnerre afirmaron que había mantenido encuentros secretos tanto con un arquitecto como con un sacerdote. Se trataba de una grave acusación contra una esposa y madre respetablemente casada.

Por supuesto, estos asuntos habrían escapado a la atención pública generalizada si las dos mujeres no hubieran estado implicadas en sendos delitos. Pero el 21 de abril de 1876, cuando se descubrió que el segundo marido de Florence Bravo, Charles, abogado, había

muerto envenenado, la recién enviudada se convirtió de inmediato en sospechosa y en persona célebre. Del mismo modo, a finales de diciembre de 1884 la noticia de que Henriette Francey estaba detenida por el asesinato a tiros de uno de los vecinos del pueblo acaparó los titulares de todo el país. (Entre los sorprendidos por la noticia estaba el marido de la señora Francey, Paul, un aspirante a político establecido en el comercio del hierro al que recientemente habían nombrado distribuidor de ventas de las herramientas agrícolas McCormick). Ambas mujeres eran conscientes de que la sospecha de una relación sexual ilícita podía ser más perjudicial para ellas que la prueba de un asesinato premeditado y ambas se sintieron obligadas a dedicar la mayor parte de su defensa a contrarrestar estas acusaciones. Los interrogatorios revelaron que estas nuevas mujeres, al menos, aunque difícilmente calificables de ejemplo moral, no eran en verdad las libertinas desenfrenadas de la leyenda. Cada una se debatía entre las nuevas opciones y los viejos valores y cada una se enfrentaba a conflictos que revelan mucho más sobre la vida real de las nuevas mujeres que las caricaturas estereotipadas en las cuales se las encajó.

Muchos aspectos del papel de ambas mujeres en esas muertes «no naturales» siguieron siendo un misterio incluso después de las investigaciones formales, pero los antecedentes de las sospechosas y los sucesos que les dieron notoriedad pueden resumirse con sencillez. Florence Bravo, nacida en 1845, era la segunda, y la mayor de las chicas, de los siete hijos de Robert y Ann Campbell. Su padre, que había heredado una fortuna de las empresas de cría de ovejas de su familia en Australia, había hecho méritos en los círculos londinenses. Se afilió al Reform Club y compró una finca en Berkshire, donde ejerció como juez de paz y más tarde como «alto sheriff». Lo poco que se sabe de su infancia indica que Florence desarrolló una estrecha relación con sus padres, que consentían a la niña de pelo castaño y ojos azules sobre todo en su pasión por montar a caballo. Como muchas jóvenes de su posición, tuvo una institutriz, estudió francés y un poco de alemán, leyó novelas, hizo

labores de aguja y se acostumbró a que la atendieran. También viajaba con su familia y, en una visita a Canadá en los últimos años de su adolescencia, conoció al que sería su primer marido, un joven oficial británico de la Guardia de Granaderos llamado Alexander Ricardo.

Florence tenía solo diecinueve años cuando se casó en 1864 y parece probable que sus padres hubieran acortado el tiempo habitual de noviazgo para impulsar una unión socialmente ventajosa con Ricardo, de veintiún años, cuyos antecedentes, en cualquier caso, eran impresionantes. Sobrino nieto del famoso economista, Alexander era hijo de *lady* Catherine, hermana del quinto conde de Fife, y de John L. Ricardo, directivo de varias compañías ferroviarias, fundador de una empresa de telégrafos y, desde 1841 hasta su muerte en 1862, escritor político y muy respetado miembro del Parlamento por Stoke-on-Trent.

Por desgracia, el joven Alexander era o se convirtió en poco tiempo en un alcohólico y Florence alegó más tarde que estaba siempre intratable y que varias veces la había amenazado con violencia. A finales de 1869 por fin le confió a su madre su deseo de separarse, pero la señora Campbell, decidida a evitar un escándalo que temía que los dejara mal a ella misma y a su marido, sugirió en su lugar que tanto Florence como Alexander visitaran el establecimiento de curas de agua de Malvern, en Worcestershire. Allí, dijo, su viejo amigo el doctor James Manby Gully estaba logrando resultados extraordinarios con pacientes «nerviosos». Su clientela, de hecho, era una especie de diccionario biográfico victoriano e incluía a Bulwer Lytton, Disraeli, Jane y Thomas Carlyle, Tennyson, Darwin y Florence Nightingale.

La señora Campbell no podía prever que este amigo, que había conocido a Florence cuando era una niña de doce años, se tomaría un gran interés personal en el caso y decidiría, a finales de 1870, que la salud de la joven señora Ricardo dependía de la separación de su marido, irremediablemente enfermo y potencialmente peligroso. Para exasperación de sus padres —y sobre todo de su

padre, que suspendió de un modo bastante ilegal los pagos de las capitulaciones matrimoniales—, Florence, con la ayuda del Dr. Gully, procedió a tramitar la separación, que se firmó en marzo de 1871. Alexander, entretanto, había repartido el tiempo entre las visitas a la casa amueblada que alquilaban en Malvern y las juergas en Londres. Antes de que el papeleo de la separación estuviera completo, se había esfumado. Unas semanas más tarde se descubrió el cadáver del joven en un alojamiento de Colonia que había compartido con una «acompañante femenina». Una última borrachera lo había matado. Como no había modificado los acuerdos financieros de su matrimonio, su viuda se hizo dueña de una fortuna de más de cuarenta mil libras.

En los años siguientes, tal y como Florence declararía ante el jurado de la instrucción previa en 1876, el Dr. Gully y ella estuvieron «siempre en mutua compañía».[412] Admitió una intimidad prolongada —aunque no, en la jerga jurídica de la época, «criminal»— entre ella y el médico, quien, aunque tenía más de sesenta años y le doblaba la edad, desprendía un inmenso encanto personal. Como dijo Florence, era un hombre «muy informado y de agradable conversación».[413] La señora Campbell reconoció que lo que ella llamaba el encaprichamiento de su hija con el Dr. Gully se había topado con la desaprobación de sus padres y había desembocado en un largo distanciamiento. Añadió, sin embargo, que cuando Florence había anunciado su intención, a finales de 1875, de casarse con un joven abogado llamado Charles Bravo, todo quedó perdonado: «Como consecuencia de este próximo matrimonio, el distanciamiento entre mi hija y nosotros terminó».[414]

Aunque Florence nunca llegó a admitir nada más que «conversaciones sobre matrimonio» con el médico, hubo de hecho un entendimiento previo entre ellos. El obstáculo para su unión era que el doctor ya estaba casado y, aunque llevaba treinta años separado, su mujer, diecisiete años mayor que él, seguía gozando de una excelente salud pasados los ochenta. Gully se había casado con esta mujer, su segunda esposa, en 1841 para ayudar a financiar su

consulta en Malvern; cuando se separaron dieciocho meses después, invitó a sus dos hermanas solteras a vivir con él. Ellas cuidaron de su hermano mientras la consulta prosperaba y él se convirtió en una figura activa y muy querida de la comunidad, así como en el más famoso de los especialistas en curas de agua. En 1871, una vez iniciada la relación con Florence, el médico se jubiló y arrendó una casa cerca de la que ella había alquilado en Londres, es de suponer que para esperar allí al fallecimiento de la resistente señora Gully.

Durante este tiempo, el médico y la viuda viajaron juntos por el continente y, cuando estaban en Londres, solían dar paseos, ir de compras y tomar el té o comer uno en casa del otro. Según los criados, sin embargo, nunca pasaban la noche juntos ni viajaron como marido y mujer. No obstante, a medida que pasaba el tiempo y la esposa de Gully seguía viva, parece que Florence acusó la tensión del ostracismo social y decidió poner fin a su relación. A finales de 1874, su dama de compañía, la señora Jane Cox, presentó a Florence al apuesto y ambicioso Charles Bravo, hijastro del señor Joseph Bravo, comerciante y banquero que había sido socio del difunto marido de la señora Cox. Graduado en el Trinity College de Oxford en 1866, Charles fue admitido en el colegio de abogados en 1870 y vivía en Londres con su familia en la muy elegante residencia del número 2 de Palace Green, en Kensington.

En el otoño de 1875, Florence informó de improviso al doctor Gully de que su relación debía terminar y, aunque alegó el deseo de restablecer las relaciones con su familia, reconoció que un tal Charles Bravo se le estaba «acercando». El médico testificó que había aceptado la ruptura y señaló que Florence accedió a esperar hasta la primavera siguiente antes de considerar cualquier propuesta de matrimonio. Sin embargo, en lugar de eso no tardó en comunicar su próxima boda, que se celebró el 7 de diciembre de 1875. El Dr. Gully declaró que, aunque había seguido suministrando algunos medicamentos a Florence de manera ocasional, a petición de su dama de compañía, había informado a su propio criado de que ni la señora Ricardo ni la señora Cox debían ser admitidas de nuevo en su

casa.

Aunque las cartas intercambiadas durante su breve noviazgo no revelan un profundo apego romántico, sirvientes, amigos y familiares declararon que Florence y Charles eran una pareja feliz. Vivían en la zona residencial de Balham, al sur de Londres, en una casa que Florence había alquilado el año anterior, una casa de quince habitaciones llamada el Priorato, de estilo «pseudogótico», con torrecillas y almenas. Como nunca fue de las que escatimaban en comodidades, Florence había dotado aquel lugar con un mayordomo, un lacayo, una cocinera, tres doncellas, un jardinero y sus ayudantes, un cochero, un caballerizo y un mozo de cuadra, además de la señora Cox, que se quedó con ella como dama de compañía. El Dr. Gully, una especie de fantasma del pasado, residía calle abajo, en la casa que había alquilado cuando Florence se mudó. El orgulloso doctor dijo que se cuidaba de evitar encuentros embarazosos con Florence o Charles y añadió que incluso empezó a dar sus paseos en otra dirección.

Las cartas del nuevo matrimonio dirigidas a sus respectivos padres describen una alegre rutina doméstica de paseos a caballo, jardinería, tenis sobre hierba, salidas «al pueblo», visitas de parientes y reuniones en casa para recibir a sus amigos de Londres y a los que Charles llamaba en broma «aristócratas» locales. Estas cartas tienen un tono jocoso y se van pasando la pluma de uno a otro: «Mi Charlie está muy bien —le dice Florence a su madre—, e igual de feliz». Charles protesta: «No lo está. Se ha puesto en duda la calidad del tabaco que fuma y se le ha ordenado apagar la pipa».[415] Charles juega a ponerse en el papel doméstico de marido sufrido pero indulgente. A su madre, le escribe:

> Anteayer monté a los dos cuartagos y me siento como si los músculos de las piernas se me estuvieran osificando. Me cuesta arrastrar las botas de caza, que me veo obligado a llevar *par ordre supérieur*, además de una prenda de franela roja que es un cruce entre un *kilt,* un *sporran* y un par de calzones de baño y tiene tantas cuerdas como un arpa. Nada sino la gran firmeza por parte

de mi media naranja y su seguridad en que «me sentaba bien» me hizo ponérmelo. Me siento como si llevara un corsé en las tripas.[416]

La «domesticación» de Charles no siempre fue tan desenfadada, pero es comprensible que las pruebas de ello sean escasas en la correspondencia con sus padres. Al haberse casado con alguien de su elección —y, en el caso de Charles, contra la voluntad de su madre—, la pareja quería dar una imagen de feliz unión. Y, sin embargo, incluso estas cartas muestran de vez en cuando alguna pulla entre broma y broma. Charles se queja de estar inundado de facturas y finge, burlón, consolarse al controlar por lo menos la administración de los establos, si no la de la casa. Florence añade una posdata mordaz a una carta dirigida a su madre:

Charlie, como de costumbre, escribe de un modo lacónico, como hacen todos los abogados; pero debes imaginar el doble de afecto por su parte, como tuve que hacer yo cuando me escribía cartas de amor, que, por cierto, nadie habría reconocido como tales, ya que eran de lo más frío e inexpresivo. Tu cariñosa niña, Florence Bravo.[417]

Que había de hecho algunas corrientes gélidas detrás de todo esto parece innegable. Charles así lo reconoció en una carta seductoramente críptica enviada a su esposa, que entonces estaba en la costa, a mediados de febrero de 1876. En aquel momento le quedaban poco más de dos meses de vida.

Mi querida esposa… Echando la vista atrás, a las diez semanas de nuestro matrimonio, siento que muchas de mis palabras hacia ti, aunque bienintencionadas, han sido innecesariamente duras. En el futuro mis reproches, si es que es necesario decir algo, ¡que Dios no lo quiera!, serán de la mayor delicadeza. (…) Te tengo por la mejor de las esposas. Hemos sufrido amargos problemas, pero confío en que cada día que venga ahora la dulce paz de nuestras vidas no se vea ni siquiera perturbada por recuerdos como esos. (…) Ojalá pudiera dormir hasta tu regreso. (…) Vuelve en cuanto puedas a tu devoto esposo, Charles.[418]

Lo de «amargos problemas» se refiere posiblemente al aborto espontáneo que Florence había sufrido y del que entonces se estaba recuperando; tendría otro a principios de abril. Por otra parte, podría hablar de problemas de dinero. En la instrucción previa, la madre de Florence testificó que su hija había acusado a Charles de ser avaro y de hacer demasiado caso a su madre, que le había dicho que hiciera ahorrar a su extravagante esposa. A Florence le parecía indignante que su suegra quisiera que renunciase a dos de sus ponis favoritos y a una criada: «Mi hija no veía por qué no debía administrar su casa a su antojo».[419] La señora Campbell también mencionó como otra fuente de posible conflicto que Charles pensaba que Florence bebía demasiado y se había quejado de que solía tomarse un vaso de vino antes de vestirse para la cena. Además, había un posible «problema» en una carta anónima que la señora Campbell declaró que Charles había recibido más o menos un mes después de la boda. La carta, que él había calificado de «vil», sugería que tuvo motivos económicos para casarse con Florence y hacía referencia a una relación anterior entre su esposa y el Dr. Gully. Todo este trasfondo del matrimonio y algunas cosas más se investigaron en un largo proceso. Aun así, no estaba tan claro por qué cualquiera de estos motivos habría empujado a alguien a acabar con Charles Bravo… o por qué podría él mismo haber deseado acabar con su vida.

Charles cayó enfermo la noche del 18 de abril de 1876, justo antes de acostarse. Había cenado huevos, cordero y vino de Borgoña con Florence y la señora Cox, y Florence, que no se encontraba bien, había subido a su habitación a eso de las nueve menos cuarto. Charles subió una media hora después, agotado por un desagradable paseo a caballo que había dado esa tarde, durante el cual el animal se desbocó. La doncella declaró que cinco o seis minutos después de entrar en su dormitorio, apareció de nuevo en la puerta, en camisa de dormir, gritando: «¡Florence! ¡Florence! ¡Agua caliente!».[420] La señora Cox, que estaba sentada en la cama de

Florence en la habitación contigua, ordenó que trajeran el agua y entró a ver a Charles, que, tras haber vomitado por la ventana, se encontraba en estado de estupor. Mientras ella le preparaba un baño de agua de mostaza para los pies y le instaba a tragar un poco de pasta de mostaza, la doncella fue en busca del alcohol de alcanfor que había en la habitación de su señora y se dio cuenta de que Florence ya se había quedado dormida. Al despertarse, y alarmada por la noticia, Florence se puso una bata y fue junto a su marido. Al no conseguir sacarlo de su letargo, pidió ayuda a la desesperada.

Durante los dos días y medio que duró el suplicio de Charles hicieron acudir a seis médicos, entre ellos el renombrado *sir* William Gull. Incluso se pidió un último diagnóstico al vecino, el Dr. Gully, a petición de Florence. Pero al final Charles sucumbió. Se pensó en un posible envenenamiento, pero el enfermo, consciente durante gran parte de su padecimiento, insistió con terquedad en que no había tomado nada: solo se había frotado un poco de láudano en las encías para la neuralgia. Cuando la familia se reunió a su alrededor, Charles dijo con tristeza que nunca había sido un hombre religioso, pero rezó y entonó el padrenuestro con ellos. Tras dictar testamento a favor de Florence, le pidió a su madre: «Cuida de mi pobre y querida esposa».[421] Un análisis *post mortem* reveló que la causa de la muerte había sido una dosis desmesurada de aproximadamente treinta granos[422] de tártaro emético venenoso o antimonio.

El día que Charles falleció, Florence le confió a una prima de la familia Bravo que estaba convencida de que su muerte «siempre sería un misterio»[423] y, en sentido estricto, tenía razón. El juez de instrucción, deseoso de evitar inconvenientes a la familia Campbell, no informó a la prensa de la investigación y ni siquiera citó a Florence a comparecer. Aceptó tras un mínimo interrogatorio la declaración de la señora Cox, bastante sospechosa, de que en los pocos minutos que estuvieron los dos solos Charles le había dicho que había tomado veneno a propósito. El jurado, enfurecido, se negó a emitir un veredicto de suicidio y, en su lugar, dieron un veredicto abierto, tras lo cual la presión ejercida tanto por la prensa

como por la familia y los amigos de Charles Bravo, sumada a una nueva y explosiva declaración de la señora Cox, llevó al fiscal general a autorizar una segunda investigación. Sin embargo, a pesar de las numerosas revelaciones de un increíble proceso de veintitrés días de testimonios y a pesar del clímax que supuso la aparición de Florence, no hubo ninguna acusación formal. El jurado, confundido o acobardado, emitió un veredicto de lo más peculiar. Charles Bravo, dijeron, «no se suicidó (…), no halló la muerte por infortunio (…), fue asesinado de forma intencionada mediante la administración de tártaro emético, pero no hay pruebas suficientes para atribuir la culpa a ninguna persona o personas determinadas».[424]

Esto puso fin al asunto en lo que respectaba a la ley, pero la prensa no estaba ni mucho menos satisfecha. El veredicto popular, de hecho, no fue tan equívoco como el del jurado de la instrucción y quedó resumido en una parodia de una obra de Goldsmith que enseguida corrió como la pólvora:

> Cuando una encantadora dama se rebaja a la locura y encuentra a su marido en el camino,
> ¿Qué encanto puede calmar su melancolía, qué arte puede convertirlo a él en arcilla?
> El único medio para cubrirse y librarse de los barrotes de la prisión
> y recuperar a su antiguo amante son el borgoña y la señora Cox.[425]

Es cierto que los indicios presentados durante la investigación alentaron la opinión popular. Pero el fracaso de esa investigación a la hora de rastrear e identificar los posibles motivos que hubiera tras la muerte de Charles tuvo menos que ver con la habilidad para el engaño de quienes conocían la verdad que con la ceguera de quienes la buscaban. La acusación pareció dar por hecho que descubrir a una adúltera equivaldría a encontrar a una asesina y no formuló preguntas que considerasen ningún otro motivo. Y aun así, a pesar de estas deficiencias, al final de la investigación había indicios suficientes para reconstruir con cierta seguridad lo que

probablemente había sucedido, como ha demostrado con creces un autor reciente.[426] Las piezas del rompecabezas quedaron enterradas en una montaña de testimonios porque la fiscalía no estuvo atenta a la importancia de algunos hechos que sí se descubrieron y se preocupó por cuestiones que con desacierto consideró más relevantes. El hecho de que todos los «buscadores de la verdad» fueran hombres tampoco ayudó, ya que los secretos que no lograron desvelar eran típicamente femeninos.

El caso de la mujer francesa, Henriette Francey, es por completo diferente en sus líneas generales al de Florence Bravo. Nunca hubo ninguna duda sobre el papel que la señora Francey había desempeñado en el asesinato: ella misma admitió sin ambages haber matado a Hippolyte Bazard, un arquitecto municipal de cuarenta años, el 21 de diciembre de 1885. En efecto, tras haber disparado a su víctima una vez en el salón de su casa, lo persiguió hasta el exterior y por la calle mientras el hombre huía, herido, y le disparó dos veces más antes de que se desplomara justo frente a la puerta de la escuela local donde este vivía. Acto seguido, dos residentes de la zona la vieron caminar con paso firme de regreso a su casa, sin esconder el revólver. Uno de ellos, su vecino, no la distinguió en el crepúsculo de la tarde y le preguntó quién era. Ella contestó: «¿No me reconoce? Soy la señora Francey. No voy a esconderme».[427] Procedió luego a nombrar a su víctima y afirmó que le había disparado con todo el derecho. Cuando le preguntaron si Bazard estaba muerto, respondió con frialdad: «Desde luego espero que sí».[428] De hecho, según uno de los testigos, añadió que, si Bazard seguía vivo, lo remataría.[429] Según explicó poco después a la policía, el arquitecto era un antiguo pretendiente rechazado que había intentado violarla en dos ocasiones; ella solo estaba defendiendo su honor y no tenía remordimientos ni se arrepentía.

La señora Francey fue detenida de inmediato y, mientras el fiscal del Estado iniciaba una serie de investigaciones a puerta cerrada para preparar el juicio, los médicos se pusieron a trabajar en la autopsia. Los resultados de ambas cosas, que figuran en las actas

manuscritas de la instrucción previa, se consideraron tan impactantes que muchos detalles se suprimieron en el juicio y algunas de las pruebas que sí se incluyeron fueron censuradas en la prensa. Aun así, como en el caso Bravo, la explicación de su conducta proporcionada por la propia figura femenina central planteó más preguntas de las que respondió.

Al menos hasta su detención, Henriette Francey, a diferencia de Florence Bravo, parecía gozar de una reputación de «mujer honesta» a ojos de la mayoría de sus conocidos, si no de todos. Era la tercera de las cuatro hijas, todas chicas, de los Diard, una de las principales familias del comercio de Tonnerre. La prensa la describía como una joven bastante robusta pero atractiva, de pelo y ojos oscuros, facciones uniformes, aunque algo severas, y un carácter firme, segura de sí misma. Su educación se tildó de excelente; como muchacha soltera, se decía, nunca «salía» sin su madre.[430]

Siete años antes del crimen, a sus diecinueve, Henriette se había casado con Paul Francey, un hombre de la localidad nueve años mayor que ella. Él tomó entonces las riendas del próspero negocio de comercio de hierro del padre de Henriette, que acababa de fallecer, y se convirtió en cabeza del hogar y sede de la compañía que estaba situado junto a la subprefectura, en la plaza principal. La madre de Henriette siguió viviendo allí con el matrimonio, aunque tenía un piso donde se alojaba con sus otras hijas casadas cuando estas venían de visita a Tonnerre. Tanto ella como Henriette trabajaban en el negocio familiar y se encargaban de gran parte de las ventas, así como de la contabilidad.

Después de que Paul Francey se hiciera con la distribución de las herramientas agrícolas McCormick en 1883, empezó a viajar mucho, no solo a París, sino por toda Francia y también a Inglaterra. Para entonces la pareja ya tenía un hijo, pero de vez en cuando Henriette podía dejarlo con su madre y acompañar a su marido. Incluso consiguió que una mujer de la localidad le diera clases de inglés para estar preparada en sus viajes con Paul al otro lado del Canal. Así pues, la señora Francey no llevaba en absoluto una vida provinciana

y aislada de todo.

A primera vista, al menos, no había nada especialmente destacable en la rutina doméstica diaria de Henriette. Tenían una doncella interna y contrataba servicio externo para los trabajos más pesados, como la colada y la plancha. Entre semana se pasaba parte del día en la tienda y, cuando su marido estaba en la ciudad, a menudo trabajaba allí también por las tardes. Aparte de los viajes con Paul, sus diversiones incluían el teatro y los conciertos, ir de compras a París, visitar a sus hermanas que vivían cerca, paseos por el río en una pequeña barca y tomar el té con otras mujeres de la localidad que, como ella, se reservaban unas horas «en casa» para recibir a las visitas. A Henriette le gustaba leer, llevaba un diario personal y a menudo entretenía a sus visitas tocando el piano en el salón. Aunque no era demasiado devota —declaró que no tenía confesor—, Henriette sí observaba las fiestas religiosas tradicionales y ni los testimonios ni el informe policial sobre su carácter muestran indicios de ninguna animadversión local hacia ella a causa de esa tibia devoción. Sin embargo, después del tiroteo, hubo quienes en Tonnerre suscribieron abiertamente la opinión de que la señora Francey se había entregado a distracciones menos inocentes que los conciertos y las reuniones para tomar el té.

Como es lógico, Henriette negó cualquier insinuación de que no fuese una mujer irreprochable. Era muy cierto que su víctima, Hippolyte Bazard, había tenido mala reputación, aunque se reconocía que su encanto le había abierto las puertas de algunos de los mejores hogares. Soltero de mediana edad, aficionado a la ropa elegante y a las mujeres guapas, a Bazard se le recordaba como un sureño alto y moreno de ojos penetrantes, tez rubicunda y un espeso bigote en forma de cepillo del que se había vanagloriado. El mayor de los tres hijos de un relojero de Besanzón, Bazard había trabajado como aprendiz de arquitectura y, tras mudarse a Tonnerre en 1867, se había convertido en el arquitecto municipal jefe. Los testigos lo elogiaban por haber sido el único apoyo de su madre viuda, que vivía en el pueblo, y sus colegas destacaron su intachable

historial profesional. Sin embargo, incluso sus amigos declararon que Bazard había sido un mujeriego incansable al que le gustaba compartir sus teorías sobre la seducción con los muchachos de por allí. Un joven afirmó que Bazard le había dicho que era posible tener éxito con cualquier mujer, casada o soltera, siempre que uno fuera persistente. La fórmula era sencilla, había dicho: seguir a la presa en todo momento, incluso si el marido estaba con ella. Al final, la dama se vería lo bastante comprometida o halagada como para ceder. Al parecer, el arquitecto había añadido que, si esta técnica fallaba, «siempre había otros medios».[431]

Bazard no se limitaba a los intentos de seducción: parece que quería casarse. Se entiende, sin embargo, que le resultara difícil convencer a alguna de las burguesas locales de que se desprendiera de una hija. Una mujer, que ya se había casado, declaró que su madre había rechazado a Bazard alegando que su hija era demasiado joven, pero añadió que el tenaz pretendiente se había negado a desistir. Incluso después de casarse, relató, Bazard la siguió un día en el tren hasta París y la amenazó con llevársela si su marido no lograba hacerla feliz. La mujer insistió en que el arquitecto nunca le había puesto una mano encima, pero el marido señaló que, cuando Bazard empezó a sentarse a su lado en el teatro y a mirarla fijamente en lugar de ver la obra, se había hecho necesario «disuadirlo».[432]

Este testimonio, y algunos más, daban credibilidad a las extrañas historias de Henriette y su madre sobre este «don Juan de la subprefectura», como lo apodó un periódico.[433] Según la señora Diard, Bazard, unos años antes, había pedido sistemáticamente la mano de cada una de sus cuatro hijas, empezando por la mayor, de la que todos sabían que estaba muriéndose de tisis. Tras admitir sus sospechas de que Bazard iba tras su dinero, la señora Diard dijo: «No fui capaz de ocultarle la repugnancia que me produjo el que hubiera pedido la mano de Albertine, mi hija moribunda».[434] Pero el arquitecto, sin inmutarse, procedió al parecer con la segunda, de la que le dijeron que ya estaba comprometida, y luego con la tercera,

Henriette, que a sus dieciséis años y medio fue declarada demasiado joven. Parece que primero les aseguró que la esperaría, pero al final preguntó también por la cuarta hija. La señora Diard declaró que jamás le habría dado a ninguna de sus hijas y, aunque no hay forma de probar la historia de esta ridícula petición de manos secuencial, es compatible con los demás testimonios sobre su conducta. También sugiere por qué Bazard podría haber seguido guardando rencor a Henriette, la única de las tres hermanas supervivientes que permaneció en el pueblo para su tormento.

Aun así, si el motivo de Bazard era una simple venganza, es curioso que hubiera esperado más de ocho años para actuar. Paul Francey dijo que, poco después de casarse en 1878, su esposa se había quejado de que, cuando él se marchaba por negocios, Bazard merodeaba por la tienda y se convertía en un incordio. Pero Francey parecía ignorar que las visitas del hombre se habían hecho aún más frecuentes en los meses anteriores al tiroteo. Un viticultor que había trabajado a tiempo parcial para los Francey durante seis años testificó que, en los últimos dieciocho meses, desde el verano de 1883, Bazard había empezado a pasarse por allí de forma regular cada vez que el señor Francey no estaba. Este testigo añadió que había oído por casualidad a la señora Francey decirle a su madre lo pesado que era el arquitecto y declaró que al final su señora le había dado órdenes de decir siempre que estaba fuera cuando Bazard preguntase por ella.

Según Henriette, en una declaración hecha el día del tiroteo, Bazard había ido a visitarla a primera hora de la tarde mientras su marido estaba de caza. Explicó que, debido a un intento previo de agredirla la semana anterior, había dejado a mano un revólver cargado. El visitante había procedido entonces, según sus palabras, «a hacer todo lo posible por poseerme»[435] y para defenderse había utilizado ese revólver.

Paul Francey, interrogado esa misma noche, confesó que no sabía lo que estaba ocurriendo y que nadie le había contado nada de ningún intento anterior de violación por parte de Bazard. Había

notado que su mujer estaba muy tensa a su regreso de un viaje de negocios la semana previa, pero ella le había explicado que había tenido dificultades para dormir mientras él estaba fuera. Francey añadió que, aunque se hablaba con el arquitecto, no lo «recibía» socialmente y señaló que tenía la impresión de que las atenciones de Bazard hacia Henriette habían terminado poco después de su matrimonio. Lo único que dijo, por lo demás, fue que esa misma tarde, al volver de cazar, Henriette se había arrojado a sus brazos y exclamó: «Acabo de vengarme de Bazard por lo que me ha hecho sufrir».[436]

Henriette Francey tenía motivos para creer que la acusación de violación y el alegato de legítima defensa bastarían, dadas las circunstancias, para obtener la absolución. Podía confiar no solo en la posición de su familia en la comunidad, sino también en la reputación nada ejemplar de su víctima. Además, existía el precedente de un número creciente de casos desde la década de 1870 en los que las mujeres cometían actos criminales violentos y se defendían con éxito alegando venganza u honor. Aunque esta nueva «ola de crímenes» femeninos se estudiará más a fondo en un capítulo posterior,[437] cabe señalar que una época en la que las esposas de clase media eran sospechosas de libertinaje tenía que ser también una época en la que los hombres mostraran una clara simpatía por cualquier mujer que dramatizara las «anticuadas» virtudes femeninas. En principio, al menos, una esposa y madre que se atrevía a arremeter contra un posible violador gozaba de un nuevo respeto; era manifiestamente fiel a su marido, había protegido la «propiedad» de su esposo, que era ella misma, y había preservado el derecho de su hijo a una madre «pura».

Henriette comprendía y compartía estos sentimientos, o eso parecía. Durante el interrogatorio negó cualquier arrepentimiento: «En ese momento, sentí más bien una especie de alegría, se me debía esa vida. Ahora tengo la satisfacción de haber cumplido con mi deber».[438] No obstante, como en el caso de Florence Bravo, pronto surgió una opinión escéptica que seguía sin estar convencida de la

historia de la acusada. La señora Bravo, sin insistir en ello, había intentado dar la impresión de que su marido se había suicidado. La señora Francey, por su parte, se había retratado como una heroína que había triunfado sobre la infamia. Cada una, es evidente, tenía algo que ocultar, pero la resolución de los procedimientos judiciales, en ambos casos, significó que ninguna de las dos mujeres se vería obligada a confesar sus secretos más peligrosos. Florence Bravo ni siquiera llegó a juicio; Henriette Francey, tras una deliberación del jurado que no duró más de quince minutos, fue puesta en libertad entre vítores. Sin embargo, los periódicos parisinos, que al principio habían simpatizado con la acusada (lo cual era su postura habitual en los recientes casos de las esposas que defendían su honor), al final se mostraron dubitativos, tibios y divididos respecto al veredicto.[439] En realidad, la exculpación tanto de Henriette Francey como de Florence Bravo se debió en gran medida a la enérgica defensa de unos abogados capaces. Aunque consiguieron que se les concediera el beneficio de la duda, también se vieron obligadas a «demostrar» que lo merecían.

Sus adversarios, en ambos casos, se propusieron demostrar en primer lugar que las acusadas eran, según el eufemismo habitual, mujeres que «engañaban», y al menos Florence Bravo, al final, se vio empujada a una dramática y lacrimosa admisión de que sus relaciones con el famoso Dr. Gully habían ido «más allá de la amistad». Después de la primera instrucción, que había suscitado tantas protestas por las preguntas que quedaban sin respuesta y por su propia incomparecencia, la señora Bravo firmó una larga declaración formal el 2 de junio de 1876 para intentar exonerarse. En ella negaba rotundamente una «intimidad criminal» con el médico: «Era un apego bastante inocente y nunca había pasado nada impropio entre nosotros».[440] Sin embargo, unas semanas más tarde, en la segunda investigación, su propia dama de compañía, la «fiel» señora Cox, prácticamente confesó conocer la aventura. La señora Cox tuvo que responder a una pregunta capciosa sobre cuánto sabía Charles Bravo —al que ella había presentado a su

señora— del pasado de Florence en el momento de casarse en diciembre de 1875.

> P. ¿Le dio la impresión, por su conversación, de que él la creía una mujer perfectamente casta?
> R. (…) Él la creía una mujer casta y yo no le creé ninguna sospecha de lo contrario. Dejé que ella le contara lo que quisiera. No me guardé nada anterior al matrimonio. Bueno, sí, pero no estoy segura de entender bien lo que quiere decir.
> P. (…) ¿Qué fue?
> R. Le oculté lo que me dijo la señora Ricardo después de renunciar a tratarse con el doctor Gully.
> P. ¿Qué fue lo que le dijo?
> R. Me habló de su intimidad con el doctor Gully.
> P. ¿Qué quiere decir con «intimidad»?
> R. Puede usted sacar sus propias conclusiones.
> P. No, me niego a hacerlo. Dígame, señora, ¿fue su intimidad criminal con el doctor Gully lo que ella le contó?
> R. [Tras una pausa]. Sí, su intimidad criminal. [Causa sensación].[441]

Tras la declaración de la señora Cox, Florence no tuvo más remedio que reconocer esa intimidad y someterse al interrogatorio tanto de su propio abogado, que le sonsacó algunos detalles con delicadeza para difuminar el efecto del contrainterrogatorio, como del eminente pero nada delicado George Lewis, que representaba a la familia Bravo. No obstante, el «triunfo» de la confesión de la aventura por parte de Florence duró poco, pues a pesar de que consiguieron sacársela tras semanas de insinuar aquello ellos mismos, tanto los abogados de la Corona como los de los Bravo descubrieron que no los llevaba a ninguna parte. De hecho, haciendo frente a la hostilidad popular contra ella, Florence se anotó un pequeño tanto al revolverse contra Lewis por su constante acoso respecto al Dr. Gully.

> Ese apego al doctor Gully no tiene nada que ver con este caso, el de la muerte del señor Charles Bravo. En cuanto a esto, responderé a cualquier pregunta. Ya he sufrido bastante dolor y humillación, y apelo al juez de instrucción y al

> jurado, como hombres y como británicos, para que me protejan. Creo que es una enorme vergüenza que se me interrogue así y me negaré a responder a más preguntas relacionadas con el doctor Gully.[442]

Hubo un movimiento espontáneo de simpatía masculina en la sala del tribunal que sugería que la caballerosa deferencia hacia una mujer sospechosa no había muerto del todo. El *Times*, por ejemplo, defendió la opinión de que era «un acto cruel, e incluso bárbaro, someter a una infeliz a horas de interrogatorio con el mero propósito de averiguar los detalles de esta relación [con Gully], e incluso, en un caso, de intentar sonsacarle las circunstancias en las que, hace casi seis años, surgió esta pasión fatal».[443] Aun así, incluso el *Times* consideró que ni el médico ni la señora Bravo tenían «ningún derecho a quejarse de que se les hubiera pedido que explicaran circunstancias en apariencia sospechosas»[444] y también reconocía que «todas las pruebas apuntan a la inexistencia de una depresión o desesperación tales que pudieran tentar a un joven vigoroso y en absoluto fracasado a suicidarse».[445]

Todo el desarrollo de la instrucción y el momento en que se produjeron las sensacionalistas revelaciones sugerían, en efecto, que la «persona o personas» que sabían lo que había ocurrido no se habían preparado para una investigación y se vieron obligadas a inventar sobre la marcha una teoría autodefensiva para explicar la muerte de Charles. Al final, esa teoría, aunque llena de contradicciones e incoherencias, resultó eficaz hasta el punto de que la maquinaria legal fue incapaz de formular una acusación. Y funcionó, en parte, porque no se propuso ninguna teoría alternativa mejor y, también, porque apeló con éxito a las reminiscencias de aquella opinión según la cual las mujeres con una buena educación social seguían siendo de algún modo menos responsables de cualquiera de sus conductas. No hubo, sin embargo, grandes multitudes reunidas para saludar a Florence Bravo con vítores entusiasmados cuando esta abandonó el hotel Bedford de Balham, donde se llevó a cabo la instrucción. Seguía siendo sospechosa,

aunque sobre todo como mujer que «engañaba». Tal y como señaló, irónico, un comentarista contemporáneo: «Sus detractores [de Florence] demostraron que se había teñido el pelo, pero no demostraron que hubiera envenenado a su marido».[446] Aun así, y dejando a un lado su relación con el Dr. Gully, era más que probable que, hubiera tenido o no intención de asesinarlo, Florence Bravo fuese responsable de la muerte de su marido.

En el caso de Henriette Francey, la acusación dedicó igualmente sus esfuerzos a demostrar que la acusada había mantenido una relación adúltera. El propósito en este caso no era, por supuesto, hacer de ella una sospechosa plausible de asesinato, sino demostrar que el tiroteo mortal que confesó tenía un motivo menos noble que el que ella proclamaba. En concreto, se acusaba a Henriette Francey de haber mantenido un romance nada menos que con un sacerdote local llamado Jules Hernest, descrito como un hombre de treinta y tres años alto, pálido, con gafas, de trato dulce e inofensivo.[447]

Unos meses antes del crimen, Hernest se había marchado del pueblo a otra parroquia en circunstancias bastante misteriosas. Su última visita a Tonnerre, según se supo, había coincidido con el último viaje de negocios de Paul Francey. El sacerdote había llegado el 10 de diciembre de 1884, solo doce días antes del tiroteo. Y, curiosamente, el primer intento de violación por parte de Bazard, según la denuncia de Henriette Francey, tuvo lugar el 13 de diciembre, al día siguiente de que Hernest la hubiera visitado. ¿Había adivinado Bazard que Hernest y Henriette compartían un secreto culpable? Al menos al fiscal le parecía plausible que así fuera y que Henriette, aterrorizada ante la amenaza de ser descubierta, decidiera librarse de un hombre que sabía demasiado y que hablaba demasiado.

Indicios para la teoría de la acusación no faltaban, pero por supuesto era difícil encontrar gente del pueblo que no solo tuviera sospechas, sino que estuviera dispuesta a presentarse y testificar contra una mujer de una de las familias principales, sobre todo cuando los cargos implicaban a un sacerdote. A esto se añadía el

delicado hecho de que muchos de los que estaban en posición de conocer la verdad eran sirvientes y vecinos de los Francey, cuya lealtad sería probablemente inquebrantable. A pesar de estas dificultades, los interrogatorios preliminares revelaron algunas pistas que el fiscal decidió seguir. Un fabricante local de arreos para caballos declaró que un comerciante que vivía al otro lado de la plaza donde estaba la casa de los Francey le había dicho, después del crimen, que había visto a Hernest entrar allí en varias ocasiones en los últimos dieciocho meses. El guarnicionero añadió que le sorprendían tales historias y que no tenía ninguna opinión formada sobre el carácter moral de la señora Francey.[448] De igual modo, un soldador dijo que había hablado con el mismo comerciante sobre ese tema cuando Hernest aún vivía en Tonnerre. El soldador testificó que él no podía creer que un sacerdote se comportara de esa manera, pero admitió que una vez había visto a Hernest caminando solo frente a la propiedad de los Francey, mirando hacia la casa y «haciendo gestos extraños con la mano derecha».[449] Se lo había comentado a su informante, quien le dijo que la señora Francey y el abate Hernest utilizaban una elaborada serie de señales para concertar sus encuentros, incluida una servilleta que Henriette colgaba de una ventana del piso superior.

Las autoridades interrogaron entonces a este vecino tan observador, Jules Dupaquet, de cincuenta y un años, quien, medio inválido y aquejado de insomnio y asma, parecía pasarse buena parte del día mirando por la ventana de su casa, que tenía unas vistas excelentes de la de los Francey. No se dijo si Dupaquet había sido amigo de la víctima, pero su disposición a hablar pudo deberse en parte a su condición de relativo forastero y recién llegado, pese a que vivía en Tonnerre desde al menos el verano de 1883. Hernest, en un intento por desacreditar la historia de Dupaquet, había dicho de él que era un comunero parisino y conocido anticlerical y que, además, mantenía a una amante,[450] pero la acusación no solo consideró creíble al comerciante, sino que lo convirtió en su testigo estrella. Algunos periódicos coincidieron en que Dupaquet parecía

honrado y dijeron que prestó declaración sin ningún signo de animadversión.[451] También era cierto que el testigo no se había presentado de manera voluntaria desde un principio, sino que solo había contado aquella historia cuando las autoridades acudieron a él.

Es fácil entender por qué el relato de Dupaquet inquietaba y enfurecía a la acusada. El testigo comenzó por la llegada en tren de Hernest poco antes del crimen, en diciembre. Al sacerdote lo recogió en la estación su amigo y sucesor, declaró el testigo, y los dos juntos habían cruzado la plaza principal y pasado por delante de la casa de los Francey, donde Henriette y su futura víctima, Hippolyte Bazard, charlaban en actitud amistosa. Al parecer, cuando Hernest pasó junto a ellos, Henriette se mostró sorprendida, se ruborizó y entró a toda prisa en su casa. Bazard, por su parte, parecía divertirse y, por supuesto, hizo un comentario socarrón.

El 12 de diciembre de 1884, dos días después, el sacerdote volvió por allí algo después de las nueve de la noche y, según Dupaquet, se acercó caminando sin prisa a la casa de los Francey. Aunque para entonces estaba oscuro, la plaza estaba iluminada por una farola de gas y vio a Hernest mirar rápidamente a su alrededor y acercarse luego a la verja «de puntillas». Empezó a empujar la verja para abrirla, pero al oír voces en el interior de la casa, retrocedió y llamó antes de entrar. Dupaquet explicó que, en dos ocasiones anteriores, una en la primavera de 1883 y otra en el verano de 1884, había visto a Hernest salir de casa de los Francey entre las dos y las tres de la madrugada. Esta vez no había visto salir al cura, pero había oído el estridente chirrido de la puerta de los Francey al abrirse a las cuatro de la mañana. En todos los casos en cuestión, el señor Francey, según le habían dicho, estaba fuera de la ciudad por negocios.[452] Ante aquello, Henriette ya no pudo mantener el decoro en la sala del tribunal. «¡Eso es una infame mentira! —interrumpió —. Es usted un cobarde. ¡Ha dicho todo eso por cien francos!».[453]

Fuera así o no, la acusación logró reunir algunos indicios más que corroboraban la historia a partir del testimonio de otros vecinos. Una de las propias criadas de los Francey negó al principio haber visto al

cura en diciembre, pero luego admitió haberlo dejado entrar en la casa la noche en cuestión. Otro criado, empleado en la antigua residencia de Hernest, afirmó que, antes de que el sacerdote se marchara del pueblo, Henriette lo había visitado durante mucho tiempo casi todos los días y «se quedaba una hora y media o dos horas en cada visita y se marchaba con el rostro sonrojado».[454]

Esta declaración y otras similares fueron recogidas por el hermano de la víctima, Charles Bazard, un relojero que había acudido a Tonnerre para intentar ayudar a las autoridades a obtener pruebas de los residentes contra la señora Francey.[455] No obstante, y por desgracia para él, las confidencias que estos estaban dispuestos a compartir en privado no las repetirían en los interrogatorios formales. En este caso, cuando el criado fue citado para declarar, solo reconoció que, «como todo el mundo», había oído que la señora Francey visitaba a Hernest.[456] A pesar de las comprensibles reticencias de la gente del pueblo, sin embargo, la probabilidad de una aventura entre la señora Francey y el sacerdote parecía grande. La pareja, además, no tuvo mucho éxito a la hora de hacer frente a los indicios que sugerían que, de hecho, Hippolyte Bazard había descubierto la relación y estaba decidido a explotarlo en su favor. No obstante, ninguno de los dos se apartó jamás, en su testimonio bajo juramento, de la negación de todos los cargos, tanto morales como penales.

El cura Hernest, que acudió desde una ciudad cercana convocado durante la investigación preliminar, explicó su presencia en Tonnerre alegando que había ido a encargar vino y a pagar una lápida para su madre. Admitió haber visitado a Henriette la mañana del 10 de diciembre para llevarle noticias de una de sus hermanas, pero negó todas las acusaciones referidas a sus supuestas visitas nocturnas, incluida la crucial del 12 de diciembre. También prometió llevar y más tarde presentó una carta de agradecimiento a un compañero sacerdote con el que afirmaba haberse alojado la noche en cuestión, aunque la propia carta no mencionaba la fecha.[457] Henriette, entretanto, había hecho frente al testimonio de Dupaquet y admitió

que el cura había pasado por allí esa noche, pero solo durante diez minutos, para recuperar un paraguas que se había dejado antes.[458] Hernest, en un careo con Dupaquet, como era habitual en el procedimiento previo al juicio, reconoció entonces una breve visita, pero negó el relato de su pequeño baile en la puerta de los Francey.[459]

Más incriminatorio aún fue el tropiezo con esta historia durante el juicio unas semanas más tarde, en marzo de 1885. Al relatarla de nuevo, Hernest explicó que había pasado por casa de los Francey para recoger un paraguas que se había dejado allí en una visita anterior a Tonnerre. El presidente del tribunal, que acababa de interrogar a la señora Francey y era obvio que no la creía, se le echó encima por una discrepancia con las actas previas al juicio, señalando que Henriette había afirmado que el paraguas se lo dejó en una visita esa misma tarde. Hernest, con voz entrecortada, respondió: «No lo recuerdo muy bien», y Henriette intervino enseguida: «Ese detalle no es importante». «Está usted muy equivocada»,[460] la corrigió el juez.

De hecho, otros testimonios prestados ese primer día del juicio plantearon más dudas sobre la veracidad del relato de Henriette y contribuyeron en gran medida a establecer el vínculo entre el conocimiento que Bazard podía tener de una relación entre el sacerdote y la acusada y la decisión de Henriette de asesinarlo. No es que Henriette no hubiera preparado con sumo cuidado su historia. A diferencia de Florence Bravo, parece que la señora Francey urdió un plan elaborado para asegurarse de que solo cabía una interpretación para la acción que había decidido llevar a cabo. Sin embargo, no contó con la curiosidad más que ociosa de un vecino con extraños hábitos nocturnos.

El relato de la propia Henriette sobre los acontecimientos ocurridos desde la noche de la visita de Hernest hasta la noche del asesinato, nueve días después, el 21 de diciembre, es a la vez fascinante e inquietante en su retrato de una mujer desesperada. Explicó que, como su esposo estaba de viaje en Londres, el sábado 13 había

asistido a un concierto con la joven que le daba clases de inglés. El arquitecto Bazard se sentó cerca de ellas, dijo, y las observó fijamente durante todo el programa. Luego, poco después de medianoche, cuando volvía sola a casa tras acompañar a esta amiga a la suya, entró en el patio y se dio cuenta de que había un hombre corpulento agachado junto a una de las piezas de maquinaria agrícola que se exponían allí. Al ver que era Bazard y preocupada por si la gente que seguía en la calle los oía y se inventaban un escándalo, hizo pasar al intruso. Explicó que habían cruzado el comedor para entrar en el salón, ya que allí había una luz encendida. Entonces, para calmar los nervios, se sirvió apresuradamente un poco de ron.

Acto seguido, según declaró la señora Francey, el arquitecto le arrebató el vaso y dijo que quería poner los labios donde habían estado los de ella. Luego la agarró y la obligó a tumbarse en el sofá mientras decía: «Nunca te he querido tanto, eres mucho más adorable cuando estás enfadada».[461] Mientras ella se resistía y perdía el sombrero en la refriega, él consiguió rasgarle la blusa y acariciarle los senos. Añadió algunos detalles que la prensa declinó publicar, pero dejó claro que Bazard no había logrado su propósito antes de que ella consiguiera zafarse. Entonces corrió al comedor, donde sabía que su marido guardaba un revólver, lo sacó y ordenó al intruso que saliera de la casa.

Al día siguiente evitó todas las visitas con el pretexto de una migraña, pero al otro, durante una visita de su cuñado poco antes del regreso de su marido, recibió una carta de Bazard que la empujó a revelar las tropelías del arquitecto, hasta el punto de confesar sus frecuentes acosos y el reciente episodio en el que le había roto la blusa. Su cuñado corroboró más tarde esta historia y dijo que la carta, dirigida a «Mi bella dama», contenía fragmentos de poesía copiados de Lamartine que Bazard hacía pasar por suyos, así como tópicos del tipo «No me dejes languidecer» y «No hay nada más grato que tener un amante, los deleites son mucho más dulces que con un cónyuge».[462] Su cuñado la persuadió para quemar la carta y

convino en que no era un asunto digno de mencionar a su marido, pero Henriette reconoció que, a pesar de ello, estaba decidida a buscar una garantía en forma de confesión escrita de Bazard, que pondría a buen recaudo por si la necesitaba. Esa confesión, explicó, debía esbozar los acontecimientos de la tarde del día 13 y solo se la entregaría a su marido en caso de que Bazard se atreviera a insultarla de nuevo. Entonces redactó una larga carta e hizo que su criada se la entregara a Bazard. Tanto la carta como la copia que guardó para sí misma fueron debidamente presentadas en el juicio. El *Figaro* la calificó de obra de una «*petite bourgeoise poseuse*»,[463] orgullosa de los exiguos conocimientos que había adquirido en el internado.

> *Monsieur,* la escandalosa escena que tuvo lugar entre nosotros me ha perturbado tanto, y desde ese momento ha reinado tal confusión en mis pensamientos, que no he podido tomar ninguna decisión. Hoy tengo un poco más de sangre fría y puedo plantearme con distancia la situación en la que me encuentro y presentársela a usted. Su respuesta dictará mi conducta. No hace falta que le diga que tengo sed de venganza. Usted me ha ofendido de un modo tan cruel, se ha comportado de una manera tan infame conmigo, que un odio indecible se ha levantado contra usted en mi corazón y exige su vida para su satisfacción, cosa que está en mi poder: solo tengo que decirle una palabra a mi marido, hablarle de sus infames atentados [contra mi persona], y estará acabado. No cometa el error de creer que exagero, lo conozco, le matará.[464]

Henriette afirma que, si duda en desenmascararlo de inmediato no es por piedad, sino por miedo al escándalo. A pesar de que ella es inocente, argumenta, todo el mundo diría que había sido su amante y que su marido lo había matado por celos. A continuación, explica los términos de la confesión que le exige.

> Ahora que sé qué clase de hombre es usted, exijo una garantía para no tener nada que temer. Veo que no se detiene ante nada cuando se trata de satisfacer sus bestiales pasiones y exijo protección ante sus futuras empresas.[465]

Hacia el final, se ablanda un poco:

> Permítame creer que ha sufrido usted un momento de locura. Ese es el pensamiento que se me vino a la mente durante nuestro forcejeo del otro día y es el que le ha salvado la vida, porque [en ese momento] la ira se apoderó de mí y *tenía derecho a matarle,* sí: un derecho innegable. Fue un intento de violación, yo estaba en mi casa y tenía el derecho legal de defenderme, ni la ley ni [el mismo] Dios me habrían castigado, ni mi marido habría sospechado de mí, y las malas lenguas se habrían contenido. Sobre todo, me lo habría quitado a usted de la vista.[466]

Instándolo a responder con prontitud, le advierte que no utilice el correo, ya que todos los envíos postales pasan por las manos de su marido y «si él descubriera el más mínimo detalle relativo a este asunto, yo se lo confesaría todo para exculparme y conservar su estima».[467]

La respuesta de Bazard y los acontecimientos posteriores de esa semana sugieren que la carta de Henriette estaba urdida con sumo cuidado para su posible publicación en el futuro. El *Figaro* no andaba muy desencaminado al señalar que George Sand podría haber envidiado los esfuerzos literarios de la señora Francey.[468] Como mínimo, era evidente que desde el principio Henriette se había tirado un farol al decir que había decidido perdonarle la vida a Bazard la primera vez, ya que, como descubrieron enseguida las autoridades, entonces el revólver ni siquiera estaba cargado, si es que en verdad se había producido tal incidente. La propia Henriette admitió haber exagerado para asustar a Bazard y afirmó que la frívola respuesta con la que este había tardado en contestar a su ultimátum fue lo que la empujó a prepararse de verdad. Esa respuesta la recibió el miércoles anterior al crimen, el mismo día que su marido dijo que su pobre esposa había sufrido una «crisis nerviosa» y se había abandonado a lo que él llamó una «risa demente» que había durado quince o veinte minutos.[469] Al día siguiente, añadió el señor Francey,

Henriette le había hecho algunas preguntas inocentes sobre cómo utilizar el revólver y lo había instado a que le enseñara y a que comprara cartuchos por si alguna vez necesitaba protegerse durante una de sus largas ausencias.

Henriette facilitó más tarde a las autoridades la carta que, según ella, la había impulsado a buscar venganza para su honor, sin saber entonces que contenía la pista que convencería a sus acusadores de que tenía motivos más convincentes para desear librarse de Bazard. El arquitecto, desde luego, se había tomado a la ligera su sombría advertencia y contestó con urbanidad, afectando la convicción de que le estaba hablando de otra persona. Bazard sugiere socarrón que, para darle una opinión sobre el «caso» que le presenta, necesitaría saber más sobre los antecedentes de los personajes implicados y la insta a que discutan el asunto en persona, ya que es demasiado difícil tratarlo por escrito. Luego, quitándose la careta, confiesa que, aunque se le puedan atribuir muchas imperfecciones, no es un hombre malvado sino más bien infeliz: «Cometo un error al decir esto, usted no tiene interés en saberlo y hay tanta gente en mi situación que no tengo derecho a compadecerme de mí mismo (…)».[470]

Luego, empujado por la descripción que ella hace del revólver que se ha impuesto a sus «infames ataques» y a sus «besos atroces», Bazard vuelve a su recurso literario.

> Al no ser yo mismo un malhechor, me cuesta creer que uno de mis congéneres —¿qué digo?—, un monstruo, en efecto, haya podido obligar a una mujer a apuntarlo a la cabeza con un revólver y me veo aún menos capaz de explicar su huida.
>
> No soy ningún héroe bravucón, pero no tengo miedo; no persigo el peligro, pero tengo coraje, mucha energía y una voluntad de hierro. En una situación análoga, yo habría actuado de forma muy diferente. (…) Ser asesinado por una bala del revólver de una mujer hermosa, sostenido por una mano adorable, encañonado por unos ojos que podrían hacer palidecer a los de una andaluza en comparación. (…) Pocos hombres pueden tener la esperanza de morir de esa manera.[471]

Bazard concluye que, si Henriette conoce a alguna mujer así, su puerta estará abierta para ella a cualquier hora entre las cinco y la medianoche durante los días siguientes. Se ofrece voluntario para suministrarle él mismo el revólver y le envía ardientes besos por adelantado.

La trágica ironía de que estuviera preparando el escenario de su propia muerte unos días después fue ignorada por el fiscal, que creyó haber encontrado algo más interesante, a saber, pruebas de que Bazard había descubierto un secreto sobre Henriette que explicaba su reciente conducta con ella y en teoría también su muerte. El arquitecto era demasiado sutil para recordarle sin rodeos y por escrito que estaba al tanto de aquello, pero la referencia parece inequívoca. Viene al final de una caprichosa lista de cosas que cita como las calamidades más típicas a las que se enfrentan los hombres a diario y que difícilmente igualan las declaradas cotas de éxtasis de ser fulminado por el revólver de una mujer.

> En esta vida, uno está expuesto a muchas cosas: puede morderlo un perro rabioso, picarle una mosca, atropellarlo un ómnibus o ser víctima de un descarrilamiento. Una termita puede colarse astutamente en su techo, puede recibir de pronto una mala noticia, puede contagiarse de cólera, puede quemarse el bigote, puede quedarse ciego por una estrella fugaz, puede tener una suegra, puede perder el paraguas (…).[472]

¡Otra vez el paraguas! Pero la probable secuencia de los acontecimientos ahora estaba clara. Bazard había visto a Henriette poco después de la visita de Hernest —probablemente, como ella dijo, después del concierto— y sabía que el cura había estado en su casa, bien por haberlo observado él mismo o por habérselo dicho Dupaquet u otra persona. Lo que parece más probable es que entonces se lo dijera a ella y Henriette protestara diciendo que el sacerdote solo había ido a por su paraguas. Pero Bazard sabía que Hernest no se había marchado enseguida y es probable que en ese

momento le ofreciera a la asustada mujer guardar silencio a cambio de favores sexuales.

Desde el principio, en cualquier caso, la supuesta conducta de la señora Francey no encajaba bien con la de una mujer aterrorizada por el agresivo violador que ella misma retrataba y varios de estos episodios son mucho más verosímiles si se la imagina en cambio como una mujer que intenta desesperadamente encontrar la forma de ocultar su secreto. Pese a que es obvio que la habían aleccionado, su doncella relató la primera escena de intento de violación de un modo que arrojaba dudas sobre la esencia de la versión de Henriette. La criada, cumplidora, afirmó que, cuando bajó a la mañana siguiente, todo estaba revuelto, que habían volcado los muebles y que había «porquería» por todas partes; el alboroto había sido tal, dijo, que el reloj se había golpeado y tuvo que ir el relojero a reajustarlo. El problema con este detalle fue el descubrimiento de que el reloj se había parado a las dos menos cuarto de la madrugada, lo que significaba que la «refriega» no se habría producido enseguida, como declaró Henriette, sino una hora y media después de que dejara pasar a Bazard. Además, la doncella dijo que había apagado la lámpara del salón antes de retirarse, lo que sugería que Henriette no habría elegido, como dijo, esa apartada estancia por el hecho de que allí hubiera luz (para explicar lo que parecía un acto de hospitalidad hacia el hombre que según ella era un intruso), sino que lo habría recibido como recibiría con normalidad a cualquier visita para lo que en principio iba a ser una charla.[473] Y por último, desde luego, estaba el sospechoso hecho de que Henriette no hubiese intentado pedir ayuda a la criada que dormía en el piso de arriba.

La versión de Henriette fue cuestionada además por las declaraciones de varios testigos que juraban que en más de una ocasión, después de la supuesta agresión y hasta un día antes del crimen, habían visto a la señora Francey de pie en la puerta de su casa hablando, e incluso bromeando, con Bazard.[474] La acusada negó con furia estos testimonios y, ante la dura recriminación del

juez de que el supuesto «ultraje» en sí mismo estaba en entredicho y de que fue ella la que había atraído a su víctima a una trampa mortal, Henriette gritó:

> ¡No! Maté al señor Bazard porque él me negó los medios para salvaguardar mi honor e incluso llegó a perpetrar un segundo ultraje al proponerme que huyera con él a un país extranjero mientras me demostraba que estaba en condiciones de satisfacer su pasión en cualquier momento. Esa es la verdad.[475]

Al parecer, en ese momento la acusada sufrió una violenta «crisis nerviosa» y la primera sesión del juicio se dio por terminada.

El segundo y último día, sin embargo, a pesar de todos los indicios acumulados en su contra, la marea cambió a favor de la señora Francey. El fiscal había montado un caso más que plausible de relación entre el adulterio y el asesinato, algo que faltaba en el caso de Florence Bravo, pero la imagen de esposa adúltera pronto se vio contrarrestada por el retrato de la mujer agraviada y desvalida. La defensa explotó al máximo la escandalosa reputación de la víctima. Se les permitió citar a una testigo femenina tras otra, muchas de ellas reunidas por el propio Paul Francey, que declararon que Hippolyte Bazard había sido descarado con ellas o había intentado atentar contra su virtud (aunque nunca con éxito). Estas historias sonaban verosímiles y, aunque Francey fue acusado de pagar a algunas de las mujeres, parece poco probable que hubieran testificado en falso dadas las circunstancias.

Una doncella, que admitió que quería ayudar a Paul Francey a salvar a su esposa, relató un incidente bastante insulso: una vez había abierto la puerta a Bazard, quien al dejarle su tarjeta le dijo que tenía una bonita figura y que sería una excelente nodriza.[476] Una de las criadas de la escuela testificó que Bazard había entrado una vez en un dormitorio en el que ella estaba trabajando y «me tocó y me hizo proposiciones indecentes».[477] Una de sus caseras juró que había tenido que abofetearlo en cuatro o cinco ocasiones cuando

intentaba besarla.[478] Un panadero dijo que su criada se había quejado de que, cuando fue a las habitaciones de Bazard a entregarle un pastel, él había cerrado la puerta tras ella y había intentado besarla.[479] La esposa de un comerciante local contó que, cuando fue a llevarle una factura, él la había seguido escaleras abajo y la había abrazado. La mujer comentó que le había dicho: «Sin duda me confunde usted con otra persona»[480] y a él le hizo gracia y no la había vuelto a molestar desde entonces.

Hubo varias mujeres más con relatos similares, incluida una trabajadora agrícola que declaró que Bazard la había perseguido por los campos y que al final tuvo que ahuyentarlo con una horca.[481] La esposa del director de la escuela declaró que, mientras Bazard estaba allí consultándole sobre la redecoración interior, la seguía a todas partes y le hacía numerosas «insinuaciones equívocas».[482] Su marido, dijo, se había ofrecido a intervenir, pero ella se había negado alegando que su relación de negocios se haría «demasiado difícil». Añadió, sin embargo, que, aunque él nunca la había tocado, aquel episodio la había trastornado tanto que no había dormido tranquila hasta el día que murió.

La firmeza y la aparente sinceridad de las mujeres al denunciar estos incidentes fue notable y demostró una solidaridad con su sexo que traspasaba las fronteras de clase y que en otras circunstancias podría haber sido más admirable. Las mujeres estaban convencidísimas de que defendían el honor de una mujer honrada y la persuasiva actuación de Henriette ante el tribunal desde luego ayudó a ello. En cuanto al enérgico apoyo de Paul Francey, cabe señalar que podría o no reflejar una confianza absoluta en la versión de los hechos de su esposa. Francey, un republicano radical con ambición de ocupar un cargo nacional, se jugaba su reputación. El periódico católico *La Croix,* señalando que Francey era un líder radical local, observó con cierto regocijo que incluso el diario abiertamente anticlerical *La Lanterne* protestaba indignado por las acusaciones de una relación entre la acusada y un sacerdote.[483]

La medida de la preocupación de Paul Francey por el caso contra

su esposa puede apreciarse por el hecho de que contrató para su defensa nada menos que al brillante y meticuloso Edgar Demange, el último de los grandes retóricos del siglo XIX al estilo de Charles Lachaud, que había defendido a Marie Lafarge y a los Lemoine. Demange, que ya era un hombre de elevadísima reputación, había defendido al príncipe Napoleón por el asesinato del periodista Victor Noir y más tarde defendería a Dreyfus y a la señora Caillaux.[484] Era conocido por sus opiniones tradicionales, sus firmes actitudes patrióticas y sus simpatías católicas. Concentrándose casi en exclusiva en los incidentes del ultraje tal y como Henriette los había descrito finalmente en los interrogatorios privados, Demange recreó con gusto y dramatismo estas escenas y al final desafió al jurado: «¡Y ustedes se atreverían a decir que una mujer que ha sufrido todo esto y que ha matado es una criminal!».[485] Alegó que en la residencia de Bazard se había encontrado un paquete enorme de cartas de mujeres que habían «sucumbido». Luego, tachando a Dupaquet de metomentodo y el episodio del paraguas de farsa, aconsejó al jurado que no condenara a una joven que había hecho lo que debía por su honor. Demange fue interrumpido con aplausos en varias ocasiones y la absolución fue el resultado inevitable.

Tanto en el caso Bravo como en el caso Francey, el procedimiento judicial se había centrado en descubrir a una adúltera, pero se echaron atrás cuando las sospechosas aparecieron y se aceptó su dudosa versión de los hechos. La admisión o una sólida sospecha de adulterio, si se hubiera utilizado bien, podría haber llevado a las acusaciones a entender mejor los motivos de estas mujeres y a una explicación más satisfactoria de sus actos. Sin embargo, en ambos casos las imágenes contradictorias de la nueva mujer contribuyeron a embrollar las probables realidades.

En el caso Bravo, el hecho de una «intimidad criminal» se consideraba relevante si conducía directamente a un móvil para el asesinato. Pero, a pesar de aquella cancioncilla que se hizo popular, durante la instrucción no se aportaron pruebas de que Florence hubiera deseado «recuperar a su antiguo amante» y se demostró

que los medicamentos que el Dr. Gully le había hecho llegar no contenían tártaro emético. No parecía, pues, haber un camino directo desde la revelación de una pasión ilícita a la muerte por envenenamiento. Sin embargo, en su afán por encontrar pruebas del adulterio, la acusación había descubierto una vía indirecta hasta el estado mental de Florence la noche del 18 de abril de 1876. Por desgracia para ellos, la acusada, durante el proceso, se vio obligada a despojarse de sus tintes escarlata y apareció, al menos para el jurado, como otra de las criaturas femeninas favoritas de la imaginación victoriana: la mujer agraviada. No era una imagen fácil de ganarse, sobre todo porque se estaba pasando de moda. Y Florence, siempre ingenua, no se lo agradeció bastante a su dama de compañía, la tranquila, modesta y enigmática señora Cox, que en última instancia había decidido que admitir una relación adúltera era la única forma de salvar a su señora.

El verdadero motivo de Florence para entablar esa relación con el Dr. Gully se hace obvio al leer su testimonio. Lejos de ser una hedonista desenfrenada en busca de aventuras sexuales, era una joven asustada e insegura, incapaz en aquel momento de hacer frente a las tensiones del matrimonio y receptiva a la piadosa comprensión de un médico culto. Por atreverse a expresar el deseo de separarse de un hombre que la había asustado con sus accesos de *delirium tremens* y que la había aterrorizado con sus ataques de furia alcohólica, su propio padre, antes cariñoso, se había enfadado con ella y le había negado el permiso para quedarse en su casa. Que el Dr. Gully, en esas circunstancias, asumiese el papel de padre protector —sustituto— y luego el de amante era comprensible. Que pudiera haberlo hecho con honradas intenciones era una idea que llevaba al límite el escepticismo de casi todo el mundo, lo cual fue una suerte para Florence.

James Manby Gully era, de hecho, un médico extraordinario. Su consulta de Malvern, como las de muchos médicos de los populares establecimientos de curas de agua, daba servicio a una clientela numerosa y sobre todo femenina de clase media-alta.[486] Atendido

principalmente por hombres y mujeres cuyos puntos de vista se apartaban de la ortodoxia clínica que consistía en muchos fármacos, cirugía y tratamientos invasivos o dolorosos, el centro de curas de agua de Malvern fue fundado en 1842 por Gully y su socio James Wilson, que habían adoptado tratamientos popularizados en el continente. El propio Gully se había convencido del fundamento científico de la cura de agua o «hidropatía», que aprovechaba los manantiales naturales y prescribía baños, beber agua mineral, envolverse en sábanas mojadas, masajes, ejercicio y cambios en la dieta. Persuadido desde muy pronto de que los trastornos nerviosos crónicos estaban relacionados con una condición física, a saber, la saturación de sangre en las vísceras o en el sistema ganglionar central, llegó a creer que el agua administrada de diversas formas podía ayudar a curar o a aliviar tales trastornos al regular la circulación.

La práctica de Gully, que él mismo describió en varios estudios sobre las enfermedades nerviosas y las curas de agua,[487] se centró en lo que se definía como trastornos nerviosos funcionales crónicos. Afirmaba que la neuropatía —o, en su forma más extrema, la hipocondriasis— era una afección endémica propia de la civilización moderna y a la cual las mujeres eran especialmente susceptibles. Consciente de que sus estudios sobre los trastornos nerviosos eran polémicos, comentaba con buen humor: «No es raro oír a nuestros padres octogenarios decir que en su juventud no existía eso de los nervios».[488] Al comienzo de su ejercicio como médico, antes de recurrir a las curas de agua, Gully había incluido entre los síntomas nerviosos las náuseas, el insomnio, trastornos en las funciones internas, como la digestión, sensaciones extrañas en la zona del estómago y «suspiros, bostezos y sollozos frecuentes y explosiones de risa que prevalecen en las mujeres histéricas».[489] Estos síntomas nerviosos, explicaba, tenían causas tanto físicas como mentales. Las físicas incluían una dieta inadecuada, el consumo de alcohol, té fuerte o carnes muy condimentadas o poco hechas, irregularidades en la lactancia o la menstruación, relaciones sexuales forzadas,

masturbación y el consumo de opiáceos o drogas estimulantes. Las causas mentales, afirmaba, incluían las impresiones repentinas, el estudio prolongado, los pensamientos corrosivos, las dudas religiosas, las pasiones frustradas y el aburrimiento. Este último, según él, era la peor forma de neuropatía y prevalecía de manera especial en Inglaterra, donde «la economía productiva y el buen gobierno» habían llevado a la opulencia y la ociosidad en las clases más altas.[490]

En verdad, pues, Florence Bravo era una paciente hecha a medida para la atención de Gully: una joven adinerada, ociosa, infelizmente casada y sin hijos de los que ocuparse, que padecía insomnio y lo trataba con vino y cloral, un fármaco muy utilizado como potente sedante. Al llegar a Malvern en 1870, Florence se sometió al tratamiento normal de baños de asiento, lavados de columna vertebral y envolturas; después, Gully diagnosticó su estado como agotamiento físico provocado por estrés mental, a saber, las «malsanas impresiones» suscitadas por el comportamiento de Ricardo. Como tenía por costumbre en casos así, Gully no solo trató los síntomas físicos, sino que exploró formas de alejar a su paciente de la fuente del estrés mental, en aquel momento, la influencia nociva de su marido.

Esta preocupación y compasión por la situación global de la mujer eran características de los establecimientos de curas de agua, que hace poco se han descrito como «centros de cultura orientada a la mujer».[491] A diferencia de los médicos más ortodoxos, que trataban a sus pacientes de forma individual en un consultorio o en su casa y que a menudo combinaban curas dolorosas con el consejo de cumplir con los deberes conyugales y maternales, los médicos de las curas de agua ofrecían a las mujeres un entorno de apoyo femenino en el que discutían abiertamente sus casos entre ellas y en el que su propia percepción de sus dolencias se escuchaba con actitud comprensiva. También se ha señalado que el tratamiento de curas de agua proporcionaba, en este periodo de represión sexual, una «experiencia sensual socialmente aprobada para las mujeres»[492] casi

única.

Los defensores de las curas de agua solían asimismo suscribir una serie de doctrinas corolarias que interesaban o preocupaban en especial a las mujeres, entre ellas la abstinencia de bebidas alcohólicas, la reforma de leyes discriminatorias para las mujeres, el mesmerismo y el espiritismo. El propio Dr. Gully estaba fascinado por las posibilidades del mesmerismo en terapéutica y también fue durante un tiempo presidente de una sociedad espiritista.[493] En parte, sin duda, porque trataba a muchas mujeres que, como Florence, eran víctimas de maridos alcohólicos, así como a mujeres que bebían en exceso ellas mismas, Gully era un creyente convencido en la causa «femenina» de la sobriedad.[494] También se rumoreaba, al menos, que creía en una causa femenina más radical, a saber, el derecho de la mujer a decidir si quería tener un hijo o no. Se insinuaba que el Dr. Gully había administrado medicamentos abortivos y que incluso había llegado a practicar abortos cuando estaba convencido de que la salud o el bienestar de su paciente lo exigían.[495]

Al parecer, el médico también tenía opiniones controvertidas sobre la moralidad sexual, aunque no las manifestó específicamente en sus publicaciones. Tenía un ejemplar de *Prostitución, pobreza y celibato* de Drysdale[496] y el lenguaje de sus propios casos de estudio sugiere con fuerza que estaba de acuerdo con este autor en que «la morbosidad sexual y los deseos sexuales reprimidos», así como el miedo a la brutalidad sexual, eran la causa de muchos de los trastornos nerviosos de las mujeres.[497] Con el tiempo, Gully llegó a diagnosticar el estado de Florence Ricardo como el resultado, en parte, de los temores sexuales causados por un marido cuyo avanzado alcoholismo lo había vuelto en general impotente pero en ocasiones brutalmente exigente. Gully convenía Drysdale en los efectos nocivos de vincular todo el sexo «legítimo» al matrimonio, pero aceptó los imperativos sociales y se plegó a ellos. Con Florence cumplió todas las formalidades externas y tenía la firme intención de casarse. Durante el interrogatorio por parte del abogado de

Florence, George Lewis, después de que Florence hiciera su «confesión», Gully aportó pruebas conmovedoras de sus convicciones. Negó rotundamente cualquier intimidad sexual entre ellos hasta mucho después de la muerte de Ricardo, en la primavera de 1871, pero admitió una amistad anterior que había propiciado la ruptura de Florence con sus padres.

> P. ¿Fue durante el periodo en que ella era su paciente cuando comenzó el vínculo entre ustedes?
> R. Bueno, en cierto modo; era un entendimiento amistoso. Ella estaba mucho tiempo sola y solía tomar el té conmigo en mi casa. (…) Supe que había renunciado a su familia por mí en la primavera de 1871, cuando regresé del extranjero.
> P. ¿Sabía que ella le había entregado todo su afecto; que por usted había renunciado a su hogar, a su familia y a todo lo demás, incluso a su buen nombre?
> R. Sabía que le habían dado la opción de renunciar a mí y que se había negado.
> P. ¿Sabía que ella había renunciado a su buen nombre por usted, a su honor?
> R. Bueno, ella había renunciado a su hogar, pero ¿qué quiere decir con su honor?[498]

Es muy probable, pues, que la relación sexual que se desarrolló más tarde fuera encaminada con cautela por el médico, que comprendía la ignorancia y el miedo de Florence respecto al sexo y que también, como muchos miembros de su profesión, entendía la respuesta y las necesidades sexuales femeninas mejor que la mayoría de sus contemporáneos masculinos.[499] Durante un tiempo, parece que la novedad de la encantadora compañía del médico y la probable experiencia de su propio despertar sexual compensaron a la viuda por la ruptura con sus padres y el ostracismo social en el que cayó a raíz de su trato público con Gully.

El médico, sin embargo, fue descrito —incluso en retratos muy benévolos— como un hombre de «voluntad férrea y gran fuerza de carácter»[500] y es posible que la inmensa influencia personal que

ejerció sin dificultad sobre Florence al principio, cuando ella estaba más angustiada y vulnerable, lo cegase ante el hecho de que la propia mejoría que él había facilitado le devolvió a la joven su natural determinación. El encaprichamiento de Gully, de hecho, parece que congeló la imagen que este tenía de su paciente en estado de invalidez y, por tanto, no estaba preparado para un cambio en sus relaciones. Una carta que Florence envió a la señora Cox durante un viaje a Alemania con el médico en el verano de 1873 la muestra como una mujer decidida y consciente de su autoridad —al menos en su casa— que sabía ponerse firme al exigir obediencia a su personal.

> Mi queridísima Sra. Cox:
>
> Muchas gracias por su amable carta y por los paquetes, que acabo de recibir; por favor, no envíe más flores ni reenvíe más cartas. Dígale a Rance que no tengo intención de construir un invernadero y que no encargue nada ni a Mould ni a ningún otro sitio si no es por orden mía. (…) Le dije a McGrath que no debía dormir en la casa y *mis órdenes deben obedecerse.* Por favor, dígaselo. Escriba de mi parte a la Sra. --- y exíjale que me devuelva mi recetario; tiene las tapas de color verde agua y adviértale que, si no lo devuelve, escribiré a su señora. (…) La próxima semana, compare el precio de la hulla en Watt Pegg con el de Pigott, ya que me gustaría tener la carbonera llena antes de mi regreso. (…) Por favor, vaya a ver a Mould y dígale que no acepte pedidos de nadie que no sea yo. Me alegro mucho de que los perros y los caballos estén bien.[501]

La carta no hace ninguna referencia a su compañero de viaje y, lo que es más importante, Florence se permite confiarle su desagrado por los baños y por el régimen a los que ahora se somete sin duda como una concesión a la voluntad del médico. El tono de la carta en su conjunto, sus solícitas referencias a la salud de la señora Cox y el cariño que le envía sugieren una especie de afinidad conspiratoria entre las dos mujeres y una nueva y suave irreverencia hacia los caprichos hidropáticos del viejo médico.

> Ahora me dan unos baños horribles: mezclan turba que contiene hierro con agua mineral y tengo que sentarme durante media hora en ese asqueroso baño caliente y mugriento que parece estiércol líquido. Es para calmar los nervios, pero es terrible y después hay que darse un baño caliente para limpiarse. Luego tomo tres vasos de agua mineral fría entre las siete y las ocho de la mañana y otro vaso a las seis de la tarde. A las ocho y media ya estoy agotada y me alegro de poder irme a la cama.[502]

Aun así, el hecho que al parecer alteró bruscamente su simpatía por el médico y que cimentó su relación con la señora Cox fue el sufrimiento de Florence a su regreso de Alemania durante lo que su dama de compañía llamó con delicadeza una «inusual enfermedad natural».[503] Con lágrimas en los ojos, Florence admitió más tarde que esa enfermedad había sido un aborto espontáneo. Lo más probable es que Florence, al descubrir que estaba embarazada, se sometiera a un aborto practicado por su amante como única forma de proteger la reputación de ambos de un daño aún mayor e irreparable.[504] En cualquier caso, las palabras de agradecimiento de Florence por haberse recuperado de aquello quedaron reservadas en exclusiva para su dama de compañía, quien, según insistía, no había conocido la verdadera naturaleza de su enfermedad hasta poco antes de casarse con Charles Bravo, dos años más tarde.

> Por lo que sé, la señora Cox desconocía cuál era esa enfermedad y yo hice todo lo que pude para evitar que se enterara. Le debo la vida a la señora Cox, por haberme asistido, y padecí un agudo sufrimiento físico. (…) La «intimidad impropia» con el doctor Gully cesó cuando regresamos del extranjero.[505]

Independientemente de que su «intimidad» física cesara de verdad o no, hay indicios de que las relaciones se enfriaron. Es cierto que, cuando Florence alquiló el Priorato en Balham unos meses más tarde, el doctor alquiló una casa muy cerca, pero su influencia sobre la viuda parecía menguar a medida que crecía la de la señora Cox. Cuando Florence y James viajaban —y aún fueron a Italia en la

primavera de 1875—, la señora Cox los acompañaba y dormía en una habitación con Florence. Desde la época del «aborto espontáneo», las dos mujeres se tuteaban (la señora Ricardo, cariñosamente, llamaba a la señora Cox «Janie») y Florence pareció encontrar consuelo en la compañía de esta discreta servidora —una mujer próxima a su edad y viuda como ella—, la amiga íntima que no había tenido desde la infancia. El Dr. Gully, sin duda a petición de Florence, incluyó a partir de entonces a su acompañante en la mayoría de sus invitaciones y la propia señora Cox admitió que «tenía una relación de amistad más cercana con la señora Ricardo de lo que es habitual para las damas de compañía».[506] Al mismo tiempo, el criado del Dr. Gully comentaba que su señor y la señora Ricardo «reñían con frecuencia».[507]

En esas circunstancias, es improbable que Florence ocultara algún secreto de su pasado a su dama de compañía, pero también es posible que Janie, que había sido institutriz en casa de un abogado y dos ministros, se preocupara por trabajar para una señora «respetable» además de rica. La generosidad de su salario inicial, ochenta libras al año en 1872, sin duda la reconcilió con las pasadas indiscreciones de la señora Ricardo, pero parece que poco a poco empezó a fomentar una nueva relación más aceptable a ojos del mundo. Florence, cuya propia «rebelión» contra las convenciones sociales al relacionarse con el Dr. Gully nunca había sido del todo consciente, se mostraba ahora dispuesta a dejarse animar para recuperar su reputación. Echaba de menos a sus padres, que seguían dándole la espalda, y se enteró por una tía de que su madre estaba muy enferma. Un matrimonio respetable, llegó a creer, resolvería todos sus problemas. La devolvería con su familia, la libraría de la vergüenza de su relación con el médico y quizá incluso le permitiría reincorporarse a la sociedad como una honorable mujer casada. La servicial Jane Cox le presentó un candidato adecuado en la figura de Charles Bravo, uno que no pasaría por alto la oportunidad de un matrimonio así. Puede que la viuda tuviera un «pasado», pero valía una fortuna.

Con la determinación brindada por su Janie, Florence terminó con el médico en octubre de 1875, sin revelar sus planes de boda, y luego escribió una esmerada carta al hombre que acababa de proponerle matrimonio.

Mi querido Charlie:

Después de considerarlo con gran detenimiento, he llegado a la conclusión de que, si *aún esperas* y deseas ganarte mi amor, debemos vernos más y estar completamente seguros de que el solemne acto del matrimonio será para la felicidad de ambos. (…) Solo puedo decir que te has comportado de la forma más noble y que *yo* no tengo ninguna duda de que seré feliz contigo, pero, por supuesto, antes de renunciar a mi libertad actual debo estar del todo convencida de que sería para nuestra felicidad mutua. No hace falta que te diga que he escrito al *doctor* para decirle que *no debo* volver a verlo, es lo correcto en todos los sentidos; pase lo que pase, nos casemos o no, siempre te tendré un gran aprecio y me interesaré por tu bienestar, pues creo que eres un hombre muy bueno. Escríbeme y dime qué te parece todo esto.

Con mis mejores deseos, tu sincera amiga por siempre, Florence Ricardo.[508]

La pronta respuesta de Charles fue favorable y los resultados de las averiguaciones del padre de Florence sobre la «idoneidad» de Charles Bravo fueron satisfactorios. Con la decisión tomada, Florence escribió a su padre en tono contrito a finales de octubre.

Queridísimo padre:

Tu amable y afectuosa carta me trajo anoche una gran dicha y espero con sincera y sentida alegría volver a veros a todos. Mi pasado ha sido muy triste, pero quedará borrado y olvidado para siempre y créeme cuando te digo cuánto lamento haberos causado algún pesar, a ti o a cualquier miembro de la familia, en estos últimos años de triste separación.

Con mucho cariño para ti y para mamá, y para todos en Buscat, tu siempre afectuosa hija, Florence Ricardo.[509]

La «felicidad» que decía desear, sin embargo, no se conseguía tan

fácilmente y en el acuerdo para las capitulaciones matrimoniales, al mes siguiente, Charles dejó claro que, si Florence quería respetabilidad, iba a pagar muy caro por ella. Su abogado le dijo que Charles montó en cólera al saber que Florence había solicitado que el alquiler de su casa, más el mobiliario, sus carruajes y los caballos —valorado en un total de tres mil libras— se pusiera en un fideicomiso para su propio uso. En su primera visita, cuando el abogado le había dado la enhorabuena, según se dice, Charles respondió: «Al diablo su enhorabuena. Solo quiero el dinero».[510] Y añadió que preferiría anular el matrimonio antes que verse en la tesitura de «sentarse a una mesa que no era suya, en una silla que no era suya…; dijo que en tal caso no sería dueño de su propia casa».[511] El padre de Florence, que llevaba las negociaciones, cedió. Charles recibió, además, un segundo interés vitalicio sobre la fortuna de Florence de cuarenta mil libras de su primer marido más otras veinte mil de su padre. El interés de Charles por el dinero se explicaba por el hecho de que, aunque él mismo iba a heredar veinte mil libras, el dinero solo le llegaría tras la muerte de sus padres (de los dos).

Presa de un pánico repentino por estas discusiones financieras, Florence recurrió a la desesperada a la única ayuda que se le ocurrió, la del médico al que acababa de traicionar.

> R. (…) El último encuentro que tuve con el doctor Gully fue unos diez días antes de mi boda, en el pabellón del Priorato. Mandé llamar al doctor Gully porque me sentía infeliz. Había tenido una conversación con el señor Bravo sobre los muebles y él me había dicho que no se casaría conmigo a menos que todo lo que yo poseía pasara a ser suyo… No me refiero a mi dinero, sino a mis carruajes, ponis, muebles, joyas y ropa.
>
> P. ¿Quiere usted decir que el señor Bravo mencionó su ropa?
>
> R. No, pero dijo «todo lo que yo poseía» y le dije al doctor Gully que temía que el señor Bravo se casara conmigo solo por lo que tenía. El doctor Gully me aconsejó que accediera al deseo del señor Bravo y dijo que esperaba que fuese feliz.[512]

El Dr. Gully confirmó el relato y añadió que la señora Ricardo le había dicho que había confesado su relación a Bravo: «Le dije: "Espero que salga bien". Creo que fue al final de la conversación. Me parece que fue lo último que se habló antes de besarle yo la mano y despedirme».[513]

Una vez quemados los puentes con el médico, Florence se aferró al ideal de respetabilidad a través del matrimonio. Hubo visitas a los padres y esfuerzos por obtener la aprobación de la madre de Charles, que se había negado a asistir a la boda. Hubo intentos de establecerse en la sociedad local, que incluyeron, en una ocasión, una cena para treinta y un invitados. Charles se quejaba de buen humor de que Florence lo obligase incluso a asistir a la iglesia y señaló que se abstuvo de jugar al tenis sobre hierba un domingo «en parte por temor a que eso pudiera escandalizar a las buenas gentes de Balham y Tooting».[514]

Todas estas pruebas de que Florence luchaba por ganarse una nueva identidad estaban ahí, en las declaraciones. E incluso si su nuevo anhelo de respetabilidad no estaba claro, sus acusadores, en cualquier caso, deberían haberse dado cuenta mucho antes de sacarle su «confesión» de que, fuera lo que fuese lo que había motivado a Florence, era inútil insistir en la aventura ya acabada con el médico.

Esos acusadores podrían haber sacado mayor provecho de reflexionar sobre las pruebas que tenían delante mucho antes de que los comentarios de la señora Cox hicieran que Florence admitiese su «intimidad criminal». Por un lado, estaba el extraño hecho de que la señora Cox no informara a los médicos hasta casi cinco horas después de su llegada sobre la supuesta confidencia de Charles de que había ingerido un veneno. Extraordinaria también fue la sensacional rectificación que la señora Cox hizo sobre la declaración de Charles después de la primera instrucción. Esta enmienda había contribuido a impulsar la nueva investigación, pero merecía una respuesta aún más escéptica. Charles, según sostuvo entonces, en realidad había dicho: «He tomado veneno *por el doctor*

Gully. No se lo diga a Florence».[515] La sugerencia de un suicidio por celos estaba clara, pero no encajaba con una gran parte de los demás testimonios, incluido el de un abogado que había estudiado en Oxford con Bravo y había vivido con él durante dos años. Este amigo declaró que el fallecido era «el hombre del que menos pensaría uno que podría suicidarse»[516] y dijo que Bravo entendía la jurisprudencia médica mejor que cualquier otro abogado que él conociera.

> Era un hombre muy lúcido, con mucho sentido común y muy poco sentimental y ningún afecto por ninguna mujer le haría tomar [un] doloroso e inestable veneno cuyos efectos conocía perfectamente.[517]

El amigo de Bravo añadió otro indicio muy significativo.

> Me di cuenta de que antes de irse a la cama siempre tomaba un buen trago de agua fría. Solía beber de la botella de agua de su habitación o de la mía, o de donde estuviera, sin utilizar vaso. Era una costumbre muy arraigada en él.[518]

La doncella declaró cumplidamente que, como de costumbre, ese día había llenado la botella de agua de la habitación de Charles. De este modo se identificó la probable fuente del veneno que lo había matado. Además, la descripción que esta misma doncella hizo de los acontecimientos de la fatídica noche implicaba con bastante rotundidad tanto a Florence como a Janie mucho antes de que lo hicieran las incoherencias de sus propios testimonios. La doncella afirmó que, después de llevar un poco de vino a su señora, se había quedado arriba doblando la ropa de Florence en el vestidor y que todavía estaba allí cuando el señor Bravo salió al rellano y gritó: «¡Florence! ¡Florence! ¡Agua caliente!». Las dos mujeres, juntas en la habitación contigua, no pudieron no oír los gritos, pero la criada relató por fin el incidente que tal vez le dio demasiada vergüenza revelar en las dos primeras ocasiones en las que contó su historia.

> Cuando entré corriendo en el dormitorio de la señora Bravo, la señora Cox

> estaba sentada donde la había dejado cuando pregunté si necesitaban algo más y ni ella ni la señora Bravo se habían levantado para atender al grito del señor Bravo. No sé si la señora Bravo estaba dormida, pero creo que, si no lo hubiera estado, se habría levantado. Entonces no se levantó.[519]

La señora Cox sí respondió en ese momento al grito de Charles, pero la testigo recordó que no fue hasta unos diez minutos después cuando Florence se levantó. «Fue cuando fui a por el alcanfor al dormitorio de la señora Bravo cuando la desperté. Creo que estaba dormida [la testigo sonrió ante la pregunta]; bueno, tenía los ojos cerrados».[520] Era obvio que la doncella creía que su señora estaba fingiendo.

Para determinar el móvil, la acusación habría hecho bien en estudiar más a fondo un documento que tenían a su disposición: la declaración que Florence firmó el 2 de junio tras darse cuenta de la sospecha que pesaba sobre ella, pero antes de que se ordenara una segunda investigación.[521] En aquel momento Florence parecía estar jugando con las simpatías de los caballeros que la interrogaron y no sospechar que la declaración podría hacerse pública. Si las autoridades no se hubieran desviado por la declaración que hizo entonces la señora Cox, que introdujo al Dr. Gully como presunta causa del suicidio de Bravo, las extraordinarias características de la declaración de Florence podrían haberse apreciado mejor. También se hacía eco de la cuestión de los celos, pero luego pasaba a describir a un hombre profundamente desequilibrado: «(…) aunque nunca vi al doctor Gully ni tuve noticias suyas ni hablé con él después de nuestro matrimonio, [Bravo] estaba continuamente, mañana, tarde y noche, hablando de él, siempre insultándolo, llamándolo "ese desgraciado" y reprochándome mi antigua relación con él».[522] (En este punto, como ya se ha señalado, ella seguía negando una «intimidad» mayor). Florence afirmó incluso que, en una ocasión, unas semanas antes de la noche fatal, Charles, furioso, había «saltado de la cama y amenazado con cortarle el cuello».[523]

El resto de esta estrafalaria declaración es un desordenado

catálogo de agravios, mayores y menores, contra el difunto, que, en vista de la necesidad de Florence de exculparse, solo puede explicarse por su naturaleza en extremo ingenua y egocéntrica. Mencionaba a la suegra, que interfería en sus asuntos domésticos, y decía que Charles la amenazó con despedir a la señora Cox para ahorrar dinero. Afirmó que Charles cogía y leía todas sus cartas cuando venía el cartero y también que su marido le había contado que había «mantenido a una mujer antes de casarse en Maidenhead durante cuatro años»[524] y que le debía, a ella o a su hermana, quinientas libras. (Lo había hecho y se las debía). La tarde anterior a que cayese enfermo, decía, pasaron con el coche frente a la casa del Dr. Gully de camino a la ciudad, lo que había provocado otro torrente de improperios.

> Siguió discutiendo sobre él. (…) Entonces le dije que era muy cruel que siempre sacara a relucir su nombre. «Yo no te estoy hablando siempre de esa mujer»; y él admitió su error y me pidió que hiciéramos las paces y que le diera un beso. Enfurruñada, le dije: «No, no lo haré» y entonces me contestó: «Pues ya verás lo que hago cuando llegue a casa».[525]

Inverosímil en todas las referencias a Gully y a los celos de Bravo y al suicidio, esa declaración era una mina de motivos para el asesinato. Pero había más, algo que insinuaba que su móvil inmediato podría haber sido algo muy concreto, algo que explicaba la elección del 18 de abril como día para disolver el tártaro emético en el agua que Florence sabía que su marido tomaba antes de acostarse. Ese día, a raíz de la recomendación de su médico de que Florence necesitaba descansar tras el aborto espontáneo que había sufrido dos semanas antes, la señora Cox había ido a Worthing para alquilar una casa para ellas. Charles, al parecer, lo había calificado de «gasto inútil». Luego, seguramente para demostrar su mal carácter, Florence recordó un incidente que tuvo lugar el Viernes Santo anterior al «martes fatal», que sin duda la había perturbado mucho y que, como tantos otros incidentes, describió solo de forma

parcial, fragmentada y distorsionada.

> El último Viernes Santo me estaba recuperando de mi segundo aborto. Él estaba muy inquieto. Se enfureció porque yo estaba muy débil y era la primera vez desde hacía diez días que salía de la cama y no le gustó que le pidiera que me dejaran sola para descansar, como era mi costumbre después de almorzar.[526]

Se ha conjeturado que Florence Bravo, recién recuperada de su segundo aborto espontáneo en menos de cuatro meses, comprendió entonces que no faltaba mucho para que Charles volviera a reclamar sus «derechos conyugales».[527] La pareja llevaba dos semanas durmiendo en habitaciones separadas, pero por lo general, según la doncella, compartían dormitorio. Florence interpretó el enfado de Charles por el viaje a Worthing y su arranque de mal genio del Viernes Santo como un indicio de que, para él, su convalecencia había terminado. La primera oportunidad de actuar en consecuencia llegó el martes siguiente. Había regresado pronto de Londres ella sola. Charles seguía en la ciudad, la señora Cox seguía en Worthing y el tártaro emético no era un problema. En las cuadras lo habían utilizado en pequeñas dosis para tratar a los caballos y, como aficionada a estos animales, ella lo sabría y tenía acceso a la sustancia.

Hay un último giro en el crimen. Es posible que Florence no tuviera intención de matar a Charles, sino solo de ponerlo demasiado enfermo para que no intentara acostarse con ella.[528] El tártaro emético solía utilizarse para inducir a los bebedores empedernidos a abandonar el hábito, pues aunque podía tolerarse en pequeñas cantidades disuelto en agua, reaccionaba con el alcohol provocando náuseas y vómitos. Puede que Florence tuviera esta información por su experiencia con Ricardo. Y Charles, lo sabía, se tomaría sus habituales varias copas de borgoña durante la cena. Es posible, pues, que Florence empleara por error una dosis de la sustancia más potente de lo que pretendía.

Cualquiera de las dos reconstrucciones sugiere que la señora Cox, recién llegada a casa, pudo haberse enterado de lo que había hecho Florence solo cuando fueron a acostarse. En cualquier caso, la Janie de Florence se hizo cargo enseguida y, en la medida de sus posibilidades, encubrió fielmente a su señora. Cuando el cuento del suicidio falló y empezaron a extenderse los rumores de una aventura con Gully, fue ella la que decidió meter al médico en la historia para hacerla más verosímil, sin contar con que la cuestión del adulterio se convertiría en la pieza central del drama. Cuando así fue, la señora Cox, astuta, se percató de que lo que había empezado como la persecución de la «mujer escarlata» con el bote de veneno, la «alegre viuda de Balham»,[529] bien podía volverse en contra de los acusadores y transformarse en la persecución de otra presa, un hombre, como dijo el *Times,* «que violaba las serias responsabilidades de su profesión y sin tener la excusa de las pasiones de la juventud o, incluso, de la mediana edad».[530] Janie se dio cuenta, en el momento de testificar, de que la plena admisión de la naturaleza «criminal» de esa intimidad se había hecho necesaria para cimentar la imagen de Florence como víctima de seducción. La dama de compañía había hecho bien su trabajo. Para cuando James Gully compareció como testigo voluntario, los miembros del jurado protestaron estrepitosamente contra la petición de su abogado de que se le diera asiento y exigieron que el médico permaneciese de pie.[531]

En su declaración, obviamente ensayada, Florence hizo algunos cumplidos aparentes, aunque bastante tardíos, sobre el carácter del fallecido y mintió, a menudo sin ningún propósito, en numerosas cuestiones. En algunos casos sus mentiras se descubrieron, como cuando, después de asegurar que el Dr. Gully no la había ayudado a conseguir la separación de Ricardo, se presentó el documento con la firma del médico. Especialmente inverosímil fue su negación de conocer la costumbre de su marido de tomar un trago de agua antes de meterse en la cama. Otros testimonios demostraron que la noche del 18 de abril de 1876, cuando subió a su habitación después de

cenar, Florence se había bebido casi una botella de jerez y había pedido que le llevaran más vino. En retrospectiva, parece que se estaba armando de valor para ese momento en el que Charles subiera a acostarse.

En el transcurso de la investigación se puede ver que Florence Bravo pasó de la imagen estereotipada de la perversa nueva mujer a la de su opuesto más admirable, la mujer «puesta a prueba, pero ahora recta», sin que nadie llegara a reconocerla como el ser que era en realidad. La francesa Henriette Francey pasó por una transición similar tras levantarse la sospecha de su adulterio, y ya se han descrito las técnicas judiciales para manejar esa sospecha. Pero la señora Francey, como se ha señalado, tenía algo más a su favor, a saber, un reciente ensalzamiento en Francia de las «heroínas» de los «crímenes pasionales».[532] Estos crímenes, que empezaron a recibir atención en la década de 1870, los cometían mujeres que alegaban venganza en nombre de su honor mancillado, a menudo con ataques violentos a un marido adúltero o a la amante de este. Henriette Francey era consciente de la elevada tasa de absolución en esos crímenes. Es más, la decisión de resolver su propio problema de posible exposición y chantaje sexual adoptando el estilo del crimen femenino de venganza parece haber sido impulsada de manera fortuita por la atención nacional prestada no hacía mucho al célebre caso de la señora de Clovis Hugues.[533]

La señora Hugues, casada con un destacado diputado socialista marsellés, se había enterado en 1883 de que una amiga de la infancia que pretendía separarse de su marido la había acusado a ella como copartícipe en el adulterio de este. En ese momento, decidida a matar a la mujer, había salido con un revólver cargado, pero su esposo, alarmado, la había seguido y la había desarmado. La mujer murió por causas naturales poco después, pero la señora Hugues no había dejado de buscar venganza y había demandado con éxito al hombre que la había identificado falsamente mientras estaba al servicio de aquella. Este tipo, sin embargo, apeló la condena y, a finales de noviembre de 1884, cuando se estaba

juzgando su caso, la señora Hugues, acosada por cartas anónimas que afirmaba que le enviaba él, decidió encargarse ella misma del asunto. Lo interceptó cuando salía del Palacio de Justicia y le disparó seis veces. Conducida muy tranquila a comisaría (su víctima murió tras varios días de agonía), declaró que no sentía ningún remordimiento por sus actos y su marido declaró que la apoyaba de pleno. La opinión pública de la capital estaba abrumadoramente de parte de la señora Hugues. Como señaló *L'Illustration*, «todo París —o prácticamente todo París— está a su favor. Y sobre todo el París femenino».[534] Fue menos de un mes después, en la estela de esta efusión de simpatía por una mujer que asesinó por honor, cuando Henriette Francey apuntó con un revólver a Hippolyte Bazard. Sus primeras declaraciones tras el suceso fueron calcadas a las de su predecesora: no tenía remordimientos, había cumplido con su deber.

Que la señora Francey se inspiró de forma consciente en el caso Hugues para su más discutible acto de venganza quedó claro desde el principio y, después, se esforzó por consolidar la identificación popular de su caso con aquel. Paul Francey reconoció que nada más volver a casa, tres días después del primer intento de violación por parte de Bazard, su esposa le había preguntado por su opinión sobre el caso Hugues. Según su declaración, él le dijo que era «no culpable», que él la absolvería y que no podía entender cómo aquel instigador podía haber atacado la reputación de una mujer honesta. Añadió también que, ante su respuesta, su esposa había roto a llorar y había exclamado: «¡Cómo me alegra ver que eres un hombre con corazón!».[535] La señora Francey corroboró el incidente, aunque, curiosamente, ninguno de los dos lo mencionó hasta después de enero, cuando la señora Hugues salió absuelta y triunfante. A ambos los habían interrogado varias veces antes de esa absolución, pero parece que decidieron hacer uso público de aquello solo en el caso de que la simpatía por la señora Hugues se impusiera. Henriette Francey declaró entonces que la opinión de su marido sobre el caso la había animado a decidirse: «La respuesta de mi esposo no fue algo menor a la hora de tomar la decisión. Aunque, en cualquier

caso, lo conocía lo suficiente como para saber que la aprobaría».[536]

El plan original de la señora Francey parecía ser entonces el de aprovechar el caso Hugues para librarse de un hombre que le hacía chantaje sexual y sus declaraciones iniciales sugieren que esperaba que la mera acusación de intento de violación fuera suficiente. Los médicos que la examinaron al día siguiente dictaminaron con consideración que no debía ver el cuerpo de su víctima: «La señora Francey se encuentra en un estado de agitación nerviosa que no ha remitido desde el crimen; además, hace dos días que tiene su periodo menstrual y es posible que un cese repentino de este [ocasionado por ver el cadáver] provocara una congestión cerebral, una afección que podría devenir grave».[537] Sin embargo, cuando poco después comenzaron los rumores sobre la aventura con el sacerdote, Henriette decidió, al parecer, apuntalar su relato con detalles de los supuestos intentos de violación. En un interrogatorio varios días después del suceso, hizo una descripción muy explícita de la primera visita de Bazard. Explicó, en un testimonio luego censurado por la prensa, que Bazard no solo le había desgarrado la blusa, sino que le había abierto las piernas a la fuerza, le había acariciado los genitales y, a continuación, había puesto la cabeza entre sus piernas y había empezado a darle lengüetazos. Dijo que lo obligó a apartarse tirándole del pelo mientras él, entretanto, se desabrochaba los pantalones y forcejeaba para «introducir su miembro viril». Entonces, según ella, «flaqueó en el forcejeo», pues había eyaculado de forma prematura.[538] Los hechos bien pudieron ocurrir como se describe, pero, como demostró más tarde el fiscal, la secuencia temporal de su relato era errónea, ya que habían estado juntos durante una hora y media antes del supuesto suceso.

Dos semanas después de dar esta descripción de la primera tentativa, Henriette describió la segunda, que, según dijo, tuvo lugar otra vez en el salón después de que ella citara a Bazard para darle una última oportunidad de proporcionarle la carta de confesión que quería. Ese día, declaró, su víctima no solo se negó a escribir la carta, sino que bromeó sobre sus felices recuerdos de su último

encuentro y la instó, burlón, a que aprovechara la nueva ley del divorcio y huyera con él. Cuando ella persistió en su exigencia de la confesión, Bazard se puso serio y le dijo que en su visita anterior se había marchado no por el revólver, sino porque estaba «exhausto»; esta vez la dominaría. Al decir esto, según ella, le agarró la mano y se la metió en la entrepierna. En este punto de la declaración, la señora Francey sufrió una crisis nerviosa y los interrogadores, por consideración, siguieron con la entrevista por escrito.

> P. ¿Le hizo coger su pene con la mano?
> R. Sí, puso mis manos sobre su órgano y yo no tenía ni la consciencia ni la fuerza suficientes para darme cuenta de lo que estaba ocurriendo.
> P. ¿Y entonces le agitó la mano?
> R. No, fue más bien como una presión que intentó que ejerciera sujetándome en esa posición con sus dos manos. Estaba abrumada y no recuerdo cuánto tiempo duró aquello.
> P. ¿Sintió que su mano se humedecía?
> R. No, al menos no lo noté ni fui consciente de si ese contacto produjo el resultado que usted indica. Ni siquiera sé si habló o intentó besarme.[539]

Entonces, de repente, según recordaba Henriette, los ruidos de la doncella en la habitación contigua lo interrumpieron y Bazard le soltó la mano. Ella se levantó y fue hasta la ventana donde había dejado el revólver y, mientras Bazard permanecía de pie junto a la puerta del salón, apuntó y disparó desde el otro lado de la habitación. Su víctima se tambaleó y salió corriendo, con una herida en el cuello, y —por desgracia para él— eligió el camino más largo para volver a su residencia. Henriette, que fue tras él, alcanzó a Bazard justo cuando estaba a punto de entrar en la seguridad del patio de la escuela. Le disparó por la espalda y le dio en la mandíbula y luego, cuando cayó al suelo, le pegó el tiro mortal en la zona de la clavícula, que le llenó los pulmones de sangre.

Había algunas incongruencias en su relato. Por un lado, cuando encontraron a Bazard, se observó que llevaba los pantalones completamente abrochados, la camisa metida por dentro y un

guante puesto en la mano izquierda. Esto sugería al menos que la interrupción y la precipitada huida que describió Henriette eran dudosas. Por otra parte, los médicos dijeron que el hallazgo de una gran mancha húmeda en la ropa interior de la víctima, que resultó ser esperma, los llevó a la conclusión de que había eyaculado recientemente. Más interesante aún, el informe médico señalaba que, además de las manchas de sangre de sus heridas en la parte superior de la camisa, había otra mancha de sangre «amarronada» en el faldón delantero. También se examinó la ropa interior de Henriette y, aunque no había manchas en los calzones, sí había una mancha oscura de sangre menstrual en la parte trasera de la enagua.[540]

La declaración de los médicos indicaba que la mancha en la parte inferior de la camisa de Bazard parecía sangre menstrual, pero, como no contenía «moco uterino», descartaron esa posibilidad.[541] Esta parte de las pruebas no se presentó en el juicio. Aun así, parece probable que Bazard consiguiera llegar a la penetración tras quitarle los calzones a Henriette y luego eyacular fuera, tal vez al descubrir que a la señora Francey le acababa de venir el periodo. Es comprensible que Henriette optase por no recordar tal suceso si hubiera ocurrido. En cualquier caso, las pruebas de algún tipo de actividad sexual están bastante claras.

Lo que no está claro, por supuesto, es el contexto en el que se produjeron estos episodios. Se sabía que la renovada atención de Bazard hacia la acusada se remontaba un año y medio atrás, época en la que los vecinos decían que había comenzado su aventura con el sacerdote. Tres testigos interrogados en las indagaciones preliminares habían declarado que la señora Francey se había dejado ver visitando a Bazard en varias ocasiones durante ese tiempo, mucho antes de los sucesos de diciembre de 1884.[542] ¿Había estado Bazard sometiéndola a chantajes sexuales desde entonces? ¿O solo los acontecimientos más recientes lo habían convencido de que ya podía plantear con seguridad tales exigencias a su presa? Es imposible saberlo, pero lo que parece seguro es que, en el caso de

la señora Hugues, Henriette Francey encontró la solución a su dilema.

Que el miedo a que la descubrieran en una aventura adúltera pudiese llevar a Henriette Francey a tramar un «crimen casi perfecto» requiere apreciar el horror con el que su sociedad veía el delito de adulterio en una mujer, sobre todo en las últimas décadas del siglo. La publicación anual de estadísticas delincuenciales revelaba que la incidencia de los casos de adulterio aumentaba a un ritmo extraordinario. En los años comprendidos entre 1825 y 1830, la media de casos denunciados era de unos cincuenta al año. En 1880 el número había subido poco a poco hasta unos cuatrocientos. Luego se disparó drásticamente a partir de mediados de la década de 1880, de 668 en 1884 a 1657 en 1891, y continuó aumentando.[543]

Este salto se debió en gran medida a la nueva legislación de 1884 sobre el divorcio, que convirtió la prueba de adulterio en una de las vías para obtenerlo, pero los alarmados observadores vieron en estas estadísticas, por supuesto, una decadencia moral. Además, como las cifras mostraban más casos presentados contra mujeres que contra hombres (por ejemplo, en 1886, fueron acusadas 865 mujeres, frente a 822 hombres),[544] los moralistas llegaron a la ridícula conclusión de que más mujeres que hombres cometían adulterio.[545] El proceso judicial era en parte responsable de esta distorsión estadística. Los hombres acusados de adulterio solo podían ser perseguidos legalmente si mantenían a una amante en su domicilio conyugal y la condena era una simple multa. Una mujer, por el contrario, podía ser condenada solo con cartas comprometedoras y, si se la declaraba culpable, podían enviarla a prisión hasta dos años.[546] Esta definición totalmente diferente del delito, combinada con la mayor reticencia de las mujeres a presentar una demanda, para empezar, explicaba esa aparente prevalencia de las mujeres. No obstante, el aumento de las estadísticas fue grano para los molinos de los nuevos críticos sociales que se centraron en el adulterio femenino como el mal de la era moderna. En Francia,

esta nueva hostilidad hacia las mujeres no se había contrarrestado como en Inglaterra con un creciente y estruendoso movimiento contra la doble moral sexual. El temor a verse descubierta en una relación sexual ilícita era muy real para la mujer inglesa respetable, pero como móvil para el asesinato parece haber desaparecido en Inglaterra en las últimas décadas del siglo.[547]

Los motivos que llevaron en primer lugar a Henriette a la probable aventura con el sacerdote solo pueden conjeturarse. Es poco probable que fuera una de esas «bellas penitentes» que desahogan sus pecados secretos seducidas por su confesor.[548] La imagen, plasmada con viveza por Michelet —quien criticaba el poder de los curas sobre las mujeres solo para entregarlas a la autoridad «legítima» de los maridos—,[549] conservaba su fuerza anticlerical en este periodo. Pero en este caso, al menos, la acusada pareció adoptar un papel más activo. Hernest afirmaba que conoció a los Francey cuando su obispo, a pesar de conocer los fríos sentimientos religiosos de la pareja, lo envió a solicitarles una donación para ayudar a restaurar la iglesia. (Un periódico menciona que fue Bazard quien se encargó de la restauración, lo cual pudo haber sido otra oportunidad para que el arquitecto los viera juntos).

Está claro que el papel de Paul Francey como hombre de negocios moderno —sus viajes por trabajo y su ambición política— dejaba a su esposa muy sola, y que su Francey y ella tenían intereses distintos. A la señora Francey le encantaban la literatura y el teatro, cosas que su marido detestaba. Ella llevaba un diario, que quemó durante la semana anterior al crimen, y su marido la consideraba de naturaleza en exceso sensible y dramática. El cura, de una edad más próxima a la suya y probablemente más interesado en los libros, estaba además disponible durante el día, cuando la mayoría de los hombres de otras profesiones estaban trabajando. Y también tenía la ventaja de ser una compañía «segura» en caso de que se los viera juntos en alguna ocasión.

Los modales «dulces e inofensivos» del sacerdote, según se dice, también sugieren que Henriette, con su evidente firmeza y

resolución, habría sido la iniciadora. Parece que su palpable inquietud en un entorno provinciano en el que su marido pretendía establecer una base política la hizo explorar nuevas oportunidades de libertad. Al conocer un mundo más amplio a través de la lectura y de algunos viajes, puede que se resintiera de las obligaciones que la mantenían demasiado a menudo en casa. Es cierto que el único indicio de otras tensiones previas con su marido es el hecho de que decidió no asistir a la boda de su cuñada [la hermana de él], aunque que Paul y ella solo hubieran tenido un hijo tras ocho años de matrimonio podría ser relevante en este caso. El apoyo de su marido, que incluía lanzarle besos en la sala del tribunal, puede obviarse como parte del papel que ahora ambos tenían que representar. En su correspondencia privada con las autoridades encargadas de la investigación, Paul Francey mostraba menos entusiasmo por la acción de su esposa y se refería con tristeza a «mi infeliz asunto».[550]

La seguridad con la que Henriette le dijo a Bazard, en su ultimátum, que su marido lo mataría si se enteraba del intento de violación parece más bien, desde este punto de vista, una especie de fantasía o deseo proyectado. Es más probable que, de haberlo sabido, la respuesta de Francey hubiera sido mucho menos impetuosa o romántica. Profesional moderno, el señor Francey probablemente habría actuado con discreción, en cambio, para asegurar su propia reputación. Y de haber conocido los planes de su esposa, es más plausible que, al igual que Clovis Hugues, una figura pública consciente de que debía guardar una imagen respetable, hubiera intentado impedir que los llevara a cabo.

En efecto, el hecho de que la misma mujer que urdió ese malicioso, elaborado y amenazador ultimátum fuera vista bromeando con su destinatario unos días más tarde, junto con la irónica respuesta del propio Bazard, demuestra hasta qué punto Henriette estaba empleando de forma consciente un lenguaje de respuestas románticas al uso que, en cierto modo, y ella lo sabía, se habían vuelto risibles. No obstante, consciente de que estas seguían

teniendo sentido en un mundo en el que los hombres necesitaban más que nunca tener la seguridad de que sus mujeres eran rectas y puras, contaba desesperadamente con que se considerasen la explicación de su conducta. Lo mismo se aplica, huelga decirlo, a sus «crisis nerviosas» y «carcajadas enloquecidas» programadas con todo cuidado.

Sin embargo, el hecho de que Henriette Francey se viera impulsada a idear y llevar a cabo un asesinato como única escapatoria a la exposición y al chantaje sexual es una triste medida de lo que se jugaba en preservar su reputación y su identidad. Ser una mujer honesta a ojos del mundo era la única gloria para una esposa burguesa y Henriette conocía el peligro de las «malas lenguas». Además, la perspectiva de mantener el secreto al precio de «favores» sexuales le resultaba abominable. Si bien esto no excusaba un asesinato a sangre fría, sí lo hacía más comprensible.

Florence Bravo carecía del sentido de la identidad pública que a la postre hizo que Henriette Francey viera su camino con tanta claridad. A la edad de treinta años, cuando aún firmaba las cartas para sus padres como «vuestra cariñosa niña», Florence era una joven inmadura que se pasaba la vida representando el papel de carga para padres o padres-sustitutos —algunos crueles, otros amables—. Que fue una víctima en muchos sentidos es bastante evidente: manipulada en un primer matrimonio sin futuro en el que se sentía tan aterrorizada que era incapaz de hacerle frente; rescatada por un compasivo «padre-médico» incapaz de verla como una adulta, y luego empujada a la respetabilidad por una «madre-compañera» dominante desde el silencio, que la persuadió para casarse con el único tipo de hombre que por entonces la aceptaría: alguien que fuera tras su fortuna. Cuando se planteó volver a casarse, Florence al menos informó a Bravo de su «amistad» con Gully, pero sin duda solo porque él no habría tardado en enterarse por sí mismo, dadas las habituales indagaciones sobre los antecedentes de un posible cónyuge. La aparente determinación de aceptar una relación madura y sobria se desmoronó enseguida ante

problemas con los que Florence nunca había tenido que lidiar.

Que el intento de recuperar la respetabilidad perdida fracasara por la relación personal con Charles no es sorprendente, pues Florence, que ya había conocido la felicidad en la aventura con el médico, deseaba volver a encontrarla en esta nueva relación que contaba con la aprobación social, aunque esperaba a medias que no fuera así. Era lo bastante consciente de este deseo como para repetir las palabras «feliz» o «felicidad» tres veces en la breve carta que envió a Bravo considerando su propuesta de matrimonio.[551] Aun así, y pese a la compensación de los renovados lazos con su familia, tras comprometerse con Charles pronto se dio cuenta de que su felicidad mutua no era lo más importante para él. Desde la escena que montó con su abogado respecto a las capitulaciones matrimoniales, el dinero y la «economía» fueron temas constantes. Las facturas, los planes de inversión y el ahorro se mencionan en casi todas las cartas de Charles. Incluso en su cálida respuesta a la carta de Florence sobre su propuesta de matrimonio, hace una referencia despectiva a sus exiguos ingresos como abogado. También sus amigos contaban que, después del matrimonio, hablaba constantemente de formas de ahorrar dinero.[552] Que su tono en las referencias a este y otros temas no siempre era muy templado también está bien establecido. Su padrastro, que se preocupaba por retratar a Charles de la mejor forma posible, reconoció que tenía un «temperamento brusco» y que «se le calentaba la lengua cuando alguien le sacaba de quicio».[553]

Sin embargo, más grave que las cuestiones monetarias y su temperamento era el problema de la calidad de las relaciones personales y sexuales de la pareja. Al reanudar una vida sexual activa, Florence sin duda preveía o esperaba encontrar en Charles a un amante tan devoto y considerado como lo había sido el doctor Gully antes del aborto, provocado o espontáneo. Que aún sentía un profundo afecto por el médico se desprende de su testimonio, pese a su ocasional disposición a participar en las burdas insinuaciones contra él que la hicieron aparecer como mujer agraviada. La huella

de estos sentimientos hacia Gully es más evidente en su afirmación de que había decidido cortar las relaciones con el médico «mucho antes» de decidir casarse con Bravo.

> No me había cansado en absoluto de su compañía [la de Gully]. Nadie podría cansarse de su compañía, siendo tan intelectual. (…) Les prometo «en conciencia y solemnemente» que el único motivo para este proceder por mi parte [cortar con Gully] fue volver a ver a mi madre y hacerla feliz. Estaba dispuesta a sacrificar toda mi felicidad por la de ella. (Aquí la testigo se echó a llorar).[554]

Las lágrimas por el médico con el que había conocido el amor eran bastante reales, aunque su declaración no fuera exactamente cierta. Florence deseaba tanto la felicidad como la aprobación de su madre, es decir, la respetabilidad. De hecho, sí se había cansado un poco del doctor, pero en gran parte porque la felicidad que había tenido con él no incluía la respetabilidad. Con Charles, en cambio, descubrió demasiado tarde que había cambiado a un hombre compasivo por otro cuya capacidad para la intimidad estaba, en el mejor de los casos, sin desarrollar. Y no quedaba nada claro que hubiera conseguido su respetabilidad en el trato.

Parece evidente que el sexo estaba detrás de los motivos que llevaron a la muerte de Charles, aunque aquellos que acusaban a Florence estaban tan ocupados buscando el sexo fuera del matrimonio que nunca se pararon a considerar el sexo conyugal. Si lo hubieran hecho, podrían haberse dado cuenta del temor a la reanudación de las relaciones sexuales implícito en la declaración de Florence. Como mínimo, podrían haber reflexionado sobre el momento de la muerte de Charles, que siguió tan de cerca a la recuperación de Florence de un segundo aborto espontáneo, sobre su evidente repulsión hacia el «aborto» con Gully y sobre sus expresiones relativas al gran dolor que sufrió en aquel momento.

De hecho, el primer aborto espontáneo en enero, menos de dos meses después de casarse, fue extraño en sí mismo y podría

haberlos incitado a considerar en un contexto diferente la observación de la señora Cox de que «el señor Charles Bravo cenó en el Priorato antes de casarse y pasó la noche allí: su madre se opuso a que volviera tarde a casa porque había cogido frío».[555] ¿Es posible que Bravo, sin que se enterase la señora Cox, que dormía sola en el tercer piso, se hubiera acostado con Florence antes de la boda? La dama de compañía declaró que, por decoro, había instado a la pareja a esperar hasta la primavera para casarse, para permitir a Florence apuntalar sus credenciales de mujer respetable con las «damas» del vecindario que, según ella, habían cotilleado sobre su señora y el médico. En lugar de eso, dijo, habían fijado la fecha de la boda para el 14 de diciembre y luego, sin explicación ninguna, la habían adelantado al 7 de diciembre.[556] Es más que posible que Charles, consciente de la aventura de Florence con Gully, hubiera hecho saber a su prometida que no tenía derecho a negarle a él lo que le había dado a otro hombre sin la conformidad legal. También es posible que ese primer «aborto espontáneo» fuera autoinducido; después de todo lo que había pasado, Florence entendía la capacidad de las «damas» del barrio para contar hasta nueve.

Es evidente que Florence se daba cuenta de la injusticia que suponía que la madre de Charles presumiera de no aprobarla; ella sabía que el propio Charles había mantenido a una amante durante varios años antes de su matrimonio. Pero durante un tiempo, al menos, aceptó que las reglas de la sociedad eran diferentes para los hombres. Sin embargo, en el momento del segundo aborto, Florence había tomado la decisión de que ya no podía jugar según esas reglas. Cansada, desilusionada, asustada e impulsiva, decidió utilizar el tártaro emético. Es imposible saber con certeza si la embriaguez la llevó a causarle una sobredosis por accidente o si su intención era matarlo. En cualquier caso, había suficientes motivos para el resentimiento como para que una mujer ingenua y egocéntrica albergara la creencia, al menos en ese instante, de que Charles Bravo «merecía» morir. Fuera como fuese, Florence nunca encontró la felicidad. Murió solo dos años después en una villa de Southsea

que había alquilado con un nombre falso. Allí, la «alegre viuda de Balham», que aún no había cumplido los treinta y tres años, bebió hasta morir y la prensa informó, en un lenguaje eufemístico, de que llevaba mucho tiempo «sufriendo los efectos de una cantidad excesiva de estimulantes».[557]

Curiosamente, la conducta de Florence Bravo, a su tétrica manera, formaba parte de la evidencia de que las mujeres de su época exigían más del matrimonio que antes, que se resistían a las relaciones sexuales forzosas y buscaban vínculos personales más estrechos con los maridos, que pedían ser «felices» además de provistas. También la historia de Henriette Francey sugiere nuevas insatisfacciones con los matrimonios que no cumplían las crecientes expectativas de dicha personal. Pero, en su caso, el intento de dar marcha atrás fue más temprano y la transgresión de las normas sociales más clandestina y llena de terror. La exculpación de las dos mujeres dependió de su capacidad para satisfacer las duras indagaciones sobre su comportamiento moral más que delictivo y ambas habían pasado de putas a heroínas el tiempo suficiente para librarse de los cargos. En realidad, por supuesto, ni Florence Bravo ni Henriette Francey eran «mujeres nuevas», ni adúlteras ni puras. Eran personas reales, atrapadas entre viejos imperativos y nuevas opciones e incapaces, lamentablemente, de seguir sus mejores impulsos.

[400] Lee Holcomb, *Victorian Ladies at Work: Middle-Class Working Women in England and Wales, 1850-1914* (Hamden, Conn.: Archon, 1973).

[401] Esto era más cierto en Inglaterra que en Francia, aunque el estudio de las mujeres de clase media y la religión en ambos países aún está por hacer. La reciente tesis de Bonnie Smith, «The Bourgeois Women of Lille, 1860-1910» (Universidad de Rochester, 1975), defiende con firmeza la existencia de una profunda fe religiosa y de un ritual omnímodo que envolvía la vida de las mujeres de la alta burguesía desde el nacimiento hasta la muerte. «Apenas había un momento importante en la vida de una mujer que la Iglesia no santificara; apenas había una tarea en su vida cotidiana, apenas una relación, para las que la Iglesia no tuviera sus enseñanzas o su propio manual» (p. 238). Sin embargo, como muestra Smith, la Iglesia no era una simple fuerza tradicional en la vida de las mujeres; las mujeres adaptaron su ideología y sus funciones a su propia necesidad creciente de ampliar su papel social y utilizaron las organizaciones religiosas y, en especial, las benéficas, como vehículo para su propia transición a papeles más modernos. «Ninguna podía aceptar ningún cambio en la otra sin sentimientos de disonancia. De forma simbiótica, la religión y las mujeres, como fuerzas de la tradición, se enfrentaron al cambio en la vida del siglo XIX» (p. 250). Es cierto, por supuesto, que parte de esta intensa religiosidad representó una reacción contra el cambio entre los segmentos más privilegiados de la burguesía.

En su estudio sobre las mujeres victorianas, *Silent Sisterhood: Middle-Class Women in the Victorian Home* (Pittsburgh: Carnegie-Mellon University Press, 1975), Patricia Branca sugiere que en la segunda mitad del siglo tanto las mujeres como los hombres de clase media parecen haber experimentado un declive en la fe religiosa. Tal evolución es difícil de medir, pero Branca sugiere un posible índice en el «creciente secularismo del material leído por las mujeres» (p. 147). Señala que la revista *Englishwoman's Domestic Magazine* tenía como política excluir los temas religiosos. «Echando un vistazo a los cientos de revistas para mujeres del

siglo XIX, uno se queda con la impresión de que estas estaban más preocupadas por el estado de su colada o su tipo de cutis que por la condición de sus almas» (p. 147).

[402] Peter Cominos presenta un buen análisis, aunque algo abstracto, sobre esta transición en «Innocent Femina Sensualis in Unconscious Conflict», en *Suffer and Be Still,* ed. Martha Vicinus (Bloomington: Indiana University Press, 1972), pp. 155-172.

[403] Véase el análisis en Branca, cap. 2. «Por encima de todo, el tono de la mayoría de los manuales era rezongonamente crítico con las mujeres de clase media» (p. 22).

[404] E. L. Linton, «The Girl of the Period», *Saturday Review,* 25 (14 de marzo de 1868): 339 y ss.

[405] *Ibid.*, p. 340.

[406] Jules Barbey d'Aurevilly, *Les Bas-bleus* (París: Dentu, 1874).

[407] Louis Delzons, *La Famille française* (París: Colin, 1913), p. 61.

[408] Linton, «The Girl of the Period», p. 340, sobre la nueva mujer como prostituta no declarada.

[409] Delzons, p. 64.

[410] La fuente principal del caso Bravo es el relato de la investigación titulado *The Balham Mystery.* A *Complete Record of the «Bravo» Poisoning Case,* publicado por entregas y con ilustraciones por el *Daily Telegraph* (en lo sucesivo, referido como *Balham*). También me han resultado muy útiles dos excelentes estudios sobre el caso: *Dr. Gully's Story*, de Elizabeth Jenkins (Nueva York: Coward, McCann & Geoghegan, 1972), una versión ficticia sólidamente basada en las pruebas, y *Suddenly at the Priory,* de John Williams (Londres: Heinemann, 1957).

El análisis del caso Francey se basa en los testimonios de los interrogatorios preliminares dirigidos por el juez de instrucción y en las transcripciones del juicio publicadas en *La Gazette des Tribunaux.* Los documentos de los interrogatorios preliminares se denominarán en lo sucesivo «dosier Francey». Debo señalar que, al obtener el permiso para utilizar este dosier, accedí a cambiar el nombre de la víctima, al que he llamado Hippolyte Bazard.

[411] *Balham,* p. 45.

[412] *Ibid.*, p. 40.

[413] *Ibid.*, p. 42.

[414] *Ibid.*, p. 26.

[415] *Ibid.*

[416] *Ibid.*, p. 7.

[417] *Ibid.*, p. 27.

[418] *Ibid.*, p. 47.

[419] *Ibid.*, p. 26.

[420] *Ibid.*, p. 2.

[421] *Ibid.*, p. 11.

[422] En el sistema apotecario; equivalente a casi dos gramos en el sistema internacional de unidades. *(N. de la T.)*.

[423] *Ibid.*, p. 18.

[424] *Ibid.*, p. 52.

[425] Cit. en Williams, p. 254.

[426] Elizabeth Jenkins ofrece la explicación más convincente de lo que probablemente ocurrió aquella noche en el Priorato; John Williams aporta algunas especulaciones excelentes sobre el móvil. El estudio de Jenkins se centra en la personalidad y en el papel del Dr. Gully. Yo he intentado acercarme más a Florence.

[427] Dosier Francey, doc. 52.

[428] *Ibid.*

[429] *La Gazette des Tribunaux,* 27 de marzo de 1885.

[430] Dosier Francey, doc. 82.

[431] *Ibid.,* doc. 114.

[432] *Ibid.,* doc. 117.

[433] *Le Figaro,* 25 de marzo de 1885.

[434] Dosier Francey, doc. 40.

[435] *Ibid.,* doc. 25.

[436] *Ibid.*, doc. 54.

[437] Véase el capítulo 6.

[438] Dosier Francey, doc. 28.

[439] *Le Petit Moniteur* (28 de marzo de 1885) se refirió con ironía a la «heroína del juicio, pues así es como llamamos ahora a las mujeres que matan a los

hombres». *Le Soleil* (30 de marzo de 1885) señaló que las mujeres le debían mucho al hombre que inventó las crisis nerviosas. *Le Figaro* (27 de marzo de 1885) dijo que Henriette se había convertido en «la heroína de una novela para todas las pequeñoburguesas de Yonne». Resultó que había buenas razones para este escepticismo por parte de un público, por lo demás, normalmente receptivo.

[440] *Balham,* p. 45.

[441] *Ibid.*, p. 35.

[442] *Ibid.*, p. 48.

[443] *Times,* 12 de junio de 1876.

[444] *Ibid.*

[445] *Ibid.*

[446] *Medical Times and Gazette,* 19 de agosto de 1876.

[447] *Le Petit Journal,* 29 de marzo de 1885.

[448] Dosier Francey, doc. 59.

[449] *Ibid.,* doc. 62.

[450] *Ibid.*, doc. 58.

[451] *Le Figaro,* 27 de marzo de 1885.

[452] *La Gazette des Tribunaux,* 27 de marzo de 1885.

[453] *Ibid.*

[454] Dosier Francey, doc. 70.

[455] El dosier incluye varias cartas de Bazard dirigidas al juez de instrucción instándolo a investigar a tal o cual persona y aportando detalles sobre su supuesto conocimiento de los hechos. Salvo que se indique lo contrario, como en este caso, todos los indicios citados proceden de los interrogatorios formales.

[456] Dosier Francey, doc. 62.

[457] *Ibid.*, doc. 64.

[458] *Ibid.*, doc. 30.

[459] *Ibid.,* doc. 68.

[460] *La Gazette des Tribunaux,* 28 de marzo de 1885.

[461] Dosier Francey, doc. 28.

[462] *Ibid.,* doc. 53.

[463] *Le Figaro,* 27 de marzo de 1885.

[464] El dosier incluye tanto la carta que le envió a Bazard como la copia. La prensa reprodujo la carta en su totalidad. Los extractos que aparecen aquí se han tomado de *La Gazette des Tribunaux* (27 de marzo de 1885) y se han comparado con los originales, ya que la letra de la señora Francey era diminuta y difícil de descifrar.

[465] *Ibid.*

[466] *Ibid.*

[467] *Ibid. La Gazette des Tribunaux* utilizó la palabra *poésie* (poesía) en lugar de *poste* al reproducir la carta, pero *poste* (correo) tiene más sentido en el contexto.

[468] *Le Figaro,* 27 de marzo de 1885.

[469] Dosier Francey, doc. 35.

[470] *La Gazette des Tribunaux,* 27 de marzo de 1885.

[471] *Ibid.*

[472] *Ibid.*

[473] El juez que presidía el tribunal dio mucha importancia al incidente y es obvio que no creyó la historia de Henriette. Es más que probable que la criada dijera la verdad, pues un plano de la vivienda incluido en el dosier indica que el salón estaba en la parte trasera de la casa. Una luz allí no se habría visto desde la calle para iluminar el regreso de la señora y esta no habría pasado por el salón al subir a acostarse.

[474] *La Gazette des Tribunaux,* 28 de marzo de 1885.

[475] *Ibid.*, 27 de marzo de 1885.

[476] Dosier Francey, doc. 111. Esta declaración y la siguiente se hicieron a la policía, que estaba comprobando los informes sobre los intentos de violación de Bazard.

[477] *Ibid.* En una lastimosa declaración, la esposa de un albañil dijo que Bazard le había ofrecido dinero y había intentado seducirla, pero que, como en ese momento no estaba casada, no había intentado presentar una denuncia.

[478] *Ibid.,* doc. 113.

[479] *Ibid.*, doc. 115.

[480] *Ibid.,* doc. 116.

[481] *Ibid.*, doc. 127.

[482] *Ibid.,* doc. 122.

[483] *La Croix,* 30 de marzo de 1885.

[484] *Dictionnaire de Biographie française,* ed. Roman d'Amat y R. Limouzin-Lamothe (París: Letouzey, 1965), vol. 10, p. 958.

[485] *La Gazette des Tribunaux,* 28 de marzo de 1885.

[486] Para una descripción, véase Brian S. Smith, *A History of Malvern* (Leicester: Leicester University Press, 1964).

[487] Los escritos de James M. Gully incluyen: *The Water Cure in Chronic Disease* (Londres: Churchill, 1846); *A Guide to Domestic Hydrotherapia* (Londres: Simpkin, 1863); *Lectures on the Moral and Physical Attributes of Men of Genius and Talent* (Londres: Savill, 1836), y *A Monograph on Fever and Its Treatment By Hydrotherapeutic Means* (Londres: Simpkin, 1885).

[488] James Manby Gully, *An Exposition of the Symptoms, Essential Nature and Treatment of Neuropathy or Nervousness* (Londres: Churchill, 1837), p. 77.

[489] *Ibid.*, p. 2. Esta es una de las pocas ocasiones en las que Gully utiliza el término «histéricas» y parece emplearlo en un sentido más popular que clínico. Con su comprensión en general hacia las mujeres y las dolencias femeninas, puede que los especialistas en curas de agua fueran sensibles a los usos y diagnósticos cada vez más peyorativos de los médicos más ortodoxos. Véase Carroll Smith-Rosenberg, «The Hysterical Woman: Sex Roles and Role Conflict in Nineteenth-Century America», *Social Research,* 29 (invierno de 1972): 652-678.

[490] Gully, *Neuropathy,* pp. 76 y ss.

[491] Véase Kathryn Kish Sklar, *Catherine Beecher: A Study in American Domesticity* (New Haven: Yale University Press, 1973), pp. 205-209. «[En el establecimiento de curas de agua] la comunalidad femenina sustituía al aislamiento característico de la vida doméstica en Estados Unidos, la sensualidad física podía complacerse libremente e incluso se podía poner fin a un embarazo no deseado» (p. 206).

[492] *Ibid.*, p. 207.

[493] Jenkins, p. 193.

[494] En un discurso de homenaje escrito con motivo de la jubilación del doctor en Malvern, J. Morris señala que, aunque el propio Gully no pertenecía al movimiento antialcohólico, creía que los médicos en general habían sido responsables del

incremento en la adicción a la bebida de las clases media y alta. Morris cita una carta de Gully del 16 de enero de 1872: «El hombre "distinguido" de Londres y sus humildes imitadores tienen que responder por una inmensa cantidad de borrachos entre las familias bien vestidas y cómodamente alojadas» (*Dr. Gully and Malvern;* Malvern, 1872, p. 28).

[495] La sospecha sobre esta práctica del médico es evidente en el interrogatorio de la instrucción previa (*Balham,* pp. 50 y ss.).

[496] Jenkins, p. 24. Referencia completa de Drysdale en la bibliografía.

[497] *Ibid.*

[498] *Balham,* pp. 50 y ss.

[499] Tales conclusiones se basan en parte en una inferencia a partir del comprensivo tratamiento que otorgaban a las dolencias reproductivas de las mujeres en general. Gully no se posicionó abiertamente sobre el tema y se cuidó de observar el código social en sus relaciones públicas con Florence. Sin embargo, su conducta privada, revelada de manera fortuita, proporciona un sólido argumento a favor de esta hipótesis.

[500] *Vanity Fair,* 5 de agosto de 1876. La misma publicación fue menos amable en su caricatura semanal de «Spy», que retrataba a una criatura repulsiva, de rostro aceitoso y con un grifo por nariz, se entiende que para las curas de agua.

[501] *Balham,* p. 38.

[502] *Ibid.*

[503] *Ibid.*

[504] *Ibid.*, p. 42.

[505] *Ibid.*

[506] *Ibid.*, p. 30.

[507] *Ibid.*, p. 23.

[508] *Ibid.*, p. 15.

[509] *Ibid.*, p. 26.

[510] *Ibid.*, p. 47.

[511] *Ibid.*

[512] *Ibid.*, p. 48.

[513] *Ibid.*, p. 50.

[514] *Ibid.*, p. 7.

[515] *Ibid.*, p. 32.

[516] *Ibid.*, p. 30.

[517] *Ibid.*

[518] *Ibid.*

[519] *Ibid.*, p. 16.

[520] *Ibid.*

[521] Esta declaración figura en *Balham,* pp. 44-46.

[522] *Ibid.*, p. 45.

[523] *Ibid.*

[524] *Ibid.*

[525] *Ibid.*

[526] *Ibid.*

[527] Williams, pp. 275 y ss., fue, que yo sepa, el primero en sugerir este motivo, que no se le ocurrió a nadie que publicara en aquella época.

[528] Su angustia y el terror cuando vio la agonía de Charles sugieren esta posibilidad, así como el hecho de que llamase, aunque tarde, a varios expertos. Pero puede que esto fuera solo una reacción de miedo ante la realidad de haber cometido tal acto con intención de matar.

[529] La frase es el título de un panfleto contemporáneo sobre el caso encontrado en las colecciones del Museo Británico. Se hacía eco de la creencia popular de que la aventura con Gully seguía adelante.

[530] *Times,* 12 de junio de 1876.

[531] Cit. de *World,* en *Balham,* p. 55.

[532] En Inglaterra, como se verá en el capítulo 6, no hubo una oleada similar de crímenes femeninos.

[533] El resumen que aparece aquí procede del relato publicado en *Le Figaro* los días 8 y 9 de enero de 1885.

[534] *L'Illustration,* 6 de diciembre de 1884. Clovis Hugues era un poeta elegido por los radicales en 1881 que se había unido a los socialistas y luego los rechazó cuando estos desaprobaron su asistencia al funeral de Louis Blanc (Theodore Zeldin, *France, 1848-1945: Ambition, Love, and Politics,* vol. I; Oxford: Clarendon,

1973, p. 770). Irónicamente, él mismo se había batido en duelo con un bonapartista que había insultado a su mujer, pero condenó con rotundidad los métodos de venganza de su esposa contra su antigua amiga en 1883.

[535] Dosier Francey, doc. 41.

[536] *Ibid.,* doc. 30.

[537] *Ibid.*, doc. 18.

[538] *Ibid.*, doc. 11.

[539] *Ibid.*, doc. 28.

[540] *Ibid.,* docs. 21-23.

[541] *Ibid.*, doc. 23.

[542] *Ibid.*, docs. 45, 46.

[543] Louis Proal, «La Criminalité féminine», *Le Correspondant,* mayo de 1890, pp. 479-500.

[544] *Ibid.*

[545] Louis Proal, *Le Crime et le suicide passionnels* (París: Alcan, 1900), p. 177.

[546] Código Penal francés [1810], artículo 337.

[547] Algunos de los mismos miedos que impulsaron a Madeleine Smith en 1857 atenazaban a Henriette Francey.

[548] Véase el excelente artículo de Theodore Zeldin sobre los celos sexuales como combustible del anticlericalismo en la Francia del siglo XIX: «The Conflict of Moralities: Confession, Sin and Pleasure in the Nineteenth Century», en *Conflicts in French Society,* ed. Theodore Zeldin (Londres: Allen & Unwin, 1970), pp. 13-50.

[549] Jules Michelet, *Le prêtre, la femme et la famille* (París: Lévy, 1899).

[550] Dosier Francey, doc. 132.

[551] *Balham,* p. 15.

[552] *Ibid.,* pp. 24, 30.

[553] *Ibid.*, p. 10.

[554] *Ibid.*, p. 48.

[555] *Ibid.*, p. 30.

[556] *Ibid.*, p. 38.

[557] *Portsmouth Times and Naval Gazette,* 21 de septiembre de 1878. En la bebida, si no en el asesinato, Florence parecía tener una considerable compañía

femenina en la década de 1870. C. Willett Cunnington, en *Feminine Attitudes in the Nineteenth Century* (Londres: Heinemann, 1935), pp. 206-209, señala que, en Inglaterra, en la década de 1870, las secciones de correspondencia de las revistas femeninas empezaron a reflejar los «horrores de la vida conyugal», incluido el aumento del consumo de alcohol. Los médicos, entre ellos James Gully, también tomaron nota del problema y el *British Medical Journal* de agosto de 1875 publicó un artículo sobre la intemperancia en las mujeres (cit. en Branca, p. 148). Los «horrores de la vida conyugal» no parecían haber empeorado, pero las mujeres los acusaban más y algunas, al menos, eran incapaces de hacer frente a esta nueva percepción de que eran infelices.

Como señaló el *Portsmouth Times and Naval Gazette,* «nadie sabe hoy si [Florence] murió con un secreto o no, si fue el secreto lo que convirtió el alcohol en una necesidad o si era una inofensiva, aunque, por supuesto, culpable, enomaníaca». Este periódico expresaba así una opinión que era general en la prensa en el momento de la investigación, dos años antes, a saber, que Florence era una mala mujer, pero probablemente no culpable, que el verdadero culpable era Gully. «Era una adúltera y una beoda, egoísta y obstinada, una mala hija y peor esposa (…)» (21 de septiembre de 1878). «Mientras tanto, a base de agua fría y temperamento gélido, un delincuente sigue disfrutando de una vejez glacial y tranquila. El Dr. Gully, en cuya puerta se halla en realidad esta desdichada muerte, se pasea de acá para allá con salud y vigor, con el sol brillando benévolo sobre su cabeza blanca y su rostro rubicundo. En la famosa investigación del caso Bravo entró en la sala "sonriendo". ¿Aún sonríe? ¡Viejo sereno y hermoso! Cómo le envidiamos sus retrospecciones y, puesto que es un ferviente espiritista, las brillantes apariciones que es capaz de conjurar» (24 de septiembre de 1878). El médico, que difícilmente merecía tales invectivas, falleció en 1883; la esposa cuya muerte le habría permitido casarse con Florence había sobrevivido a su joven rival un año y un mes (Jenkins, p. 316).

5
Sexo y pequeño comercio

Los casos de Gabrielle Fenayrou y Adelaide Bartlett

El adulterio, admitido o sospechado, por parte de mujeres respetables de clase media volvió a ser la atracción popular principal en dos juicios por asesinato muy publicitados de la década de 1880, los juicios de Gabrielle Fenayrou y Adelaide Bartlett. Las acusadas en estos casos procedían de entornos bastante más modestos que una Florence Bravo o incluso una Henriette Francey. La señora Fenayrou estaba casada con un farmacéutico de París con dificultades financieras para explotar la farmacia que había comprado a la madre de su esposa. La señora Bartlett era la mujer de un comerciante algo más próspero, un tendero que llegó a contar con unos ingresos anuales declarados de unas trescientas libras procedentes de una cadena de seis tiendas que regentaba en el sur de Londres. Ambos matrimonios duraban ya más de diez años cuando las mujeres fueron acusadas de ser las autoras intelectuales de unos extraños crímenes que las llevaron a juicio por asesinato.[558]

Al parecer, fueron cuestiones relacionadas con el sexo y no financieras las que incitaron las acciones de las dos mujeres. Resultó que cada una de ellas albergaba una profunda aversión sexual por su respectivo cónyuge y ambas admitieron pasar largas horas en la única compañía de hombres que no eran sus maridos. A pesar del innegable interés de la investigación procesal sobre sus aventuras extramatrimoniales, estos casos son más notables por el abismo que hay entre las opiniones que dieron forma tanto a los veredictos judiciales como populares, por un lado, y, por otro, a los probables hechos sobre los motivos sexuales reales de las dos mujeres, así como su papel correspondiente en cada asesinato. Además, muchas

de las circunstancias relevantes, pero menos espectaculares, sugieren mucho sobre la vida de las masas de mujeres desconocidas de las clases medias «modestas» de finales de siglo.

En el plano más obvio, los dramas de Gabrielle Fenayrou y Adelaide Bartlett como «adúlteras» confirman la hipótesis de que para la gran mayoría de las esposas de clase media menos acomodadas tener una aventura extramatrimonial era algo sencillamente imposible. Entrañaba dificultades casi insuperables, que iban de lo psicológico a lo logístico. Sin embargo, por aberrante que pudiera haber sido su comportamiento real, y desde luego también en lo que respecta a los cargos penales, estas dos acusadas manifestaron motivos que sugieren que, a su manera, percibían las ganancias de estatus ya alcanzadas por algunas de las mujeres de su clase y buscaban ellas mismas hacer valer algunos de estos declarados nuevos «derechos» en contextos en los que las probabilidades estaban de plano en su contra.

Ambas estaban molestas por el hecho de que no las hubieran consultado en serio al elegirles marido, pues en la década de 1880, incluso en Francia, la aprobación de la joven en caso de matrimonio concertado era lo habitual. Las dos, pues, se sintieron privadas de esa relación conyugal más afectuosa y de mayor compañerismo que se pregonaba cada vez más en la literatura femenina y que se estaba convirtiendo cada vez más en una realidad entre sus coetáneas.[559] Y ambas mujeres buscaban a tientas, está claro, maneras de afirmar su autoridad en las relaciones sexuales, de controlar el deseo de sus maridos y de limitar sus propios embarazos. Los hechos de su vida que se descubrieron durante las investigaciones revelan algunas intrigantes diferencias nacionales y de clase a la hora de enfrentarse a estos problemas y sugieren que, a pesar de un enfoque más tímido, indirecto y poco doctrinario, las mujeres de esa mayoría de la clase media que hacía menos ruido buscaban de un modo consciente formas de mejorar su capacidad de negociación. Para estas dos mujeres, tal y como acabó todo, ese esfuerzo condujo a la muerte, a la notoriedad y, en uno de los casos,

a una lamentable tragedia personal.

De las dos acusadas, Adelaide Bartlett era en varios aspectos la más favorecida, aunque el estatus social que adquirió con su matrimonio no fue muy destacado. Sus orígenes familiares siguen siendo un misterio, pero lo más probable es que fuera hija ilegítima de un inglés adinerado y una francesa de buena cuna. Nacida en Orleans en 1856, Adelaide se crio al parecer en Francia con la familia de su madre, pero lo único que se sabe de su primera juventud es que la pasó en un convento. Se ha sugerido que su padre podría haber formado parte del séquito de Victoria y Alberto durante su visita de Estado a Francia en 1855,[560] pero su identidad jamás se reveló. Sin embargo, parece haber indicios de su intervención en el hecho de que, a principios de 1886, en cuanto Adelaide fue sospechosa de asesinar a su marido, contó con la mejor representación legal disponible; Edward Clarke no era el tipo de abogado que solía contratar una persona con unos ingresos anuales de trescientas libras. En su autobiografía, el propio Clarke se limitó a señalar que Adelaide era la «hija no reconocida de un inglés de buena posición social».[561]

A principios de la década de 1870, la hermosa Adelaide, de ojos oscuros, fue enviada a Inglaterra para completar su educación y se estableció modestamente con un tutor a las afueras de Londres, en Kingston. Allí vivía en la misma casa de alquileres que la familia de Charles Bartlett, hijo de un ebanista respetable pero apenas próspero, que se había casado con una viuda de pequeña fortuna que había invertido en un negocio inmobiliario. Con Charles Bartlett vivía su hermano menor, Frederick, que era soltero y aún no se había establecido por su cuenta. Adelaide también conoció a una hermana casada que vivía en Croyden y, en febrero de 1875, al hermano mediano, Edwin, destinado a ser su marido.

Diez años mayor que Adelaide, Edwin era un hombre apuesto y algo tímido que se había asociado recientemente en el comercio de comestibles y era copropietario de dos tiendas. Se le conocía por su buen humor, sus hábitos saludables y su afición a las actividades al

aire libre, por ser un entusiasta criador de perros San Bernardo, fiel miembro de una congregación wesleyana y un hombre generoso con las limosnas para los necesitados. Al igual que muchas personas con ambiciones y escasa educación superior, Edwin tenía un respeto reverencial por el aprendizaje y, al parecer, cierto temor admirativo por las personas con título universitario. Sus propios talentos, sin embargo, residían en los aspectos más prácticos del comercio de provisiones y se le consideraba un diligente hombre de negocios con buenas perspectivas.

La queja posterior de Adelaide de que había visto a su futuro marido «solo una vez antes del día de la boda»[562] quizá no estuviera del todo fundada, pues era propensa a la dramatización, pero no cabe duda de que su matrimonio fue concertado por su tutor antes de que conociera bien a Edwin. Aun así, al principio la unión parecía ventajosa para todos, o casi. Para el padre de Adelaide y para aquellos que actuaban en su nombre y trabajaban para él, era una oportunidad de situar a la joven en una posición respetable que, sin embargo, fuera lo bastante modesta para impedir cualquier posible revelación comprometedora sobre su verdadera identidad. Para el algo tímido Edwin, estaba el beneficio de conseguir una esposa joven y atractiva cuya educación en un convento francés podría hacerla parecer más complaciente, y tal vez menos amenazadora, que sus congéneres inglesas. Más importante aún, estaba la dote de Adelaide, que ayudaría a Edwin en los años siguientes a comprar otras cuatro tiendas de alimentación. En cuanto a la propia Adelaide, además de quedar «provista», se beneficiaría de un acuerdo que garantizaba la continuación de su educación. Tras casarse en la primavera de 1875, la joven pasó un año en una escuela, la de la señorita Dodd, en Stoke Newington y, a petición propia, otros dieciocho meses en la sección protestante de un colegio conventual en Bélgica. Mientras estuvo fuera, escribía a Edwin largas cartas devocionales que deleitaban a su marido tanto por su piedad como por lo que él consideraba su aprendizaje.

En 1878, cuando a la edad de veintidós años regresó para

instalarse definitivamente en su casa, Adelaide descubrió que ser la esposa de un comerciante tan trabajador era pasar gran parte del tiempo sola. Por economía y por comodidad, la pareja vivía encima de una de las tiendas de Edwin en el sur de Londres y este se dedicaba a supervisar su pequeña cadena. Seis días a la semana se levantaba a las seis y media, se daba un baño frío, desayunaba y salía de casa a las ocho. Por lo general no volvía hasta las seis y, como las tiendas también abrían por la tarde-noche, a menudo volvía al trabajo después de cenar hasta las diez o así. Adelaide, mientras tanto, se quedaba en casa haciendo las tareas domésticas, labores de aguja o leyendo, y parece que entabló pocas amistades. Aunque su inglés era perfecto, a Edwin le preocupaba que la gente la encontrase «extranjera» y pensara que tenía modales desagradables. Adelaide, por su parte, se quejó una vez a una amiga de que Edwin no apreciaba sus bordados ni su talento musical y añadió que su marido la dejaba sola mucho más de lo que a ella le gustaba.

Siempre cauto con el dinero, Edwin gastaba poco en ostentación u ocio. El matrimonio vivió en alojamientos modestos encima de tres tiendas diferentes durante los primeros siete años y solo se tomaron unas vacaciones algo más largas para hacer un viaje a Escocia. Poco más se sabe de su vida en este periodo, salvo el hecho bastante curioso de que o bien uno de ellos o bien ambos desarrollaron al parecer lo que se calificó de «ideas extrañas» sobre el sexo. En qué consistían esas ideas, sin embargo, no estaba nada claro, como tampoco lo estaba la naturaleza precisa de la relación sexual de la pareja. Dado que estas cuestiones llegaron a considerarse centrales en el caso, el tribunal se vio obligado a tratarlas, pero las revelaciones sobre la vida sexual de los Bartlett no lograron iluminar a la sala. Numerosos testigos declararon que ambos «convivían como marido y mujer», aunque, como observó con acierto el juez, tales testimonios no revelan «nada de lo que ocurre en el dormitorio».[563]

Si lo que ocurría en el dormitorio de los Bartlett distaba mucho de

estar claro, otros elementos del caso parecían menos opacos. Entre ellos, el más obvio era una amistad que maduró en el verano de 1885 entre los Bartlett y un apuesto, aunque no demasiado brillante, clérigo wesleyano de veintisiete años, el reverendo Sr. George Dyson. Los Bartlett conocieron a este joven a principios de 1885, cuando fue a predicar a una capilla cerca de Wimbledon, no lejos de una casa de campo que ellos habían alquilado. Cuando Dyson les hizo una visita pastoral e informó a los Bartlett de que estaba a punto de ir al Trinity College de Dublín a recoger su título de licenciado, quedaron impresionados e instaron al clérigo a que los visitara con frecuencia. Edwin incluso lo contrató como tutor de Adelaide en latín, historia y geografía y a partir de entonces Dyson se convirtió en un fijo en su casa. Como hijo de un predicador metodista en una ciudad pequeña, parece que estaba tan intrigado por el próspero tendero londinense como Edwin estaba encantado de tener a su propio «hombre de letras». Dyson afirmó que pronto llegó a sentirse como un hermano para Edwin.

Cómo llegó a sentirse respecto a Adelaide pudo ser un asunto diferente. La criada de los Bartlett declaró que Dyson visitó la casa de campo con frecuencia ese verano y que, para agosto, cenaba allí tres veces por semana. Continuó con las visitas cuando los Bartlett alquilaron un piso de dos habitaciones en Pimlico ese otoño y la doncella que limpiaba allí no recordaba que Dyson llevara consigo ningún libro para sus supuestas clases. Sí declaró, sin embargo, que una vez, tras la visita del predicador, descubrió que las cortinas del salón estaban prendidas con alfileres. En otra ocasión entró en la habitación y vio a Adelaide sentada a los pies de Dyson con la cabeza apoyada en sus rodillas. El clérigo, dijo, a menudo llegaba por la mañana y se quedaba todo el día, a veces esperando a que llegara Edwin por la tarde. Los Bartlett, atentos, tenían para él unas zapatillas y un cómodo batín para que pudiera despojarse de su atuendo clerical. Era bastante natural suponer que en estas visitas Dyson se despojaba también de sus modales clericales. Sin embargo, tanto él como Adelaide negaron siempre que sus

relaciones hubieran sido «criminales», es decir, adúlteras, y tal vez fuera así.

Pasara lo que pasase entre Adelaide y George aquel otoño, se vio interrumpido a principios de diciembre cuando Edwin Bartlett enfermó de repente y quedó postrado en la cama con una serie de síntomas de lo más confusos. Según el joven médico al que Adelaide hizo llamar, el paciente mostraba en un principio signos de envenenamiento por mercurio, aunque dijo que Bartlett negó acaloradamente su discreta sugerencia de que podría haber tomado esa sustancia de manera intencionada como cura para una infección venérea.[564] No obstante, a medida que los síntomas de envenenamiento remitían, Bartlett desarrolló, según se dijo, un extraño letargo e incluso afirmaba estar convencido de que iba a morir. El médico se quedó perplejo ante el hecho de que la única dolencia física aparente que le quedaba a Bartlett era un dolor en las encías. Esto resultó, al menos en parte, el resultado del trabajo de un dentista incompetente que había preparado al tendero para una dentadura postiza serrándole los dientes en la línea de la mandíbula, sin quitar las raíces. El médico dispuso enseguida las extracciones necesarias.

El 31 de diciembre de 1885, el último día de su vida, le habían extraído dieciocho de los dientes enfermos y Bartlett, según su médico, mostraba notables progresos. Había recuperado su buen apetito habitual y, a pesar de tener las encías sensibles, acabó con una cena prodigiosa que incluía liebre estofada, una docena de ostras, pan, pasteles de mantequilla y un plato de *chutney.* Era evidente que también había recuperado el ánimo, pues anunció que estaba deseando volver al trabajo y le dijo a la casera que, ahora que los días empezaban a ser más largos, querría que lo llamaran una hora antes, una notable muestra de celo teniendo en cuenta que había pasado poco más de una semana desde el día más corto del año. Sin embargo, Edwin Bartlett no vivió para disfrutar del enorme abadejo que, según la casera, había pedido con tanto gusto para desayunar el primer día del nuevo año.

Adelaide contó que esa Nochevieja se sentó allí a solas con su marido y, poco después de oír las celebraciones en el piso de abajo, se quedó dormida en una silla junto a la cama, con la mano en el pie de Edwin. Varias horas después se despertó, notó un calambre en la mano y —lo que era más importante— se percató de que el pie de su marido estaba frío. Al darse cuenta de que no respiraba, intentó reanimarlo vertiéndole brandi en la garganta; al no conseguirlo, alertó al casero y mandó llamar al médico, que se confesó «estupefacto» al descubrir que su paciente había muerto.[565]

La autopsia preliminar reveló un fuerte olor a cloroformo cuando se abrió el estómago del difunto, un hecho que al parecer desquició al reverendo Sr. Dyson cuando el médico de Bartlett le reveló indiscretamente esa información. El angustiado clérigo reconoció entonces a una pareja que había conocido a los Bartlett que, unos días antes de la muerte de Edwin, Adelaide lo había convencido para que comprara una gran cantidad de cloroformo líquido, que según ella ayudaba a su marido a aliviar el dolor durante las «malas rachas» de lo que al parecer describía como una enfermedad terminal. Dyson declaró que había sido «engañado por una mujer malvada»[566] y, por este intento poco galante, aunque al cabo eficaz, de exculparse, pronto se convirtió en el villano popular de la obra.

Adelaide, por su parte, se alzó como la heroína tras confiar al médico y más tarde a su abogado que el verdadero propósito del cloroformo era rociarlo en su pañuelo para protegerse de las tentativas sexuales de su marido. Edwin, explicó, era un hombre con ideas un tanto extrañas sobre el sexo: él mismo, en efecto, la había entregado a su amigo, el reverendo Sr. Dyson, con promesas de una futura posesión física. Luego, hacia el final, se supone que Edwin había cambiado de opinión y, abandonando un «pacto platónico» previo, había empezado a exigir sus derechos conyugales. La versión de Adelaide fue relatada durante la instrucción por su confidente, el médico. Por peculiar que pareciera esta historia, ganó credibilidad gracias al apoyo parcial de otros testigos. Más tarde, en el juicio, su abogado, Edward Clarke, hizo un alegato convincente a favor de la

inocencia de su cliente y se superó a sí mismo con la sugerencia de que el difunto, que se había revelado como un hombre de gustos personales y conducta en apariencia fuera de lo ordinario, había ingerido de forma voluntaria el cloroformo mortal con el objetivo de acelerar la dichosa unión de Adelaide y George eliminando su superflua existencia.

Tanto el jurado como el público, en este primer juicio en el que el cloroformo líquido se señaló como causa de la muerte, pudieron optar tal vez por aceptar la teoría más plausible del juez de que Edwin había ingerido la sustancia creyendo que le embotaría el dolor de la mandíbula y le ayudaría a conciliar el sueño. En cualquier caso, la simpatía por la acusada de treinta años era casi universal. Su abogado se vio abordado por una entusiasta multitud cuando salió del Old Bailey aquella tarde de mediados de abril de 1886 y recibió una ovación de pie aquella misma noche cuando fue al Lyceum Theater.[567] La propia Adelaide se mostró agradecida: «Sus amables miradas [en la sala del tribunal] me alegraron mucho —le dijo efusiva— porque sentí que me creía usted inocente. He oído predicar a muchos jesuitas elocuentes, pero nunca he escuchado nada mejor que su alegato».[568] La ironía de estos comentarios era seguramente inconsciente.

Mucho menos afortunada fue Gabrielle Fenayrou, la esposa del farmacéutico de París, que cuatro años antes, en agosto de 1882, fue a juicio como coacusada del asesinato de un hombre que se decía que había sido su amante. El Estado sostenía que, por odio y celos cuando este la abandonó, Gabrielle, de treinta años, le había confesado la aventura a su marido y le había rogado que matara al hombre que había sido su rival. Luego, según la reconstrucción del fiscal, había atraído a la desprevenida víctima a un encuentro a solas con la promesa de darle algo de dinero, había ayudado a su marido a matarlo y, por último, con la ayuda del hermano de su esposo, había participado en el proceso de deshacerse del cadáver.

El relato de los hechos fue especialmente espeluznante, aunque en cierto modo el caso que presentó la acusación, a primera vista, era

menos perjudicial para Gabrielle Fenayrou que el correspondiente contra Adelaide Bartlett. La esposa del tendero, después de todo, había estado a solas con su marido la fatídica noche. Y George Dyson era un motivo plausible para desear la muerte de Edwin. No obstante, jurado y público se decantaron por aceptar la versión de la acusada en el caso de Adelaide y por ponerse del lado de la acusación en el de Gabrielle, ignorando su alegato de que la habían amenazado y coaccionado en todo momento. No parece que la diferencia residiera en la falta de encanto de Gabrielle. Nada menos que el jefe de la policía parisina, Gustave Macé, estaba a todas luces prendado de ella. El comisario, que en sus memorias se confesó convencido por la historia de Gabrielle, describió a la acusada como una mujer alta y morena de rasgos regulares, maneras tímidas, unos ojos que, aunque por lo general apagados, podían «iluminarse como diamantes» y «una sonrisa como la de una niña».[569] A su recatada manera, pues, la señora Fenayrou parecía ser una *femme fatale.* Una fotografía suya que ella misma le envió a Macé con una cariñosa carta confirma esta descripción.[570]

Nacida como Gabrielle Gibon en 1852, la acusada era la menor de las dos hijas de un farmacéutico que, con su esposa, regentaba una botica más o menos próspera cerca de la Madeleine, en la antigua calle Vignon. En parte debido a que su hermana mayor padecía una enfermedad mental y fue internada durante un tiempo en un manicomio, colmaron de atenciones a la joven y brillante Gabrielle, que recibió una excelente educación que el *Figaro* describió con desdén como «superior a su condición».[571] Según se decía, sus compañeras del internado la «adoraban». La directora testificó que Gabrielle había sido una niña encantadora y una estudiante ejemplar; puede que su carácter fuese un poco débil, pero era incapaz de planear el crimen del que la acusaban.

La señorita Gibon solo tenía diecinueve años en 1869 cuando su padre falleció y su madre asumió la propiedad temporal de la farmacia. Sin un hijo varón que tomara el relevo y con solo seis meses para encontrar un farmacéutico titulado, la señora Gibon

pensó naturalmente en su ansioso mancebo, un hombre de treinta años del departamento meridional de Aveyron llamado Marin Fenayrou, que estaba terminando su formación obligatoria de seis años como aprendiz para convertirse en adjunto de farmacia. Hijo también de un farmacéutico, Marin había seguido el camino más tradicional y menos prestigioso hacia su vocación, que implicaba una enseñanza menos formal y un periodo como aprendiz más largo que la titulación «de primera clase».[572] Aunque al parecer no era ni guapo ni especialmente brillante, la viuda valoró las ventajas de mantener la tienda en la familia y decidió que Fenayrou no solo sería un gerente ideal, sino también un buen yerno. Gabrielle le confió a una amiga que Fenayrou le parecía repulsivo, pero aceptó la decisión de su madre. Como explicó en el juicio: «Fue un matrimonio de conveniencia. Mi madre era viuda y había que llevar la botica. Por eso acepté la opción que se me ofreció».[573] Obviamente, no había tenido elección.

Al igual que Edwin Bartlett, Marin Fenayrou recibió una dote, aunque más modesta, de diez mil francos. Además, la señora Gibon le vendió la farmacia a crédito por treinta mil francos y él solo tuvo que pagar los intereses de la deuda. Aceptó que su suegra viviera con ellos y que siguiera trabajando en la botica con Gabrielle, pero una vez se cerraron el contrato matrimonial y la escritura de compraventa, empezó a temer la influencia que pudiese ejercer sobre su hija y la obligó a marcharse. La señora Gibon alquiló una habitación no muy lejos y el distanciamiento no duró mucho, ya que el avanzado estado de gestación de Gabrielle hizo que Marin le permitiera pasar más tiempo con su madre. Nueve meses después de la boda, Gabrielle tuvo a su primer hijo, un varón, y un año después tuvo otro.

Al parecer, sobre esa época Marin empezó a perder interés en la farmacia, que hasta entonces había ido bien. Bebía más, dormía hasta tarde, frecuentaba los cafés y cogía dinero de la recaudación para apostar en las carreras de caballos. Sin embargo, la farmacia no se hundió, ya que en 1873 contrataron a un nuevo ayudante, el

joven de veintiún años Louis Aubert. Hijo de un tendero de Normandía, Aubert había dejado el seminario para trasladarse a París y formarse en farmacia. Según sus amigos, estaba lejos de ser guapo y sus dificultades para aprobar los tres exámenes necesarios para obtener el certificado «de segunda clase» sugieren que tampoco era muy brillante. No obstante, el joven tenía una especie de encanto descarado. La decisión de abandonar el camino al sacerdocio fue como una recomendación para el abiertamente anticlerical Marin, que alentó a Aubert a considerarse un miembro más de la familia. El nuevo ayudante no tardó en referirse de modo cariñoso a los Fenayrou como «mamaíta» y «papaíto».[574] Era consciente de que tenía cautivada a Gabrielle y sabía cómo aprovechar su debilidad por él para sacarle dinero siempre que lo necesitaba. Además, como aprendiz vivía en la tienda y comía allí, de modo que Louis pasaba muchas horas a solas con Gabrielle. Los vecinos afirmaron más tarde que la relación que se estaba desarrollando entre ellos era evidente.

Al parecer, en 1878 Marin por fin había empezado a albergar alguna sospecha sobre la pareja. También parece que descubrió un complot entre Aubert y su suegra para intentar venderle la farmacia al joven ayudante, que se quejaba de que el rechazo de Fenayrou a hacer publicidad y a modernizar la botica con nuevas técnicas de venta estaba arruinando el negocio. Tras una serie de discusiones, Aubert fue despedido a finales de 1879. Marin afirmó más tarde que sus desacuerdos eran por cuestiones puramente profesionales, pero al mismo tiempo que despedía a Aubert también prohibía a Gabrielle salir sin su permiso o visitar a su amiga, la hermana de Aubert, que en teoría había ofrecido su apartamento para los encuentros de la pareja.

Se dijo que Aubert siguió viendo a Gabrielle hasta el verano de 1881, pero al final parece que siguió el consejo de sus amigos, que le advirtieron que debía poner fin a su relación con la señora Fenayrou si deseaba ganarse tanto reconocimiento como respetabilidad. Entretanto, había utilizado una modesta herencia y

varios préstamos de su hermana para comprar una pequeña y destartalada farmacia en el bulevar Malesherbes. A finales de 1881, cuando ya había empezado a establecerse, inició la búsqueda de una novia adinerada y publicó el siguiente anuncio en el *Petit Journal:* «Farmacéutico, treinta años, se casaría con joven de veinte a veinticinco años con fortuna».[575] El ayudante de Aubert declaró que había recibido más de treinta respuestas, muchas de viudas ricas, pero el ambicioso joven nunca tuvo la oportunidad de elegir. A finales de mayo de 1882, un pescador encontró su cuerpo flotando en el Sena: tenía el cráneo aplastado y heridas de arma blanca en el pecho.

La desconsolada hermana de Aubert identificó el cadáver y contó a la policía lo que sabía sobre su hermano y los Fenayrou. La policía fue a ver a la pareja, que al principio presentó una imagen verosímil de inocencia. Sin embargo, las sospechas se despertaron cuando el hermano de Marin, que también se había trasladado a París y era obrero de la construcción, confirmó que este se había enterado hacía poco de la infidelidad de su mujer con Aubert. Las autoridades decidieron detener al matrimonio y Gabrielle, que fue escoltada aparte por el jefe de policía, confesó que había participado en el crimen: «Lo cierto es que soy una criminal, desde [su llegada] esta mañana no he hecho más que mentir. (…) Ya no puedo más. (…) Estoy sufriendo demasiado».[576]

Ni Adelaide Bartlett ni Gabrielle Fenayrou se casaron haciéndose ilusiones respecto a sus maridos y ambas aceptaron su situación con aparente resignación. Adelaide declaró que toda su juventud había sido represión y frustración, cosa que no es improbable dado el secretismo sobre su condición de ilegítima, por lo que su aceptación inicial de Edwin Bartlett no era sorprendente. Más tarde diría: «Yo misma consentí en ese contrato matrimonial y me sentí obligada por él y nunca me quejé, aunque, cuando acepté los términos propuestos, no entendí lo que significaban».[577] Gabrielle, por su parte, supuestamente había admitido delante de una amiga, antes de casarse: «No, no es el marido que soñaba. Seré infeliz el resto de

mi vida».[578] La ausencia de opciones estaba muy clara en ambos casos. También estaba claro que las dos mujeres veían un agravio adicional en su propia y evidente superioridad social respecto a sus maridos, una superioridad compensada solo en parte por los diez años que los hombres les sacaban.

La imagen de Marin Fenayrou que se desprende de los relatos del juicio es por supuesto más completa y coherente que la de Edwin Bartlett, ya que el propio Marin era uno de los acusados en su caso. Es fácil entender por qué el farmacéutico no era el tipo de persona que atraería a una burguesa parisina bien educada. El *Figaro* lo describía con muy poco tacto como un palurdo rudo y poco atractivo, con barba desaliñada y ropas estrafalarias que lo delataban al instante a pesar de su pretensión de ostentar el título de «*monsieur*».[579] Otro periodista, con ese característico olfato francés para encontrar al personaje literario en la vida real, dijo que Fenayrou era un nuevo Homais, salido directamente de *La señora Bovary.*[580] Sin embargo, esta comparación le daba al hombre tanto demasiado como demasiado poco crédito. Al igual que Homais, Fenayrou era un farmacéutico provinciano y anticlerical, pero tenía poco de la pretenciosidad de Homais y nada de su entusiasta aunque ignorante fe en la modernidad. Marin era un hombre acostumbrado a la vida más pausada de provincias que, trasplantado a París, nunca acabó de adaptarse.

Para su hermano menor, Lucien, que lo había seguido a la capital, había aceptado un trabajo de obrero no cualificado y se había casado con una mujer de la clase obrera, Marin era una especie de semidiós que se había ganado la respetabilidad burguesa. En realidad, sin embargo, era un hombre bastante perdido y patético cuyos resarcimientos incluían las apuestas, beber cerveza e intimidar a su nueva esposa. Como la mayoría de los pequeños comerciantes de París, había apoyado el levantamiento de la Comuna de la ciudad tras la guerra franco-prusiana de 1870, pero esto no implicaba en modo alguno un espíritu progresista. Además, había tenido el efecto, al principio de su matrimonio, de distanciarlo aún más de su esposa

y de su suegra, todavía piadosas y conservadoras: esta última admitió que había hecho rabiar a Marin encerrándose mientras duró la revuelta. No obstante, el farmacéutico exhibía un afecto sencillo y conmovedor por su familia y ante el tribunal sollozaba que había querido a Aubert, el ayudante que lo traicionó, como a su propio hijo. A su manera, también, parecía haber amado a Gabrielle, aunque intuía que ella lo miraba con desagrado. Sus amigos lo consideraban orgulloso, ingenuo y emotivo. Uno se quejó de que hacía trampas jugando a las cartas; otro, de que tenía un temperamento violento.

Edwin Bartlett también parecía ser un tipo ingenuo, al menos en sus relaciones con Adelaide, cuyo origen y educación sin duda le impresionaban. Sin embargo, en el ámbito profesional, Edwin, a diferencia de Marin, era desde luego el modelo del empresario moderno en alza: era ahorrador, asistía de forma regular a la capilla y se preocupaba por progresar. Increíblemente trabajador, Bartlett no tenía casi vida social y, al parecer, bebía con suma moderación. Leía a conciencia las revistas especializadas y trataba de adaptar las nuevas técnicas de venta a su negocio. En apariencia, Edwin era la encarnación de ese parangón masculino devoto, templado y diligente descrito por Samuel Smiles en su popular manual sobre el éxito, *Autosuficiencia*. Ese parangón, en cambio, aunque bastante alejado del patán provinciano y torpe, no estaba más calculado para inspirar agitación romántica en el pecho de una joven educada en el convento.

Es obvio que, lejos de intimidar a su nueva esposa, Bartlett alentó de buena gana sus intereses musicales e intelectuales. Incluso le compró un piano, lo cual era un gasto extravagante para alguien con sus sobrias costumbres, pero parecía apreciar la potencial ventaja comercial de una mujer «con talento». La propia Adelaide se quejó más tarde de que Edwin deseaba que se volviera «muy culta en todos los temas»[581] para impresionar a sus amigos. Y en verdad disponía del tiempo libre necesario, pues los Bartlett, a diferencia de los Fenayrou, pudieron adoptar el nuevo estilo de vida de la clase

media que disfrutaban los comerciantes más acomodados, cuyas esposas ya no trabajaban en las tiendas, sino que se quedaban en casa. Para Adelaide, sin embargo, este plan suponía un escenario muy estrecho, sobre todo porque el matrimonio vivió casi siempre en cuartos alquilados encima de las tiendas de Edwin. No está claro si alguna vez se contentó con seguir el esquema de su marido para ocupar el tiempo, pero las actas del juicio sugieren que desde el principio tuvo algunos planes propios.

Es cierto que Adelaide no conoció a George Dyson hasta 1885, diez años después de casarse, pero el testimonio del padre de Edwin planteó la posibilidad de algún tipo de relación anterior con un hombre al que había conocido antes que a su marido, nada menos que el hermano menor de este, Frederick. Adelaide y Frederick tenían una edad más similar, pero, cuando se conocieron, Frederick aún no estaba «establecido». El señor Bartlett padre explicó que las sospechas habían surgido en 1878, poco después de que la joven volviera del internado en Bélgica. Al parecer, Adelaide se había enfadado muchísimo con Edwin por no haberle consultado antes de invitar a su padre, entonces recién enviudado, a vivir con ellos. Según el padre, Adelaide, al enterarse de la noticia, se marchó de casa sin más y sin decir adónde iba. Edwin habló entonces con su hermano mayor, Charles, que seguía en Kingston, y este le comunicó la inquietante noticia de que la ausencia de la joven coincidía con la misteriosa desaparición de su hermano menor, Frederick. Para empeorar las cosas, Adelaide había hecho una visita anterior a una «tía» que, entonces se dieron cuenta, coincidió con otra de las extrañas desapariciones de Frederick.

Adelaide acabó por informar de su paradero, que nunca se reveló en la investigación, pero aguantó un tiempo antes de volver a casa. Acordó una tregua con su suegro, pero unos meses después, cuando este le echó en cara el haberse fugado con Frederick, ella insistió en que firmara una disculpa formal por sus acusaciones. Bartlett padre lo hizo, y en presencia del abogado de Edwin, pero cuando el documento se presentó ante el tribunal, admitió que seguía

convencido de aquella infidelidad y que solo firmó para poner paz en la familia. Sus razones pudieron ser más interesadas, claro, en el sentido de que esa firma sería probablemente la condición que puso Adelaide para que el hombre pudiera seguir allí. En efecto, continuó viviendo con ellos durante cinco años, aunque la relación con su nuera nunca fue cordial. En cuanto a Frederick Bartlett, se dice que cogió un barco para Estados Unidos al enterarse de las sospechas sobre sus ausencias. No se sabe si los delegados del padre de Adelaide intervinieron para poner orden en todo aquello, pero es probable. Adelaide, por su parte, nunca volvió a intentar fugarse.

Por sorprendente que pareciera esta inesperada revelación, no se pudo demostrar y tuvo lugar lo bastante pronto en un proceso lleno de sorpresas como para que el abogado de Adelaide consiguiera desviar la atención de ello. Sin embargo, si, en contra de todos los planes que se habían hecho para ella, había logrado entablar una relación así con Frederick, la joven tuvo que darse cuenta del monumental peligro que corría si la descubrían. Que Adelaide estuviera dispuesta a asumir ese riesgo sugería tanto una considerable sangre fría como un sentimiento muy desarrollado de justa indignación por el matrimonio forzado que debía mucho al sentido de sus orígenes socialmente superiores. No obstante, incluso teniendo en cuenta estas «bazas» en su lucha contra aquel matrimonio, lo limitado de sus opciones resulta evidente. En primer lugar, la elección de Frederick estaba en sí misma dictada por el estrechísimo mundo de Adelaide; él era, literalmente, el único hombre soltero aparte de Edwin al que había tenido ocasión de conocer. En segundo lugar, después de huir por impulso, estaba obligada a entregarse, ya que ni ella ni Frederick tenían una fuente independiente de ingresos. Si había estado permitiendo que el joven la visitara en su piso durante el día, podría explicarse su furioso arrebato ante la perspectiva de que su suegro se mudara y les cortase las alas.

Las indagaciones sobre sus actividades en el ínterin de siete años hasta que conoció a Dyson no revelaron ninguna pista de que

Adelaide emprendiera más aventuras extramatrimoniales. Lo que sí se formó a partir de los interrogatorios sobre esos años fue la imagen de un peculiar régimen sexual en el hogar de los Bartlett que, de ajustarse a la realidad, explicaría en gran medida los extraños enredos que al parecer se daban por allí, incluida la supuesta aventura con Frederick que Adelaide siempre negó. Cuando, tras la muerte de Edwin, salió a la luz un relato más detallado de todo aquello, empezó a parecer verosímil que el aparentemente aburrido tendero hubiera tenido ideas en verdad muy extrañas. Adelaide confió las líneas generales de la inquietante historia al médico que había atendido a Edwin en su última enfermedad y este hombre, el joven doctor Leach, repitió el relato en la instrucción.

El elemento más intrigante del testimonio de Leach fue la supuesta declaración de Adelaide de que había vivido diez años de vida matrimonial regida por un pacto platónico de acuerdo con los deseos de su marido. Ese pacto, además, solo se había roto al parecer en una ocasión, cuando, como Adelaide había expresado en tono romántico, «nació en mi corazón el deseo de ser también madre y tener un hijo en mis rodillas para que me amara. Y, ante mi súplica, mi esposo rompió el pacto establecido, una vez y solo una».[582] La supuesta única ocasión en la que tuvieron relaciones sexuales había dado lugar a un embarazo, pero por desgracia la criatura, a la que dio a luz a finales de 1881, nació muerta.

Adelaide le había explicado además al médico que Edwin creía que todo hombre debía tener en realidad dos esposas: una para la compañía y otra para los asuntos más mundanos de llevar la casa y criar a sus hijos. Su marido la había elegido a ella para el papel de compañera platónica, dijo, y por extravagante que pareciera, la historia fue corroborada al menos en parte por otros dos testigos. Tanto el señor Bartlett padre como el clérigo Dyson admitieron que Edwin había discutido con ellos la idea de que un hombre pudiera tener dos esposas y dividir sus papeles como indicaba Adelaide. Su padre, claro, insistió en que Edwin solo bromeaba, pero el clérigo

declaró que en una ocasión Bartlett se puso lo bastante serio como para preguntar si la Biblia prohibía estrictamente la poligamia.

Además de por estos testimonios, se creó un gran revuelo con el descubrimiento en la residencia de los Bartlett de un ejemplar de un libro titulado *Antropología esotérica (los misterios del hombre): un tratado completo y confidencial sobre la estructura, las funciones, las atracciones y perversiones pasionales, las condiciones físicas y sociales verdaderas y falsas, y las relaciones más íntimas del hombre y la mujer*.[583] El juez lo calificó de «basura» que «con la apariencia de una pureza ostentosa, consigue entrar probablemente en muchos hogares de los que, de otro modo, quedaría seguro desterrado». Sugirió que Edwin, como propietario del ejemplar, había sido lo bastante incauto como para dejar el libro donde Adelaide pudiera encontrarlo y que su lectura hizo que ella abandonara hasta tal punto «los instintos naturales de una mujer»[584] que se lo prestó a una amiga, quien, según se dijo, lo devolvió enseguida al ver el contenido. Sin embargo, a pesar de tan tentadoras referencias, que el *Times* y la mayoría de los periódicos tuvieron a bien extirpar de sus relatos sobre el caso, *Antropología esotérica* no es una novela de suspense pornográfica. Publicado por primera vez en 1853 por un médico estadounidense, Thomas Low Nichols, el libro es un farragoso tratado sobre la salud, la armonía y las relaciones entre los sexos. Como muchas de las publicaciones del movimiento del amor libre, está lejos de prescribir relaciones sexuales ilimitadas, a pesar de aprobar algunas uniones fuera del matrimonio monógamo.[585] Recomienda que lo ideal sería que una pareja mantuviera relaciones solo cuando desearan tener hijos y que el resto del tiempo practicaran la abstinencia, cosa que, según se afirma, «es fácil para la mayoría de las mujeres y para muchos hombres».[586] Nichols da descripciones detalladas, aunque apenas excitantes, de los medios y métodos anticonceptivos que condena, pero parece bastante sincero al declarar que el uso de medios distintos a la abstinencia para evitar la concepción no es moralmente justificable salvo en situaciones en las que una mujer se vea «obligada a someterse al abrazo de su

marido mientras su salud u otras condiciones le impidan tener hijos».[587] Cómo adoptaron los Bartlett estos preceptos, si es que de verdad lo hicieron, distaba mucho de ser obvio, pero el hecho de que tuvieran el libro parecía corroborar la historia que Adelaide le contó al médico.

Lo más importante, en cualquier caso, era que los peculiares gustos de Edwin explicaban los detalles conocidos en el extraño asunto del predicador George Dyson. Adelaide, según contó su médico-confidente, le había dicho que en las últimas semanas de su vida Edwin había dado muestras de querer abandonar su pacto platónico. Para entonces, Adelaide pudo aprestarse a poner objeciones, dijo, aunque su explicación fue casi tan asombrosa como el propio supuesto pacto. Contó que se negó a las nuevas exigencias sexuales de su marido porque para entonces él mismo ya había renunciado a sus derechos sobre ella y la había entregado al ministro metodista. Y, como declaró el comprensivo doctor Leach:

> La señora Bartlett creyó que era su deber para con su condición de mujer y para con el hombre con el que prácticamente estaba prometida por deseo de su marido resistirse a este cambio de parecer en su esposo y le dijo que, como él la había animado a mirar con afecto y expectación a otro hombre, lo correcto era que las cosas siguieran como habían sido durante años.[588]

Por raro que pareciera todo, la evidente intimidad entre el ministro y la esposa del tendero hacia finales de 1885 contaba, al parecer, con la bendición de este. En septiembre, los Bartlett habían pasado unas vacaciones en Dover y el joven «Georgius Rex», como se conocía a Dyson en su casa, los visitó dos veces aceptando su invitación. El clérigo admitió que, entre una visita y otra, escribió a Adelaide, y ella a él, hasta dos o tres veces al día. Por desgracia, no se conserva nada de esta correspondencia, salvo un poema que George compuso y dedicó a Adelaide. No es que los versos sugieran un genio poético por descubrir, pero sí indican la índole del apego de Dyson.

Quién es el que ha abierto la puerta de golpe
Ha abierto el corazón que estaba cerrado
Y la ha colocado como una reina en su trono
Para convertirse en su vasallo, mi Pajarito.[589]

Dyson estaba inquieto porque era consciente de que algunas personas de natural mezquino estarían poco dispuestas a creer que Edwin respaldaba estos intercambios de sentimientos, por lo que facilitó una carta bastante singular que Edwin le había enviado desde Dover durante ese tiempo y que al menos sugería que era así.

Cl. St. James, 14, Dover
Lunes, 22 de septiembre de 1885

Querido George:

Permíteme decirte que es un inmenso placer dirigirme así a ti por primera vez. Para mí es un privilegio pensar que puedo considerarme tu hermano y espero que nuestra amistad pueda madurar con el paso del tiempo y sin que nada empañe su futuro brillo. Ojalá pudiera encontrar las palabras para expresarte mi agradecimiento por la carta tan cariñosa que le has enviado hoy a Adelaide. A cualquiera le habría encantado verla rebosante de alegría mientras la leía paseando por la calle y, después, cuando me la leyó a mí. Creía que se me iba a salir el corazón para ir junto a ti. Deseo decirte lo orgulloso que me siento al pensar que pronto podré estrechar la mano del hombre que desde el corazón ha podido plasmar por escrito tan nobles pensamientos. ¿Quién no va a adorarte? Tenía la necesidad de trasladarte esta palabra: «gracias», y el deseo de hacerlo es mi excusa para molestarte con la presente. Mirando hacia el futuro con alegría quedo, y siempre tuyo, Edwin.[590]

En su propia defensa, Dyson admitió que le había confesado a Edwin que no podía, según sus palabras, «negar el hecho de que me sentía cada vez más atraído por ella [Adelaide] y deseaba hacérselo saber, que estaba afectando a mi trabajo, y le pregunté si no sería mejor para mí interrumpir esa amistad con ellos».[591] Según el ministro,

Edwin le había asegurado que era un beneficio para Adelaide, que ella era «una mujer mejor y más noble»[592] desde que lo conocía.

Sin embargo, el relato de Dyson y el de la señora Bartlett no eran idénticos en todos los puntos. Dyson negó con rotundidad cualquier conocimiento del pacto platónico y dijo que Edwin nunca le había «entregado» a Adelaide. También rebatió la afirmación de la viuda de que Edwin pedía a menudo a la pareja que se besaran o se abrazaran delante de él, aunque sí admitió que de hecho había besado a la señora Bartlett en presencia de su marido. Además, reconoció que se sobreentendía que, si algo le ocurría a Edwin, Adelaide y él podrían, según dijo, «juntarse».[593] Para demostrar la naturaleza de este sobreentendido, Dyson contó que una vez que Edwin había estado criticando a Adelaide por algún asunto sin importancia, él les había dicho medio en serio: «Si alguna vez queda a mi cargo, tendré que enseñarle de otra manera».[594] Edwin, se supone, contestó que sin duda George cuidaría bien de Adelaide.

Había una discrepancia más grave entre los relatos de George y Adelaide en cuanto a la salud de Edwin. Dyson declaró que, al preguntar a la señora Bartlett por qué Edwin parecía tan interesado en que estuvieran juntos, ella le había dicho que su marido quería un tutor para ella que la protegiese cuando él faltara, pues sabía que se estaba muriendo. Le explicó que Edwin padecía una «dolencia interna» desde hacía cinco o seis años y que había recibido un diagnóstico por escrito del doctor Nichols, el autor de *Antropología esotérica,* en el que pronosticaba que no le quedaba más de un año de vida. Varios testigos confirmaron que, de vez en cuando, Edwin hacía referencias indirectas a su muerte inminente. Es extraño, sin embargo, que Adelaide negase más tarde que le hubiera dicho a Dyson que su marido se estaba muriendo. Estaba claro que uno de ellos no decía la verdad y ambos tenían motivos para no hacerlo. No obstante, lo que destacaba de sus relatos no eran las discrepancias, sino la extraordinaria imagen de Edwin Bartlett como un hombre de lo más peculiar.

El catálogo de las supuestas rarezas de Edwin no estaría completo

sin una referencia al extraño comportamiento advertido por su médico durante su enfermedad en diciembre de 1885. Además de las morbosas referencias a su propia muerte, Edwin mostraba una excepcional reticencia a levantarse de la cama o a contemplar la posibilidad de salir a la calle, incluso cuando el doctor le aseguraba que ya estaba casi recuperado. Sufría largos episodios de abatimiento y lloraba mucho; Adelaide afirmaba que en una ocasión estuvo llorando una hora entera y luego dijo que era porque estaba muy contento. Al final, el médico llegó a la conclusión de que estaba tratando con una víctima de la histeria.[595]

Edwin también parecía sentirse atraído por las ideas populares del magnetismo animal. Una vez, cuando Leach le preguntó si había dormido bien, Edwin contestó:

> No podía dormir; estaba nervioso e inquieto y vi a mi mujer dormida en el sillón, así que me levanté y fui y me puse así sobre ella [levantando las manos] (…) durante dos horas, sentí que atraía el fluido magnético desde ella hacia mí, a través de las yemas de los dedos, y después de eso me tumbé y me quedé dormido.[596]

En otra ocasión, Edwin le confió al médico su creencia de que tanto su esposa como él estaban bajo influencia mesmérica, pero Leach declaró que había persuadido a su paciente de que no podía ser así. Sin embargo, el propio Leach confesó que Edwin era tan impresionable que no pudo resistirse a probar la hipnosis con él para unas extracciones dentales. Según dijo, de camino a la consulta del dentista no paraba de repetirle que no le dolería, que la sensación sería casi placentera. Edwin, que en circunstancias normales se negaba a que nadie salvo su esposa lo tocara, al parecer se recostó y estuvo relajado durante toda la visita y los dientes «le salieron volando».[597]

A medida que se añadían detalles y más detalles extraños al retrato del difunto, empezó a parecer que era Edwin, y no Adelaide, a quien se estaba juzgando. La esposa del tendero despertaba

simpatía como víctima indefensa de un marido que había corrompido su mente obligándola a leer literatura inmunda y luego había comprometido su respetabilidad arrojándola a los brazos de otro hombre. Esta fue la línea de defensa seguida por su abogado, Clarke, y funcionó. Por supuesto, parte del motivo por el que funcionó fue que ayudaba a explicar el insólito modo en que murió Bartlett. Solo un hombre muy extraño, pensaban, bebería cloroformo líquido, que era corrosivo, fuera en las circunstancias que fuese. Pero lo más importante es que la defensa funcionó porque todo el mundo, o casi todo el mundo, estaba deseando creerse aquello, incluido el propio Edward Clarke. Pruebas de lo contrario no faltaban; de hecho, en el curso de la investigación muchos agentes de la ley tropezaron con esas pruebas, pero se levantaron con brío y siguieron adelante. No ha sido hasta hace pocos años, tras romperse por fin el hechizo de la explicación victoriana, cuando se ha reconstruido el caso de forma más próxima a como probablemente ocurrió. En el proceso, el tendero Edwin Bartlett ha perdido su tinte exótico y ha recuperado la mayor parte de sus aburridos matices originales. Como se verá, tal vez no era tan peculiar después de todo.

Aunque Gabrielle Fenayrou tuvo quizá una introducción a la vida de casada menos azarosa que la de Adelaide Bartlett, pronto recuperó el tiempo perdido. Es cierto que, según ella, su relación con Louis Aubert no comenzó hasta 1879, nueve años después de su boda, pero numerosos testigos, y de manera justificada, la fechaban mucho antes, algunos incluso en 1873, cuando contrataron a Aubert y el segundo hijo de la acusada era aún un bebé. A diferencia de Adelaide, Gabrielle admitió enseguida la existencia de un amante; incluso confesó sin motivo alguno el hecho de que durante un tiempo tuvo también una segunda aventura.

Por supuesto, en el caso de Aubert negarlo habría sido inútil. El mundo de los Fenayrou, a diferencia del de los Bartlett, era un mundo tejido de relaciones familiares y profesionales entrelazadas, uno en el que las actividades de Gabrielle estaban abocadas a ser

más públicas. La zona del barrio de la Madeleine en la que vivían era una de las que conservaban en gran parte el estilo tradicional de vida urbana, un barrio estable en el que las familias de comerciantes se trataban tanto profesional como socialmente y en el que las tiendas solían pasar de padres a hijos.[598] Los vecinos de los Fenayrou, con una exageración quizá perdonable, decían que todo el barrio estaba al tanto de la relación de Gabrielle con Aubert. Adelaide Bartlett, por el contrario, conocía a pocos de los socios de su marido, nunca trabajó en ninguna de sus tiendas y se mudó cuatro veces en sus diez años de matrimonio, todo lo cual la situaba en mejor posición para ocultar una aventura adúltera y, si era necesario, alegar una reputación pura, que en su caso fue incluso reconocida a regañadientes por la acusación. Los clientes, vecinos, familiares y otros pequeños comerciantes que se arremolinaban en la vida diaria de Gabrielle hacían que llevar una aventura con discreción, como en el caso de Adelaide, no solo fuera difícil sino casi imposible. La intimidad era siempre un bien escaso: su cuñado testificó que en una ocasión la había descubierto besando a Aubert en la trastienda de la farmacia. Evidentemente, el anonimato en el que podía confiar Adelaide Bartlett no era aún una realidad para mujeres como Gabrielle Fenayrou.

Estas circunstancias de una vida más pública sin duda contribuían, de ordinario, a asegurar la fidelidad conyugal de las esposas de estos tenderos, pero en el caso de Gabrielle las condiciones eran poco habituales. La más obvia residía en las extraordinarias ausencias de su marido, que pasaba menos tiempo de lo normal tanto en casa como en el negocio. Además estaba el reconocido sentimiento de culpa de su madre, que llegó a compartir la repugnancia de su hija por Marin y que más tarde alegó que Gabrielle había cometido «errores que nunca habría cometido, como hija de su padre y como hija mía, si yo misma no le hubiera concertado ese matrimonio».[599] Es probable que la señora Gibon estuviese tan preocupada por la prosperidad de la farmacia como por la felicidad de su hija, pero facilitó las cosas a Gabrielle

consintiendo la relación con Aubert, aprobando las innovaciones de este en el negocio e incluso quedándose con sus nietos para que Gabrielle y el joven pudieran estar solos.

La otra confidente de Gabrielle, su única amiga íntima, era la hermana de Aubert, la señora Barbey, que se había casado con un empleado de banco y vivía no muy lejos. Era natural que las dos mujeres se hicieran amigas y también que Gabrielle compartiera con la señora Barbey su insatisfacción con Marin y su aventura con Aubert. En 1877, Aubert invitó a los Fenayrou a acompañarlos, a los Barbey y a él, a visitar a su madre en Normandía. Al parecer, la señora Aubert se dio cuenta de lo que ocurría entre Gabrielle y su hijo y se sintió tan turbada que acortó la visita. La señora Barbey, sin embargo, se mostró más comprensiva. No solo aprobaba la relación, sino que puso su apartamento de París a disposición de la pareja.

En el caso de Gabrielle, como en el de Adelaide, el tribunal nunca consiguió resolver el enigma de los posibles motivos, sexuales o criminales, de la acusada. Y, al igual que en el caso de Adelaide, la defensa recurrió a los gustos sexuales en teoría peculiares del marido, aunque su naturaleza exacta, si bien menos exótica, tampoco estaba clara. Delante del juez, la esposa del farmacéutico se quejó vagamente de que Marin y ella «no se entendían» y añadió: «Yo era cariñosa y afectuosa, mientras que él era frío».[600] Otros testigos, sin embargo, declararon que era Marin el que tachaba a Gabrielle de «fría» y que incluso alegó que ese temperamento de su mujer era lo que le había hecho no creer rumores anteriores de que tenía un amante.[601] Sus conocidos, en cambio, sugirieron que Marin conocía la atracción que Aubert sentía por Gabrielle y que estaba dispuesto a explotarla para conseguir que trabajase en la tienda por el menor sueldo posible. Hacia el final, de hecho, dejaron de pagarle y, aunque Gabrielle se las arreglaba para darle pequeñas sumas a escondidas, en lo que a Marin respectaba solo recibía alojamiento y comida.

Aunque Gabrielle no acusó directamente a su marido de «entregarla» a otro hombre, como había hecho Adelaide, sugirió que

la conducta de Marin demostraba que eso era justo lo que hacía. Su abogado, como el de Adelaide, argumentó en un principio que su cliente había sido una simple «agente pasiva». Aubert fue retratado como el «ángel de las tinieblas que se introdujo en el hogar de gente respetable»[602] y Gabrielle como la joven esposa decepcionada, pero aún leal, que fue usurpada de un modo repentino y, según este relato, en un estado de seminconsciencia.

> Aubert no la poseyó sin resistencia. Un día la sorprendió antes de que hubiera terminado de vestirse. Todavía aletargada por el sueño, se defendió, pero él la venció y, cuando se recuperó, Gabrielle no sabía lo que había pasado.[603]

Tras apartar de un empujón a su seductor, se supone que la mujer corrió entonces junto a su esposo, le suplicó que no volviera a dejarla sola y le rogó que la llevara al teatro todas las noches. Marin, insensible, le contestó que podía ir sola si quería, que a él solo le interesaban las carreras de caballos. Era una historia digna de la ficción popular sensacionalista y es posible que Gabrielle se inspirara en ese tipo de literatura para su cuento. No obstante, las numerosas mujeres presentes en la sala se mostraron a todas luces conmovidas cuando el abogado de Gabrielle invitó a quienes lo escuchaban a imaginar la amargura en el corazón de su cliente por la cruel respuesta de su marido.

Con el argumento de que Gabrielle había venerado en un principio a su marido, su abogado dijo que ella solía intentar animarlo a perseguir «ambiciones más nobles»[604] poniéndole en la solapa de la levita una escarapela roja como la que llevaban los miembros de la Academia. Dijo que incluso intentó aprender latín para poder leer las recetas tan bien como su marido y «situarse a la altura de lo que ella llamaba, en su ingenuidad, el genio de Fenayrou».[605] Mientras lo decía, sonreía con indulgencia a su cliente, que asentía enérgica con la cabeza. «¡Ah, pobre mujer!»,[606] entonó luego.

Resulta obvio que todo esto era un burdo esfuerzo por borrar la imagen de la que Gabrielle había hecho gala desde el principio, la de

su superioridad social e intelectual frente a su marido, un rasgo con pocas posibilidades de ganarse la simpatía de un jurado compuesto en exclusiva por hombres. Esta imagen, en cambio, estaba seguramente justificada. El hermano menor de Marin explicó en una entrevista posterior al juicio que Gabrielle había sido demasiado soberbia para relacionarse con ellos, ya que su esposa, Amélie, no era más que una mujer de clase trabajadora. (Añadió con orgullo que «solo el dedo meñique de Amélie valía más que su cuñada entera»).[607] Lo de estudiar latín también era una tontería. El latín exigido a los farmacéuticos era mínimo y Gabrielle, que había estudiado no solo esa lengua sino también inglés y alemán, sería sin duda más competente en ella que Marin.

La táctica de la defensa es intrigante en el sentido de que, si bien subraya la necesidad de presentar a la acusada reconociendo su propia inferioridad respecto a su marido, también admite la justicia en la petición de las mujeres de que los maridos se entretuvieran en compañía de sus esposas y familias y no en la de otros hombres en lugares como hipódromos y bares. La presión para convencer a los maridos de que abandonaran los viejos patrones de socialización sin sus mujeres bien podía provenir en gran medida de las propias mujeres, imbuidas del mensaje de la domesticidad y de su propia y nueva confianza en sí mismas. Pero este estilo de vida burgués no era para Marin.

En el juicio, el abogado de Gabrielle —que tuvo que explicar la continuidad de la aventura de su defendida después de aquella seducción— elaboró un alegato que, una vez más, se alejaba de la verdad más probable, pero que es de destacar por incluir argumentos clínicos sobre la sexualidad femenina. Aunque, según decía, lo hizo con evidente disgusto, el abogado reveló el hecho de que en el momento en que Gabrielle tuvo a su segundo hijo, diez años antes, en 1872, el médico le había dicho que un tercer embarazo bien podría matarla. Su marido, dijo el letrado, había «librado» entonces a Gabrielle para proteger su vida, pero también añadió:

> (…) privada de ciertos placeres, sufrió, y la mente se turba cuando los sentidos no han sido satisfechos. Es un hecho bien conocido en medicina: cuántas mujeres han enloquecido porque ya no podían ser «esposas» en el sentido más pleno del término.[608]

Incapaz entonces de volver a ser madre, Gabrielle, según este relato, se volvió algo mística y extraña. Su «altura moral» se hundió, aunque no por culpa suya, y tuvo una aventura adúltera. Luego, cuando su marido se enteró, Gabrielle se sintió obligada sin remedio a obedecer sus órdenes para ayudarle a vengarse de su amante. Podría haberse resistido a las exigencias de su esposo, dijo el abogado, solo si fuera «pura».

No era una defensa coherente, pero sí extraordinaria por comprometerse a argumentar que las mujeres necesitan y a la vez disfrutan del sexo, aunque ese argumento se mezclara, sin duda de manera intencionada, con la afirmación más tradicional de la necesidad que tenían de ser madres. De hecho, argumentos a favor del disfrute sexual de la mujer habían estado apareciendo ya en la literatura sobre salud y en los manuales matrimoniales desde mediados de siglo y antes.[609] Al menos un manual que hacía hincapié en esta necesidad de la mujer llevaba más de ciento setenta reimpresiones desde que apareció por primera vez en 1848.[610] Aun así, estos puntos de vista seguían encontrando prejuicios abrumadores en ambos sexos y el hecho de que se presentaran en su favor no pareció ayudar a la causa de Gabrielle. No obstante, el mero hecho de que se plantearan siquiera sugiere que el clima de opinión estaba cambiando poco a poco.

En el caso particular de Gabrielle, sin embargo, la privación sexual era una explicación improbable de su conducta, una que su abogado parece que construyó sobre la base de algunas verdades parciales que ella misma le reveló. Sin duda era cierto que su segundo embarazo, tan seguido del primero, fue difícil y también que tomaron la decisión de no tener más hijos. Gabrielle, al darle esta

información a su abogado, bien pudo haberle hecho creer que sus relaciones sexuales cesaron entonces por completo, ya que, como católica practicante, se habría sentido obligada a no admitir la situación más probable, a saber, que Marin y ella empezaron a utilizar algún método anticonceptivo.

Cierta confirmación de que las relaciones sexuales sí continuaron, así como más pistas sobre las actitudes de Gabrielle respecto al sexo, aparecen en las memorias de Gustave Macé, el jefe de policía que fue confidente de la acusada, aunque esas memorias no se publicaron hasta años después del juicio. Como alguien que llegó a conocerla bastante bien, Macé aporta información digna de confianza y afirma que Gabrielle le contó que una vez, en 1881, cuando Marin contrajo una enfermedad venérea, el farmacéutico sospechó durante un tiempo que se la había contagiado ella proveniente de Aubert.[611] Fuera así o no, el relato corrobora la tesis de que Marin y Gabrielle habían seguido manteniendo relaciones sexuales. De hecho, Macé argumenta de forma bastante convincente que no era la privación sexual lo que preocupaba a Gabrielle, sino la brutal copulación que su marido hacía pasar por hacer el amor. Ella alegaba que Marin exigía constantemente «sus derechos de esposo» y que la había obligado a cometer actos que, en palabras de Macé, «solo practicaban las prostitutas degradadas».[612] Como mínimo, es probable que Marin, un tipo más bien rudo y poco sofisticado, fuera incapaz de responder a la necesidad de Gabrielle de cierta sutileza en las relaciones sexuales. Macé reconoció que Gabrielle había soñado con más «poesía y ternura» e incluyó la sorprendente confidencia de la mujer de que incluso Aubert había distado mucho de ser «ideal» y había sido «casi tan carnal como Fenayrou».[613]

Aunque Macé no testificó en el caso, las actas por sí solas contenían indicios más que suficientes contra la simple idea de que Gabrielle había recurrido a Aubert porque era una mujer vil y licenciosa. No obstante, la acusación de que ella había sido la autora intelectual del asesinato de Aubert partía de esta opinión y no la ayudó el haber dado de manera voluntaria el nombre de un segundo

amante que, cuando fue citado, admitió cumplidamente que había mantenido relaciones sexuales con la acusada. Aun así, el testimonio de este hombre dejó claro que, lejos de ser una entusiasta del sexo, Gabrielle bien podría sentir aversión por ello.

El joven en cuestión era un apuesto periodista rubio de veintisiete años llamado Grousteau, que, como señaló un periódico, pudo haber atraído a Gabrielle porque no tenía nada de farmacéutico. Asistente del boletín hípico *Le Jockey,* Grousteau había conocido a Fenayrou en el hipódromo y el farmacéutico lo invitó a cenar a su casa en varias ocasiones. Grousteau declaró que pronto llegó a sentir lástima por Gabrielle, que le contó la historia de su infeliz matrimonio. Se quejaba, dijo, de que Marin era un bruto que nunca la había comprendido y al que nunca había amado. Grousteau describió a Gabrielle como «una mujer sin necesidades materiales que tenía una naturaleza cariñosa, expansiva e idealista».[614] Según el joven, ella «había sufrido mucho y buscaba en otra parte la felicidad que su marido no había sabido darle».[615] En noviembre de 1880 se hicieron amantes, dijo Grousteau, pero en cuanto al sexo ella era «extremadamente fría» y no solían hacer el amor. Lo que quería de él, afirmó, era «afecto, consuelo y aliento».[616] Ella sabía que él tenía otra amante, pero eso no le molestaba.

> Acudía a mí sobre todo para abandonarse a las efusiones afectivas que necesitaba y que no podía tener con su marido. (…) A menudo me decía: «Ojalá pudieras ser mi hermano, porque así serías mi apoyo».[617]

Grousteau y Gabrielle intercambiaban cartas (Gabrielle utilizaba una dirección de entrega general en una oficina de correos cercana). A veces ella visitaba a su amante por la mañana temprano, mientras Marin dormía la borrachera de la noche anterior. Otras veces los encuentros eran facilitados por el desprevenido esposo, que solía enviar a Gabrielle a ver a Grousteau para preguntarle sobre los pronósticos del día en el hipódromo. El periodista admitió que, al cabo de un tiempo, el comportamiento de Gabrielle le resultaba

«embarazoso» y que a finales de 1881 se peleó con Marin para desvincularse de ella. La descripción de esta ruptura subrayaba la dependencia de los vínculos afectivos de Gabrielle respecto a la amistad de su amante con su marido. Grousteau sabía que, si dejaba de ver a Marin, Gabrielle ya no podría visitarlo tan fácilmente y sacaría las conclusiones oportunas.

El creíble testimonio de Grousteau no cambió la convicción del Estado de que Gabrielle era «coqueta, provocativa y libertina»[618] y el fiscal no se amilanó en sus intentos de encontrar pruebas de ello. Sin embargo, las declaraciones de los testigos resultaron decepcionantes. El fiscal consiguió encontrar a un ayudante de farmacia empleado por Fenayrou que declaró en el interrogatorio preliminar que Gabrielle había aparecido en su dormitorio en más de una ocasión en camisón y con los senos medio al aire. En el juicio, sin embargo, este testigo estrella, al que tal vez le remordió la conciencia por ver a Gabrielle en la sala, se sintió obligado a matizar su declaración. Era justo añadir, dijo, que en esas ocasiones Gabrielle se dirigía al cuarto de baño, ¡al que solo se podía acceder a través de su dormitorio! Gabrielle objetó que, de hecho, el joven había intentado aprovecharse de ella cuando vivía en su casa. Y, reconociéndolo, el testigo replicó: «Bueno, al fin y al cabo, hay que aprovechar las oportunidades siempre que se presentan».[619] La hilaridad generalizada con la que se acogió este comentario subrayaba la resistencia del doble rasero. Un hombre era premiado con risas de aprobación por reconocer un comportamiento que en el caso de una mujer se buscaba como prueba *prima facie* de culpabilidad en un asesinato.

La fiscalía solo consiguió demostrar que Gabrielle era una mujer a la que le gustaba que le prestaran atención, que disfrutaba con la ropa bonita y que apreciaba la comprensión de los hombres. No se pudo encontrar a nadie que dijera que no era una madre cariñosa y atenta, aunque dos personas la acusaron de animar a los niños a despreciar a su padre y quedó debidamente registrado que una de ellas había visto a los chiquillos burlarse de Marin a sus espaldas.

Ninguno de los testimonios probó la afirmación de que Gabrielle era una «libertina», pero tampoco era necesario porque el jurado, la prensa y el público se contentaron con aceptar su libertinaje por convicción.

La teoría de que Gabrielle estaba detrás del complot y había confesado el adulterio para incitar a Marin a matar a su ingrato amante se formó mucho antes del juicio como la explicación más popular y ganó credibilidad a partir de entonces a pesar de que ni un solo testigo pudo aportar pruebas que la respaldaran. La opinión pública francesa parecía tan ansiosa por condenar a Gabrielle Fenayrou como la inglesa, cuatro años después, lo estaba por eximir a Adelaide Bartlett. Es evidente que el hecho de que Gabrielle hubiera confesado el adulterio, mientras que Adelaide no, explicaba en gran parte esta respuesta. Sin embargo, que ambos tribunales parecieran deliberadamente ciegos a los indicios contra el papel protagonista de Gabrielle en el asesinato, por un lado, y contra la absoluta inocencia de Adelaide, por otro, solo puede explicarse considerando primero los probables motivos y acciones de las acusadas.

Recordará el lector que el eje principal de la defensa de Adelaide fue demostrar las aparentes peculiaridades del tendero fallecido: su afición por los pactos platónicos, sus accesos de abatimiento y llanto, sus escarceos con el magnetismo animal y su gusto por la literatura del amor libre. Ese, si es que había alguno, era el hombre capaz de beber cloroformo líquido. Aun así, en el curso de la instrucción previa y del propio juicio hubo una serie de discrepancias y cabos sueltos, y también algunos elementos más sustanciales, que deberían haber puesto a prueba su credibilidad más de lo que lo hicieron.

Entre los elementos más obvios estaba la inverosimilitud de la afirmación de Adelaide de que su embarazo fue el resultado de un único encuentro sexual, un encuentro que también anunció como el único coito con su esposo en once años de matrimonio. Además, estaba la anomalía de la doble personalidad de Edwin. La excéntrica

imagen doméstica apenas coincidía en nada con la sobria y estereotipada del trabajo. Si Adelaide, George y el joven doctor Leach consideraban al tendero un hombre bastante turbio y con ideas extrañas, otros no. Su padre, sin duda un testigo parcial, insistía en que Edwin era por lo general «brillante» y «agudo», una persona que rara vez leía libros, al que no le importaba nada el mesmerismo y que estaba «enfrascado en su negocio».[620] Su socio desde hacía más de una docena de años coincidía en que Edwin estaba entregado al trabajo. Un antiguo vecino que había tratado a los Bartlett durante más de tres años testificó que «no notaba nada peculiar en sus ideas [las de Edwin]».[621] La propia Adelaide comentó en una ocasión al Dr. Leach, durante uno de los periodos letárgicos de su marido: «Al verlo así no se diría que dirige a toda una plantilla de empleados, con amabilidad y consideración, pero con una firmeza inigualable».[622] Esta era una afirmación digna de reflexionar sobre ella.

Más siniestro, pero casi ignorado, era el asunto del testamento de Edwin. Según la enfermera que la había atendido en el parto en 1881 y que después trabó cierta amistad con ella, Adelaide se había quejado a finales de 1884 de que el testamento de su marido solo le permitía disfrutar de sus derechos como heredera si nunca volvía a casarse. Al parecer, añadió que, como su matrimonio se había concertado antes de la Ley de Propiedad de la Mujer Casada de 1882, que otorgaba a las esposas cierto control sobre sus bienes, todo lo que ella poseía lo había perdido a manos de Edwin. Curiosamente, parece que en el otoño de 1885, solo cuatro meses antes de su muerte, Edwin redactó un nuevo testamento. No pasó inadvertido que este era a favor de Adelaide, sin condiciones, y que se nombraba albacea a un tal George Dyson.[623] Si Adelaide hubiera testificado en la instrucción previa, podría haber salido a la luz más información, pero su abogado, quizá con acierto, se lo desaconsejó.

El clérigo insistió en que él no había sabido nada de ese testamento hasta después de su redacción, pero como el documento se había preparado sin la ayuda del abogado de Edwin y estaba

firmado por dos de sus empleados que declararon que Bartlett no les había permitido ver el contenido, sus orígenes siguieron siendo un misterio. Los curiosos podrían haberse preguntado si el testamento formaba parte del generoso plan de Edwin Bartlett para preparar el camino a George y Adelaide o si había sido el resultado de una especie de pacto menos altruista entre el clérigo y la esposa del tendero. ¿No podría George, convencido de que Edwin se estaba muriendo, haber accedido a ayudar a Adelaide a persuadir a Edwin de que cambiara su testamento, sobre todo si le había hecho creer que pronto compartiría los beneficios? ¿O había sido George Dyson un cómplice aún más activo desde el principio en lo que fuera el primer paso de un plan de asesinato?

Nadie conoce las respuestas a estas preguntas, pero el comportamiento de Dyson tras la muerte de Edwin sugiere sin duda que era más un incauto que un villano. Al enterarse de que se había hallado cloroformo en la autopsia preliminar, reaccionó de una manera muy convincente como alguien que se hubiese dado cuenta de pronto de la peligrosa insensatez de haber accedido a comprar el narcótico para Adelaide y fue a exigirle una explicación. La amiga con la que esta se alojaba aquellos días oyó la conversación y testificó que Adelaide negó rotundamente haberle dicho a Dyson que Edwin necesitara esa sustancia para aliviar el dolor de su afección mortal. La amiga añadió que la señora Bartlett se enfadó mucho, dio una patada en el suelo y en un momento dado exclamó: «¡Bah, al diablo el cloroformo!».[624] (El *Times* suprimió cumplidamente el improperio en su crónica).[625]

Como declaró más tarde el marido de esta amiga, el clérigo de veintisiete años estaba angustiado, pero menos por el peligro de ser acusado de un delito que por la posibilidad de verse expulsado del clero. Muy serio, le preguntó a Adelaide qué pasaría si se demostraba que ella le había dado el cloroformo a Edwin: «¿Qué pensaría el mundo? —gimoteó—. ¿Cómo saldría parado yo en un caso así?».[626] El comportamiento del reverendo Dyson seguía siendo, a ojos del jurado de instrucción, lo bastante sospechoso como para

acusarlo de complicidad por encubrimiento, pero el fiscal general, en un sorprendente giro al comienzo del juicio, anunció que el gobierno no presentaría cargos contra Dyson. Esta impopular decisión fue, con bastante probabilidad, la correcta, pues se descubrió que el ministro había comprado las botellas de cloroformo sin esconderse, en tiendas donde lo conocían, aunque había mentido sobre el propósito y había alegado que lo quería para «quitar manchas».

Está claro que Dyson tenía algo que ocultar, pero parece que temía por su buen nombre, no por su cuello. Más tarde se abstuvo de revelar lo que sabía a las autoridades de forma voluntaria y no fue hasta casi un mes después de la muerte de Edwin cuando la noticia del informe oficial de la autopsia obligó por fin a Adelaide a admitir que había tenido cloroformo líquido en su poder. Fue entonces cuando decidió confiar al Dr. Leach los extraordinarios detalles de su vida matrimonial, incluido el renacimiento de la pasión sexual de Edwin, que según ella había inspirado su verdadero propósito de obtener el cloroformo.

Adelaide insistió en que, en realidad, nunca probó esa técnica con Edwin. En su lugar, explicó, la noche de su muerte le confesó que había tenido intención de utilizar el cloroformo para frenar sus tentativas sexuales, tras lo cual él se enfurruñó. Entonces, ella dejó la botella sobre la repisa de la chimenea y supuso que no faltaba nada cuando tiró el contenido varios días después. Al Dr. Leach, y más tarde a su abogado, Clarke, les dejó que sacaran la conclusión de que Edwin Bartlett se había suicidado y estos no perdieron tiempo en hacerlo.

El *Times* señaló: «Ya sea desde la teoría de la culpabilidad o la de la inocencia, la historia en conjunto es maravillosa»;[627] y, en verdad, la historia era tan maravillosa que ni la demostración más dramática de su falsedad logró conmover a sus numerosos adeptos. Esa demostración llegó después de los alegatos finales tanto de la defensa como de la acusación, cuando a Clarke le preocupó que el jurado pudiera sospechar que el relato de su cliente sobre su matrimonio platónico se lo había inventado tras la muerte de

Bartlett. Clarke volvió a llamar al estrado a la enfermera —la que había atendido a Adelaide en el parto— justo antes de que el juez diera instrucciones al jurado. Le preguntó si, durante su estancia con los Bartlett, había sabido que el embarazo de Adelaide era «el resultado de un acto único».[628] La enfermera Walker contestó que sí y Clarke se dio por satisfecho, pero, por desgracia para él, el juez tomó la palabra e indagó sobre qué le habían dicho exactamente. El interrogatorio procedió como sigue:

> R. Que solo ocurrió una vez, un domingo por la tarde.
> P. ¿Se lo dijo ella?
> R. Los dos; que siempre tomaban precauciones.[629]

Con estas escasas palabras, pronunciadas casi en el último momento posible, toda la historia del matrimonio sin sexo de los Bartlett se derrumbó —o, mejor dicho, debería haberse derrumbado—. El juez Wills, al dar instrucciones al jurado, instó a aquellos caballeros a ser conscientes de la gravedad del testimonio de la enfermera y les recordó el curioso informe policial según el cual se habían encontrado varias «cartas francesas», la denominación inglesa de los preservativos, en los bolsillos del difunto.

> (…) en qué se convierte este morboso relato sobre el vínculo no sexual, y en qué se convierte el hombre con ideas tan exaltadas sobre el matrimonio que pensaba que la esposa a la que eligió como compañera era demasiado sagrada para tocarla? Todo cimiento de esa ilusión infundada queda barrido por una única frase que han escuchado hoy en el estrado. (…) Y si el único grano de verdad, como suele encontrarse en cualquier novela, en cualquier relato falso, se encuentra en esos artículos y en el uso que normalmente se hacía de ellos entre marido y mujer, ¿en qué se convierte la historia del uso para el que se quería el cloroformo?[630]

La probable verdad sobre las relaciones sexuales entre Adelaide y Edwin por fin había salido a la luz: la «maravillosa historia» ya no tenía sentido. No obstante, por suerte para Adelaide, el principio

operativo no era la lógica, sino la simpatía: casi nadie quería renunciar a su historia, ni siquiera el juez que con tanta dureza había expuesto la farsa de su elemento central, el pacto platónico. De hecho, el juez se sumó a la opinión de que Adelaide había sido agraviada por un marido con ideas extrañas que era lo bastante vil como para exponerla a una literatura manifiestamente peligrosa para las mujeres y que contribuía a «des-sexualizarlas».[631]

Hace poco se ha sugerido que toda la secuencia de desconcertantes acontecimientos del caso Bartlett se desentraña si se acepta una simple proposición, a saber, que era Adelaide, y no Edwin, quien había adoptado lo que se llamó «ideas extrañas».[632] Se verá que las pruebas confirman esta hipótesis. Sin embargo, la admirable astucia del relato de Adelaide, tan perfectamente ajustado a los prejuicios de su público, se adelantó de forma evidente al cambio de perspectiva necesario para resolver el misterio de cómo y por qué fue asesinado Edwin Bartlett. Cuando se deja de lado su historia, la conclusión de que Adelaide Bartlett deseó y ejecutó la muerte de su marido es inevitable. En cambio, tras la absolución, solo unos pocos escépticos seguían manifestando alguna sospecha. Se dice que uno de ellos, el famoso cirujano *sir* James Paget, comentó que, ya que estaba libre, ¡debería revelar cómo lo hizo en interés de la ciencia![633] Pero la mujer no era tan tonta.

Desde el principio, Adelaide mostró un destello de genialidad al elegir al joven Dr. Leach como confidente. Como médico tratante, su palabra inspiraba confianza y Adelaide se aseguró su simpatía recurriendo a su encanto. El esmero de Leach —dos e incluso tres visitas diarias a un paciente que, según admitió él mismo, se estaba recuperando bien— quizá se explique por el atractivo de la encantadora Adelaide. En cualquier caso, Leach reconoció en un artículo para la revista *Lancet* que «no se podía pedir una enfermera más amable, más tierna, más paciente ni más abnegada».[634] El favor del médico ayudó a garantizar que cualquier discrepancia entre la versión de la señora Bartlett y la de los demás se resolviera a favor de la primera.

Al vincular la supuesta necesidad del cloroformo con delicados asuntos sexuales, la acusada obtuvo aún mayores garantías contra las persistentes indagaciones. El propio Leach reconoció que esa táctica de empapar un pañuelo en cloroformo para protegerse de las tentativas sexuales de un hombre solo existía «en las novelas baratas».[635] El crédulo abogado argumentó que su cliente no había confiado al clérigo sus verdaderas razones para querer el cloroformo porque no se atrevía «a decirle al señor Dyson lo que ninguna mujer con un mínimo de delicadeza le habría mencionado jamás a un hombre».[636] De manera similar, Clarke excusó a Adelaide por su sospechosa ausencia en las declaraciones de la instrucción previa, ya que haber acudido habría sido, después de todo, «exponerse a un juicio tan severo y terrible como ninguna mujer hubiera sufrido jamás».[637]

Resulta evidente que las mentiras de Adelaide Bartlett eran intencionadas: servían para aplacar las sospechas sobre su reputación, que podrían haber predispuesto a un jurado en su contra, y también «explicaban» el resto de su comportamiento y, por tanto, ayudaban a librarla de la horca. Sin embargo, sus mentiras no se elaboraron para servir únicamente a estos fines. Formaban parte de una estrategia de manipulación más amplia que en sus orígenes no era criminal, sino que estaba diseñada para darle una especie de autonomía en sus relaciones con un marido que la había amargado desde el principio. Además, puede demostrarse que esta elaborada serie de mentiras sigue un patrón característico. Al igual que las de otras embusteras notorias de las que hablamos aquí, como Madeleine Smith y Marie Lafarge, las mentiras de Adelaide estaban ancladas en casi todos los aspectos en algún fragmento de una verdad que servían para tergiversar.[638]

Por ejemplo, la afirmación de Adelaide de que solo había tenido relaciones sexuales con su marido en una ocasión era a la vez una especie de negación fantasiosa y complaciente de las relaciones conyugales normales y una admisión tácita o codificada de la verdad de que solo esa vez (o más o menos) había tenido relaciones

sexuales con su marido sin usar anticonceptivos. Del mismo modo, la aseveración de que Edwin la había entregado al ministro y que, por tanto, ella tenía derecho a resistirse a sus exigencias sexuales parece haberse basado en parte en la verdad, admitida por Dyson, de que en el otoño de 1885 Edwin lo había buscado como compañía para Adelaide porque, en palabras del clérigo, al tendero le preocupaba que su esposa se estuviera apartando de ese «estado de ánimo y disposición de corazón»[639] que había mostrado en las devotas cartas que le escribía de recién casada desde la escuela. Esta súplica de «guiarla de vuelta»[640] sugiere de hecho una interpretación alternativa de la supuesta extraña carta de agradecimiento de Edwin a George, citada anteriormente, que la defensa utilizó con un efecto devastador para «probar» la peculiar fascinación del tendero por una especie de casto *ménage à trois.* En realidad es más plausible que la carta, en su contexto, exprese la convicción desesperadamente ingenua de que este joven hombre de Dios estaba cumpliendo la misión que él mismo le había encomendado de devolver a Adelaide a su rectitud de antaño. Hay que admitir que solo podemos conjeturar qué tipo de comportamiento específico por parte de su esposa pudo haber perturbado tanto a Edwin en esos últimos meses de su vida, pero parece que tenía una confianza suprema en su nuevo amigo George. Y es posible que esa confianza fuera inmerecida.

Pero la «mentira» central, sin duda, era la proyección que Adelaide hacía sobre Edwin de su propia y profunda aversión a las relaciones conyugales y de sus esfuerzos por evitarlas o restringirlas. Ya fuera con el llamado pacto platónico o la afirmación de su derecho a negarle el sexo después de que su marido la hubiera entregado a otro hombre, Adelaide se situaba en un papel pasivo y dependiente socialmente aceptable. Era una mujer que, lejos de resistirse a sus deberes conyugales, se había visto obligada a suplicar cumplirlos en nombre de la maternidad y que luego llegó a negarse a mantener relaciones sexuales con su esposo solo con el argumento de que estaba obedeciendo su orden previa de convertirse en propiedad de

otro hombre. En realidad, por supuesto, parece que se esforzó mucho por evitar el sexo con Edwin desde el principio, cuando tal vez encontró en la educación lejos de su casa una solución compatible con las ambiciones que Edwin tenía para ella. A su regreso, además, a raíz de la lectura de obras como *Antropología esotérica* —que, al contrario de lo que suponía el juez, sin duda era un libro suyo y no de Edwin—, Adelaide dio el paso que la conduciría al cabo a un juicio por asesinato. Bastante inofensivo en sí mismo, ese paso fue hacer una visita —en algún momento de 1879— a una mujer llamada Mary Gove Nichols, la esposa del autor de *Antropología esotérica*, que ejercía como «consultora médica» en Londres y estaba especializada en los problemas sexuales de las mujeres casadas. El hecho de que Adelaide visitara a la señora Nichols solo se mencionó de pasada en el juicio, pero si la acusación hubiera investigado las líneas generales de la larga carrera de la señora Nichols, habrían aparecido muchas más pistas sobre el comportamiento de la señora Bartlett y la muerte del señor Bartlett.

«Profetisa de la salud» autodidacta,[641] Mary Gove Nichols era una estadounidense que se había salvado de su propio matrimonio forzoso involucrándose y participando en los movimientos de reforma higiénica, hidropática y dietética de las décadas de 1830 y 1840. Llegó a ser muy conocida en EE. UU. como escritora y conferenciante y sus charlas trataban temas que iban desde los males del «vicio solitario» y los corsés demasiado ajustados hasta las virtudes del vegetarianismo, las curas de agua, los derechos de la mujer y el matrimonio por amor.

Tras divorciarse y volver a casarse en 1848 con una pareja más afín a ella, Thomas Low Nichols, Mary Nichols fundó un instituto hidropático con su marido y daba charlas a las mujeres sobre obstetricia, fisiología y otros temas de salud. Dedicaba cada vez más tiempo a asesorar a mujeres infelices en su matrimonio y, en la década de 1850, llegó a predicar el evangelio del amor libre según el cual la unión sexual sin amor, dentro o fuera del matrimonio, era prostitución. Su marido argumentó esta doctrina en términos

teóricos en *Antropología esotérica* (1853), pero Mary la expuso de un modo más personal en su novela autobiográfica *Mary Lyndon*[642] (1854), que describe su primer matrimonio desesperado y sin amor y condena las leyes y costumbres matrimoniales que someten a las mujeres al control absoluto de sus maridos.

Convencida de que con demasiada frecuencia las esposas se veían obligadas por sus maridos a entregarse en exceso a actos sexuales debilitantes, la señora Nichols las animaba a tomar partido contra la tiranía sexual, al tiempo que reconocía la desesperación de su posición y las comparaba con esclavas.

> Hay mártires en todas partes, se conozcan o no. No paro de recibir cartas de mujeres nobles y de corazón sincero que escaparían de su vida adúltera si se les ofreciera una vía para hacerlo. ¡Ay! Para ellas no hay Canadá, ningún lugar donde puedan ganarse la vida de forma honrada y, además, muchas de ellas tienen hijos y sus hijos tienen dueño. ¡Qué pozo sin fondo se cava para las mujeres con el matrimonio indisoluble en nuestra cacareada civilización![643]

La señora Nichols creía que parte de la solución para las mujeres víctimas del matrimonio sin amor era insistir en la abstinencia sexual: una relación pura y platónica. Al menos durante un tiempo, parece que también aconsejó que en algunos casos podría ser necesario recurrir a las uniones amorosas que el mundo tachaba de adúlteras.[644] A finales de la década de 1850, sin embargo, su marido y ella se apartaron del individualismo anterior y se convirtieron al catolicismo romano, que al menos proporcionaba un respaldo institucional a la postura que antes Mary había instado a las mujeres a adoptar solas: las relaciones sexuales debían reservarse en exclusiva para la procreación.

Lo que Mary Gove Nichols le dijo exactamente a Adelaide Bartlett solo puede conjeturarse, por supuesto, pero es más que probable que, cuando Adelaide desahogara su sufrimiento por el matrimonio forzado y su obligación de cumplir con los deberes de esposa, la señora Nichols, por paradójico que suene, le aconsejara tener un

hijo. En un libro sobre el matrimonio (1854), había arremetido contra el «exceso amatorio» de los maridos que obligaban a sus esposas a mantener relaciones sexuales durante el embarazo y la lactancia y alegaba que ese «sensualismo destructor» abocaba a la descendencia a la masturbación y a otros trastornos graves y provocaba tumores ováricos en las madres.[645] El mensaje para las mujeres estaba claro: si se «sometían» a quedarse embarazadas, serían «recompensadas» con al menos dos años sin relaciones sexuales por consejo de una autoridad médica reconocida. Adelaide sabía que Edwin era de los que se dejaban impresionar por esas doctrinas que sonaban tan eruditas y, cuando se quedó embarazada, la señora Nichols le recomendó personalmente a una de sus propias protegidas como comadrona para el parto.

En su caso, no obstante, la tragedia de que el bebé naciera muerto a finales de 1881 dejó a Adelaide sin la justificación que sin duda esperaba para evitar el coito. Además, enseguida anunció que el dolor había sido tan intenso que nunca volvería a quedarse embarazada.[646] Es lógico suponer que, durante algún tiempo, un compasivo Edwin suspendiera las relaciones sexuales. Pero Adelaide siguió visitando a la señora Nichols, así como a la enfermera, y hay indicios de que en su casa lanzó una campaña de propaganda dirigida a Edwin sobre las bondades de una relación «pura» y sin sexo. Ante semejante campaña, las indagaciones de Edwin sobre la poligamia y el matrimonio sin sexo parecen mucho menos extrañas, pues representan los esfuerzos de un hombre sincero y sin duda confundido por recabar otra opinión sobre el tema. El carácter rígido de Edwin y su fe wesleyana un tanto simplona no lo habían preparado para enfrentarse a tales sutilezas.

Hasta este punto, y antes de cualquier indicio de que Adelaide tuviera intención de pasar a mayores, las actas de la instrucción y del juicio proporcionan un extraordinario caso de estudio del proceso de toma de decisiones sobre el control de la natalidad en un matrimonio de clase media. Hace poco se ha argumentado, de manera convincente y en contra de las opiniones predominantes,

que la adopción de medidas para el control de la natalidad ya estaba muy extendida en las clases medias a mediados de siglo, que las mujeres solían tener un papel activo en las decisiones y que, además, los métodos anticonceptivos en lugar de la abstinencia o el *coitus interruptus* eran probablemente el medio más favorecido, a pesar de los tabúes reconocidos sobre el tema.[647] El matrimonio Bartlett no era entonces raro en este sentido, al menos en apariencia. La pareja acordó que al principio no habría hijos, Edwin por economía y Adelaide, sin duda, aunque no lo dijera, para limitar unos encuentros sexuales que consideraba repulsivos. Al parecer, los preservativos eran su método preferido, en lugar de los artículos «femeninos» más nuevos y tal vez más comunes: la esponja, la ducha vaginal y el diafragma. Puede que Adelaide tuviera escrúpulos religiosos a la hora de utilizar ella misma tales medios. De niña estuvo al menos en contacto con el catolicismo romano y al casarse se declaró anglicana. Ambas iglesias, por supuesto, veían con malos ojos los métodos anticonceptivos.

Sin embargo, el especial interés del caso radica en el descubrimiento por parte de Adelaide de la literatura reformista del amor libre y en los imaginativos usos que le dio. En general, no es algo muy conocido que los llamados movimientos del amor libre del siglo XIX no defendían el placer sexual por sí mismo, que consideraban antinaturales los métodos anticonceptivos y recomendaban la abstinencia periódica o incluso permanente para el control de la natalidad y que hacían hincapié una y otra vez en el supuesto instinto maternal de la mujer. No obstante, por su reconocimiento de la sexualidad femenina, por su respaldo a los derechos de la mujer sobre su propio cuerpo y también por su aprobación de las relaciones sexuales basadas en el amor mutuo no explotador, estos movimientos se han destacado por su contenido feminista «moderno».[648] La propia Mary Gove Nichols vinculaba a menudo las nociones de independencia y maternidad, argumentando que una mujer libre y sana no necesita leyes que protejan su virtud y que el suyo es el «derecho conferido por el Cielo de elegir al padre

de sus criaturas».[649] La literatura del amor libre pudo entonces haber ayudado a algunas mujeres a conseguir una mayor libertad personal, aunque seguramente dentro de los límites de las relaciones de poder domésticas tradicionales, por ejemplo, otorgándoles más derechos de veto sobre las relaciones sexuales en el matrimonio. Los esfuerzos por aplicar tales preceptos fuera de estos límites en sociedades que seguían controlando sus opciones sociales, incluida en gran medida la elección de marido, estaban abocados a obtener resultados desiguales en el mejor de los casos. Esta es una de las razones por las que el caso de Adelaide es tan conmovedor y a la vez tan espantoso.

El caso aporta pruebas de que las mujeres leían la literatura higiénica y del amor libre; numerosos coetáneos así lo reconocieron, incluido el alarmado juez, el señor Wills, que declaró que «las mujeres de hoy en día están acostumbradas a cosas extrañas, cosas que nos habrían escandalizado en la época de mi niñez».[650] Por supuesto, claro, pocas mujeres se tomaban lo que leían tan en serio como Adelaide. Ya hubiera descubierto las ideas del amor libre antes o después de su aventura con su cuñado en 1878, estaba resentida desde el principio por su matrimonio concertado y se propuso con toda seriedad reparar el mal que le habían hecho. Mujeres menos decididas, atrapadas en matrimonios sin amor, podrían haber leído los libros de Nichols para evadirse, como podrían haber leído una novela. Mujeres más convencionales podrían haberse quedado embarazadas de nuevo o haber buscado alguna ocupación desempeñando labores voluntarias o actividades de la iglesia. Pero Adelaide, tras fracasar en el intento de «jugar según las reglas» dando un bebé a su marido , parece que desarrolló un plan que incluso el indulgente y despistado Edwin advirtió con creciente preocupación.

Es probable que Adelaide se decidiera por el asesinato al menos ya en septiembre de 1885, quizá mucho antes. La muerte de Mary Nichols, su guía y consejera, en la primavera de 1884, pudo haber eliminado una fuerza de contención. Tomara cuando tomase la

decisión, no obstante, hay indicios anteriores de que Adelaide cada vez se identificaba más con esta mujer y sus varias cruzadas. A finales de 1884, por ejemplo, las frecuentes quejas de Adelaide acerca del testamento de su marido y de que sus bienes se habían invertido injustamente en las tiendas de Edwin sugieren un probable conocimiento de las campañas de Mary Nichols contra las leyes de propiedad discriminatorias para las mujeres. En esa época, además, Adelaide acompañaba pocas veces a su marido a la iglesia.[651] Aunque pasó del anglicanismo a la fe wesleyana al casarse, parece que se convirtió al catolicismo romano inspirada por su consejera. En el momento del juicio se identificó como miembro de esa fe. Aparte de la cuestión sobre si un hombre podría tener «dos esposas», asunto al que ahora se puede considerar que dio pie Adelaide, hay algo más que sugiere su evidente nuevo rigor respecto a la abstinencia sexual predicada por Nichols. A principios del otoño de 1885, cuando estaba haciendo los preparativos para trasladarse al piso de Pimlico, Adelaide informó a su casera de que necesitarían otra cama para su marido. Como declararon varios testigos, esta fue la primera ocasión en su vida de casados en que los Bartlett no dormían en el mismo lecho. Estos cambios en su esposa eran en sí mismos bastante para haber provocado una visita urgente de Edwin a Dyson rogándole que devolviera a su esposa a su «estado de ánimo» anterior. Sin embargo, Adelaide no tardaría en confiar al enamoriscado joven el «secreto» de que su marido padecía una «dolencia interna» diagnosticada como enfermedad mortal por el famoso doctor Thomas Low Nichols y que le quedaba menos de un año de vida. El médico, que testificó en el juicio, negó rotundamente haber hecho nunca tal diagnóstico.[652]

Que Adelaide matara por el amor de George Dyson está menos claro que el hecho de que, en efecto, cometió un asesinato. Yseult Bridges, que ha examinado con gran minuciosidad las pruebas médicas del caso, ha aportado una teoría que ata mejor que cualquier otra todos los cabos sueltos y que se atiene a la hipótesis de que todas las «ideas extrañas» atribuidas a Edwin eran de hecho

de Adelaide. El enigma de cómo le administró el veneno, que obviamente contribuyó a que el jurado se resistiera a declararla culpable, no quedó resuelto de un modo convincente por parte de la acusación. El mejor intento de Russell fue la tardía sugerencia de que Adelaide había etiquetado el cloroformo como «medicina» e instado a Edwin a engullirlo de un trago, lo que explicaría que no le hubiera quemado la boca ni el esófago. El problema de esta hipótesis, sin embargo, era que Edwin, como adiestrador de perros que tenía manuales de medicina y estaba familiarizado con los efectos del veneno, resultaba de lo más inverosímil que, estando en plena posesión de sus facultades, hubiera seguido las órdenes de su mujer. Lo mismo ocurría, por supuesto, con la tesis del juez de que Edwin lo había ingerido para poder dormir. Y la idea de Clarke de que el tendero se había suicidado por consideración, para acelerar la boda de George y Adelaide, no tiene en cuenta decenas de detalles que demuestran que Bartlett tenía toda la intención de despertarse a la mañana siguiente. La hipótesis de Clarke, en palabras de un comentarista, «tenía un claro aire de desesperación».[653]

La respuesta —al menos la mejor que tenemos— es que en aquel momento Edwin no estaba en plena posesión de sus facultades. Como sostiene Bridges, el secreto fue probablemente el mesmerismo: Edwin estaba bajo la influencia hipnótica de su esposa.[654] Es cierto que la versión de Adelaide y Leach sugería que el magnetismo animal era una afición de Edwin, pero los indicios sugieren lo contrario.

En primer lugar, se sabía que Edwin era muy sugestionable; el propio Leach lo había hipnotizado para que le realizaran las extracciones dentales. Varias de las personas que lo visitaron —Leach, su socio en las tiendas y su propio padre, entre otros— señalaron que Edwin se comportó de una forma extraña durante su última enfermedad. El médico incluso testificó que Edwin había afirmado estar bajo un hechizo mesmérico que, según él, le había lanzado un amigo a través de su esposa. Leach dijo que había convencido a Edwin para que dejara de creer eso, pero comentó que

durante esa conversación Adelaide había intentado varias veces cambiar de tema señalando que la suposición de su marido era «absurda».[655] Aun así, Leach reconoció que Edwin se comportaba como si estuviera hipnotizado. Además, estaban los otros síntomas descritos —el llanto, el abatimiento, el miedo a salir de la cama, el temor a la muerte—, todos ellos coherentes con el estado hipnótico y la sugestión. Y, si Edwin estaba hipnotizado, asesinarlo con cloroformo líquido no presentaba grandes dificultades. En un disolvente adecuado, una víctima convenientemente preparada podría ingerir el veneno con cierta facilidad. Resultó que los Bartlett tenían un manual farmacéutico en el que se mencionaba que el brandi era un disolvente adecuado para el cloroformo. Y dio la casualidad de que el brandi se encontraba entre los artículos encargados por Adelaide unos días antes para una «celebración».[656]

Más sugerente aún era el testimonio de la casera, que declaró que la noche de la muerte de Edwin había hablado con la pareja cuando volvían del dentista y Adelaide le había preguntado si alguna vez había tomado cloroformo. Cuando ella contestó que sí, Adelaide le preguntó si la sensación no había sido «agradable» o «placentera».[657] Esta anécdota en apariencia inocente adquiere tintes siniestros ante la posibilidad de que Edwin, de pie junto a su esposa y en estado hipnótico, estuviera siendo sugestionado para aceptar como «agradable» y «placentero» el brebaje venenoso que lo mató.

Que Adelaide hubiera desarrollado tal habilidad en las técnicas mesméricas es imposible de probar. Yseult Bridges propone que había aprendido algo sobre hipnosis de Dyson, pero no aporta pruebas convincentes. Había, sin embargo, otra posible fuente, alguien a quien Adelaide conocía bien y que estaba fascinada por el mesmerismo, pertenecía a sociedades mesméricas e incluso había dado conferencias sobre el tema. Esa persona era Mary Gove Nichols.[658]

El mesmerismo, la última de las pasiones de la señora Nichols que al parecer Adelaide aprovechó para sus propósitos, era un final

macabro y sombríamente adecuado para la trama. En todo momento, Adelaide se las había ingeniado para aparecer como la víctima inocente que se había sentido desde el día de su boda. Al atribuir a Edwin de manera sistemática la autoría de todo el conjunto de técnicas de supervivencia que ella misma había adoptado desde el principio, pasó al acto pasivo-agresivo definitivo de implantar la idea de que Edwin había ingerido él mismo la sustancia que lo mató. La técnica del mesmerismo era ideal para mantener la fantasía de que ella era una simple víctima incluso mucho después de haberse convertido en victimaria activa. Le permitió matar a Edwin con tanta efectividad como si hubiera apretado el gatillo de una pistola, pero la dejaba libre para negar su responsabilidad. Era Edwin, después de todo, el que se había llevado el vaso a los labios.

El hipnotismo, como sugiere Bridges, también puede explicar cómo se convenció a Edwin para que cambiara su testamento el mes de septiembre anterior, aunque no explica la dolencia previa del tendero, esto es, los supuestos síntomas de envenenamiento por mercurio que habían llevado en primer lugar a llamar al Dr. Leach. Bridges argumenta de un modo convincente, basándose en el hallazgo en la autopsia de cantidades ínfimas de plomo que nunca se explicaron, que Adelaide estaba envenenando a Edwin poco a poco con acetato de plomo, una sustancia del botiquín canino que ella misma había utilizado para medicar a sus perros.[659] Según esta teoría, cuando su suegro insistió en llamar a un médico, Adelaide se vio obligada a suspender las dosis y el estado de su marido, como era de esperar, mejoró casi de inmediato. Es posible que el cloroformo fuera entonces una improvisación para cumplir un plazo de algún tipo, pero por desgracia faltan datos para una reconstrucción precisa del móvil más probable.

Aunque la teoría de que Adelaide asesinó a su marido para casarse con Dyson no era inverosímil, los claros indicios de que ella engañó a este último para que comprara el cloroformo y la evidente repugnancia del propio clérigo al descubrir el ardid sugieren al menos que la mujer pudo intentar tenderle una trampa para que

pareciera el principal sospechoso en caso de que se presumiera un crimen. El afán previo de Edwin por conseguir que Dyson pasara tiempo con su esposa y su evidente despreocupación por las largas horas que estaban juntos sugieren que podría tener motivos para creer que el corazón de Adelaide seguía en otra parte, en concreto, con su hermano menor Frederick en Estados Unidos. Se sabe que Adelaide y Frederick mantuvieron una correspondencia después de que este abandonara el país.[660] ¿Había sido esa la razón tácita de Edwin para «contratar» a Dyson: mantener a Adelaide alejada de tales desmanes durante sus largas ausencias? ¿Acaso Adelaide había acordado con Frederick acabar con Edwin en una fecha determinada, cuando Frederick planeaba volver de Estados Unidos? Sabemos que Frederick regresó y que la primera ocasión en que visitó a su cuñada fue apenas dos días después de la muerte de Edwin. Por desgracia, no hay más información sobre Frederick, salvo el testimonio de Bartlett padre de que Edwin había escrito al joven hacía poco para ofrecerle la dirección de una de sus tiendas. Tal generosidad con el hermano que probablemente lo traicionó es destacable, aunque tampoco se pueden descartar aquí los talentos mesméricos de Adelaide. Sabemos que, después del juicio, Adelaide desapareció sin más. Tal vez huyó a Estados Unidos con su primer amor, a la patria de aquella señora Nichols que tanto la había inspirado. Pasara lo que pasase, su destino fue casi con toda seguridad mejor de lo que se merecía.

Por el contrario, en el caso Fenayrou se hizo todo lo posible por atribuir a Gabrielle un rol de liderazgo que es probable que nunca tuviera. Al reconocer el adulterio, Gabrielle había salido del círculo encantado de inmunidad legal del que las mujeres respetables, si eran lo bastante listas, aún podían disfrutar. Además, había confesado ser cómplice activa de su marido, aunque involuntaria, en un crimen espantoso y premeditado. La explicación que dio de su participación en el suceso era mucho más plausible que la «maravillosa historia» de Adelaide, pero por desgracia casi nadie la creyó. Si Gabrielle hubiera sido inglesa, es probable (por las razones

que se sugerirán más adelante) que su lamentable historia hubiese tenido una acogida más favorable.

A diferencia del caso Bartlett, el caso Fenayrou suscitó pocas preguntas sobre cómo se llevó a cabo el asesinato, que fue bastante simple. Varios testigos afirmaron que Gabrielle había confesado al fin su aventura con Aubert unas semanas antes del 18 de mayo de 1882, fecha del crimen. En el tiempo transcurrido entre la confesión y el momento de los hechos, todo se preparó con sumo cuidado. Gabrielle accedió a restablecer la relación con Aubert prometiéndole un préstamo de dinero. Marin alquiló una casa en Versalles que daba al Sena y la equipó con un martillo, una pala, cuerdas, lastres y una carretilla. La idea era enterrar el cadáver dentro de la casa, bajo el suelo, pero, si les resultaba imposible, debían atarlo, lastrarlo y arrojarlo al río. Al darse cuenta de que podrían necesitar ayuda, la pareja reclutó a Lucien, el hermano menor de Marin, que más tarde contó a los periodistas que había intentado advertir a Marin sobre Gabrielle y Aubert, pero que su hermano, que adoraba a Gabrielle, se había negado a escucharlo.[661]

Gabrielle concertó un encuentro con Aubert. La noche señalada, los tres conspiradores se reunieron para cenar en un restaurante próximo a la Estación del Norte. Después de una comilona copiosa y cara, en la que se bebieron una botella y media de vino, los dos hombres partieron hacia Versalles. Gabrielle, que declaró que primero fue a rezar a la cercana iglesia de San Luis de Antin, dijo que luego se reunió con Aubert y lo acompañó en tren a Versalles. Acostumbrada a pagar los gastos de Aubert, Gabrielle compró los billetes. El joven farmacéutico no se dio cuenta de que había comprado un billete de ida y vuelta para ella y otro solo de ida para él.

El crimen en sí se perpetró según lo previsto sin complicaciones serias. Cuando Aubert y Gabrielle llegaron a la casa, Marin, oculto tras la puerta, se abalanzó sobre su víctima a martillazos. Lucien, que esperaba detrás, afirmó más tarde que Marin le dijo que, sin la ayuda de Gabrielle para defenderse de Aubert, tal vez no lo habría

conseguido. Es posible que la historia fuera cierta, ya que Marin, que medía menos de un metro setenta, era más bajo y menudo que su adversario. Quizá para protegerla, Marin negó más tarde que Gabrielle lo hubiera ayudado. En cualquier caso, si hubo un forcejeo, es probable que terminase rápido. El informe de la autopsia indicaba que los golpes de martillo en el cráneo de la víctima le habían dado poca o ninguna oportunidad de resistirse. Como el intento de cavar en el suelo de la cocina se alargaba demasiado, arrastraron el cuerpo hasta el Sena en la carretilla y lo tiraron al agua. Como precaución para evitar que el cadáver flotara, Marin lo lastró e incluso le cerró los labios con alfileres. Tal y como resultaron las cosas, estas medidas fueron insuficientes, pero más tarde suscitarían un gran interés macabro. Un museo de cera que recreó la escena del descubrimiento del cadáver hizo un buen negocio vendiendo entradas para ver a un aterrorizado pescador contemplando el cuerpo hinchado del muerto.

Si bien la mecánica de la muerte de Aubert plantea pocos misterios, el móvil es algo más complicado. Tanto Marin como Gabrielle afirmaron que fue un crimen «pasional», pero dado que a él lo habían advertido de la aventura de su esposa ya en 1879, momento en el que al parecer le impuso nuevas normas que incluían no poder salir de casa, resulta difícil entender por qué esperó hasta mayo de 1882 para actuar. La acusación jugó con la idea de que Aubert estaba chantajeando a su antiguo jefe por algo del pasado, tal vez un aborto provocado a Gabrielle del que tuviera conocimiento. Pero su hipótesis favorita la señalaba directamente a ella: Gabrielle, celosa del éxito de un amante que la ignoraba, lo confesó todo para conseguir que Marin matara a su ingrato amante. Como dijo el fiscal:

> Al conducir a Aubert a la muerte, obedecía a un deseo personal. (…) Usted era la amante abandonada, se sentía miserable mientras su antiguo amante era feliz. Esos eran sus sentimientos y fue usted quien armó a su marido [al confesar la aventura]; todas sus acciones en este asunto lo confirman: su

sangre fría, incluso podría decirse que su regocijo.[662]

Gabrielle negó esta acusación y siguió insistiendo en que había actuado porque temía por la vida de sus hijos y porque se sentía culpable respecto al marido al que había agraviado.

La explicación del tiempo que pasó hasta tomar la decisión de asesinar a Aubert era con toda probabilidad sencilla. Marin había desoído los rumores sobre la aventura alegando que Gabrielle, con su temperamento frío, era, como él alegaba, «incapaz de traicionarme».[663] Uno de sus amigos testificó que en cierta ocasión Marin apostó a que su mujer nunca le había sido infiel, y parece que no lo decía solo como una bravuconada. Gabrielle, que encontraba repugnantes las relaciones físicas con su marido, permitió sin duda que este hombre más bien simple y voluble creyera que su falta de interés no era culpa de él. Sus relaciones con Aubert y Grousteau muestran sus pasiones como algo mucho menos físico que «idealizado».

Tanto Gabrielle Fenayrou como Adelaide Bartlett, por tanto, tenían en común no solo su resentimiento por un matrimonio concertado y su probable adulterio, sino también cierta repulsión hacia los «deberes de esposa» que las empujó a idear medios para escapar de ellos. La dolorosa experiencia del embarazo para Gabrielle, así como para Adelaide, reforzó sin duda su aversión al sexo, pero, a diferencia de esta última, ella no tuvo la opción de recurrir a argumentos sobre la mayor pureza del amor platónico y no sexual. No obstante, parece que ideó algunos medios menos extraordinarios que Adelaide para limitar las relaciones sexuales y los embarazos no deseados. Tras el difícil nacimiento de su segundo hijo, obtuvo un certificado por escrito de su médico en el que se decía que su salud le impedía tener más hijos. Aunque es posible que fuera así, el escepticismo de la opinión pública cuando aquello salió a la luz es bastante sugerente. El *Petit Journal,* uno de los diarios populares de mayor tirada, señaló que cada vez eran más las mujeres que pedían esos certificados a «médicos complacientes».[664] Esta evidencia de

una nueva voluntad por buscar un alivio de las «obligaciones» sexuales sugiere que dentro de un contexto más tradicional, que ya daba cabida a poder apelar a los mandatos religiosos contra las relaciones sexuales sin el fin de procrear,[665] también las mujeres francesas estaban tomando una mayor iniciativa a la hora de limitar la frecuencia de las relaciones sexuales dentro del matrimonio. Esto acrecentó sin duda el resentimiento masculino, lo que contribuyó a alimentar la hostilidad popular hacia Gabrielle. Y, en su caso, la combinación del certificado médico y las pruebas de sus aventuras extramatrimoniales pusieron un énfasis excesivo en su aparente insatisfacción sexual con Marin, un hecho que no iba a ayudarla con el jurado.

Hay indicios sólidos, pues, de que las cosas fueron como afirmaban los Fenayrou, es decir, que Marin no se convenció de hecho de la infidelidad de Gabrielle hasta 1882, momento en el que decidió matar a Aubert. Pero también es cierto que, para cuando eso ocurrió, la fortuna de Marin había disminuido mucho y estaba dispuesto a encontrar en Aubert un chivo expiatorio para todos sus problemas. Tras despedir al ayudante en 1879, Marin había decidido recuperarse de sus pérdidas con el juego montando un negocio paralelo de falsificación de una conocida agua mineral. Pero a finales de 1881, antes incluso de que hubiera amortizado la inversión inicial en botellas, corchos y etiquetas, la policía se presentó en el almacén abandonado que había subarrendado y confiscó el material. Obligados a vender la farmacia para hacer frente a las deudas, el matrimonio se mudó entonces por primera vez desde que estaban casados. Sin trabajo, pero con el dinero que había quedado de los sesenta mil francos por los que habían vendido el negocio, Marin invirtió enseguida una gran parte en un proyecto de explotación de minas de cobre. El promotor, un tal señor Valette que era el tutor de idiomas de sus hijos, lo convenció a principios de 1882 para que se uniera a la nueva sociedad; Gabrielle, que confesó haber recuperado la simpatía por Marin tras el episodio del negocio de falsificación, incluso convenció a su madre para que permitiera a Marin invertir los

veinte mil francos que aún le debía.

Todo este lamentable relato deja claro que al pobre provinciano le estaban tomando el pelo. La sede de la «sociedad» resultó ser nada más que la residencia de Valette en la calle Laffitte, y el personal de la operación, solo dos oficinistas. A Fenayrou le dijeron que iba a ser socio y que su augusto deber era preparar el estado mensual de los salarios de los oficinistas. El resto del tiempo lo ocupaba en mejorar su caligrafía copiando modelos de cartas comerciales. Cuando más tarde la policía registró el inmueble, encontraron cuadernos llenos de los minuciosos ejercicios escolares de caligrafía de Fenayrou. Valette, que se había convertido en el jefe de Marin, declaró ante el tribunal que, una vez completada la «educación literaria» de Fenayrou, lo habría enviado a negociar con los contactos extranjeros del negocio, pero es dudoso que tales contactos existieran. El propio Valette no era, como afirmaba, ingeniero, y no había pruebas de que su empresa estuviera explotando una mina en España, como le había dicho a Marin. Parece, en cambio, que solo era un vulgar timador que esperaba montar un falso plan de inversiones con el dinero de Fenayrou.

Cuando los acontecimientos se precipitaron en la primavera de 1882, Gabrielle ya no veía a ninguno de sus dos amantes. Según los vecinos, hasta entonces había conseguido persuadir a Marin de su inocencia en el asunto de Aubert y no sería hasta el juicio cuando este se enteró de que también había tenido una aventura con Grousteau. Sin embargo, al parecer, Marin decidió que sus pasados ataques a la religión habían tenido un efecto nocivo en Gabrielle. Por orden suya, ella empezó a asistir de nuevo a misa y a confesarse tras un lapso de casi diez años. Es un elemento curioso tanto en el caso Fenayrou como en el de los Bartlett que la primera idea de los maridos al empezar a recelar fuera devolver a sus esposas a la fe. No obstante, los acontecimientos demostrarían que el estilo de Marin no se limitó en absoluto a la sutil persuasión por la que optó Edwin.

El relativamente nuevo equilibrio doméstico de los Fenayrou duró solo hasta marzo, cuando un tribunal correccional condenó a Marin a

dos meses y a una multa de dos mil francos por falsificación. Rabioso, desacreditado y con la sospecha de que Aubert podría haberlo delatado a la policía, Marin volvió a pensar de manera mecánica en su antiguo ayudante como responsable de sus problemas. Según Gabrielle, la llevó aparte y le rogó que le dijera de una vez por todas si se había acostado con Aubert. Gabrielle declaró que, como él había prometido perdonarla, ella confesó, pero Marin, en cambio, acudió a la policía e intentó convencerlos de que requisaran las cartas de su mujer a Aubert, lo que le habría permitido probar una acusación de adulterio. Ante la negativa de la policía, Marin dejó entonces a Gabrielle en casa de su suegra, proclamando que se la devolvía por su infidelidad. Gabrielle declaró que estaba aterrorizada por lo que pudiera hacer Marin y decidió volver a casa unos días después. Su marido accedió a acogerla de nuevo, dijo, pero la amenazó con matar a sus dos hijos a menos que lo ayudara.

Marin Fenayrou reconoció al menos que había decidido obligar a Gabrielle a ser su cómplice para hacerle expiar su culpa. A partir de ese momento, lo fascinante de su conducta reside en el patrón de venganza ritual que se desprende de los detalles dispersos por los registros. Marin se propuso metódicamente llevar a cabo el clásico crimen del marido ultrajado e informó a Gabrielle de que, hasta que pagara por su infidelidad, ya no era su esposa. Como expresión simbólica de aquello, hizo que Gabrielle le devolviera su alianza de boda y ordenó a la criada quitar el retrato de su mujer del marco y su guirnalda nupcial de la vitrina.[666]

También sus primeros planes subrayaban la cualidad primitiva de su venganza. Le dijo a Gabrielle que tenía la intención de regalarle a Aubert un par de binóculos provistos de unas cuchillas especiales diseñadas para sacar literalmente los ojos a una víctima desprevenida. Gabrielle declaró que había convencido a Marin para desistir de tal ocurrencia, pero que fue incapaz de disuadirlo de un segundo plan para atrapar a Aubert y torturarlo poco a poco hasta la muerte. Para ello Marin llegó a alquilar una inmensa trampa para

jabalíes, pero al final abandonó la idea y se conformó con el plan del martillo y la casa. Y Gabrielle, por su parte, admitió haber tenido un papel activo en él. Curiosamente, la policía informó de que el libro de cuentas que encontraron en su casa mostraba que la señora Fenayrou, a la manera típica de la ordenada esposa burguesa en Francia, había anotado todos los gastos domésticos, ¡incluidos la pala, el martillo y la trampa para jabalíes!

El carácter ritual impregnó el crimen hasta el final. Estuvo presente en la cena formal a la que Gabrielle invitó a su cuñado Lucien para que Marin pudiera enrolarlo en la *vendetta* a escala contra Aubert. Y también estuvo presente después del asesinato, cuando Marin celebró una pequeña ceremonia de restitución matrimonial. Según le contó Gabrielle a Macé, su marido fue a por la alianza y la guirnalda y declaró:

> Ahora que el pasado está muerto, quiero crear una segunda virginidad para ti. Aquí tienes tu alianza y tu guirnalda. Devuelve la una a tu dedo y la otra a su vitrina de cristal. Luego caminemos de la mano y seamos felices de nuevo. Sellemos con besos nuestra reconciliación conyugal.[667]

Por último, en el propio juicio Marin repitió de una forma estilizada las palabras que afirmaba haber dirigido a su víctima mientras lo apuñalaba en el pecho: «Por el corazón me hiciste sufrir y por el corazón morirás».[668]

El jurado de Versalles condenó a Marin a muerte, a Gabrielle a cadena perpetua y a Lucien, mero instrumento con pocas luces, a siete años de cárcel. Marin no había conseguido persuadir al jurado de que se trataba solo de una venganza, pero la mayoría seguían viendo a Gabrielle como la principal responsable. Se libró de la ejecución y se le impuso un castigo más leve debido a la tradicional reticencia de los tribunales a imponer la pena de muerte a las mujeres, sobre todo a mujeres por encima de las clases trabajadoras. Sin embargo, la decisión de Versalles fue anulada por una cuestión técnica y el siguiente mes de octubre un jurado de

París absolvió a Lucien y redujo la condena de Marin a cadena perpetua sin modificar la de Gabrielle. El ambiente en la capital apenas era más sosegado y el presidente del tribunal dio voz a la despiadada opinión popular sobre Gabrielle: «Nunca se ha sentado en el banquillo de los acusados un monstruo más genuino y terrible».[669]

La casi total ausencia de simpatía pública era sorprendente a la vista de los numerosos detalles, repetidos en ambos juicios, que respaldaban la historia de Gabrielle sobre la coacción por parte de un marido obsesionado y violento. Entre otros, hubo testimonios fiables de que, en 1881, cuando Marin empezó a sospechar de la conducta de Gabrielle, no solo la confinó en casa, sino que compró una pistola con la que la amenazó en público al menos en dos ocasiones. Desesperada, ella acudió a la policía, que se negó a intervenir. Aún más lamentable fue una visita que hizo unas semanas antes del crimen al patrón de su marido, el oportunista Valette. Según declaró luego, le rogó que enviara a Marin lejos de allí para que no cometiese un horrible crimen de venganza. Valette reconoció aquella visita y su petición. Añadió que la señora Fenayrou había hablado de sí misma como una «mujer muy culpable»,[670] pero dijo que él la había cortado cuando intentó revelarle más sobre su vida personal. Valette protestó diciendo que, si ella le hubiera mencionado que planeaban un crimen, él habría acudido a la policía, pero teniendo en cuenta sus operaciones jurídicamente dudosas, cuya naturaleza ella ignoraba, eso era poco probable.

Periódicos de todo el espectro político coincidieron, no obstante, con el veredicto del popular *Petit Journal* de que no había «nada de humano» en Gabrielle.[671] Henri Rochefort expresó la hostilidad general que había hacia las mujeres, tan a flor de piel en muchas crónicas, afirmando que, aunque el patético Marin creía tener el control, era Gabrielle quien lo había provocado todo.

> Lo que queremos dejar claro es que once doceavas partes de los hombres creen que obran según su propia voluntad cuando en realidad hablan, escriben

> y actúan llevados solo por el impulso de las criaturas a las que creen poseer y que en realidad los poseen. La moraleja del juicio Fenayrou, y de muchos otros similares, es que si los hombres escapamos del control de las mujeres a los siete años, es solo para volver de nuevo a caer a los diecinueve.[672]

El hecho de que Marin hubiera empuñado un revólver contra Gabrielle, que hubiera jurado matar a sus hijos, confesado haber planeado brutales torturas y golpeado a un hombre hasta la muerte no tuvieron ninguna importancia. Aun así, el abogado de Marin consiguió conmover hasta las lágrimas a un jurado compuesto en exclusiva por hombres pintándolo como el marido agraviado.

Gabrielle sí logró ganarse cierta compasión por parte de un público, las mujeres, para las que se construyó una tribuna especial y separada en la sala del tribunal de Versalles. Estas respondieron efusivamente a la descripción que hizo su abogado de la difícil situación de Gabrielle y mostraron una considerable piedad al escuchar cómo había decidido visitar una iglesia antes de reunirse con Aubert. En general, la prensa acogió esa historia como un burdo intento de suscitar simpatías, como así pudo ser, pero las autoridades recibieron varias cartas sin firmar de mujeres que afirmaban haber sido testigos de la escena. Una de estas cartas, enviada al presidente del tribunal, decía lo siguiente:

> Encontrándome yo en la iglesia antes mencionada el 18 de mayo hacia las ocho de la tarde, vi a una mujer vestida de luto cerca de mí; noté que daba un profundo suspiro, casi un sollozo, y luego oí estas palabras: «Querido Dios, no permitas que venga, ahórranos este crimen, aplaca la ira (…)».[673]

La mujer concluía la carta, que contenía varios errores ortográficos, afirmando que esperaba que la información fuera útil, pero que no se atrevía a firmar con su nombre «por miedo a que se pueda publicar, pues sé que mi marido me lo reprocharía».[674] Por tímidas que fuesen, las cartas de estas mujeres marcaban una nueva y vacilante solidaridad femenina frente a la hostilidad masculina.

Gabrielle, por supuesto, podría haber advertido a Aubert que se fuera de la ciudad hasta que Marin entrase en la cárcel para cumplir su condena por falsificación o podría haber alegado que Aubert nunca se presentó a su encuentro. Pero, para entonces, Marin parecía haberla convencido de que estaba obligada a expiar su infidelidad. Su madre, la señora Gibon, escribió en 1884, dos años después del juicio, que Gabrielle aún se reprochaba más el adulterio que su participación en el asesinato en sí.[675]

Una compasiva amiga había arrancado carcajadas en la sala del tribunal al declarar que Gabrielle era una cabeza de chorlito que podría haber seguido el camino del crimen con tanta facilidad como el de la virtud.[676] Puede que fuera así. Como a muchas de sus coetáneas, a Gabrielle le habían enseñado que su deber era agradar y, al parecer, lo consiguió a expensas de cualquier coherencia de ideas o principios. Una fascinante perspectiva de su carácter nos la proporciona una de las cartas que envió al jefe de policía Macé. Tras el juicio, se le había dado la opción de acompañar a Marin a Nueva Caledonia o permanecer en prisión en Francia y, aunque aún mantenía la esperanza con Marin, escribió a Macé, que había expresado su preocupación, para asegurarle que nunca abandonaría a sus hijos.

> No sé, *monsieur,* si es de oídas o por informes falsos por lo que me ha creído capaz de irme y abandonar a mi madre y a mis hijos. Es cierto que le he leído una carta que escribí a mi marido en la que no quería negarme por completo a acompañarlo; pero créame, *monsieur,* si le digo que después de haber hecho lo que hice por mi pobre madre, al casarme sin pensar en mi felicidad futura, no voy a abandonarla ahora en la desesperación más absoluta por mi propia voluntad. (…) Creí que con mi matrimonio complacía a los que me quedaban y la fatalidad me convirtió en culpable. Obediente, amenazada, creí cumplir con un deber; seguí adelante como si tuviera los ojos vendados, inconsciente del crimen que iba a cometer al conducir a ese desgraciado [a la muerte]. Por lo tanto, ya he hecho por mi marido más de lo que debía. Hoy creo que me debo por entero a mis hijos, pobres víctimas, y si un día mi vida vuelve a ser útil para alguien, que sea para ellos y para mi madre en sus últimos días. Solo

> Dios hará lo que quiera conmigo por todo lo que aún le deba a mi infeliz esposo.[677]

Gabrielle no fue liberada hasta que cumplió casi veinte años de condena; Marin, entretanto, falleció en Nueva Caledonia.

La opinión popular en París de que Gabrielle tenía mayor culpa en todo el asunto no se aceptó en la prensa inglesa, que se mostró sorprendida por el estallido de hostilidad hacia la mujer. La prensa inglesa tampoco se unió a la simpatía popular por Marin en la creencia de que había actuado principalmente por venganza. En vez de eso, se sumó al tribunal en la sospecha de que hubo otros motivos, como los celos profesionales o el miedo al chantaje.[678] Es posible que un crimen pasional tan crudo y «primitivo», llevado a cabo, como ocurrió, a la manera un tanto estilizada de la *vendetta* rural, pareciera incomprensible en un hombre de clase media urbana. Y era cierto que la evidente premeditación enturbiaba esta cuestión, visto desde fuera: si Marin se hubiera limitado a entrar en la farmacia de Aubert y dispararle a sangre fría, bien podría haber acabado absuelto por un jurado parisino. Pero a Marin le importaba lo bastante su nueva imagen de agente de inversiones como para evitar esa escena. En cierto modo, Marin fue condenado por desear tanto venganza como respetabilidad.

Puede parecer extraño que hubiera una mayor indulgencia hacia el acto de Marin en París, donde se le conmutó la pena de muerte, que en Versalles, donde se juzgó el caso por primera vez. Pero hay que recordar que era en los centros urbanos, sobre todo, donde la hostilidad hacia las «nuevas mujeres» era más intensa y donde la sospecha de que las mujeres de clase media eran «prostitutas no declaradas» era mayor. El caso Fenayrou tuvo lugar, además, en medio de los debates preliminares de un proyecto de ley sobre el divorcio que finalmente se aprobó dos años más tarde, en 1884, y que exacerbó a los críticos que optaron por considerar el divorcio como una especie de legitimación del adulterio de las mujeres.

En Inglaterra también había suficiente hostilidad residual hacia las

inmorales «nuevas mujeres» como para convertir la posibilidad del adulterio en el centro del caso Bartlett. Adelaide sabía bien que no podía confiar en una apariencia inocente y la convicción popular de la irresponsabilidad femenina, como había hecho Madeleine Smith; necesitaba su «maravillosa historia».

No obstante, para entonces —y a diferencia de Gabrielle—, Adelaide sí podía contar con una opinión pública que daba muestras de una mayor reticencia a permitir que solo la mujer soportara el oprobio de una relación sexual «ilícita». El mismo año que se juzgó a Adelaide, las fuerzas movilizadas por Josephine Butler habían logrado derogar las leyes sobre enfermedades contagiosas, que sometían a las mujeres sospechosas de prostitución a exámenes periódicos y a un posible encarcelamiento. Butler basó su campaña en que estas leyes eran un ejemplo flagrante de la doble moral y su argumento fue admitido por muchos hombres que apoyaban la derogación.

El abogado de Adelaide, Edward Clarke, presentó la supuesta complicidad de Dyson como la de un hombre que era sospechoso de ser su amante, pero que se había librado de los cargos. Como el propio Clarke señaló, había optado por una actitud comprensiva en vez de hostil al interrogar a Dyson, ya que «cuanto más estrechamente pudiera asociar sus actos con los de la señora Bartlett, más podría reforzar la reticencia instintiva del jurado a enviarla a ella a la horca mientras él quedaba en libertad sin ningún reproche».[679] La evidencia de la hostilidad popular hacia Dyson y la clara presunción de que su implicación en el caso residía en una relación «impropia» con Adelaide indicaban la voluntad de dejar que los hombres compartieran la culpa en los casos de sospecha de adulterio, al igual que la eficaz táctica de señalar al marido por alentar la perdición de la esposa. Gabrielle Fenayrou no tuvo tanta suerte.

La «felicidad» conyugal era algo en lo que tanto Adelaide Bartlett como Gabrielle Fenayrou se sentían estafadas y cada una buscó alivio a su infelicidad dentro de las limitadas opciones de las dos

sociedades que dieron forma a sus elecciones personales. Adelaide demostró cierta especie de genio al manipular a un abogado, un médico y un ministro de Dios, representantes de tres profesiones consagradas en su sociedad. Con una mayor libertad, encontró algunas soluciones entre los movimientos médicos y reformistas «modernos». Fue lo bastante inteligente para aprovecharse de los esfuerzos de mujeres más admirables que habían luchado contra el doble rasero sexual y por el reconocimiento del derecho de la mujer dentro del matrimonio a vivir libre de la coacción física de su esposo. Su asombrosa defensa solo pudo tener éxito en una sociedad que estaba empezando a reconocer límites reales a la autoridad doméstica de los maridos.

La opinión pública francesa aún no estaba dispuesta a aceptar la ilegitimidad de un catálogo mucho más amplio de maltrato a la esposa, que en este caso incluía no solo la coacción psicológica y el «forzamiento» físico en las relaciones sexuales, sino la amenaza de lesiones. Gabrielle se vio obligada a buscar cualquier justificación que pudo para limitar las relaciones sexuales con su marido y buscar la felicidad con un amante a través de las autoridades más comunes de la familia y la iglesia. El patrón de dependencia engranado en su estilo de vida más tradicional ponía límites a su propia voluntad de traición, límites que Adelaide nunca sintió. Al final, Gabrielle fue castigada menos por su participación en un asesinato que por el crimen contra su marido, al igual que la terrible Adelaide fue absuelta no porque se demostrara su inocencia, sino porque fue capaz de convencer a un público preparado de que había sido víctima de un marido pervertido.

[558] A menos que se indique otra cosa, el material sobre el caso Fenayrou se basa en la publicación completa de los testimonios que aparecieron en las dos principales revistas jurídicas, *Le Droit* y *La Gazette des Tribunaux,* de los dos juicios de agosto y octubre de 1882, y también en el resumen de A. Bataille, cronista judicial de *Le Figaro,* en *Les causes criminelles et mondaines,* 18 vols. (París: Dentu, 1883), vol. 3, pp. 205-312. Por desgracia, las actas de los interrogatorios preliminares llevados a cabo en Versalles no se conservan.

El relato del caso Bartlett se basa en las actas y los testimonios completos publicados en *The Trial of Adelaide Bartlett,* ed. John Hall, en la serie Notable British Trials (Londres: Hodge, 1927). La interpretación del comportamiento de Adelaide que se presenta aquí debe mucho al excelente estudio del caso realizado por Yseult Bridges, *Poison and Adelaide Bartlett* (Londres: Hutchinson, 1962).

[559] Para un análisis de la literatura francesa menos conocida, véase Theodore Zeldin, *France, 1848-1945: Ambition, Love, and Politics,* vol. I (Oxford: Clarendon, 1973), cap. 11. Véase también Patricia Branca, *Silent Sisterhood: Middle-Class Women in the Victorian Home* (Pittsburgh: Carnegie-Mellon University Press, 1975), esp. caps. 7 y 8.

[560] Bridges, p. 29.

[561] Edward Clarke, *The Story of My Life* (Londres: Murray, 1918), p. 246.

[562] Edward Clarke, «Leaves from a Lawyer's Casebook: The Pimlico Mystery», *Cornhill Magazine,* 49 (diciembre de 1920): 667.

[563] *Times,* 19 de abril de 1886.

[564] Alfred Leach, «The Case of Edwin Bartlett», *Lancet,* 22 de mayo de 1886, pp. 968-970.

[565] *Times,* 9 de febrero de 1886.

[566] *Ibid.,* 12 de febrero de 1886.

[567] Richard Altick, *Victorian Studies in Scarlet* (Nueva York: Norton, 1970), p.

246.

[568] Clarke, «Leaves from a Lawyer's Casebook», p. 667.

[569] Gustave Macé, *Les femmes criminelles* (París: Charpentier, 1904), p. 237.

[570] Los archivos de la prefectura de policía de París contienen varias cartas de Gabrielle Fenayrou a Gustave Macé (dosier Fenayrou). Gabrielle agradecía a Macé que hubiera ahorrado a sus hijos el enterarse de que la detenían como acusada de asesinato en el momento en que los agentes acudieron a su domicilio. Sus cartas a Macé son afables, se interesa por su salud y le pide permiso para ver a sus hijos.

[571] *Le Figaro,* 5 de agosto de 1882.

[572] René Fabre, *Histoire de la Pharmacie* (París: P. U. F., 1963), p. 66.

[573] *Le Droit,* 10 de agosto de 1882.

[574] *Ibid.*

[575] *Le Figaro,* 6 de agosto de 1882.

[576] Macé, p. 243.

[577] *Times,* 9 de febrero de 1886. Esta declaración fue citada durante la instrucción por el médico que atendió a su marido, el doctor Alfred Leach, a quien Adelaide confió muchos detalles de su vida con Edwin.

[578] *Le Figaro,* 7 de agosto de 1882.

[579] *Ibid.*, 10 de agosto de 1882.

[580] *Le Voltaire,* 14 de agosto de 1882.

[581] *Times,* 9 de febrero de 1886.

[582] *Trial of Adelaide Bartlett,* p. 229.

[583] Thomas Low Nichols, *Esoteric Anthropology (The Mysteries of Man): A Comprehensive and Confidential Treatise on the Structure, Functions, Passional Attractions and Perversions, True and False Physical and Social Conditions, and the Most Intimate Relations of Men and Women* (Nueva York: Arno, 1972).

[584] *Trial of Adelaide Bartlett,* p. 372.

[585] Nichols, *Esoteric Anthropology,* p. 113.

[586] *Trial of Adelaide Bartlett,* p. 183. El juez Wills se retractó de sus comentarios anteriores cuando Clarke le informó de que el libro de Nichols, lejos de recomendar la disipación sexual, era de hecho bastante limitado en su aprobación del sexo, con más restricciones a la indulgencia de las que Clarke pensaba que la

mayoría de la gente podría seguir.

[587] Nichols, *Esoteric Anthropology,* p. 114. Clarke citó este pasaje en el tribunal (*Trial of Adelaide Bartlett,* p. 184).

[588] *Times,* 9 de febrero de 1886.

[589] Clarke, «Leaves from a Lawyer's Casebook», p. 653.

[590] *Ibid.*, p. 648.

[591] *Times,* 14 de abril de 1886.

[592] *Ibid.,* 16 de febrero de 1886.

[593] *Ibid.*, 14 de abril de 1886.

[594] *Ibid.*

[595] Leach, «The Case of Edwin Bartlett», *Lancet,* 29 de mayo de 1886.

[596] *Trial of Adelaide Bartlett,* p. 218. Fue el Dr. Leach quien informó del incidente y al parecer Adelaide contestó: «Bonita historia. Imagíneselo de pie durante dos horas y haciendo lo que fuera».

[597] Leach, «The Case of Edwin Bartlett».

[598] *Le Siècle,* 14 de agosto de 1882.

[599] Macé, pp. 255 y ss.

[600] *Le Figaro,* 10 de agosto de 1882.

[601] Marin alegó en el juicio que había estado «sordo y ciego» ante el comportamiento de Gabrielle con Aubert (*Le Figaro*, 10 de agosto de 1882). El presidente del tribunal, en sus memorias, sugirió un rasgo del carácter de Marin que varios conocidos de la pareja habían dado a entender: «Como marido, quería que su mujer fuera piadosa para que le fuera fiel; pero, como farmacéutico, quería que fuera coqueta para atraer a los clientes» (Anatole Bérard des Glajeux, *Souvenirs d'un Président d'Assises, 1880-1890;* París: Plon, 1892, vol. 1, p. 58).

[602] *Le Figaro*, 15 de junio de 1882.

[603] *Ibid.*

[604] *Ibid.*

[605] *Ibid.*

[606] *Ibid.*

[607] *L'Intransigeant,* 18 de octubre de 1882.

[608] *Le Droit,* 10 de agosto de 1882.

[609] Estas obras se analizan en Zeldin, cap. 11.

[610] En su reciente trabajo, «Secular Rules and Secular Sanctions: The Regulation of Female Sexuality in Nineteenth-Century France», Erna Hellerstein, de la Universidad de Stanford, examina este estudio (A. Debay, *Hygiène et physiologie du mariage*), entre otros, y demuestra que manuales como el de Debay, que se vendía por solo tres francos en 1880, contenían una descripción sorprendentemente franca y detallada del acto sexual. Debay reconocía que la capacidad de disfrute sexual de las mujeres era más o menos la misma que la de los hombres e insistía en que el sexo, con moderación, era bueno para la salud y contribuía a la estabilidad familiar y social. No obstante, aunque se reconocían sus necesidades sexuales, se instaba a las mujeres a complacer a sus maridos en la cama como medio de aferrarse a ellos. Mientras que a los maridos también se les animaba a intentar complacer a sus esposas, a estas se les ordenaba de hecho que fingieran el orgasmo si no lo experimentaban. Esto equivalía a una declaración del derecho masculino sobre el orgasmo femenino en nombre de la estabilidad conyugal.

[611] Macé, p. 230.

[612] *Ibid.,* p. 231.

[613] *Ibid.* Macé dijo de ella: «Esta singular criatura, que carecía casi por completo de sentimiento amoroso, a pesar de sus ideas y sus lascivos deseos, agravió a su marido y a dos amantes al mismo tiempo. Muñeca viviente, estatua hecha de carne, no encontró un Pigmalión que la animara. Rebelde contra los deberes conyugales, se sometió por obligación a su marido y por fantasía a sus amantes» (p. 234). Macé se maravillaba de que consiguiera «agraviar» a los tres hombres a la vez y también se refería a ella de manera ocasional como «la adúltera», pero estuvo más cerca de comprenderla que muchos otros, a pesar de sus desviaciones hacia el estereotipo.

[614] *Le Droit,* 11 de agosto de 1882.

[615] *Le Figaro,* 11 de agosto de 1882.

[616] *Ibid.,* 5 de agosto de 1882.

[617] *Le Droit,* 11 de agosto de 1882. Grousteau comentó, sin dar más explicaciones, que había observado que la «altura moral de Gabrielle» había decaído de manera progresiva cuando la conoció y que le había sorprendido oír

hacía poco que se llevaba bien con Marin y que volvía a ir a la iglesia tras un lapso de seis o siete años.

618 *Ibid.*, 10 de agosto de 1882.

619 *Ibid.*, 11 de agosto de 1882.

620 *Trial of Adelaide Bartlett,* pp. 103 y ss.

621 *Ibid.*, pp. 177 y ss.

622 Leach, «The Case of Edwin Bartlett».

623 *Times,* 12 de febrero de 1886.

624 *Trial of Adelaide Bartlett,* p. 145.

625 *Times,* 12 de febrero de 1886.

626 *Trial of Adelaide Bartlett,* p. 178.

627 *Times,* 19 de abril de 1886.

628 *Trial of Adelaide Bartlett,* p. 366.

629 *Ibid.*

630 *Ibid.*, pp. 398 y ss.

631 *Ibid.*, p. 372.

632 La explicación que se ofrece aquí sigue la sugerida por Yseult Bridges, con variaciones que se señalarán. Por lo que sé, Bridges es la única que ha «resuelto» el caso tal y como probablemente ocurrió. No he encontrado ningún contemporáneo, como los hubo en el caso Kent, que intuyera la probable verdad y la publicara.

633 Altick, p. 246.

634 Leach, «The Case of Edwin Bartlett».

635 *Times,* 9 de febrero de 1886.

636 *Ibid.,* 17 de abril de 1886.

637 *Ibid.*

638 Agradezco a Rudolph Binion, de la Universidad de Brandeis, algunas observaciones que me hizo en una carta (9 de noviembre de 1974) sobre los patrones en las mentiras de las mujeres y en las mentiras de Adelaide en particular. Es muy posible, como él sugiere, que los falseamientos de las mujeres sean más intrincados, «con enormes elaboraciones a través de las cuales se hacen visibles los hechos distorsionados». Para ellas, como grupo subordinado, la

mentira ha sido una táctica de supervivencia, como para cualquier otro grupo de este tipo. Además, sospecho que la interiorización de los códigos de conducta esperados para su sexo hace más crítica su necesidad de explicarse a sí mismas, así como a los demás, las desviaciones de dicha conducta. Como resultado, las mentiras se vuelven necesariamente más elaboradas, ideadas como están no solo para convencer a los demás, sino para convencer y tranquilizar al propio yo.

639 *Times,* 16 de febrero de 1886.

640 *Ibid.*

641 Véase John B. Blake, «Mary Gove Nichols, Prophetess of Health», *Proceedings of the American Philosophical Association,* 106 (junio de 1962): 219-234.

642 Para un análisis al respecto, véase Blake, p. 223, que también incluye referencias a otros materiales sobre Nichols.

643 Thomas Low Nichols y Mary S. Gove Nichols, *Marriage: Its history, Character and Results; Its Sanctities, and Its Profanities; Its Science and Its Facts. Demonstrating Its Influence, as a Civilized Institution, on the Happiness of the Individual and the Progress of the Race* (Cincinnati: Nicholson, 1854), p. 252.

644 Blake, p. 231.

645 Mary Nichols afirma que los tumores ováricos expuestos en una facultad de Medicina de Albany, algunos de ellos de hasta nueve kilos, eran el resultado de un «exceso amatorio» (p. 207).

646 Su declaración, tal como la hizo a su abogado, fue presentada en el juicio por Clarke. «Durante seis años mantuvimos ese contrato [matrimonio sin unión física] y entonces nació en mi corazón el deseo de ser también madre y tener un hijo en mis rodillas para que me amara y, ante mi súplica, mi esposo rompió el pacto establecido. Una vez y solo una fui admitida al amor de mi marido y, cuando pasaron los meses, en lugar del niño vinieron las semanas de agonía y el hecho de que casi pierdo la vida en el parto y, desde entonces, mi esperanza y mi deseo de tener un hijo se desvanecieron y reanudamos nuestra antigua relación» (*Trial of Adelaide Bartlett,* p. 326). Sin darse cuenta de su posible relevancia para la decisión de su cliente de tener un hijo, Clarke parafraseó un pasaje clave de la obra *Antropología esotérica* de Thomas Nichols para demostrar al juez Wills que el libro no tenía un «propósito vicioso»: «Se establece la regla de que solo es

permisible la indulgencia de la pasión sexual para la continuación de la especie; en el momento en que esa indulgencia ha dado lugar a su consecuencia natural y legítima, desde ese momento la esposa es sagrada para el marido hasta que haya expirado el tiempo de lactancia del niño» (*Trial of Adelaide Bartlett,* p. 319).

[647] Véase el análisis ya mencionado de Branca, cap. 7.

[648] Hay un buen análisis en Linda Gordon, «Voluntary Motherhood: The Beginnings of Feminist Birth Control Ideas in the United States", en *Clio's Consciousness Raised: New Perspectives on the History of Women,* ed. Mary S. Hartman y Lois W. Banner (Nueva York: Harper & Row, 1974), pp. 54-71.

[649] Blake, p. 229.

[650] *Trial of Adelaide Bartlett,* pp. 371 y ss. Wills continúa: «Y son lecturas como estas las que contribuyen a des-sexualizarlas y a traerlas a un lugar como este día tras día para escuchar de buen grado detalles que incluso a los hombres más maduros (…) les resultan desagradables y repugnantes». Una y otra vez, las mujeres son señaladas por su interés «impropio» en los procedimientos judiciales. Sin embargo, como sugerían sus comentarios, Wills hablaba de mujeres de otra época, una que quizá solo había existido en la imaginación. El *Evening Standard* señaló que, en el juicio, la tribuna estaba ocupada casi en exclusiva por mujeres y jovencitas bien vestidas, pertrechadas con «paquetes para el almuerzo, jerez, sándwiches y anteojos». Las mujeres, al parecer, se mostraron bastante impasibles ante la preocupación del magistrado: «A pesar de las más claras insinuaciones del docto juez Wills, mujeres y jovencitas, vestidas a la moda, permanecieron en sus asientos y, en los intervalos de suspensión, se burlaban y se reían de la mojigatería del juez» (19 de abril de 1886). El indignado *Reynolds' Newspaper* afirmó que el juez debería haberlas expulsado sin más: «¿Quiénes eran esas morbosas con enaguas que se sentaban allí a regodearse en la miseria de una de sus congéneres?» (18 de abril de 1886). Era más cómodo, desde luego, dar por hecho que se regodeaban en lugar de pensar que se identificaban con ella.

[651] *Times,* 20 de marzo de 1886. Una antigua criada reveló esta información.

[652] *Trial of Adelaide Bartlett,* p. 186.

[653] Altick, p. 243.

[654] Desde luego había suficientes indicios. El propio Leach declaró en el juicio

que Edwin le había preguntado por esta posibilidad. Cuando Leach quiso saber por qué su paciente pensaba que podía ser así, Edwin contestó: «Bueno, estoy haciendo cosas absurdas, cosas que van en contra del sentido común; de hecho, nos pasa tanto a mi mujer como a mí» (*Trial of Adelaide Bartlett,* p. 245).

655 *Ibid.*

656 *Ibid.*, p. 116. El socio de Bartlett declaró que Adelaide pidió el brandi junto con pastel de frutas, nueces y *chutney* de mango. Dijo que Adelaide comentó en ese momento: «Sé que Edwin no debería comer estas cosas, pero a él se le antojan».

657 *Evening Standard,* 26 de febrero de 1886.

658 Blake, p. 226. En el propio juicio, la señora Nichols fue descrita como «una espiritista que aconsejaba a las damas sobre todos sus problemas, sociales y domésticos, ya fuera por carta, en la más estricta confidencialidad o mediante cita en su consulta privada» (*Trial of Adelaide Bartlett,* p. 45).

659 Bridges presenta esta teoría en el cap. 4, pp. 240-247.

660 *Trial of Adelaide Bartlett,* p. 113. Edwin Bartlett padre, que había vivido con su hijo y con su nuera durante cinco años, afirmó que tenía «montones de cartas» de Frederick. El casero de los Bartlett, un tal Sr. Doggett, también relató un curioso incidente. Adelaide, dijo, recibió una tarjeta de felicitación de Año Nuevo de Frederick poco después de la muerte de Edwin. Su respuesta al abrirla, según este testigo, fue: «¡Ay, qué cruel!» (*Trial of Adelaide Bartlett,* p. 134). Por un lado, el comentario expresaba la ironía de semejante felicitación en un momento de duelo, pero ¿podría haber pensado Adelaide que Frederick estaba llevando su tétrico juego demasiado lejos con esta broma?

661 *L'Intransigeant,* 8 de octubre de 1882.

662 *Le Droit,* 10 de agosto de 1882.

663 Macé relata la observación de Marin: «Tengo una mujer de temperamento frío, incapaz de traicionarme» (p. 247).

664 *Le Petit Journal,* 15 de agosto de 1882.

665 Hasta ahora, los estudios se han centrado más en la literatura prescriptiva sobre el tema (véase la nota 53 de este capítulo) que en la cuestión más difícil de la práctica. En un contexto en el que las clases medias llevaban mucho tiempo practicando el control de la natalidad, será todo un reto descubrir la iniciativa de

las mujeres en la materia.

[666] *Le Droit,* 10 de agosto de 1882. Gabrielle le contó la historia a Macé. Marin y la criada la confirmaron.

[667] Macé, p. 249.

[668] *Le Droit,* 10 de agosto de 1882.

[669] *Le Figaro,* 12 de octubre de 1882.

[670] *Le Droit,* 11 de agosto de 1882.

[671] *Le Petit Journal,* 15 de agosto de 1882. Entre estos periódicos se encontraban *Le Voltaire, Le Petit Parisien, La Petite République, Le XIXème Siècle* y *Le Figaro.*

[672] *L'Intransigeant,* 12 de octubre de 1882. En un artículo de *Le Figaro,* escrito no muy en broma, el escritor Octave Mirbeau decía que Lucien era el único culpable: «Marin es feo y farmacéutico, pero está casado y (…) agraviado y, por estos dos motivos, es sagrado. (…) Ella [Gabrielle] obedeció a su instinto femenino, que es siempre traicionar y matar, si no con golpes físicos, al menos con golpes en el corazón. Gabrielle Fenayrou también es sagrada, porque todas las mujeres estarían condenadas si se la condena. Solo su marido tiene el derecho de vida o muerte sobre ella, porque le pertenece solo a él, como un gato o un perro, como todas las bestias de la casa de fieras doméstica» (*Le Figaro,* 12 de octubre de 1882). Un reportero del *Gaulois* se quejó de que su editor se había enfrentado a él por ir en contra de la opinión pública al defender a Gabrielle. La ley ya la consideraba una subordinada con un estatus inferior, argumentaba, por lo que no debía condenarla cuando admitía que se había limitado a obedecer a su marido (13 de octubre de 1882).

[673] Bérard des Glajeux, p. 63.

[674] *Ibid.*

[675] Macé, p. 257. En una carta en la que suplicaba la liberación de su hija, la señora Gibon escribió que Gabrielle «intentó con lágrimas y plegarias impedir aquella venganza, pero sin ser consciente de ese crimen que nunca había pedido, que nunca había deseado, que tan feliz habría sido de impedir, cedió ante la voluntad implacable de su marido, creyendo, en su inconsciencia, como tal vez creía él mismo y como le repetía sin cesar, que así se rehabilitaría con él, que enmendaría sus errores tanto como le ayudara en su legítima venganza».

[676] *Le Droit,* 10 de agosto de 1882.

[677] Dosier Fenayrou.

[678] El *Evening Standard* (14 de agosto de 1882) afirmó que el fracaso empresarial era el «verdadero motivo». El *Times,* en un editorial del 16 de octubre de 1882, argumentaba que la teoría de la venganza no se sostenía y adoptó la opinión de que Aubert debía de haber chantajeado a Marin Fenayrou.

[679] Clarke, «Leaves from a Lawyer's Casebook», p. 656.

6
Veneno, revólveres y el doble rasero

Los casos de Florence Maybrick y Claire Reymond

Florence Maybrick, sospechosa de envenenamiento, y Claire Reymond, juzgada por asesinato con un revólver, son los últimos sujetos de estudio de esta galería de mujeres acusadas.[680] La señora Maybrick, estadounidense y una «belleza sureña», causó mayor sensación que todas las demás, con la posible excepción de Marie Lafarge. La señora Reymond, por otra parte, fue detenida por un «crimen pasional» que, salvo por el estatus social de los implicados, el público vio como un episodio bastante trillado. Visto desde la perspectiva del siglo xx, sin embargo, el caso Reymond, como parte de lo que parecía una nueva oleada de delitos menores entre las mujeres francesas, es al menos tan intrigante como el caso Maybrick.

Florence Maybrick y Claire Reymond, cada una a su manera, fueron un barómetro de las cambiantes presiones a las que se enfrentaban las mujeres a finales de siglo. Para entonces, los logros sociales reales habían creado un nuevo conjunto de expectativas entre las mujeres casadas de las clases medias, pero estas mujeres no estaban en posición de organizar estrategias colectivas eficaces contra las críticas y las decepciones personales que acompañaban a esos logros.[681] A pesar de su creciente papel público y del activo movimiento por los derechos de la mujer, la mayoría de ellas seguían inmersas en un esfuerzo más privado por mejorar sus posiciones en el frente doméstico. Las dos mujeres de este capítulo se enfrentaron a problemas conyugales para los que no estaban preparadas. Desde luego una, y quizá también la otra, ideó una solución que implicaba el asesinato. En ambos casos, una vez más, las acusaciones de

adulterio fueron centrales, pero tanto la conducta de las mujeres como las reacciones públicas a esa conducta apuntaban en nuevas direcciones.

Florence Maybrick tenía veintisiete años en agosto de 1889, cuando fue juzgada en Liverpool por el envenenamiento con arsénico de su marido de cincuenta, James, un comerciante de algodón con el que llevaba casada más de ocho años. James había muerto en mayo tras una dolencia intestinal que se alargó dos semanas, durante la mayor parte de las cuales estuvo asistido por su esposa. Sus suspicaces parientes políticos habían disuadido a los médicos que lo atendieron de firmar el certificado de defunción y la consiguiente autopsia reveló restos de arsénico en el hígado, los riñones y el intestino del difunto. La señora Maybrick fue detenida y el jurado de la instrucción consideró que podía ser culpable, veredicto refrendado por el tribunal que se encargó de juzgarla.

«Florie», como la llamaban sus amigos, era delicada y atractiva, con la carita enmarcada por suaves rizos. Una mujer estadounidense, hija de un tratante de algodón que hacía negocios con James, pasó unas cuantas semanas en casa de los Maybrick cuando tenía ocho años y recordaba a Florence como una mujer hermosa que se convertía en el centro de atención en las numerosas fiestas que el matrimonio daba para la sociedad de Liverpool.

> Medía alrededor de un metro setenta y cinco; figura redondeada, busto y caderas generosos, cintura esbelta, brazos y piernas ahusados, muñecas y tobillos angostos, pies y manos pequeños, con los dedos bastante largos y aguzados. Hoy [1942] se la consideraría un poco rellenita de más. Tenía la tez clara y fina con las mejillas sonrosadas, [a] lo que creo que lleva el clima inglés. Su mayor atractivo era el cabello. Era rubio, pero no de ese amarillo apagado y desvaído, [tenía] el matiz justo de rojo para darle un brillante y vivo tono dorado intenso. Tendía a rizársele y siempre lo llevaba peinado con un estilo muy favorecedor. [Tenía la] nariz recta, la frente más bien alta, boca pequeña, labios finos (…) Los ojos de la Sra. Maybrick eran del azul más hermoso que he visto nunca. Eran unos ojos grandes y redondos y de un azul tan profundo que a veces parecían violetas. (…) Nunca adoptaba expresión

> alguna de intelectualidad, ni en la mirada ni en el rostro; sin embargo, había en su semblante un encanto magnético que atraía enormemente y parecía irresistible.[682]

La suya era la clase de belleza que suscita la actitud protectora masculina, lo cual pudo ser la razón por la que su abogado dispuso que Florence hiciera una declaración ante el tribunal en su propia defensa. Ella eligió explicar dos hechos bastante sospechosos: la compra del papel matamoscas impregnado de arsénico poco antes de la muerte de su marido y la afirmación de una enfermera, que lo había atendido al final de su enfermedad, de que la señora parecía haber estado manipulando la comida de su marido. Florence también se refirió de manera indirecta a un tercer asunto que pesaba más que los otros dos en la mente de muchos, a saber, la acusación de que había mantenido relaciones adúlteras con uno de sus amigos del comercio de algodón.

> El papel matamoscas lo compré con la intención de utilizarlo como cosmético. Ya antes de casarme, y después, durante muchos años, he tenido la costumbre de hacerme una limpieza de cara prescrita por el doctor Greggs, de Brooklyn. Consiste básicamente en arsénico, tintura de benjuí, agua de saúco y otros ingredientes. Perdí esta receta el pasado abril y, como por aquel entonces sufría una ligera erupción en la cara, pensé que podría intentar hacer un sustituto yo misma. Estaba deseando librarme de esa erupción antes de acudir a un baile el día 30 de ese mes. (…) Señoría, ahora deseo referirme al bote de concentrado de carne. El jueves 9 de mayo por la noche [dos días antes de la muerte de Maybrick], después de que la enfermera Gore le llevara a mi marido un caldo de ternera, fui y me senté en la cama a su lado. Él se quejaba de estar muy enfermo y deprimido y entonces me imploró que le diera ese polvo al que se había referido antes, por la tarde, y que yo me había negado a facilitarle. Estaba muy alterada, nerviosísima, muy afligida y su evidente angustia me turbó por completo. Me había dicho que el polvo no le haría daño y que podía echárselo en la comida. Entonces accedí. Señoría, yo no tenía ni un solo amigo honesto de verdad en esa casa. No tenía a nadie a quien consultar ni nadie que me aconsejara. Me depusieron de mi lugar como señora de mi propia casa y de mi deber de atender a mi marido, a pesar de

> encontrarse tan enfermo. (…) En conclusión, solo puedo añadir que, por amor a nuestros hijos, y por el bien de su futuro, nos habíamos reconciliado del todo y el día antes de su muerte le hice una confesión plena y libre y recibí su perdón total por el terrible mal que le había hecho.[683]

El abogado de la señora Maybrick, *sir* Charles Russell, quizá el letrado más dotado de su época, debería haberse dado cuenta de la insensatez de permitir que su cliente hiciera una declaración tan débil y autoinculpatoria, sobre todo porque creía firmemente que merecía la absolución. La señora Maybrick negó haberle dado el caldo adulterado a su esposo, pero lo que importaba era su admisión de que lo había preparado y, no por casualidad, el hecho de que el polvo por el que en teoría había rogado su marido se había analizado y era arsénico puro. Incluso en eso, sin embargo, otras pruebas podrían haber obrado a su favor con el jurado si el juez, el eminente *sir* James Fitzjames Stephen, no les hubiera indicado que valorasen mucho en su decisión el admitido adulterio de la acusada:

> (…) no deben considerar el caso como un mero asunto médico, en el que han de decidir si el hombre murió o no a causa del arsénico según las pruebas clínicas (…) deben resolver un caso de mayor peso (…) que implica en sí mismo una cuestión moral de suma importancia. (…) Pues que una persona siga administrando veneno deliberadamente a un pobre hombre, indefenso y enfermo, al que ya ha infligido un daño espantoso —un daño fatal para la vida conyugal—, la persona capaz de hacer algo así debe estar, en efecto, desprovista del menor rastro de sentimiento humano. (…) Deben considerar, pues (…) la cuestión de los motivos que podrían influir en la mente de esta mujer. Cuando consideren esto, deben recordar la intriga que urdió con el tal Brierley y la idea —parece espantosa para las personas comunes e inocentes en comparación—, la espantosa e increíble idea de que una mujer maquine la muerte de su marido para quedar en libertad de seguir sus propios vicios degradantes.[684]

El jurado deliberó apenas veinticinco minutos antes de emitir un veredicto de culpabilidad y la acusada fue condenada a la horca.

Florence Bravo y Adelaide Bartlett comprendieron la gravedad de esas acusaciones de conducta sexual inapropiada y cada una a su manera se las arregló para defenderse de ellas. Fuera o no culpable de asesinato, Florence Maybrick habría tenido mejores argumentos que la señora Bravo o que la señora Bartlett, pero carecía de la habilidad manipuladora, los sabios consejeros y la suerte de aquellas. Su propia madre admitió con pesar: «Mi hija no es una mujer de mucha agudeza»[685] y las pruebas confirman su juicio.

Aun así, el veredicto de culpabilidad fue inesperado. Incluso la *Saturday Review,* que dedicaba la mayor parte de sus páginas a deplorar la «insensatez y ocasional depravación de los partidarios de la señora Maybrick», admitió que la actuación del jurado, aunque «meditada y valiente», estaba no obstante «basada en creencias y no en pruebas».[686] El *Times* afirmó que «ni un tercio» de los cientos de miles de personas que seguían el caso estaban preparadas para el veredicto. Aunque denunciaba su «traición como esposa», el periódico señaló que el masivo estruendo público contra el veredicto procedía no solo del «prejuicio contra la pena capital en el caso de una mujer, y sobre todo de una mujer educada»,[687] sino también de la duda real sobre su culpabilidad. La variedad de las reacciones al caso se considerará con más detalle después, pero el efecto inmediato de aquella explosión de hostilidad fue empujar al Ministerio del Interior a conmutar la sentencia por cadena perpetua. Esta decisión, sin embargo, se le comunicó a la condenada solo después de que hubiera soportado, en régimen de aislamiento, el ruido de la construcción de la horca en el patio al que daba su celda.

Como la mayoría de los periódicos discrepantes, el *Times* se dio por satisfecho con la peculiar explicación del ministro del Interior de que, aunque la acusación había demostrado que Florence había administrado arsénico a su marido con intención de asesinarlo (no lo habían demostrado), había dudas razonables de que el arsénico fuera de hecho lo que lo había matado (sí que las había). A partir de entonces, aunque la batalla para liberarla estaba lejos de abandonarse, todos, salvo los más ardientes opositores al veredicto,

se retiraron. Debido a los numerosos e infructuosos esfuerzos por limpiar su nombre en los años posteriores, el caso llegó a conocerse como el «asunto Dreyfus inglés». Esta etiqueta era hiperbólica, pero no había duda de que fue la prueba de adulterio, y no la prueba de asesinato, lo que condenó a Florence Maybrick. El veredicto del jurado, como dijo con acierto un observador, había sido dictado por la señora Grundy[688].[689]

Aun con todo el furor público por el admitido adulterio de la señora Maybrick, pocos, incluso entre sus partidarios, señalaron que sus acciones, ya fuera el asesinato o una conducta sexual impropia sin más, se habían desencadenado al descubrir ella la infidelidad de su marido. En el caso francés de Claire Reymond, juzgado tres años más tarde, en 1892, el descubrimiento de la infidelidad del marido fue central, ya que condujo de forma más directa a un asesinato confeso.

La señora Reymond, la esposa de veinticinco años de un hombre de negocios parisino dedicado al comercio internacional, llevaba casada tres años y medio cuando empezó a sospechar que su marido Paul tenía una aventura con su mejor amiga. Claire Reymond, una mujer inteligente, voluble y atractiva, había reanudado en 1891 su relación con Yvonne Lassimone, una antigua compañera del internado. Yvonne era una belleza rubia y una música con talento. Al igual que Claire, procedía de una familia acomodada de clase media-alta; además, se había casado unos años antes con un joven abogado y tenía una hija pequeña. Los dos matrimonios pronto se hicieron buenos amigos; y —en el caso de Paul Reymond e Yvonne Lassimone—, íntimos. Paul, sin embargo, en un descuido se dejó por ahí algunos telegramas incriminatorios y también la descripción y la factura del joyero de un anillo que Claire había visto en el dedo de su amiga. Claire declaró que se había enfrentado a la pareja en febrero de 1892 y que, tras confesar una única indiscreción, estos habían prometido poner fin a sus relaciones. Por su parte, Claire aceptó perdonarlos.

No obstante, según Claire, sus sospechas se reavivaron unos

meses más tarde cuando, decepcionada porque Paul había cancelado una cita para almorzar con ella en el elegante Ledoyen, cedió a la curiosidad por una misteriosa maleta que su marido guardaba en el dormitorio y llamó a un cerrajero para que la abriera. Dentro descubrió sesenta y tantas cartas de Yvonne dirigidas a su marido, muchas escritas después de la prometida ruptura, que dejaban claro que no pensaban en separarse. También encontró, además de un corsé y un velo (y que estuvieran allí era cuando menos sugerente), el recibo de un apartamento recién alquilado. Llevó las cartas al piso de sus padres y les pidió que las leyeran y las guardaran bien.

Claire describió lo que pasó después como algo «instintivo». Se armó con el revólver de su marido y un cuchillo y pidió un coche que la llevara a la dirección que figuraba en el recibo. El conserje la dirigió a un apartamento del tercer piso; cuando su marido acudió a la puerta, pero se negó a abrir, Claire deslizó una nota por debajo en la que decía que el esposo de Yvonne los había descubierto e iba hacia allí. Le aseguró a Paul que solo había ido a avisarlos y él le abrió la puerta. Entonces, tal y como había previsto, su marido bajó corriendo las escaleras para dar instrucciones al conserje de que no permitiera subir a nadie, lo cual le dejó vía libre para dirigirse al dormitorio del apartamento. Allí encontró a Yvonne sentada en el borde de la cama, empezando a ponerse las medias. Claire describió la escena al juez:

> Encontrarlos allí juntos (…) Estaba ahogada por la impresión (…) Lo cierto es que no esperaba verla en la cama (…) estaba casi desnuda (…) Le reproché: «¿Cómo has podido ser tan desvergonzada? Yo fui buena contigo, yo te perdoné».[690]

Al parecer, Yvonne despachó las acusaciones de Claire con ironía: «Tu marido, pero ¿de verdad es *tuyo*?».[691] Ante aquello, declaró Claire: «Perdí la cabeza, le disparé».[692]

Tres de las cinco balas dieron en la pared, la cuarta rozó el pulgar

de Yvonne y la quinta y fatal la alcanzó en el estómago. Según parece, también forcejearon brevemente; Yvonne, que solo consiguió arañar a su agresora, tenía cortes superficiales de cuchillo en los senos y los brazos. Claire dejó a su víctima desangrándose y se apresuró a salir del apartamento, pero se cruzó en las escaleras con su marido, ahora angustiado y receloso. Lo urgió a que acudiera enseguida junto a Yvonne.

Esa misma tarde, Claire se entregó a la policía y declaró que el tiroteo no fue premeditado, que nunca había tenido intención de matar ni de herir siquiera. Argumentó que siempre llevaba una pistola y un cuchillo en el bolso, una costumbre que se remontaba a los años que pasó en Puerto Príncipe, Haití, donde su padre tenía una compañía comercial. Aquello era cierto, pero no explicaba por qué en esa ocasión había elegido el revólver de su marido en lugar de la pequeña pistola que solía llevar.

Al no conseguir que la acusaran solo de un cargo menor, Claire Reymond fue juzgada en julio de 1892 por asesinato premeditado. Aunque al principio la opinión pública estaba en su contra, en gran medida por la forma calculada de acorralar a su marido y a su rival, las simpatías se decantaron de su lado cuando su abogado empezó a leer pasajes de las cartas que Yvonne le había enviado a su amante. El jurado, tras solo unos minutos de deliberación, absolvió a la acusada.

Que el enterarse del adulterio de su marido pareciera impulsar a la esposa de un inglés a cometer adulterio ella misma, y luego tal vez a asesinarlo a él, mientras que eso mismo impulsó a la esposa de un francés a asesinar a la amante podría no tener relevancia por sí solo. Sin embargo, consideradas en el contexto de los hechos y en vista de las pruebas disponibles sobre el adulterio en la clase media y los «crímenes pasionales» en las dos sociedades, estas respuestas al adulterio del esposo sugieren mucho sobre las actitudes de las mujeres —y acerca de las mujeres— a finales del siglo XIX.

Lo que se sabe del origen de las dos acusadas y de los hechos que rodearon su infeliz descubrimiento revela, en primer lugar, que sus

experiencias pasadas y su entorno social estaban destinados a hacer que sus respuestas fueran muy distintas. Había algunas similitudes. Las dos se habían criado con cierta riqueza y un lujo relativo, ninguna estaba preparada para afrontar la desgracia personal y ambas, casualmente, tuvieron un malhadado romance a bordo de un barco con un hombre mayor, con el que luego se casarían. Pero ahí terminaban las semejanzas.

La señora Maybrick, de soltera Florence Elizabeth Chandler, había nacido en 1862 en Mobile, Alabama; era la segunda hija de William Chandler, un comerciante de algodón que era sobrino del juez asociado John Campbell, del Tribunal Supremo, más tarde secretario de guerra de la Confederación. La madre de Florence, Caroline Holbrook Chandler, era hija de Dennis Holbrook, un extravagante yanqui de Boston que promovió el Ferrocarril Central de Illinois, fundó la ciudad de Cairo[693] y alcanzó una dudosa inmortalidad en el personaje sin escrúpulos de Zephaniah Scadder del *Martin Chuzzlewit* de Dickens.

El padre de Florence murió en 1863 y su madre, que tenía fama de ser una joven alegre e indiscreta, se volvió a casar. Su nuevo matrimonio, con un oficial confederado, duró poco, hasta que este murió de tuberculosis. Entonces se llevó a sus dos hijos a Francia y regresó a Nueva York después de la guerra para visitar a su prima, la segunda señora de Cornelius Vanderbilt. En otro viaje a Europa a principios de la década de 1870, se casó de nuevo, esta vez con un oficial de caballería prusiano, el barón Adolph von Roques, con quien se dice que llevó una vida vertiginosa y financieramente temeraria. A los niños, mientras tanto, los dejó con amigos, parientes o en diversas instituciones. Fue una existencia peculiar y caótica que Florence decidió pasar por alto al hablar de su pasado años más tarde.

> Me eduqué en parte en Europa y en parte en Estados Unidos con la guía de maestros e institutrices. (…) Era demasiado delicada para la vida en la escuela. Viví en parte con mi abuela materna y en parte con mi madre, que residía en

el extranjero.[694]

Sus escasos comentarios al respecto sugieren que Florence quería que se diera por hecho que había tenido una infancia más convencional de la que realmente tuvo.

> Mi vida era muy parecida a la de cualquier otra muchacha que disfrutara de los placeres de la juventud con un corazón alegre. Me gustaba mucho esbozar intrincados diseños y copiar iglesias y catedrales antiguas.[695]

Florence Chandler tenía solo dieciocho años en 1880 cuando, en una travesía transatlántica de Nueva York a Londres, conoció a su futuro marido, James Maybrick, veintitrés años mayor que ella. Se decía que la vivaracha y voluptuosa Florence parecía más bien infantil e ingenua para ser hija de su madre. Fuera o no así, se casaría más joven y con una intervención materna más directa en la elección del marido que la mayoría de sus coetáneas. De hecho, parece que Florence fue un peón en un juego de engaños mutuos entre su madre y Maybrick.

La baronesa, cuyas reservas de dinero menguaban y que imaginaba una vejez cómoda gracias a la generosidad de un yerno rico, pintó una imagen exagerada de la posible herencia de tierras de Florie en Alabama. Maybrick, a su vez, omitió con discreción el hecho de que su negocio de comercio de algodón, una sociedad con uno de sus hermanos, estaba pasando por algunas dificultades. Cuando la pareja se casó en mayo de 1881, Maybrick no dispuso capitulaciones matrimoniales y solo suscribió una póliza de seguro por dos mil libras en la que nombró a Florence como beneficiaria. Florence solo aportaba ciento veinticinco libras al año, rentas procedentes de la casa hipotecada de su abuela en Nueva York.[696] La prudencia en asuntos financieros estaba fuera del alcance de Florence y James tenía motivos comerciales para querer disimular sus problemas pecuniarios. Cuando se trasladaron a Liverpool en 1882 tras pasar un año en Norfolk, Virginia, alquilaron una vivienda amueblada al detalle y contrataron personal muy por encima de sus

posibilidades.

A pesar de tales dificultades financieras, los seis primeros años de su matrimonio dieron la impresión de ser bastante felices. James, como era habitual en él, ocultaba a Florence su deteriorada situación económica tanto como podía. La pareja llevaba una vida social activa; recibían visitas con frecuencia, bailaban, jugaban al *whist* y compartían su pasión por las carreras de caballos. Maybrick pertenecía a varios clubes, que frecuentaba a menudo después de su jornada de trabajo en la lonja de algodón; también hacía viajes al continente y a Estados Unidos. Florence supervisaba el hogar y la crianza de los niños, un varón nacido en 1882 y una niña nacida en 1886. También sacaba tiempo para reunirse a tomar el té o a jugar a las cartas por la tarde y hacer numerosas compras. Un visitante estadounidense relató su impresión de que, aunque los Maybrick eran bien recibidos en los mejores círculos de Liverpool, Florence, ya fuese por su condición de extranjera o porque era demasiado obvio que disfrutaba de las atenciones de sus amigos varones, tenía pocas amigas íntimas.[697]

El estilo de vida de clase media-alta de Florence y su marido fue descrito más tarde por la mujer estadounidense que había visitado su casa de niña en 1888.

> Ella [la Sra. Maybrick] era extremadamente consciente de su belleza y atractivo y buscaba la admiración, la preferencia y los cumplidos sobre todo del sexo masculino. Le gustaba mucho vestirse bien y el señor Maybrick le regalaba ropa muy bonita y espléndida. Tenía ropa para todas las ocasiones, tanto para casa como para salir. (…) Si la señora Maybrick no se había acostado tarde la noche anterior, desayunaba con el señor Maybrick hacia las nueve. (…) Si había trasnochado, se levantaba sobre las once u once y media [y] desayunaba en su habitación o en el comedor. Cuando hacía buen tiempo, la niñera sacaba a los niños al jardín en cuanto terminaban de desayunar. La señora Maybrick salía también, cogía a la niña en brazos, jugaba con ella y le hacía carantoñas al niño. Cuando se cansaba de los chiquillos, leía algo ligero. Por la tarde se arreglaba y se iba en el coche a Liverpool. El señor Maybrick solía volver con ella. Rara vez pasaban una o dos noches a la semana solos en

> casa. Dos o tres veces por semana tenían invitados para cenar o venía alguien después. También salían a cenar fuera o después de cenar o por la noche. Todos los domingos por la mañana daban juntos un largo paseo a caballo. (…) La relación con el señor Maybrick siempre parecía muy amistosa. Él la llamaba Bunny[698]. (…) A menudo paseaban abrazados por el jardín y ella solía sentarse en su regazo y le contaba las canas y le decía lo gris que se le estaba poniendo el pelo.[699]

Luego resultó que los Maybrick estaban entregados en todos los ámbitos al ritual victoriano de «mantener las apariencias».

En 1887, Florence había descubierto varias cosas que echaron por tierra todas las ilusiones que pudiera tener sobre su marido. En primer lugar, James al fin confesó su ruina financiera casi total. Intentó someter a Florence a un estricto presupuesto, con solo siete libras a la semana para cubrir todos los gastos de alimentación para la familia, las necesidades del hogar y los salarios del servicio. Florence estaba desesperada, no solo porque la cantidad era insuficiente, sino porque había estado pidiendo dinero prestado en secreto —con el aval de sus joyas y de los dudosos derechos de propiedad sobre unos terrenos por una herencia en Estados Unidos — para pagar ropa y apostar en las carreras de caballos. Le aterrorizaba admitir su deuda acumulada de seiscientas libras y a finales de 1887 escribió angustiada a su madre, que para entonces vivía sola en París. Le dijo que James le había revelado que su patrimonio se había reducido a mil quinientas libras y que el negocio casi no daba beneficios.

> Estoy completamente agotada y en tal estado de tensión y nerviosismo que apenas me encuentro en condiciones de hacer nada. Cada vez que llaman a la puerta creo que voy a desmayarme por miedo a que sea alguien que viene a cobrar una cuenta y cuando Jim llega a casa por la noche lo miro temerosa y temblando para intentar adivinar si alguien ha ido a verlo por mis facturas (…) mi vida es un estado continuo de miedo a algo o a alguien. (…) ¿Merece la pena vivir así? De buena gana dejaría esta casa mañana mismo y me mudaría a otro sitio, pero Jim dice que eso lo arruinaría del todo. Y es que uno debe

> mantener las apariencias hasta que tenga más capital en el que apoyarse para hacer frente a sus obligaciones, ya que a la menor sospecha que se despertara[,] todas las reclamaciones le lloverían a la vez y ¿cómo iba Jim a saldarlas con lo que tiene ahora?[700]

Hay que admitir que Florence pudo haber exagerado un poco para disuadir a su madre de pedirles dinero. La baronesa se había quejado a su abogado en Nueva York de que, unos años después de la boda de su hija, Maybrick le había cortado su «asignación» y su «pobre niña» estaba «completamente en manos de su marido, que ha demostrado no ser un hijo para mí».[701]

No solo los problemas financieros preocupaban a Florence por aquel entonces. Su hijo contrajo la escarlatina y tuvieron que cuidarlo durante una larga convalecencia, mientras a la pequeña la enviaban lejos de allí para evitar que se contagiara. Su hermano Holbrook, un joven médico, murió en París, al parecer de tisis. También notó que la salud de su marido parecía deteriorarse. Preocupada por si su estado se veía afectado por un misterioso polvo blanco que le había visto tomar, confió su inquietud al médico de su marido, así como a uno de los hermanos de James. Unos meses más tarde, no mucho antes de la muerte de Maybrick, le habló de aquel polvo a su propio médico y le manifestó su temor de que fuera estricnina. Añadió que, cuando le había preguntado a James al respecto, este se había mostrado «irritable» y «susceptible» y le había dicho que se metiera en sus asuntos.[702] El médico, entonces, le dijo despreocupado que, si su marido moría alguna vez de repente, podía contar con que él mencionaría esa conversación.[703] Los motivos de Florence para esas consultas son, por supuesto, susceptibles de más de una interpretación.

Por último, en algún momento de 1887, cuando afrontaba todas estas otras dificultades, Florence se enteró de que su marido se veía con una amante que había mantenido durante casi veinte años. La mujer, que había sido dependienta en una joyería, había tenido cinco hijos con Maybrick y seguía recibiendo de él cien libras al año. A

Florence la mortificaba que James mostrara tan pocos remordimientos cuando se le confrontaba con sus faltas. Esta relación adúltera apenas se mencionó en el juicio, pero su influencia en la conducta de Florence parece innegable. Un médico que testificó en el caso mencionó en un artículo poco después que, desde dos años antes de la muerte de Maybrick, es decir, desde el momento en que Florence se enteró de la infidelidad de James, la pareja había dormido en habitaciones separadas.[704]

Casi al mismo tiempo, el nombre de Florence empezó a relacionarse con el de uno de sus cuñados y con el de un amigo abogado.[705] Al parecer, había decidido pagar a Maybrick con la misma moneda y a finales de 1888 se fijó en un tal Alfred Brierley, tratante de algodón y soltero quince años menor que su marido. No está claro si James sospechaba de una aventura o si su ira estaba provocada por otra cosa, pero en diciembre de 1888 Florence escribió a su madre para quejarse de cómo se habían deteriorado sus relaciones. Su esposo, decía, «en su furia», había roto el testamento que la convertía en su única legataria y administradora y planeaba asignar todo lo que pudiera a los niños. «¡Bonita forma de empezar el año!»,[706] fue el comentario de Florence.

Lo que sorprende de la represalia de Florence con Brierley fue su transparencia. En marzo de 1889, menos de dos meses antes de la muerte de James, o bien llevada por una estupidez monumental, o bien actuando de una forma descaradamente calculada, Florence telegrafió a un hotel de Londres frecuentado por comerciantes del algodón y que su marido conocía y reservó una habitación para Brierley y para ella a nombre del señor Thomas Maybrick y señora, sus cuñados. La torpeza de todo el asunto sugiere que Florence pudo tener la intención de provocar la indignación de su marido para que pidiera el divorcio. Aunque, de ser así, el plan no funcionó. Brierley, mortificado por haberse encontrado con algunos conocidos, decidió acortar la escapada después de una sola noche. Poco más tarde, compró un billete para un crucero de dos meses por el Mediterráneo, donde estaba cuando se conoció la noticia de la

muerte de Maybrick.

La aparente «desvergüenza» de Florence en el asunto podía deberse en parte a su origen estadounidense y a su condición de extranjera, así como a las ideas poco puritanas de su madre sobre el sexo extramatrimonial. Por lo general, se tachaba a las mujeres estadounidenses de tener concepciones sexuales más «avanzadas», aunque sus críticos ingleses a menudo omitían señalar que esas concepciones con frecuencia se habían originado en Inglaterra y simplemente encontraban un clima más favorable en la sociedad estadounidense, más diversa y menos ligada a las tradiciones. En el caso de Florence, sin embargo, la decisión de mantener relaciones extramatrimoniales parecía obedecer menos a cualquier principio del amor libre que a un indignado sentido de la justicia, que sus orígenes estadounidenses más «liberales» podrían haberla impulsado a exteriorizar de este modo. En su explicación del asunto de Brierley a su abogado, después de su detención (que este sabiamente se abstuvo de hacer circular), Florence reveló tanto su propio papel activo como una sorprendente actitud hacia un comportamiento que de manera oficial se consideraba la ruina para una mujer.

> Él [Brierley] despertó mi vanidad y se resistía a mis esfuerzos por complacerlo. Le dije que me iba a Londres [a su marido le dijo que iba a visitar a una tía que estaba enferma] y me burlé de él por ser un cobarde y tener miedo de reunirse conmigo y por estar dispuesto a dejar escapar semejante oportunidad. Sin embargo, durante un breve periodo me prendé de él. Antes de separarnos me dio a entender que le importaba otra persona y que no podría casarse conmigo y que, antes que enfrentarse a la desgracia de verse descubierto, se volaría los sesos. Entonces tuve tal revulsión de sentimientos que le dije que debíamos poner fin a nuestra intimidad de inmediato.[707]

Si bien su «revulsión» no le impidió seguir suplicando a un Brierley cada vez más frío, el resto de su declaración invita a creerla, aunque solo sea por su temeraria autoinculpación. No parecía percatarse de que admitir que se había prendado de él e insinuar que tenía

esperanzas de utilizar a Brierley para librarse de Maybrick le daban un motivo obvio para el asesinato. Extraordinaria sobre todo para su época era la descripción franca y directa de sus sentimientos y sus tácticas de manipulación. Es cierto que sus declaraciones posteriores, destinadas a hacerse públicas, fueron más circunspectas y en sus memorias ni siquiera menciona la escapada con Brierley.

Los indicios sobre lo que ocurrió desde el incidente del hotel a mediados de marzo hasta el inicio de la enfermedad mortal de Maybrick a finales de abril solo son concluyentes respecto a la creciente tensión en las relaciones entre James y Florence. A finales de marzo, Maybrick, que como mínimo sospechaba de lo de su esposa con Brierley, montó una escena en la carrera de obstáculos del Grand National cuando Florence se marchó un momento sola con su amante. Después, Florence le confió a una amiga que se había reunido con ellos: «Le voy a armar una buena por hablarme así en público».[708] Y al parecer es justo lo que hizo, pues los criados declararon que los Maybrick discutieron violentamente esa noche, acusándose el uno al otro de deslealtad. La preocupación de James no era la infidelidad en sí, desde luego, sino la amenaza de la ruina social y por tanto económica. «Mañana se habrá enterado del escándalo toda la ciudad»,[709] dijo, momento en el que Florence ordenó a un criado que le pidiera un coche. El enfurecido James atacó entonces a su esposa, le rasgó la ropa y le puso un ojo morado y la amenazó con que, si se atrevía a marcharse, no le permitiría volver ni ver nunca más a los niños. Una doncella intervino entonces, consoló a Florence y la convenció de que se quedara por el bien de los niños.

Al día siguiente, Florence le describió la pelea a su vecina, la señora Briggs, una vieja amiga que estaba divorciada. La mujer instó a Florence a ver a su médico para pedirle consejo y a consultar a un abogado sobre una posible separación inmediata. Ella misma acompañó a Florence al médico. Este hombre, amigo de la familia, testificó más tarde que la señora Maybrick le había confiado, respecto a su marido, que sentía «una fuerte aversión hacia él y que

no podía soportar que se le acercara».[710] Florence también vio a un abogado, pero no quedó constancia de sus conversaciones.

Lo que Florence no comprendió fue que estos dos «amigos» se pondrían al final de parte de su esposo. La señora Briggs conocía a la familia Maybrick desde hacía mucho tiempo y estaba resentida con Florence por ocupar el lugar que, en su opinión, pertenecía por derecho a una de sus propias hermanas menores. El médico pronto acabó reclutado por James Maybrick para mediar en una reconciliación entre su esposa y él. Maybrick accedió a pagar las deudas acumuladas por Florence si ella prometía acabar con su aventura. Brierley declaró haber recibido dos cartas suyas, en tono rencoroso, «a instancias»[711] del médico, pero otras cartas que intercambiaron más tarde sugieren que ninguno de los dos quería romper por completo la relación, a pesar de que ambos objetaron lo contrario en el momento del juicio.[712] Brierley, sin embargo, le dijo a Florence —en una carta que le llegó durante la enfermedad de Maybrick— que lo mejor sería que no volvieran a verse hasta finales de otoño. Añadió que su próximo crucero les haría ganar tiempo y, gracias a los meses transcurridos, haría más dudosa cualquier identificación que pudiera hacer de él el tipo del hotel de Londres. Al parecer, pues, mientras Maybrick agonizaba, Brierley solo estaba preocupado por preservar su reputación y mantener a distancia a su amante, al menos de forma temporal.

Florence, vencida por amigos, marido, amante e incluso sirvientes, pudo llegar a la conclusión de que había agotado todas las opciones más obvias para escapar de su matrimonio. Sin embargo, los pasos precisos que dio en esas angustiosas semanas siguen siendo un misterio. A finales de abril, justo cuando su marido enfermó de gravedad por primera vez, compró el papel matamoscas con arsénico, pero lo remojó abiertamente en un lavabo a la vista de todos, una forma de proceder algo extraña para una envenenadora en potencia y que dio credibilidad a su explicación de la limpieza de cutis. Además, los síntomas de James empezaron a aparecer unas dos semanas antes de la primera compra de papel matamoscas,

cuando este fue a Londres a saldar las deudas de Florence. En ese momento ya sufría dolores de cabeza y un entumecimiento en las extremidades que lo llevaron a visitar a un médico. Al parecer tuvo también premoniciones de muerte, pues redactó un nuevo testamento para que se considerara el último «en caso de que muera antes de haber hecho otro adecuado en su forma legal». Según sus términos, Florence quedaba completamente desheredada y todo lo que James poseía debía constituirse en un fideicomiso para sus hijos y administrarse por sus hermanos. A Florence se le permitiría el uso de los muebles de la casa y se esperaba que viviera con los niños «mientras siga siendo mi viuda».[713]

Si Florence aprovechó la enfermedad de su marido como una oportunidad para deshacerse de él, hizo gala de una extraordinaria sangre fría. Y tanto si su «erupción en la rostro» había mejorado con la limpieza de arsénico como si no, asistió al baile al que se refirió en su declaración ante el tribunal, a pesar de que su esposo ya estaba para entonces en lo que sería su lecho de muerte. El hombre que la acompañó esa noche, su cuñado Edwin Maybrick, podría haber sido su amante, según los rumores, pero ocho días después se había unido a su hermano Michael Maybrick para implicar a Florence en el envenenamiento de James.

En el caso de Claire Reymond, la serie de acontecimientos que llevaron del descubrimiento de la infidelidad al asesinato fue más directa y los orígenes de la acusada bastante menos excepcionales. Hija de un comerciante y banquero con casas en Niza, Puerto Príncipe y París, Claire tenía unos lazos familiares tradicionales y estrechos y parece que solo disgustó de verdad a sus afectuosos padres en una ocasión, cuando, en 1887, a la edad de diecinueve años, se enamoró del apuesto Paul Reymond, de treinta y cuatro, un hombre de negocios que tenía intereses comerciales en Sudamérica y que al parecer era conocido de su padre. La madre de Claire testificó más tarde que su marido y ella habían desaprobado una posible relación y se habían llevado a Claire en un crucero a Puerto Príncipe, obviamente para alejarla de Reymond. Una vez zarparon,

sin embargo, descubrieron que Paul Reymond iba en el mismo barco y pronto cedieron al deseo de la pareja de casarse para, como dijo la madre de Claire, «no romper el corazón de nuestra hija».[714] La boda se celebró en el verano de 1888 y, tras pasar más de un año en Puerto Príncipe y Buenos Aires, regresaron a París en 1890.

Claire insistió en que, hasta que se reencontró con su amiga Yvonne Lassimone a principios del año siguiente, Paul y ella habían sido «muy felices», aunque reconoció su pesar por no haber tenido hijos todavía. Claire llegó a admitir, incluso, que sintió una alegría especial cuando su amiga le pidió que fuera la madrina de su hijita, ya que, como ella misma dijo, «nuestro propio matrimonio seguía estéril».[715] Es concebible que su regocijo por esta maternidad ficticia la mantuviera ajena a la creciente intimidad entre su amiga y su esposo en las numerosas ocasiones en que pasaban tiempo juntos.

Por su parte, Yvonne Lassimone parecía estar cansándose de su marido, el elegante pero más bien tímido hijo de una famosa modista que no tenía mucho éxito en su nueva carrera empresarial. Dos años más joven que Yvonne, Lassimone, que tenía veinticuatro en 1892, parece que fue un capricho pasajero de su esposa, bastante mimada y egocéntrica. Dado que sus padres, recién divorciados, estaban bien situados —su padre era abogado y periodista— y, además, su tío estaba en el Senado, Yvonne pudo usar su influencia para apuntalar la carrera de su marido, pero en el proceso pareció perder el respeto que le tenía. Paul Reymond, un hombre algo mayor, seguro de sí mismo y con gran éxito, era todo lo que le faltaba a su marido y ella conocía bien su propio atractivo. Un periódico la describió con toda seriedad como «quizá demasiado impresionante».[716]

La reacción inicial de Claire al enterarse de la intimidad entre su marido y su amiga fue en apariencia la resignación que se esperaba de las esposas burguesas en Francia.[717] Interrogada por el juez sobre si no había notado nada entre Paul e Yvonne con anterioridad, ella respondió que sí, pero no hasta enero de 1892, casi un año después del probable comienzo de la aventura. Como dijo Claire:

«Un día, cuando mi marido, Yvonne y yo volvíamos en coche a casa desde el teatro, me pareció verlos cogidos de la mano en un instante en el que el interior se iluminó cuando pasábamos bajo una farola de gas».[718] Claire explicó que, cuando encontró los telegramas incriminatorios que la llevaron a enfrentarse a la pareja un mes después, estuvo llorando toda la noche e incluso contempló la idea de tirarse por una ventana.[719] Sin embargo, al parecer aceptó las disculpas de ambos por una supuesta única indiscreción, en parte, según ella, porque Yvonne invocó el nombre de la ahijada a la que quería seguir viendo. Claire también declaró que Yvonne le había rogado que siguiera visitándola, ya que una ruptura de su relación podría levantar las sospechas de su marido. Claire accedió, pero estaba siempre en guardia.

Un motivo evidente para la sospecha era que, aunque en diciembre de 1891 habían nombrado a Lassimone consejero en la prefectura de Blois, Yvonne había conseguido posponer el reunirse allí con él. Lassimone comentó en una entrevista que primero había sido la excusa de lo mucho que se tardaba en preparar el equipaje y luego que estaba demasiado «enferma» para aguantar el traslado.[720] Al cabo de un tiempo, se estableció la pauta de que Yvonne permanecía en París con la niña y Lassimone las visitaba los domingos. El arreglo era ideal para seguir viéndose con Paul, tal y como advirtió Claire, aunque a ella solo le dijeron que su amiga «adoraba» París y no soportaba la idea de exiliarse a Blois.

Una vez convencida de que en realidad no habían puesto fin a la aventura, Claire intentó que Lassimone asumiera el clásico papel de marido ultrajado y se llevara a su mujer de París. Lassimone declaró haber recibido dos cartas anónimas sobre Reymond y su esposa más o menos al mismo tiempo que Claire descubrió su relación en febrero y, a pesar de que esta lo negó, es probable que se las hubiera enviado ella. Aunque a Lassimone no le faltaban informantes. Su doncella de París, dijo, lo había advertido de ciertas «escenas» entre Reymond y su esposa.[721] También se enteró, por la criada de su suegra, de que esta ponía su apartamento a disposición

de los amantes para sus encuentros. Claire, que al parecer creía que Lassimone actuaba demasiado despacio, se lo confió todo a su madre, quien se encargó de enviar el siguiente telegrama a la madre de Lassimone: «Si desea tener pruebas de la mala conducta de la señora Yvonne, ponga a alguien delante de su puerta mañana, por la mañana temprano, y ordene a esa persona que la siga durante todo el día sin perderla de vista. (…) Su encantador hijo merece un destino más feliz».[722] Más tarde se dijo que la señora Lassimone madre estaba demasiado enferma para llevar a cabo el plan, aunque es probable que su hijo le prohibiera intervenir.

Aunque más tarde mantuvo que solo estaba esperando pruebas suficientes contra la pareja para «tirarse al cuello [de su rival]»,[723] en realidad parece que Lassimone hizo lo poco que hizo aguijoneado por las mujeres que intentaban avergonzarlo para que adoptara lo que ellas consideraban un papel vindicador adecuado. Lassimone contó a la prensa que, en marzo, intentó presentarse sin avisar en casa de su suegra, donde esperaba sorprender a la pareja y recuperar algunas de las cartas que Paul le había enviado a su mujer, que le habrían proporcionado las pruebas que necesitaba para una condena por adulterio o una demanda de divorcio si hubiera querido. Pero admitió sin mucha convicción que llegó «demasiado tarde» y que su suegra se las arregló para destruir las cartas cuando él «tuvo que ausentarse un momento».[724]

Es difícil reconstruir una narración precisa de los acontecimientos posteriores que condujeron al tiroteo, en parte porque Lassimone no tuvo que testificar, al ser el marido agraviado, y a Paul Reymond lo interrogaron de forma muy breve. A pesar de algunas discrepancias de detalle en las entrevistas periodísticas con los dos hombres, no obstante, el esquema general de lo ocurrido está bastante claro.

La enfermedad que según Yvonne le había impedido trasladarse a Blois era un embarazo, que su marido conocía, pero del que Claire posiblemente no tuvo constancia hasta la primera semana de abril, cuando Yvonne anunció que había sufrido un aborto espontáneo. Era muy probable que el padre fuese Reymond, no solo porque Yvonne y

su marido habían estado muy poco tiempo juntos desde el diciembre anterior, sino también porque las cartas de la mujer a su amante exigían de un modo insistente que Paul no tocara siquiera a Claire, una exigencia que a duras penas habría podido hacerle si ella misma no hubiera estado evitando las relaciones con Lassimone. Así pues, lo más probable es que el aborto espontáneo fuera en realidad un aborto provocado, ya que Yvonne y Paul, que en última instancia tenían intención de casarse, sabían que la ley prohibía a los divorciados contraer matrimonio con alguien con quien pudieran probarse relaciones sexuales anteriores.

Lassimone, sospechando al parecer que su mujer planeaba abortar, esperaba intervenir de algún modo. Pero, por la razón que fuera, no supo a qué médico había contratado hasta después del suceso y, cuando fue a verlo, el doctor se limitó a confirmar la historia del aborto. Aquello era de esperar, sobre todo porque es probable que recibiera unos buenos honorarios por sus servicios.[725] El médico, en cualquier caso, no fue citado para testificar.

En sus declaraciones a la prensa, Lassimone nunca mencionó abiertamente la sospecha de que su mujer hubiera abortado, pero sus comentarios eran transparentes. Señaló con ironía que, en varias ocasiones antes del suceso, su esposa había mencionado su «temor» a un aborto espontáneo.[726] También comentó que él había acudido a París durante la convalecencia de su mujer solo porque había recibido una carta anónima en la que se le informaba del aborto espontáneo, mientras que Paul Reymond, según la doncella, había visitado a Yvonne durante ese tiempo hasta dos o tres veces al día.

Aun así, fuera lo que fuese lo que Lassimone había planeado, siguió sin hacer nada. Durante su visita a principios de abril, Yvonne y él se pelearon; él admitió haberla golpeado y alegó que ella lo había arañado. Pero Yvonne, arguyendo que su marido era violento y la había amenazado, solicitó alojamiento para su hija y para ella en un convento de París y presentó una demanda de divorcio. Mientras tanto, Claire, cada vez más desesperada, llevó a la madre de

Lassimone dos cartas de Yvonne a Paul que había descubierto, con la esperanza de conseguir que utilizara su influencia con su hijo para obligar a Yvonne a abandonar París. La señora Lassimone, sin embargo, declaró sus sospechas sobre la autenticidad de las cartas y Claire acabó accediendo a llevarlas a un perito calígrafo. Al mismo tiempo, informó a la señora Lassimone de que iba a intentar sorprender a la pareja cuando estuvieran juntos. Como le dijo más tarde al juez, alterada: «¡Era esencial! Una vez demostrado el adulterio, mi marido no tendría derecho a casarse con la señora Lassimone tras el doble divorcio con el que soñaba. Yo seguía amándolo, a pesar de todo, ¡y estaba decidida a impedir que se casaran!».[727]

Estos acontecimientos de principios de abril arrojan serias dudas respecto a la defensa básica de Claire de que el 21 de mayo, cuando encontró las cartas en la maleta de Paul, había salido de forma impulsiva, armada hasta los dientes, para sorprender a la pareja. Más bien parece que se decidió por el asesinato cuando la inacción de los demás la convenció de que el asunto dependía de ella. Lassimone admitió haber mantenido dos conversaciones con Claire a principios de abril, antes de volver a Blois, y su decisión bien podía datar de entonces.

Las razones de Lassimone para no actuar, por su parte, eran bastante obvias. Debía su nueva posición como funcionario de categoría en Blois a la intervención de su suegra; la exposición pública, sobre todo sin violencia contra Reymond, solo lo habría puesto en ridículo. El embarazo de Yvonne reforzó su reticencia a actuar, ya que las dudas sobre la paternidad de la criatura se harían de dominio público. Declaró además que había amado a su mujer «apasionadamente» y que el deseo de recuperarla también frenó sus acciones.

En una entrevista, Lassimone se quejó con amargura de que su suegra había sido la causa de toda su infelicidad;[728] tanto si había llegado a facilitar los escarceos de su hija asegurándole un puesto fuera de París a su yerno como si no, su manifiesta acogida de la

relación entre Yvonne y Paul suponía un juicio sobre él que sin duda le escocía. En conjunto, Lassimone vio claro que tenía demasiado que perder si tomaba medidas directas. Después de que Claire se vengara a su manera, el joven presentó tranquilamente su dimisión. Al parecer, contaba con la «simpatía» de sus compañeros funcionarios de Blois.

Claire Reymond, a diferencia de Lassimone, decidió según parece que tenía poco que perder si actuaba. Sabía que el suyo no sería el primer caso en los últimos años en Francia en el que una mujer de su posición social hubiera tomado las armas para defender lo que llamaban honor ultrajado. Aunque, si planeó el asesinato con tiempo, como es probable, quedaba el problema logístico de la oportunidad. Mientras la pareja siguiera reuniéndose en casa de la madre de Yvonne, el riesgo era demasiado grande. Sin embargo, la decisión de Paul de alquilar un apartamento después de que Yvonne se fuera al convento dio a Claire la oportunidad que necesitaba. El apartamento se alquiló el 13 de mayo, solo una semana antes del tiroteo. Es muy posible que Claire descubriera el contrato de alquiler poco después: la historia de que llamó a un cerrajero para que abriese la maleta de Paul el día del crimen nunca se verificó en el juicio. Desde luego, dado lo que ella ya sabía, es poco probable que hubiera esperado la ocasión más bien trivial de un almuerzo cancelado para rebuscar en la misteriosa maleta cerrada. En cambio, es más probable que el almuerzo cancelado fuese para ella una señal de que Paul e Yvonne estaban juntos en el apartamento; una señal, en otras palabras, de su primera oportunidad para cometer un asesinato premeditado.

Claire sabía que, para beneficiarse de la notoria indulgencia de los jurados hacia las mujeres en su situación, tenía que hacer que su acto pareciera espontáneo y no calculado. Durante el interrogatorio al que la sometieron nada más entregarse, declaró que, si tan solo su rival se hubiera arrojado a sus brazos en lugar de burlarse de ella, lo habría perdonado todo de nuevo. Pero Yvonne no lo había hecho y, como Claire quería hacer creer a su público, la pasión y la

impetuosidad se apoderaron de ella. «Soy una loca enamorada —afirmó— y todos mis problemas vienen de eso».[729]

En el momento del juicio, en julio, las autoridades judiciales, por deferencia a la familia bien relacionada de Yvonne, habían hecho todo lo posible para evitar a los implicados una dolorosa exposición. Paul Reymond fue citado únicamente para relatar los acontecimientos de la tarde del crimen. Descrito como un hombre alto, delgado y bien vestido, con el pelo cuidadosamente peinado y fijado con pomada, bigote poblado y ojos más bien fríos, Reymond añadió a su testimonio la única observación de que, debido a su costumbre de llevar una pistola encima, su mujer era conocida en su círculo como «la pequeña salvaje».[730] Un periódico señaló que la connivencia entre el juez que presidía el tribunal, el fiscal y el abogado defensor para interrogar mínimamente a Reymond causó un considerable descontento entre las «bellas damas» de la sala, que seguían los debates con sumo interés.[731] Aparte de un médico que había examinado a Claire después del tiroteo y dejado constancia de los arañazos que sugerían un forcejeo, no se llamó a declarar a ningún otro testigo.

El fiscal hizo un enérgico pero torpe llamamiento a la condena, argumentando que el caso no era un «drama sentimental», sino un «drama de odio». No obstante, reconoció con amargura que el sentimiento estaba inclinando la opinión a favor de la acusada e insistió en que el jurado tenía el deber de acabar con lo que calificó de «epidemia de asesinatos».

> El cónyuge ultrajado no tiene derecho a reemplazar por la muerte los pocos meses de prisión con que la ley castiga el adulterio. No hay «crímenes pasionales», solo hay delitos. La señora Lassimone era más bella que la señora Reymond. Ahí tienen el secreto del odio de esta mujer.[732]

La defensa no podría pedir un ataque más susceptible de confirmar las simpatías por la acusada. Incluso dejando de lado la contraproducente sugerencia sobre el verdadero motivo de Claire

Reymond, el fiscal no mencionó que la propia acusada no tenía ningún recurso legal en una situación así salvo a través de Lassimone, que se había mantenido al margen. Como ya se ha señalado, en Francia el adulterio de un marido solo era punible si este era lo bastante insensato como para mantener a una amante en el domicilio conyugal, e incluso entonces solo podían condenarlo a pagar una pequeña multa. Sin embargo, las esposas no gozaban de una protección tan solícita; a un marido se le permitía hacer encarcelar a su esposa adúltera durante un periodo de tres meses a dos años solo con la prueba de las cartas, que se consideraban pruebas insuficientes en el caso de un supuesto adulterio de él.[733] Lassimone disponía de esas pruebas, pero optó por no actuar.

El abogado de Claire Reymond, en lugar de señalar este hecho, que podría haber sesgado la opinión de un jurado compuesto en exclusiva por hombres e interesados en preservar sus derechos, limitó su defensa a la lectura de algunos pasajes seleccionados de las cartas enviadas por Yvonne a su amante. El 29 de marzo, justo antes del supuesto aborto espontáneo, Yvonne había escrito:

> Soy tuya para siempre y me exaspera tanto esta farsa que estoy a punto de perder los estribos o cometer una imprudencia. Aún soy capaz de razonar, pero solo Dios sabe cuánto durará eso. ¿Va tu media naranja [*douce moitié*] a Niza? Estoy convencida de que hará todo lo posible por retenerte a su lado y solo pensarlo ya me enfurece.[734]

El 15 de abril se mostró imperiosa:

> Dices, querido, que no puedes evitar ciertas expresiones de afecto cuando estáis juntos. Lo considero una profanación de mi propiedad, de lo que a partir de ahora me pertenece solo a mí.[735]

El 2 de mayo continuó en esta línea:

> Ya es demasiado que insistas en tutearla. Deja de dormir en su cama, ¡esa mujer me repugna![736]

Yvonne solía firmar estas cartas como «tu esposa» y, en la del 2 de mayo, comentaba lo fácil que sería todo para sus futuros planes matrimoniales si pudieran interesar a sus cónyuges el uno por el otro y luego sorprenderlos en el adulterio. Todo esto, huelga decirlo, fue más que suficiente para el jurado, que enseguida puso en libertad a la acusada.

Varias características del caso Reymond indican de qué modo los patrones tradicionales seguían arraigados en los hogares burgueses, a pesar de algunos indicios de cambio. La fuerza de los lazos familiares en todas las fases del caso y, sobre todo, el papel extraordinariamente activo desempeñado por las mujeres dentro de la estructura de la familia son ejemplo de la persistente solidez de las redes de parentesco femenino en los entornos urbanos, sobre todo en asuntos críticos para el interés y el honor familiar. Por ambas partes, las madres asumieron lo que se aceptaba como su papel «natural» de protectoras de sus hijos, y en especial de sus hijas, incluso mucho después de que hubieran alcanzado la edad adulta.

La mayor cercanía de las familias de clase media francesas en comparación con las inglesas, que aún perdura hoy en día, se debía en gran medida a estándares de vida más bajos y a una menor movilidad social. Estos factores hacían que la proximidad literal de los miembros de la familia, así como su dependencia mutua, siguieran siendo mayores. Las institutrices y los internados, que separaban a los hijos de los padres, eran más comunes en Inglaterra y, aunque es cierto que las privilegiadas Claire Reymond e Yvonne Lassimone habían estudiado en un internado, también es verdad que se ajustaron al patrón de su clase al vivir cerca de sus padres después de casarse y seguir viéndolos con regularidad. Claire incluso se quedaba con los suyos cuando Paul estaba de viaje por negocios.

La intimidad psicológica fomentada por la proximidad física no es fácil de estudiar desde un punto de vista histórico, aunque la mayoría de los cronistas de la época señalaban que tanto las relaciones madre-hija como madre-hijo eran más fuertes en Francia

que en Inglaterra.[737] Sin embargo, en el caso Reymond el adulterio fue una cuestión que dividió las lealtades de las madres de los hombres. La madre de Lassimone, a pesar de su evidente reticencia a intervenir, parecía creer que su hijo debería haber actuado con mayor decisión contra Reymond, como atestigua su disposición a recibir a Claire y a cooperar con ella, al menos en parte. La madre de Reymond, cuando la informaron del comportamiento de su hijo, se puso de parte de su nuera. No se sabe si reconvino a Paul, pero Claire contó que visitó a su suegra antes de entregarse, justo después del crimen, y que la mujer la tranquilizó y le dijo: «Has hecho bien».[738] Tales indicios sugieren que las mujeres podían estar cada vez más dispuestas a impugnar la doble moral sexual en privado, incluso en casos relacionados con el comportamiento adúltero de sus propios hijos.

La solidaridad femenina era por supuesto mayor entre parientes consanguíneas y se ha afirmado que las relaciones madre-hija, incluso después del matrimonio, siguieron siendo especialmente fuertes en Francia.[739] Aun así, nunca se ha explorado la naturaleza exacta de esta intimidad. El caso Reymond sugiere que sus dimensiones incluían las cuestiones sexuales; Claire e Yvonne, al menos, consideraban de lo más natural compartir estos problemas con sus madres. Claire reconoció, no obstante, que esperó un tiempo tras enterarse de que sus sospechas sobre Paul eran fundadas, pero puso la «excusa» de que se había casado en cierto modo en contra de los deseos de sus padres y al principio no se atrevía a revelarles su infelicidad. Aunque los problemas sexuales de Yvonne eran de otro tipo, hay algunos rasgos en común dignos de mención como son la puesta en común de sentimientos, la solicitud de ayuda por parte de las hijas y la respuesta de apoyo de las madres. En circunstancias más corrientes, esta red de apoyo primario ayudaría sin duda a muchas jóvenes de su clase a hacer frente a las nuevas experiencias de la vida conyugal. Al mismo tiempo, sin embargo, es probable que inhibiera o retrasara su madurez emocional, así como su capacidad para desarrollar

respuestas independientes eficaces a sus cambiantes circunstancias.

Como extranjera y desplazada, Florence Maybrick no tenía ni a su madre ni a otros parientes cercanos a los que recurrir en caso de necesidad, pero la situación de muchas de sus congéneres inglesas era quizá más parecida a la suya que a la de las jóvenes casadas francesas. En una sociedad con mayor movilidad, la probabilidad de que las hijas y las madres siguieran en contacto permanente era mucho menor. Las confidencias íntimas entre ellas estaban por tanto destinadas a darse con menos frecuencia. A falta de estudios demográficos, los populares manuales sobre salud y matrimonio aportan pruebas indirectas de este probable mayor aislamiento de las mujeres inglesas casadas. Estos manuales daban por sentado que la madre no siempre estaría ahí para dar consejos e incluso en las conversaciones sobre acontecimientos de carácter familiar tan tradicionales como el parto, se instaba a las mujeres a consultar a alguna vecina para que las orientara.[740]

Florence Maybrick sí escribió a su madre para hablarle sobre sus preocupaciones financieras, pero no parece que mencionase problemas conyugales más personales ni, como hizo Yvonne, aventuras extramatrimoniales. La baronesa afirmó que ella no sabía nada de eso y, en vista del distanciamiento provocado por el recorte de su asignación por parte de su yerno, es probable que dijera la verdad. Se quejaba, además, de que su hija incluso se había puesto de parte de James y contra ella en cuestiones de dinero,[741] una respuesta natural teniendo en cuenta que James era no solo el único apoyo financiero de Florence, sino también su apoyo emocional más inmediato, aunque fuese un apoyo cuestionable. La tendencia hacia un mayor aislamiento de las unidades unifamiliares estaba destinada a hacer que las esposas se pusieran de manera más habitual de parte de sus maridos y en contra de sus padres, incluso cuando, como en el caso de Florence, ninguna de las dos opciones ofrecía gran cosa.

Así, un distanciamiento relativamente mayor de los padres y de la familia extensa hace probable que las mujeres inglesas de clase

media —y también las estadounidenses— tuvieran que enfrentarse solas a muchos de sus problemas más íntimos o bien buscar el apoyo de alguien ajeno al círculo familiar: amigas, médicos, amantes y otras personas cuya lealtad era más contingente. Aunque los efectos a largo plazo fueron sin duda una mayor independencia y más capacidad para hacer frente a las dificultades, los efectos inmediatos suponían una mayor inseguridad y ansiedad, ya que más mujeres se vieron obligadas a buscarse la vida por su cuenta y a adoptar normas y comportamientos que diferían de los de sus madres.

Otro aspecto de estos casos que sugiere cómo funcionaban las instituciones tradicionales en Francia para amortiguar las sacudidas de la transición a la modernidad para las mujeres es la prueba de que los conventos seguían proporcionándoles un refugio en los periodos más difíciles de su vida. En el caso de Yvonne Lassimone, solicitar alojamiento en un convento fue sin duda una estratagema para apuntalar su demanda de divorcio. Pretendía alegar que la violencia de su marido había hecho necesario tomar ese camino. Para otras, como las solteronas y las viudas con medios modestos, la necesidad de un santuario era algo más que un recurso temporal. Curiosamente, incluso la madre de Florence Maybrick, que vivía sola en París, declaró que su hija y su yerno la instaban a trasladarse a un convento para ahorrar gastos. «He sufrido tanto durante este invierno la tortura de la incertidumbre y el miedo al qué pasará mañana que no volveré a arriesgarme. Es un martirio. Me sentiré mejor si sé que el amparo de un convento es una opción abierta para mí».[742] Al final, la baronesa acabó alojándose en un convento.

En Francia, a diferencia de Inglaterra, donde solo unos pocos establecimientos de la alta Iglesia atendían estas necesidades, los conventos parecían estar más al alcance de las mujeres[743] y sería útil saber más sobre cuántas se acogieron a ellos, su situación y su estilo de vida allí. Es muy posible que las instituciones religiosas de Francia sirvieran a una clientela femenina similar a la de los establecimientos de curas de agua y salud que eran más populares

en Inglaterra. Allí también pudieron fomentarse subculturas femeninas que proporcionaban seguridad y oportunidades para compartir mutuamente sus problemas. El hecho de que los conventos fueran un entorno decididamente más conservador que los establecimientos de curas de agua subraya una vez más el marco más tradicional en el que las mujeres francesas vivieron la transición al estilo de vida moderno.

Estos casos también permiten vislumbrar algunos atisbos de las cambiantes relaciones entre sirvientes y patronos. En ambos países aparecían nuevas tensiones en estas relaciones a medida que los criados empezaban a mostrar signos crecientes de independencia y que los estilos de vida de la clase media experimentaban cambios. En el caso de Yvonne, esta no podía confiar en que las criadas guardaran el secreto de su aventura con Paul. La doncella de su madre le reveló a Lassimone los encuentros con Reymond en su casa y la propia criada de Yvonne ya le había hablado antes de las visitas que Paul le hacía allí. De hecho, puede que fuera la falta de confianza en su criada lo que impulsara a Yvonne a pedirle el apartamento a su madre en un principio.

En el caso de Florence Maybrick, sus relaciones extramatrimoniales parecían ser de dominio público entre el servicio y la naturaleza casi transparente de la propia señora desde luego no ayudaba. La que una vez fuera una jovencísima huésped estadounidense en su casa recordaba que, durante su estancia allí en 1888, los criados tenían la costumbre de hablar entre ellos en voz baja y que la casa tenía un «aire de secretismo» y una «corriente de misterio» que resultaban «inquietantes». Esta mujer relata varios episodios de criados formando grupitos que se dispersaban cada vez que se acercaba un miembro de la familia y sugiere, al considerarlo en retrospectiva, que esas pequeñas conspiraciones podían estar relacionadas con las indiscreciones sexuales de la señora. Sus recuerdos del comportamiento de la señora Maybrick proporcionan, en cualquier caso, algunos indicios de cómo Florence pudo haber concertado los encuentros con su amante (o amantes) y de cómo sus preparativos

pudieron despertar las sospechas del servicio.

> Hubo un incidente que ocurrió mientras yo estaba en Battlecrease [la casa de los Maybrick] que, en mi madurez, considero muy significativo del romance de la señora Maybrick con Edwin [su cuñado]. Ella pidió el coche una mañana para una hora determinada. Luego bajó, ya preparada, antes de la hora fijada para que el coche estuviera en la puerta, pero se mostró muy inquieta, impaciente y malhumorada porque aún no estaba allí. Esto era un ejemplo del carácter infantil y consentido de la señora Maybrick. Sin embargo, el coche llegó enseguida y ella se marchó a Liverpool. Al día siguiente se repitió la misma escena. (…) La noche del día siguiente a su último viaje, el señor Edwin y su señora vinieron a Battlecrease a cenar o, como ellos decían, a una «comida crepuscular». La esposa del señor Edwin había regresado esa misma mañana de hacer una visita a su madre y ella y el señor James y su mujer estaban hablando de esa visita.[744]

Es obvio que los criados que servían la mesa en tales ocasiones oían las conversaciones y eran capaces de atar cabos. Unos meses más tarde, cuando la señora Maybrick ya se veía con Alfred Brierley, la connivencia contra ella entre los miembros del servicio era evidente.

La «traición» de los sirvientes se convirtió en un problema grave para Florence Maybrick, pues fue la causa directa de que la condenaran por asesinato. Cuatro días antes de la muerte de Maybrick, la niñera de sus hijos, una joven con el apropiado nombre de Alice Yapp,[745] abrió una carta de Florence dirigida a su amante, Alfred Brierley, que su señora le había confiado con toda ingenuidad para que la enviara por correo. Según la predecesora de Yapp, que fue entrevistada después del juicio, la niñera tenía la costumbre de husmear en la habitación de su señora y abrir sus cartas con vapor.[746] Aunque, para cuando abrió esta, los chismorreos sobre la relación de Florence con Brierley eran ya moneda corriente y los criados, que habían visto los papeles matamoscas mojados, habían elaborado sus propias teorías sobre la enfermedad de su señor. La carta era bastante incriminatoria, aunque más bien como prueba de la reciente aventura de Florence con Brierley en Londres y de su

propio deseo de continuar la relación.

> No puedo responder con todo detalle a tu carta, querido, pero libera tu mente de cualquier temor a ser descubierto ahora o en el futuro. M. [Maybrick] ha estado delirando desde el domingo [no era cierto, pero a Florence le gustaba el efecto dramático] y ahora sé que lo ignora absolutamente todo, incluso el nombre de la calle, y también que no ha hecho averiguación alguna. La historia que me contó era pura invención y solo pretendía asustarme para que le dijera la verdad. De hecho, él *cree* mi historia, aunque no quiere admitirlo.[747]

La señorita Yapp, al leer este sorprendente mensaje, pensó que era su deber llevárselo directamente al hermano de su señor, que estaba de visita, y a la vecina, la señora Briggs, que se había convertido en una fija en la casa desde la enfermedad de Maybrick. La señora Briggs hizo llamar entonces a Michael Maybrick, el hermano menor, mientras que Edwin se hacía con el mando y ordenaba a los criados que impidieran a Florence cualquier otra atención a su marido.

La niñera tenía una especie de explicación para el incidente de la carta abierta. Dijo que en el trayecto a la oficina de correos le había dado la carta a la hija de tres años de Maybrick para que la llevara, pero que a la niña se le había caído en el barro, por lo que tuvo que abrirla para meterla en un sobre nuevo. Al hacerlo, dijo, no pudo evitar fijarse en el contenido. La historia de Yapp provocó más tarde cacareos de incredulidad entre los simpatizantes de Florence en la sala del tribunal y los periódicos señalaron que las mujeres que asistían al juicio decían que a Yapp le resultaría imposible conseguir otro empleo.[748]

En ambos casos, pues, las criadas mostraron su disposición a traicionar a sus señoras en asuntos relacionados con infidelidades sexuales, aunque es imposible saber si se produjo un aumento generalizado de estas circunstancias. Dado que los celos sexuales estaban integrados en la relación entre señora y criada, es posible que salieran más a la luz a medida que avanzaba el siglo, no solo

porque las inhibiciones de clase estaban disminuyendo, sino también porque las criadas eran conscientes de que se estaban despertando nuevas sospechas sobre la moralidad de sus señoras. Además, a medida que el «culto a la respetabilidad» de la clase media descendía en la escala social, los nuevos adeptos de la clase baja podrían habérselo tomado más en serio que sus «superiores».

Sea cual sea la explicación, se ha argumentado que en general los sirvientes se estaban volviendo menos leales hacia finales de siglo.[749] Este tema estaba presente por doquier en la literatura popular sobre los problemas del servicio en ambos países y los comentarios sobre varios de los últimos casos aquí tratados, incluido este, deploraban la supuesta nueva falta de fiabilidad de los criados.[750] Es cierto que a finales de siglo el servicio doméstico estaba perdiendo terreno a medida que surgían otros empleos mejor remunerados. Y también es cierto que los hábitos de deferencia se estaban desvaneciendo a medida que la educación extendida y la nueva legislación popularizaban las nociones de igualdad ciudadana y que las mejoras en las condiciones de vida incrementaban las oportunidades para el ocio y las experiencias de la clase sirviente.

Estos casos, sin embargo, sugieren otro factor que podía influir en la disminución porcentual observada de personas que entraban en el servicio doméstico, a saber, un mayor deseo de privacidad por parte de los empleadores. Las empleadoras, al menos, tenían más que ocultar que antes y es posible que algunas de las nuevas críticas a los criados solo reflejaran los cambios en las propias pautas de comportamiento de las clases medias. No solo los nuevos aparatos «que ahorraban trabajo» empezaban a aligerar las labores domésticas en los hogares de clase media, sino que estas familias tenían nuevas necesidades de intimidad y nuevos deseos de mantener su estilo de vida —y sus secretos— en privado.

Para mujeres como Florence Maybrick, que se sentían inseguras en las relaciones de autoridad y que se dedicaban a actividades que era mejor mantener en secreto, los problemas de gestionar el personal doméstico y «mantener las apariencias» eran acuciantes. Con las

desventajas adicionales de Florence de ser extranjera, sentirse incompetente por su juventud y la diferencia de edad de veintitrés años entre su marido y ella, era muy natural que hiciese lo que recomendaban los manuales para sus congéneres inglesas y buscara el consejo de una vecina con experiencia. Por desgracia para ella, esa vecina, la señora Briggs, no le profesaba a Florence ningún afecto real y su «consejo», tal como resultaron las cosas, no solo socavó la autoridad de la joven esposa respecto a los sirvientes, sino que en última instancia, y quizá de manera injusta, contribuyó a estrechar la red de sospechas por asesinato en torno a ella.

La madre de Florence, que conocía su situación doméstica por las visitas que le hizo, denunció más tarde que la señora Briggs había gobernado de hecho el hogar de su hija a través de la niñera Yapp[751] y, de las entrevistas en la prensa a otras criadas empleadas por los Maybrick, se desprende claramente que Yapp consiguió colocar al menos a dos de sus amigas como doncellas y que las gobernaba con mano de hierro.[752] Un artículo sobre la señorita Yapp en la edición londinense del *New York Herald* mencionaba que un relojero con el que la niñera estaba prometida en matrimonio la había abandonado recientemente.[753] Es más que concebible que sus propios reveses en el amor contribuyeran a alimentar los celos hacia su señora, pero al parecer Florence fue demasiado ingenua o demasiado buena para darse cuenta. Ya en 1887 Florence le comentó a su madre la indiferencia de Yapp hacia el nuevo bebé, pero sin atribuirle ningún motivo siniestro.

> La niñera está muy cambiada desde que nació la niña, pobre criaturita. No recibe ni mimos ni carantoñas si no es por mí y, sin embargo, es muy cariñosa y siempre tiene una sonrisa aunque ella le hable mal. No puedo entender por qué [Yapp] no se encariña con la chiquilla. (…) Me temo que se está haciendo demasiado mayor para un bebé tan pequeño [Yapp tenía veintiocho años en aquel momento] y que ya no tiene la templanza ni la paciencia necesarias para cuidar de Gladys.[754]

De los cinco miembros del personal doméstico, solo la cocinera, una mujer mayor quizá menos propensa a los resentimientos compartidos por los demás, se mostró abiertamente comprensiva con su señora. La cocinera testificó que, hacia el final, Florence había acudido a ella, que estaba en la salita del servicio, llorando porque «la culpaban de todo esto»[755] y decía que era culpa de Michael Maybrick, que le guardaba «rencor» desde que se casó con su hermano. Florence dijo que, si pudiera, echaría a todo el mundo de la casa, pero cuando la cocinera le preguntó si eso la incluía también a ella, al parecer Florence repuso que no, agradeció a la mujer su amabilidad y la besó.

P. ¿Le pareció que cuidaba de su esposo?
R. Parecía muy amable con él y estaba todo el tiempo a su lado.
P. Y cuando le dijo que la culpaban a ella, ¿usted se puso de su parte, se puso de su lado?
R. Sí, así es, porque pensé que ella estaba haciendo cuanto podía dadas las circunstancias.
P. ¿Simpatizó de verdad con ella?
R. Desde luego que sí.
P. ¿Y ella estaba muy angustiada?
R. Estaba muy afligida por todo aquello y muy apenada. Estaba llorando (…).
P. ¿Sabía usted entonces que lo que la angustiaba especialmente era que ya no se la reconociera como señora de su casa?
R. Sí y le dije que no me gustaría estar en sus zapatos.[756]

El pesar de Florence por la pérdida de su condición de señora de la casa era lamentable, ya que los acontecimientos recientes no habían hecho sino confirmar su propio temor no confesado de que en realidad nunca había llevado las riendas. Pero, para entonces, los sucesos puestos en marcha por la insubordinación de la niñera casi habían completado el aislamiento de Florence y allanado el camino para acusarla.

La angustia tanto de Florence Maybrick como de Claire Reymond por su amenazada condición de esposas y «señoras de su casa»

plantea cuestiones que van más allá de la manifestación de los distintos modelos familiares y relaciones de poder doméstico que habían evolucionado a finales de siglo. Ambas mujeres respondieron en un principio de forma extrema, aunque muy diferente, al enterarse de las aventuras extramatrimoniales de sus maridos y el verdadero interés de estos casos radica en la expresión de los cambios de actitud hacia el doble rasero imperante respecto a la moralidad sexual, tanto por parte de las propias mujeres como de las sociedades de clase media a las que pertenecían.

Aunque la opinión tradicional de que la infidelidad sexual de un hombre casado era menos grave que la de su mujer seguía siendo sin duda dominante, desde mediados de siglo una «nueva moralidad» se había abierto paso en ambas sociedades. Esto se debió menos a que los escritores de vanguardia hubieran defendido con éxito el amor libre o la igualdad de la mujer que a que, para entonces, las clases medias habían creado un mundo en el que algunas contradicciones de sus credos podían empezar a cuestionarse seriamente. Sin embargo, la expresión de este cambio fue diferente en los dos países debido a sus distintas tradiciones históricas y etapas de desarrollo económico y social. No es sorprendente que las críticas públicas a la doble moral estuvieran más extendidas en Inglaterra que en Francia, aunque las protestas que hubo en Francia parecen más extremas. A principios de siglo, unos pocos críticos radicales, sobre todo en Francia, fueron lo bastante intrépidos como para defender las uniones sexuales libres para ambos sexos, pero eran principalmente hombres de los movimientos utopistas.[757] La verdadera fuerza del ataque a la doble moral llegó más avanzado el siglo y, sobre todo en Inglaterra, de la mano de los reformadores de la «pureza social», muchos de ellos mujeres, que estaban preocupados por lo que consideraban la inmoralidad del nuevo mundo urbano. Sus protestas, más que abogar por las uniones sexuales libres, demandaban que la misma estricta moralidad sexual que se esperaba de las mujeres se exigiera también a los hombres. Las feministas, que hasta cierto punto se

solapaban con los reformadores de la pureza, también tendían a defender un rasero sexual único. Sus principios se han calificado de antisexuales, ya que con frecuencia defendían el ideal de la abstinencia como la relación conyugal más pura, pero sugieren que las mujeres de clase media que habían adquirido una nueva autoafirmación dentro del contexto doméstico estaban empezando a exigir la extensión de algunas de sus conquistas privadas al ámbito público.[758]

Las declaraciones de cualquier tipo contra la doble moral, sobre todo por parte de las mujeres de clase media, eran raras en Francia. Es cierto que existía una crítica feminista persistente y radical arraigada en la herencia revolucionaria, y también una tradición literaria de protesta más sólida, pero la casi ausencia de una demanda abierta por una moral sexual única, así como la debilidad y la naturaleza derivada del movimiento de la mujer en Francia, se debieron en gran medida a la lentitud con la que se formó la nueva sociedad de clase media. Esto no significa, sin embargo, que las actitudes hacia la doble moral no estuvieran cambiando en absoluto.

De hecho, la «protesta silenciosa» en forma de un probable aumento entre las mujeres de las relaciones sexuales extramatrimoniales clandestinas indicaba que, para algunas, teorías aparte, los tabúes sociales y religiosos se estaban convirtiendo en frenos insuficientes ante las crecientes oportunidades. Aun así, a pesar de la atención prestada a las nuevas «adúlteras», su número, al igual que el de las manifestantes públicas, era sin duda reducido. Las opiniones, en gran medida privadas y no registradas, y los sentimientos reales de la gran mayoría de las mujeres que permanecieron en silencio y fieles a sus maridos son difíciles de descubrir. Algunas pistas, sin embargo, pueden encontrarse en las circunstancias de los casos Reymond y Maybrick.

Si el caso Reymond hubiera sido un hecho aislado de una mujer que se permitió un acto de venganza, demostraría poco, pero distaba mucho de serlo. La reacción de Claire Reymond formó parte de un brote de ataques violentos por parte de mujeres francesas en

las últimas décadas del siglo que, etiquetados como «crímenes pasionales», recibieron una enorme atención en la prensa y en la literatura popular.[759] Curiosamente, en un momento en el que los hombres burgueses empezaban a renunciar a su derecho legalmente reconocido de matar a una esposa infiel o a su amante sin ser acusados de asesinato, muchas mujeres, incluidas las burguesas, reclamaban con éxito ese derecho, desarrollaban nuevas variaciones y en los procesos judiciales se declaraban administradoras de una justicia superior.

Tal y como advirtieron sus contemporáneos, la nueva «ola de crímenes» entre las mujeres era más fácil de documentar que de explicar. La mayoría coincidía en que había surgido en la década de 1870 y en un principio se caracterizaba menos por el asesinato que por una peculiar forma de agresión llamada *vitriolage* o ataques con ácido, esto es, lanzar ácido sulfúrico sobre la víctima. Curiosamente, además, la víctima habitual en estos casos parecía ser la rival femenina triunfante y no el marido o amante de la acusada. Algunas mujeres, pues, sí parece que dejaron constancia, después de todo, de una especie de protesta pública contra el doble rasero sexual.

Varios escritores reconocen que el *vitriolage* en los crímenes pasionales no era un fenómeno nuevo, pero la conciencia popular sobre ello se acentuó en la década de 1870 cuando se produjo un aumento real de su incidencia. En Bouches-du-Rhône, uno de los departamentos con mayor número de crímenes violentos en ese momento, aunque no, con anterioridad, de crímenes violentos perpetrados por mujeres, solo en 1879 se presentaron ante la audiencia regional dieciséis casos de este tipo con mujeres implicadas.[760] La nueva conciencia pública se vio estimulada en parte por el hecho de que más mujeres de clase media empezaron a aficionarse a los ataques con ácido. En su estudio *La propagación del asesinato* (1894), el escritor especializado en crímenes Paul Aubry dedicó un capítulo entero a las nuevas «lanzadoras de ácido». Aunque sugiere que la mayoría eran mujeres pobres, jóvenes y solteras, seducidas, abandonadas y a menudo embarazadas, cita

varios casos de clase media. También señala que en estos crímenes se desarrolló una especie de ritual dramático en el que participaban la mayoría de las mujeres acusadas, fuera cual fuese su clase social.[761]

En la mayoría de los casos, por ejemplo, las perpetradoras se entregaban y hacían declaraciones públicas de su pesar, pero no de arrepentimiento. Solían mantener que la intrusa merecía la desfiguración por haber enajenado el afecto de un hombre casado o «prometido». Estas mujeres afirmaban que al recurrir a la violencia habían actuado correctamente y, de hecho, a menudo se referían al cumplimiento de un deber. Una «lanzadora de ácido» burguesa se sintió agraviada por la aventura de su marido con su modista, que incluía el poco sutil recurso de que él cambiara la hora de la cena familiar para poder pasar tiempo con su amante después de su jornada de trabajo.[762] Al presentar su caso en 1881, la esposa sabía que ni siquiera el insulto de una infidelidad tan descarada le granjearía demasiados apoyos, por lo que en vez de eso alegó que, dado que ella misma estaba enferma, temía que la amante de su marido se convirtiera en breve en la madrastra de sus hijos: «Yo me había resignado al adulterio, pero no tenía derecho a dejar el nombre y el futuro de mis hijos a merced de una prostituta».[763] La modista a la que llamó prostituta había quedado desfigurada y ciega de un ojo, pero esta acusada, como la mayoría de las demás lanzadoras de ácido, fue absuelta.

Los contemporáneos de esos años comentaban que esta forma de agresión empezaba a sustituirse por crímenes pasionales más graves y «clásicos». Hablaban de una propagación «contagiosa» de tales delitos entre las mujeres y señalaron una progresión del ácido al revólver.[764] Una vez más, aunque estos observadores no solían destacarlo, fue la aparición de mujeres respetables en estas filas lo que atrajo la verdadera atención pública. Sobre todo en París, donde la audiencia regional del Sena adquirió fama de ser extraordinariamente amable con las vengadoras, los juicios se convirtieron en una gran atracción para las espectadoras. Además,

los jurados se mostraron serviciales al aplicar una definición amplia a estos crímenes. Recordará el lector que tanto la señora de Clovis Hugues como la señora de Paul Francey fueron encumbradas como heroínas populares por tomarse por su mano lo que cada una de ellas sostenía con firmeza que era una justa venganza por su honor ultrajado. A pesar de la evidente premeditación, ambos casos se aceptaron en general como crímenes pasionales y sus autoras fueron tratadas con respeto por unos jurados complacientes que las absolvieron.

La venganza de Claire Reymond contra Yvonne Lassimone se representó entonces con un telón de fondo familiar y el guion era conocido por todos los participantes, incluidos jueces, jurado y público. En la década de 1890, sin embargo, las mujeres se atrevían a ser algo más abiertas sobre sus verdaderos motivos. Una burguesa que había sorprendido a su marido en la cama con la cocinera confesó una obsesión que la llevó a acechar a su antigua criada, que había conseguido otro empleo, y finalmente a dispararle seis meses después.[765] La propia Claire, poco después de que la detuvieran, hizo una exaltada declaración que demostraba que, a pesar de sostener lo contrario, nunca había tenido intención de perdonar a Yvonne. «Si, como muchas otras mujeres —declaró—, yo hubiera sido una criatura indiferente y sin corazón, habría podido seguir viviendo, honrada y respetada en apariencia, pero sabiéndome traicionada. No fui capaz de resignarme a este papel».[766] Una protesta pública tan inequívoca contra el derecho reconocido del marido a la infidelidad y contra el deber de silencio de la esposa fue una novedad entre las mujeres acusadas, pero una vez más la presencia silenciosa aunque comprensiva de las espectadoras en el juicio supuso una especie de respaldo. Es cierto, no obstante, que la opinión masculina no cambió a favor de Claire hasta que la revelación de las cartas de Yvonne puso de manifiesto el cinismo y la doblez de la otrora mejor amiga de la acusada.

No se ha demostrado si el creciente porcentaje de absoluciones de las mujeres en general en las audiencias regionales francesas se

debía en parte a la cortesía por aquellas cuyos actos de violencia se interpretaban como crímenes pasionales, pero está claro que los cronistas creían que era así y las cifras coinciden con la nueva ola de crímenes femeninos. Por supuesto, el número de absoluciones de mujeres en la primera parte del siglo ya era sistemáticamente superior al de las absoluciones de los hombres. Entre 1856 y 1860, antes de que los crímenes pasionales captaran la atención pública, el treinta y tres por ciento de todas las mujeres juzgadas en las audiencias regionales francesas fueron absueltas, frente a solo el veintitrés por ciento de los hombres.[767] A finales de la década de 1870, cuando empezaba la fase de los crímenes pasionales, las cifras medias entre 1876 y 1880 fueron del diecinueve por ciento para los hombres y del treinta y cinco por ciento para las mujeres. Y en el periodo de 1888 a 1892 las absoluciones alcanzaron casi el cuarenta y nueve por ciento para las mujeres, frente al veintitrés por ciento de nuevo para los hombres. En 1892, el mismo año en que Claire Reymond encañonó con un revólver a Yvonne Lassimone, la tasa de absolución femenina alcanzó un impresionante pico del cincuenta y dos por ciento.[768]

La renovada alarma ante estos crímenes demostró que la novedad empezaba a desgastarse y las reacciones de los periódicos al caso Reymond subrayaron el creciente desencanto masculino. Varios de ellos insistieron en que la reciente ley del divorcio de 1884 eliminaba cualquier excusa para tales crímenes.[769] Con el titular de «¡Pasionales!», el conservador *Figaro* se refirió de forma despectiva a los «abominables actos que se excusan con la banal y estúpida expresión de "crímenes pasionales"».[770] Reconociendo el aún vigente derecho legal de un marido a matar a su esposa o al amante de esta en las circunstancias especiales de flagrante delito prescritas por el Código, el periódico recordaba a sus lectores que las mujeres no tenían un derecho similar según la ley y los instaba a reservarse su piedad para la desafortunada familia y los amigos de la víctima. Un artículo más filosófico que apareció después de que empezara a concitarse la simpatía por Claire Reymond argumentaba que el

adulterio se había convertido, «más que nunca, en una de las características de nuestra civilización»,[771] pero añadía que mientras a los hombres los empujaba sobre todo el gusto por el placer sexual, los motivos de las mujeres tendían a ser monetarios. Puede que esta observación estuviera motivada por la evidencia de que Yvonne apreciaba los fastuosos regalos que le hacía su amante, pero, expresada como una generalización, excusaba el comportamiento masculino como más natural y a la vez condenaba a la mujer adúltera como la moderna depredadora, una prostituta con otro nombre cuyas únicas pasiones eran pecuniarias.

La oleada de crímenes violentos entre las mujeres francesas durante estos años plantea varios problemas, en especial por qué surgió en ese momento concreto y por qué las mujeres pudieron cometerlos con relativa impunidad. Los autores que se ocuparon de estos temas dieron numerosas explicaciones, pero apenas satisfactorias. Quizá no sorprenda que la nueva oleada de crímenes fuera señalada más por los periodistas y las personas de leyes que por los teóricos de los nuevos campos de la sociología y la antropología criminal. Estos últimos estaban más preocupados por dar explicaciones más amplias de la delincuencia y aún tendían a tratar todos los actos delictivos de forma monolítica, como casos de aberración individual o social. Los crímenes pasionales representaban, en verdad, solo una pequeña proporción de la delincuencia en general, e incluso de los «delitos contra la persona», y el comportamiento de las mujeres en tales delitos interesaba a los teóricos solo como ejemplo de peculiaridades biológicas o psicológicas específicamente femeninas, en gran medida divorciadas del contexto histórico o de la clase social. El estudio de moda de la histeria femenina se amplió para crear una categoría comodín de histéricas criminales, una etiqueta que ni siquiera empezaba a explicar la conducta, ni individual ni colectiva, de estas mujeres. La tarea de interpretar esa conducta en los crímenes pasionales se dejó entonces en manos de investigadores aficionados más eclécticos que partieron de su conocimiento de casos concretos para buscar

cualquier explicación teórica o de sentido común que pareciera apropiada.[772]

El más ambicioso entre los escritores fue Louis Proal, antiguo presidente del tribunal de apelación de Riom, que en 1900 presentó un extensísimo estudio de casi setecientas páginas titulado *El crimen y el suicidio pasionales*.[773] Proal relacionó la creciente incidencia de estos crímenes pasionales con la perversión moderna de las relaciones amorosas y citó varios factores que consideraba responsables: la nueva indulgencia de los jurados, la atracción precoz de la juventud por el libertinaje y el alcoholismo, la propagación de los «trastornos nerviosos», una protección legal insuficiente para las mujeres seducidas y abandonadas y la influencia corruptora de las novelas y el teatro contemporáneos. Lo más importante, en su opinión, era la nefasta producción literaria moderna; los títulos de sus capítulos son bastante reveladores a este respecto: «La propagación de los crímenes pasionales a través de la novela pasional», «La propagación de los crímenes pasionales a través del teatro», etcétera.

Detrás de esta acusación dirigida a la literatura moderna, que trataba temas como la inmoralidad y la violencia, se escondía la conocida crítica conservadora a un estilo de vida urbano moderno que en teoría estaba engendrando hijos delincuentes y esposas infieles. La solución, para Proal y para la mayoría de los demás comentaristas, residía en una mayor censura de la literatura popular y de las obras dramáticas, un énfasis renovado en la disciplina de los niños y una mayor formación religiosa de las mujeres, que por naturaleza eran especialmente susceptibles a la literatura corruptora.

> Las funciones fisiológicas a las que están sometidas las mujeres, los periodos menstruales, los embarazos, la lactancia y la menopausia, suelen causar problemas mentales. Hay un estrecho vínculo entre el estado de los órganos reproductores y el estado del cerebro. La vida física y psíquica de las mujeres gravita en torno a la maternidad.[774]

Todo esto, huelga decirlo, no ayudaba a explicar la nueva ola de criminalidad femenina ni la participación de las mujeres burguesas.

Los casos estudiados aquí sugieren algunas hipótesis limitadas para dar cuenta de un fenómeno que merece más atención. Parece que, aunque las mujeres burguesas francesas pudieran haberse inspirado en un principio en tipos de violencia como el ataque con ácido, más frecuentes entre las clases más pobres, fueron ellas las que popularizaron los nuevos crímenes pasionales y dieron además una definición femenina a su cualidad ritual. Además, el hecho de que no se observara una oleada paralela de crímenes femeninos en Inglaterra hace probable que deban considerarse las diferencias en las situaciones y expectativas de las mujeres de clase media en Francia para explicar estos delitos.

Es concebible que estos actos fueran una respuesta a un aumento real de la infidelidad conyugal entre los maridos burgueses franceses. En Inglaterra, la infidelidad de los hombres casados respetables se había considerado durante mucho tiempo oficialmente más censurable que en Francia, aunque parece que a mediados de siglo estaba ya extendida.[775] Sin embargo, en la década de 1870, una campaña contra la tolerancia extraoficial de las relaciones de los hombres fuera del matrimonio empezó a generar una nueva culpabilidad más explícita para estas aventuras y puede que incluso reprimiera a algunos maridos.[776] Los franceses eran conscientes de que el estricto código sexual para los hombres estaba más institucionalizado en el sistema social inglés que en el francés. Taine bromeaba diciendo que «un inglés adúltero es un hombre desdichado; incluso en el momento supremo su conciencia lo atormenta».[777] Esos remordimientos parecían preocupar bastante menos a los franceses. Es posible que, como en Inglaterra un tiempo antes, el aumento del nivel de vida, el creciente anonimato urbano y una mayor separación física y psicológica entre las esferas del marido y de la esposa contribuyeran a incrementar la incidencia del adulterio entre los maridos franceses en las últimas décadas del siglo. Sin embargo, la constatación de un aumento de la infidelidad

conyugal masculina no explica por sí misma el aumento de los crímenes pasionales ni ofrece una explicación de los métodos adoptados por las mujeres, en especial su preferencia por las víctimas femeninas.

Una explicación más satisfactoria de la ola de criminalidad femenina puede buscarse en las especiales características de la posición social de la mujer burguesa en Francia en la década de 1870. Durante los cincuenta años anteriores, estas, al igual que sus congéneres inglesas, habían experimentado una mejora constante de las condiciones de vida y una nueva concentración en la administración doméstica y en la crianza de los hijos. Al igual que las inglesas, también ellas habían llegado a esperar más del matrimonio, tanto en el aspecto material como emocional, que sus madres y abuelas. Sin embargo, a diferencia de las inglesas, las mujeres burguesas en Francia no vivieron de manera simultánea los efectos de un potente y ruidoso movimiento público para ampliar sus derechos educativos, legales y profesionales. En el conjunto de la sociedad francesa había un consenso mucho mayor sobre el papel ideal de la mujer como administradora del hogar, educadora de la familia y guardiana de los valores religiosos. En ausencia casi total de conflictos sobre otras opciones, las mujeres francesas parecían desempeñar sus deberes domésticos con mayor confianza en sí mismas e incluso ejercer una mayor autoridad real en la gestión del hogar que las inglesas. A finales de siglo, las mujeres inglesas ya estaban evolucionando hacia una relación matrimonial más de compañerismo, que reducía la segregación de las esferas de cada sexo al hacer hincapié en la toma conjunta de decisiones.[778]

Al mismo tiempo, sin embargo, el mayor aislamiento doméstico de las mujeres francesas las dejaba con menos recursos contra las amenazas individuales a su nuevo estatus, así como contra el aluvión general de la literatura «antimodernidad» posterior a 1870, que señalaba a las mujeres burguesas por su supuesta conducta ostentosa, el abandono de los hijos y el adulterio. Aunque sin duda merecían esas críticas incluso menos que las mujeres inglesas, más

libres, también eran menos capaces de defenderse en la arena pública.

Dadas estas diferencias, es posible que la nueva ola de crímenes pasionales cometidos por mujeres fuera una respuesta peculiar de frustración que condujo a la violencia en un momento en el que se abrió una brecha entre las crecientes expectativas ligadas al matrimonio y la realidad percibida. Incluso si no hubo un aumento significativo del adulterio entre los maridos franceses, la mejora del estatus doméstico de las mujeres podría haberlas impulsado a cuestionar el derecho continuado del hombre a mantener relaciones sexuales extramatrimoniales. En un momento en el que las propias mujeres eran atacadas por supuestas infidelidades, las esposas de algunos adúlteros podrían haberse sentido más justificadas que nunca para buscar venganza, del mismo modo que un mayor número de mujeres se vieron empujadas a mostrar una aprobación más abierta de ese comportamiento vengativo.

La idea de la privación relativa,[779] ya familiar en las explicaciones de la violencia colectiva y otros comportamientos delictivos, puede explicar cómo a pesar de la mejora de las condiciones absolutas (en parte debido a ellas, de hecho), el descontento aumentó y buscó nuevas salidas. Obviamente, el comportamiento delictivo, y violento además, no es la única respuesta posible en tales circunstancias. También las mujeres inglesas parecieron experimentar algunas frustraciones similares atribuibles a las diferencias entre expectativas y logros en este periodo, pero dado que la sociedad inglesa ya les ofrecía opciones distintas a la agresión o la resignación, es posible que pudieran canalizar su hostilidad de una forma más pacífica. Incluso cuando la agresividad fue el medio elegido para expresar la frustración, la mayor exposición de la mujer inglesa a los ideales educativos, legales y sociales permitió posiblemente que esa agresividad se canalizara hacia la violencia política en lugar de la personal. Las acciones sufragistas militantes, incluso violentas, pueden verse como un equivalente del crimen pasional francés.

Algunos indicios de la aparición de un nuevo resentimiento entre

las esposas burguesas por las infidelidades sexuales de sus maridos pueden rastrearse en los manuales franceses sobre el matrimonio más populares de la época. Por primera vez sus autores sintieron la necesidad de subrayar la importantísima obligación de la esposa de aceptar y resignarse ante el descubrimiento de la infidelidad del marido. Este nuevo énfasis implica el reconocimiento de que un número cada vez mayor de esposas se mostraban poco inclinadas a tal generosidad y necesitaban cierto empuje. Los análisis del papel de la esposa, que antes brillaban con proclamaciones sobre la nueva libertad y las esperanzas de felicidad, ahora trataban de poco más que de deber y obligación. Se advertía a las mujeres que no debían aparecer en público con ningún hombre que no fuera su marido, su padre o su hermano. Se les informaba de que era improbable que el matrimonio colmara las expectativas románticas y previsible que los maridos fueran infieles.

Uno de estos manuales, del que hubo cien reimpresiones en diez años tras su publicación en 1889, dedicaba casi toda la sección sobre la joven esposa a las decepciones del matrimonio (el marido, sobre todo) y a las compensaciones (seguridad e hijos).

> Tal vez sea usted infeliz; tal vez su corazón esté a punto de estallar. Pero no busque consuelo, ni siquiera en el terreno de las ideas, si estas son peligrosas o pueden llegar a ser pecaminosas. Resígnese. Entréguese por completo a sus hijos.[780]

El manual proseguía aconsejando a las mujeres que, si un marido era infiel, debían perdonarlo, pues entonces sería más probable que este volviera para compartir la vejez con su esposa.[781]

Aunque la aparición de un resentimiento femenino por la doble moral imperante se puede considerar moderna, los crímenes pasionales en sí mismos, como protesta pública, estaban sin duda anclados en un modelo tradicional y ritualista. Los estudiosos de las tendencias delictivas durante el siglo XIX han argumentado de manera convincente que los delitos graves de violencia personal, y

en particular los ataques homicidas originados por celos sexuales, son un medio más bien premoderno de hacer frente a las tensiones interpersonales.[782] Los crímenes de estas mujeres podían implicar entonces el préstamo y la adaptación a un entorno de transición de estilos anteriores de venganza masculina, un entorno que aún no las había preparado para los enfoques más modernos de la clase media que las mujeres inglesas, que habían vivido una transición más rápida y completa, ya habían empezado a adoptar.

Como hemos señalado previamente, los hombres franceses de clase media ya habían abandonado en gran medida el crimen pasional.[783] Si el análisis anterior es correcto, esto no haría sino apoyar la tesis general de que los hombres se «modernizaron» antes que sus mujeres, que permanecían más aisladas, y para ellos el concepto de defensa del honor frente a la infidelidad sexual de forma pública y violenta se volvió anacrónico. En el caso Reymond, la evidente moderación de Lassimone tenía un motivo puramente personal derivado de su sentimiento de inferioridad social y de obligación para con la familia de su esposa, pero también reflejaba el hecho de que las nuevas estructuras burocráticas a las que pertenecían los hombres de clase media daban más importancia a evitar escándalos públicos que pusieran en peligro su carrera que a la preservación del honor en el sentido antiguo de la idea. Sin embargo, con su recién despertado sentido del honor y sin cabida en estas nuevas estructuras, las mujeres que recurrieron al ácido o al revólver no tenían nada que perder.

La indulgencia que los jurados mostraron hacia las acusadas en los crímenes pasionales no parecía indicar el reconocimiento de un ataque implícito de las mujeres a las licencias sexuales de los hombres. La ofensa que se reconocía era, en cambio, la transgresión sexual de otra mujer. Las propias acusadas, al seleccionar como víctimas a sus rivales femeninas con más frecuencia que a sus maridos, participaban hasta cierto punto de este punto de vista. No obstante, también sabían que había una mayor aprobación social de un ataque a una mujer adúltera que de uno a un hombre adúltero.

Las acusadas, entonces, eran perdonadas menos como mujeres «agraviadas» que como destructoras de mujeres «escarlata».

El hecho de que la tasa de absolución por estos delitos fuera más alta en París es más comprensible desde este punto de vista, ya que la desconfianza hacia las nuevas mujeres como adúlteras potenciales había llegado más lejos en la capital. Las propias acusadas, con inteligencia y al menos en parte con sinceridad, optaron por restar importancia a su humillación personal y presentar sus actos como medidas desesperadas para preservar la santidad del matrimonio y la familia. Incluso Claire Reymond, que reconoció abiertamente el golpe a su estatus personal, participó sin duda de esta concepción. Cuando su marido se enfrentó a ella en la comisaría poco después del crimen, Claire estalló: «¡Desgraciado! ¡Lo he hecho por ti!».[784]

Si el interés principal del caso Reymond era como caso de estudio en un nuevo y peculiar género de crímenes cometidos por mujeres, el caso Maybrick formaba en muchos sentidos una categoría propia. Ni siquiera está claro si se trató de un crimen, ya que el posible móvil de la acusada sigue sin conocerse. Sin embargo, las circunstancias de la muerte de James Maybrick hacen probable que, si Florence actuó para acabar con la vida de su marido, se aprovechara de manera impulsiva de una enfermedad ya manifiesta en lugar de premeditar su asesinato. Condenada en gran medida sobre la base de un adulterio probado, Florence Maybrick se convirtió en motivo de un estallido de indignación pública sin precedentes. Mientras que el caso Reymond reveló una forma aún tímida y, en su ejecución, «primitiva» de protesta contra la licencia sexual de los maridos, el caso Maybrick suscitó un ataque frontal contra la doble moral. Este caso también fue único en el sentido de que, por primera vez, las mujeres se pronunciaron directamente contra los prejuicios sexuales del veredicto, firmaron peticiones, escribieron cartas e incluso formaron organizaciones en defensa de Florence Maybrick.

El juicio Maybrick, que se inició a finales de julio de 1889 en la estela de otro de los asesinatos del Destripador, pronto cautivó el

interés del país. Dado que la cobertura de los procedimientos previos al juicio ya había tratado en detalle el adulterio con Brierley, la nueva información que resultó más sorprendente fue la prueba irrefutable de que James Maybrick había sido durante años un consumidor de arsénico. Un sirviente negro al que Maybrick había empleado en Estados Unidos testificó que, durante varios años antes del matrimonio de su señor, este lo había enviado de forma regular a comprar arsénico y que él mismo lo había visto tomar pequeñas cantidades de esa sustancia en su caldo de carne.[785] Pruebas más recientes procedían de un farmacéutico que declaró que, hasta que había vendido su negocio un año antes, Maybrick había sido un cliente habitual durante diez años. Dijo que Maybrick había pasado por su botica hasta cinco veces al día para tomar un «reconstituyente» en forma de tónico con arsénico y añadió que, hacia el final, había aumentado la dosis hasta un tercio de grano de arsénico al día.[786] La tolerancia que Maybrick había desarrollado a la sustancia puede apreciarse por el hecho de que dos granos se consideraban una dosis letal. Aun así, el hábito de Maybrick no era, según el farmacéutico, algo excepcional. Hasta dieciséis «caballeros» de la lonja de algodón, aseguró, hacían cola en su tienda cada mañana para recibir sus tónicos de arsénico.

> P. ¿Fue hacia el final cuando [Maybrick] lo tomaba con más frecuencia?
> R. Sí, unos doce meses antes de dejar mi negocio en Exchange Street East, me dijo por qué tomaba el licor arsenical.
> P. ¿Sabe usted que el licor arsenical tiene cualidades afrodisíacas? ¿Conoce esa palabra?
> R. No.
> P. ¿Excitaba la pasión?
> R. Sí, tenía ese efecto.[787]

Este comentario fue la única sugerencia de que Maybrick pudo haber creído, como muchos otros, que el tónico incrementaría su potencia sexual. Varios testigos más, entre ellos un médico, señalaron que el

fallecido había sido un notorio hipocondríaco que se drogaba constantemente con todo tipo de medicamentos y que llevaba años quejándose de síntomas característicos del adicto al arsénico.[788]

Las pruebas de los hábitos de James deberían haber proporcionado una explicación satisfactoria para uno de los elementos más curiosos del caso, a saber, el descubrimiento al día siguiente de su muerte, por parte de la señora Briggs y los hermanos del difunto, de un suministro de cien granos de arsénico en casa de los Maybrick. El registro, que se llevó a cabo sin la presencia ni supervisión de ninguna autoridad policial, sacó a la luz el veneno, junto con otros numerosos frascos de diversos medicamentos, en muchos lugares de la casa, incluidos cajones, sombrereras y armarios, ninguno cerrado con llave y todos accesibles a cualquier persona que se encontrara en la casa. Florence alegó que en ese momento había intentado explicar el hábito de James, pero que sus cuñados se habían negado a escucharla y consideraron el descubrimiento como una prueba contra ella, sobre todo porque también se encontró arsénico en el bolsillo de uno de sus delantales.[789] La acusación también pudo argumentar que no había pruebas de que el propio Maybrick hubiera adquirido el veneno. Resultó que el caballero que fue la fuente de este último suministro se lo había dado a Maybrick, de hecho, como parte de un acuerdo comercial informal. Este hombre declaró que Maybrick había reconocido abiertamente su hábito y se mostró muy agradecido por recibir la sustancia, que era el sobrante de un experimento industrial. Esta prueba sin duda habría ayudado a la defensa de Florence, pero el caballero en cuestión no se presentó hasta cuatro años después del juicio.[790]

Irónicamente, aunque la mayor parte de las declaraciones del juicio se consumió con pruebas médicas, los eminentes expertos llegados desde Londres no lograron ponerse de acuerdo sobre la cuestión básica de si el arsénico había sido la causa de la muerte.[791] Dado que las trazas de la sustancia encontradas en la autopsia eran tan pequeñas y que Maybrick nunca había mostrado los síntomas habituales de una dosis masiva de arsénico, el experto de la defensa

sostuvo que una grave gastroenteritis era la responsable del fallecimiento y que las pequeñas dosis de veneno habían sido solo un irritante. Russell, al interrogar a los expertos, trató de argumentar que la muerte no fue consecuencia de la administración de arsénico, sino de la retirada de la sustancia a un consumidor habitual. Los peritos negaron tener noticia de ningún caso así, pero varios legos en la materia, que más tarde enviaron cartas a la prensa, afirmaron conocer casos de muerte tras una repentina abstinencia entre «adictos» al arsénico.[792]

Dadas las circunstancias, por supuesto, la presencia de arsénico por sí sola no podía demostrar que hubiera habido juego sucio y la acusación se vio obligada a confiar más de lo que lo habría hecho en otro caso en el posible móvil proporcionado por el adulterio de Florence. Se dio mucha importancia a una expresión de Florence —en la famosa carta que la niñera Yapp había abierto— porque decía que su marido estaba «enfermo de muerte».[793] En el momento en que escribió aquello, James estaba enfermo sin más y los médicos ni siquiera consideraban grave su estado. El uso de esa expresión por parte de Florence sugirió a la acusación que solo ella, pues era la envenenadora, sabía que James moriría. En vano sus defensores señalaron otros ejemplos de su tendencia a la exageración dramática. En vano numerosos estadounidenses escribieron a los periódicos para protestar porque la expresión «enfermo de muerte» la empleaban de manera común allí en el sur, y en un sentido no literal, simplemente para sugerir que alguien estaba muy enfermo.[794]

Russell trató la admitida pérdida de virtud de Florence como un asunto de «grave culpa moral», pero que no probaba la acusación criminal. El hecho de que el abogado estuviera incluso dispuesto a lanzar un leve ataque a la doble moral sexual indicaba que creía que, para entonces, un jurado compuesto en exclusiva por hombres podría ser receptivo.

> Ay, caballeros, por faltas de esta naturaleza los juicios mundanos son en verdad desiguales. En un hombre, tales faltas se toleran con demasiada

> frecuencia y no le acarrean a menudo más que leves consecuencias penales. Pero en el caso de una esposa, en el caso de una mujer, es el pecado imperdonable de su sexo. Quienes deberían tener buen juicio le arrojan piedras con manos indignas.[795]

Es cierto que Russell no mencionó la vida sexual extramatrimonial del propio James Maybrick ni sus efectos sobre Florence en este alegato final, a pesar de que la única aventura probada de Florence era un solo encuentro sexual mientras que Maybrick había mantenido a una amante durante años después de casarse. Más tarde se dijo que Russell no estaba dispuesto a insistir más en la cuestión, no solo porque estaba convencido de que podría ser contraproducente, sino porque la propia Florence quería evitar el asunto por el bien de los niños.[796]

El jurado, sin embargo, se tomó muy en serio las indicaciones finales del juez Stephen.

> Mientras su marido vivía y, según sus propias palabras, mientras la vida de este pendía de un hilo, incluso en ese horrible momento, brotaron en su corazón y fluyeron de su pluma varios términos cariñosos hacia el hombre con el que se había comportado de manera tan vergonzosa. Que aquello se le pasara por la cabeza fue algo horrible, y algo que tendrán ustedes que considerar al preguntarse si es culpable o inocente.[797]

Por desgracia, es probable que la evidente parcialidad del brillante juez se viera exacerbada por los efectos de un derrame cerebral reciente del que no se había recuperado del todo. En varios momentos de su recapitulación, y durante todo el juicio, Stephen dio muestras de perder el hilo de la discusión y con frecuencia tuvieron que corregirlo, tanto Russell como otros. Tras pronunciarse el veredicto, se le preguntó a Florence si tenía algo que decir antes de que se dictara la sentencia. Su respuesta fue una crítica quizá involuntaria a los métodos del tribunal: «Aunque me han declarado culpable, con la excepción de mi intimidad con el señor Brierley, no soy culpable de este crimen».[798]

Aunque la prensa se mostró dividida sobre el veredicto, las peticiones al Ministerio del Interior para la conmutación de la pena fueron firmadas por casi medio millón de personas, incluidos más de noventa miembros del Parlamento y setenta mil habitantes de Liverpool, así como mil miembros de la lonja.[799] Se organizaron concentraciones multitudinarias en Londres, Liverpool y otras ciudades.[800] Médicos y abogados hicieron circular distintas peticiones, aunque eran más los médicos que se inclinaban por aceptar el veredicto, quizá ansiosos por terminar con un asunto que había puesto en ridículo a tantos de su profesión.[801] Numerosos abogados, por otra parte, creían que no había pruebas suficientes para la condena y utilizaron el caso como argumento a favor de un tribunal de apelación penal. Sin embargo, ese tribunal no se crearía hasta 1907.

El habitual sensacionalismo y la comercialización estaban por todas partes. Los vendedores ambulantes ofrecían baladas tanto a favor como en contra de la condenada. Madame Tussaud, en el intervalo de quince días que medió entre la sentencia y la conmutación, expuso en una sala propia una efigie de cera de Florence fabricada apresuradamente.[802] Aprovechando el tirón, el teatro Sadler's Wells produjo un melodrama basado en el caso y titulado *La envenenadora*.[803]

Sorprendentemente, en cambio, el caso Maybrick tuvo al principio poca cobertura en la prensa estadounidense, en parte porque los cables telegráficos eran tan caros que solo unos pocos periódicos podían permitírselo.[804] Algunos periódicos en Estados Unidos sí argumentaron que el juicio fue injusto, pero no hubo un estallido inmediato de simpatía como el que Florence había suscitado en Inglaterra. Esto se debió en parte a la relación de la baronesa con Cornelius Vanderbilt, que había hecho de padrino de la escandalosa y «socialista» Victoria Woodhull.[805] Pero se debió más a las historias infundadas que aparecieron por primera vez en periódicos de Mobile, Alabama, lugar de nacimiento de Florence, que sugerían con firmeza que la baronesa había envenenado a su primer y a su segundo

marido. Temiendo los efectos de estas historias tras su reproducción en algunos periódicos de Liverpool, la defensa decidió incluso no citar a la madre de Florence como testigo.[806]

La simpatía llegó al fin de EE. UU., pero no fue hasta 1904, casi quince años después de haber sido encarcelada, cuando Eduardo VII le concedió la reducción del resto de su condena. Florence se fue a EE. UU. y escribió sus memorias,[807] un volumen algo inconexo y poco sincero dedicado en gran parte a sus calvarios en prisión. En los únicos comentarios un poco más extensos sobre la acusación de asesinato, eludió por completo la cuestión del adulterio y argumentó de un modo inverosímil que la referencia que hizo en la sala del tribunal a una «confesión» a su marido por el «terrible mal» que le había hecho no era más que la confesión de que había pensado en emprender acciones legales para presentar una demanda de divorcio. «El "motivo" —argumentaba—, independientemente de cómo se viese, no era desde luego un incentivo para el asesinato, ya que, si quería ser libre, tenía suficientes pruebas en mi poder (de infidelidad y crueldad) para conseguir el divorcio, y fue con respecto a los pasos que ya había dado en esa dirección que hice aquella confesión a mi esposo después de nuestra reconciliación y a la que me referí como el mal que le había hecho, por la publicidad y la ruina que implicaba para su negocio».[808] Como era habitual en Florence, realidad y ficción se entrelazaban de forma inseparable.

Después, durante varios años, Florence Maybrick dio algunas conferencias con llamamientos a la reforma penitenciaria, pero poco a poco se fue quedando sin amigos y sin dinero. Su madre, a la que había estado manteniendo, murió en 1910, y nunca se reunió con sus hijos, a los que habían educado para creer en su culpabilidad. En 1917, optó por el anonimato y solicitó un puesto como ama de llaves en una granja de Connecticut. El empleo no le duró, pero al parecer recibió una pequeña suma de un benefactor que le permitió construirse una casita de campo en una parcela diminuta de la cercana South Kent. Los vecinos que se enteraron de quién era guardaron el secreto y la vieja «señora Chandler», que se ganó la

reputación de ermitaña excéntrica amiga de los perros y gatos callejeros, pasó sus últimos días en la pobreza y el olvido. Murió de un derrame cerebral en el otoño de 1941, a los setenta y nueve años.[809]

Los vecinos decían que la anciana era conocida por sus «cuentos chinos», de modo que su reputación de mentirosa, que no era inmerecida, la persiguió hasta el final. No obstante, que fuera una embustera, e incluso una asesina, se reconoció desde el principio como algo irrelevante para la cuestión de si fue condenada sobre la base de pruebas insuficientes, a saber, solo pruebas de adulterio. Que esta cuestión fuese abordada por un sector del público hostil y ruidoso era igual de importante, si no más, que el hecho en sí de que se emitiera el veredicto, sobre todo porque la decisión del jurado debía mucho a las peculiaridades de un juez con las capacidades mermadas. Es cierto, desde luego, que no todo el apoyo público a la condenada se basaba en este motivo. El entusiasmo popular por la señora Maybrick entre las clases trabajadoras irlandesas de Liverpool, por ejemplo, puede atribuirse en gran parte a la conocida postura de Russell en defensa de la Home Rule,[810] que se estaba debatiendo en ese momento.[811] Aun así, la indignada opinión de la clase media que se manifestó en la prensa en innumerables editoriales y cartas, así como en otras formas de expresión pública, reveló una nueva consciencia sobre la injusticia del doble rasero que se extendía mucho más allá de los círculos de las feministas y los reformistas de la pureza social que se habían manifestado antes y que habían adoptado posturas públicas.[812]

Lo más notable de todo fue la emersión de las mujeres entre ese conjunto silencioso de espectadores, dentro y fuera de la sala del tribunal, desde su rol antes sumiso a otro nuevo articulado y activo. El proceso fue visible en el transcurso del juicio, aunque al principio el comportamiento de las mujeres en el tribunal era muy parecido al de etapas anteriores. Se comentaba que acudían en gran número, que mostraban simpatía por la acusada y que entre ellas había

muchas mujeres respetables. Un gesto que tuvo lugar cerca del final del procedimiento también sugería ese estilo tradicional. Presumiendo la absolución de la señora Maybrick, una delegación de mujeres «bien vestidas» solicitó al secretario del tribunal el derecho a obsequiarla con un ramo de flores tras el veredicto.[813] Se les denegó. Según se dijo, al pronunciarse el veredicto, tres mujeres se desmayaron y tuvieron que sacarlas en brazos mientras muchas otras lloraban. Esto tampoco era nada nuevo.

Sin embargo, estas mujeres parecían transmitir un nuevo espíritu de partidismo desde el principio. Las habituales crónicas de prensa que deploraban su presencia allí fueron más hostiles que nunca y abogaron por la exclusión de las mujeres en todos los casos de asesinato. Un periódico de Liverpool especialmente virulento censuró a las «criaturas llamadas damas» con sus binoculares de ópera.

> ¡Imagínense a unas mujeres con pretensiones de pureza, educación y refinamiento revolviéndose y luchando por escuchar las revelaciones públicas sobre una adúltera confesa y presunta asesina! ¡Qué inmundicia deben tener en el corazón! ¡Qué avidez de lujuriosa curiosidad! ¡Qué hipocresía engreída en sus inofensivos rostros! ¡Qué estercolero de suciedad bullendo y apestando tras esos ojos modestos y esas frentes plácidas! ¡Para las mujeres no hay excusa! Solo una impúdica sed de bestialidad puede explicar su presencia allí. ¡En un lugar que toda verdadera mujer debería rehuir y aborrecer como aborrecería una cárcel o un burdel![814]

Otro rotativo calificó a las espectadoras de «engendros morbosos de la sociedad moderna»[815] y muchos otros reiteraron estos mismos temas. La nueva violencia en el lenguaje apuntaba a una mayor sensación de amenaza por su presencia, pero también había una nueva confusión sobre por qué unas mujeres que posiblemente vivían mejor que nunca podían actuar así.

> Nuestras mujeres modernas no tienen excusa para este comportamiento. No tienen agravios que vengar, ni recuerdos de tiranía, violencia o privaciones que emboten sus emociones; se han criado en el lujo, o al menos en la comodidad,

> protegidas de las penurias, y se les ha enseñado desde sus primeros años que la caridad es la primera de las virtudes cristianas.[816]

Sin embargo, esas ventajas no parecían suficientes. El autor del artículo procedía luego a abogar por la exclusión del «elemento femenino» de los juicios por asesinato y afirmaba que «ni el más ardiente defensor de los derechos de la mujer podría oponerse a ello».[817]

Es evidente que estaba equivocado porque, cuando esas supuestas mujeres mimadas con gustos lascivos empezaron a expresar sus opiniones después del juicio, no solo abogaban por tener un lugar para ellas en la sala, sino también en el jurado.[818] Y eso que la mayoría no eran ardientes defensoras del recién resucitado movimiento por los derechos de la mujer, sino mujeres bastante corrientes pero indignadas. De las setenta mil personas de Liverpool que habían firmado alguna petición en favor de la acusada, una mayoría sustancial eran mujeres.[819] Una selección de fragmentos de sus cartas a los periódicos muestra los nuevos comentarios que estas mujeres se atrevían a hacer en público:

> Si se ejecuta la sentencia, «inmoralidad» y «asesinato» serán términos sinónimos.[820]

> No creo sino que el corazón de muchas mujeres se ha estremecido hoy con un sentimiento de indignación y simpatía al oír el veredicto del jurado.[821]

> De ninguna manera apruebo el adulterio, pero si se observa de cerca la pobre y frágil naturaleza humana, me temo que no hay muchas que hubieran mostrado más fortaleza en circunstancias prácticamente similares.[822]

> Por supuesto, los miembros del jurado han decidido a favor de su sexo. Sin duda, están casados y les ha ofendido la deshonra de una esposa.[823]

> Pero el pecado perdonado por Cristo en el cielo los hombres lo maldicen.[824]

Algunas veces las cartas eran más atrevidas, como esta que tocaba abiertamente el tema de la sexualidad femenina:

> ¿Es esto jugar limpio en el gran juego de la vida? El delito es delito independientemente del sexo. Pero «lapidar» a una mujer débil por el mismo delito que a un hombre se le permite cometer con impunidad no es en absoluto juego limpio. (…) La infidelidad en ambos sexos es a menudo una simple rendición temporal a la más poderosa de las pasiones humanas. Constituye un error de juicio habitual suponer que las mujeres son menos susceptibles que los hombres a una gran pasión.[825]

Hubo también un reducido número de mujeres que escribieron cartas en apoyo del veredicto, pero la inmensa mayoría, tanto hombres como mujeres, esperaban que se anulase. Se desconoce cuántas mujeres se unieron a los comités de apoyo o asistieron a las concentraciones masivas, pero queda claro que las mujeres corrientes empezaban a hacerse ver y oír.

Menos excepcional fue la disposición de los reformistas reconocidos, hombres y mujeres, a alistarse entre los partidarios de la señora Maybrick. Fueron los hombres los que organizaban los mítines y fue un periodista, el extravagante William Stead, el que se alzó como paladín de la prisionera, aunque no hasta 1892.[826] Josephine Butler, líder de la triunfante campaña contra la legislación sexualmente discriminatoria sobre la prostitución, escribió:

> Nada puede superar la severidad del lenguaje del juez Stephen al condenar la infidelidad de esta mujer a su esposo. (…) Siendo consciente como lo soy de tal pecado, puede que más que la mayoría de la gente, debo sin embargo manifestar mi sorpresa de que expresiones tan
> duras se reiteren *ad nauseam* cuando se trata de una mujer mientras que no se hace uso de ellas en absoluto en el caso de hombres de alto rango que han sido notoriamente infieles a sus esposas.[827]

La larga campaña para liberar a Florence Maybrick contó al fin con la participación de muchas mujeres estadounidenses, entre ellas

grupos de profesionales como las periodistas, que solicitaron la revisión del caso al ministro del Interior en 1894. Tres años antes se había fundado la Sociedad Internacional Maybrick, bajo el liderazgo de la principal valedora estadounidense de Florence, la periodista Mary Dodge.[828] En el comité ejecutivo estaban Julia Ward Howe, Elizabeth Cady Stanton e Ida Tarford Bell, un formidable grupo de defensoras de los derechos de la mujer. Sin embargo, los esfuerzos promovidos desde Estados Unidos para liberar a la prisionera se complicaron por el hecho de que tenían que ser extraoficiales, ya que, al casarse con Maybrick, Florence había perdido la ciudadanía estadounidense. Se intentó hacer presión y enviar peticiones, incluyendo cartas al Ministerio del Interior e incluso a la reina. La Casa Blanca trató de mediar a través de los embajadores y se buscaron entendimientos informales con el Ministerio del Interior británico. No obstante, a medida que pasaban los años y como todo esto fracasaba, a pesar de los renovados esfuerzos del ahora presidente de la Judicatura Russell, que creía en la inocencia de su antigua cliente, se fue desarrollando la sospecha de que el Ministerio del Interior tenía un dosier secreto con pruebas fehacientes de la culpabilidad de Florence.[829]

No existía tal expediente, pero sí había una fuerza lo bastante poderosa como para impedir que estos cruzados se salieran con la suya y esa fuerza era la voluntad de la reina. La mala opinión de Victoria sobre los movimientos a favor de los derechos de la mujer, que habían salido en defensa de Florence, era bien conocida, y más conocida aún era su actitud hacia las transgresiones sexuales de las mujeres. No había sido hasta el mismo año del juicio, en 1889, cuando la reina se había plegado a abolir la norma que impedía comparecer ante el tribunal a las mujeres que demandaban el divorcio a sus esposos, pues se reconocía que la «fechoría» era de los maridos y no de ellas.[830] En el caso de Florence Maybrick, a la reina le parecía obvia su culpabilidad y le molestó sobremanera que el Ministerio del Interior se sintiera obligado a conmutar la pena inicial. En aquel momento escribió que lamentaba que «una mujer

tan perversa se zafe por una mera sutileza legal. (…) Pero la sentencia no debe volver a conmutarse».[831] Mientras la reina vivió, sus ministros fueron demasiado aprensivos para enfrentarse a ella en su autoproclamado papel de guardiana de la moral pública. Seis meses después de su muerte, en cambio, el ministro del Interior ya había prometido disponer la liberación de la prisionera.

Que en 1889, en Inglaterra, una mujer pudiera ser condenada por asesinato sobre la base de un adulterio requería algunas circunstancias especiales: ansias sobre la moralidad femenina, un juez muy persuasivo y un jurado impresionable y servicial. Que la sentencia se mantuviera dependía en gran medida de la ausencia de un mecanismo de apelación y del poder personal de una monarca obsoleta. Las mujeres que alzaron la voz en la campaña para liberar a Florence Maybrick contribuyeron al menos a salvarle la vida, que podía ser la de una mujer inocente. También se atrevieron a convertir el caso Maybrick en un foro para señalar y condenar un sistema de hipocresía social. La mayoría de las mujeres que participaron en esta campaña volvieron a la seguridad del hogar que les proporcionaba un marido o un padre. Pero habían dejado constancia de ello.

680 La fuente principal para el caso Maybrick es el conjunto de testimonios y documentos publicados en *The Trial of Mrs. Maybrick,* en la serie Notable British Trials, ed. H. B. Irving (Londres: Hodge, 1912). Mi presentación también está muy en deuda con el estudio de Trevor L. Christie, *Etched in Arsenic* (Londres: Harrap, 1969), que es el que mejor ha tratado el caso, y con los materiales de la Colección Christie de la Universidad de Wyoming, que incluyen correspondencia con personas que conocían a la familia, notas, fotografías y recortes de prensa relacionados con el caso. Mi interpretación también se basa en crónicas periodísticas, sobre todo de la prensa de Liverpool, y en documentos e información de un libro editado por J. H. Levy titulado *The Necessity for Criminal Appeal as Illustrated by the Maybrick Case* (Londres: King, 1899). Levy, uno de los líderes de la campaña para liberar a la señora Maybrick, calificó el caso como «uno de los errores judiciales más extraordinarios de los tiempos modernos» y fue uno de los muchos que lo compararon con el asunto Dreyfus (p. vii).

Las principales fuentes sobre el caso de Claire Reymond son A. Bataille, *Les causes criminelles et mondaines,* 18 vols. (París: Dentu, 1881-1898), 13: 247-267, *Le Figaro* y *La Gazette des Tribunaux.* Algunas entrevistas importantes se publicaron en *Le Petit Journal* y *Le Petit Parisien.* Los interrogatorios preliminares, por desgracia, se han perdido o han sido destruidos.

681 Algunos de estos logros se analizan en la obra ya citada de Patricia Branca, *Silent Sisterhood: Middle-Class Women in the Victorian Home* (Pittsburgh: Carnegie-Mellon University Press, 1975), y en la tesis doctoral de Bonnie Smith, «The Bourgeois Women of Lille, 1860-1910» (Universidad de Rochester, 1975). Ambos estudios hacen hincapié en los avances materiales de las mujeres, así como en su mayor autoridad doméstica, pero también especulan sobre el consiguiente incremento de expectativas que se produjo.

682 Colección Christie, cartas Aunspaugh. Estas cartas son de la correspondencia

entre el Sr. Christie y Florence Aunspaugh a principios de la década de 1940 y, aunque el Sr. Christie utilizó algunos de los recuerdos de la Srta. Aunspaugh en su estudio, no quiso atribuírselos directamente. Tras la muerte de la Srta. Aunspaugh y del Sr. Christie, la Sra. Christie donó las cartas como parte de la Colección Christie a la biblioteca de la Universidad de Wyoming. La extensa remembranza de la Srta. Aunspaugh sobre su visita a los Maybrick se basaba en sus propios recuerdos y en lo que contaba su familia, sobre todo su padre, que era un tratante de algodón de Nueva Orleans que empezó a hacer negocios con Edwin Maybrick [hermano de James]. La Srta. Aunspaugh aportó un relato muy completo, que incluía descripciones de todos los protagonistas, valoraciones de su carácter y su papel y muchos detalles sobre el entorno físico, la rutina diaria y la posición social de los Maybrick.

683 *Trial of Mrs. Maybrick,* pp. 230 y ss.

684 *Ibid.*, pp. 343 y ss.

685 *New York Herald* (edición londinense), 14 de agosto de 1889.

686 *Saturday Review,* 17 de agosto de 1889.

687 *Times,* 8 de agosto de 1889.

688 Personaje de Thomas Morton en *Speed the Plough* [Que el arado corra]. *(N. de la T.)*.

689 *Liverpool Daily Post,* 9 de agosto de 1889. La afirmación procede de una de las cartas al editor.

690 *La Gazette des Tribunaux,* 13 de julio de 1892.

691 *Ibid.*

692 *Ibid.*

693 En el condado de Alexander. *(N. de la T.)*.

694 Cit. en Christie, p. 32.

695 *Ibid.*

696 *Ibid.*, p. 40.

697 *Ibid.*, p. 43.

698 Conejita. *(N. de la T.)*.

699 Colección Christie, cartas Aunspaugh.

700 Cit. en Christie, p. 46.

[701] *Ibid.*, p. 47.

[702] Levy, p. 435. Esta información se incluyó en la declaración firmada de los abogados de Florence, Arnold y Richard Cleaver.

[703] *Trial of Mrs. Maybrick,* p. 109.

[704] Levy, p. 451. Al parecer, la cita procede de un artículo del Dr. Stevenson, del Guy's Hospital, un experto en toxicología que testificó en el juicio. Levy cuestiona su exactitud, pero Florence Aunspaugh, en una descripción de la casa de los Maybrick de un año antes de la muerte de James, menciona que la pareja dormía entonces en habitaciones separadas (Colección Christie).

[705] Hubo rumores sobre otras aventuras de Florence en la época del juicio y la señorita Aunspaugh dice que su padre le contó que eran ciertos. Aunspaugh relata la siguiente historia relacionada con Florence y su cuñado Edwin Maybrick: «El primer incidente que hizo a mi padre pensar que algo andaba mal ocurrió la noche de la cena formal el año que estuve con él en Inglaterra. Había veinte parejas, que, por supuesto, ocupaban una larga mesa. Mi padre tenía el sitio de honor, a la derecha del señor Maybrick. (…) El señor Edwin Maybrick se sentaba junto a la señora de James Maybrick en un extremo de la mesa y estaban riendo y charlando. Mi padre miró por casualidad, de forma involuntaria, al señor James Maybrick. Justo en ese momento, oyó que la señora Maybrick le decía a Edwin entre risas: "Si te hubiera conocido antes, las cosas habrían sido distintas". Al oír ese comentario, el señor James Maybrick soltó el cuchillo y cerró el puño, los ojos le brillaban y se había puesto rojo como el fuego. En cuestión de un segundo se recompuso, recogió el cuchillo y todo transcurrió con normalidad durante el resto de la velada». La señorita Aunspaugh cuenta que un año más tarde, justo después de la muerte de James, otro de sus hermanos, Michael Maybrick, registró la habitación de Florence cuando ella no estaba y «encontró en el escritorio de la señora Maybrick trece cartas de amor de Edwin Maybrick, siete de Alfred Brierley [el único hombre mencionado en el juicio como amante de Florence] y cinco del abogado Williams, de Londres». El padre de la señorita Aunspaugh conocía bien a Brierley y mantuvo su amistad con él después del juicio, por lo que su información puede ser correcta. La señorita Aunspaugh añade que Michael Maybrick fue el responsable de mantener el asunto de Edwin y el abogado fuera de las investigaciones. «Michael Maybrick ocultó las cartas de Edwin Maybrick dirigidas a

la Sra. de James Maybrick y también llegó a un acuerdo con el abogado Williams, de Londres, según el cual le devolvería sus cartas [las de Williams] si este no colaboraba de ninguna manera con la defensa».

[706] Cit. en Christie, p. 49.

[707] *Ibid.*, p. 51. El relato de la señorita Aunspaugh indica que Florence y Alfred Brierley llevaban «acaramelados» algún tiempo antes de que ella fuera allí con su padre y que, por tanto, su relación había durado ya más de un año cuando James murió. Sin embargo, Aunspaugh corrobora la idea de que Brierley se estaba acobardando tras el incidente del hotel Flatman y afirma que varios comerciantes de algodón le advirtieron en privado de que aquello podría llegar a oídos de Maybrick (Colección Christie).

[708] Levy, p. 415. Esta mujer, una tal Sra. Samuelson, prestó declaración antes del juicio, pero consiguió no tener que comparecer haciendo un viaje al continente. En la vista preliminar había declarado que, mientras su marido y ella estaban de vacaciones con los Maybrick el mes de marzo anterior, ella había cogido una rabieta por una partida de cartas y le había dicho a su marido que lo odiaba. Florence, según ella, había intentado calmarla diciéndole: «No te tomes estas cosas tan a la tremenda. Yo suelo decir a menudo que odio a Jim y jamás lo digo en serio».

[709] *Trial of Mrs. Maybrick,* p. 89. Esto lo contó la niñera en su testimonio.

[710] *Ibid.*, p. 59.

[711] Levy, p. 438. En la vista preliminar, Brierley señaló que había quemado las cartas en cuestión.

[712] *Ibid.* Brierley había dicho: «Cuando nos despedimos así el 24 de marzo quedó claro que no volveríamos a vernos salvo en público, y yo por mi parte había resuelto de manera definitiva que no volvería a dejarme tentar por una situación similar».

[713] Christie, p. 55.

[714] *Le Petit Parisien,* 25 de mayo de 1892.

[715] Bataille, p. 249.

[716] *Le Petit Parisien,* 24 de mayo de 1892.

[717] Baronesa Staffe, *Les usages du monde* (París: Havard, 1890), pp. 256 y ss. Este mensaje, como se verá, aparecía en realidad con más frecuencia hacia finales

de siglo en la literatura prescriptiva para mujeres.

[718] *Le Figaro,* 13 de julio de 1892.

[719] *La Gazette des Tribunaux,* 13 de julio de 1892.

[720] *La Lanterne,* 26 de mayo de 1892.

[721] *Le Petit Parisien,* 25 de mayo de 1892.

[722] *Ibid.*

[723] *Le Petit Journal,* 25 de mayo de 1892.

[724] *La Lanterne,* 26 de mayo de 1892.

[725] *Le Petit Journal,* 25 de mayo de 1892.

[726] *La Lanterne,* 26 de mayo de 1892.

[727] *Le Figaro,* 13 de julio de 1892.

[728] *La Lanterne,* 26 de mayo de 1892.

[729] *Le Petit Parisien,* 25 de mayo de 1892.

[730] *La Gazette des Tribunaux,* 13 de julio de 1892.

[731] *Le Figaro,* 13 de julio de 1892.

[732] *Ibid.*

[733] Resumido en Theodore Zeldin, *France, 1848-1945: Ambition, Love, and Politics,* vol. I (Oxford: Clarendon, 1973), p. 343.

[734] *Le Figaro,* 13 de julio de 1892.

[735] *Ibid.*

[736] *Ibid.*

[737] Véase Sylvaine Marandon, *L'Image de la France dans l'Angleterre victorienne* (París: Colin, 1967), cap. 4; Smith, cap. 3.

[738] *La Lanterne,* 25 de mayo de 1892.

[739] Muchos contemporáneos destacaron esta característica. En su capítulo sobre la familia, que cita a numerosos comentaristas del siglo XIX, Marandon resume: «En Francia los padres —en la medida en que son capaces— siguen velando por las crías que han abandonado el nido, a diferencia de la práctica de los ingleses (más próximos a la naturaleza en sus costumbres), que parece que, pasado el periodo de dependencia durante el cual las crías requieren cuidados, las distintas generaciones viven con una cierta autonomía material y afectiva» (p. 277). Max O'Rell, que se casó con una francesa, describió a las mujeres inglesas para los

franceses en su obra *Les Filles de John Bull* (París: Lévy, 1884) y subrayó que, después del matrimonio, la inglesa era mucho más independiente. Con ironía, comenta: «La muchacha inglesa deja a su madre [al casarse] con la misma emoción y ceremonia con la que nosotros [los franceses] dejamos a un casero» (p. 110). Estudios más recientes siguen señalando la relativa mayor cercanía de las familias francesas y de las relaciones madre-hija, e indican que no fue hasta después de la Segunda Guerra Mundial cuando este patrón empezó a cambiar de forma notable. En un estudio reciente sobre la Francia contemporánea, John Ardagh subraya la persistencia de los lazos familiares y de las relaciones madre-hija y señala que los clubes de mujeres y la solidaridad femenina en general no han sido rasgos marcados de la vida francesa. «Hasta hace poco, la fuerza de los vínculos familiares compensaba esta falta de camaradería y, de hecho, era una de sus causas. Sin embargo, con la dispersión de las familias y el traslado a nuevas zonas residenciales apartadas, el ama de casa francesa empieza a sentirse aislada. "Pongan a la joven burguesa en un piso nuevo —decía un crítico de esta opinión— ¿y qué hará? Pasarse media mañana al teléfono con mamá para hablar sobre qué le va a hacer de cena a su marido"» (*The New France: A Society in Transition, 1945-1973;* Harmondsworth: Penguin, 1973, p. 356). Véase también Priscilla Robertson, «The Home as a Nest: Middle-Class Childhood in Nineteenth-Century Europe», en *The History of Childhood,* ed. Lloyd de Mause (Nueva York: Harper & Row, 1975).

740 Patricia Branca analiza los problemas de las mujeres inglesas de clase media a este respecto: «Es interesante observar que en ninguna de las fuentes consultadas para este estudio se menciona ningún tipo de relación familiar más allá de la familia nuclear. Nunca se hace referencia al papel de los abuelos, las tías, los tíos o los primos. Esta ausencia de relaciones más allá de la familia inmediata es especialmente llamativa cuando se habla del embarazo. Uno esperaría que, en un acontecimiento tan importante como este en la vida de una mujer, esta contara con la ayuda de su madre o de su hermana o de algún otro pariente cercano. Sin embargo, a la mujer de clase media se le aconsejaba que buscara la ayuda de una vecina amable» (p. 146). Florence Maybrick había vivido en tres casas distintas desde que se casó, Adelaide Bartlett había vivido en cuatro y Florence Bravo, aunque viuda parte del tiempo, había vivido en seis residencias diferentes desde

su primer matrimonio.

[741] Christie, p. 47.

[742] *Ibid.*

[743] En un capítulo dedicado a la religión de su tesis sobre las mujeres burguesas de Lille, Bonnie Smith señala que «a escala nacional, el traslado de las mujeres a los conventos floreció durante el siglo XIX. (…) Aunque aún no se ha escrito la historia de las mujeres que se iban a vivir a un convento en el siglo XIX y el tinte femenino que aportaron al catolicismo en virtud de su superioridad numérica, muchas fundadoras tienen sus biografías (…)» (p. 234). Smith señala el atractivo especial de las órdenes dedicadas a la enseñanza: «Desde un punto de vista psicológico, las monjas de los internados, en lugar de las madres, se convirtieron en el modelo que emular y, quizá después de vivir en un entorno que todas las exalumnas afirmaban disfrutar, las jóvenes encontraron en el convento una alternativa atractiva al hogar. (…) Al pensar en las mujeres burguesas de Lille, la tentación de explicar la vida en celibato como una desviación no es útil. Ciertas órdenes femeninas desempeñaban un papel visible y enérgico en la sociedad urbana, pues controlaban la distribución de la caridad a través de la Junta de Beneficencia, enseñaban a niñas ricas y pobres por igual y gestionaban la mayor parte de los hospitales e instituciones para huérfanos, ancianos y enfermos. (…) Otra tendencia en la selección de órdenes religiosas sí plantea interrogantes, ya que una cuarta parte de la muestra de monjas adineradas de Lille [la muestra de Smith era de noventa monjas de entre 1800 y 1914 de la alta burguesía de Lille] se entregaron a la vida de clausura o contemplativa» (pp. 235 y ss.).

[744] Colección Christie, cartas Aunspaugh.

[745] Yapp deriva de una palabra del inglés antiguo que significa «falso», «taimado» o «poco honesto». *(N. de la T.)*.

[746] *New York Herald* (edición londinense), 18 de agosto de 1889.

[747] *Trial of Mrs. Maybrick,* p. 46.

[748] *Porcupine* (Liverpool), 10 de agosto de 1889.

[749] Véase Leonore Davidoff, «Mastered for Life: Servant, Wife, and Mother in Victorian and Edwardian Britain», *Journal of Social History,* 7, n.º 4 (1974): 406-428. En su magnífico reciente estudio *The Domestic Revolution: The Modernisation of Household Service in England and France* (Londres: Croom Helm,

1976), Theresa McBride analiza la percepción de los cronistas del siglo XIX de que los problemas con el servicio eran una novedad y de que las relaciones entre sirvientes y empleadores se habían deteriorado desde el Antiguo Régimen: «Con razón o no, a menudo insistían en que los sirvientes del siglo XVIII habían estado más apegados a sus patronos, eran más leales y estaban más dispuestos a aceptar el "lugar" que les correspondía en la sociedad. Esta cuestión del sirviente del siglo XVIII como modelo de lealtad reflejaba su profundo sentimiento de insatisfacción con la situación del sirviente del siglo XIX, pero la conclusión de un cambio radical en los problemas era injustificada» (p. 16). McBride muestra más adelante cómo en una Inglaterra que se estaba modernizando más rápido, la relación paternalista patrono-sirviente dio paso en realidad a una relación contractual bastante pronto en el siglo XIX, pero que, en ambos países, y sobre todo en Francia, las «clases medias eran más propensas a quejarse de los criados contemporáneos y a aferrarse a su imagen del criado fiel que podía considerarse un miembro de la familia» (p. 119).

750 *Le Figaro,* 8 de junio de 1892, comenta la estupidez de Reymond al confiar en un cochero en teoría pagado por Claire para que le revelase el paradero de su marido. La simpatía por la señora Maybrick hizo que muchos periódicos comentaran la «cábala» doméstica contra la acusada. El semanario *Truth* (Londres), bastante dispuesto a aceptar la culpabilidad de Florence, señaló que el caso mostraba «a las amigas y a las sirvientas bajo una luz bastante torva» (15 de agosto, p. 310). Christie cita al editor de esa revista: «Confío sinceramente en que la niñera Yapp no vuelva a conseguir empleo en ninguna casa privada. (…) La mujer cometió un grave abuso de confianza y es de lamentar que la ley no pueda castigarla. Si la turba la hubiera atrapado para ahogarla [durante el juicio], no puedo decir que me habría apenado mucho» (p. 159).

751 «La Sra. Briggs tuvo desde el principio mucho poder en la casa. Estaba pendiente de todo lo que pasaba» (*New York Herald,* edición londinense, 14 de agosto de 1889). La señorita Aunspaugh es más explícita sobre este asunto, como testigo de la vida diaria allí, y su relato llega a demostrar lo poco que Florence Maybrick mandaba en su propia casa. «Había una tal señora Briggs, a la que invitaron a la cena formal y que se quedó allí unos diez días más. La posición de esta mujer en la casa era de lo más sorprendente. Los corrillos de dos o a veces

tres criadas se formaban con más frecuencia mientras ella estaba allí, y ella misma participaba. (…) Tanto la señora Briggs como la niñera Yapp despreciaban y odiaban a la señora Maybrick y lo más lamentable de todo era que la señora Maybrick no tenía luces suficientes para darse cuenta de su actitud hacia ella. (…) La señora Briggs se arrogaba todo tipo de autoridad sobre la casa y sobre el servicio. Se dirigía al señor Maybrick como James. En la mesa la oí decir cosas como: "James, hacer pastar a los caballos en el jardín ahorraría muchos gastos en cortar la hierba"; "James, ¿no crees que un tejado en el porche del lado de tu gabinete sería mucho mejor?"; "James, será mejor que te pongas el abrigo grueso; hace mucho más fresco esta mañana"; "James, hoy estaría bien cenar cerdo asado". Ni una sola vez se dirigió a la señora Maybrick. Ahora que lo pienso, no recuerdo una sola ocasión durante toda mi visita en casa del señor Maybrick en la que la señora Maybrick diera una orden o instrucciones a algún criado. (…) Cuando el señor y la señora Maybrick no estaban, ella [Briggs] entraba en todas las habitaciones de la casa. En el dormitorio del señor Maybrick y en el dormitorio de la señora Maybrick. Solo se le resistía una estancia: el "gabinete" del señor Maybrick. El señor Maybrick había puesto una cerradura Yale en la puerta. (…) Se suponía que la señora Briggs era la invitada del señor y la señora Maybrick. Sin embargo, esta tenía una relación mucho más íntima con Yapp que con la señora Maybrick. El señor Maybrick se dirigía a ella como "señora Briggs" y siempre se mostraba muy reservado y digno con ella» (Colección Christie, cartas Aunspaugh).

752 *New York Herald* (edición londinense), 18 de agosto de 1889. Esta fuente también reveló el hecho nada sorprendente de que Yapp llevaba la ropa que desechaba su señora, pero añadió que también se probaba los vestidos de Florence cuando esta salía y que el paraguas que llevaba en su comparecencia ante el tribunal era de la señora Maybrick.

753 *Ibid.*

754 Christie (edición EE. UU., Filadelfia: Lippincott, 1968), p. 38.

755 *Trial of Mrs. Maybrick,* p. 105.

756 *Ibid.* Christie cita una carta muy relevante de Florence dirigida al Dr. Hopper, el hombre al que previamente le había confiado su repulsión por James creyendo que el médico era su amigo, pero que se había puesto de parte de su esposo en el intento de reconciliación. El día que James murió, Florence, que aún creía que el

médico simpatizaba con ella, le envió una nota desesperada, escrita a lápiz, suplicándole ayuda. En el juicio esta nota solo se mencionó, pero no se presentó, y Christie afirma que no salió a la luz hasta pasados casi cuarenta años. Christie señala que si Hopper, que reconoció haberla recibido, hubiera presentado la carta, esta podría haber cambiado el veredicto (Christie, pp. 62 y ss.).

Estimado Dr. Hopper:

Estoy segura de que debe tener noticia de la peligrosa enfermedad de Jim y, sin duda, creerá que debería haberle llamado para que viniera a verlo. Mi posición es tan miserable y penosa que, cuando le diga que mis dos cuñados están aquí y me han apartado por completo del cuidado de Jim y de la gestión de mi casa, comprenderá usted lo impotente que me siento para hacerme valer. ¡Cuánto necesito un amigo!

Michael, a quien Jim informó de la infelicidad que hubo entre nosotros el mes pasado, me acusa ahora de ser la causa principal del actual estado crítico de Jim, a lo que añade la supuesta falta de cuidados adecuados por mi parte en cuanto a su alimentación y atención médica. Michael apenas me habla. Ni intenta animarme ni me insulta. Soy un cero en mi propia casa, ignorada y sometida. Estoy tan destrozada que no puedo luchar ni contra mí misma ni contra nadie más; solo deseo morir. (…).

Es terrible. ¿Cómo voy a soportarlo? No tengo a nadie a quien recurrir y los hermanos de mi esposo son hombres brutales y fríos. Porque haya pecado una vez, ¿he de ser siempre mal juzgada?

Le saluda, enloquecida,

F. E. Maybrick

757 En una reciente ponencia titulada «Social Relationship and Sexual Liberation Among the Utopian Socialists», presentada en el Tercer Congreso de Berkshire sobre la Historia de la Mujer (9-11 de junio de 1976) en el Bryn Mawr College, S. Joan Moon utiliza los escritos de las mujeres de estos movimientos para demostrar que desconfiaban de algunas de las nociones de los hombres sobre la socialización del sexo, al menos hasta que la base económica de la sociedad se hubiera transformado para permitir a las mujeres tener independencia financiera. «[Las mujeres socialistas] se percataron de la naturaleza provisional de la nueva moral,

advirtieron contra las implicaciones egoístas de su práctica y la subordinaron al cambio social general» (pp. 9 y ss.).

758 Esta opinión, ya apuntada en Branca, estaba esbozada en su análisis previo, junto con Peter N. Stearns, en *Modernization of Women in the Nineteenth Century* (St. Charles, Mo.: Forum, 1973). La idea se propuso anteriormente en el contexto estadounidense en un artículo de Daniel Scott Smith, «Family Limitation, Sexual Control, and Domestic Feminism in Victorian America», en *Clio's Consciousness Raised: New Perspectives on the History of Women,* ed. Mary S. Hartman y Lois W. Banner (Nueva York: Harper & Row, 1974), pp. 119-136. Smith utiliza la expresión «feminismo doméstico» para describir las evidentes conquistas de las mujeres respecto a la autoridad en el hogar y en la toma de decisiones sobre limitar la familia. En contra de las opiniones anteriores sobre el declive del estatus de las mujeres de clase media en el siglo XIX, argumenta que estas ampliaron de un modo efectivo su autonomía en la esfera doméstica en su papel de esposas y madres. «La perspectiva sugerida anteriormente ayuda a explicar por qué la historia del movimiento sufragista supuso un cambio desde la noción de la mujer como individuo fragmentado hacia la idea de la mujer como esposa y madre. Apoyándose en las percepciones adquiridas gracias a su ascenso en el seno de la familia, un gran número de mujeres entraron al fin en política a principios del siglo XX. Dada la importancia de la limitación de la familia y el control sexual en el feminismo doméstico, no es sorprendente que las mujeres promovieran y apoyaran con firmeza los movimientos por la templanza y la pureza social, intentos de reforma que implícitamente atacaban la cultura masculina» (p. 133). Véase también el artículo de Linda Gordon, «Voluntary Motherhood: The Beginnings of Feminist Birth Control Ideas in the United States», en el mismo volumen.

759 Según el Código Napoleónico, la ejecución del llamado «crimen pasional» estaba limitada a los hombres y por sí solo no podía juzgarse como asesinato premeditado (aunque sí podían acusarlos y juzgarlos por un delito menor) si aquellos mataban a su esposa o al amante de esta en circunstancias de flagrante delito (artículo 324). En un sentido popular, el crimen pasional tenía una definición más amplia e incluía todo tipo de delitos motivados por los celos sexuales y el odio.

760 Louis Proal, *Le crime et le suicide passionnels* (París: Alcan, 1900), p. 291.

[761] Paul Aubry, *La contagion du meurtre* (París: Alcan, 1894), pp. 107-130. Aubry, al señalar el de Francey como uno de esos casos, afirma: «¿Alguien cree que si no se hubiera convertido a la primera [la señora de Clovis Hugues] en una heroína (…), si no hubieran pregonado todos los periódicos este desafortunado asunto (…), la segunda [la señora Francey] habría permitido que su imaginación se excitara tanto, que no habría temido en cambio utilizar un revólver contra un hombre del que era tan fácil deshacerse por medios legales?» (p. 128).

[762] Bataille, 1:174-193.

[763] *Ibid.*, p. 186. Esta fue su explicación oficial. Fue más sincera en una declaración anterior cuando reconoció estar enterada desde hacía algún tiempo, pero que había decidido actuar ¡solo cuando se dio cuenta de que lo sabía toda la ciudad!

[764] Proal, pp. 114 y ss., afirma que el revólver había sustituido al ácido utilizado por las mujeres seducidas y abandonadas en el pasado. Aubry, que titula su capítulo sobre el tema «Asesinatos cometidos con ayuda del ácido y del revólver», afirma que considera los asesinatos con revólver una variedad de los «crímenes de desfiguración» con ácido (p. 109). El primer caso de asesinato con revólver ampliamente comentado en el que estuvo implicada una mujer burguesa ocurrió en la década de 1880. Una joven llamada Marie Bière, de una modesta familia de clase media, había estudiado música en el Conservatorio de París y en 1887 se convirtió en la amante de un joven de buena familia. Al descubrir que estaba embarazada de él, accedió a abortar, pero quería tener el bebé y pospuso la operación hasta que fue demasiado tarde, con la esperanza de que un hijo induciría a su amante a casarse con ella. No fue así y, seis meses después de su nacimiento, la niña, que se estaba criando con una nodriza, murió. Marie siguió acostándose con su amante e intentando persuadirlo para que se casara con ella, pero él se negó en redondo y al final ella le disparó y lo hirió de gravedad. La joven alegó que había seguido manteniendo relaciones con su víctima porque quería otro hijo y declaró en tono dramático: «¡Todas las madres me entenderán!». La absolución por parte del jurado fue aplaudida con entusiasmo (Bataille, 1:13-51).

[765] Bataille, 11:147-149. La mujer fue absuelta.

[766] *Le Petit Parisien,* 25 de mayo de 1892. Es significativo que no repitiera esta

declaración en el juicio, sino que se atuvo a la decisión de su abogado de conseguir la absolución gracias a las cartas de su rival y no mediante ningún alegato a favor de sus propios derechos como esposa.

[767] Proal, p. 606.

[768] *Ibid.*

[769] *La Liberté,* 13 de julio de 1892, argumentaba que la posibilidad legal del divorcio dejaba obsoleto el «crimen pasional», pero incluso si Claire Reymond hubiera querido divorciarse, no habría podido conseguirlo alegando el adulterio de su marido, ya que Reymond no mantenía esa relación en su casa. Podría haberlo intentado alegando crueldad y lesiones, que los tribunales interpretaban de forma laxa (Zeldin, p. 358), pero para Claire, como para la mayoría de las mujeres infelizmente casadas, ese paso era impensable.

[770] *Le Figaro,* 27 de mayo de 1892.

[771] *Ibid.*, 8 de junio de 1892.

[772] Howard Zehr Jr. señala que, en general, los intentos de describir la delincuencia adoptan uno de estos dos enfoques: o bien comienzan con un conjunto de datos empíricos de los que derivan una serie de explicaciones o bien «intentan desarrollar teorías generales de la delincuencia que presumiblemente puedan probarse de forma empírica más adelante». Las teorías generales, como indica este autor, han tendido a buscar las causas de la delincuencia en peculiaridades del individuo o en condiciones sociales generales («Patterns of Crime in Nineteenth-Century Germany and France: A Comparative Study», tesis doctoral; Universidad de Rutgers, 1974, 1:4 y ss.).

[773] Véase la cita en la nota 23.

[774] Proal, p. 603. Proal nombra a Alexandre Dumas hijo como el mayor ofensor entre los literatos por haber escrito obras de teatro que respaldan los crímenes pasionales masculinos. Estas obras, dice Proal, emplazaban a los maridos a destruir a los «monstruos» que se atrevían a ser infieles con el mandato de «*Tue-la!*» («¡Mátala!»), que se convirtió en un lema popular (pp. 583-585). En efecto, Dumas fue un portavoz del antagonismo masculino contra la supuesta nueva infidelidad sexual femenina y no utilizó sus obras de teatro para transmitir el mismo mensaje a las mujeres. De hecho, aunque Proal no lo menciona, Dumas estaba alarmado por los crímenes pasionales cometidos por mujeres y escribió un

panfleto titulado «Les femmes qui tuent et les femmes qui votent» («Las mujeres que matan y las mujeres que votan»), en el que argumentaba que la frustración por su falta de voz política era el motivo principal que impulsaba a las mujeres a esa nueva violencia. Dumas sostenía —de un modo inverosímil— que, si se les concedía el derecho al voto, las mujeres cesarían los ataques. Ni Dumas ni Proal pensaron que la verdadera causa de esa violencia podría estar en una nueva conciencia, aún en gran medida prepolítica, por parte de algunas mujeres cuyas reivindicaciones no tenían nada que ver con su impotencia en el ámbito público.

[775] Obviamente, es imposible conocer su comportamiento real o demostrar las tendencias con precisión. Muchos comentaristas, como el autor de *My Secret Life,* señalaron el declive después de mediados de siglo en la exhibición *pública* de la inmoralidad sexual. Peter Cominos, en «Late-Victorian Sexual Respectability and the Social System», *International Review of Social History,* 8 (1963): 46, hace referencia a la disminución del número de burdeles después de las décadas de 1850 y 1860 y sugiere que hubo una disminución real de la infidelidad matrimonial masculina en las últimas décadas de la era victoriana. Además, como señala Cominos, los hombres tardovictorianos eran producto de esos internados de mediados del periodo, con su nuevo énfasis en la virtud sexual y la autocontención (p. 40).

[776] La adhesión pública de los hombres ingleses a las campañas de las décadas de 1870 y 1880 contra las leyes sobre las enfermedades contagiosas, que, según se argumentaba, consagraban la doble moral sexual, sirvió de ejemplo en cualquier caso, al igual que su participación en las campañas de pureza social. Recientemente se ha demostrado que algunas de las figuras más relevantes, como Gladstone, llevaban una vida privada bastante diferente de lo que sugería su comportamiento en público, pero sería arriesgado despreciar tantas declaraciones públicas de hombres como prueba de mera hipocresía.

[777] Cit. en W. J. Reader, *Life in Victorian England* (Londres: Batsford, 1964), p. 141.

[778] Véanse los análisis correspondientes en Smith; Edward Shorter, *The Making of the Modern Family* (Nueva York: Basic Books, 1975); y Catherine Bodard Silver, «Salon, Foyer, and Bureau», en *Clio's Consciousness Raised: New Perspectives on the History of Women,* ed. Mary S. Hartman y Lois W. Banner (Nueva York: Harper

& Row, 1974). En una reciente ponencia titulada «Patriarchal Feminism in Mid-Nineteenth Century France», presentada en la Tercera Conferencia de Berkshire sobre la Historia de la Mujer (9-11 de junio de 1976) en el Bryn Mawr College, Karen Offen analiza el fenómeno «masculino-feminista» en Francia. Sostiene que hombres como Ernest Legouvé, que defendía la separación de los papeles de los sexos pero la mejora de la condición de la mujer dentro de su ámbito (véase su *Histoire morale des femmes;* París: Sandré, 1849), reflejaban opiniones muy extendidas entre las mujeres francesas, que combinaban bien con el persistente atractivo de la tradición aristocrática de asignar a las mujeres roles de poder, pero separados, y que hacían hincapié en la maternidad en un contexto en el que la temprana limitación de la familia había privado a las mujeres de los hijos que tal vez habrían deseado tener. «En resumen, la domesticidad dentro de un marco de ámbitos separados debió de parecerles muy bien a las mujeres que aún no habían tenido la oportunidad de comprobar plenamente sus limitaciones. (…) Durante mucho tiempo, por tanto, la mayoría de las francesas apenas pudieron imaginar el salir de su propia esfera separada para dedicarse a una profesión o para reclamar el voto; les interesaba sobre todo seguir explorando las posibilidades de una educación que les sirviera en la vida privada» (pp. 14 y ss.).

779 Howard Zehr Jr. (1:18-28) ofrece un excelente análisis introductorio a la teoría de la privación relativa desarrollada por Ted Robert Gurr en *Why Men Rebel* (Princeton: Princeton University Press, 1971). Zehr señala algunos problemas en esta teoría, pero parece que ofrece nuevas formas de ver muchos tipos de comportamiento, incluido el de estas mujeres.

780 Staffe, p. 258. La baronesa aconseja que, si una esposa nota que hay otro hombre que la ama, debe decírselo a su marido y pedirle que la proteja. Si el marido es violento, advierte, la esposa debe defenderse sola «y el mejor medio es eliminar cualquier esperanza desde el primer momento. (…) No espere ser su amiga (…); eso es jugar con fuego».

781 *Ibid.,* p. 206. Temas similares aparecen en el popular manual sobre el matrimonio del Dr. Charles Montalban, *La Petite Bible des jeunes époux* (París: Flammarion, 1885). Esta obra, que es más bien un manual sobre sexo, subraya lo saludable de unas relaciones sexuales conyugales limitadas tanto para hombres como para mujeres, pero advierte contra los males del aburrimiento femenino y

sobre todo de la «literatura fatal» que leen algunas mujeres, que puede destruir matrimonios. Montalban insta a los maridos a mantener toda esa literatura, en especial la novela *Lélia* de George Sand, lejos de las esposas (p. 97). El tono positivo de los manuales de principios de siglo, cuando se animaba a las recién casadas a considerarse verdaderas «ministras de Interior», parece dar paso a una respuesta atemorizada frente al cambio social y sus peligros para la pureza de la mujer en el hogar.

[782] Zehr, vols. 2 y 3: cap. 4. (Este capítulo empieza en el vol. 2 y continúa en el siguiente volumen de la obra).

[783] En el informe anual elaborado por el Ministerio de Justicia francés, el *Compte général de l'administration de la justice criminelle,* el único índice para determinar la clase social es una división aproximada de los delincuentes, por categoría delictiva, en niveles educativos que no son coherentes. Hacia la década de 1880, incluso esto se suprimió en las categorías delictivas que nos resultan relevantes aquí. Sin embargo, en mi estudio de la serie de Bataille (que cubre las causas célebres de 1880 a 1898) encontré solo dos casos de crímenes pasionales cometidos por hombres que eran sin duda de clase media, ambos con un aire evidente de ser excepciones que confirman la regla.

El primero, un caso de 1889, era de un hombre de negocios de Montpellier que disparó a un asesor jurídico que tenía una aventura con su mujer (11: 101-116). El hombre llamó de inmediato a un médico, a un sacerdote y a la policía. Más tarde alegó que la víctima, que sobrevivió, se había negado a firmar un documento en el que reconocía que había perdido su honor y que abandonaría la ciudad. Este caso, con su halo de planificación y eficiencia y la preparación de un «acuerdo» para evitar una venganza violenta, muestra una fase de transición masculina en la que los viejos estilos de asesinato pasional estaban dejando paso a los modos más discretos de retribución adoptados por las clases medias.

El segundo caso, de 1884 (5: 278-280), era el de un director de una empresa manufacturera de Thiers que había intentado disparar al amante de su mujer, un oficinista empleado en el ferrocarril. Para evitar más escándalos, el jefe del amante insistió en trasladar a su empleado fuera de la ciudad, pero una vez que este volvió de visita, el marido intentó vengarse de nuevo y entonces sí consiguió herir a su víctima. El agresor fue absuelto, como en el otro caso, pero la intervención del jefe del amante para evitar un asesinato por venganza señala de nuevo un cambio en el clima de opinión.

El delito más tradicional de venganza por infidelidad sexual persistió entre los

hombres de clase baja (Bataille señala varios casos) y también entre los grupos «en transición». En esta última categoría situaría yo el otro caso recogido por Bataille (9: 289-293) que podría calificarse de «clase media». Se trataba de un farmacéutico parisino que en 1888 asesinó a un aprendiz descubierto en el acto de hacer el amor con su mujer. Este caso recuerda al de los Fenayrou y la descripción sugiere que este hombre, al igual que Marin, respondía a impulsos más tradicionales que reflejaban una mentalidad preburguesa.

Estos mismos volúmenes de Bataille, de los mismos años, muestran la dramática feminización del crimen pasional. Recogen no menos de siete casos de mujeres de clase media que dispararon a sus víctimas con un revólver en lo que se calificó como crímenes pasionales (solo dos víctimas sobrevivieron) y el de una mujer de clase media que desfiguró a su rival con ácido sulfúrico. Además, hay una representación aún mayor de mujeres de clase baja que recurrieron al ácido y al revólver.

Un artículo sobre mujeres criminales en *La Grande Revue,* 1889, pp. 393-427, dedica la mayor parte del análisis a atacar a las vengadoras del ácido y el revólver (después de alegar que el número de mujeres francesas que cometen adulterio duplica el de los hombres). Este artículo es el único del que tengo conocimiento que, aunque de manera inadvertida, abordaba parte de la explicación de las acciones de estas mujeres que aquí se ofrece. En él se sugiere que cuestiones penosas como el gran número de delitos por venganza de este tipo no inquietan en absoluto a las mujeres, ya que ellas no se consideran delincuentes sino ejecutoras de la justicia, y que además «nada conmueve menos a una mujer que tales consideraciones. No entiende su importancia, no está imbuida de ideas de paz social como lo estamos los hombres, nosotros que hacemos las leyes y tenemos en cuenta su aplicación» (pp. 416 y ss.). Al sugerir que las mujeres no tenían el mismo interés en evitar el escándalo, el autor sí estaba en lo cierto.

[784] *Le Petit Journal,* 28 de mayo de 1892.

[785] *Trial of Mrs. Maybrick,* p. 199.

[786] *Ibid.*, pp. 200 y ss.

[787] *Ibid.*

[788] *Ibid.*, pp. 196-198, 203. La señorita Aunspaugh confirma que Maybrick era un hipocondríaco que compraba todos los remedios milagrosos que salían al mercado. «Mi padre dijo una vez: "Maybrick tiene una docena de farmacias en el estómago"» (Colección Christie, cartas Aunspaugh).

[789] *Trial of Mrs. Maybrick,* p. 152.

[790] Levy, p. 467. El caballero, Valentine Blake, hijo de un diputado irlandés, dijo

que le había facilitado la sustancia a Maybrick en febrero de 1889.

[791] El perito médico de la acusación fue el Dr. Thomas Stevenson, profesor de medicina forense y química en el Guy's Hospital de Londres. El perito de la defensa fue el Dr. Charles Tidy, examinador de medicina forense del Hospital de Londres.

[792] Varias cartas de este tipo aparecieron en los periódicos de Liverpool, que recibieron el mayor número de respuestas. El *British Medical Journal* (17 de agosto de 1889, p. 393) se mostró en desacuerdo con el veredicto y señaló que la ínfima cantidad de veneno encontrada era coherente con la teoría de una adicción al arsénico, pero más tarde publicó una carta (12 de octubre, p. 830) de una autoridad en la materia que argumentaba que la abstinencia de arsénico no podía provocar la muerte puesto que el arsénico no era adictivo. *The Lancet* (17 de agosto de 1889) aceptó el veredicto.

[793] *Trial of Mrs. Maybrick,* p. 45.

[794] El *Times* reconoció la justicia de las protestas en Estados Unidos por este uso en un editorial del 8 de agosto de 1889.

[795] *Trial of Mrs. Maybrick,* p. 236.

[796] Levy, p. 15.

[797] *Trial of Mrs. Maybrick,* pp. 344 y ss.

[798] *Ibid.*, p. 347.

[799] Christie, p. 149.

[800] *Ibid.* Una de las concentraciones en Londres estuvo encabezada por Alexander MacDougall, un abogado escocés, que escribió al *Times* (carta del 9 de agosto) para recordar a los lectores su papel en la lucha contra una decisión injusta en el caso Penge doce años antes e instando al «solemne deber del público de vigilar con celo los juicios penales». Se calcula que unas mil quinientas personas asistieron al mitin de MacDougall y más tarde este publicó un libro, *The Maybrick Case* (Londres: Baillière, Tindall & Cox, 1896), en el que sugería que todo el veneno había sido colocado allí por los «cinco desconfiados», es decir, Michael y Edwin Maybrick, la señora Briggs y su hermana y la señorita Yapp. La teoría más probable es que James guardara aún el veneno que obtuvo de Blake (ver nota 107). Sin embargo, Edwin Maybrick admitió más tarde que había escamoteado de la colección de James una caja de píldoras entre cuyos

ingredientes figuraba el arsénico. Edwin no explicó por qué lo había hecho y es probable que, puesto que sospechaba de Florence, deseara eliminar cualquier prueba que sugiriese que su hermano era adicto al arsénico (Levy, pp. 13 y ss.).

801 Christie, pp. 150 y ss. Curiosamente, uno de los líderes religiosos más influyentes, el predicador Charles Spurgeon del Tabernáculo Metropolitano, al parecer había «invitado a las damas de la congregación a firmar una petición rogando a la reina que conmutara la pena a la señora Maybrick, basándose en que el caso estaba rodeado de dudas cada vez mayores» (*New York Herald,* edición londinense, 20 de agosto de 1889).

802 Christie, pp. 152 y ss.

803 *Ibid.*, p. 153.

804 *Ibid.*

805 El *Daily Eagle* de Brooklyn (11 de agosto de 1889) publicó una entrevista con un hombre llamado Matthew Howard que conocía a la señora Maybrick y a su madre. De la baronesa dijo: «Parecía estar teñida de las desmoralizadoras herejías sociales de la escuela filosófica de Woodhull. (…) Su ejemplo y sus enseñanzas deben de haber inculcado a la hija ideas laxas sobre el matrimonio. Si no me equivoco en cuanto a las teorías socialistas de la baronesa en la época de la que hablo, bajo tal tutela la hija se tomaría a la ligera sus obligaciones para con un marido que la había engañado y maltratado y por el que sentía aversión». De Florence, Howard dijo: «Parecía extraordinariamente simpática, de modales suaves y encantadores y de un natural tímido y afectuoso que la empujaría a apartarse de su camino antes que arriesgarse a pisar y hacer daño a un gusano». Howard pensaba que Florence era inocente.

806 *Daily Post,* 19 de junio de 1889.

807 Florence dice que el editor y sus amigos «me persuadieron de que el público me brindaría su más tierna consideración y de que posiblemente las humanidades avanzarían un poco si la historia de una mujer —cualesquiera que fueran sus defectos en otros sentidos— por completo inocente del terrible cargo de asesinato intencionado, y por el que en su inocencia se la hizo sufrir de manera tan cruel, se diera a conocer con toda honestidad a un mundo compasivo» (Florence E. Maybrick, *Mrs. Maybrick's Own Story: My Fifteen Lost Years;* Nueva York: Funk and Wagnalls, 1905, pp. 14 y ss.). Por desgracia, el volumen no da casi nada de lo que

promete. Resulta fascinante compararlo con las memorias tan personales de Marie Lafarge. La señora Lafarge sabía que tenía que venderse como una criatura romántica; Florence Maybrick, en una época desengañada sobre la supuesta candidez de las mujeres, optó por apelar a la causa pública de la injusticia de los sistemas judicial y penitenciario.

[808] Maybrick, p. 368.

[809] La encontró un vecino que se acercó a su casa de campo de tres habitaciones y descubrió el cuerpo marchito de la anciana tendido en la cama. «Y en el dormitorio alguien encontró un álbum lleno de recortes de prensa amarillentos que desvelaba quién era en realidad la ermitaña» (Colección Christie, *New York Post,* 24 de octubre de 1941).

[810] Un estatuto que dotaba a Irlanda de cierta autonomía dentro del Reino Unido. *(N. de la T.)*.

[811] *Times,* 15 de agosto de 1889.

[812] Donde más cartas se publicaron fue en los periódicos de Liverpool, sobre todo en el *Daily Post,* el *Echo,* el *Morning Courier* y el *Evening Express.* También aparecieron muchas en los periódicos de Londres y Nueva York, y en especial en la edición londinense del *New York Herald.* Además, las ventas batieron récords: el *Daily Post* (9 de agosto de 1889) decía que el *Echo* vendió más de un millón de ejemplares la semana del juicio.

[813] *Daily Post,* 8 de agosto de 1889.

[814] *Porcupine,* 3 de agosto de 1889.

[815] *Truth,* 15 de agosto de 1889. El *Moonshine* (Londres) del 17 de agosto de 1889 se preguntaba: «¿Habían olvidado estas damas de Liverpool que la señora Maybrick (aparte de la acusación por envenenamiento) había confesado una grave inmoralidad; o (…) había dicho tantas mentiras que, cuando admitió haber sido algo traviesa, no la creyeron?». El *Spectator* (24 de agosto de 1889) declaró: «En el caso Maybrick ha habido un elemento de partidismo que no nos equivocaremos al considerar algo así como una reivindicación para las mujeres del derecho a observar o desobedecer a su antojo las obligaciones del matrimonio. (…) Parece existir en la actualidad una especie de partidismo a favor de las esposas infieles que hace tiempo que desapareció, si es que alguna vez ha existido de la misma forma, para los maridos. Sin duda hubo una época en la que el libertinaje se

consideraba casi una especie de distinción en un hombre. Pero no recordamos que existiera nunca una marea de simpatía y admiración hacia ellos como la que parece haberse vivido por la señora Maybrick».

816 *Truth,* 15 de agosto de 1889.

817 *Ibid.*

818 *Daily Post,* 9 de agosto de 1889. En su carta, «Faemina» añade que duda que cualquier jurado de su propio sexo hubiera condenado a la señora Maybrick. Otra mujer, respondiendo a su propia pregunta sobre por qué no había mujeres en el jurado, decía: «Hay que proteger a los maridos de las esposas adúlteras y asesinas y han emitido su veredicto en consecuencia» (12 de agosto de 1889).

819 L. Forbes Winslow, *Recollections of Forty Years* (Londres: Ouseley, 1910), p. 149. Enseguida se formó un Comité Central de Mujeres, que anunció haber recibido «un inmenso número de postales y cartas de apoyo de mujeres de todas las clases sociales, incluidas muchas de familias distinguidas, expresando su firme y unánime deseo de que se anule el veredicto contra la señora Maybrick. El comité afirma que está decidido a no cejar en sus esfuerzos hasta que la señora Maybrick sea puesta en libertad» (*New York Herald,* edición londinense, 20 de agosto de 1889).

820 Cit., sin atribuir, en Christie, p. 148.

821 *Daily Post,* 12 de agosto de 1889.

822 *Ibid.,* 15 de agosto de 1889.

823 Cit., sin atribuir, en Christie, p. 148.

824 *Ibid.*

825 *New York Herald* (edición londinense), 14 de agosto de 1889.

826 «Ought Mrs. Maybrick to be Tortured to Death?», *Review of Reviews,* 6 (octubre de 1892): 390-396. W. T. Stead se disculpaba por haber prestado poca atención al caso, pero compensó el tiempo perdido con su habitual hipérbole. James Maybrick, afirmaba, había sido «un seductor, un adúltero y un libertino» (p. 392). Stead insinuó que la adicción al arsénico era el resultado de los esfuerzos de Maybrick por curarse de la sífilis y luego presentó una carta inverosímil que, según él, probaba que Maybrick había sido asesinado por un hombre que confesó justo antes de morir tras escapar a Sudáfrica. La carta era sin duda un fraude y las insinuaciones de Stead sobre la enfermedad de Maybrick parecen hechas para

conseguir un efecto sensacionalista.

827 *Liverpool Review,* 17 de agosto de 1889. A pesar de las palabras de Butler, ciertos hombres de alto rango, al menos, sí estaban notando el nuevo aguijón de la crítica; los más visibles eran los políticos. Dilke había aprendido —como pronto haría Parnell— que la moral privada de los estadistas se había convertido en una preocupación pública. Cominos señala este hecho, pero no da suficiente importancia a la influencia de las nuevas actitudes entre las mujeres, cada vez más ruidosas (p. 48). La hostilidad hacia Dilke y Parnell y la simpatía hacia la señora Maybrick, todos acusados del delito de adulterio, pueden reconciliarse si se tiene en cuenta el nuevo ataque de las mujeres contra el coto masculino de la doble moral sexual.

828 Christie describe esta campaña en los capítulos 12 y 13 de su estudio. Hay más material sobre los esfuerzos de Mary Dodge en *Gail Hamilton's Life in Letters,* ed. B. H. A. Dodge (Boston: Lee & Shepard, 1901). (Gail Hamilton era el pseudónimo de Mary Dodge). Helen Densmore, otra de las defensoras de la señora Maybrick, escribió un artículo sobre el asunto titulado «The English Dreyfus case», publicado en *The Arena,* 22 (1899): 598-613. Densmore, médica estadounidense residente en Londres, negaba en este artículo el «rumor» de que Florence se había autolesionado para granjearse simpatías. Christie, sin embargo, se enteró de que los rumores eran ciertos y de que Florence, tal vez instigada por su madre, que orquestaba algunos intentos para conseguir la liberación de su hija, había mostrado un poco de sangre al médico de la prisión que, según ella, procedía de sus pulmones. El médico, desconfiado, hizo que vigilaran a la presa por la mirilla de su puerta esa noche y, según Christie, «los guardas presenciaron algunas escenas macabras incluso para Woking». Como cuenta Christie, «la reclusa se había introducido un cuchillo de hojalata en la vagina durante el periodo menstrual y había extraído la sangre que mezcló con esputo y mostró al médico. Al hacerlo, se seccionó accidentalmente la arteria vaginal, se provocó una hemorragia y estuvo a punto de morir desangrada antes de que la encontraran tirada en su celda» (p. 178). Christie afirma que el ministro del Interior, Asquith, accedió a que se mostrara el informe a Mary Dodge, líder de la Sociedad Internacional de Mujeres Maybrick, ya que, como dijo el ministro, «merece la pena taparle la boca». A favor de la señorita Dodge hay que decir que no se dejó

disuadir por esta burda maniobra (p. 199).

[829] Christie, p. 207.

[830] *Echo,* 12 de junio de 1889.

[831] Christie, p. 225.

Conclusión

Las mujeres asesinas

En su época, las asesinas de la era victoriana, ya fueran excusadas o vilipendiadas, casi nunca se mostraron como las mujeres que eran. Asumieron múltiples identidades forjadas tanto por ellas mismas como por otros. En los procesos judiciales, las máscaras que llevaban les resultaron útiles en algunos casos y perjudiciales en otros, pero en todos sirvieron para proteger a sus contemporáneos de los inquietantes semblantes de las mujeres reales.

Aquellos que después han relatado sus historias se han contentado, en general, con retratar a las acusadas como bichos raros. Este estudio, bastante más indulgente, podría confundirse con un intento de considerar a todas las mujeres víctimas por derecho propio, criaturas sometidas a diversas formas de dominación masculina. Sin embargo, aunque los elementos de victimización son bastante claros en muchos de los casos, tal enfoque es demasiado restrictivo. La etiqueta de «víctima» trivializa y distorsiona las variadas vivencias de estas mujeres y, no por casualidad, ignora sus propios actos homicidas. A este respecto, como en la mayoría de las consideraciones sobre el papel de la mujer, el argumento de la opresión masculina, por muy emocionalmente satisfactorio e incluso cierto que sea, deja mucho que desear.

Igual de inadecuada es la idea de que estas mujeres eran rebeldes sociales, incluso protofeministas, que utilizaban el asesinato para desafiar los códigos de conducta anticuados. Es cierto que se puede ver entre ellas a algunas cuyos motivos más «positivos» sugieren una creciente conciencia de lucha contra los roles sociales constrictivos. Sobre todo en el último periodo, estas mujeres asesinan no solo para escapar de lo que perciben como

circunstancias desesperadas o sin futuro, sino también para alcanzar o recuperar algún estado imaginado más feliz. No obstante, el término «protofeminista» es poco apropiado para unas mujeres que eran cualquier cosa menos cruzadas, que no eran ni reformistas ni defensoras públicas de su sexo. Es obvio que a finales de siglo muchas mujeres de clase media no estaban dispuestas a aceptar los mismos tipos de inferioridad legal y social que antes, pero sería precipitado considerar el comportamiento criminal de algunas de estas mujeres como una expresión feminista autoconsciente.

Estas acusadas no eran, pues, simples bichos raros, víctimas ni rebeldes; más bien eran mujeres especialmente vulnerables a las mismas presiones que experimentaban la mayoría de sus coetáneas. Esas presiones surgían de dos fuentes: los cambios reales que estaban transformando la sociedad y que animaban a las mujeres a aprovechar las nuevas oportunidades en su papel de hijas, esposas y madres, y los esfuerzos públicos por interpretar esos cambios, muchos de los cuales intentaban redefinir la naturaleza y la función de las mujeres, así como asignarles tanto el mérito como la culpa por cómo eran las cosas. La mayoría de las mujeres sobrevivieron a estas sacudidas adaptándose; un buen número de ellas —cuántas no está claro— nunca consiguieron hacer los ajustes que se les exigían.[832] Entre ellas estaban este grupo cuya vida quedó al descubierto a través de las investigaciones por asesinato.

Todos estos dramas femeninos empezaron en un escenario doméstico que por lo general estaba reservado para audiencias privadas; no se puede entender a estas mujeres a menos que se mantenga este estrecho escenario en el punto de mira. Y el símil teatral es acertado, pues la representación de un papel se convirtió más que nunca para ellas, y para sus hermanas de clase media menos notorias, en una forma de vida. No obstante, aunque a menudo se veían obligadas a recitar el guion que otros habían escrito para ellas, demostraron ser más que capaces de componer algunas obras propias. Para las mujeres de este estudio, por supuesto, el escenario cambió de repente; cuando se levantó de

nuevo el telón, el mundo entero estaba mirando.

A pesar de sus variadas posiciones dentro de la clase media, el entorno doméstico compartido por las protagonistas generó similitudes en su forma de enfocar los problemas. Como era de esperar, sus esfuerzos por ampliar los límites de su experiencia y de su autoridad eran a menudo indirectos, pues ninguna de ellas —ni siquiera Florence Bravo, que presumía de su «libertad» como viuda adinerada— era de verdad independiente. Las estratagemas que ideaban y los objetivos que se fijaban estaban limitados por relaciones de dependencia que invitaban a la manipulación.

Es tentador, por supuesto, considerar a estas asesinas como personas extraordinariamente dotadas para el engaño, pero las condiciones de la clase media del siglo XIX eran tan favorables para el desarrollo de las habilidades femeninas en la mendacidad que el juicio sería precipitado. Es cierto que la reputación de mentirosas siempre ha sido propia de las mujeres, y es merecida en la medida en que, como cualquier otro grupo con un control limitado sobre las decisiones que afectan a sus vidas, han recurrido al engaño como técnica de supervivencia. Sin embargo, en la época victoriana, el engaño, en asuntos nimios o importantes, se encumbró como una forma socialmente prescrita de comportamiento femenino. Se animaba a las mujeres a esconder sus afectos, a ocultar su cuerpo (así como las funciones corporales de la menstruación y el embarazo) y, según los consejos que siguieran, a ocultar o fingir el placer sexual con sus maridos. Aparte de esto, los nuevos internados, como el de Madeleine Smith, eran campos de entrenamiento informal en la mentira. Y quizá lo más importante, la nueva institucionalización de esferas separadas por sexo contribuyó a hacer del mundo de la mujer un lugar nuevo y misterioso para los hombres que lo visitaban y, sin duda, permitió que se creyera con mucha mayor facilidad a las mujeres cuando estas contaban historias que ahora parecen transparentes. Esta es tal vez la única forma de explicar algunas rarezas como que el brillante Edward Clarke aceptara la «maravillosa historia» de Adelaide Bartlett de que

solo se había acostado una vez con su marido en once años de matrimonio.

Todas las mujeres de este estudio mintieron. Entre ellas destacan Marie Lafarge, Madeleine Smith y Adelaide Bartlett, y Henriette Francey y Florence Bravo merecen al menos una mención honorífica. Sus mentiras, que en última instancia se utilizaron para encubrir conductas sexuales ilícitas o actos delictivos, sirvieron en origen a fines menos escandalosos pero aun así prohibidos: un encuentro secreto, una oportunidad para leer literatura vedada, una escapatoria del sexo conyugal no deseado. Para la mayoría de las mujeres, por supuesto, las nuevas oportunidades de disimulo se limitaban a objetivos dentro de la esfera doméstica que podían alcanzarse mintiendo, pero parece que, en las últimas décadas del siglo, cuando las esferas separadas por sexo empezaron a acercarse un poco más, una nueva desconfianza hacia las mujeres cuya vida social era menos restringida redujo un poco el grado de credulidad masculina. Sin embargo, para aquellas lo bastante intrépidas como para aprovechar las nuevas ocasiones de romper las reglas sociales, había una credulidad residual disponible, aunque parece que se requerían mentiras más elaboradas.

Para algunas de estas acusadas, las propias mentiras se convirtieron en una especie de juego, en parte para sí mismas como fantasía escapista y en parte como medio para integrar la conducta socialmente esperada con sus propios sentimientos e impulsos contradictorios. Esto puede explicar la creación de elaborados e intrincados relatos que se convirtieron en una especie de código secreto, identificado como tal solo por otras mujeres. Otras mujeres podían reconocerse en las fantasías románticas del diario de Marie Lafarge o en los piadosos lugares comunes de las cartas de Madeleine Smith o en la prosa exaltada del ultimátum de Henriette Francey a su futura víctima. Y las mujeres no iban a contarlo.

Otro rasgo de la experiencia doméstica de las acusadas que podía estar más extendido en su clase era el sistema de alianzas que formaban con los sirvientes. La mayoría de los sirvientes eran

mujeres, por supuesto, y un buen número de ellas en estos casos se involucraron en alguna conspiración e incluso en los planes criminales de sus señoras. Clémentine, la doncella de Marie Lafarge, hizo para Charles un pastel envenenado; Madeleine Smith y una joven criada tenían un acuerdo que les permitía a ambas recibir a sus amantes en la intimidad de la habitación de la segunda; Henriette Francey confió a su doncella sus planes para asesinar a Bazard. La servicial señora Cox se convirtió en la única confidente y querida amiga de su señora y, en última instancia, ideó las mentiras que la protegieron. Por supuesto, estos casos muestran también el hecho menos sorprendente de que las criadas no siempre se ponían de parte de su patrona.

Los casos tratados aquí son recordatorios muy gráficos de que las mujeres de clase media pasaban más tiempo de su vida en compañía de criados, o bajo el mismo techo que ellos, que con cualquier otra persona, incluidos sus hijos y, desde luego, sus maridos. Aunque la explotación por parte de los patrones es un tema en el que se insiste con frecuencia, y sin duda con razón, estos casos muestran la complejidad de la relación sirviente-señor, que también ofrecía alguna ocasión para la explotación por parte de los criados, pero que a veces podía dar lugar a amistades muy estrechas entre mujeres de diferentes clases que compartían el confinamiento en un mismo hogar. Al final del periodo, como ya se ha señalado, parece que para ambas partes las desventajas de tales relaciones empezaban a ser mayores que las ventajas, pero un análisis más detallado de pruebas testimoniales similares podría ayudar a delinear las cambiantes relaciones entre criadas y señoras y añadir una dimensión más personal a la comprensión de la esfera doméstica de la clase media.[833]

Otra característica de estas investigaciones criminales relacionadas con la experiencia doméstica de las mujeres es la evidencia de que estas buscaban con avidez autoridades que las guiaran en las nuevas inquietudes de su vida. Ya sabemos bastante sobre el desarrollo de la literatura prescriptiva para mujeres, como la

aparición de manuales domésticos, libros sobre salud, revistas con secciones de consejos y similares, pero sabemos mucho menos sobre cómo respondían las mujeres reales a estos y a otros tipos de autoridad a su disposición. Es obvio que las mujeres de este estudio se enfrentaron a algunos problemas —o se los crearon— bastante inusuales. Aun así, la orientación que buscaron por el camino no las distinguió en todos los casos; es evidente la necesidad de examinar más de cerca la «búsqueda de consejo» de las mujeres.

Las autoridades tradicionales para las mujeres estaban bastante definidas: la familia (sobre todo la madre), la Iglesia, la costumbre local y el marido. Pero, de diferentes maneras, todos estos casos revelan la percepción por parte de las mujeres de la creciente inadecuación de estas autoridades. Todas decían a las mujeres cosas que ellas ya no querían oír o que les parecían irrelevantes para su propia experiencia.

No todas las mujeres estaban en posición de buscar nuevas fuentes de autoridad. Cuando una de estas fuentes tradicionales, sus padres, les falló, Euphémie Lacoste, Constance Kent y Célestine Doudet recurrieron a otra autoridad tradicional, la religión. La señora Lacoste confió sus problemas a un sacerdote comprensivo que la instó a la templanza; Célestine Doudet buscó un martirio religioso de fantasía mediante la obediencia a las virtudes femeninas de la piedad y la pureza sexual y Constance Kent hizo lo mismo abrazando la abnegación femenina. De forma menos dramática, otras buscaron tanto la autoridad como la aprobación en los preceptos religiosos, aunque el florecimiento de autoridades seculares, en especial después de mediados de siglo, les dio algunas opciones nuevas.

La literatura se convirtió en una autoridad de transición crítica, sobre todo al principio del periodo, cuando la experiencia de las mujeres era tan limitada. Despreciando los consejos de su familia, Marie Lafarge recurrió primero a la literatura romántica y luego al modelo de «señora de la casa». También Angélina Lemoine adoptó las novelas como guía y Madeleine Smith buscó consejo en otras mujeres y tanto en la literatura romántica como en los tratados

prácticos sobre economía doméstica. Las tres jóvenes adaptaron la literatura a sus propósitos. La actuación de Madeleine fue una parodia del ideal prescriptivo de la esposa: alardeando ante su amante oficinista de sus escasos ahorros y rogando a este «marido» que le diera reglas para vivir.

Las mujeres del periodo posterior diversificaron la búsqueda de consejo. Las inglesas, sobre todo, recurrían menos a la madre y a la familia, en parte porque eran menos accesibles, y los amigos, la literatura secular y los profesionales, como abogados y médicos, asumían una nueva importancia. Las pruebas de que las mujeres recurrían a estas autoridades fuera de la esfera doméstica para tener herramientas frente al marido son muy relevantes. Florence Bravo se liberó de su primer marido desautorizándolo, a él y también a sus propios padres, con la ayuda de un médico y un abogado. Tanto Edwin Bartlett como Marin Fenayrou se plegaron al consejo «científico» de los médicos y renunciaron a algunos derechos sexuales, aunque ambos intentaron recurrir a las prescripciones tradicionales de la religión. Con el tiempo, las nuevas autoridades llegaron a incluir algunos de los principios de igualdad que se predicaban en la esfera pública y que las mujeres vieron ocasión de aplicar en casa, como cuando Florence Bravo sostuvo que su marido, que había mantenido a una amante, no tenía derecho a criticarla por su relación con el Dr. Gully.

Como dispensadores de consejos más visibles que competían por la lealtad de las mujeres, los clérigos y los médicos, que representaban los sistemas de autoridad tradicionales y más recientes, se vieron señalados por la sospecha masculina cuando las mujeres acudían a ellos en busca de ayuda. Lo más destacado, por supuesto, fueron los celos sexuales. Al comentar el caso Bravo, el *Daily News* señaló: «Los médicos y los sacerdotes están en una posición respecto a las mujeres que no ocupan otros hombres y una conducta que en otros podría condenarse como libertina o tolerarse como galante es un pecado aún peor en los miembros de profesiones privilegiadas».[834] Es cierto que, en los casos estudiados

aquí, seis de las acusadas desarrollaron relaciones muy estrechas con hombres de estas «profesiones privilegiadas», tres de las cuales desembocaron en una probable intimidad física (la señora Bravo lo admitió; Adelaide Bartlett y Henriette Francey, no). Pero, como sugieren todos los casos, estas relaciones eran, desde el punto de vista de las mujeres, subproductos de conflictos domésticos que las empujaban a buscar consuelo o justificación en una autoridad exterior. Médicos y clérigos reconocieron su delicada posición y trataron de mediar entre los intereses de maridos celosos, esposas atribuladas y sus propias ambiciones de ascenso profesional. Para las mujeres los resultados fueron desiguales: Constance Kent fue sacrificada por un clérigo; Florence Maybrick fue abandonada por el médico cuya ayuda buscaba con desesperación; pero Adelaide Bartlett logró una especie de *grand slam* al reclutar la ayuda involuntaria de un médico, un clérigo y un abogado para sus fines.

Las cambiantes y a veces contradictorias fuentes de consejo y autoridad demuestran otro patrón distintivo que surgió incluso entre el reducido número de casos aquí expuestos. Se ha señalado que los seis casos del primer periodo, de 1840 a 1870, son todos de mujeres solteras o recién casadas. Cinco de los seis estuvieron dominados por cuestiones relacionadas con el cortejo, las posibilidades de matrimonio y la vocación conyugal de la mujer. El sexto, el de Constance Kent, tocaba indirectamente estas cuestiones y también, como los demás, el papel de los padres o tutores en las decisiones que afectaban a las posibilidades y opciones matrimoniales de sus hijas. Los seis casos subrayan el aumento de las tensiones en las relaciones de poder domésticas a medida que tanto la sociedad francesa como la inglesa avanzaban hacia un reconocimiento algo mayor de los derechos de los niños y, sobre todo, del derecho de las hijas a tener voz en la elección de sus maridos.

Los primeros casos presentan aún una posición fuerte de las autoridades paternas o familiares. Estas figuras podían forzar la elección del marido, como en los casos de Marie Lafarge, Euphémie Lacoste e incluso Madeleine Smith. Al contrario, también podían

vetar la elección de la hija, como en el caso de Angélina Lemoine, o por supuestos motivos económicos excluir por completo la posibilidad del matrimonio, como en el caso de Constance Kent y Célestine Doudet. Las jóvenes, sin embargo, demostraron ser conscientes de sus débiles nuevos derechos e intentaron oponer cierta resistencia mucho antes de que el asesinato entrara en escena. Lafarge, Lacoste, Smith y Lemoine justificaron su conducta al buscar relaciones románticas apelando a su conciencia personal o a la literatura popular, o a ambas, y todas defendieron las consideraciones afectivas por encima de las cuestiones de fortuna y estatus.

Sin embargo, lo más significativo es que ninguna de estas mujeres pudo optar por el desafío abierto y todas se mostraron en extremo ambivalentes sobre sus acciones. La de Euphémie Lacoste fue una nueva autoafirmación muy tímida y las otras tres jóvenes tuvieron serias dudas, antes o después, sobre aquello que confiaron a sus admiradores y amantes. Constance Kent y Célestine Doudet, por supuesto, tuvieron pocas posibilidades incluso para un desafío clandestino; sus historias expusieron algunas de las clases más sombrías de tiranía doméstica que aún podían pesar sobre las mujeres solteras y las niñas. Pero incluso estos casos tan lamentables, y sobre todo los otros, sugieren por qué y de qué manera las hijas intentaban labrarse cierta autonomía.

De estas primeras acusadas, solo Marie Lafarge y Madeleine Smith parecen haber premeditado un asesinato y haberlo llevado a cabo solas. En el caso de Angélina Lemoine, el asesinato fue concebido por la madre, que persuadió a la chiquilla de que era su única alternativa. No obstante, en los tres ejemplos, las jóvenes asesinaron por estatus, no por motivos románticos. Tanto Angélina Lemoine como Madeleine Smith entendieron el imperativo de la respetabilidad de clase. Y Marie Lafarge envenenó a Charles no porque fuera poco romántico, sino porque hería su orgullo social. La relación personal con su marido, por mala que fuera, le importaba mucho menos que la imagen que proyectaba al mundo. Que Charles

fuese irremediablemente burgués podría haberlo soportado, pero solo si hubiera tenido éxito. El hombre burgués estaba obligado, a diferencia del aristócrata, no solo a «ser» sino a «hacer».

Angélina Lemoine y Madeleine Smith fueron igual de imprudentes a causa de su desdén social, aunque ambas, como Marie, habían jugado con las nuevas ideas sobre la primacía del amor sobre las barreras de clase. La sorpresa y el disgusto que cada una de ellas sintió al descubrir que un cochero y un oficinista eran capaces de actuar por sí mismos debe verse en el contexto de la percepción dominante en la clase media sobre los «órdenes inferiores» como otra raza. Parece que al final concibieron a sus víctimas como menos que humanos, lo que contribuyó a proporcionar una justificación para las acciones de estas mujeres.

Euphémie Lacoste, en cambio, no sentía en absoluto esa superioridad social reforzadora que daba seguridad a la señora Lafarge, a los Lemoine y a la señorita Smith. Tampoco creía que pudiera haber excusa ni aprobación pública alguna para un acto de asesinato por su parte, como sí pensaban las otras tres. Para estas últimas, incluso la desviación máxima que suponía el asesinato podía tolerarse, en parte porque consideraban que ofrecía una garantía contra otro tipo de desviados más peligrosos: los advenedizos sociales que se hacían pasar por dignos aspirantes a una sociedad a la que no pertenecían.

Otra característica notable de los seis primeros casos es que ilustran no solo cómo las acusadas interiorizaron y actuaron conforme a las imágenes predominantes de la mujer, sino también que sus jueces, tanto dentro como fuera de los tribunales, quedaron hipnotizados por los estereotipos populares. La nueva imagen de la joven de clase media pura e intachable fue accesible para Marie, Madeleine y Angélina, a quienes se concedió casi automáticamente la aprobación popular como jovencitas irresponsables víctimas de hombres inferiores. Una vez adoptaron la apariencia y el comportamiento requeridos, obtuvieron la inmunidad pública.

Es cierto que las sentencias fueron desfavorables tanto para la

señora Lafarge como para la señora Lemoine, lo que demuestra que el veredicto popular no siempre determinaba los procesos judiciales. De hecho, el procedimiento francés, con el interrogatorio de los acusados y unos jurados más restringidos socialmente, pudo ofrecer una mayor resistencia contra el impacto de los prejuicios populares en este primer periodo. La exoneración de la poco popular pero probablemente inocente señora Lacoste también apoya esta opinión. Aun así, los tribunales franceses no eran inmunes a tales influencias. El famoso caso de la joven de dieciséis años Marie de Morell en 1834, aunque no fue un caso de asesinato, ilustró muchos de los temas aquí expuestos.[835]

La señorita de Morell, hija del comandante de la escuela militar de Saumur, denunció que un joven y apuesto oficial le enviaba cartas anónimas injuriosas y que al final había irrumpido una noche en su habitación y había intentado violarla. La investigación demostró que Marie, celosa de su atractiva madre y preocupada por el hecho de que esta estuviera a punto de concertar para ella un matrimonio con uno de los oficiales más aburridos, había falsificado las cartas y, tras cierta provocación, había mentido sobre la violación como medio de llamar la atención y desbaratar los planes que su madre tenía para ella.

El tribunal, sin embargo, se negó a creer que una joven «pura» pudiera haber urdido semejante trama. El oficial acusado cumplió diez años de prisión antes de ser exonerado y nunca se presentaron cargos contra la señorita de Morell. Tan solícito se mostró el tribunal con la supuesta «condición nerviosa» de la joven que incluso se le ahorró el habitual interrogatorio del juez y las sesiones se llevaban a cabo obligatoriamente después de medianoche, cuando, según se dice, la chica disfrutaba de sus únicos periodos de «calma».[836] Este caso volvió a poner de manifiesto los tortuosos métodos que adoptaban las jóvenes para combatir la influencia de los padres en el asunto del matrimonio, así como la misma aceptación de inmunidad casi automática que se concedió a varias de las acusadas de asesinato que hemos estudiado aquí.

Por la misma razón, sin embargo, las acusadas que no se ajustaban a los estereotipos positivos imperantes perdían su inmunidad. El caso de Euphémie Lacoste recibió más atención por su parecido superficial con el caso Lafarge de la que tal vez habría atraído en otras circunstancias, pero el origen provinciano de la joven y su carácter prosaico y pequeñoburgués la situaban fuera del alcance de la redención popular motivada por el nuevo ideal urbano de las jovencitas de clase media. En su lugar, y a pesar de haber sido absuelta, pagó en un humillante juicio público por no ajustarse a la imagen más tradicional de la esposa piadosa y servicial que acataba las convenciones sociales y religiosas locales. Tanto Constance Kent como Célestine Doudet también quedaron fuera del círculo sagrado de la inmunidad. Constance, por supuesto, se autoinculpó, pero su conducta peculiar y «poco femenina» en el pasado contribuyó a evitar una investigación seria sobre la veracidad de su extraña confesión. A la señorita Doudet, por su parte, se la culpó como la típica solterona frustrada, a pesar de que su comportamiento distaba de ser típico. De las «mujeres solteras y sin protección» se comentaba a menudo que eran, por definición, menos que miembros de pleno derecho de su sexo. Como aconsejaba una popular revista contemporánea, «debe recordarse que, de las mujeres, estas son en verdad las menos mujeres (…)»,[837] y la sociedad lograba con demasiada frecuencia que lo fueran.

En la década de 1870, como se ha señalado, los estereotipos que protegían a algunas de estas acusadas y dejaban a otras más expuestas empezaban a modificarse en respuesta a las circunstancias cambiantes y a la nueva visibilidad social de las mujeres de clase media. La imagen de la nueva mujer que acompañó a este cambio fue, en su aspecto positivo, la de una mujer más madura y menos inocente que aceptaba una mayor responsabilidad social como encargada de purificar la naturaleza y la conducta de todos los demás. Al mismo tiempo surgió una visión negativa, alimentada por los temores populares al cambio social, que señalaba a las nuevas mujeres como egoístas, preocupadas solo por

el lujo y sexualmente promiscuas. Se ha observado que después de la década de 1870 también se produjo un cambio entre las propias acusadas, que ahora eran mujeres casadas algo más mayores y con una mayor variedad de problemas. Este cambio parece estar relacionado de varias maneras con la modificación de los estereotipos y, curiosamente, las cuestiones del cortejo y las opciones matrimoniales, tan prominentes entre las mujeres más jóvenes del periodo anterior, pierden su centralidad o no aparecen en absoluto.

En los primeros años, el principal ámbito de toma de decisiones respecto a su vida en el que las mujeres estaban logrando algunos avances reconocidos era el del todavía disputado derecho a tener voz en la elección de su marido. Este nuevo derecho seguía estando limitado de una forma que las propias mujeres percibían y reconocían, pero es posible que, a mediados de siglo, a medida que el control paterno disminuía un poco en las clases medias urbanas, los conflictos que subsistían tuvieran menos probabilidades de desembocar en actos delictivos. Incluso en Francia, donde los matrimonios concertados pervivieron durante más tiempo, se convirtió en algo habitual aconsejar que se tuvieran en cuenta las inclinaciones de la joven y estas llegaron a esperarlo.

La costumbre rural iba a la zaga de la urbana y la constancia posterior a 1870 de unos pocos casos en provincias que seguían la pauta anterior confirman la teoría de que se estaba produciendo un cambio en ese sentido. En un caso de 1891, una joven burguesa de Le Mans al parecer muy bella que llevaba solo tres meses casada intentó envenenar con estricnina a su nuevo marido, supuestamente poco atractivo y al que no amaba, para escapar de un matrimonio forzado por sus padres y destinado solo a reponer los fondos de su familia. La joven podría haber logrado su propósito si no hubiera confiado a una adivina ciertas insinuaciones sobre la muerte inminente de su marido. Las advertencias de esta mujer, desconfiada, llevaron a alejar al joven enfermo del cuidado de su esposa y la aspirante a envenenadora fue condenada luego a cinco

años de prisión.[838] Los periódicos dedicaron poca atención al caso. Parece que el interés anterior por tales asuntos se había agotado ante la creciente sospecha sobre todas las mujeres de clase media y la supuesta ampliación de los recursos no delictivos para escapar de los matrimonios concertados.

En los últimos años, pues, entre las situaciones que llevaron a la acusación por asesinato de estas mujeres, los conflictos con los padres sobre el futuro matrimonio dieron paso a una variedad de problemas de la mujer casada madura. El rasgo más dramático de la última serie de casos es la cuestión del adulterio, pero, al contrario de lo que cabría esperar, solo una de las cinco mujeres sospechosas de este comportamiento, Adelaide Bartlett, pudo haber matado por su amante. El resto, y quizá también la señora Bartlett, obedecieron a motivos que, a fin de cuentas, estaban más ligados a la experiencia de las mujeres corrientes que no eran adúlteras ni asesinas.

Especialmente notable en estos últimos casos es la evidencia de que las preocupaciones más profundas de las mujeres se centraban ahora en las nuevas —y decepcionadas— expectativas sobre su estatus y sus derechos dentro del propio matrimonio. La mayoría expresaba cierto resentimiento tanto por la ausencia del marido como por su comportamiento cuando estaba con ellas y sus quejas iban de lo insignificante a lo inmenso. Adelaide Bartlett se quejaba de que Edwin no apreciaba sus avances en la música y la costura, Gabrielle Fenayrou de que Marin no la llevaba al teatro y Florence Bravo de que Charles le abría el correo. Estas aparentes trivialidades sí que importaban a las mujeres, pero también representaban un descontento más profundo que les resultaba difícil o imposible expresar directamente. Florence Maybrick, la esposa-niña, no se atrevía a exigir ser la señora de su propia casa, aunque sentía vivamente esa privación. Florence Bravo se planteó una meta de felicidad a través de la respetabilidad que por desgracia no estaba preparada para alcanzar. Claire Reymond estaba resentida por los constantes viajes de su marido y tal vez sentía que, si él le hubiera

prestado más atención, podrían haber aumentado sus posibilidades de tener el hijo que tanto deseaba.

Más allá de esto, la mayoría de las mujeres estaban descontentas por cuestiones sexuales específicas. Varias dieron a entender que esperaban más ternura y romanticismo en sus relaciones físicas y que no estaban dispuestas a someterse obedientemente a los deseos de su marido. Florence Maybrick no soportaba que su marido se acercara a ella; Adelaide Bartlett sentía una repulsión física hacia su esposo el tendero, y el marido de Henriette Francey parecía poco capaz de satisfacer las necesidades emocionales y sexuales de su esposa. Tanto Gabrielle Fenayrou como Florence Bravo se quejaron de verse obligadas a acostarse con hombres desconsiderados, alcohólicos y violentos. La señora Fenayrou llegó incluso a confiar sus necesidades de afecto y romanticismo a completos desconocidos.

También varias de estas mujeres expresaron nuevos resentimientos por lo que descubrieron sobre la vida sexual de sus maridos. La señora Reymond se enfrentó a Paul con pruebas de su infidelidad. Florence Bravo se alegró, al principio, de que Charles y ella comenzaran su matrimonio conociendo ambos su «pasado», pero se dio cuenta de que las indiscreciones sexuales previas de un marido no eran nada comparadas con las de una esposa y la lucha por recuperar su propia respetabilidad la acabó amargando. La primera reacción de Florence Maybrick al enterarse de los continuos escarceos de James con una dependienta fue irse a dormir a otra habitación. Obviamente, las respuestas de las acusadas estaban condicionadas por otras circunstancias que no se presentaron como pruebas en las investigaciones, pero todos estos casos posteriores respaldan la idea de que las expectativas de realización personal de las mujeres casadas estaban aumentando en este periodo. También demuestran que las mujeres estaban desarrollando más medios para hacer frente a sus dificultades cuando las expectativas se veían frustradas.

Las reacciones iniciales de las acusadas ante esta frustración no

violaban los códigos morales ni penales, aunque eran sobre todo evasivas más que enfrentamientos. Las mujeres inglesas pudieron aprovechar la circunstancia de vivir algo menos confinadas y tener acceso a nuevas ideas. Florence Bravo huyó al entorno más comprensivo de las curas de agua y más tarde utilizó sus largas convalecencias en la costa como excusa para mantener a Charles a distancia. Adelaide Bartlett encontró en la literatura del amor libre una forma de reducir al mínimo las relaciones sexuales no deseadas. Florence Maybrick se refugiaba en incontables salidas para ir de compras y se entregaba a una frenética vida social que le permitía gratificar una necesidad narcisista de admiración al tiempo que su marido podía presumir de ella. En casa, de un modo convencional, se aislaba de las escenas desagradables abstrayéndose en novelas románticas baratas.

Las francesas, aunque más constreñidas domésticamente, también encontraron algunas salidas para la infelicidad. Henriette Francey cultivó un círculo de amigas, mejoró su talento literario y musical y estudió inglés en previsión de posibles viajes. Gabrielle Fenayrou, con menos recursos, desahogaba sus penas con cualquiera que quisiera escucharla y escapaba a sus obligaciones conyugales mediante el recurso, al parecer popular, de una excusa médica. Claire Reymond, destrozada por la infidelidad de Paul, buscó consuelo en un principio en el apoyo tradicional de la familia y en su papel de madrina.

Para todas ellas, estas soluciones iniciales fracasaron a largo plazo. Cinco de las seis aprovecharon el relativo aislamiento doméstico y unas circunstancias algo más libres para pasar a las relaciones sexuales ilícitas. Justificaron su decisión ante sí mismas y ante sus amistades como una represalia contra el matrimonio forzado o como venganza por la indiferencia, la brutalidad o la infidelidad del marido. Pero todas sabían que no había una defensa socialmente aceptable para su comportamiento: que a los maridos no se les aconsejaba, como a las esposas, tolerar el adulterio. Florence Bravo intentó «deshacer» su acto a la desesperada a través de un matrimonio

apropiado; Adelaide Bartlett le echó cara y con una actitud hipócrita hizo que su suegro negase sus acusaciones de adulterio delante de un abogado; Henriette Francey y Gabrielle Fenayrou se tomaron muchas molestias para ocultar sus aventuras. Solo Florence Maybrick fue lo bastante incauta para hacer alarde de su relación, pero lo hizo como una criatura huidiza, estúpida e infantil, no como una nueva mujer liberada. Y al final le costó quince años de su vida.

Estas mujeres mostraron pues su lealtad al código que las ataba incluso cuando lo estaban rompiendo y la intensidad de sus esfuerzos por cubrir sus huellas muestra una vez más una profunda ambivalencia sobre sus elecciones. Pero las pruebas de lo típico de su respuesta, si no de sus acciones, no se acaban en sus reacciones ante una conducta sexual inapropiada. Puede verse que incluso las que pasaron al asesinato siguieron caminos que, a su manera problemática, reflejaban las preocupaciones y aspiraciones de sus compañeras más prosaicas. Además, una divergencia notable entre los motivos y las acciones de las acusadas inglesas y las francesas replica las diferencias entre las mujeres inglesas y francesas de clase media en su conjunto, ya que las inglesas presionaron más rápido por su autonomía y desarrollaron nuevas metas de realización personal.

Para las acusadas inglesas, Florence Bravo, Adelaide Bartlett y Florence Maybrick (si es que en efecto le preparó a su marido un brebaje letal), la decisión de recurrir al veneno representaba una ampliación de los intentos anteriores no criminales de alcanzar su «derecho» a la felicidad individual eliminando los obstáculos percibidos para esa felicidad. En este sentido, las mujeres estaban reconociendo el objetivo «moderno» de una relación conyugal afectuosa y de compañerismo, mientras que es evidente que adoptaban medios socialmente ilegítimos para liberarse y perseguir ese objetivo. De las tres mujeres, sin embargo, solo Adelaide Bartlett parece haber elaborado por completo este razonamiento. Las dos Florence habían conocido relaciones más satisfactorias con los hombres y estaban profundamente resentidas con sus maridos, pero

ambas carecían de la férrea resolución, condicionada por un menor número de opciones no delictivas, que marcó el comportamiento de Adelaide. La decisión de asesinar, si es que llegaron a tomarla, fue una cuestión de impulso, mientras que Adelaide perpetró el crimen tras una larga premeditación.

La búsqueda egoísta de la felicidad por parte de la señora Bartlett introduce la cara más oscura de una modernidad calculadora y orientada al futuro. A medida que la realización personal en la relación matrimonial empezó a asumir mayor importancia respecto a los antiguos objetivos conyugales de respetabilidad, estatus social y continuación del linaje, se abrió el camino a un impulso más individualista por alcanzar la felicidad a cualquier precio. El siglo XX ha facilitado este impulso mediante la flexibilización de las leyes de divorcio y la eliminación gradual del estigma vinculado, lo que permite un modelo de monogamia en serie.[839] Pero en el siglo XIX, si bien los matrimonios no se hacían en el cielo, se hacían, no obstante, para durar.

A diferencia de los casos ingleses, los crímenes de las francesas Henriette Francey, Gabrielle Fenayrou y Claire Reymond, si bien subrayaban nuevas expectativas matrimoniales, estaban destinados a confirmar o restaurar una situación anterior y convencional y reflejan el ritmo más lento del cambio en la sociedad burguesa de Francia. Para la señora Francey, tanto los propósitos ostensibles como los reales de un asesinato con revólver eran conservadores: proteger su pureza como esposa y madre de un supuesto ultraje sexual y evitar que saliera a la luz pública su infidelidad con el sacerdote. Gabrielle Fenayrou, por supuesto, ya había sido expuesta en su infidelidad, pero su razón para participar en la *vendetta* contra su antiguo amante era tradicional: restaurar su estatus a ojos de su marido pagando por su pecado de adulterio. Claire Reymond se encontraba en la situación más típica de ser la «víctima del pecado», pero ella también recurrió a medios violentos con la esperanza de restaurar su matrimonio y recrear un *statu quo* anterior.

Se ha argumentado que el acto de la señora Reymond, como los

de varias mujeres burguesas que recurrieron al tradicionalmente masculino asesinato pasional, era representativo de una nueva oleada femenina de protesta delictiva contra la infidelidad masculina. En un contexto de hostilidad hacia el comportamiento sexual ilícito de las mujeres, contra las que a menudo se ejercía la violencia, la novedad radical de la protesta de las mujeres «agraviadas» contra la doble moral sexual fue obviada a menudo por sus contemporáneos. No obstante, los propios crímenes nacieron del deseo de restaurar las relaciones establecidas y, en el caso de las esposas de clase media, se perpetraron bajo la bandera de las instituciones sagradas del matrimonio y la maternidad.

En el siglo xx, el «crimen pasional» se ha llegado a considerar popularmente no como un asesinato por venganza por una infidelidad, sino como un medio para liberarse de un cónyuge en favor de un amante. Si, como hemos sugerido antes, este motivo representa una forma más «moderna» de asesinato pasional, parece probable que apareciera antes entre los hombres, que fueron más rápidos en abandonar las actitudes tradicionales. Varios casos ingleses, como el del Dr. Edward Pritchard, que en 1857 envenenó a su mujer por la criada que era su amante, parecen confirmar esta hipótesis, pero es evidente que hacen falta más investigaciones sobre los asesinos varones. Parece que hubo pocos casos de este tipo en Francia hasta el siglo xx, aunque es posible que la mayor tolerancia hacia la infidelidad de los maridos que siguió existiendo allí hiciera que el recurso del asesinato resultara menos atractivo para los franceses.

Las reacciones públicas a los crímenes posteriores fueron distintas en los dos países, a pesar de algunos elementos comunes, ya que las mujeres inglesas en general avanzaron más rápido hacia su autonomía personal. La nueva desconfianza hacia las mujeres en ambos países era en sí misma una prueba de sus avances generales, pero la especial virulencia contra ellas en Francia, como se ve aquí con mayor claridad en la reacción al caso Fenayrou, demuestra cómo un ritmo más lento de cambio en el papel de la mujer sirvió para

reforzar y endurecer la hostilidad y la sospecha hacia estas. En Inglaterra, por el contrario, la desconfianza hacia las mujeres se vio contrarrestada por un nuevo respaldo a su creciente papel público como «purificadoras» preocupadas por aliviar los supuestos males causados por las estructuras de autoridad masculinas y, en concreto, por la promiscuidad sexual de los hombres. Por cada mujer que «caía», había un hombre caído que merecía compartir la culpa.

La influencia de este nuevo sentimiento fue más evidente en el furioso estallido contra el veredicto inesperado en el caso Maybrick, pero también queda clara en el caso Bartlett, donde sirvió para liberar a una mujer culpable alegando que su marido había abusado de su autoridad conyugal. Y Florence Bravo también fue capaz de convertir la hostilidad inicial en ventaja apelando al creciente sentimiento a favor de una única moral sexual tanto para hombres como para mujeres. Si la suposición automática de la inocencia e inmunidad sexual de las mujeres del periodo anterior estaba desapareciendo, entonces era posible, para las mujeres inglesas, al menos, apelar al argumento de que los hombres debían compartir su deshonra con respecto a la impropiedad sexual. No obstante, como demostraron los tres casos ingleses, esto no significaba que se sirviera necesariamente a la causa de la justicia ni de la verdad.

La evidencia de un cambio desde los problemas de la mujer más joven sobre el cortejo y el matrimonio hacia los problemas de la mujer casada madura sugiere la necesidad de explorar las etapas de la vida de las mujeres de forma más sistemática en diferentes periodos históricos. Los historiadores se han ocupado de la juventud, pero en general la han interpretado como un acontecimiento masculino y han utilizado modelos y fuentes masculinos. Estos casos sugieren que las mujeres jóvenes, sobre todo a principios de siglo, pudieron atravesar un periodo de crisis especial en una época en la que las reglas básicas del cortejo estaban cambiando. También indican que, más adelante, las respuestas de las mujeres a tendencias similares en sus sociedades, como el apuntalamiento de su autoridad en la esfera doméstica, podrían haber sido muy

diferentes.

Si el argumento aquí presentado es correcto, la sorprendente y singular adopción del crimen pasional por parte de las mujeres en Francia fue una de esas respuestas, reflejo de un estatus mejorado y de unas expectativas más elevadas, así como de unas opciones comparativamente más limitadas. Los crímenes pasionales eran actos rituales interconectados que apelaban de manera pública a los roles tradicionales compartidos de esposa y madre, en contraposición a las apelaciones individualistas más modernas de las mujeres inglesas. Al adaptar a sus propios fines la violencia legalizada de la venganza sexual reservada a los hombres en el Código Napoleónico, las acusadas francesas recurrieron a modos primitivos (pero, para ellas, aún no explorados) de expresar sus nuevos resentimientos. Sus crímenes surgieron en una fase de un patrón de modernización más gradual, en el que las mejoras en el estatus y las opciones de las mujeres se habían cumplido más en exclusiva en el contexto doméstico, dejando a las mujeres francesas aún sin herramientas para traducir su rabia en una protesta pública no violenta eficaz. En cierto sentido, los crímenes pasionales, y la simpatía femenina que evocaban, son parte de la prueba de que las mujeres francesas de clase media pasaron por una etapa que las inglesas, que se modernizaron más rápido, simplemente se saltaron.

En todos los casos aquí expuestos en los que el asesinato se convirtió en una solución, los elementos exactos de estas terribles decisiones conservan cierto misterio. Y quedan muchas cosas sin decir sobre las mujeres como personalidades individuales. Sin embargo, estos aspectos serían objeto de otro tipo de investigación. El objetivo aquí ha sido descubrir los vínculos de experiencia que unían a las mujeres notorias con sus hermanas más olvidadas. Algunas de las cosas que estamos empezando a aprender sobre esta mayoría anónima nos han ayudado a comprender de qué forma percibían y afrontaban sus problemas estas acusadas, y las vidas expuestas de este puñado de mujeres ofrecen a su vez algunas pistas sobre las frustraciones y los terrores privados que, para la

mayoría de las mujeres de su clase, permanecerán ocultos para siempre tras las puertas cerradas de salones y dormitorios.

Al final, el argumento de que estas asesinas eran más corrientes de lo que podría dictarnos el sentido común debe volver a considerar de qué forma las percibían otras mujeres, sus iguales y contemporáneas. Este estudio no es el primero en destacar el extraordinario interés que las mujeres bien educadas y a la moda tenían por los procesos judiciales. El fenómeno se observó ya en su momento y se ha seguido señalando desde entonces. Un reciente estudioso de la fascinación victoriana por el asesinato cita a un novelista de 1864 que habla sobre este tema:

> (…) que las mujeres de buena familia y posición, las mujeres que han sido educadas en una sociedad refinada, las mujeres que se enorgullecen de la delicadeza de su sensibilidad, que se desmayarían al ver un dedo cortado o se pondrían histéricas si se mencionara delante de ellas el ahogamiento de una camada de gatitos, esas mujeres pueden sentarse durante horas a escuchar los detalles de un asesinato a sangre fría.[840]

Pero ¿qué significaba esto? Un observador ha sugerido que constituye «una de las más sorprendentes de las innumerables paradojas victorianas»,[841] pero cuanto más se acerca uno al fenómeno, menos paradójico resulta. A pesar de nuestro acceso indirecto a estas mujeres, filtrado como está por relatos muy coloreados de su comportamiento indecoroso, sus auténticas preocupaciones son bastante visibles y apenas extrañas. La fascinación femenina general por estos casos no fue algo aislado y aberrante, sino más bien una parte integral de la experiencia fantasiosa de las mujeres de su clase. Y al fin y al cabo, los juicios daban a las mujeres la ocasión de expresar sus preocupaciones y descontentos.

En su reciente estudio *A Literature of Their Own: British Women Novelists from Brontë to Lessing,*[842] Elaine Showalter analiza la inmensa popularidad de las escritoras inglesas de novelas

sensacionalistas de la década de 1860. Describe de qué modo las mujeres que escribieron estas novelas, como Mary Braddon en *El secreto de lady Audley*, estaban en realidad «invirtiendo los estereotipos de la novela doméstica y parodiando las convenciones de sus contemporáneos masculinos».[843] Showalter demuestra que el inmenso éxito de estas novelas residía en su voluntad de mostrar «la ira, la frustración y la energía sexual femeninas»[844] y de presentar a las mujeres en papeles autoafirmativos. «En muchas novelas sensacionalistas, la muerte del marido supone una bienvenida liberación y las mujeres escapan de sus familias mediante la enfermedad, la locura, el divorcio, la huida y, en última instancia, el asesinato».[845] Sin embargo, se mantienen trazas de cierta convención y Showalter indica que estas heroínas agresivas que conspiran y asesinan se explican al final por el bien de las formas. El «secreto» de *lady* Audley, por ejemplo, que intentó asesinar a su marido, es que es víctima de una locura hereditaria. Este recurso, como señala Showalter, permite al lector no sentirse tan culpable por identificarse con una heroína de lo más atractiva mientras sospecha, como está claro que pretende la autora, que el verdadero secreto de *lady* Audley es que está perfectamente cuerda. Este tipo de literatura, calificada de subversiva por los críticos varones, servía a los mismos propósitos que los juicios y las mujeres podían complacerse en ella de manera menos pública.

Las mujeres que asistían a estos juicios no salieron bien paradas, como hemos visto, a ojos de sus jueces masculinos. Sin reconocer su verdadera preocupación por lo que significaba el comportamiento de estas mujeres, los comentarios de los hombres a menudo revelaban que entendían muy bien lo que estaba ocurriendo, es decir, que el «elemento femenino» estaba manifestando una identificación solidaria con las mujeres acusadas de adulterio y asesinato. De forma encubierta al principio, y luego abiertamente, las espectadoras simpatizaban con las dificultades de las acusadas, si bien no con sus soluciones. A veces este apoyo parece haber sido consciente solo en parte. La mujer que se adelantó y se desmayó

cuando el abogado de la señora Lacoste describió la angustia de su cliente por las habladurías de un pueblo pequeño tal vez no fuera capaz de explicar su reacción, ni siquiera a sí misma. De un modo que las mujeres solo empezaban a articular poco a poco, estos juicios las estaban conmoviendo.

Estos espectáculos, sin duda, daban a todo el mundo una ocasión evidente para regodearse en los detalles morbosos de la intriga asesina, pero más importante, como demuestra su comportamiento, es que las mujeres encontraban en los juicios una oportunidad para liberar frustraciones y satisfacer de forma vicaria deseos no cumplidos. Algunas de ellas descubrieron, además, que la puesta en evidencia en la sala de un tribunal de flagrantes prejuicios sexuales podía borrar cualquier diferencia entre las acusadas que estaban en el banquillo y ellas mismas, dejando solo el sentido de su feminidad compartida y perseguida. La fascinación que los juicios ejercían sobre el público femenino revela una afinidad de sentimientos y experiencias inconfundible. Estas mujeres podían entender las frustraciones y los terrores que impulsaban a las acusadas, pues ellas mismas habían recorrido algunos de esos mismos caminos oscuros.

[832] Patricia Branca analiza los problemas de estas mujeres inadaptadas en relación con las pruebas del aumento del consumo de drogas y alcohol entre las mujeres de clase media hacia finales de siglo. Véase *Silent Sisterhood: Middle-Class Women in the Victorian Home* (Pittsburgh: Carnegie-Mellon University Press, 1975, pp. 174-250). Otras autoras, como Ann Douglas y Carroll Smith-Rosenberg, han descrito la resistencia pasiva de las mujeres a través de la enfermedad. Véanse Carroll Smith-Rosenberg, «The Hysterical Woman: Sex Roles and Role Conflict in Nineteenth-Century America», *Social Research,* 29 (invierno de 1972): 652-678; Ann Douglas, «"The Fashionable Diseases": Women's Complaints and Their Treatment in Nineteenth-Century America», *Journal of Interdisciplinary History,* 4, n.º 1, verano de 1973: 25-52, reproducido en Mary Hartman y Lois W. Banner*, Clio's Consciousness Raised: New Perspectives on the History of Women* (Nueva York: Harper & Row, 1974), pp. 1-22.

[833] Un trabajo de este tipo podría complementar las conclusiones del estudio comparativo sobre el servicio doméstico elaborado por Theresa McBride, *The Domestic Revolution: The Modernisation of Household Service in England and France* (Londres: Croom Helm, 1976). Los casi quinientos volúmenes del Tribunal Penal Central de Londres, por ejemplo, contienen un gran número de casos con testimonios de criados y de sus patrones.

[834] *Daily News,* 12 de agosto de 1876.

[835] Este resumen está tomado del relato del caso en *La Gazette des Tribunaux.* Otra síntesis reciente del caso señala que el joven oficial, Emile de la Roncière, fue completamente exonerado en 1848, mucho después de haber cumplido su condena, cuando el caso fue reabierto por uno de los fiscales originales. Este relato señala que la señorita de Morell sí sufrió una provocación especial que la llevó a hacer la acusación. El joven de la Roncière, furioso por las falsas

acusaciones de Marie en el asunto de las cartas falsificadas, había apostado con algunos de sus compañeros oficiales que podía presentar la prueba de haberse acostado con la muchacha ¡enseñándoles un mechón de su vello púbico! Todo se había arreglado a través de su amante, la institutriz de la señorita de Morell, que dormía en una habitación junto a la de su pupila y que dejó entrar al joven. La señorita de Morell afirmó que el oficial había entrado por medio de una escalera que había puesto bajo su ventana. Sin embargo, en el juicio se señaló que las pruebas demostraban que la ventana se había roto desde dentro, es decir, la había roto la propia Marie, y que en cualquier caso habría sido imposible alcanzar el pestillo de la ventana a través de la pequeña abertura que se había hecho en el cristal. Estas pruebas no se consideraron suficientes en su momento y es comprensible que el muchacho se abstuviera de contar lo que había ocurrido de verdad. No fue un intento de violación, pero sí una aventura muy comprometida para alguien que esperaba seguir una honorable carrera militar (René Floriot, *Les erreurs judiciaires;* París: Flammarion, 1968, pp. 23-28).

836 *La Gazette des Tribunaux,* 30 de junio de 1834.

837 *National Review* (octubre de 1858): 350.

838 A. Bataille, *Les causes criminelles et mondaines,* 18 vols. (París: Dentu, 1881-1898), 12: 236-255.

839 Véase William L. O'Neill, *Divorce in the Progressive Era* (Nueva York: F. Watts, 1973), esp. cap. 1.

840 Richard Altick, *Victorian Studies in Scarlet* (Nueva York: Norton, 1970), p. 42.

841 *Ibid.*

842 Elaine Showalter, *A Literature of Their Own: British Novelists from Brontë to Lessing* (Princeton: Princeton University Press, 1977).

843 *Ibid.*, ms. cap. 6, p. 182.

844 *Ibid.*, p. 182.

845 *Ibid.*, p. 183.

Bibliografía seleccionada

Estudios sobre el contexto histórico

Albert, P. Y Terrou, F. *Histoire de la presse.* París: Presses Universitaires de France, 1970.

Altick, R. *Victorian Studies in Scarlet.* Nueva York: Norton, 1970.

Ardagh, J. *The New France: A Society in Transition, 1945-1973.* Harmondsworth: Penguin, 1973.

Banks, J. A. *Prosperity and Parenthood.* Londres: Routledge & Kegan Paul, 1954.

Barker-Benfield, G. J. *The Horrors of the Half-Known Life: Male Attitudes Toward Women and Sexuality in Nineteenth-Century.* Nueva York: Harper & Row, 1976.

Bellanger, C. et al. *Histoire générale de la presse française.* 2 vols. París: P. U. F., 1969.

Best, G. *Mid-Victorian Britain, 1851-1875.* Nueva York: Schocken, 1972.

Blake, J. B. «Mary Gove Nichols, Prophetess of Health». *Proceedings of the American Philosophical Association* 107 (junio de 1962): 219-234.

Branca, P. *Silent Sisterhood: Middle-Class Women in the Victorian Home.* Pittsburgh: Carnegie-Mellon University Press, 1975.

— y Stearns, P. N. *Modernization of Women in the Nineteenth Century.* St. Charles, Mo.: Forum, 1973.

Chevalier, L. *La Formation de la population parisienne au XIXe siècle.* París: P. U. F., 1950.

Cominos, P. «Late-Victorian Sexual Respectability and the Social System». *International Review of Social History*, 8 (1963): 18-48, 216-250.

Cunnington, C. W. *Feminine Attitudes in the Nineteenth Century.* Londres: Heinemann, 1935.

Daumard, A. *La Bourgeoisie parisienne de 1815 à 1848.* París: S. E. V. P. E. N., 1963.

Davidoff, L. *The Best Circles: Society, Etiquette and the Season.* Londres: Croom Helm, 1973.

— «Mastered for Life: Servant, Wife, and Mother in Victorian and Edwardian Britain». *Journal of Social History*, 7 (1974): 406-428.

Ellenberger, H. *Criminologie du passé et du présent.* Montreal: Les Presses de L'Université de Montréal, 1965.

Esmein, A. *A History of Continental Criminal Procedure.* Boston: Little Brown, 1913.

Filene, P. G. *Him/Her/Self: Sex Roles in Modern America.* Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich, 1974.

Gattrell, V. A. C. y Hadden, T. S. «Criminal Statistics and Their Interpretation», *Nineteenth-Century Society.* Editada por E. A. Wrigley. Cambridge: Cambridge University Press, 1972.

Griffiths, A. *Secrets of the Prison-House or Gaol Studies and Sketches.* Londres: Chapman and Hall, 1894.

Guy, W. A. «On the Executions for Murder That Have Taken Place in England and Wales During the Last Seventy Years». *Journal of the Statistical Society*, 38 (1875): 463-486.

Hare, E. H. «Masturbatory Insanity: The History of an Idea». *Journal of Mental Science*, 108 (1962): 1-25.

Hartman, M. S. y Banner, L. W. (eds.) *Clio's Consciousness Raised: New Perspectives on the History of Women.* Nueva York: Harper & Row, 1974.

Hellerstein, E. «Secular Rules and Secular Sanctions: The Regulation of Female Sexuality in Nineteenth-Century France». Trabajo no publicado, presentado en la Third Berkshire Conference on the History of Women [Tercera conferencia de Berkshire sobre la historia de la mujer], 9-11 de junio de 1976, en el Bryn Mawr College.

Kamm, J. *Hope Deferred. Girls' Education in English History.* Londres: Methuen, 1965.

McBride, T. M. *The Domestic Revolution: The Modernisation of Household Service in England and France.* Londres: Croom Helm, 1976.

McGregor, O. R. *Divorce in England.* Toronto: Heinemann, 1957.

McLaren, A. «Doctor in the House: Medicine and Private Morality in France, 1800-1850». *Feminist Studies*, 2 (1975): 39-54.

Marandon, S. *L'Image de la France dans l'Angleterre victorienne.* París: Colin, 1967.

Marcus, S. *The Other Victorians.* Nueva York: Basic Books, 1966.

Moon, S. J. «Social Relationship and Sexual Liberation Among the Utopian Socialists». Trabajo no publicado, presentado en la Third Berkshire Conference on the History of Women [Tercera conferencia de Berkshire sobre la historia de la mujer], 9-11 de junio de 1976, en el Bryn Mawr College.

Offen, K. M. «Patriarchal Feminism in Mid-Nineteenth Century France: The Case of Ernest Legouvé (1807-1903)». Trabajo no publicado, presentado en la Third Berkshire Conference on the History of Women [Tercera conferencia de Berkshire sobre la historia de la mujer], 9-11 de junio de 1976, en el Bryn Mawr College.

O'Neill, W. L. *Divorce in the Progressive Era.* Nueva York: New Viewpoints, 1973.

Pearsall, R. *The Worm in the Bud: The World of Victorian Sexuality.* Nueva York: Macmillan, 1969.

Perkin, H. J. *The Origins of Modern English Society, 1780-1880.* Londres: Routledge & Kegan Paul, 1969.

Pollak, O. *The Criminality of Women.* Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 1950.

Proal, L. *Le Crime et le suicide passionnels.* París: Alcan, 1900.

Rabb, T. y Rothberg, R. (eds.) *The Family in History.* Nueva York: Harper & Row, 1973.

Ranulf, S. *Moral Indignation and Middle Class Psychology.* Copenhague: Levin & Munksgaard, 1938.

Reiss, E. *Rights and Duties of Englishwomen.* Mánchester: Sherrat & Hughes, 1934.

Schwartz, G. S. «Devices to Prevent Masturbation». *Medical Aspects of Human Sexuality*, 7 (mayo de 1973): 141-153.

Sklar, K. K. *Catharine Beecher: A Study in American Domesticity.* New Haven: Yale University Press, 1973.

Smith, B. «The Bourgeois Women of Lille, 1860-1910». Tesis doctoral no publicada, Universidad de Rochester, 1975.

Spitz, R. «Authority and Masturbation, Some Remarks on a Bibliographical Investigation». *The Psychoanalytic Quarterly*, 21 (1952): 490-527.

Tobias, J. J. *Urban Crime in Victorian England.* Nueva York: Schocken, 1972.

Vanier, H. *La Mode et ses métiers: Frivolités et luttes des classes, 1830-1870.* París: Colin, 1960.

Vicinus, M. (ed.) *Suffer and Be Still: Women in the Victorian Age.* Bloomington: Indiana University Press, 1972.

Villeneuve, R. *Le Poison et les empoisonneurs célèbres.* París: La Palatine, 1960.

Wilson, P. *Murderess.* Londres: Michael Joseph, 1971.

Winslow, J. H. *Darwin's Victorian Malady.* Filadelfia: American Philosophical Society, 1971.

Zehr, H. Jr. «Patterns of Crime in Nineteenth-Century Germany and France: A Comparative Study». Tesis doctoral no publicada, Universidad de Rutgers, 1974.

Zeldin, T. *France 1848-1945: Ambition, Love, and Politics.* Vol. 1. Oxford: Clarendon Press, 1973.
— (ed.) *Conflicts in French Society: Anti-Clericalism, Education and Morals in the Nineteenth Century.* Londres: Allen and Unwin, 1970.

Fuentes del siglo XIX

Acton, W. *The Functions and Disorders of the Reproductive Organs in Childhood, Youth, Adult Age and Advanced Life, Considered in their Physiological, Social and Moral Relations.* Filadelfia: Blakiston, 1857.
Aimé-Martin, L. *De l'Education des mères de familles.* París: Gosselin, 1834.
Beeton, I. *The Book of Household Management.* Londres: Beeton, 1861.
Celnart, E. F. *Manuel des dames.* 4.ª ed. París: Roret, 1830.
Droz, G. *Monsieur, Madame et Bébé.* París: Hetzel, 1866.
[Drysdale, G.] *The Elements of Social Science; or Physical Sexual and Natural Religion. An Exposition of the True Cause and Only Cure of the Three Primary Social Evils: Poverty, Prostitution, and Celibacy.* Londres: Truelove, 1886.
Ellis, S. *The Daughters of England.* Londres: Fisher, 1843.
— *The Mothers of England.* Londres: Fisher, 1843.
— Th*e Wives of England.* Londres: Fisher, 1843.
Granier, C. *La Femme criminelle.* París: Doin, 1906.
Hillebrand, K. *France and the French in the Second Half of the Nineteenth Century.* Londres: Trubner, 1881.
Icard, S. *La Femme et la période menstruelle.* París: Alcan, 1890.
Joly, H. *Le Crime.* París: Cerf, 1889.
Lacassagne, A. «Notes statistiques sur l'empoisonnement criminel en France». *Archives d'Anthropologie criminelle*, 25 (1886): 260-264.
Linton, E. L. *The Girl of the Period, and Other Social Essays.* Londres: Bentley, 1883.
Macé, G. *Les Femmes criminelles.* París: Charpentier, 1904.
Montalban, Ch. *La petite Bible des jeunes époux.* París: Flammarion, 1885.
Nichols, Th. L. *Esoteric Anthropology (The Mysteries of Man): A Comprehensive and Confidential Treatise on the Structure, Functions, Passional Attractions and Perversions, True and False Physical and Social Conditions, and the Most Intimate Relations of Men and Women. Nueva York: Arno, 1972.*
— y Nichols, M. G. *Marriage: Its History, Character and Results: Its Sanctities, and*

its Profanities; Its Science and Its Facts. Demonstrating Its Influence, as a Civilized Institution, on the Happiness of the Individual and the Progress of the Race. Cincinnati: Nicholson, 1854.
O'Rell, M. *Les Filles de John Bull.* París: Lévy, 1884.
Pariset, Madame (pseud.). *Nouveau Manuel complet de la maitresse de maison.* París: Roret, 1852.
Puibaraud, L. «La femme criminelle». *La Grande Revue*, 12 (1899): 393-427.
Sandford, Sra. de John. *Female Improvement.* Londres: Longman, 1836.
Staffe, baronesa. *Les Usages du Monde.* París: Havard, 1890.
Trollope, F. *Paris and the Parisians in 1835.* 2 vols. en uno. París: Galignani, 1836.

Estudios relacionados con los crímenes

The Balham Mystery. A Complete Record of the «Bravo» Poisoning Case. Londres: *The Daily Telegraph,* 1876.
Bataille, A. *Les Causes criminelles et mondaines.* 18 vols. París: Dentu, 1881-1898.
Bridges, Y. *How Charles Bravo Died.* Londres: Jarrolds, 1956.
— *Poison and Adelaide Bartlett.* Londres: Hutchinson, 1962.
— *The Tragedy at Road-Hill House.* Nueva York: Rinehart, 1955.
Christie, T. L. *Etched in Arsenic.* Londres: Harrap, 1969.
Clarke, E. «Leaves from a Lawyer's Casebook: The Pimlico Mystery». *Cornhill Magazine*, 49 (diciembre de 1920): 641-667.
Correspondance de Madame Lafarge. París: Mercure de France, 1913.
Fouquier, A. *Les Causes célèbres de tous les peuples.* 9 vols. París: Lebrun, 1858-1874.
Gril, E. *Madame Lafarge devant ses juges.* París: Gallimard, 1958.
Gully, J. M. *An Exposition of the Symptoms, Essential Nature and Treatment of Neuropathy or Nervousness.* Londres: Churchill, 1837.
Hall, J. (ed.) *The Trial of Adelaide Bartlett.* Londres: Hodge, 1927.
Hunt, P. *The Madeleine Smith Affair.* Londres: Carroll and Nicholson, 1950.
Irving, H. B. (ed.) *The Trial of Mrs. Maybrick.* Londres: Hodge, 1912.
Jacomet. *Les Drames judiciaires du XIXe siècle.* París: Payot, 1929.
Jenkins, E. *Dr. Gully's Story.* Nueva York: Coward, McCann & Geoghegan, 1972.
Jesse, F. T. (ed.) *The Trial of Madeleine Smith.* Nueva York: Day, 1927.
Lafarge, M. *Heures de prison.* Nueva York: Lasalle, 1854.
[Lafarge, M.] *Mémoires de Marie Cappelle, veuve Lafarge, écrits par elle-même.*

Bruselas: Jamar, 1841.
Levy, J. H. *The Necessity for Criminal Appeal as Illustrated by the Maybrick Case.* Londres: King, 1899.
Marsden, B. A. y Marsden, J. A. *Geneological Memoirs of the Family of Marsden.* Birkenhead: Griffith, 1914.
Marsden, J. L. *The Action of the Mind on the Body.* Great Malvern: Lamb, 1859.
— *Notes on Homeopathy.* Londres: Headland, 1849.
Maybrick, F. E. Mrs. *Maybrick's Own Story: My Fifteen Lost Years.* Nueva York: Funk & Wagnalls, 1905.
Morland, N. *That Nice Miss Smith.* Londres: Muller, 1957.
Rhode, J. *The Case of Constance Kent.* Nueva York: Scribner, 1928.
Saunders, E. *The Mystery of Marie Lafarge.* París: Pagnerre, 1840.
Stapleton, J. W. *The Great Crime of 1860.* Londres: Marlborough, 1861.
Williams, J. *Suddenly at the Priory.* Londres: Heinemann, 1957.

Fuentes manuscritas

Dosieres de los interrogatorios preliminares para los casos Lemoine y Francey, de los archivos departamentales de Tours y Auxerre.
Dosier del caso Fenayrou, de los archivos de la prefectura de policía de París.
Colección Christie (caso Maybrick), de las colecciones especiales de la Universidad de Wyoming.

Periódicos y revistas

París

Le Cabinet de Lecture; Le Charivari; Le Commerce; Le Constitutionnel; Le Courrier Français; Le XIXème Siècle; Le Droit; L'Echo Français; L' Estafette; Le Figaro; La France; Le Gaulois; La Gazette de France; La Gazette des Tribunaux; L' Intransigeant; Le Journal des Débats; La Lanterne; La Liberté; Le National; La Patrie; Le Petit Journal; Le Petit Parisien; La Petite République; La Phalange; La Presse; Le Siècle; Le Temps; La Tribune Judiciaire; L' Univers; Le Voltaire.

Francia (excepto París)

L' Album (Tulle); *L' Echo de la Baise* (Condom); *Le Facteur* (Ussel); *L' Indicateur Corrézien* (Tulle); *Le Journal de Chinon; Le Journal de l'Indre-et-Loire* (Tours); *L' Opinion* (Auch); *Le Progrès de la Corrèze* (Tulle); *L' Utilitaire* (Brives).

Londres

The British Medical Journal; The British Mothers' Magazine; Chambers' Journal; The Cornhill Magazine; The Daily News; The Daily Telegraph; The Evening Standard; The Examiner; The Express; The Illustrated London Times; The Lady's Companion; The Lancet; The Law Journal; The Law Magazine; The Medical Times and Gazette; The Mother's Friend: A Monthly Magazine; The News of the World; The Observer; The Pall Mall Budget; The Pall Mall Gazette; Public Opinion; The Queen; Review of Reviews; Reynolds' Newspaper; The Saturday Review; Solicitor's Journal; The Spectator; The Times; Truth; Vanity Fair.

Reino Unido (excepto Londres) y Estados Unidos

The Arena (Nueva York); *The Ayrshire Express; The Bath Chronicle; The Bath Express; Berrow's Worcestershire Journal; Blackwood's Magazine* (Edimburgo); *The Brighton Gazette; Chambers' Journal* (Edimburgo); *The Chronicle* (Glasgow); *The Citizen* (Glasgow); *The Citizen* (Liverpool); *The Courier* (Glasgow); *The Daily Express* (Edimburgo); *The Daily Post* (Liverpool); *The Daily Scotsman* (Edimburgo); *The Dublin Review; The Eagle* (Brooklyn); *The Echo* (Liverpool); *The Edinburgh Courant; The Edinburgh Review; The Evening Post* (Edimburgo); *The Examiner; The Frome Times; The Gazette* (Glasgow); *The Guardian* (Mánchester); *Journal of Jurisprudence* (Edimburgo); *Liverpool Daily Post; The Malvern Advertiser; The New York Herald* (edición londinense); *The New York Tribune; The Porcupine* (Liverpool); *The Review* (Liverpool); *The Scotch Thistle* (Edimburgo); *The Sentinel* (Glasgow); *The Somerset and Wilts Journal; The Trowbridge and North Wilts Advertiser; The Worcestershire Chronicle; The World* (Nueva York).